

OBRA  
REUNIDA



# GABRIELA MISTRAL

TOMO VI

PROSA

EDICIONES  
BIBLIOTECA NACIONAL



OBRA  
REUNIDA



# GABRIELA MISTRAL

SELECCIÓN E INVESTIGACIÓN

Gustavo Barrera Calderón / Carlos Decap Fernández  
Jaime Quezada Ruiz / Magda Sepúlveda Eriz



BIBLIOTECA  
NACIONAL  
DE CHILE



BIBLIOTECA  
NACIONAL  
DE CHILE

**OBRA REUNIDA DE GABRIELA MISTRAL**

© Ediciones Biblioteca Nacional, 2020

Primera edición: noviembre de 2020

Registro de propiedad intelectual: N° 2020-A-9892

ISBN Obra Reunida: 978-956-244-469-9

ISBN Tomo VI: 978-956-244-498-9

**Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio**

Consuelo Valdés Chadwick

**Subsecretario de las Culturas y las Artes**

Juan Carlos Silva Aldunate

**Subsecretario del Patrimonio Cultural**

Emilio de la Cerda Errázuriz

**Director Nacional del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural**

Carlos Maillet Aránguiz

**Director Biblioteca Nacional de Chile**

Pedro Pablo Zegers Blachet

OBRA  
REUNIDA



GABRIELA  
MISTRAL

TOMO VI

PROSA



# Í N D I C E

Prólogo de Jaime Quezada	15
C H I L E	25
C H I L E I	27
Chile	29
Breve descripción	36
Geografía humana	51
Ruralidad elquina	63
Agrarismo	69
Una provincia en desgracia	75
Valle de Elqui	82
Pequeño mapa audible de Chile	88
La Patagonia	93
La Antártida y el pueblo magallánico	97
C H I L E II	105
Elogios de la tierra	107
1. La cordillera	107
2. El mar	107
3. Mineros y navegantes	108
4. Las alamedas	109
5. Araucaria y algarrobo	110
6. Los frutos	111
7. Archipiélagos	112
8. Artesanías	113
9. La cueca	115
Música araucana	117
C H I L E III	127
Semblante de Chile	129
El signo de la acción	133

El ritmo de Chile	136
Recado sobre el campo elquino	140
Recado sobre la alameda	143
Recado sobre el copihue	147
Recado sobre el alerce	151
Recado sobre la chinchilla andina	155
Recado sobre la cordillera	161
Recado sobre la piedra	168
 C H I L E I V	 171
Nuestro patrono Camilo Henríquez	173
Evocación de Bernardo O'Higgins	176
Diego Portales	177
José Manuel Balmaceda	180
Arturo Alessandri Palma: político y académico	192
Pedro Aguirre Cerda	200
Recado sobre Juan Antonio Ríos	203
Recado para Eduardo Frei Montalva	208
 C H I L E V	 227
Una bisnieta de Andrés Bello: Rebeca Matte	229
Recado sobre Pablo Neruda	240
Semblanza de Manuel Magallanes Moure	246
Recado sobre Marta Brunet	250
Recado sobre el maestro Juan Francisco González	256
Escultora Laura Rodig	265
Pedro Prado	267
Joaquín Edwards Bello	276
Benjamín Subercaseaux y su "Chile o una loca geografía"	281
 C H I L E V I	 291
Menos cóndor y más huemul	293
La instrucción de la mujer	296
Educación popular	300
Nuevos horizontes en favor de la mujer	310



Organización de las mujeres	312
El voto femenino	321
Sufragio femenino	327
El carácter de la mujer chilena	330
Sobre la mujer chilena	333
Feminismo y una nueva organización del trabajo	338
Día Internacional de la Mujer	346
A M É R I C A	353
A M É R I C A I	355
El grito	357
Salve, América	359
América	362
Voto de la juventud escolar en el Día de las Américas	364
Sentido del 12 de Octubre	368
La fiesta de la lengua española	372
Cine documental para América	376
A M É R I C A II	381
Algo sobre el pueblo quechua	383
Origen indoamericano y sus derivados étnicos y sociales	388
El tipo de indio americano	392
Silueta de la india mexicana	396
Lengua española y dialectos indígenas en la América	399
Estampa del indio mexicano	404
A M É R I C A III	413
O'Higgins, símbolo en la gesta de la emancipación y de la amistad del Perú y Chile	415
Simón Bolívar	419
José Martí, el bueno	423
Sarmiento en Aconcagua	439
Una biografía de Eugenio María de Hostos	447

Primeras luchas de Vasconcelos	454
Sandino	459
 A M É R I C A   I V	 467
La pampa argentina	469
Algo sobre Ecuador	472
El paisaje mexicano	479
Recado sobre Michoacán	485
Recado sobre Quetzalcóatl	489
Recado sobre los Tlálocs	493
Una puerta colonial	497
Las jícaras de Uruapan	500
Sobre El Salvador	503
Volando sobre las Antillas	510
Sobre Cuba	514
Elogio de la isla de Puerto Rico	517
 A M É R I C A   V	 529
Sobre sudamericanismo	531
Coincidencias y disidencias entre las Américas	534
La faena de nuestra América	538
Antillas	543
La unidad de la cultura	550
Conversaciones sobre la tierra con las mujeres portorriqueñas	557
En el Día de la Cultura Americana	564
Recado para un Congreso de Mujeres de Guatemala	571
Recado sobre el herodismo criollo respecto de la infancia	579
El problema de la educación rural en la América	586
Sobre la paz y la América Latina	589
 A M É R I C A   V I	 595
A Amado Nervo	597
Silueta de Sor Juana Inés de la Cruz	599
Una vida de Rubén Darío	604

Teresa de la Parra: Primeros encuentros	611
Alfonso Reyes	616
Victoria Ocampo	619
Algo sobre el "Martí" de Jorge Mañach	627
Alfonsina Storni	631
Esther de Cáceres: la uruguayidad	635
Recuperación de Pablo de la Torriente	643
Lolita Arriaga	648
Carlos Pellicer	651
Marina Núñez del Prado	653
Despedida a Hernández Catá	660
 A M É R I C A   V I I	 665
El divorcio lingüístico de nuestra América	667
Dos culturas: Brasil y América	672
Belo Horizonte	678
Un jardín de Petrópolis	682
Bautizo del avión "Magallanes" en Río de Janeiro	691
Brasil en guerra	697
Recado sobre Jorge de Lima	702
Recado sobre Mario de Andrade	704
Despedida de los niños del Brasil	705
 D E   P U Ñ O   Y   L E T R A	 711







CHILE Y AMÉRICA EN LA OBRA PROSÍSTICA  
DE GABRIELA MISTRAL

Gabriela Mistral, que nos nace en un valle cordillerano de Chile, que se recorre el territorio patrio en andanzas educacionales, se irá luego por naciones y continentes en una errancia o extranjería de vagabunda voluntaria. Pero en todo lugar será siempre fiel a sus preocupaciones y motivaciones de su país natal y de su América en sus geografías y en sus costumbres, en sus gentes y en sus desvivires ciudadanos. No solo es autora de una obra poética fundamental y trascendente en la literatura chilena e iberoamericana del siglo xx, sino que a la par también una mujer ciudadana en su tiempo y en su porvenir. Se diría conciencia viva de una época que resume en sus recados, artículos y motivos el ritmo, visión y voluntad de una nación más allá de su descriptiva forma y tamaño: “Han dado a Chile los comentaristas la forma de un sable, por remarcar el carácter militar de su raza. La metáfora sirvió para los tiempos heroicos. Chile se hacía como cualquier nación bajo espíritu guerrero. Mejor sería darle la forma de un remo, ancho hacia Antofagasta, aguzado hacia el sur. Buenos navegantes somos en país dotado de inmensa costa” (“Breve descripción de Chile”).

A través de esta reveladora y hermosísima visión/metáfora del territorio de Chile, mapa visual en su anchura y delgadez de su realidad geográfica, Gabriela Mistral define no solo lo geográfico en la australidad del mundo, sino a su vez un saber mirar y pensar, y tomar conciencia costa a costa de una nación marítima. Saliendo, además, ella misma de una vaina de quebrada, a lo marítimo agregará, por cierto, el otro gran respaldo de la chilenidad: su montaña o cordillera (“Recado sobre la cordillera”), que nos da su tónica, casi teológicamente imprimiendo carácter: “No se puede pensar un pedazo de Chile sin que ella salte al fondo como respaldo dramático de la ciudad o del campo. Todo el país es un regazo consentido por ella para la vida humana”.

De esta descripción del territorio nacional, Gabriela Mistral define y conceptualiza lo geográfico y lo humano más allá de la bella metáfora del agua en ese remo o de esa cordillera, que “parecen habernos impuesto también cierto imperativo ético de fuerza moral con lo que viene a ser como las divinidades de los mitos, la que nos sustenta y la que nos enseña”. Así, el territorio, la geografía, las materias que la pueblan, serán su modo de contar la patria. La importancia de lo geográfico se unirá a lo social y esto a su vez al país político y moral en su irrevocable postura democrática y ciudadana.

Nuestra autora, amén de su poderosa obra poética y prosística, no estará ajena a las circunstancias reales y dramáticas del quehacer contemporáneo, ni a los acontecimientos sociales, agrarios, educacionales, religiosos, femeniles, étnicos (“mi memoria hereditaria de mestiza”) e ideológicos que le tocó vivir tanto en sus años de permanencia en Chile como en los otros muchos de su errancia por el mundo. Tales asuntos no la iban a dejar indiferente estuviera donde estuviera: en Santiago, en Ciudad de México, en París, en Madrid, en Lisboa, en Río de Janeiro, en California, en Nápoles, en Nueva York. Así nacerán sus singularísimos recados sobre el país patrio y que testimonian su hablar “por mi voz a las muchas mujeres de la clase media y del pueblo”.

Temas de importancia suma y de trascendencia como el problema agrario, el asunto indígena, la cuestión social importarán decididamente y durante toda su vida en ella. Serán sus materias y sus rezongos, sus impacencias motivadoras cotidianas. Venida de una zona rural, de hortelanos y pequeños agricultores elquinos, conocerá desde muy joven la realidad del campo (“Agriculturismo en Chile”). Ella consideraba que los campesinos eran su verdadera familia y constituían la raza chilena efectiva, la mayor y la mejor de nuestras clases sociales. En ese campesinado, o campesinería, como le gustaba decir, ponía todo su amor y también toda su pasión, sintiéndose ligada —y en frase de ella— “como la miga y la miga dentro del pan, o más bien como la pulpa a la piel en el fruto”. Asimismo



decía con énfasis mayor: “A mí me gusta la historia de Chile como un oficio de creación de patria”.

Gabriela Mistral pondrá su tuétano y su sien en Camilo Henríquez, el subversivo de 1810, como lo llama; en José Manuel Balmaceda, a quien admirará con una pasión lúcida de porvenir. Consideraba “que en la parva y seriota historia de Chile, Balmaceda ansiaba promover el país a nación moderna. Hombre de limpieza republicana y padre de su pueblo”. La historia cercana y directa la vivirá ella en los cruciales años del proceso chileno durante la primera mitad del siglo xx. El sentido de una época o “el ritmo de Chile”, o “el signo de la acción”, como bien la define en sus admirativos y paradigmáticos recados.

A sus permanentes motivaciones y preocupaciones sociales y ciudadanas, agrarias e indigenistas, deben agregarse aquellas otras tantas que no le iban a ser ajenas: cuidado de la madre y el niño, defensa de la tierra y la naturaleza, lengua oral en sus mitos y costumbres; así sean los asuntos mujeriles, sin ser ella una rematada feminista (“El carácter de la mujer chilena”) o los problemas y temas educacionales, tan presentes en la maestra rural que fue (“Educación popular”). Maestra, y la que más, desde muy joven, casi en línea fronteriza entre niñez y adolescencia, definiéndose siempre como “una simple y antigua maestra rural”, o “esta vieja maestra”. También se calificará bellamente como “artesana de la pura palabra escrita y aprendiz de la hablada”.

Y aunque Gabriela Mistral reconocía no tener manía ni genio políticos, en la realidad tales asuntos serían temas de sus urgencias y ocupaciones, sobre todo en tiempos de tanto tradicionalismo y de “tanta sociabilidad dorada”: una organización del trabajo nueva y moderna, o discutiendo acerca del todavía incipiente voto femenino: “El derecho femenino al voto me ha parecido siempre cosa naturalísima” (“Recado sobre el voto femenino”). Consideraba que las mujeres debían hablar de lo suyo en legítimo, presentando en carne viva lo que es su oficio;

que una delegada de las costureras, de las maestras primarias, de las obreras del calzado deberían ser escuchadas con gusto en el Parlamento.

La mujer de la época mistraliana, llámese maestra, artista, escritora, o la que denominamos la mujer de su casa (salvando las intencionalidades peyorativas en beneficio de tener la casa como universo o forma de vida noble para la mujer), será una motivación fervorosa y vitalizadora en la escritura y en el ajetreo cotidiano de la autora de *Tala*. En este *mujerío*, palabra tan única y tan plural, y tan suya, revelaba su permanente apego y su admirativa actitud por la ilustración y la dignidad, y la participación de la mujer en la sociedad chilena de su tiempo, por el oficio cumplido, e incluso por las tareas del hogar (“La instrucción de la mujer”, “Organización de las mujeres”).

No solo autora de una “poesía lírica inspirada en poderosas emociones”, sino también en las realidades y necesidades mismas del desarrollo educacional, social, cultural y ciudadano del país que ella quería: “Yo veo al país en tres dimensiones: la geográfica, la económica y hay todavía la moral. Cuando digo aquí moral, digo moral cívica”, señalaba con énfasis. A esa dimensión moral o de voluntad de ser, voluntad terca de existir, unía aquellas otras dos: la geográfica, que tanto se vivió y recorrió, y la dimensión económica en su riqueza tutelar del territorio; verbigracia: la Patagonia de Chile: “El destino geográfico y económico de Chile se llama Patagonia, nuestra tierra austral válida y posible”. Y lo dice en una época que mentaban a esa Patagonia “región de calamidades”. Ella, que se vivió entre 1918 y 1920 aquellas praderas de clima cainita en sus paisajes y desolaciones, tuvo su ojo y su sentido atento para ver y sentir las potencialidades de tan extenso territorio austral.

Así, Gabriela Mistral se vuelve “hecha entera ojo para los míos, ojo chileno, que ve neto y mira sin pestañeo, no cantando, sino mirando, hecha entera ojo”. Después de todo,

contadora y alabadora de suelos, en el sentido de lo regional: desde su propio valle elquino (“donde se es minero o agricultor en el mismo tiempo”) a sus Coquimbos, a sus Araucanías, a sus Magallanes: “He andado mucha tierra y estimado como pocos los pueblos extraños, pues soy rematadamente una criatura regional y creo que todos son lo mismo que yo”. Esa “rematada” regionalidad se hacía en ella nacionalidad, interpretación, intuición, realidad, posición, en una permanente búsqueda de conciencia por el destino de Chile.

La identidad de un país no solo en los elogios de su tierra (cordillera, mar, archipiélagos, frutos, artesanías, folclor, tradiciones, lengua y oralidad), sino también en amor y pasión de amor, o mejor aún, cuidado y denuncia, y defensa de la tierra y de la naturaleza en su protección de sus recursos naturales y originarios, y en su medioambiente. Porque ya veía ella —años treinta o cuarenta— la explotación indiscriminada de esos recursos o temía que se extinguieran por descuido de autoridad o ambición de mano predadora (“Recado sobre el alerce”, “Recado sobre la araucaria”, “Recado sobre el copihue”, “Recado sobre la chinchilla andina”, “Recado sobre el huemul”), materias vivas y vivientes que no dejó escapar de su reveladora escritura.

Gabriela Mistral, con esa donosa manera de contar tan suya y en su permanente acercamiento a lo más auténtico y nutricio de la tierra nuestra, nos revela una patria genuina, que no descuida su historia y su idiosincrasia. Por esta escritura va y viene la historia sin mito de nuestro Chile total, y a su vez su pensamiento y su reflexión de mujer contemporánea y visionaria: pensar y reflexionar un país. Y hasta imaginarlo, creadoramente.

Pero Gabriela Mistral veía al territorio cordillerano y marítimo de Chile integrado a una región mayor de la América y el Caribe, toda vez que ella misma bien se recorrió el mapa real del continente —de Montegrande al Mayab—, y no solo por un ánimo vocacional americanista como expresión de unidad

de pueblo a pueblo y de gente a gente, sino además por un vínculo sin divorcio en un acercamiento a las realidades vivas de lo humano, lo geográfico, lo racial, lo económico, lo educacional, lo cultural, lo lingüístico del continente todo. Decía: “La América íbera parece tener como un barco futurista tres proas: la del Brasil a medio cuerpo; la austral, argentino chilena; y una proa sobre el mar Caribe, tal vez en el cuerno de México o en el muñón de Cuba”. (Conferencia en la Unión Panamericana, 1939).

Poéticamente será *Tala* (1938) uno de los libros en los cuales Gabriela Mistral deja testimonio de su mucha vivencia y experiencia de la América —“la América nuestra”, como ella dice siempre; o “Nuestra América”, en el decir rotundo de Martí— en sus poemas himnos al “Sol del trópico”, a la cordillera, al maíz, al mar Caribe y a otros materiales formidables. Una actitud ritual y de advocación casi sagrada hay en esos versos que toman nombres de pájaros y frutos (el quetzal, el mango, la pitahaya, la yuca) o de culturas indomilenarias (Palenque, Cuzco, Yucatán, Copán), con gentes quechuas y gentes mayas. También los mitos y los dioses de pueblos mágicos; y los sudores del hombre precolombino secándose en lomos y en costados. Ella misma se definirá muchas veces como “una mujer de acérrima lengua americana en la tonada muy criolla que es mi poesía”.

Si con su poesía Gabriela Mistral ya había hecho muy suyo lo americano, importaba a su vez la otra realidad viva del continente: sus indigenismos o sus indianidades, sus costumbres y sus folclores, sus paisajes naturales y sus paisajes ancestrales y humanos, sus cuestiones económicas y sus verdades sociales, sus guías morales y sus reformadores educacionales, sus ensayistas, sus escritores, sus poetas, su mujerío muy listo, sus oficios y sus culturas. Una geografía humana que iba a la par con la otra, su física geografía, que se conoció y se recorrió en una especie de beneplácito en el bien ver, en el bien pensar, en el bien hacer y en bien decir:

“No soy una patriota ni una panamericanista que se endroga con las grandezas del continente. Me lo conozco casi entero, desde Canadá hasta la Tierra del Fuego; tengo esparcida en la propia carne una especie de limo continental”. (“La faena de nuestra América”). Y esta especie de “limo continental” —o el continentalismo como nacionalidad—, esparcido en su propia carne, es una muestra de su adhesión casi fisiológica (además de histórica, geográfica, étnica, social, lingüística, literaria) a los más variados asuntos de la América: “Y si yo quisiera símbolo para mí y que siendo floral no sea blando, del flamboyán me acordaría, que arde lo mismo que yo, como si Dios nos hubiese hecho a ambos en el mismo momento, a mí con la derecha de hacer criatura, a él con la izquierda de ser planta”.

Ella se exigía un describir y un divulgar la América como norma o cartabón de maestra, y como lección educadora cotidiana: “Haz amar la luminosa meseta mexicana, la verde estepa de Venezuela, la negra selva austral. Dilo todo de tu América. Di cómo se canta en la pampa argentina, cómo se arranca la perla en el Caribe, cómo se puebla de blancos la Patagonia. Divulga su Bello, su Sarmiento, su Lastarria, su Martí. Enseña el sueño de Bolívar, el vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con agudo garfio de convencimiento. Piensa en que llegará la hora en que seamos uno”.

Estos son, y tantos otros, aquellos ilustres visionarios y libertarios hombres de la América —derroteros morales nuestros y paradigmas de nobles utopías— a quienes Gabriela Mistral admira en alabanza y en conducta, muy lejos de los pedestales estatuarios o de héroes alegóricos. Y sobre todo José Martí (1853-1895), “santo de pelea”, como lo llama en activa y piadosa frase. “El maestro americano más ostensible en mi obra”. Y a quien alaba, porque combatió sin aborrecer, luchó sin odio: “Todo es grande y es agradecimiento del guía de hombres terriblemente puro que la América produjo en él, como un descargo enorme de los guías sucios que hemos padecido”.

Sus textos testimonian cabalmente su palabra pensamiento, su palabra verdad, su palabra ígnea: enseñan, lado a lado, a pensar una América. Importa en Gabriela Mistral tanto el pretérito como el futuro de su América, tanto el ahora como el día que viene. Su Chile y su América no eran solo una aleluya de gracia y epifanía, sino también un testimoniar y un denunciar los agrios materiales de la realidad. (“Recado sobre el herodismo criollo respecto de la infancia”). O su fervoroso y étnico recado: “Estampa del indio mexicano” (“cuya estampa me ha durado veinticuatro años en la retina del alma, que llamamos memoria y si ha podido ocurrir este recuerdo, es porque mucho lo miré y lo amé, y sigo amándolo”). Con esa vivacidad y esa llaneza escribirá cada uno de sus singularísimos recados.

Por estos variados textos va y viene la literatura y la historia, las civilidades y las políticas, los paisajes y las culturas, las gentes y las razas todas de los pueblos de esta América nuestra. Decires y juicios tienen así la energía que da la sobriedad y la verdad del lenguaje y del pensar de Gabriela Mistral, amén de una notable belleza de escritura. Recuérdese que uno de los fundamentos del Premio Nobel de Literatura (1945) bien señalaba que la autora chilena constituía “un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el continente latinoamericano”.

Y ella, a su vez, daba voto de fe americanista: “Vivo en lo equinoccial de lo americano y cuanto he dicho y diga arranca de mi pasión por las cosas esenciales que amo y defiendo: la cultura, la democracia, la libertad y la unidad necesaria de la América”.

Jaime Quezada

Santiago de Chile, junio, y 2020











# C H I L E I<sup>1</sup>

- 1 Como muchos de estos textos fueron escritos por Gabriela Mistral como parte de su labor de divulgación que hizo de nuestro país en el exterior, y en muchos de ellos se hace referencia tanto al nombre como a nuestro gentilicio, nos tomamos la libertad de eliminarlos donde era posible, sin que afectara su comprensión. Además, lo que la autora abrevió, lo completamos. (N. de los Eds.).



Un territorio tan pequeño, que en el mapa llega a parecer una playa entre la cordillera y el mar; un paréntesis como de juego de espacio entre los dos dominadores centaurescos: al sur el capricho trágico de los archipiélagos australes, despedazados, haciendo una inmensa laceradura al terciopelo del mar, y las zonas naturales, claras, definidas, lo mismo que el carácter de la raza. Al norte, el desierto, la salitrera blanca de sol, donde se prueba el hombre en esfuerzo y dolor. Enseñada la zona de transición, minera y agrícola, la que ha dado sus tipos más vigorosos a la raza: sobriedad austera del paisaje, un como ascetismo ardiente de la tierra. Después la zona agrícola, de paisaje afable; las manchas gozosas de los huertos y las manchas densas de las regiones fabriles; la sombra plácida del campesino pasa quebrándose por los valles, y las masas obreras hormigean ágiles en las ciudades. Al extremo sur el trópico frío, la misma selva exhalante del Brasil, pero negra, desposeída de la lujuria del color; islas ricas de pesca, envueltas en una niebla amoratada, y la meseta patagónica, nuestra única tierra de cielo ancho, de horizontalidad perfecta y desolada, suelo del pastoreo para los ganados innumerables bajo las nieves.

Pequeño territorio, no pequeña nación; suelo reducido, inferior a las ambiciones y a la índole heroica de sus gentes. No importa: ¡Tenemos el mar, el mar, el mar!

2 Publicado en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 17 de septiembre de 1923; luego en *El Mercurio*, de Santiago, el 7 de octubre de 1923, y en el libro *Lectura para mujeres* (1924). Como más tarde, apareció otro artículo con el mismo título, lo agregamos a este como segunda parte. (N. de los Eds.).

Raza nueva que no ha tenido a la dorada suerte por madrina, que tiene a la necesidad por dura madre espartana. En el periodo indio, no alcanza el rango de reino; vagan por sus sierras tribus salvajes, ciegas de su destino, que así, en la ceguera divina de lo inconsciente, hacen los cimientos de un pueblo que había de nacer extraña, estupendamente vigoroso. La conquista más tarde, cruel como en todas partes; el arcabuz disparando hasta caer rendido sobre el araucano dorso duro como lomos de cocodrilos. La Colonia no desarrollada como en el resto de la América en laxitud y refinamiento por el silencio del indio vencido, sino alumbrada por esa especie de parpadeo tremendo de relámpagos que tienen las noches de México; por la lucha contra el indio, que no deja a los conquistadores colgar sus armas para dibujar una pavana sobre los salones... Por fin, la República, la creación de las instituciones, serena, lenta. Algunas presidencias incoloras que solo afianza la obra de las presidencias heroicas y ardientes. Se destacan de tarde en tarde los creadores apasionados: O'Higgins, Portales, Bilbao, Balmaceda.

El mínimo de revoluciones que es posible a nuestra América convulsa; dos guerras en las cuales la raza tiene algo de David, el pastor que se hace guerrero y salva a su pueblo.

Hoy, en la cuenca de las montañas que se ha creído demasiado cerrada a la vida universal, repercute sin embargo la hora fragorosa del mundo. El pueblo tiene en su cuello de león en reposo un jadeo ardiente. Pero su paso por la vida republicana tendrá siempre lo leonino: cierta severidad de fuerza que se conoce, y por conocerse no se exagera.

La raza existe, es decir, hay diferenciación viril, una originalidad que es forma de nobleza. El indio llegará a ser en poco, más exótico por lo escaso; el mestizaje cubre el territorio y no tiene la debilidad que algunos anotan en las razas que no son puras.

No sentimos el desamor ni siquiera el recelo de las gentes de Europa, del blanco que será siempre el civilizador, el que ordenando las energías hace los organismos colectivos. El alemán ha hecho y sigue haciendo las ciudades del sur, codo a codo con el chileno, al cual va comunicando su seguro sentido organizador. El yugoslavo y el inglés hacen en Magallanes y en Antofagasta otro tanto. ¡Alabado sea el espíritu nacional que los deja cooperar en nuestra faena sagrada de cuajar las vértebras eternas de una patria, sin odio, con una hidalga comprensión de lo que Europa nos da en ellos!

Una raza refinada no somos; lo son las viejas y ricas. Tenemos algo de la Suiza primitiva, cuya austeridad baja a la índole de las gentes desde las montañas tercas; pero en nuestro oído suena, y empieza a enardecernos, la invitación griega del mar. La pobreza debe hacernos sobrios, sin sugerirnos jamás la entrega a los países poderosos que corrompen con la generosidad insinuante. El gesto de Caupolicán, implacable sobre el leño que le abre las entrañas, está tatuado dentro de nuestras entrañas.

### II<sup>3</sup>

En el reparto del continente que fue de gigantes, en el pantagruelismo geográfico de la conquista, dejaron bastante a la Capitanía General de Chile: 570.000 kilómetros cuadrados, y colgaron esto como una borla al Perú rico, al que la borla le sobraba.

Por pequeño, el país precisamente se organizó antes que los grandes y por voluntarioso, de la voluntad que salta en los trances duros, se puso a explotar lo suyo con más intensidad que los otros.

3 Publicado en el diario colombiano *El Tiempo*, de Bogotá, el 7 de junio de 1946. (N. de los Eds.).

Si el continente nos prestó escabel en vez de asiento, el mar nos ha dado todas las posibilidades en casi 4.500 kilómetros de costa. Él se halla al alcance del deseo en cualquier punto, a seis horas de la ciudad o del pueblo adobado a la cordillera; una proximidad marina tenemos que, aunque salgamos de vaina de quebrada, podría decirse que el aire marino ha endurecido los pulmones de toda criatura nuestra y nos ha dado una como mayor largueza de aliento. Mar en el norte, con el calor radioso y las pausas de la modorra de fuerzas de los mares tropicales; mar blanquiazul, el centro de los oleajes lujosos en la playa donosa de Constitución; mar gris amoratado hacia el sur, padre él de grandes tempestades que probaron los navegantes clásicos.

Después del mar omnipotente, la montaña nos da su tónica y, como diría un teólogo, nos imprime carácter. No se puede pensar en pedazo de Chile sin que ella salte al fondo como respaldo dramático de la ciudad o del campo. Todo el país es como un regazo consentido por ella para la vida humana.

Donde exista cielo ancho, ella estará con su Tupungato, sus Tres Cruces o su Osorno asistiendo el valle de su presencia que es autoridad.

La capital del país la quiso Valdivia dominada por esta jerarquía geológica, como para que no fuese olvidada su maternidad de piedras de la masa ciudadana.

El desierto, que atajó a los incas con su reverberación de pedregales, se extiende a lo largo de tres provincias tan grandes en relación con nuestro territorio que, si su maldición no nos hubiese volteado de pronto un anverso de riqueza, nos resulte calamidad definitiva a lo Sahara, comiéndonos un tercio de tierra en vano.

Como panorama, el desierto de Atacama parece detestable al que no encuentre paisaje, sino donde el oro se regodea. El desierto chileno resulta plebeyo visto a pedazos con su pedre-



gal bruto o desesperado, y con una desnudez que las yerbas ralas y descoloridas no cubren ni los meses de una primavera sietemesina. La sequía rasguña el lagrimal y lo ensangrienta; el aire sin partícula de humedad parece creado para el buitre y hasta la garganta se lacera.

Pero la pampa salitrera es hermosa en extensión. Es por sí misma una nobleza cuando en la siesta se vuelve toda ella una sola reverberación hasta dar resplandor, y cuando en las noches de la luna de disco más absoluto que pueda darse toma unanimidad otra vez como en la siesta, y es de un blanco quebrado a grandes trechos por unas lomas fantásticas. Solo que en estas noches de la pampa, el suelo se olvida para gozar un goce de astrónomo, enemigo de la bruma, un cielo de acérrimo esmalte, sin banalidad de nubes que al ojo de costa casi le parece un horizonte artificial de puro perfecto, con las constelaciones grandemente acusadas.

Sigue al absoluto desierto una zona de transición, que parece un campo de lucha entre lo seco y lo fértil, como las Palestinas y los Marruecos.

Esta es la región productora de un higo tan bello como el siciliano; de una larga pasa más solar que la griega; de una papa más exigua que la otra, muy grasa de trópico, puro aroma y sabor constreñidos, y de un aguardiente que se cuenta entre las bebidas menos estropeadoras del cuerpo. Veranos cabales entregan, pues, una verdadera aristocracia de frutas, dignas de mesa asiática. Ha caminado, con sus genuinos pies orientales por esta bandeja pequeña de suelo, mejor la Pomona regidora de lo frutal prócer que la Ceres, madre de trigos y de pastos fáciles.

El gran cuerpo robusto del San Cristóbal del país lo forma el llamado valle central, desarrollado entre la cordillera de los Andes y la cuasi cordillera de la Costa. Forma el brazo agrario del país, el de la riqueza de pulsos estables.

Valle donosamente suave, está mejor que interrumpido, rizado de lomas trigueras con uno que otro volcán que le avizora la gran piedad verde: el Descabezado, el Chillán, el Llaima, el Osorno. Sin epiquismo geológico, puede llamársele como el valle del Ródano, la benevolencia del planeta, un largo ofrecimiento a través de sus provincias, ofrecimiento leal para una faena agrícola en que el hombre no se rompa de fatiga ni se comprometa en una empresa azarosa.

Donde el esmalte de la viña se rompe bruscamente por el Biobío, comienza la otra zona extraordinaria de nuestro territorio. Es el trópico frío, sorpresa de geógrafos y naturalistas.

El trópico verdadero ataranta los ojos con su dionisismo de color que espolea, rasguña y acaba por agobiar los sentidos; este trópico es cosa tan vasta como aquel, pero mansamente austera. Bate un cielo ceñido que cuando se ve en julio parece no haber aflojado nunca su cerrazón de nube y aparecen las masas de selvas cogiendo las cordilleras por los pies y como cargando con ellas a cuestras. O si se navega al abrirse la niebla mala, salta a la vista una isla que no es el peñasco de alarde volcánico, sino una enorme bandeja forestal, sin borde arenoso, con sus cipreses o sus piñones zambulléndose en el mar mismo.

En esta zona de un vigor sombrío se cuentan sin acabar las especies más aristocráticas de las coníferas y de los helechos.

Buscad, de Valdivia adentro, el alerce que Lafont llama “el primer árbol del mundo” y que pudiese serlo si jerarquizáramos el mundo vegetal bajo una norma de economía y de estética acopladas. El alerce tiene la talla heroica de los capitanes de la vegetación; viviendo dos meses atallado en la humedad, se queda incorruptible cuando viene el verano y con él la pululación de los insectos en su tronco no hacen rasguño ni hoyuelo; así él está defendido por sí mismo, también como un héroe de Homero, y para que todo no sea en él terquedad, su corteza puede cardarse y es capaz de una lana bastante dócil. Como si

no fuera bastante, él se prodiga y abunda al revés de las llamadas maderas preciosas y a los sándalos, apenas encontrables.

Algo como una síntesis del planeta se cumple en la geografía de Chile. Empieza en el desierto, que es comenzar en los valles de la zona de transición; se hace hogar pleno para la vida en la zona del agro absoluto; toma una heroica hermosura forestal en el remate del continente, y se desmenuza al fin ofreciendo a medias la vida y la muerte en un mar que vacila entre su dicha líquida y su dicha búdica del hielo eterno.

## BREVE DESCRIPCIÓN<sup>1</sup>

Han dado a Chile los comentaristas la forma de un sable, por remarcar el carácter militar de su raza. La metáfora sirvió para los tiempos heroicos. Chile se hacía, y se hacía como cualquier nación, bajo espíritu guerrero. Mejor sería darle la forma de un remo, ancho hacia Antofagasta, aguzado hacia el sur. Buenos navegantes somos en país dotado de inmensa costa.

Una extensión de 750.000 kilómetros cuadrados, pero muy mermada por nuestra formidable cordillera, y en el sur, a medias inutilizada por el vivero de archipiélagos perdidos. Es un país grande en relación con los repartos geográficos de Europa; es un país pequeño dentro del gigantismo de los territorios americanos. Un escritor nuestro, Pedro Prado, decía que hay que medir el país desdoblando los pliegues de la cordillera y volviendo así horizontalidad lo vertical. En verdad hay una dimensión de esta índole que vale en ciertos lugares para lo económico. Las minas hacen de nuestra montaña cuprífera y argentífera una especie de decuplicación de superficie válida, y donde el vuelo del aeroplano fotografía metros, el fantástico plegado geológico daría millas.

Sin embargo, no es así como otros vemos el país. Hay una dimensión geográfica, hay la económica y hay todavía la moral. Cuando digo aquí moral, digo moral cívica. También esto crea una periferia y una medida que puede exceder o reducir el área de la patria. Patrias con poca irradiación de energía y de sentido racial, patrias apenas dinámicas, son pequeñas hasta cuando son enormes. Patrias angostas o mínimas que se exhalan en radios grandes de influencia son siempre ma-

1 Conferencia que dio en Málaga con el título de “Breve descripción de Chile” y luego publicada en *El Tiempo*, de Bogotá, el 15 de julio de 1934, y en los *Anales de la Universidad de Chile*, el segundo trimestre de ese año. (N. de los Eds.).

yores y hasta se vuelven infinitas. Nadie puede echar sonda en su fondo; no puede saberse hasta dónde alcanzan, porque sus posibilidades son las mismas del alma individual, es decir, inmensurables.

A mí me gusta la historia de Chile, y no es que me complazca como la cara de la madre al hijo, por pura filialidad. Si yo hubiese nacido en cualquier lonja terrestre, me gustaría lo mismo al leerla. Me da un placer semejante al de una faena bien comenzada, bien seguida y bien rematada. Me agranda los ojos como la forja que se cumple cabalmente en la buena fragua; me aviva los pulsos expectantes como una fiesta de regatas, hecha por hombres ganosos en un mar acarnerado y en un sol fuerte; me serena y me conforta con su éxito ganado agriamente, como cuando he visto la subida del metal jadeado en los ascensores de la bocamina, porque el logro que responde al largo repecho ratifica las medidas probas en la balanza, y hace sonreír al buen amator de la justicia. Así me gusta la historia de Chile como un oficio de creación de patria, bien cumplido por un equipo de hombres, cuyo capital no fue sino su cuerpo sano y lo que el cuerpo comprende de porción divina. Me alegran y me ponen lo mismo a batir los sentidos las demás historias nacionales heroicas. Los espectáculos de la naturaleza son embriagantes sin que lo sean más que el de una gesta larga de hombres entregados a preparar y a ofrecer esa soberana producción, mixta de territorio dulce o áspero, de potencias naturales y sobrenaturales, y de desalientos y fervores, en turno de marejada.

Nuestra historia puede sintetizarse así: nació hacia el extremo sudoeste de la América una nación oscura, que su propio descubridor, Diego de Almagro, abandonó apenas ojeada, por lejana de los centros coloniales y por recia de domar, tanto como por pobre.

El segundo explorador, Pedro de Valdivia, el extremeño, llevó allá la voluntad de fundar y murió en la terrible empresa. La poblaba una raza india que veía su territorio según debe mirar-

se siempre: como nuestro primer cuerpo, que el segundo no puede enajenar sin perderse en totalidad. Esta raza india fue dominada a medias, pero permitió la creación de un pueblo nuevo, en el que debía insuflar su terquedad con el destino y su tentativa contra lo imposible.

Nacida la nación bajo el signo de la pobreza, supo que debía ser sobria, superlaboriosa y civilmente tranquila, por economía de recursos y de una población escasa. El vasco austero le enseñó estas virtudes; él mismo fue quizás el que lo hizo país industrial antes de que llegasen a la era industrial los americanos del sur.

Pero fue un patriotismo bebido en libro vuestro, en el poema de Ercilla, útil a país breve y fácil de desmenuzarse en cualquier reparto, lo que creó un sentido de chilenidad en pueblo a medio hacer, lo que hizo una nación de una pobrecita capitanía general que contaba un virreynato al norte y otro al este.

En una serie de frases apelativas de nuestros países podría decirse: Brasil o el cuerno de la abundancia; Argentina o la convivencia universal; Chile o la voluntad de ser.

Esta voluntad terca de existir ha tenido a veces aspectos de violencia y a algunos se les antoja desmedida para cinco millones de hombres. Pero yo, que nada tengo de nietzscheana, suelo pensarla, velarla y revolver su rescoldo alerta, porque el continente austral pudiese necesitarla en el futuro y pudiese ser ella un exceso que sirva y salve, en trance de solidaridad continental. Depósitos de radio hay así, secretos y salvadores.

Vamos ahora a mirar, de pasada, suelo, mar y atmósfera chilenos, en una modesta descripción geográfica que me consentirá varias veces la digresión emotiva, porque desde que Paul Vidal de la Blache inventó una geografía humana, los maestros podemos contar la tierra en cuanto a hogar de hombres, en segmentación viva de estampas un poco calurosas.

El arreglo pacífico con el Perú nos hizo devolver, en un bello ademán de justicia, el feraz departamento de Tacna. Siempre fue peruano; treinta años vivió bajo nuestras instituciones y se mantuvo cortésmente extranjero. Lo devolvimos en cambio de la amistad del Perú y no estamos arrepentidos. Perú y Chile vuelven a vivir tiempos de colaboración y cooperación comercial y social, y el despejo moral que ha venido y el intercambio económico que comienza en grande nos pagan bien la pérdida. Arica quedó para nosotros, racionalmente; nosotros la hicimos. Edificación, obras portuarias y de regadío, y el ferrocarril a La Paz, que es su honra y su riqueza, todo eso ha nacido y se ha desarrollado con sangre y dineros chilenos.

Alegó Chile reiteradamente su necesidad de tener, por encima del desierto, una zona de aprovisionamiento, un lugar de verdura y agua que surtiese a la región desértica en trance normal o de guerra, y por esta y las razones anteriores, Arica se incorporó al país.

Sigue a Arica el desierto, que aparece en Tarapacá, que atraviesa Antofagasta y que demora hasta el norte de Atacama. Formidable porción de una terrible costra salina, el más duro de habitar que pueda darse para la creación de poblaciones. Antes de la posesión chilena existió como una tierra maldita que no alimentaba hombres sino en el borde del mar, y allí mismo, solo unas caletas infelices de pescadores. El chileno errante y aventurero, pero de una clase de andariego positivo, buen hijo del español del siglo XVI, llegó a esas soledades, arañó el suelo con su mano avisada de minero, halló guano y sal, dos abonos clásicos, y allí se estableció, a pesar del infernal clima, a pesar de la posesión extraña y del argumento cerrado que hacía de casi tres provincias una región imposible para la vida. La riqueza fue creándose; el lugar cobrando humanidad y vino una guerra a disputar como tantas veces sobre el derecho en cuanto a posesión. Ganamos la guerra en uno de esos ímpetus vitales más que bélicos, o bélicos por explosión vital.

Chile creció de un golpe en un tercio más de su territorio. Pasaba a ser una potencia del sur la pobre colonia a que dio vuelta la espalda Diego de Almagro.

Estas guerras nos han dado un semblante belicoso que no hemos tenido sino en el trance mismo del choque. Si se hiciera en nuestra América agitada un balance de la violencia, un gráfico de la sangre aprovechada o desperdiciada en los conflictos armados, este país nuestro aparecería con un volumen mínimo, o por lo menos pequeño, de ejercicio de armas. Los períodos de paz son largos y perfectos; los de guerra rapidísimos y rematados de una vez por todas. Hay eso sí, un patriotismo vuelto religión natural y pulso sostenido de la raza.

Los pacifistas respiramos hoy a pleno pulmón y con un bienestar que se parece a una euforia. Nada de problemas pendientes; nada de angustia por la malquerencia del vecino; ningún temor de que la coyuntura de la necesidad o de la circunstancia nos lance de nuevo a la faena, siempre escabrosa y muchas veces odiosa, del pelear para vivir o para guardar la honra. Ha habido una gran liquidación y ya pueden trabajar, mano a mano, Chile, Perú, Bolivia y la Argentina, porque las últimas raíces rencorosas están descuajadas y además quemadas. La guerra victoriosa no se nos hizo ni costumbre ni jactancia fanfarrona.

El chileno, lo que él es, lo que puede sacar de sí, el chileno en volumen y en irradiación de energía, hay que conocerlo en la zona salitrera o en la región antártica de la Patagonia. Llegó de climas regalones y cayó en un desierto que tiene al mediodía una temperatura de 45 grados y en la noche las de bajo cero. Era una terrible prueba vital y pudo con ella. En la siesta, la reverberación de fuego sobre la pampa de sal; en la noche, la escarcha. El bienestar por la habitación racional se fue creando lentamente. Nos cuesta ese desierto mucho dolor y lo hemos pagado según la ley más exigente. Hemos traído el agua de beber desde unas distancias increíbles; las aguas



corrientes y la verdura humana de las tierras dulces no las tendremos nunca.

Le fundaron poblaciones grandes y pequeñas. Iquique y Antofagasta son ciudades que cuentan en el continente. Su fisonomía provisoria de establecimientos en el desierto cambió de pronto, pasando a ser la de unos emporios de una prosperidad febril en los tiempos de explotación en grande, antes de que el salitre químico viniese a hacer la competencia buena y la mala a nuestro producto. Lentamente han ido industrializándose esas ciudades y más tarde ya vivirán sin la esclavitud de las cotizaciones de la sal. Están plantadas tercamente en el desierto; han conocido las peores luchas por la subsistencia.

Arica y Antofagasta ofrecen a Bolivia salidas rectas y naturales al mar; tratados excelentes de comercio y una cordialidad de relaciones que, dicho sea en honor de Bolivia, nunca se rompió por completo, aseguran a las dos grandes ciudades de la pampa salitrera su vida normal.

La explotación de las salitreras fue más dura, mucho más devoradora de vida que la guerra. Los capitales, la nueva legislación social, defensora del obrero, y los inventos que han suavizado mucho el laboreo, hicieron poco a poco de unas condiciones de trabajo mortales una faena humana y llevadera. El “mata-dero de hombres”, del que hablaron cuentistas y reporteros, ha desaparecido. El desierto será siempre desierto, pero ya está domado y acepta la vida de las familias chilenas.

Se apunta la guerra como la tónica de Chile; yo creo que hay que anotar como tal el laboreo de la pampa salitrera. En eso dimos nuestro mayor jadeo épico, que no en unas guerras breves que son en la historia accidente en vez de cotidianidad o, como diría Eugenio D’Ors, “anécdota y no categoría”.

Ya en el final de Atacama comienza la llamada “Zona de transición”, que cubre Coquimbo, Aconcagua y Valparaíso. Se la llama así porque en ella el desierto cede, con valles, todavía

pequeños, pero ya muy fértiles: el de Huasco, el de Elqui y el de Aconcagua. Se llama también “Zona de los valles transversales”. La cordillera manda hacia la costa estribaciones bajas y el suelo aparece a la vez montañoso y accesible, y está sembrado de unas tierras limosas, bastante benévolas para el cultivo. Esta es mi región, y lo digo con particular mimo, porque soy, como ustedes, una regionalista de mirada y de entendimiento, una enamorada de la “patria chiquita”, que sirve y aúpa a la grande. En geografía como en amor, el que no ama minuciosamente, virtud a virtud y facción a facción, el atolondrado que suele ser un vanidosillo, que mira conjuntos kilométricos y no conoce y saborea detalles, ni ve ni entiende, ni ama tampoco.

Para mí no existe la imagen infantil de la región como una de las vértebras o como uno de los miembros de la patria. Mejor me avengo, para dar metáfora al concepto, con aquello que los ocultistas de la Edad Media llamaban el microcosmos y el macrocosmos. La región contiene a la patria entera, y no es su muñón, su cola o su cintura. El problema del país, aunque parezca no interesar a tal punto, retumba en él; las actividades de los centros mayores, industriales o de cultura, y no digamos la política, alcanzan tarde o temprano a la región, con su bien o con su mal. El sentido de la segmentación del país en la forma de la tenia, que cortada vive como entera, no me convence.

Pero menos entiendo el patriotismo sin emoción regional. La patria como conjunto viene a ser una operación mental para quienes no la han recorrido legua a legua, una especulación más o menos lograda, pero no una realidad vivida sino por hombres superiores. La patria de la mayoría de los hombres, por lo tanto, no es otra cosa que una región conocida y poseída, y cuando se piensa con simpatía el resto no se hace otra cosa que amarlo como si fuese esto mismo que pisamos y tenemos. El hombre medio no tiene mente astronómica ni imaginación briosa y hay que aceptarle el regionalismo en cuanto a la operación que está a su alcance.

La pequeñez, la penuria, hasta las llagas de la región nada le importan. Él es un amante o un devoto, y las cubre o las transmuta. O esconde o transfigura. Pequeñez, la de mi aldea de infancia, me parece a mí la de la hostia que remece y ciega al creyente con su cerco angosto y blanco. Creemos que en la región, como en la hostia, está el todo; servimos a ese mínimo llamándolo el contenedor de todo, y esa miga del trigo anual que a otro hará sonreír o pasar rectamente a nosotros nos echa de rodillas.

He andado mucha tierra y estimado como pocos los pueblos extraños. Pero escribiendo o viviendo, las imágenes nuevas me nacen sobre el subsuelo de la infancia; la comparación, sin la cual no hay pensamiento, sigue usando sonidos, visiones y hasta olores de infancia, y soy rematadamente una criatura regional y creo que todos son lo mismo que yo.

Somos las gentes de esta zona de Elqui, mineros y agricultores en el mismo tiempo. En mi valle el hombre tomaba sobre sí la mina, porque la montaña nos cerca de todos lados y no hay modo de desentenderse de ella; la mujer labraba en el valle. Antes de los feminismos de asamblea y de reformas legales, 50 años antes, nosotros hemos tenido allá en unos tajos de la cordillera el trabajo de la mujer hecho costumbre. He visto de niña regar a las mujeres a la medianoche, en nuestras lunas claras, de la viña y el huerto frutal; las he visto hacer totalmente la vendimia; he trabajado con ellas en la llamada “pela del durazno”, con anterioridad a la máquina deshuesadora; he hecho sus arropes, sus uvates y sus infinitos dulces llevados de la bonita industria familiar española.

El valle es casi un tajo en la montaña. Allí no queda sino hambrearse o trabajar todos, hombres, mujeres y niños. El abandono del suelo se ignora; esas tierras como de piel sarnosa de lo baldío o de lo desperdiciado. Donde no hay roca viva que aulla de aridez, donde se puede lograr una hebra de agua, allí está el huerto de durazno, de pera y granado; o está, lo más común, la viña creSPA y latina, el viñedo romano y español,

de cepa escogida y cuidada. El hambre no lo han conocido esas gentes acuciosas, que viven su día, podando, injertando o regando; buenos hijos de Ceres, más blancos que mestizos, sin dejadeces criollas, sabedores de que el lote que les tocó en suerte no da para mucho y cuando más da lo suficiente; casta sobria en el comer, austeramente en el vestir, democrática por costumbre mejor que por idea política, ayudándose de la granja a la granja y de la aldea a la aldea. Y raza sana, de vivir la atmósfera y el arbolado, de comer y beber fruta, cereales, aceites y vinos propios, y de recibir las buenas carnes de Mendoza, que nos vienen en arreos frecuentes de ganado.

Nos han dicho avaros a los elquinos, sin que seamos más que medianamente ahorradores, y nos han dicho egoístas por nuestro sentido regional... Nos tienen por poco inteligentes a causa de que la región nos ha puesto a trabajar más con los brazos que con la mente liberada. Pero los niños que de allí salimos sabemos bien en la extranjería, qué linda vida emocional tuvimos en medio de nuestras montañas salvajes, qué ojo bebedor de luces y de formas, y qué oído recogedor de vientos y aguas sacamos de esas aldeas que trabajan el suelo amándolo cerradamente, y se descansan en el paisaje con una beatitud espiritual y corporal que no conocen las ciudades letradas y endurecidas por el tráfico.

Cuatro ciudades valiosas en la zona: Copiapó, al norte, antiguo centro minero; La Serena, fundada con ese nombre por honrar a Valdivia el extremeño; Valparaíso, el primer puerto del Pacífico después de San Francisco, ciudad de ayer, ya que el viejo nos lo destruyó un terremoto; y San Felipe, sobre la línea del Trasandino y asentada en valle delicioso.

Ahora entramos en el verdadero cuerpo histórico y agrícola del país, en el llano central, que se desarrolla desde Santiago a Puerto Montt, entre la maciza cordillera de los Andes y la montaña baja y semiarticulada que llamamos cordillera de la Costa. Este valle central es el tórax de nuestro cuerpo geográfico y la zona del agro en pleno, y de la riqueza más estable del

país. Cuando raleen los nitratos, el valle central recogerá las actividades que ha acaparado el norte; cuando las minas del país entero hayan entrado en decadencia, él solo aprovisionará a nuestras gentes.

El gran valle corresponde a la serie de los de su género que han tenido la misión de alimentar fácilmente hombres y de darles con una vida benévola ocasión y reposo para crear grandes culturas. El valle del Nilo, el valle del Rin, el valle del Ródano; y en nuestra América, el Plata y el Cauca con el Magdalena han criado grandes culturas latinas, es decir, armónicas, y el llano central de Chile cumplirá la misma misión.

Una superficie suave, eso que alguien llama “una benevolencia del planeta”; un lomerío triguero que lo riza donosamente hacia el este dejan perfecto este largo ofrecimiento de dieciséis provincias para la faena agrícola; y saltando aquí y allá, algunos ríos ya válidos y hasta caudalosos como el Maule, el Biobío y el Cautín.

Cubre el gran valle la flora mediterránea que alcanza hasta Concepción, y después viene el bosque de maderas excelentes a medias domado en las talas o quemas, para dejar sitio a trigos y campos de patatas. El viñedo, que apareció en Coquimbo, ya en esta zona cubre áreas mayores y entrega esa producción cuidada que ha hecho del país el primer suelo viñatero de la América. La Ley Seca de los Estados Unidos amainó la prosperidad del mercado vinícola; su derogación vuelve a entonar esta industria clásica de Chile, que representa con el salitre y los metales la tercera cuota de nuestra economía.

Pero este cuerpo pleno del país presenta además una industria en desarrollo: veinte años no más han lanzado a Chile a una actividad industrial de las más diversas órdenes, haciendo de él un proveedor bastante fuerte de la costa del Pacífico. La era industrial, que en el trópico americano apenas despunta, nosotros ya la vivimos hace tiempo con sus bienes y

sus males. La crisis universal agobió a Chile más que a otras naciones americanas a causa precisamente de esta producción industrial ya crecida. La estrechez del suelo, la riqueza minera y la índole bastante europea de la costumbre tenían que provocar en Chile, más que en los otros países de la costa pacífica, la industrialización y un comercio internacional considerable. Industria de tejidos, de refinerías de azúcar, de madera, de frutas en conserva o de herramienta agrícola, se concentran a lo largo de las ciudades de esta zona. Hace años decir “industria chilena” y apuntar nombres ingleses y alemanes era la misma cosa. Ahora las firmas chilenas duplican las extrañas, asegurando esa posesión de la riqueza nacional por las nacionales, que es un punto de decoro de una patria. Hasta nuestra pampa salitrera, que llegó a ser monopolio abusivo de Norteamérica, ha sido rescatada bravamente por el gobierno del presidente Alessandri y la pampa de nuestra heroica doma vuelve a ser nuestra como en los tiempos de los grandes gobernantes que nos hicieron vivir una soberanía totalitaria del suelo.

Paralelamente con el abultamiento de la industria, ha corrido la modernización del cultivo en esta zona. Al viajero que recorrió buena parte del trópico americano, celebrando el caos magnífico de la vegetación autóctona, de que son padres aguas y soles genésicos, le place encontrarse al fin con un agro semejante al francés o al italiano, bien regido y bien distribuido, y bien celado por el hombre. La viña alcanza una cabal organización de cultivo moderno; los frutales igualan a los de California y compiten con ellos en el propio mercado yanqui; el trigo asegura el mínimo de cosecha que exige una población de casi cinco millones de habitantes, y la papa del pobre, que decía Montalvo, tiene en su vieja patria natural especies perfectas que no conoce el mercado europeo.

Una gran colonia alemana nos ha poblado dos provincias casi enteras; Valdivia y Chiloé, en la parte sur, donde el clima ya menos clemente por las lluvias copiosas, atraía poco al chileno. Reconocemos todos los nacionales a esta inmigración los

bienes innegables de la doma de la selva, del establecimiento de industrias fundamentales del país y la creación de ciudades de primer orden; pero algunos, entre los cuales me cuento, con gusto, habríamos preferido una inmigración latina, de italiano y español y belga, que no llevara a pueblo de dos sangres ya bastante opuestas un sumando más de diferenciación. Pero la política latinizante de Chile, así en la sangre como en la cultura, solo comienza y hay que contarla entre las faenas morales y materiales futuras. Ella no es de las más pequeñas y en el aspecto de la cultura es, a mi juicio, la de más trascendencia. A pueblos de habla española no les corresponde otra política cultural que la de una adopción de la cultura clásica, y en los que escogieron mal en el pasado, la vuelta a ella del hijo pródigo mudado en leal para su propia salvación. Somos latinos, aunque seamos indios; Roma llegó hasta nosotros bajo la figura de España.

Las ciudades de la zona cuentan entre las mejores y las más castizas del país, a pesar del injerto alemán, que solo comprende a dos.

La capital, Santiago, mentada con nombre de apóstol, para señalarle un destino de españolidad, enseño en uno de los lugares de altura dominante, sobre un llano espacioso y verde, y se respalda sobre una cordillera crespada y magnífica. Como en Guatemala o en Bogotá, el conquistador, al escoger lugar estratégico, escogió también paisaje magistral, y de este modo fundó logradamente y dejó a las generaciones el regalo sin precio de un panorama ennoblecedor de los sentidos. En el cerro de Santa Lucía, vuelto paseo público de los mejores y solo aventajado por el San Cristóbal, la ocurrencia feliz de sus ornamentadores puso en el mismo plano de reverencia al conquistador Pedro de Valdivia y al cacique o toqui vencido, nuestro Caupolicán, que es el héroe principal de *La araucana*, de Alonso de Ercilla.

La raza es más española que aborígen, pero la glorificación del indio magnífico significa para nosotros, en vez del repaso rencoroso de una derrota, la lección soberana de una defensa

del territorio, que obra como un espoleo eterno de la dignidad nacional. *La araucana*, que para muchos sigue siendo una gesta de centauros de dos órdenes, romanos e indios, para los chilenos ha pasado a ser un doble testimonio, paterno y materno, de la fuerza de dos sangres, aplacadas y unificadas al fin en nosotros mismos.

Sería largo describir a ustedes nuestra capital. Posee lo que las capitales aventajadas de la América del Sur en templos, edificios públicos, paseos e instituciones científicas y humanistas de cualquier clase. Su población bordea los dos tercios del millón y la vieja ciudad en que chocaba a los ojos europeos el saltar de una Alameda de palacios a suburbios orientales, ha pasado a ser un conjunto de edificación democrática, en la cual el hombre medio y el proletario ya viven con un bienestar más o menos parejo.

La arquitectura es totalmente moderna. No tuvimos nosotros la buena fortuna de los Méxicos y las rimas coloniales de que nos quedasen ciudades monumentales en piedra de durar y buenas recordadoras del pasado español. El coloniaje chileno fue una prolongación de la Conquista, el menos muelle de la América, porque al araucano nunca se lo aplastó verdaderamente y no dejó a los gobernantes sosiego para los cuidados suntuarios de levantar ciudades bellas y armoniosas. Santiago se llama la ciudad de un siglo; Valparaíso, el puerto de ayer.

Habíamos logrado un puerto cabal, el segundo indudablemente del Pacífico, después de San Francisco de California. Uno de los terremotos que debemos a nuestra terrible cordillera patrona lo destruyó por completo [1906]. El hermoso puerto de diques modernos y de situación espléndida sobre una bahía brava corresponde a nuestra generación, y cuenta entre las mejores complacencias del brío nacional.

La entrada al anochecer en su bahía vale por uno de los espectáculos más fuertes de que puede gozar un viajero. La gran



ciudad, situada sobre cerros, y de excelente iluminación, echa sobre el mar un resplandor vasto que se vuelve feérico en las festividades marítimas.

La metrópoli del sur se llama Concepción, constituye el centro de la riqueza agrícola austral y tiene inmediato a ella el gran astillero de Talcahuano. Ciudad es esta que ha sabido modernizarse sin estrépito y en la cual el viajero de mejor calidad, que es el intelectual buscador de calmas que tampoco sean mortecinas, halla un rescoldo bienhechor de cultura en la universidad regional y un paisaje noble dominado por el río del nombre sugestivo: el Biobío, primero entre nuestras corrientes fluviales. Concepción posee, con solo ochenta mil habitantes, un aire de gran ciudad, una raza grátísima en su señorío y su pulimiento, y la universidad viva y creadora de un ambiente superior, que ha sido hecha por la iniciativa local en un ímpetu de los más eficaces de regionalismo.

Valdivia, más al sur, le disputa su rango de centro de la producción austral. También cuenta con precioso río patrono y válido para la navegación. El poblador germano, vuelto chileno en los hijos, le ha dado las condiciones de vida de las ciudades europeas. El auge del turismo le permite ser el punto de las excursiones por el que llaman los geógrafos el trópico frío, laberinto maravilloso de lagos, selvas y archipiélagos australes.

Somos los chilenos raza andariega y navegadora; pero nos empuja afuera mejor un ansia de contactos humanos ricos, que el apetito de tierra suave y hermosa. El llano central que conté da cuanto puede dar una tierra en bondad terrestre, y este trópico frío entrega como cualquier Indoistán y cualquier Brasil, el épico botánico y fluvial, la selva Walkiria y soberana, con la cual no pueden la descripción oral ni los carbones afortunados del aguafuertista. Erilla se quedó sin contarla, y a veces me ha parecido su extraño silencio sobre el paisaje que vio una forma de reverencia de pobre hijo del hombre. Montaña, agua y atmósfera son allí formidables y aplastantes. La

mano que hizo el trópico como una desesperación para la vista recogida, hizo nuestro Chile austral, menos cegador, menos brillante de hervor zoológico, pero tan magnífico e increíble como el ecuatorial.

Podría decirse que hay tres órdenes de relieve en Chile: un orden mítico, que correspondería al desierto de la sal, porque mito parece en su absoluto; un orden romántico, en la zona confusa y retorcida de los valles transversales, y en la de los archipiélagos del sur. Y al centro, el orden clásico del valle central. O si se quiere, nuestro territorio sería una jarra, sostenida por dos asas serviciales y absurdas a la vez: la pampa salitrera y los archipiélagos australes: el asa que arde y el asa que hiela.

Chile se abre en la pampa del salitre. Una de esas guerras entre colindantes, de las que ninguna patria parece haberse librado, guerra corta como las que se dan entre hermanos, nos cedió esta especie de reino de la sal, único en el mundo por su extensión. Una leyenda del salitre, buena para texto escolar —vale decir, para niños—, podría escribirse así:

Cierto lugar del mundo recibió como destino una costra terrestre despojada de toda gracia vegetal y de toda ternura de agua. Esta región es más calva, si cabe, que su cordillera vecina y hace una rara pausa o paréntesis de vacío entre dos zonas fértiles. Su color es de un pardo blanquecino y desabrido, cuando no es una reverberación de sol. Su aire se reseca tanto que rompe la roca o el caliche en cascajos; su tacto es como el de la bestia enferma, una pelambre de jaramagos a medio quemar. Toda ella parece el engendro de un aguafuertista calenturiento. Solo alzando los ojos se encuentra, como alivio de esta penitencia, el cielo azul, enjuto y puro, don de su misma sequedad, y hay en su altura de meseta la calidad tónica que violenta y fuerza el organismo para que dé todo de sí, pero que lo deja a la larga fortificado por la prueba.

5 Según libro *Gabriela anda por el mundo*, de R.E. Scarpa (1978), este texto corresponde al de su discurso en la Unión Panamericana, en Washington, en abril de 1939. (N. de los Eds.).

Nuestro pampero dice, en elogio de su desierto implacable:

—Aquí ni los muertos se pudren.

Y así es: sal y aire seco conservan los cuerpos como los sacerdotes del dios Rah conservaban el de los faraones. El hombre vivo, con más razón, no toca ni aspira podredura en ese ámbito de pureza tremenda de la pampa salitrera. La sal es una especie de genio protector que preserva a su hombre de la decadencia y la degeneración, y esta realidad del salitre vulgarísimo vale por el más bello mito.

El grumo salino, feo y gris, guarda el secreto o sésamo de la fertilidad, y lo ofrece a las tierras paupérrimas, desnutridas o envejecidas que afligen al planeta. Aquel desierto tendido en una extremidad del mundo, viene a resultar el padre de la mejor cosecha de trigo en el Egipto, o dobla los racimos en las cepas italianas, o rehace el limo anémico de las hortalizas en cualquier granja europea. La pampa salitrera paga con su desgracia, como santo penitente, el logro de los hombres cuya cara no ha visto nunca, y un poeta podría llamarla “el Cristo desnudo de la tierra”.

La pampa se quema de su propia virtud como ocurre con los dones excesivos. Ella no conoce la piedad del río ancho, que desaltera las arcillas en la misma medida en que el sol las abrasa; ella recibe a lo más la humedad tardía que le pone la camanchaca, una niebla ni espesa ni frecuente. Su propio bien resulta su castigo, y si en la geología hubiese, como quería el hombre medieval o imaginaba John Ruskin, en la *Ética del barro*, un sentido y un dejo morales, esta región estaría bajo el orden penitencial que remata en el perfecto despojo.

La vida en la salitrera inicial, el comienzo de su explotación y el sacrificio del peón chileno sobre ese cuadrilátero de calentura y de sed, me han hecho muchas veces acordarme del “Motivo” de Rodó que se llama “La pampa de granito”.

Recuerdan ustedes que el Espíritu de la Voluntad lleva a tres niños hacia un desierto de piedra y les manda que reúnan un poco de polvo, de viento y de agua. Un niño araña en la piedra y responde que nada encuentra. El Espíritu Voluntarioso le ordena que lo recoja del viento en su lengua. El segundo llora encima del puñado de tierra y así logra un terrón húmedo. Pero falta semilla que sembrar. El tercer niño espera la semilla volandera que viene en el viento.

Es así como nace y brota la primera hierba del desierto; la prueba ha costado a los fieles una vejez prematura; sus cabezas blanquearon y sus cuerpos quedaron enjutos, en hueso pellejo.

Este símbolo de Rodó es válido para contar la historia de los primeros campamentos, y con más razón, de las primeras ciudades nuestras en la zona salitrera. Donde la tierra, la atmósfera y el sol parecían gritar un triple “no” al pobre “cateador”, y otra vez “no” al que plantaba las tolderías de campamento; los dos testarudos, acicateados de aquella negación, respondían “sí” con su cuerpo y su alma. Así nacieron Iquique y Antofagasta, y gracias a esa prueba existen. Solo que la raza no salió decrepita, sino salva de la aventura.

La Europa, que apenas sabe de nosotros, y el Asia, que tampoco nos ve la cara, nos conocen bajo las especies de nuestro misterioso nitrato; Chile se llama para el mundo “El país del salitre”. La América Latina que nos toca suele considerarnos como a otra sal que, mascada, da un sabor áspero y algo desagradable, pero que tiene el nombre bueno y honrado de voluntad, de la dura voluntad chilena, de la terca volición vasco araucana.

El europeo, que a pesar de su cultura especializada tiene un ojo primario para revisar las cartas geográficas de los continentes que no son el suyo, se acerca a Chile pensando en que va a encontrar allá adentro solo un laberinto infernal de montañas. Si llega por vía trasandina, él recibirá en el paso

de Uspallata, de golpe y entera, la épica andina, y prolongará su aventura visual y respiratoria hasta la ciudad bien nombrada de Los Andes. Las alturas lo toman y dejan por turnos, le roban el cielo y se lo devuelven; lo ciegan de oscuridades para deslumbrarlo enseguida con el resplandor crudo de la nieve. Pero el turista novelero sale después de seis horas de la montaña y entra en la provincia de Aconcagua, que lo encaminará hacia el valle mayor.

El viajero sabe, por fin, que el país de Chile no es únicamente la selva unida de piedra que se imaginó. Su viaje obligado de Santiago a Puerto Montt le ofrecerá la realidad del llano central, verdadero aposentamiento de la chilenidad.

Todo el romanticismo de la montaña de un lado y del mar del otro se agota y cede al tocar este llano. Es la región más claramente vista por el avión, que vuela el territorio; es también la única que en nuestro mapa no se borrona de cordones montañoses. Física, y en términos gubernativos, Chile es el llano central.

Decimos de las regiones dulcemente llanas de la tierra que nos dan el deseo de caminarlas a pie, o de volarlas, al estilo del Mercurio de Juan de Bolonia, que tal vez sea el andador perfecto, pues, aunque sus tobillos lleven siempre alas, él guarda sus pies de buen andador. Nuestro largo valle es de estas tierras caminables como un estadio o una pista, de los que se diferencia solo por su voluntad de longura, por su estiramiento en corredor terrestre.

Ese valle se alarga en la extensión de diez provincias, cubriendo casi la mitad del país, y es la templanza misma, el clima mediterráneo de Europa con sus estaciones moderadas, la sede frutera del país, la patria del viñedo, del duraznal, de la pomarada y los trigales araucanos. Nada de pelea minera con la roca atajadora del arado y con la estrechez mezquina de las hondonadas. El jadeo del chileno norteño se acaba en Santiago, con una ancha respiración aliviadora. Es posible, que a fal-

tarnos esta columna vertebral del valle, voluntad unificadora de nuestra geología, nos hubiese costado mucho llegar a la unidad política y moral. Con lo cual el valle, también por este capítulo, viene a ser el autor tanto orográfico como moral.

El habitante de las diez provincias centrales es un hortelano natural, llevado al cultivo de la flora mediterránea por la blandura del clima que le tocó en suerte y por la condición fértil de aquellos limos. Estas provincias producen viña y frutales, como la pampa argentina produce hierba y coníferas la Escandinavia. Durante muchos años, los chilenos consideramos el huerto como un simple abastecimiento de nuestra mesa; el huerto era una donosa institución familiar. Pero hace cuarenta años el agricultor, entregado a su famoso comercio viñatero o a la explotación de sus maderas, se dio cuenta de la circunstancia feliz de tener hacia el norte el trópico americano, que es un repertorio brutal diverso y apuesto. Los agricultores iniciaron entonces las exportaciones; el ensayo afortunado cubrió la costa pacífica y luego tentó suerte en Estados Unidos y en Europa, con resultados más excelentes aún.

La geografía del valle central cambió bruscamente; el huerto avanzó provincia a provincia, y yo diría que con la complacencia del suelo y del habitante. La faena hortelana resulta tan amable, que no solo el hombre, sino la mujer se han incorporado rápido a ella.

La exportación frutera ha salvado al país en la crisis del salitre y ha asegurado la economía contra el porvenir oscuro de nuestra sal, postergada malamente por el del nitrato artificial.

Haciendo yo una especie de mapa medieval de Chile, me represento las regiones según ese estilo, personalizándolas en una bestia o en un cultivo. En este mapa ingenuo, el valle central es un largo sonrojo de huertos en flor, que me hace señales debajo de la amazona cordillerana; es una especie de avenida de blanco y rosado, que corre desde el río Maipo al río Biobío, y es que la acuarela dichosa me la regaló cierta pri-

mavera de Traiguén, donde yo caí de golpe en una floración de cerezos, cuya gloria valía por la primavera del Japón.

Parece que los hijos de cualquier tierra la queremos no solo abastecedora, sino hermosa, y cuando yo leo en mi oficina consular una estadística de comercio frutero, las cifras anchas se me vuelven un despliegamiento de huerto, que corre leguas y leguas, como si fuese la sabana misma de la diosa Flora. La patria de piedra se me transforma entonces en una explosión de luz; el áspero semblante mineral del país se vuelve un tendal de fruta, que espera su embalaje al sol.

Cuando dije de este valle que es clásico, no pensé solo en la sencillez tónica de su aspecto, sino también en ciertas suavidades latinas de su costumbre. El campesinado de la región vive una manera tradicional, en fiestas criollas como la feria de Chillán, la trilla y la vendimia, o el rodeo del ganado. La linda artesanía del choapino araucano en esta región sigue haciéndose sobre los telares indios.

Al extremo de este valle, donde la resistencia pertinaz del araucano conservó la selva hasta hace cincuenta años, hemos llevado una masa de inmigración germánica, y así dos o tres provincias conocen la convivencia de chileno y alemán. La gente germana aceptó trabar la lucha contra el bosque testarudo; llevó a él los aserraderos, taló y quemó, desposeyendo de su reino a la *araucaria chilensis*, al alerce y a la patagua indígenas, a fin de crear el reino benévolo del trigo, de la cebada y de la papa, alimentadores de gentes.

Este valle central, que os he alabado como una tierra de idilio, ha sido sin embargo la zona de nuestra reciente tragedia: podría decirse que ella nos ha herido en el plexo solar del territorio. Esta Arcadia dulcísima despertó un día despedazada por la fechoría telúrica y vio raída entera su vieja ciudad de Chillán, patria de nuestro O'Higgins, y magullada como un cuerpo mártir la capital del sur, Concepción, centro de nuestra vida espiritual más fina.



No cayeron al valle los torrentes de lava ni la lluvia clásica de ceniza que acompaña a las erupciones volcánicas. Pero no hay duda de que los volcanes son los autores de la tragedia. Vivimos sobre el espaldar de fuego de nuestra cordillera. Las masas de granito y metal, y además la nieve impávida, nos hacen olvidar demasiado la trágica paternidad andina, nuestra geología, que se resuelve en la pelea entre la peña defensiva y el fuego combatiente.

El valle central se recorre bajo la presencia constante de los volcanes, patronos verticales. Su rosario gigante se anuda en la provincia de Santiago y después se afloja, un poco, pero no se interrumpe. Y es tan grande la belleza de estos mayores nuestros, llamados Cherruves por el araucano, que no sabríamos odiarlos ni ahora mismo que su cólera nos ha tumbado veinte pueblos.

Nuestros ojos tienen el hábito de ver esas cumbres como de ver nuestro tipo racial; el paisaje de Chile es ante todo la espalda de la cordillera o el énfasis del volcán aislado, más bello aún que aquella en su perfil de persona, diferenciada.

El volcán Chillán es uno de los más toscos. Su secreta calentura la bebemos en unas aguas termales famosas. El Villarrica posee una forma tan pura que deleita, junto con la vista, el entendimiento, y todos los viajeros lo asimilan al Fujiyama. Más al sur aún, el Osorno es otro arquetipo de volcanes, con su estampa de Carlomagno en reposo. El Tronador, anchuroso, que tumba siempre no de fuego, sino de avalancha de nieve, parece una aglutinación de cuerpos. El Techado, del exacto nombre, parece un techo fantástico pensado por un albañil divino.

El chileno, como el japonés, pelea con el destino bajo las especies del fuego y no se sabe quién tiene en jaque a quién. Aunque lleve en sí un trasiego de mitología india, el hombre de Chile, naturaleza activa por excelencia, después de cada terremoto reconstruye las ciudades y restablece los cultivos,

con una confianza pasmosa y con gran desdén hacia la traidora del suelo, pues él sabe que entre dos catástrofes corren muchos años.

Hay en nuestra gente un estoicismo no helado, sino ardiente, una decisión tal de poseer y de gozar su tierra, que la furia telúrica se la quita de las manos apenas un momento. Allá están ellos, mientras yo los cuento, con la tierra otra vez recobrada, planeando y haciendo.

Se sabe que este fenómeno de vitalidad y ardor es propio de las regiones telúricas, y que son precisamente ellas las que menos quieren morir, porque el fuego las hace más alácritas, más heroicas. El manoseo de las ruinas no es achaque de la chilenidad de esta hora, doliente y no derrotada, y que trabaja con el brazo válido y llevando encabalgado el otro, al cual no mira, porque no quiere ver su sangre y llorar.

En el golfo de Reloncaví, el valle central desaparece al acabarse la continentalidad. En este punto se abre una pelea del mar con la tierra, de lo neptúnico con lo volcánico, toda una lucha espectacular entre dos elementos. Comienzan allí nuestros archipiélagos australes, una corrosión colosal de la tierra por el océano bravo, al que por ironía llamamos Pacífico. Parece que la Sudamérica del destino tropical y templado, rehusando alcanzar al círculo antártico, por horror del hielo, quiere rematar en ese punto y aniquilarse en la antesala de los témpanos.

¿Cuántas islas tenemos entre los grados 41 y 55? Le he dicho a un ballenero danés, que ha atravesado este mar a diestra y siniestra, y me ha contestado él, que contó los de su patria insular:

—Señora, en estas mil millas encontrará usted tantas como para cansar el antojo del más paciente.

Otro hombre de la Patagonia me decía, sintiendo el apetito de suelo ancho que tienen los ganaderos: “Habría que coser

esta tierra de aquí a Llanquihue; parece un tejido echado a perder”. Y le respondí riéndome, que por mi gusto yo soltaría todas las tierras unidas. El archipiélago me gusta tanto como a los chilotes, cuya fortuna es la pesca que la marea les deja tendida en su costa tan mascada por el mar.

Las mayores constelaciones de islas o las tierras más sensibles llevan nombres a veces legítimos de exploradores, a veces de héroes nuestros que no las conocieron; una que otra vez, a la brasilera se les han dejado sus bellos y genuinos apelativos indígenas.

Esta es la patria de la ballena, la nutria y el lobo del mar, y sobre todo el lugar mágico de las grandes masas de pájaros marinos. En la emigración cubren el cielo, y hacen al pasar el eclipse del sol, que nuestro Pedro Prado ha contado en un poema magnífico.

Parecía que nuestro suelo volvería a levantar su cuerpo dominante y tenaz, pero la Patagonia existe del otro lado de la tierra rota, con la pertinacia de la cordillera que echa sus últimas estribaciones.

Después de la navegación fantástica por un mar acribillado de islas verdes, como quien dice de sirenas geológicas, asomadas hasta medio pecho, se llega a un curioso país manso y seguro, de llanura extendida. Es el asiento de nuestra ganadería; es la zona en que un suelo común hace el gemelismo de argentinos y chilenos; una parte pequeña es estepa; otra son grandes pastales rasos, donde por primera vez el ojo nuestro no es atajado por la montaña arrebatadora del horizonte. La vista chilena solo en el desierto norte y en este llano patagónico posee el desahogo grande, que da al ojo la euforia del cielo ilimitado.

En estas soledades de la Patagonia, solo un elemento trágico recuerda al habitante su tremenda ubicación austral: el viento, capataz de las tempestades, recorre las extensiones abiertas como una divinidad nórdica, castigando los restos de los bos-

ques australes, sacudiendo la ciudad de Magallanes, clavada a medio estrecho, y aullando con una cabalgata que tarda en pasar días y semanas. Los árboles de la floresta castigada del Dante allí me los encontré, en largas procesiones de cuerpos arrodillados o a medio alzar, y me cortaron la marcha en su paso de gigantes en una penitencia sobrenatural. El viento no tolera en su reinado patagón sino la humillación inacabable de la hierba; su guerra con cuanto se levanta deseando prosperar en el aire, es guerra ganada; solo se la resisten la ciudad bien nombrada del navegante y las aldeas de pescadores refugiadas en el fondo de los fiordos, o en refugios a donde él llega un poco rendido como el bandolero hecho pedazos.

Pero esta patria del pañal bajo es la de nuestra riqueza más fácil: la oveja pide apenas unos grupos de pastores y después de la esquila y de la matanza, los frigoríficos mantienen en esta zona, que el europeo cree de penuria, una riqueza constante mayor que la de nuestra pampa salitrera.

El turismo ha empezado a descubrir la extraña hermosura del ángulo del mundo que se llama la Patagonia. El verano ofrece allí las noches que se prolongan con un crepúsculo inefable hasta las veinticuatro horas; las auroras australes son un espectáculo de ensangrentamiento arrebatado del cielo, y el furor del viento otro espectáculo soberano que han contado en páginas preciosas los grandes geógrafos europeos.

Hay en España una región nombrada peyorativamente con nombre fidelísimo: se llama Extremadura y es una tierra de estepa, relegada a un tiempo de España y Portugal. Algunas veces he pensado que los descubridores pudieron dar el mismo nombre a Chile, en relación con la América. Extremadura pudo llamarse, lejanía y rudeza, dificultad y apartamiento. Lo llamaron con el nombre de Chile, salido de vocablo indio, que dice nieve, o tal vez de una palabra onomatopéyica, que imita el trino de un pájaro.

La posición extrema nos condenaba, como a la Australia, o la Alaska, a vegetar pardamente en el fondo de nuestros valles cordilleranos, sin exhalación alguna hacia un continente que se place y se complace en llanuras y valles anchurosos. Deberíamos haber sido angostamente nacionales, y hasta regionales, y haber renunciado a esa gran honra que es la influencia moral en la vida de la raza común.

No aceptamos la suerte geográfica ni aun en lo interior: hemos forzado las diferencias de zonas hasta volverlas acuerdo y reducido su diferencia a una unidad, por medio de ferrocarriles y de navegación caletera. Respecto a lo internacional, con el avance pausado y seguro del minero en el túnel, hemos hecho de nuestra posición extrema uno de los núcleos de la América española y trocado la dureza de nuestra cordillera en peana, que a la vez nos sostenga y nos aúpe, en rebeldía contra la cautividad que nos daba la muralla andina.

La chilenidad es un gran espejo espiritual, una casta que avizora a la raza común, que mira hacia el Atlántico y el Caribe en un deseo apasionado de americanidad total. El país que llamaron “el último rincón del mundo” crea una especie de fluvialidad continental, encontrando dos formas de expansión en la pedagogía chilena y en la difusión editorial del libro americano. Hicieron bien los descubridores en no nombrarnos de acuerdo con nuestras desgraciadas latitudes. La historia de Chile, expresión de nuestra conciencia, constituye una reacción violenta contra la tiranía geográfica.

La América íbera parece tener como un barco futurista tres proas: la del Brasil, a medio cuerpo; la austral, argentino chilena, y una proa sobre el mar Caribe tal vez en el cuerno de México o en el muñón de Cuba. Son vértices de tres espíritus latinoamericanos diversos, pero no son, a Dios gracias, unas proas rivales ni navegan hacia distintos derroteros; diríamos, jugando en serio, que no están vueltas hacia el mar, sino hacia el corazón del continente, porque la aventura que buscamos es ahora la propia, la realización de una raza latinoamericana.

Nos ocurre algo así como el trance del flechero mítico:

—¿Hacia dónde ojeas, qué buscas en el cielo con el arco enderezado? —le preguntaron al mozo de la flecha—. La bandada de pájaros pasó.

El mozo contesta:

—Yo lo sé; apunto a mi propio corazón haciendo que miro al cielo, y a él apunto no para matarlo, sino para mantenerlo alerta y vigilante.

Y parece que pronto nosotros, latinoamericanos, ya no tendremos muchas bandadas de cigüeñas europeas que seguir con intención de aprenderles el vuelo universal, porque Europa parece que ya no ama la universalidad. Nuestra moral, que será la paz, y nuestra justicia social, que será la cristiana, bastarán para hacernos dichosos, honorables y además grandes.

La segunda emancipación de la América íbera, mucho más real que la otra, despunta en el horizonte no a causa de la llamada decadencia de Europa. Alertas como el flechero, nosotros necesitaremos vigilar el rumbo de las cigüeñas europeas que quieren reaprender el rumbo oeste, el cual no les conviene, porque tal vez aquí morirían antes de alcanzar a hacer nido.

En un valle donde el cielo es de tajada ya se comprenderá cómo es de chiquita la tierra; si a lo menos fuese suelo vegetal todo lo que se ve, pero no hay tal. La roca viva que domina en lo alto se come en el valle grandes espacios.

Hay que decir que en cambio allí donde el suelo es vegetal está formado del más noble limo negro y suave, capaz de producir el año entero lo que le pidan y le siembren. Un metro de esa tierra vale por diez de los de cualquier parte. Una hectárea elquina hace el bienestar de una familia y da al jefe cierto aire de hombre rico. Aquellos cuadrados y rombos mediocres de las parcelas doblan el año cubiertas de hortalizas y de frutales, o de la lonja mínima de pastos donde come la vaca familiar que adquiere casi la santidad de la vaca hindú.

Una hectárea por cabeza de familia resolvería el problema económico del campesino de Elqui, si el horrible y deshonesto latifundio no estuviese devorándonos y hambreándonos, allí como a lo largo del país entero. Pero la patriecita, la faja mínima de nuestro asiento, la arrollan las haciendas de los “forasteros”, llamando así a los grandes propietarios rurales, ausentes eternos de nuestra vida y presentes urgidores del trabajo de los campesinos. Claro está que no son aquellas las haciendas del sur, que suelen cubrir medio departamento, sino pequeños fundos y hasta a veces simples granjas. Ni en esta forma temperada, sin embargo, debería existir la propiedad grande en ese pequeño corredor de cerros, densamente poblado.

Tal vez el amor de la tierra por el que la cultiva esté en relación con la dosis angustiada en que este la ha recibido, aunque Francia, extensa y bien labrada, haga excepción redonda a la

6 Texto publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 14 de mayo de 1933, como “Ruralidad chilena”. (N. de los Eds.).

regla. El juicio conviene en todo caso a Italia, donde el suelo se va volviendo materia preciosa, y conviene más aún al Japón, donde diez metros cuadrados forman ya unidad válida.

El amor del suelo verde por la criatura elquina es cosa de contarse, porque no es común que gente blanca de la América estime el terrón viniendo de donde viene, de la España creadora y sustentadora de desiertos. Asegura Pedro Corominas que el sentido de la riqueza en Castilla fue siempre el de la riqueza mueble y suntuaria: interiores de nogales y caobas, de chafalonías y telas suntuosas. Los sudamericanos que lo oíamos en la Universidad de Columbia nos sabíamos aquello muy bien: la poca estima de la tierra grande o chica que se palpa en el español, la ninguna regalonería dada a ese asiento primordial de su vida, su olvido de ella como de una atmósfera que no necesitase ser nutrida ni vigilada.

La gente blanca, mejor que mestiza, del valle de Elqui ha debido aprenderse la asistencia del suelo por necesidad y tratar la tierra escasa como lo único que da la subsistencia. Del servirse de ella han ido pasando al servirla y al quererla.

Donde hay una abolladura, una cresta o una pelambre del suelo sin verdura alguna, es que aquello es roca viva; donde el elquino halla tres dedos de greda aunque sea mala, y posibilidad de agua, allí pone lo costoso o lo fácil: durazno o vides o higueras. Hasta medio cerro trepa la viña crespa y barnizada, y no va más alto porque se seca en los soles rabiosos de febrero; el grupo de higueras se sostiene de maravilla en unas sequedades de gritar. En cuanto a las golosinas de mesa, o sea, la hortaliza fina, por no desperdiciar en ella un cuadro de frutales, suelen ponerla en cajones cerca de la casa, lo mismo que al plantío de claveles y rosas.

Ellas sí no han pecado, las buenas gentes, del pecado americano por excelencia que es la botaratería del suelo, la lujuria de la ocupación y la necedad del dadaísmo. Si hay gentes que merecen en Chile un reparto agrario el cual corrija la ignomi-



nia de cuatro siglos de despojo del campo al peón, esas son las primeras a las que habría que desagrar por la vieja ofensa y que recompensar por las largas lealtades. El latifundismo chileno forma parte del bloque de la crueldad conquistadora y colonial; pero teniendo una porción grande, delito tiene más, mucho más aún de estupidez y de estupidez criolla. El gran pecador que es aquí el Estado, se exhibe con una imbecilidad verdaderamente “soberana”.

Los cultivos dominantes los forman desde hace muchos años el durazno, la viña y la higuera, un trío bíblico y clásico de plantas que son de poca exigencia respecto de las calidades del terreno. La higuera, cenicienta de eternidad, se da con follaje graso y próspero a la orilla del río, aprovechando los pocos espacios de suelo horizontal que le ceden donde ponerse a hacer su tribu, el higueral, que es una de las más bellas colectividades vegetales. Pero lo más común es que le regateen ese suelo y lo reserven a los duraznos de la cosecha bien pagada, y que la pongan a medrar en barrancas y pedregales, donde la que abajo era matronalmente feliz, se vuelve el árbol trágico medio penitencia y medio rebelión, un poco desgraciada y otro poco demoníaca.

La viña acapara la mitad de los terrenos mejores, que son los de agua, sol y limos, y es de las más dichosas viñas que yo he visto, no tan alta como la italiana que se balancea en sátiro danzante, tan sobria y apocada como la cepa francesa, sino una viña de altura mediana y de especies escogidas, porque las familias plebeyas se han ido reemplazando vigiladamente. Son las moscateles menudas y transparentes; las sanfranciscos, gruesas y largas, y las que allá llamamos uvas del gallo, grandotas y rendidoras.

El duraznero venía después de la viña y la higuera, y ahora parece que se ha subido a la categoría de primer cultivo del valle, porque se ha vuelto en los últimos años la exportación más segura, a causa de la fama del descarozado elquino.

Los duraznos de Elqui, como los cerezales japoneses, al comienzo de la primavera manchan de blancos y rosados violentos, y rejuvenecen hasta la puerilidad aquel valle tan austero en su cañón de cerros trágicos. Es la fiesta floral de la quebrada, más fiesta por el color y la heredad de las masas vegetales que la de las frutas que vienen enseguida.

Amando yo muchísimo esos cultivos virgilianos en los que no falta sino el del olivar para que sea perfecta la página latinoamericana, tengo que decir que más se me aferran a la memoria los árboles salvajes del valle, que crecen sobre las crestas, en cualquier barranca y en todos los faldeos de montañas y de colinas.

Me acuerdo mucho y bien de esa segunda flora (que es la primera por ser la indígena). El algarrobo está por todas partes, con su cuerpo de cacique, más hincado que plantado en la greda y la cal, con su tronco grueso y basto, que una goma brava le acocodrija, con su ramaje sobrio de mechales indigentes, en el que suenan las vainas casi metálicas de secas, y cuando está por el suelo, recién cortado, con su leño amarillento y de venas ensangrentadas, tan árbol chileno y norteño, tan nosotros mismos por su energía... y también por su desgarmo.

Gobierna las cuevas con el algarrobo el espino; donde el uno ha hecho sede, está siempre el otro compartiéndosela. La misma calidad pésima del suelo les basta; en el mismo aire dan su olor, el uno de flores, el otro de goma exudada, y aunque es el algarrobo robusto de talla y el espino casi siempre enteco, los dos árboles son primos hermanos verdaderos por la aridez de que crujen y por la abundancia espinosa que crea esa sequedad.

Los espinos abundaban en la colina más allegada a mi casa de Montegrande, mezclados con los cactus, con los piojillos (llamamos "piojillo" una zarza pequeña que arde crepitando fuertemente), con una muchedumbre de hierbas secas también y de guedeja dura. Cuando venía el tiempo de la flor, yo me pegaba la hora y las horas al arbolillo feo de gesto, que me

retenía con su aureola de dolor. Él me enseñó tal vez la única astucia aprendida en la niñez: la de cortarle las ramas, y luego, ya con ellas en mis faldas, las flores, esquivando el millón de saetas. Tenía yo siete años más o menos.

A los veinte, a los cuarenta, la misma extrañeza mezclada de admiración me ha hecho manosear esa flor preciosa si las hay, que en el centímetro mismo tiene regalona la mano con la suavidad insigne de la borla gruesa de polen, casi polen puro que es su corola, y tiene al lado de esa mimosidad, casi dentro de ella, el racimito de espigas con el que se burla del que le cree en la blandura. Me intrigaba su diablería china... o latinoamericana, entonces; me intriga todavía... Niño o viejo, no hay quien huela el espino florido una sola vez y que no se detenga siempre donde lo vuelve a encontrar, ya se camine a caballo, en auto, o a pie, por respirar un rato en las zonas de olor intenso y, sin embargo, mórbido, que él se crea en torno, verdadera aureola invisible de santo vegetal, pero de santo equívoco o de criatura maniquea, por lo garfiudo.

Aunque son estos los árboles que dan su fisonomía a cerros y a valles, aquello que no se ve de lejos y que apenas se percibe de cerca pudiese ser lo más real que tiene la quebrada en mi recuerdo: la muchedumbre de hierbas aromáticas, las hierbas apasionadas de las tierras áridas que, al caminar con descuido, como siempre se camina, no se advierten; las hierbas duras de briznas eléctricas que ha hecho el aire acérrimo, las pobrecillas aparragadas por el suelo, que echan en aroma lo que no echan en bulto y que por momento, se vuelven las dueñas de la atmósfera, y vencen a los lagares y a los huertos de durazneros.

Cuando yo me acuerdo del valle, con ese recordar fuerte, en el cual se ve, se toca y se aspira todo ello de un golpe, son dos cosas las que me dan en el pecho el mazazo de la emoción brusca: los cerros tutelares que se me vienen encima como un padre que me reencuentra y me abraza, y la bocanada de perfume de esas hierbas infinitas de los cerros.

Una de mis penas será siempre el no saberlas nombrar. El profesor español Gili Gaya dice que, mientras el inglés, al atravesar una campiña de su país, sabe nombrar una a una las florecitas que le saltan al pecho o se le enredan en las piernas, nosotros cuando nos tendemos en nuestras praderas no sabemos qué flores volteamos en la mano, y para salir del apuro, las llamamos “florecitas de los campos” con un cómodo nombre genérico... Es muy cierta esta vergüenza.

“Hierbecita de los campos”... Yo no sé nombrar con propiedad sino a las salvias, que, con el azul fuerte y el olor preciso, no se dejan confundir, y otra que sería lo mismo ignorar por completo: la “flor de San Juan”. En cada tierra donde vivo pregunto por ella y me dicen que la tienen; pero siempre me resulta otra. Me muestran flores de San Juan, coloradas, blancas y aún azules, siendo la mía de un amarillo débil y de la corola más suave y más lacia que puede darse. Cortada, no vive en la mano una hora, tanto sufre del calor; es grande, de pocos pétalos y su aroma, con el del pan casero (el que en México [y en Chile también en la época] llaman “pan de mujer”), es toda mi infancia rediviva. Daría yo no sé qué y no sé cuánto por recuperarla, si no puedo en la figura, que parece que no la tengamos sino nosotros, al menos en el nombre devolvedor de las cosas. Si yo la tuviese mientras voy escribiendo, antes de ponerme a contar la costumbre rural de Elqui, ella sola me acarrearía los materiales perdidos; ella sola me devolvería entero lo borroso, lo extraviado, lo sumido, con su tacto de cutis de niño y con su olor delicado que es como el comienzo de un perfume a fuerza de pudor.

Comienza a hablarse en Chile de la subdivisión de la propiedad agrícola, de una de las pocas cosas esenciales para que una democracia exista, se toque como carne y huesos, eche sombra, ande y convenza de sí misma.

Mucho necesitaba ya la democracia manca que es la nuestra, preocupada desde hace cinco años de códigos de trabajo, habitación urbana y otras asistencias honestas al obrero, volver la cara hacia el campesino, darse cuenta de él y agrarizarse un poco. Le faltaba un brazo a la semidemocracia chilena y yo creo que era el derecho... Aseguran que Chile será siempre el país que coma de salitre y de metales, y de una industria adulta, que ya tenemos nacida. El salitre se ha de ir, tarde o temprano; las minas ya ralean; los Coquimbos y los Atacamas pasaron y Rancagua ha de pasar con esos dos mayorazgos del metal cúpreo y blanco. La tierra, en cambio, es la lealtad misma; yo no sé darle en el viejo amor fuerte que le tengo mejor nombre que ese de leal. Los Brasiles y las Venezuelas ya pueden descuidar un poco la piel vegetal, porque la tienen grande y hasta debe darles un bostezo de fatiga: llano, más llano; y bosque más selva.

Porque nosotros poseemos un mínimo del enorme reparto forestal que es la América, estamos destinados al cuidado metódico del suelo, a una cultura ejemplar, fina hasta el preciosismo vegetal, en la que han acabado los países pequeños, las Suizas y las Bélgica. Que la Argentina defienda, si puede, su latifundio como un estado natural que le crea la generosidad geográfica. Yo digo si puede, porque el legítimo rezongo contra el latifundio también ha empezado allá. Nosotros, el Chile

7 Publicado como "Agrarismo en Chile", en *El Mercurio*, de Santiago, el 23 de septiembre de 1928, y en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 8 de diciembre del mismo año. (N. de los Eds.).

angustiado de suelo, mitad roca volcánica, un tercio desierto, sin más tierra verdadera que el llano central, no puede seguir viviendo el latifundismo sino como despreocupación inconcebible o como amparo deliberado de un régimen bárbaro.

Yo no necesito hablar de Francia, la bien parcelada, especie de pulido dominó verde y dorado de granjas, que ya había dividido en buena parte su suelo antes de la gran revolución. En otros artículos ya he alabado con legítimo superlativo este país que un alemán llama “de los sesenta millones de propietarios rurales”. De otros lados renguea la democracia francesa, no de este. El “pueblo de la razón”, que no se casa con el absurdo en ningún aspecto, y cuyo carácter individualista pone marca a todas sus cosas, no podía vivir el absurdo de un campesinado sin predio, lechero sin pradera, vendimiador sin viñedo ni productor de fresas sin huerto.

Pero si Francia comenzó hace 200 años (500 dicen otros), la Europa la ha seguido. Acabo yo de leer una bella obra sobre la reforma agraria en Europa, y salgo de esa lectura reconfortante con una enorme humillación respecto de la América. Desde la España feudal (que dicen) hasta el límite amarillo, pasando por la Rumania de las dictaduras y por la Italia fascista, con que nuestros conservadores alharaquean tanto, la Europa entera divide la tierra legalmente, sin revolución, sin pujos marxistas sino en Rusia; decapita el feudo, lo hostiga, y lo cerca como un jabalí; parcela y riega a la vez; abre los bancos y las cajas agrarias, oye al campesino en su exigencia de poseer el suelo, tan natural como el gozo de la respiración o de la marcha. Cuando esta gente de ojos abiertos nos llama bárbaros, porque no estudiamos latín o porque no bebemos té, no tienen razón; la tienen, ¡y de qué tamaño!, cuando se ríen de nuestras democracias con mil propietarios por millón de habitantes. Yo me reiría con ellos si no tuviera que oírlos el corazón mordido de cólera, porque dicen primarias verdades.

La noticia que me llega de Chile sobre una acción agraria decorosa y salvadora, me endereza de un gozo que no sé decir.

Escribirme contándome que mi madre se ha puesto joven y fuerte no me llenaría de mayor complacencia. El contarme que ha brotado petróleo a lo largo del país, a cada diez kilómetros de la costa, me exaltaría menos. Porque un pozo de nafta brota porque sí, por antojo de la geología, y una ley agraria nace cuando en un pueblo madura la conciencia, se permea de equidad, se enmiela y se abre como la granada noble.

Hace seis años yo mandé a Chile mi primer artículo sobre la reforma agraria en México. Desde entonces, y sin hacer artículos de especialidad que no sé escribir, he dicho cada vez que he podido mi aborrecimiento de nuestro feudalismo rural, contando qué hombre completo —con suelo, con casa, con educación agrícola, con sensibilidad para la extensión verde— me he encontrado en mi camino, que no hago cantando como creen, sino mirando, hecha entera ojo para los míos, ojo chileno, que ve neto y mira sin pestañeo. Siete años hace que yo leo y oigo de Chiles nuevos, volteados desde las entrañas, dicen, para la rectificación valerosa de nuestros reumas de rutina colonial y nuestros abscesos de corrupción republicana. Yo no he entendido detrás de tanta sonajera necia sino un mejoramiento de la clase media, la más herida de nuestras tres castas hindú-chilenas... La campesina no hablaba ni contaba en los *meetings* de seis horas o de tres días, que venimos oyendo y sufriendo hace siete años. ¿Dónde estaba? Haciendo lo que comen y beben las otras: los trigos de Angol, tan dulces en nuestras colinas, y los vinos de Aconcagua, cuyo buen ímpetu estaba en los discursos de los “jefes”. Tan callada como los terrones que voltea, en la inercia de ellos, que no estaban atentos sino a hacer los glútenes y las féculas, ella no aparecía en ningún grupo ni rojo ni blanco, y era casi fantástica esta ausencia de la criatura rural, que pasa los dos millones de nuestra población.

Semejante mansedumbre ha hecho concebir esperanzas excesivas a los terratenientes. “Si ellos no se mueven, ¿a qué moverlos?”, dicen. “Han de estar contentos de vivir en el suelo prestado. Déjenlos tranquilos”. Yo he mirado siempre como

cosa sobrenatural la paciencia campesina en la América. Se parece a la larga paciencia de Dios, de que hablan los teólogos. Pero un Estado no puede contar con lo sobrenatural como con una “naturaleza”, él que es laico, y menos han de descansar los terratenientes, que son grandes realistas, en estados casi angélicos de una masa como en situaciones que puedan durar ni aun veinte años más.

Si el campesino chileno nada pide es porque no sabe que él pertenece a una familia humana que cada país ama como a su tuétano vital; que en algunos, como Francia, forma una aristocracia moral, y que en otros cuenta medio Parlamento y medio gobierno. El cine y la revista ilustrada van a contárselo, tarde o temprano. Él verá la granja suiza y la alemana; él sabrá del banco agrario de cada ciudad y de la cooperativa próspera que sirve cada aldea. El líder que se ha callado sobre esa y otras cosas, por adulo al obrero industrial, cuya suerte quiere servir antes, se pondrá a informarlo. Entonces él va a moverse. A su manera, a la chilena, que los patrones parecen no conocer todavía. De un solo empellón y mortal. El “empellón” se llamó, en México, Emiliano Zapata y sus morelenses; saqueó, quemó, mató y repartió el suelo, todo en la misma hora.

Los patrones deberían poner la mejor cara a las leyes agrarias que lleguen al Congreso, los patrones que forman parte del Congreso y los que quedan afuera, y que manejan opiniones de prensa y de círculos. Es la ocasión de que un país de América legisle sin anticipo de sangre, y sin urgidura caliente de revuelta, sobre el problema perversamente postergado de la propiedad rural. Que no vengán los discursos de la Cámara y los artículos de periódico a decir en país sin información de este orden, miedecillos vestidos de derecho, defendiendo con ello intereses abusivos.

Por otra parte, para los campesinos, nada más favorable que un reparto agrario realizado sin revolución. Bueno es que sepan que la reforma agraria mexicana se mantiene en una zozobra permanente, temiendo de cada elección presidencial, porque



salió de una revuelta y por cada revuelta teme y tiembla. Con la muerte de su jefe, el general Obregón, el agrarismo mexicano —con todos sus defectos, yo estimo— vuelve a hallarse en peligro de ser rectificado. En una reforma agraria sin sangre, el campesino chileno puede descansar; dormirá tranquilo; se pondrá al trabajo de su parcela sin voltear la cabeza a todos lados husmeando el riesgo; recibirá, ya con razón de ser, la instrucción agrícola que le falta para el cultivo intenso; cuidará con celo de dueño sus cooperativas y se comprometerá, sin temor del día siguiente, en la compra de su maquinaria moderna.

La Telecoms Sin Fronteras (TSF)<sup>8</sup> debe informar a los campos del movimiento en perspectiva, que es el acceso moral más efectivo que se haya cumplido entre nosotros, para que los campesinos lo conozcan y lo sigan con el corazón atento y con una dignidad bien despierta de su viejo derecho, que había sido guardado como cachivache viejo durante veinte presidencias republicanas.

Y si Chile resulta capaz de finiquitar una reforma verdadera (con “verdadera” quiero decir de gran aliento y no miedosa, que sirva para cincuenta años y no para cinco), sin paseo rojo de carabinas a lo largo del país, el ejemplo saltará en dos años a los demás países agrarios de la América (¿y cuál no lo es?), que temen la reforma, aunque reconocen su necesidad, porque los quince años de sangradura de México les dan miedo. Será una obra maestra de labor civil con rasgos europeos, es decir, con semblante de cosa culta, y una América con su clase campesina al fin desagraviada y su democracia legítima sonando a limpia plata cuando se la tañe, nos traerá honra

8 Organización no gubernamental que trabaja en coordinación con Naciones Unidas y la Oficina de Ayuda Humanitaria de la Comisión Europea e interviene en situaciones de emergencia en zonas de conflicto o en áreas golpeadas por desastres, ayudando a restablecer el uso de las telecomunicaciones. (N. de los Eds.).

a cada uno, así, a cada uno de nosotros, y a la América una honra adulta que nos permita hablar de ella sin que se nos enrede la lengua en su elogio, como suele enredársenos cuando damos el dato sano y escondemos astutamente los costrosos y feos: los de su fabuloso latifundismo.

Se sale de Santiago en ese horrible ferrocarril del norte, y se viene gozando mucho tiempo la provincia de Aconcagua, “valle feliz” como decían los españoles de las tierras verdes. Se acaba la tarde; se anega el paisaje en la noche como en un gran musgo profundo, y cerramos la ventanilla. Al día siguiente, los pobres ojos hinchados del mal sueño, se encuentran con la mitad muerta de la provincia de Coquimbo, cuya fertilidad clásica será en poco más una fábula. Es una tierra que me pareció, en mi primer viaje, un inmenso rostro expectante y doloroso. ¿Qué esperaba bajo el sol como fijo esta tierra de calvicie roja? Esperaba la tragedia que venía, el hambre que primero raleó los rebaños de cabras de que vive Combarbalá, los mató enteros después, y ha tumbado de miseria a la población rural.

Donde la tierra es bárbara de matorral ciego y de peñascos, está bárbaro el hombre, aunque tenga escuelas, plazas y portadas ostentosas de haciendas. Bárbaras son éstas que pasan inacabablemente por la ventanilla del tren y que hieren los ojos al mediodía con su aridez hecha resplandor.

Lo menos que el hombre puede hacer por la tierra es la distribución racional de las aguas, conducir al elemento maravilloso en sabia red de canales. Toda cultura empieza por la tierra; entre nosotros, la cultura ha querido empezar por el bachillerato... El campesino es el hombre primero, en cualquier país agrícola; primero por su número, por su salud moral, por la noble calidad de su faena civil, sustentadora de poblaciones, y el primero principalmente porque ha domado el suelo, como el curtido de pieles, y lo maneja después de cien años con una como dulzura dichosa.

9 En *El Mercurio*, de Santiago, 13 de septiembre de 1925. (N. de los Eds.).

En Chile, el campesino emigra hacia las ciudades, cansado de su salario de uno o dos pesos, cansado de las aldeas sin médico, con maestro malo y sin habitación humana; en esta provincia emigra, además, por la sequía.

Nuestra barbarie rural es enorme (hablo de la chilena en general). La etapa del obrerismo es bueno que pase: el obrero ha sido escuchado; ahora hay que mirar hacia el campo y recoger su vergüenza en los ojos.

Hemos oído hablar tres meses de la miseria en Illapel y Combarbalá, como quien lee un cablegrama de la China, con el relato de las “epidemias de hambre”. Las noticias nos arrancan del “continente de las tierras baldías”, como podría llamarse esta América, para situarnos en pleno Oriente, en los tiempos de los profetas, cuando la tierra se ponía durante años seca como la piel del camello, y no daba sino la fiebre y el enloquecimiento.

—¡Ah —me decía el párroco de Illapel, un culto sacerdote español—, hay que haberlo visto! Es de esas cosas que solo se conocen cuando nos echan el aliento odioso a la cara. Yo he mirado, con un asombro del que no salgo, la primera comida de los hambrientos que bajaron a Illapel. Comían como animales, los pobrecitos, hasta hacer olvidar que eran cristianos. Y viéndolos comer con esa avidez iba yo pensando en los días que habían vivido: han hervido correas de aperos, mordido las raíces para poner algún sabor distinto en su saliva insípida; han aprovechado a los animales muertos de hambre, envenenados algunos. Era una pesadilla de mediodía aquella mesa de hambrientos. Cuando estiraba el brazo, la piltrafa seca hablaba mejor de los meses sin carne, ni arroz, ni harina.

El Oriente... solo que allá son seiscientos millones de hombres los que agotan la cosecha en seis meses; en Chile somos cuatro millones de gentes, que, si hubiera una Asamblea Permanente de Alimentación, comeríamos de Tacna a Magallanes, aun en medio de la peor crisis económica.

No carece la provincia de caridad, sobre todo en momento de angustia, aunque viva entera una pobreza española. El intendente y los ricos de La Serena, por una parte y por la otra los coquimbanos de la capital, levantaron erogaciones que han alcanzado a buenas sumas; pero no tiene, ni esta provincia, ni Chile, la cooperación cotidiana; esa solidaridad no epiléptica que hace en otros países las grandes reservas para los años duros. Las mismas sociedades agrícolas que poseemos comprenden a la aristocracia rural y han dejado afuera a los campesinos. El concepto de casta lo domina todo, hasta la mejor obra, y ayuda elegantemente al comunismo. ¡Qué lento es el cuajo de una democracia en las costumbres y en las instituciones, y que fácil para el párrafo de discurso, liberal, radical o conservador...!

Defienden algunos el latifundio con argumentos como este:

—Si se crea absolutamente la pequeña propiedad, al desaparecer el dueño de una extensión vasta de suelo, desaparece también la posibilidad de hacer cualquiera empresa agrícola en grande, los canales de riego, los tractores costosos. El menu-do campesino se come lo que saca de la tierra y el capital de este no existe.

Pues, Illapel y Combarbalá son latifundio puro, y ya sabemos lo que en cien años han hecho por la tierra. La sequía ha encontrado a los campesinos sin cooperativa y sin ahorros, que no se ahorra con un salario inicuo. En otros países, las sociedades agraristas tienen siempre en caja fondos para afrontar un año, por lo menos, de malas cosechas. La falta de organización campesina es otro dato de la barbarie.

El párroco de Illapel me habla con caluroso elogio, que me pide copie aquí, de la Comisión Oficial de Socorros que fue a su pueblo. Es de celebrar que las oficinas de Santiago se movilicen a medias hacia las provincias olvidadas, de las cuales viven en buena parte. Se cree poco en oficios y telegramas de funcionarios; pero la lección objetiva convence de sobra. Los empleados

de asistencia social que fueron a Illapel han recorrido la zona del hambre e hicieron ellos mismos la distribución de los víveres; también esto cosa excelente, pues casi siempre los cestos de reparto se rompen.

El gobierno ha prometido el embalse de la laguna de Elqui y canalizaciones costosas hacia el lado de Combarbalá. Son ocho millones, y aquí se duda que sean concedidos. Sin eso, cada año tendrá que organizarse una beneficencia precipitada y costosa hacia esta provincia, pariente del pobre y paciente Job. Lo único que se salvará son esos trabajos y el acrecentamiento del pequeño crédito agrícola, que se acaba de crear en Chile. Ojalá lo segundo no se haga como un detalle de las cajas de ahorros, sino como una gran sección, dotada de recursos fuertes. Será el primer paso hacia los bancos exclusivamente agrícolas, que han de derramarse por el país y volverse instituciones vigorosas y defendidas con celo por el pueblo.

Lo peor que puede hacerse con nuestra gente es acostumbrarla a la beneficencia, envilecerla con la limosna anual: la raza todavía es digna y no se lo merece.

Se han publicado en la capital noticias optimistas sobre las lluvias en la provincia. Ha caído una pequeña cantidad de agua. Esos telegramas complacidos se parecen a la grita que yo oí por las calles, en La Serena, cuando empezó a llover, una noche de julio. Gritaba la gente como si hubiera venido el marajá de Kupurtala, por la plaza... Una menuda lluvia sin ímpetu, que no alcanzó a tres horas. Me conmovió oír el vocerío de las mujeres. ¡Qué pobres hemos llegado a ser para que nos echemos a gritar en las puertas de las casas porque lagrimea, sin ganas, el cielo!

La peor tradición que puede heredar un pueblo es la de la riqueza minera. En esta provincia, cada almohada de hombres sustenta sueños de millones. El cuento de nodriza que cada niño coquimbano ha oído es “la mina fabulosa”, las “barras” de plata o de cobre de Condoriaco y La Higuera, que esta gene-

ración no ha visto. No es sueño de codicia: es sencillamente de pereza. Todo hombre de aquí es un minero natural, sin linterna ni jadeo, y hasta las mujeres enumeran sus “barras”, y yo me siento pobre de solemnidad cuando oigo la enumeración de pertenencias, a cuyo reparto he llegado demasiado tarde.

Recuerdo unos meses de mi juventud pasada en Arqueros. El mediodía era muy caluroso; pero en cuanto empezaba a soplar el viento, iban subiendo de la quebrada donde está la aldea, hombres y mujeres dispersos, los cateadores, y caminaban hasta el anochecer como sonámbulos, por los cerros pelados. Recuerdo una cara de verdadero embrujado, de ojos ardientes, un “buscador” ya tomado por la locura.

—¿A dónde van? —preguntaba yo, porque no se me ocurría que tarde a tarde, durante años, aquellas gentes caminaran así, como poseídos, por las lomas malditas, sin una hierba.

—¿A dónde han de ir? —me dijeron—. Los que no tienen caballos, salen así, a pie, a catear, hasta donde les alcanza el día. Cuando menos, suelen hallarse una piedra con metal en un rodado.

Ahora me doy cuenta de que catea media población y la otra mitad catea también, aunque sea desde su casa, es decir, subrogada por un vagabundo a quien sostiene.

En días pasados, ha venido a mi casa un viejecito, con la marca del hambre en la cara, una especie de castellano enjuto, pulcro y silencioso. Me ha contado que apenas reúne los cuatrocientos pesos anuales que tiene que pagar de patentes de minas. No las explota (¿con qué las va a explotar!); no las vende (¿a quién las va a vender!); ve solo el modo de conservarlas, y no come: almuerza su mate amargo y cena una sopa. Pero tiene medio costado de cerro bruto.

Esta patente es aquí universal: cuesta hallar quien esté libre de su carga.

El Tofo sigue como un espejo ardiente, alucinando los ojos de los pobres mineros, dueños de hoyos llenos de piedra ciega. Si no tuviéramos El Tofo, acaso no se esperara mes a mes la comisión yanqui, y se pusieran, mi viejo ayunador y los tres mil mineros que pagan patentes, a hacer una hortaliza modesta, el huerto suizo, que sustenta a diez mil hombres mejor que un Tamaya en decadencia. Pero ahí está El Tofo, para justificar sueños y perezas.

Y yo he acabado por odiar la mina, como quien odia a un enemigo de su familia, como quien aborrece a la hidra de Lerna, comedora de poblaciones, con un odio personal... Frunzo el ceño cuando me encuentro por las calles al abogado o al pobre-cito hombre que me dice:

—Andamos mal, pero ya vendrán los tiempos grandes; llegarán otros gringos como los del Tofo, y verá usted.

Mientras viene este mesías inglés, ellos no cultivan la cuadra o la hectárea de suelo que tienen.

—La tierra da tan poco...

Es cierto: no da, la muy austera, para vicios, para automóviles ni para mujeres: pero da de comer a peones y amos, y los obliga a la sobriedad. Del agro viene una especie de código natural de economía, y los pueblos agrarios son pueblos morales por sensatez.

Que nos den agua y nos den el crédito agrícola, fácil, no el que se ha dado antes, al alcance de los que ofrecen una hipoteca.

La provincia tiene que volverse agrícola como Aconcagua, como su valle de Elqui, donde no hay hambre, porque existe el agua, el hombre no es perezoso y el suelo se ha dividido. Ese elquino, arriero después de la cosecha, antes hortelano y vendimiador, es el hombre mejor de la provincia.



Nos haría inmenso bien la ley que castigando con el impuesto más fuerte la tierra baldía, obligue al hacendado a cultivar o a vender el fundo en pequeños predios.

Las gentes se ríen del regionalismo y están hablando siempre de que lo han superado con el nacionalismo. Burlado y réido, el regionalismo hace de las suyas en Europa (acordarse de Cataluña y de la Croacia), y se burla a su vez de los internacionalismos pasmados antes de madurar, y se hinca cada vez más en las gentes y las domina como las fuerzas eternas.

También yo, corredora de tierras extrañas, descañada según ciertos santiaguinos señoritos, contadora y alabadora de sue- los extranjeros, también yo he sido y soy cada día más una regionalista. Mi Santiago no lo conozco más que las ciudades de tránsito y si viviese en ella un largo tiempo, mi desapego sería el mismo: las capitales solo se aman cuando son muy hermosas y no son tales sino cuando las domina y gobierna un estilo arquitectónico. Temuco es en mi memoria un escalofrío de repudio, por lo que padecí en sus hielos y sus lodos; Los Andes es cosa mejor en mi recuerdo, porque siendo ciudad de montaña me recordaba mi tierra verdadera. Pero todas esas poblaciones me las viví en la juventud y la patria es otra cosa: la infancia, el cielo, el suelo y la atmósfera de la infancia.

Una historia nacional puede gustarnos o no gustarnos; el territorio de nuestro país que no hemos visto nos resulta un mito como el Tíbet o la Islandia; las gentes de las regiones que hablan con otro dejo y a veces con otro vocabulario serán parientes, pero no son hermanos. La patria es el paisaje de la infancia y quédese lo demás como mistificación política.

Yo sigo hablando mi español con el canturreo del valle de Elqui; yo no puedo llevar otros ojos que los que me rasgó la

10 Escrito en Barcelona, en enero de 1933, y publicado por *El Mercurio*, el 11 de marzo de ese mismo año. Transcrito según versión hallada en su legado. (N. de los Eds.).

luz del valle de Elqui; yo tengo un olfato sacado de esas viñas y esos higuerales, y hasta mi tacto salió de aquellos cerros con pastos dulces o pastos bravos; yo sigo alimentándome cada vez que me libero del hotel odioso y de la pensión fea de las mismas cosas que me hicieron el paladar en el sentido teológico de la sal en el bautismo, y hasta estoy segura de que se me han quedado casi puros mis gestos de allá: la manera de partir el pan, de comer las uvas, de poner el pie con pesantez en el suelo quebrado, de llevar la cabeza como las personas criadas con poco cielo encima y la emoción fuerte cuando me reencuentro con el mar, que es la de aquellos que no lo han tenido y escucharon hablar de él siempre como de un prodigio. Por eso me sonrío con la boca, y me río en pleno con más adentros cuando leo u oigo la noticia de mi descañamiento.

Después de la patriecita que he dicho, o sea, los diez kilómetros cuadrados que se aprendieron para toda la vida a lo largo de la infancia, yo acepto con gusto otras tierras morales y otros coterráneos afectivos.

Hay una patria campesina universal, que es la de los criados y contruidos en el campo y por el campo. La campesina provenzal que recoge la aceituna, apaleando su olivo cerca de mi casa, es criatura más próxima a mi vida que el rentista santiaguino con el que me encuentro en un balneario y que no tiene conmigo ninguna visión común, ninguna memoria de paisaje compartible; los niños de las colinas de Sestri, en la Liguria, que viven como yo viví, trepando y bajando cerros, y comen a la noche una cena de higos con pan, se entienden conmigo mejor que los niños “bien educados” que me llevan en La Habana o Panamá, como presentes de lujo.

Hay también la patria común del oficio. A pesar de lengua y cultura opuestas, después de cuatro frases comentadoras, el escritor o el maestro francés están ya en mi círculo, dentro de mis posibilidades y al buen alcance de mi mano mucho mejor que la señorita sin oficio alguno compartible que vive entre la Viña del Mar mía y la Costa Azul extranjera.

Las patrias genuinas, las patrias reales son para mí esas: el radio entero que cubrió mi infancia en un valle cordillerano de Chile, la campesinería que es mi dicha y mi costumbre, y los dos oficios que me han hecho tatuaje sobre el cuerpo y sobre el alma.

El valle de Elqui es la cuchillada más estrecha con que un viajero pueda encontrarse en cualquier país; he andado bastante y no conozco región más angustiosa de suelo vegetal, y en el cual, sin embargo, vivan tantas gentes. Se camina por él como tocando con un costado un cerro y con el otro el de enfrente, y aquellos que están acostumbrados a holgura en el paisaje, se sienten un poco ahogados cuando van por el fondo de ese corredor de montañas salvajes. Estoy segura de que las niñas de la escuela de mi hermana, cogidas de la mano, daban la anchura máxima del valle.

Pero, aunque crean los “afuerinos” que se ahogan allí del poco aire, tal vez sea otra cosa lo que les oprime el pecho. El valle engaña con su hondura y es muy alto en verdad; se respira un aire delgadísimo, tónico, agudo y seco; este respirar pide tórax grande, y los “urbanos” que allá nos llegan se van pronto porque se asfixian o se acomodan arduamente a la exigencia de la atmósfera.

No hay borras de humedad en aquel ambiente insigne de altura; el cobre no se enmohece y las ropas y el tabaco se quedan enjutos. Los olores de lejos se sienten próximos; el lagar de una casa huele a varias cuadras; los sonidos son tan pronto como los olores, y los “rodados” de un cerro se oyen en dos o tres pueblos. Así vivimos como en una caja dentro de la cual estamos como si nos tocásemos.

Me he puesto a veces a averiguar por qué tengo en la oreja tantos sonidos sueltos de ese valle: chillidos de pájaros, rezon-go del río y mascullar del agua de riego, chirrido pesado de carretas, tumbo de piedras, picos mineros, golpe seco de hachas. La razón de esta riqueza de rumores ha de estar en la

sequedad que dije del aire, la cual me hacía escuchar unánimemente muchas voces, y en la contextura del valle que lo guarda todo en su axila chiquita.

Nuestra luz es la de la cordillera en cualquier parte; gloriosa y algo punzante a fuerza de absoluta. Gracias a ella me parece como si yo hubiera tenido dos veces cada cosa que allá tuve: dos veces cada cerro, dos veces mi patio, dos veces también mi madre. ¡Qué honestidad contraria de las luces equívocas de esta Europa, qué honradez la de esa luz cordillerana donde las viejas de ochenta años enhebran la aguja sin anteojos y donde yo encontraba para mi tordo huacho animalitos microscópicos en el suelo del huerto!

Mi lamentación de los cielos brumosos del ambiente de agua sucia de los Parises y las Bruselas, que indigna a los sudamericanos metropolizados, de dónde ha de arrancar sino de esta vieja costumbre de unos cielos netos como una lente de biólogo que tuve en mis niñeces y que no quiero olvidar, como no quiero perder una sola miga de la infancia. Me dan descontento, más que eso, me dan no sé qué repugnancia de ámbito cargado de resuellos inconfesables, estos cielos bajos y sólidos.

Es pequeño, repito, el firmamento que goza aquella quebrada. Me acuerdo de que cuando me llevaron a los siete años a la ciudad de Vicuña, que se asienta en un abra hecha entre las montañas, sentí una gran extrañeza del mayor espacio; cuando llegué a La Serena, es decir, al mar, mi admiración mayor no fue tanto la del oleaje vivo como la del espacio desatado.

En ese breve cielo el día es corto; pero queda desde las cinco un crepúsculo largo y claro, tal vez la mejor parte del día, porque son horas frescas después del bochorno agobiador.

Es muy caliente nuestro verano: enero quema y el suelo parece un latón de marmita. La siesta se vuelve obligación para el cuerpo. Como el mediodía es preciso holgarlo, los peones suelen comenzar la faena a las cinco de la mañana. Yo no pue-

do entender por qué en el trópico americano el peonaje no hace la misma jornada, tan llevadera, de cinco a una, ocho horas bien redondeadas.

Cuando llega el turno de agua (la tenemos muy escasa en el estío), los hombres o las mujeres riegan hasta la medianoche, aprovechando también de esa linda frescura que comienza con el crepúsculo.

La calidad de la fruta confiesa la casi tropicalidad de los valles felices del norte que se llaman Huasco y Elqui, mío el primero por mi padre y por mi madre el último. Con razón se da allí un higo que es como el de la Palestina y la chirimoya tan buena como la de Michoacán; con razón están ahora criando el gusano de seda cerca de Vicuña, noticia que me ha conmovido mucho; con razón yo entré en el trópico de Panamá y en el de las Antillas como quien recupera su clima natural, después de la infelicidad conocida en los que llamamos climas templados de Chile, y que para mí son lisa y llanamente fríos.

Y digo infelicidad. Mi primer encuentro con el frío fue en La Serena; el último en la Magallanes de mi penitencia. Prefiero otras maneras de desgracia a la de una noche frígida de Santiago o de un mes de lluvia empantanada de Cautín. Yo he entendido como pocos la insistencia con que Nietzsche habla acerca del valor del clima para la vida. Cuando él descubrió la Riviera italiana, se sintió feliz por la sola tibieza, dichoso sin más razón que la de no tiritar por una calle.

Muchas brutalidades sajonas, muchas callosidades de esas almas como de las rusas, arrancan de las temperaturas bajo cero, que se padecen a pesar de los abrigo de piel y de las estufas de cerámica. La epidermis es por algo el forro del alma.

Suelen caer nieve en el valle, y hasta avanzado el verano, una raleadura de ellas se queda siempre en los últimos cerros, pero el valle, como algunos suizos, se queda siempre guardado de grandes hielos por su defensa perfecta de los vientos.

Las nieves que bajan son aquellas enjutas que yo amo al revés de las lodosas de París. Denme todavía, a pesar de mis males, unas nieves que caigan en copos secos, sonando contra los techos y la espalda que se queden como un almidón que cruje en el suelo, y que cuando viene el sol se evaporan como por milagro sin dejar fangos; no me den las nieves aguadas de las tierras bajas que dan un día de espectáculo blanco y quince de lodos empeoradores de la vista... y de los zapatos.

Aquellas sequedades del aire que allá tenemos se devoran la nevada en medio día con el sol absoluto que se levanta después de ellas.

Así es como vivimos en el valle de Elqui sobre lo enjuto que es lo limpio, lo mismo que sobre una cerámica, ya sea en el verano cuando el valle casi crepita de árido, o en ese invierno de espejos blancos arriba y de gredas duras abajo. La atmósfera que Dios nos dio es urna de veras, y con esa vanidad regionalista podemos decir que cuando Dios nos mira nos ve más clara y distintamente que a un belga o a un holandés, recortados como están las espadas o las paletas del nopal en su luz rotunda.

Se nos ocurre que la radio podría darlo, y no otra, un ensayo de mapa audible de un país. Ya se han hecho los mapas visuales y también los palpables, o sea, los de relieve; faltaría el mapa de las resonancias que volviese una tierra escuchable.

La cosa vendrá, y no muy tarde; se recogerá el entreveramiento de los estruendos y los ruidos de una región; sin tocar las facciones del suelo, colinas ni ciudades, posando angélicamente los palpos de la radio sobre la atmósfera brasilera o china, se nos entregará verídico como una máscara, impalpable y efectivo, el doble sonoro, el cuerpo sinfónico de una raza que trabaja, padece y batalla.

El país, para este como para otros menesteres, resulta arduo de recorrer y de atrapar. La caja de sonidos es larguísima. Hay que escuchar como el venado: con oreja no solo abierta, sino tendida en tubo captador.

A estas horas comienza allá nuestro día de vivir. Es casi la mañana. En la región norte (pampa salitrera —costra cuprífera y de platas yoros) resuenan barretas, picos y palas en un infierno rítmico; se descascara a golpe brutal y numérico, o se dinamita, el llamado desierto de la sal. En las pausas de silencio, se oyen máquinas moledoras de la pasta salvaje llamada caliche, piedra y sal, ganga y polvo.

El desierto de la sal amasó y remató al hombre chileno, bien plantado, bien fundado, logro cabal de la carne americana. Él ha salido de su pelea con la costra calichera y de su vida de pecho a pecho con el mar. Cuentistas y poetas cuando quieren

11 Publicado en el diario *El Mercurio*, de Santiago, el 21 de octubre de 1931. (N. de los Eds.).



decir al hombre nuestro, no lo hacen sino marino o minero, y dicen así sus dos forjas naturales.

Más abajo, sobre Atacama y Coquimbo, donde comienza la vegetación, el barroteo y la picadura es la misma, neta y testaruda; pero se muelen materias más nobles: el cobre, sangre de nuestra geología; la plata, que después de haber sido abundante, ya ralea y hurta el bulto. El oro no sale de minas: en la montaña un poco mágica de Andacollo, el oro va por arroyos y regatos, en pepitas de mostaza o de arroz. Estas aguas milagrosas, que nacen al pie de un templo indígena, mantenían antes a grupos de naturales que no querían violentarlas por no extinguirlas; hoy dan de comer a siete mil hombres en jornada diaria.

Trazado con el estruendo de los picos, oye la oreja delgada el jadeo del hombre. No se le ve, ni hace falta; tiene el pecho ancho, labrado por el gran resuello; cara de matador de piedra, y cuando se endereza de calar y descuajar, una criatura camina con la marcha de lo que es: va como el dueño de todo suelo y parece que clavara con el talón señor cada uno de sus pasos.

Salir ahora, echando la oreja en flecha tirada al sur. Hay primero un alborozo de puerto, del puerto mayoral del Pacífico, que mentamos con donoso nombre español: Valparaíso, Valle del Paraíso. Si hemos navegado desde San Francisco, nos dolimos en las costas tropicales de la falta de un puerto patrón y patrono de aguas: pero al llegar a estas alturas, echaremos un ¡aleluya! Valparaíso vale para segundón de San Francisco; Valparaíso cumple por la costa sudamericana entera.

Los barcos entran y salen de la bahía, arriesgada a los vientos y que la terquedad de los chilenos forzó obligándola a volverse desembarcadero. Hierve en malecones y agua un pueblo vivo, que parece marsellés o catalán; va y viene un cardumen de tráfico marítimo que grita en inglés y en español las picanterías interjecciones marineras. Valparaíso hace lo suyo. Lo suyo son veinte mil barcos anuales recibidos y lanzados. Lo que

lanza son las industrias novedosas y garridas de la zona, que él distribuye a lo largo del trópico; lo que recibe son los azúcares, los arroces tropicales y la maquinaria yanqui e inglesa que en poco más también se hará por nosotros mismos, territorio adentro.

Un mar violento y voluntarioso, el mar nombrado con su adjetivo opuesto de Pacífico, excita y espolea con yodos y sales a los grupos de descargadores, de grumetes y gente de pesca. Es un agua digna de griegos, brava y humana; ni el caldo hirviendo del Ecuador ni la plancha mortecina del círculo austral. ¡Bahía mayor de Valparaíso! Anda en novelas y poemas ingleses y noruegos. Quien navegó la conoce y la cuenta siempre al contar sus mares.

La oreja se suelta ahora de la costa, porque el oído como el ojo cambia con gusto de paño y más le place seguir que quedarse.

Estamos en el interior, sobre región de nombre preciso: en el llano central, gloria botánica de Chile. El valle del Ródano es más corto; el del Polo lo mismo; el del Nilo se le parece en la longura y la generosidad de los limos.

Corre un aire suave y dulce, sobresaltado de poco viento, y los olores del agro se duermen en la caja profunda del llano. Las resonancias han mudado desde el desierto hasta aquí; los sonidos se humanizan y se ablandan sobre el suelo de pulpa y el aire de poca ráfaga. El mar y la montaña, grandes agitados, se hallan distantes. Es el clima por excelencia de Ceres, seguro, estable: clima de matriz de tierra o de mujer. En otras partes del mundo, vivir será la riña rabiosa y enlodada contra el peñasco o la marisma; allí vivir se llama complacencia y seguro, destino natural del hombre hijo de Dios.

Las viñas y los huertos frutales se reparten aquel suave corredor terrestre; una luenga faja verde, sin llağa de aridez, deleite de castas agrarias. Hay riegos suficientes, que dan nuestras aguas de ingeniería en canales lentos y eficaces. Los rectángu-

los pulcros de granja, las provincias agrónomas, corresponden a melocotones, manzanos y viña, y más abajo, a los anchos paños de trigos; provincias de color y aroma, departamentos frutales, distritos graneros. La gente latina no logró sobre hogar mediterráneo viñedo ni pomarada mejores que los del valle central de Chile.

Todavía atraviesan aquí y allá antiguos arados romano-españoles, con su crujido de queja de hombre; pero lo más frecuente va siendo la maquinaria agrícola luciente y rápida que pasa con un chischás de banda de langosta o con pequeño estruendo de aceros musicales, echando ascuas a lado y lado del campo.

Este aire rural tiene más canciones que los otros que dijimos. Las mujeres deshierban, podan y vendimian entre canto y comentario. En el vocerío de la trilla clásica de Aconcagua o Chillán, y en la algarada de la vendimia de Coquimbo, cabrillean gritos y hablas de mujeres y niños. La oreja se da cuenta de que aquí sí las voces del *homo* y la *fémína* son diversas, con dos continentes y dos órdenes. El hombre grita a lo hondero, con pedrusco lanzado; la mujer silba o modosea a lo codorniz y a lo tórtola, ya sea que cante o que solo diga; es el habla sudamericana la más dulce de este mundo, el más tierno acento hablado por hijo de hombre.

Ahora ya rematamos el viaje. La Patagonia estará muy lejos, pero la retenemos contra geografía y destino, y debemos decirla. En esta inmensa meseta austral se oye, cuando algo se oye, una marea salvaje que pecha entre los canales y forcejea en el gran estrecho. Hacia el interior, apenas poblado, hay unos silencios de hierbas inmensas, de gruesos y dormidos herbazales, que se parecen al estupor que dan los témpanos en el último mar. De cuando en cuando, gritos alzados y caídos de pastores que arrear, con dos o tres notas quebradas y subidas.

Y en las estaciones malas es el viento patagón bastante peor que el simún y la tramontana, el que hace su fiesta desespe-

da sobre la llanura sin atajo, en una carrera de búfalos rompedores de unas praderas entregadas y contritas. Pero vuelve el silencio de las praderas buenas, donde paca la oveja innumerable, que bala a la tierra verde, su madre y su costumbre. La oveja se duerme en esta anchura blanca o verde, y el que goza este encantamiento por unos años se enviciará en silencio, como el ojo se enviciará en extensiones.

Yo me gocé y me padecí las praderas patagónicas en el sosiego mortal de la nieve y en la tragedia inútil de los vientos, y las tengo por una patria doble y contradictoria de dulzura y de desolación.

En el seno de Reloncaví comienza la región austral de Chile. Aparece en el mapa una especie de pelea rabiosa entre los dos elementos de tierra y agua: el océano, que lo quiere devorar todo, y la cordillera, que se hunde en el mar. Luego se pensaba que no vuelve a aparecer y se forman una cantidad de archipiélagos, de cabos, de penínsulas, de fiordos. Es una pelea espectacular de exterminio entre continente y océano, océano desatado. Hay veces que me parece a mí aquel semillero de islas una especie de desovamiento de un ser mitológico que hubiera sembrado todo en ese extremo sur.

Me gustan mucho las islas. Hay en las islas no sé qué naturaleza femenina, y yo cuando ando entre ellas les echo unos ojos muy de comadre. A un ballenero danés que ha recorrido todos esos mares, preguntaba yo qué cantidad de islas había: “A pesar de haber vivido toda la vida entre ellas, no sé cuántas son, pero son todas las que quiera la señora”, me respondía.

Suramérica tiene un evidente destino tropical. El continente ha dado toda su anchura hacia el Ecuador, con un verdadero dominio hacia el sol, y en cambio parece que se encoge en las cercanías antárticas. Hay un encogimiento del continente que parece que no quisiera llegar sino al antepuerto de los témpanos.

El mar austral nuestro es maravilloso. Yo lo he navegado en varias ocasiones, y en la imaginación parece que estas islas se van tocando, estas islas que parece que son sirenas mucho más auténticas que las sirenas europeas, unas islas verdes,

12 Texto a partir de una conferencia que dio la autora en el Instituto Alfredo Vásquez Acevedo, en Montevideo, el 21 de enero de 1938, con el título de “Aspectos de la geografía chilena: el valle (central) y la Patagonia”. (N. de los Eds.).

todas verdes, que en los días grises se ven amoratadas, envueltas en una bruma mañosa, tan mañosa que las barcas de pesca que no tienen costumbre del mar, siempre se topan con ellas porque creen que en esa niebla morada, y detrás de la cual estás las rocas, son volcánicas en su mayor parte. En este mar yo he navegado, también algunas veces, con una pequeña escolta de témpanos que me parecían arcángeles. Era una larga cadena de arcángeles que nos iban acompañando, pero yo solo los veía así. Los demás tenían miedo de que los arcángeles nos hicieran una mala jugada.

El turismo acaba de descubrir Magallanes. Yo volvía del Brasil en un buque que llevaba una excursión a la Patagonia.

Es muy curiosa que esta sea la zona más rica en animales. El blanco no solo hostigó al pobre indio; también ha hostigado a la bestia y en este lugar, el más poblado del país, es donde hay mayor número de especies endógenas, porque el blanco las ha dejado en relativa paz. Hay ahí el avestruz, el ñandú, el huemul —aquel animalito de nuestro escudo—, el guanaco, la ballena, la foca y la nutria; además, hay la centolla, una especie de cangrejo; vienen después millares de aves acuáticas, un paraíso de aves acuáticas.

Esta es la zona del albatros de Baudelaire y el lindo petrel, que nosotros llamamos con el nombre feísimo de “cubrehuesos” o “quebrantahuesos”.

Una de las maravillas de la Patagonia es la emigración de los pájaros. Yo he tenido una vez la impresión, en una estancia, al subir de pronto una cantidad de aves que yo había visto en un tendido creyendo que eran nubes. Al subir esa bandada enorme cubrió el sol en muchas partes. Yo tuve la sensación de que la tierra volaba, de que la tierra se me iba con esa subida repentina de alas que me hizo sentir que mis pies se quedaban sin suelo.

La riqueza de la Patagonia es una riqueza ganadera. La tierra es un poco estepa, pero la mayor parte es pastal. Una vez que había nevado ligeramente, salía yo por el campo y pensé: bueno, ¿y qué hacen las ovejas ahora? ¿Le tienen que dar pasto seco a esta cantidad de animales? Hay enormes masas de ganado. Iba pensando eso y me encontré con un grupo de ovejas que nunca he visto yo comer con más astucia y más delicadeza. La oveja observa la calidad de la nieve y se da cuenta, según sea la nieve porosa, donde hay hierba debajo. Hacen en esa nieve ligera pequeños agujeros, o los hace ella misma. La oveja metió sus patitas, agrandó el agujero, metió su hocico y comió la hierba debajo de la nieve, con una gran tranquilidad. Una linda oveja, con su colchón de lana, que la hacía persona mucho más abrigada que yo.

La Patagonia es la segunda zona en que el chileno tiene la euforia del cielo grande, del horizonte amplio. La primera es la pampa salitrera. Yo tuve un cielo que me parece ahora de sueño: es la Patagonia que me daba el asombro del cielo grande, lo mismo que la pampa.

La tragedia y la fiesta a la vez de la región magallánica es el viento. El recuerdo mío de Magallanes es sobre todo un recuerdo auditivo: el de un viento descomunal. El viento como un viejo señor de la región que ha hecho su antojo y ha sido santo y dueño de la llanura. Se levanta y parece que quisiera volver la llanura a su estado natural y descuajarla de todo, descuajarla de los restos de bosques, descuajarlo todo y dejar la llanura limpia, mientras aúlla como una cabalgata de los dioses más agrios de alguna mitología. Ese impetuoso viento es una fiesta para el simple mortal, pero para mí no; a mí me daba un gran espanto, un espanto especial. Todos nos acordamos de que cuando niños teníamos un cierto gusto de tener miedo. El miedo era algo a lo que esquivábamos y a la vez buscábamos. Pues muy de tarde en tarde yo pienso en la Patagonia, y me dan ganas de volver a tener miedo, y miedo del viento.

El viento es tan fuerte y tan frecuente que ha creado esculturas vegetales en los restos del bosque. El árbol en ciertos puntos es una colección de esculturas trágicas, de formas, llenas de ademanes y de gestos dramáticos, y en los lugares donde la selva se ha quemado, todas estas figuras están además de torcidas, ennegrecidas, calcinadas a veces. Yo he tenido una vez la impresión, yendo en auto por la Patagonia, de que venía bajando una muchedumbre de condenados y que se había parado a medio llano. Era una cantidad de troncos de árboles desnudos, en esta postura que digo, que hacían acordarse de la selva de los suicidas de la *Divina comedia*.

Pero no todo es tan malo. Hay un lindo verano de noches claras. A las diez de la noche se lee un libro o un periódico en cualquier parte al aire libre. La literatura nuestra ha desdeñado tanto todo lo propio que si yo digo, si yo hablo de las auroras australes, aquello suena muy mal porque todos admiran solo las auroras boreales, y las auroras australes de la Patagonia son muy hermosas, ensangrientan la mitad del suelo, y veces más. Le da una rojez vivísima, parece más crepúsculo que aurora.

Yo viví en esa zona de la Patagonia dos años del más hermoso recuerdo. He traído de ahí un reuma que se lo perdono a la región, porque la gente me hizo muy feliz. Hay en ese territorio un espíritu colectivo que posiblemente ha llevado el europeo o ha impuesto el frío. Yo me encontré en esa región el pedazo más democrático del país, la gente con más sentido de la protección, con la mayor probidad social, y yo diría que la más civilizada gente de mi país sin ninguna exageración.

En dos ocasiones, en Francia, he oído por ahí, decir en sentido despectivo: eso parece de la Patagonia. Yo he dicho: ustedes no conocen aquello porque el patagón es una especie de súper chileno.



El tema de la Antártida, que es para muchos americanos un dado sorpresivo de ajedrez en el tapete del mundo, y para otros, cosa de periodistas aspavorosos, este asunto pardo hasta ayer y aupado hoy a suceso mundial, existe en mí como una vivencia de la memoria desde hace treinta años.

A pedido del ministro de Instrucción (el futuro presidente Aguirre Cerda), fui nombrada directora del Liceo en Magallanes y navegué hacia las grises postrimerías chilenas.

El encargo que me diera mi venerado amigo era doble: reorganizar un colegio “dividido contra sí mismo” y ayudar en la chilenización de un territorio donde el extranjero superabundaba.

Tenía el señor Aguirre el mejor corresponsal para conocerse los problemas de la tierra extremosa, como que moraba en Punta Arenas su hermano, el doctor Luis Aguirre. Así, Magallanes no era en su cabeza unitaria ni un charco de bruma austral ni la enfiladura de pingüinos de que habla el *Manchester Guardian*: en sus conversaciones él me daría la Patagonia con la precisión de una carta geográfica.

El primer encargo se cumplió pronto; el segundo era más complejo para mujer. Pero un equipo de hombres de cultura me ayudó a ver y entender los “nudos” del caso magallánico antártico, zona dura de vivir, pero materia fascinante para el chileno.

El profesorado que llevé resultaría bastante apostólico, puesto que se decidió a vivir largo tiempo en el país de la noche larga. Gracias a él nuestro liceo abriría una escuela nocturna y gratuita para obreras —el analfabetismo era subido en la

13 Publicado en *La Nación*, de Santiago, el 24 de octubre de 1948. (N. de los Eds.).

masa popular. Mis compañeras iban a enseñar al más curioso alumnado que yo recuerde. Menos defendida del hielo que el hiperbóreo europeo, aquella buena gente —mujeres y hasta niñas— llegaba sacudiéndose la nieve al umbral y entraba a la sala con el hálito hecho vaho, dándonos el rostro rojo y duro que hace el frío, una piel parecida al pellejo del pececillo rojo.

Después de la hora del silabario, yo daba otra de “conversación”. Incrédula como hoy de la “pedagogía pura”, receta de maestros entecos, yo me pondría a hablarles de su propia vida, de las contingencias que se trae el vivir entre los elementos hostiles: hielo y viento, y de la obligación de ver la unidad, “contra viento y marea”, a pesar del tajo del mar enfurruñado y el desparramo loco de islas.

Una noche vi llegar gente extraña a la sala y sentarse hacia el fondo, familiarmente. Daba yo una charla de geografía regional; me había volteado los sesos delante de aquella zona de tragedia terráquea, hecha de desplazamiento y de resistencias, infierno de golfos y cabos, y sartal de archipiélagos.

Al salir, el grupo forastero se allegó a saludarme. Dos reos políticos del presidio de Ushuaia habían sabido de ese curso nocturno y tan informal, quisieron ir a verme, y se les sumaron unos chilenos inéditos para mis ojos.

Sentados otra vez, los seis u ocho, me contarían la escapada de los corajudos, los trances de la pampa y el nadar las aguas medio heladas, husmeando entre matorrales encubridores, hasta alcanzar la ciudad de Punta Arenas.

Yo miraba y oía a los fugitivos, con novelería de mujer lectora de aventuras, pero sobre todo devota de Ghea, nuestra madre, y de sus “claros misterios”. Los ojos se me quedaron sobre los dos rostros no vistos nunca: allí había unos seres de etnografía poco descifrable, medio alacalufes, pero mejor vestidos que nuestros pobrecitos fueguinos: eran el aborigen inédito, el hallazgo mejor para una indigenista de siempre.

Mis huéspedes volverían solos después, y traerían a otros más, calculando siempre la salida de las alumnas nocturnas, para hablar a su gusto, mudos que soltaban la lengua en perdiendo el miedo y que regresaban para no cortar el relato, por “contar muchísimo más”.

Fue allí donde yo toqué pueblo magallánico y patagón. Podría haber vivido diez años sin contacto con él: el corte entre las clases sociales era allí grande y vertical. Y esta novedad de los ojos sería más un repaso de facciones exóticas y un oír la jerga de oficio inédito; sería el de aprenderme la zona feérica.

Porque ellos conocían en sus tres dimensiones el territorio extremo y además el acuario antepolar, al cual la humanidad vislumbra apenas en libros raros o estampas insípidas.

Ellos me contarían las islas de la danza pálida en torno al remate del mundo y después de ellas, “las Mayores”, a las que “no se daba fin”. Estas serían la Tierra y el llamado “Casquete del mundo”. Y todo lo daban, revuelto con las aventuras de percances polares, en seguimiento del “lobo de dos pelos” y de bestias que casi veo, pero que no sé mentar después de los treinta y tantos años.

Cuando la Antártida sacó su busto como la sirena, y fue aprendida de golpe por el mundo, como las “anticipaciones” de Wells, me acordé de aquellas conversaciones que fueron las mayores fábulas y las mejores veras que me regalaría el país del viento y de la hierba.

Era aquello un mundo casi rebanado por la indiferencia de las geografías primarias y a la vez poseído y virgíneo para nosotros; la posesión venía de la legalidad de nuestra posesión, y la virginidad, del olvido que le dábamos los chilenos de Llanquihue arriba. Y no digo Chiloé, porque también andaban los chilotes cortamares en la persecución de la noche austral y de la “aurora austral”, que, aunque valga menos que la boreal, harto espléndida fue para mis ojos que la gozarían muchas veces.

Sí, Chile vivió de siempre la esquivada y hoy zarandeada Antártida. La ha hurgado y trajinado no a lo pirata ni a lo descubridor que otea y deja, que toma y suelta, sino en ruta sabida, en explotación pequeña y constante y en una convivencia que daría para libros de muchos Conrad o Sven Hedin del océano.

Solo la burguesía magallánica se había quedado sin la “saga” hiperbórea. Satisfecha ella con el hierbal y el pastoreo ovejuno, apenas tenía contactos con el otro Chile que, en chalupas o barcas a lo polinesio, angostas como el pez espada, cabalgaban el mar frenético y mal afamado desde los tiempos del Gran Portugués. Chilenos y argentinos eran y son todavía aquellos hombres cuya piel ensalmuerada llega a emparentarse con la de la ballena, y todos ellos se vuelven a estas horas los superamericanos por haber guardado íntegro el ánimo aventurero de la raza que domó el desierto de Atacama y también las agriuras de los Andes. Son ellos la brava gente quemada de yodo marino, la del ojo agudo que ve en la peor borra de bruma, y la muy arisca para contar, esto sí, por “no soltar prenda”, respecto de las cacerías furtivas.

Tenían de todo, y con razón aquellos de mi grupo nocturno: de la explotación a la moderna, con grandes dineros y maquinarias rompehielos, que podían arribar llevando capacidades extrañas al país del largo silencio y barrerlos como a pajuelas, o bien atarles en cuanto a galeotes polares a su clásica explotación: grandes libres eran y son ellos, llámeseles aventureros o pícaros de aquella picaresca oceánica que Inglaterra se sabe más que pueblo alguno. El mar crea su pasta y su costumbre; él les da el espinazo de acero elástico para la zambullida abisal, y les hace el rompeolas los pectorales. A pesar del rostro color de alga sancochada y de la desnudez de tritones, su *élan* cuenta tanto como el de los demás saqueadores de la entraña oceánica.

La proximidad a los polos los emparenta con el ballenero escandinavo, como que los adjetivos “ártico” y “antártico” dicen casi lo mismo: la gente del arpón y las tretas sobre el hielo y el

agua amarga, medio tiburones y algas: la hazaña es idéntica en los dos confines polares, a la vez opuestos y semejantes. Hasta hace poco más de un siglo, la empresa de romper el sello de los Polos ha estado en manos de estos remeros libres, ajenos a los almirantazgos ilustres, sin gorras marinas blanquidoradas, ayunos de escafandras y lanchas a vapor. ¡Pobrecillos! Grandes pobres por su coraje y su desvalimiento de equipo técnico, pero ello no les resta honra ni derechos.

Mi grupo nocturno era un anillo suelto de la empresa anónima y ancha de los “lobos del mar” que corrían las últimas nieves chilenas y argentinas. Todos ellos forman parte de la chilenedad o de la argentinidad, y a estas horas cuentan como “adelantados del mar”, aunque el olvido los dé por últimos o los deje al margen en los artículos de periódicos que ventean a todo trapo la Antártida, vedette de 1947.

La jerarquía inglesa acaba siempre promoviendo a categoría subida a sus vagabundos del Talassa; los sube de ultraplebeyos a pioneros, luego a *sires*. Y este clasificar así a los audaces, a pesar de todos sus dolos y malicias, corresponde a cierta promoción de los “fuertes” que enriquecen la esfera conocida, añadiéndole cuanto le fallaba.

Precisamente tales vagabundos llamados “sin ley”, y que en verdad obedecen a la ley feroz de su elemento, hacían presencia por nosotros todos en el Chile antártico. ¡Y qué presencia! La del penar siguiendo a las bestias de cuero arisco y pelambre delicioso, a la ballena que rezuma a toneladas las grasas y los aceites, y ¡a cuánto más! Trashumantes y todo, ellos moran en esos territorios, yendo y viniendo, pero en todo caso durando sobre regiones tenidas por imposibles.

La palabra “costumbre”, parda por vulgar, resulta vocablo linajado, cuando señorea sobre los códigos. Costumbre quiere decir afincamiento, pero también el ir y volver constantes, el poseer de hecho una zona. Es un conocer por experiencias repetidas y usar de lo ya descubierto que sigue sin dueño de

lo vacío y no adoptado por nadie. Bien que se lo saben británicos, holandeses, españoles, daneses.

Y esto eran y son, costumbre de mar y hielos, mis contadores del velado océano austral, del agua fantasmal, espanto de sedentarios y adopción suya, especie de patio familiar de sus vidas fabulosas.

Imagino yo el pasmo que sentirán ellos, su colectividad dispersa y doblada después de treinta años, al saber por alguna noticia de la radio u hojita de periódico, que no hay una Antártida chilena, o que la hay, pero menudilla, especie de engañifa que se da a los niños para acallarlos.

Pienso en lo que diría de esta jugada, caso de habernos vivido, el voceador de nuestros derechos antárticos, Pedro Aguirre Cerda, quien se supo la región fantástica y lanzó a tiempo aquel su aviso de vigía que le rieron algunos necios. Extraordinario hombre que denunció tantos problemas, desde los sociales y pedagógicos hasta nuestra tácita —y muy expresa— posesión austral.

Pienso también en el enorme absurdo que funge como ley entre estos dos hechos; el “descubrimiento” de un lugar y la posesión efectiva del mismo por los aborígenes desde todo tiempo.

A veces un gran barco inglés u holandés, o italiano, cruza, sea por mero azar, sea en viaje de estudios, las regiones todavía imprecisas en los mapas. Pasan, hay cortos desembarcos, flaca averiguación, nada que valga como la estada o la frecuentación secular. Y de esa anécdota sale una “toma de posesión”, gracias a la banderita hincada en la costa, y de ello arranca un “derecho”, y un futuro alegato de nacionalización. ¡Curiosas, inefables “colonias”! Reirán de todo esto con risa amarga los pobladores y los traficantes de la zona, aquellos que la navegan, y hacen la pesca, o la tala de bosques, o el beneficio de pieles.

Estas falsas posesiones ganadas con un salto de a bordo y el asentar de labor en tierra o hielos, ya hicieron su época y corresponden a la mentalidad imperial de hace un siglo. Eso va a caducar, tiene que ser trocado, y cuando menos, enmendado. Porque los llamados “naturales”, sean prietos, sean blancos, tengan el ojo recto u oblicuo, hablarán por la lengua de sus juristas y se harán oír.

La voz de ellos se llama “ley natural”, y es esto lo que nuestro gobierno ha recogido y lanzado en la Antártida, lado a lado con el alegato primordial que arranca de la proximidad o la colindancia. Un país, como cualquier otro ente vivo, defiende mar e islas próximas celando su propio cuerpo de la manotada extraña y ávida. Y la lección la hemos aprendido de la vieja Europa, muy alerta a todos los peligros de las codicias internacionales.

El presidente de Chile no fue al extremo sur por hacer allí una “parada de cinematografía” delante de los elefantes marinos —la burla sobra y además irrita—: él fue a subrayar una posesión nacional y a vocearla a los olvidadizos y también a los sobrados de lišteza. Y lo declarado en aquel cabo extremo de la chilenidad lo piensa la nación íntegra, hombre por hombre y mujer por mujer.





C H I L E   I I



Las cosas mejores vistas en la tierra de Chile, primero en 33 años de tenerla contra el pecho y después en 12 de llevarla en la memoria, pueden ser estas nueve y podrían ser más:

### 1. LA CORDILLERA

La primera estación del elogio para la cordillera, terriblemente dueña de nosotros, verdadera matriz chilena, sobre la cual nos hicimos, y que más voluntariosa que la otra, no nos deja caer: vivimos bajo ella sin saberlo, como el crustáceo en su caparazón, y nos morimos dentro de su puño señor. En los valles, ella nos quita cielo; en las abras, ella nos lo devuelve.

Cordillera regaladora de aguas donde es preciso, y más de nieves que de aguas; pero en verdad, hogar puro de fuego en unos volcanes adormecidos, que no dormidos. Cordillera despistadora, con su lomo cierto, y que de pronto se acuerda de su vieja danza de ménade, y salta y gira con nosotros a su espalda.

### 2. EL MAR

La segunda hermosura chilena la atribuyo al mar. Magallanes lo nombró a lo mago, para que el nombre adulator lo domase o lo conmoviese.

Agua grande hasta el Asia, agua solemne de verdes grises, y hacia el polo, agua loca de cardúmenes de islas, siempre posi-

14 Fechado en Madrid, el 18 de septiembre de 1934, e incluido en el libro recopilatorio de R.E. Scarpa *Gabriela anda por el mundo*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1978. (N. de los Eds.).

bles de navegar y no fácil de navegar, muy mar, es decir, muy dueño de voluntades y antojos.

Hasta siete gorgueras de oleaje se le cuentan en la costa de La Serena. Mar lujoso y frío antes de llegar al trópico, donde dejará las leches verdosas para no tener en adelante sino su azul de hosanna.

Las gaviotas quieren estas aguas más que las tropicales; los pingüinos hacen su guardia hacia Tierra del Fuego en unas armadas ingenuas o en unas praderas de pechugas blandas; la ballena aparece donde se la piensa, y donde no se la piensa también, y los témpanos la hacen en sus postrimerías un agua fantasmal, poblada de legiones fantasmales.

### 3. MINEROS Y NAVEGANTES

El tercer elogio es naturalmente para mineros y navegantes. Se puede ser sobre la tierra de Chile cualquier otra cosa; pero siempre, y de algún modo, se habrá sido navegante o minero, arañador de lo más terco o paseador de lo más dócil.

Los hombres nacen en Atacama y Coquimbo marcados por su demiurgo para la mina en lomo y costado, prevenidos para la barreta y el pico, y nacen también con el metal asomado en sus ojos anchos de hombres de cerros, que gozan mucha luz en las infancias y ninguna después, aparte de las que les da el metal en fogonazos repentinos.

El minero habla en su vejez con un ritmo que no tenemos los de arriba, con las subidas y bajadas de la barreta salvaje y musical, y a mí me parecían sus hablas unos “arrorrós” y unas “nanas” muy extraños cuando los oía en las noches de Elqui, a la orilla de la fogata. La barreta les “pena” en la garganta diez años después de que la dejaron.

Ahora los marinos. Antes de que la América aprendiese amor de barcos, el chileno navegó convidado por su costa y laceado por la marea, que cuando sube no busca dunas, sino pasto de hombres para su aventura.

Navegamos trópico arriba en trueque de frutos y navegamos Capricornio abajo en busca de la ballena y el lobo de mar; y hacia el oeste navegamos para irnos a encontrar como en un cuento la isla nuestra de Pascua, en la Oceanía, cazada por nosotros allí, en mar remoto, tal vez solo por eso, porque no se quedara muerto para nosotros el gran oeste.

En los Talcahuanos y los Corrales fundamos industria de veleros y barcos. Quien recibió mucho mar queda comprometido con todas las artesanías marinas. En cualquier caleta se tejen redes con manos chilenas, que cuando hacen, siguen y persiguen. De Talcahuano salen orondos otra vez para el agua los barcos que desquijarran las tormentas o las lindas criaturas nuevas que llaman goletas.

#### 4. LAS ALAMEDAS

La cuarta estrofa alabadora se la mandamos a las alamedas.

Campos de Colchagua o de Concepción, civiles campos limpios de barbarie, grandes aseos verdes, bien está que no los partamos con muros chatos ni con alambreras plebeyas: los tajamos por la espada doble de una alameda, parcelamos con las lindes gruesas y esbeltas del álamo innumerable de California o del chopo español.

Tenemos la costumbre de ir del pueblo al pueblo, de hacer la legua o la milla marchando dentro de cañón umbroso de una alameda, de un lado oriente, del otro poniente, o de una parte cielo tenebroso y de la otra unas bellas lunas francas.

Los arrieros de metal o de frutas van arriando entre este doble amparo de álamos leales, y cualquier camino nuestro nos toma en una pausa de alameda y nos deja en el remate de la otra.

Andamos errando por extranjerías, y si nos miran los extraños en la hora del descanso, cuando el alma sube y se derrama sobre la cara, si nos ven ellos esas sombras que pasan o se quedan, aquello será un cono roto de alamedas o la lengua de un álamo solo que cae sobre nosotros.

## 5. ARAUCARIA Y ALGARROBO

La quinta aleluya la ponemos sobre dos árboles de Chile, que son la araucaria, sin superlativos, y el árbol del yermo que mentamos algarrobo.

La araucaria se lanza al cielo con una masa violenta de ímpetu y suave de grosura. Después de ella y de la palmera real, todo el resto puede llamarse plebe botánica, más o menos donosa y más o menos feliz, que ellas dos, palma y araucaria, dieron el mejor gesto y lo gastaron. Después que se la vio, contra cielo duro o contra cielo blando, el ojo se queda en el reposo del hombre del Loire que fue y volvió de Chartres.

La araucaria penetra su bajo cielo araucano, dejando cuarenta metros a costado y costado, y acepta sobre sí la nube baja, que no la agobia ni la afea, o consiente sobre su bulto entero la niebla, que hace con ella el mayor y el mejor de los fantasmas. La muy ancha se adelgaza en cielo y en valle grande, y solo en las quebradas asusta y hace gritar; la muy hojosa se aligeró a cuchilladas horizontales, con lonjas de cielo entre los brazos; la muy verde, brotada entre grises negros de cielo y suelo, se compuso a lo señora un verde real, exento del descoco de los otros desalentados.

Ni necesitaba dar frutos la que cumple con ser y estar; pero los da dentro de unas piñas pulidas, en almendras cuyo sabor

anda en boca de indios. El fruto se masca en invierno, cuando el durazno ya no aparece y las últimas uvas ya pararon en pasas o en vino.

Quien no goza araucaria, porque no tiene lluvia o vive en serrana calva, ese posee, aunque apenas lo mire, su algarrobo de la soledad seca.

Al tronco duro, pensado en metal, le alcanzan unas savias afligidas para echar un follaje mimoso y, en consecuencia, consigo mismo da unas bayas, también metálicas como el leño, y ellas son las que suenan en el viento y los vientos.

Quiere eternidad el pobre algarrobo, cuyo leño dura el siglo y lo pasa. Los muchachos no le buscan la poca sombra; el arriero y su mula se la quieren el rato que dura el comer y el acinchar; no sé si el leñador, que es su hombre, lo ama o lo detesta cuando pelea con él de veras cuerpo a cuerpo, como fiero y fiero, horas de horas, hasta que el recto se tumba y el agazapado se endereza.

En la tierra de Coquimbo, donde quemamos algarrobo en la noche de helada, tan mineros parecen los leñadores como los otros, o son los mismos en la lucha con tronco o su metal.

## 6. LOS FRUTOS

La sexta bienaventuranza se la llevan los frutos, es decir, el huerto chileno, que hacemos lo mismo las mujeres que los hombres.

El durazno y el damasco, el manzano y el peral, serán lindos en otras partes donde tenían costumbre de dos mil años, pero allí se están como se estarían en el aire también nuevo del paraíso.

La manzana de Cautín y Valdivia engruesa sin caer en desabrimiento y no conoce la acidez de la pretendiente californiana.

niana. Fruta de callado y largo aroma, si no fuese tan grata a la lengua, la pondríamos a echar aroma, y nada más que aroma, en armarios y alacenas. Ella es más señora, por menor exagerada, que la piña y también más fiel en su demorar, en su tardarse, doblando el año, intacta de contorno y entraña.

La pera le anda a la zaga, con las perfecciones opuestas: contra la sequedad de la austera, ella tiene su chorro de jugo; contra la forma clásica de fruto, ella ofrece sus jorobitas y su escorzo de niño.

El durazno se da con mil carnazones y sabores: rojea, amarillea y blanquea en una leche verdosa, y sus nombres europeos de Victoria o Rivero ya no le sirven porque ha mudado y lo han mudado en un laberinto de géneros novedosos, y ya no valen los sustantivos para él, sino los adjetivos mejor nombreadores: carnudo, enjuto, suave, recio, tierno, fundido.

## 7. ARCHIPIÉLAGOS

La séptima estancia del elogio se aplica a los archipiélagos del sur y a su desenfreno de penínsulas y canales.

Una mitología hubiese contado que un pez monstruoso vino del Polo Sur y que a cuarto de camino hacia el ecuador fue desovando y desovando, y dejó atrás ese reguero loco de islas. El pez polar se fundió, alcanzando agua tibia, y los cardúmenes no repitieron el viaje... Allí quedaron en núcleo de Osas Mayores y Andrómedas, en constelaciones verdes sobre un mar que es gris como el bulto del pingüino. Se llaman con nombres atrabiliarios, propios y extranjeros, hasta que los rebauticemos con todas nuestras criaturas que hay que mentar de nuevo: Hannover, Wellington y Reina Adelaida.

Las gentes de gustos cómodos navegan los canales hacia el verano, por tener cielo claro y aguas sin trampa. Pero es en el invierno cuando el agua austral tiene lo suyo y entrega lo



suyo, que son sus dioses huidizos. Entonces se les navega con un cortejo de témpanos destacados en santos rectángulos o en procesión de fantasmas que siguen al barco y lo toman, y lo dejan en unos lugares aborrecidos del marino y a los que los curiosos deseamos llegar.

Una niebla morada o amarillenta emboza las islas y ciega los barcos: niebla zorra, que dicen los marineros, por mañosa y traicionera.

No es tan perverso este último mar como lo contaron, ni tan salvaje que no le guste novedad de navegación y servidumbre de capitán. Suele tener su sol, y es el más tierno sol de este mundo cuando se come en horas la niebla rala y deja ver la última tierra chilena, partida en lucha por persistir y alcanzar el polo o la nada.

## 8. ARTESANÍAS

El octavo regaloneo de la alabanza se les dirige a las artesanías criollas y araucanas, a los muñecos de barro que venden en la feria de Chillán, a los vasos de cuerno que vocean en Santiago sobre las gradas de la catedral y a los choapiños clásicos de la Araucanía.

Las figuritas están hechas en un barro que vuelven de negro entrañable y que es tan bello como el blanco por su antojo de absoluto.

Hacen en él, sobre él y por él bestiarios nunca vistos: caballos que se pasan a venado, pavos que se deslizan a gallo, vacas que van para alpaca; ensayan ellas la marcha de una forma a otra, no se paran en ninguna y a causa de ello la serie de los modelos no se agota. Esos alfareros, esos amasadores, esos imagineros, tienen presente cuando contornean y soban las primeras formas de este mundo, antes de que se hincaran en tipos, las que balanceaban entre dos o tres intenciones muy

a su gusto de no decidirse y no acabar de ser lo que ya iban a ser.

Los vasos de cuerno andan con unos colores rubio avena, rubio cáscara, rubio maíz, lindamente veteados al azar en franjas más prietas; hacen el agua que se bebe en ellos provocadora de la sed y el ojo la mira con gusto mientras la boca sorbe.

Se pliegan esos vasos, porque sirven más a viajeros que a sedentarios; se llevan en la mano cerrada o se echan al bolsillo sin que lo abulten.

El cuerno costrudo, terco y feo, pasa a ser en ellos, gracias a la mano rebosadora, una materia nueva, medio carne de niño, medio guija de arroyo, y al beber tenemos al mismo tiempo en la mano un agua de oro y en las palmas ese tacto amable.

Los choapinos los hace desde que el sol alumbra artesanías, la india araucana sobre sus rodillas y teje acompañando el ritmo del telar con la extraña canción araucana, sin comienzo ni remate.

El choapino se corta, ni tan grande que se pase a tapiz ni tan pequeño que se vuelva nadería. Lo cortan de seis cuartas por ancho, o de ocho por diez, porque es más bonito el rectángulo que el cuadrado y menos engorroso que el círculo. Sobre el cuadrado severo arden con fuego quieto unas cruces suásticas en granates o azules, y unos rombos amarantos, unas grecas de coloración eléctrica. Ni flores ni hojas, ni alas o garras de animal, ni cosa que obligue a la curva pèrfida, sino dos rayas recias que se cruzan o se soslayan de cuantos modos es posible cruzarse o soslayarse.

El choapino sirve para los usos que se le ocurra a la mujer, que siempre serán muchos: calienta los pies del apoltronado, que no camina en las lluvias de Cautín; cubre la mesa, que sin él parece cruda o como menos honesta; regalonea la cabeza cuando lo hacen cojín, o es claveteado sencillamente sobre un

muro, donde da a los ojos vagos sus crucecitas precisas en que se hincan o les regala el gozo puro de su color. En la pieza genuina, que los mestizos van degenerando, los colores del fondo rodaban siempre entre un negro topo, un café ciervo o un gris culebra, tintes que iban bien con el alma sin fiesta del araucano, la cual huye color de sol, de pájaro o piedra preciosa, que él nunca tocó en su suelo de lluvia, niebla y nieve.

Y este choapino severo, en geometría seca y viril, lo tejen sobre lana para que tenga algunas ternuras, y son esas unas lanas bien ahiladas y bien apelonadas. Aunque el mestizo se las imite por hacer trampa, la palma de la mano reconoce la pieza verdadera en la suavidad consumada del anverso y en el decoro de los remates del reverso.

## 9. LA CUECA

El noveno jalón de la memoria es para la cueca.

Cuando septiembre nos devuelve los días buenos y en las lonjas de viña o de trigo, la vendimia o la trilla se quiebra el invierno, la cueca comienza a hervir en nosotros como un mosto; la cueca va y viene en la luz de los valles lo mismo que las lanzaderas que corren a lo ancho del telar.

Hombres de remo y de azada, y mujeres de cunas y podas, todos ellos carne batida de tirsos, abren sobre la era grande o en el patio de la casa la cueca que es la pelea de dos temas y de dos expresiones. El canto y el baile suben y bajan de la violencia a la melancolía; el frenesí se rompe en la ternura y a lo largo de las estrofas ninguno acabará ganando.

Limos del llano central, costras de la pampa o playas nuestras, todo eso ha saltado y gemido como un tambor loco de los talones bailadores, toda tierra chilena ha clamoreado de un taconeo febril, que se parece al de los pisadores del lagar.

La cueca tiene doble entraña y doble índole porque la bailan hombre y mujer, y a los dos, a varón y a varona, ha de complacer y manifestar. Por eso ella tiene del fuego y del aire, del reto y del acatamiento.

Va el hombre en un enroscado torbellino y la mujer sale a su encuentro, casi se deja coger de la llamarada, y luego lo burla con el bulto, sin quitar al hombre la presencia y siguiéndole con su vista amante.

La cantadora “lacea” con rasgueo y voz a la pareja hazañosa; pero el coro, que aquí no es mudo, lanza sobre ella además las interjecciones que adulan o escuecen, que mofan y alaban.

Vuelan sobre el grupo báquico los pañuelos, el alcohol y la pasión.

La raza sin muerte, caldo de una sangre subtropical, cuerpos que están vivos de mar o de luz de altura, baila su orgullo vital, bate su entraña que no quiere ensordecen, danza la vieja gesta del amor cerca del mar, que se la enseñó frenética, y de la montaña, que se la contó ritual.

Los recolectores líricos de una empresa norteamericana impresora de discos, que han recorrido la América Latina cumpliendo una comisión que era más nuestra que de los norteamericanos, de recoger gajo a gajo nuestro folclor desperdigado y, en buena parte, ya perdido, llegaron por fin a la Araucanía de Chile a oír cantar indios legítimos, indiada absoluta.

Dicha empresa había ya coleccionado a centenas materiales mexicanos, argentinos y colombianos, y debemos a su industria el haber podido recibir muchos miembros musicales de la raza, en forma que los coleccionistas buscadores cuentan ya como recuperado el cuerpo completo de un cancionero criollo. Pero el criollismo, aun el bonito, aun el fino, padece en este aspecto, como en el de la costumbre, de la fealdad y de la debilidad de la mixtura. Una frase musical española con un grito indio adentro, no pedazo de “cante hondo” acostado en una melodía de sensualidad mestiza, nos disgustan la oreja delicada que les reconoce los sumandos opuestos y nos desordena la emoción que recibimos.

Yo había acabado por creer que nuestros indios araucanos tampoco en este capítulo tenían cosa de valerles como defensa y buscarles con el cariño, lo mismo que carecen de cerámica pintada y de joyería mayor que poner al lado de los preciosos jades mexicanos o de la alfarería estupenda de los quechuas.

Finalmente, la empresa llegó por esas australidades a averiguar la canción araucana lo que a eso se parezca, porque le viene mal a la cantilena desolada que es ella el mote blando y un sí no es galante de “canción”, palabra de entraña italiana o

15 Publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 17 de abril de 1932. (N. de los Eds.).

provenzal, mal avenida con los sabores sin melaza, seco acerbos, tónico agencianado de la cosa india.

Parece que el gobierno chileno incitó a la empresa, ocurrencia bonita si no la hubiese malogrado enseguida por estupidez. Según me cuentan, un personaje oficial que escuchó con su pobre oreja los cuatro discos impresos, encontró demasiado primitivos aquellos cantos de guerra o de caza, indignos de ser mostrados como documentos raciales, y ordenó la recogida de las cuatro ediciones. Dicho personaje lleva, hasta en sus fotografías retocadas, unos indudables huesos indios, un desorden visible de facciones españolas y aborígenes que se le pelean en lucha desgraciada sobre su semblante de mestizo feo, de mestizo no “aconchado” todavía... Nos conocemos el ejemplar a lo largo de toda la América mestiza; mientras más le grita a un hombre el injerto mongol, mientras más le flaquean en la cara los trazos ibéricos, más rabia pone en cubrir lo descubierto y negar lo ostensible y aventarse, el indio siamés de cuerpo y de alma, y sobre todo de su cuerpo.

Los cuatro únicos discos araucanos fueron, pues, excluidos de la venta y arrinconados en almacenes fiscales o legaciones. Por una casualidad bienaventurada me he conseguido la pequeña colección a pesar de los pesares.

Extraño pueblo el araucano entre los otros pueblos indios, y el menos averiguado de todos, el más aplastado por el silencio, que es peor que un *progrom* para aplastar una raza en la liza del mundo.

Mientras norteamericanos y alemanes fojean el suelo de Yucatán, su archivo acostado en arcillas leales, donde la raza está mucho mejor contada que en los dudosos historiadores soldados, y la remisión entrega cada mes novedades grandes y pequeñas; y mientras el sistema de vida social quechua aimará sigue recibiendo comentario y comentarios sapientes que lo hacen el abuelo del hecho ruso contemporáneo, a nadie le ha importado gran cosa —excepto a unos dos o tres especia-

listas y a otros tantos misioneros— la formidable raza gris, la mancha de águilas cenicientas que vive Biobío abajo, si vivir es eso y no acabarse.

*La araucana*: Su epopeya tuvo ese pueblo, una merced con que el conquistador no regaló a los otros, el apelmazado *bouquin* de Alonso de Ercilla, que pesa unos quintales de octavas tan generosas como imposibles de leer en este tiempo.

Cualquiera hubiera pensado que un pueblo dicho en poema épico, referido elogiosamente por el enemigo, exaltado hasta la colección de clásicos españoles, sería un pueblo de mejor fortuna en su divulgación, bien querido por las generaciones que venían y asunto de cariño permanente dentro de la lengua. No hay tal; la intención generosa sirvió en su tiempo de reivindicación —si es que de eso sirvió—, pero la obra se murió en cincuenta años de la mala muerte literaria que es la del mortal aburrimiento, la de disgustar por el tono falso, que estos tiempos sinceros no perdonan, y de enfadar por el calco homérico ingenuo de toda ingenuidad.

Lástima grande por el cantor, que fue soldado noble, pieza de carne dentro de la máquina infernal de una conquista, y más lástima aún por la raza que pudo vivir, hasta sin carne alguna, metida en el cuerpo de una buena epopeya, que no le quedaba ancha, sino a su medida.

El bueno de Ercilla trabajó con sudores en esa loa nutrida de trescientas páginas, compuestas en las piedras de talla de las octavas reales. Cumplió con todos los requisitos aprendidos en su colegio para la manipulación de la epopeya; másticó *Ilíadas* y *Odiseas* para reforzarse el aliento, e hizo, jadeando, el transporte de la epopeya clásica hasta la Araucanía del grado 40 de latitud sur. Tan fiel quiso ser a sus modelos, según se lo encargaron sus profesores de retórica; tan presente tuvo sus Aquiles y sus Ájax, mientras iba escribiendo; tan convencido estaba, el pobre, de que la regla para el canto es una sola, según la catolicidad literaria, que se puso a cantar y contar lo

mismo que Homero cantó a sus aqueos, a los indios salvajes que cayeron en sus manos.

Bastante pena se siente de la nobleza de propósito y de la artesanía desperdiciada. *La araucana* está muerta y sin señales de resurrección dichosa, aunque me griten: “¡Sacrilegio!”, los letrados ancianos, y por ancianos inocentones y pacienzudos, que la leen aún y la comentan en Chile —que en España y América a ninguno se le ocurre ya comentarla ni leerla. Toca por donde la tañan no suena a plata cristalina de verdad; responde como esas campanas de palo que hacía cierto burlón. Menos que sonar gayamente, echa la pobre aquellas sangres tibias que manan todavía tantos libros viejos cuando se les punza con cariño. Manoseada por el curioso del año 32, nuestra *Araucana* se nos queda en la mano como un pedazote de pasta de papel pesada y sordísima.

No importa el mal poema: la raza vivió el valor magnífico; la raza hostigó y agotó a los conquistadores: el pequeño grupo salvaje, sin proponérselo, vengó a las indiadas laxas del continente y les dejó, en buenas cuentas, lavada su honra.

El pueblo araucano se sume y se pierde para el mundo después de su asomada a la epopeya. La conquista de Chile se consuma en toda la extensión del territorio, excepto en la zona de la maravillosa rebeldía; la Colonia sacude de tanto en tanto su modorra para castigar a la digna indiada con incursiones sangrientas y rápidas que la aplacan por uno o dos años. Acabado el coloniaje vulgar y poltrón, llegará la Independencia sin traer novedades hazañosas en la zona centauresca, trayendo solo ciertos procedimientos nuevos en la lucha.

El mestizaje criollo había de ser igual o peor que la casta íbera hacia la raza materna, y de maternidad ennoblecedora de él mismo, a quien alabará siempre en los discursos embusteros de las fiestas, pero a la que evitará dejar subsistente y entera. El mestizaje descubriría la manera de desfondar la fortaleza araucana y de relajar su testarudez, dando rien-



da suelta a sus vicios, particularmente a la embriaguez en unas ocasiones, y arrancando a la indiada de su región para dispersarla y enloquecerla con la pérdida del suelo en otras, señalándole la famosa “reducción”, la sabida “reserva”, como en un marco insalvable.

Los españoles, vencidos y echados, han debido reírse de buena gana muchas veces de cómo el criollo americano, en todas partes, continuó el aniquilamiento del aborigen con una felonía redonda que toma el contorno del perfecto matricidio.

Mucho se ha asegurado que el alcoholismo es la causa más fuerte de la destrucción indígena o la única de sus causas. La que escribe vivió en ciudad chilena rodeada de una “reducción” y puede decir alguna cosa de lo que entendió mirándoles vivir un tiempo.

Creo que estas indiadas, como todas las demás, fueron aventadas, enloquecidas y barbarizadas en primer lugar por el despojo de su tierra; los famosos “lanzamientos” fuera de su suelo, la rapiña de una región que les pertenecía por el derecho más natural entre los derechos naturales.

Hay que saber, para aceptar esta afirmación, lo que significa la tierra para el hombre indio; hay que entender que la que para nosotros es una parte de nuestros bienes, una lonja de nuestros numerosos disfrutes, es para el indio su alfa y su omega, el asiento de los hombres y el de los dioses, la madre aprendida como tal desde el gáteo del niño, algo como una esposa, por el amor sensual con que se regodea en ella y la hija suya por siembra y riesgos. Estas emociones se trenzan en la pasión profunda del indio por la tierra. Nosotros, gentes perturbadas y corrompidas por la industria; nosotros, descendientes de españoles apáticos para el cultivo, insensibles de toda insensibilidad para el paisaje, y cristianos espectadores en vez de paganos convividores con ella, no llegaremos nunca al fondo del amor indígena del suelo, que hay que estudiar especialmente en el indio quechua, nuestro agrario en cualquier tiempo.

Perdiendo, pues, la propiedad de su Ceres confortante y nutritora, estas gentes perdieron cuantas virtudes tenían en cuanto a clan, en cuanto a hombres y en cuanto a simples criaturas vivas. Dejaron caer el gusto del cultivo, abandonaron la lealtad a la tribu, que derivaba de la comunidad agrícola, olvidaron el amor de la familia, que es, como dicen los tradicionalistas, una especie de exhalación del suelo, y una vez acabados en ellos el cultivador, el jefe de familia y el sacerdote o el creyente fueron reentrando lentamente en la barbarie, entrando diría yo, porque no eran la barbarie pura que nos han pintado sus expoliadores. Después de rematar nuestra rapiña nos hemos puesto a lavar a lejía la expoliación, hasta dejarlo de un blanco de harina. Robar a salvajes es servir la voluntad de un Dios, que tendría una voluntad caucásica... de los santos, el que me ha traído en su espalda el dogma mellizo. Nos valen, dice aquel, los méritos de los mejores, y se comunican desde el primero al último de nosotros como el ritmo de las manos en la ronda de niños. Nos manchan y nos llagan, creo yo, los delitos del matón rural que roba predios de indios, vapulea hombres y estupra mujeres sin defensa a un kilómetro de nuestros juzgados indiferentes y de nuestras iglesias consentidoras.

Aquí están sonando en mi casa italiana los cantos guerreros y domésticos de la garganta araucana. Ellos repiten su lamentación tantas veces como lo quiere mi oreja hambreada; ellos me dan su extraño relato humano para hablar con expresión católica, pero de veras infrahumano, de criaturas que hablan y cantan con una voz tan extraña que, si no articulasen palabras, no la reconoceríamos como de semejantes, sino como de seres de otra parte, de un planeta más desgraciado y que viviría cierta puericia que nosotros hemos dejado atrás.

Estas voces que cantan son algo más que tristes, sin que las podamos llamar desgarradoras, porque el desgarrar es todavía un erguimiento; ni amargas, porque la amargura se trae clavada su puntita de rencor viril. Las bestezuelas heridas tampoco gemirían de este modo, porque dicen que en el registro

de su quejido último no se pierden enteramente las otras voces dadas en las aventuras alegres, en el refocilarse del estío bueno. Las bestezielas que se quejan en mi disco serían unas que no tuvieron disfrute de pastos grasos y saboreo de pieza sangui-nosa, y que no trataron como el huemul ágil o el puma fogoso, felices de canícula o de amor.

La voz nos confiesa, dicen, más que los gestos, más que la marcha y que... la escritura. Cierto es, y aquello que está sonando en la bendita máquina fea me lo oigo como una confesión, como un documento y como un pedazo de mi propia entraña perdida, casi irreconocible, pero que no puedo negar.

Son hermosos de profunda hermosura, sin embargo, las cuatro canciones, por una desconcertante originalidad. Eso no nos había caído a la oreja folclórica en ninguna parte; eso no viene de la quena elegiaca ni de la marimba maya; y eso no contiene una dedada de criollismo. Se ha guardado puro, en el anegamiento de la música india que hicieron cuatro siglos de batidura desordenada de las dos sangres; se ha mantenido testarudamente puro según el empecinamiento araucano; ha dejado resbalar en el aire de Lebu o Traiguén las andaluzadas o las aragonesadas que venían de los alrededores, como el peatón deja pasar al peatón en el camino. Agradecimiento les doy a las gargantas cantadoras por esta preciosa lealtad a sí mismas, virtud en que el indio sobrepasa al blanco imitador, para el cual todas las cosas se vuelven pegadizas en este tiempo.

En torno a la vieja Araucanía los criollos han cantado tanto como han vendido y cultivado. La cantadora y la abuela de la cantadora oían la melosa canción criolla, en su balanceo de melancolía y de deseo, y sus oídos aventaban la queja melodiosa, pero que no les sirve para quejarse ellas.

Asegura el buen Maragall, con cierta ingenua soberbia gremial, que el canto fue primero que la expresión hablada, por ser más natural a la condición humana, que sería una condi-

ción lírica. Tantas gentes existen para las cuales el canto no es un ansia ni una complacencia, que yo no le he creído a mi Maragall, a quien le creo gustosamente muchas cosas profundas. Sin embargo, la música araucana me ha hecho pensar en una verdad colindante con aquella fantasía.

Las cantadoras araucanas pasan sin sentirlo del habla al canto, del contar al cantar, volviendo al habla y regresando de ella a la canción con una naturalidad consumada. Me hacen pensar, mientras las oigo, en que el habla legítima del hombre pudiese ser esa mixta que escucho, conversada en las frases no patéticas del relato, y trepada a canción en cuanto el asunto sube en dignidad, se vuelve intenso, y entonces pide lirismo absoluto.

Esta pudiera ser la ley que siguieron nuestros abuelos, más atentos que nosotros, o solo más sinceros en la expresión de sus sentimientos; esta volvería a ser nuestra ley si recuperásemos los hábitos bárbaramente olvidados; el de cantar y el de dibujar, segunda y tercera forma de expresión nuestras.

La canción guerrera resulta de una belicidad bastante dudosa; no corren a lo largo de ella los ritmos de cabalgata que le pedimos, ni se oye el tamboreo sordo de la carrera a pie, y no gritan adentro de ella los chillidos guerreros, el “chivateo” araucano que precedía y seguía la marcha del clan, loco de sangre. Una serenidad sombría, una lentitud de procesión fúnebre apaga el belicismo y lo vuelve una especie de jadeo desolado. ¿Eran esos los cantos de la pelea ercillesca, o son las canciones “de después”, en los negros tiempos de la derrota? A menos que este pueblo, desprovisto de risa y de fanfarronería, haya caminado también a la matanza y al saqueo como a un rito sin alegría, que sería todo lo contrario de lo que nos han contado sus cronistas.

Las canciones domésticas nos saben a cosas más apegadas a sus asuntos, por su gravedad dulce y su apesadumbrada monotonía. Cantaban los pueblos primitivos acompañando

su trabajo; cantaba el quechua admirable, a lo largo de toda la jornada agrícola; cantaban los alfareros, los talladores de piedra y los recamadores mayas, y ésta es otra de las costumbres “salvajes” que haríamos bien de recuperar los civilizados para enmielarnos el trabajo, así el duro como el feo, y también para meter en él esa norma de ritmo que suaviza cualquier esfuerzo, acordándolo con pautas invisibles y ayudadoras.

Se me ocurre que dos de esas canciones, cuya letra no entiendo, sean música acompañadora del trabajo del telar, uno de los más rítmicos que se conocen, y formen de esta manera unas asociadas melodiosas de la industria del choapino. Veo el grupo de indias bordadoras y tarareadoras. El lote flotante de esta pobre raza, que mantiene su robustez y la belleza de sus formas, es la mujer, menos embrutecida que el hombre por los aguardientes y ennoblecida por una maternidad ardiente. Las miro sentadas, con su cara redonda, un poco grasa, su color bastante pálido y que no amarillea como el de los trópicos; sus piernas celosamente envueltas hasta el tobillo y sus pies de obrera china, pequeños a pesar de las marchas, y más lindos de ver que los de las señoritas criollas.

La monotonía de la canción es la misma que la de los demás pueblos asiáticos y se aproxima un poco a la de ciertas danzas polinesias. Los oídos acostumbrados a las modulaciones ricas, y en especial a las barrocas, no entenderán nunca la belleza religiosa de estas tiradas lentas, de estos acunamientos profundos que los viejos pueblos se dieron a sí mismos para acompañar su tristeza y su misma alegría. El acomodamiento del oído a la letanía cuesta como el de los ojos a la belleza del desierto. H.D. Lawrence escribe con disgusto del ritmo reiterado del tambor azteca, y a un hombre irlandés hay que dejarle en esta ocasión el derecho de no entender.

Nosotros, los que llevamos en la sangre la misteriosa gotera asiática, la lágrima especiosa que vino del Oriente, y que gruesa o pequeña todavía puede en nuestra emoción y suele poder más que el chorro ibérico; nosotros entramos fácilmente en

la magia atrapadora, en la delicia dulce de esta monotonía que mece la entraña de carne y mece también el cogollo del alma; nosotros sí somos capaces de escuchar la hora y las horas ese redoble “empalagoso” que pudiera parecerse al “ritmo pitagórico de las esferas”. Al cabo podría ser mejor una armonía elemental que una barroca... la famosa armonía sideral.

El instrumento que no conocemos, el birimbao, de una sola cuerda, ha intrigado con su acento subterráneo, que no se suelda con oboes ni salterios ni flautas, a varios músicos franceses entendedores en instrumentos de metales conocidos, de fibras estrambóticas o de combinaciones habilidosas de ambas cosas. Admirable resulta la semejanza de él con la voz de la cantadora, hasta el punto de que da la ilusión de ser lo mismo. ¿Cómo se han buscado y hallado ellos ese material tan fraterno de su entonación, y cómo han concebido la idea de la perfección que puede lograrse cuando el instrumento no acompaña, sino que sigue a la voz, siendo más bien una decoración subordinada a ella que un actor dialogante y asociado?

Alguno de buena voluntad que haya visto y volteado el birimbao me lo describa, para sabérmelo con ojos y oído, que es el buen saber, y para entender un poco la industria dichosa de donde viene ese sonido profundo e inédito, desconocido para mí y para mucha de mis gentes, que lo teníamos, pero que no lo habíamos poseído, ya que posesión es disfrute.

C H I L E   I I I





En el espacio de unos 15 años el semblante de Chile en el extranjero ha mudado, mejorando extraordinariamente. Es una mudanza hecha de rejuvenecimiento de sus instituciones y de la liquidación del pleito con Perú. Nunca sabremos hasta donde nuestra paz con Perú ha limpiado y ennoblecido el nombre de Chile en el exterior.

La opinión sobre Chile varía, según los países. Por ejemplo, los sudamericanos del trópico norte consideran a Chile la *rara avis* que es un país con técnica y que tiene la misión de educar para la técnica a esos países.

México no es trópico. Para un país socialista como México, Chile resulta ser algo así como un país liberal, de política social evolutiva y dividido en dos curiosos bloques opuestos: una aristocracia fuerte y herradora, y un pueblo al que ellos dan ideales socialistas más europeos que los suyos, pero un pueblo tan americano como el suyo. No hay que olvidar que un ex ministro de relaciones nuestro, a quien me complazco en saludar, sirvió varios años la representación de México en asuntos internacionales. Fue Miguel Cruchaga, hombre conservador que gracias a su vida en México supo esta verdad poco entendida por mis compatriotas: que México es, en la mayor parte de su alma verdadera, un país de tradiciones fortísimas y de tanta enjundia racial como Chile.

Para los países centroamericanos, Chile es un emporio de pedagogía. El viejo historiador pedagógico creó a Chile en

16 Texto transcrito desde el Legado Gabriela Mistral, del Archivo del Escritor, de la Biblioteca Nacional, y reunido por Pedro Pablo Zegers en el libro *Chile, país de contrastes*. Santiago: Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile, 2009. (N. de los Eds.).

García Monge y Brenes Mesén una verdadera nacionalidad chilena espiritual.

El argentino no desnuda mucho su juicio sobre Chile. Se sobreentiende de lo que se oye a un gran agricultor cuyano esta opinión: es un milagro el que Chile sea un país exportador. En cuanto al escritor argentino, en los últimos años, desde que fue conocida la generación de Barrios, de Prado y de Edwards Bello hasta la de Neruda y María Luisa Bombal, comprendiendo dentro de este espacio a todos los escritores argentinos que ustedes se saben tanto como yo, el escritor argentino siente y expresa con generosidad un aprecio sin regateo por nuestra literatura.

Tengo la impresión de que quienes han hecho la difusión de nuestra literatura, antes de que nuestras editoriales la volcasen sobre el territorio argentino, han sido *La Nación* y *La Prensa*. Pienso, como lo dije a nuestro subsecretario, hombre de percepción tan aguda para los asuntos sutiles, que los periodistas más importantes de esos órganos se merecen las condecoraciones chilenas con sobrada razón y que habría que pensar en dárselas.

Nuestra amistad con Brasil me parece cosa más romántica que realista: el comercio es poco, pero el intercambio cultural es nulo. Romántico y todo, esta simpatía sin quebranto se siente derramada en las tres clases. Brasil es un país que como Chile tiene sin solución profunda su problema social. Por esto mismo sus dirigentes, al hablar de nuestro estado social no hace las grandes —y hay que decir que justas— reservas en su elogio sobre la pobreza de nuestro pueblo que se oyen a un periodista o político argentino. Pero hurgando en la alabanza de un brasilero sobre nuestro país, se da cuenta el chileno de que nos admiran lo que nos conocen: nuestra política interna: el resto lo ignoran y su cortesía cumple con nosotros en vez de una experiencia chilena de la que carecen enteramente.

Uruguay es sencillamente democracia magistral, mucho más lograda de lo que sabemos y con ese raro tipo de igualdad social más fuerte en la costumbre que en la misma legislación a pesar de lo avanzada que es esta. Una nación de esta ejemplaridad no mira a otro pueblo americano, así sea Argentina, como a una maestra. El maestro del menester democrático en América es él mismo, Uruguay. Pero es muy vivo su cariño de nosotros y, como se ha dicho cien veces, el uruguayo, que no tiene frontera física con nosotros, parece tener una frontera espiritual misteriosa. Cada uno de ellos se siente más semejante al chileno que a sus dos vecinos y su trato con nosotros es realmente familiar. Si ese país que es una especie de esencia, de resina especial de América, tuviese un volumen físico que correspondiese a su categoría moral en el continente, su poder de bien, su acción sobre el continente sería seguramente la primera de todos nuestros países.

Antes de pasar a Europa, no sobra apuntar un detalle, un *aperçu* de fineza. Los países de ojo fino gobiernan su propaganda de una manera a la vez racional y maliciosa: procuran atender y ganar a los dos o tres bloques de opinión con que cuenta cada patria en este mundo: es decir, se hacen de amigos en el bloque tradicionalista y en el moderno, y trabajan su relación con derechas e izquierdas. Puede decirse, respecto de algunos, que hacen dos políticas de propaganda y de amistad.

En España, cuando allí estuve, me tocaba a diario ver la imagen diferenciada y hasta contradictoria que de Chile tenía España. Para Unamuno y mucho más para Ramiro de Maeztu, Chile seguía siendo un país vasco con una especie de religión patriótica vuelta política, un país de piedra un poco sordo y muy seguro, un conglomerado de demiurgos realistas, puestos a la acción. En cambio, para Eugenio D'Ors, Chile es un país de ingenieros y pedagogos, sin aventura ideológica de tipo emocional o místico. Es una semblanza mía, decía D'Ors que los profetas podíamos turbar con una especie de catarata demasiado cálida a este pueblo de sangre fría. (Ya he dicho

antes alguna sobre la falsificación del carácter popular nuestro con el cual ha querido fabricarse una nevera o refrigerador sajón o yanqui).

En los círculos revolucionarios españoles, Chile volteaba el busto aún y daba otro perfil más. Chile, para estos jugadores, es un país de juventud socialista, y de un género de socialismo menos confuso, mucho más organizado que el del resto del continente. Ustedes jueguen con estos dados de juicio y hagan la combinación que quieran con ellos... Yo me lavo las manos.

El Chile mío es cosa aparte, difícil de hacer entender a los españoles que se quedaron en España. Oía, oía, oía.

Algo de rapidez telúrica ha tenido el desarrollo moderno de Chile. La evolución parece hecha a marchas forzadas, en el sentido del apresuramiento que tiene la buena fragua cuando debe rendir servicio inmediato. El remanso mortecino de la Colonia, que desperdició nuestra energía como un agua metida en presas, no iba bien al temperamento de un pueblo dotado de gran costa, y convidado por el mar primero a aventura y luego a comercio.

Parece que el arcángel de la raza —por qué no creer que cada uno lo tiene— nos hubiese soplado en el oído en cuanto vino a nosotros, el concepto de que por haber nacido en el siglo XIX no tenemos el derecho del chino lento o del egipcio sedentario a trabajar en un ritmo vegetal, sino que hemos caído bajo el comando de una especie de almirantazgo moral que no acepta dilaciones en su empresa.

El ritmo acelerado de Chile nos viene de ideologías más o menos prácticas; mejor parece ser desde su arranque una parábola vital, la flecha del instinto que salta de una fisiología sana y fresca. La corporalidad chilena deriva del vasco diligente, el extremeño tozudo y el araucano sin derrota. Esta triple volición ha querido sacar pronto a luz una chilenidad de cuerpo entero.

Un ritmo benéfico —y nunca se sabe bien hasta dónde llega la potencia de eso que llamamos un ritmo, cuando es cogido por un jefe de hombres o por un músico— vale más que un mazo de doctrinas y también vale más que una tradición que se apoltrona.

17 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 14 de marzo de 1937. (N. de los Eds.).

Así es como se llama prisa la formación de la Primera Escuadra Libertadora del Perú, al día siguiente como si dijéramos de nuestra independencia. La hicimos improvisada en días de pobreza, con mira a afianzar la libertad recién nacida y con vistas a una política de unidad sudamericana. Se llama también premura el primer ferrocarril del continente, cuyos rieles se tendieron entre Copiapó y Caldera, gracias al auge del mineral de Chañarillo. Diligencia se llama asimismo la creación de un movimiento humanístico, desarrollado por Andrés Bello en época y circunstancia prematuras; cuando la América Latina era todavía un campo de guerrilla y no pensaba en velar por la herencia de una cultura latina llevada a tierras criollas. Se llama celeridad la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, dictada y cumplida con el fin de liquidar el analfabetismo, y que llevó la escuela a la última quebrada o isla del territorio, triplicando el presupuesto. Esta ley, que rubrica nuestro centenario, es el ademán honrado de una república que cumple con el régimen democrático que se dio y juró como un método de servir honestamente sin burlar a lo malicioso.

Y el testimonio más viril de esta pauta acelerada lo dan el Código del Trabajo, y su consecuencia en un sistema de seguros que cubre y ampara a la red de trabajadores de todos los ramos, desde el obrero a jornal hasta el periodista y el maestro, y que a mí me prueba la modernización de Chile más que la ambiciosa transformación arquitectónica de Santiago o de Valparaíso.

En la década de 1926-1936, que en todo el mundo ha sido de alta presión, de motores a vuelo, quien mira hacia la América del Sur se siente atraído por ese ángulo sudoeste donde un país se industrializa de pronto, haciendo un trueque hábil entre su vieja índole cordillerana, que era conservadora y local, y una índole marítima que es dinámica y universalista. Chile entra como quien dice en el uso real de su mar Pacífico, ruta que la geografía quiso hacer asiática y que la voluntad chilena ha ido volviendo interamericana y europea, antes por su estrecho de Magallanes y hoy por el propio canal de Panamá, que nos pareció dañino y que nos va resultando de más en más servicial.

La crisis económica pasada nos llevó a angosturas de conflicto si no mayor, semejante a la de Europa. Se dio la voz de orden de producirlo todo costa adentro. Una penitencia de cinco años, un esfuerzo tan subido que excede a un país joven de los que llaman inexpertos, nos dejó habilitados para el propio abastecimiento y para un comercio orgánico con los países de la costa pacífica. Sin abandonar la montaña, caja de metales y maternidad de nuestra vida, y sin quitar vista ni brazo del valle central, reino agrario, Chile bajaba al mar y lo tomaba como instrumento de comercio y de cordialidad. El país completaba de este modo el triángulo de su realidad natural: mina, agricultura y navegación. A ninguno de estos tres sumandos de su riqueza puede renunciar, sin volverse un pueblo sordo a su geografía, cuyos signos son determinados y determinantes.

Todo pueblo digno de ese nombre se concede sus facciones físicas como un abecedario y lo deletrea hasta que el uso se le vuelve lectura de memoria, suavidad de hábito. Esta lectura adulta de nuestro relieve y de nuestra hidrografía es la que hacen los sentidos alertas de la última generación chilena. Ella quiere una economía del Estado llena de sentido moral, que vaya de la creación de la riqueza al reparto honesto y acelerado de ella, para el bienestar afincado de una chilenidad que es exigidora por ser agudamente capaz.

Hay en nuestra América algunos países pequeños, pero musculados como el campeón japonés, me decía Gonzalo Zaldumbide. Su ritmo más rápido reemplaza con ventajas la carnazón de los mayores y su prisa quema lo adiposo. Así son Chile y el Ecuador.

Es verdad: Chile tiene en los mapas una figura geográfica de hombre en pie, de varón alerta, entre cordillera y mar, y estas dos dominaciones que le urgen los costados parecen aguzarlo como una flecha o lanzarlo como un discóbolo ligero de carnes. Y en ese organismo de pelotaris vasco o de esgrimista japonés, o de nadador malayo, no sobra nada. Tampoco falta nada: es la suficiencia precisa para hacer y actuar.

El ritmo vivo de Chile un músico lo siente leyendo nuestra historia y un dibujante puede traducirlo en unas grandes flechas lanzadas.

Llega la Independencia y se abre el haz de nuestros ritmos de criatura viva, de patria diferenciada.

El Chile recién nacido de O'Higgins, menudo como el campeón de Zaldumbide, apenas dueño de sí, se lanza a la empresa bizarra de crear una escuadrilla, de lanzarla sobre el Virreinato peruano y de ayudar desde el mar a la faena de San Martín. Es el primer vagido de nuestro esfuerzo libre; parece un arrebato de adolescente, y no hay tal: la escuadra de Cochrane va llevada de motores a cascos por el ritmo fuerte con que Chile acaba de nacer y con el que va a vivir.

18 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 19 de septiembre de 1936. (N. de los Eds.).



Pocos años después, cuando todavía no cuaja bien el busto de nuestras repúblicas, Chile mira sin alarma hacia el norte y al este.

Ya no hay peligro español, pero falta la conquista de nuestras propias entrañas anárquicas. Según los hábitos criollos, unos bandos más románticos que bélicos se disputan el mando como los pelotaris riñen en la cancha por la pelota vistosa. Aquella agitación no es el ritmo voluntarioso de nuestra índole; aquellos son unos antojos sueltos y un caudillaje sin mira ni plan. Aparece Portales, criollo purgado de romanticismos, realista de marca mayor, y echa su brazo apuñado sobre el hato de culebrillas vivaces que es nuestro guerrillerismo.

El hombre Portales trae también su ritmo que es el nuestro genuino; lo ha mamado de la raza y será su temperamento mismo y su orden musical. Es la suya una línea robusta que sube en unas volutas anchas de fuerza segura. Quiere crear un “hogar de hombres” y no un campamento de tiendas de campaña. Apenas salido del coloniaje, no es sin embargo un moroso ni un conformista. Trabaja sin remilgos de aristócrata y sin comodonismo de burgués: es un herrero de fragua civil, desenvuelto, audaz y sin atolondramiento.

La faena se interrumpe unos meses por la aventura loca de doña Isabel II, la malaventurada, que pretendía una reconquista de lo mucho y bien perdido en América. El ritmo regular de Chile volvió a agitarse como en el año solar de 1810. Otro embrión de escuadra chilena limpió la costa después del bombardeo imbécil de Valparaíso y otra vez Chile extendió la operación de defensa nacional a las fraternas costas del Perú.

Segundo compás de espera en los ritmos fuertes y creadores, y aparece Balmaceda como una marejada que sacude el mar de leche de las calmas mortecinas.

Volvía Portales, bajo signos ahora democráticos, porque los tiempos ya eran otros. Las saetas de los ritmos vuelven a subir

del suelo de Chile. La masa que eligió a Balmaceda había sentido oscuramente hacerse en el mando de Chile una pausa de morosidad, un atasco en la presa de aguas vivas que es un gobierno. Según su instinto avisador, había ahora que forzar la marcha. Eligió a su hombre con intuición feliz; pero los portalistas de “ojos con escamas” no reconocieron a su creador en el recién llegado, según el mito de las reencarnaciones en las que el embozo corporal hurta la identidad y hace fracasar al fiel que regresa...

El hazañoso alcanzó solo a dejarnos una porción de obras y un manajo de derroteros válidos para el futuro.

Falló el intento balmacedista, pero la voluntad popular solo vio retardados sus fines. Unas tres presidencias de tipo pacato y lento corresponden a esta tregua o espacio vacío de ritmos grandes.

Es un periodo de mansuetud, no exenta de buena voluntad. Se tienden líneas férreas sobre nuestro cuerpo longitudinal; se fundan colegios; se echan cables al porvenir con una ley de instrucción obligatoria; se construyen puertos, se comienza a mirar a la higiene pública; se asegura la justicia estable y limpia.

La caída del ritmo corresponde a una politiquería envalentonada: el buen campeón chileno se muda en parlanchín y sus fuerzas se le van en ladinería, y puja por los empleos públicos.

Los tres quinquenios que corren entre 1920 y 1935 traen el otro golpe arrebatado de nuestros pulsos nacionales. Durante estos años tónicos, todos los problemas hierven en las manos de los dirigentes, mientras una masa civil de primer orden pide y apresura; trueca regímenes, prueba a los hombres como se ensaya el mineral, vigila la administración y sigue la vida nacional como la de su hogar. Toda esta agitación no es histérica, aunque suela desperdiciarse en pasiones personales; de esta especie de metalurgia febril sale una legislación social de cuerpo entero, que bien se merecía en su amplitud y

su largueza el pueblo de Chile que ha hecho a marchas forzadas una minería y una agricultura grandes, en país pequeño y de pésima situación geográfica.

Cuando en aquel extremo del Pacífico aparece un mandatario grande, cuyo busto salta de la vaina de nuestra cordillera, ese hombre es sencillamente un varón chileno que conoce el ritmo natural de su raza, que lo acepta, lo obedece y obra según su módulo, es decir, de modo vital.

El carácter militar que por muchos años se nos ha atribuido corresponde tal vez a esta marcha del esfuerzo chileno en unas como columnas cerradas que no quieren pararse para tomar respiro o hacer sesteo largo, o verificar el recuento de lo ganado, según el hábito de la Europa rumiadora de historia. Legión detenida, pensamos, es legión cansada y de moral que flaquea y se relaja.

Dicen que el ritmo es primero fisiología, luego volición ética y al final hábito consuetudinario. Por lo tanto, lo hemos recibido, lo conservamos y no queremos renunciar a esta fuerte melodía nuestra. Llévenos ella en su corriente y haga nuestro destino.

Mi primera ojeada, cuando miro hacia Chile, es para el campo. Por hermoso, por infeliz y por mío. Al comenzar estas conversaciones radiadas, es para él naturalmente la primera.

Toda la América Latina ha pecado contra el campo. La cursilería criolla lo ha abandonado por incómodo y por burdo para vivir en él. Pero el campo no se va a organizar ni a purificar solo. Lo primero es no hacer esa emigración en masa a las ciudades y dejar a ese mismo campo, al que se llama "bruto", encargado de mantener a los propietarios rurales que lo han huido como a una calamidad.

La miseria del campo chileno que sí en el departamento de Elqui es indecible. Tanto como la ciudad ha prosperado, el campo se ha barbarizado. La clase media campesina, a la cual pertenezco, se ha vuelto pueblo hambreado. Vendió su lonja de tierra al primer extranjero que llegó y no hay razón para que cuide mejor a su peonaje de lo que lo cuidan sus patrones criollos. La escuela no es mala, pero no puede ser buena una escuela cuyos niños comen mal, cuando comen.

El cine no ha asomado a ese valle esencialmente agrícola. La Biblioteca Popular, que Sarmiento sembró por las ciudades y las aldeas argentinas, tampoco ha hecho su aparición en las siete aldeas del departamento de Elqui. El médico escolar y el dentista no llegan hasta ese bolsón cordillerano; su radio no pasa de la ciudad de Vicuña.

El abandono de las criaturas se ve en el cuerpo desmedrado, que en nuestra raza no corresponde a una constitución; se ve en la boca, de malos dientes que muestran sin saber, al reír, con la risa franca que es la nuestra; y el ánimo de ese niño que, en su sol y en su arca de piedra, nace con ímpetu y ambición, se siente en su apagamiento, en una quebradura por donde se van a filtrar el fatalismo y la derrota del mestizo.

Para creer en la vida y en sí mismo, para sentirse un hombre y nada menos que un hombre, ese niño de mi valle necesita comer, no ir descalzo y tener deportes, imágenes del mundo y libros que no sean solo el pobre Libro de Lectura, que se leyó en un mes.

No es que ese campo no haya progresado, es que está peor. Yo fui niña de esas escuelas de Montegrande; yo conservo una foto en la cual había una niña descalza sobre treinta; ahora hay diez o quince. Había en esa aldea dos fundos y numerosas parcelas prósperas de la clase media. Los fundos se han devorado la propiedad pequeña, que los pobres han vendido por nada a causa de su miseria.

El río se ha comido un tercio de sus orillas, por falta de defensas. La sequía se remedió en Rivadavia con el embalse de una laguna; pero en la otra que debe proveer de agua el interior del valle, no se ha hecho nada.

Esas tres aldeas reclaman, no son oídas, padecen y mueren.

La cara de ese campo elquino es la de nuestra conciencia. Mirarnos allí nos haría bien.

El criollo sudamericano tiene el absurdo de vivir del campo y de darle la espalda. Le avergüenza haber nacido en él, cultivarlo bajo sus ojos, vivirlo. Pero él quiere que ese campo infeliz le costee el tren de vida burguesa que él lleva en las ciudades.

No se trata de defectos de un régimen. El mal comenzó en el coloniaje español y se ha continuado la perversidad, en el sentido religioso de la palabra. Los políticos se satisfacen con ver mudado el semblante del campo en la tierra que rodea la capital. Su conciencia no va más lejos, él se da por satisfecho con esa rectificación falsa y mínima.

El valle que cuento no tiene malos limos ni peón necio. De allí salen las cajas de descarozados y las de pasas, que el mercado

se disputa y vende sin esfuerzo. La fruta es admirable y el hombre vale otro tanto. A ese valle del mejor clima de Chile se le ha prometido darle sanatorios, que lleven allí tráfico y dinero; se le ha ensayado como plantel de morera para que allí se críe el gusano. El ensayo dio el mejor logro. Pero ni el sanatorio ni la industria de seda se le han dado a Elqui.

Tampoco hemos visto alcanzar hasta allí la compra de los fundos para ser parcelados con mira a la pequeña propiedad.

Entre sus dos cadenas de cerros, mi tierra llora en verano de sed y mi gente, en cualquier estación, parecen árabes del norte de África por su extrema pobreza, que llevan, sin embargo, con una dignidad española, con un pudor de raza vieja que se acaba sin perder sus viejos y bellos modales.

No somos gente de *meeting* ni de asonada, por lo mismo de tener virtudes viejas, es decir, acendradas.

Yo les dije a los niños descalzos y de ropas parchadas de Montegrande que esperen todavía, que sean fieles un poco más a su suelo precioso. Pero que si siguen viviendo así, en esa mala muerte, se vayan todos, camino del mar, como me fui yo, y me volvería a ir cien veces, si todo mi paisaje siguiera siendo ese cuadro asiático de un cauce seco de río, de viñedo enfermo y de hombres sin esperanza. La mitad de esos niños no conoce el mar, en país marítimo. Les hablé del mar y del mundo que no han visto y donde pueden ganar su pan sin pelea con la desidia.

1940

En cuanto ralean los cordones transversales de la zona norte, es decir, en cuanto se abre el pectoral del valle central, dándonos descanso y respiro, las alamedas chilenas aparecen y lo seguirán hasta donde las pare en seco la selva austral, su eliminatoria.

Las gentes del norte apenas conocemos unas alameditas cortas, y menos que eso: el álamo “soltero” o solterón, que dice el pueblo. Porque allá no tenemos otra holgura que la calamitosa del desierto máatalo todo y la alameda pide a gritos anchura para su euforia... Pero en bajando al sur, ella se volverá el santo y seña del valle central y hasta su símbolo.

A poco andar ella salta a los ojos en las vecindades de Santiago; y a lo largo de todo el señorío de valle tan señor, donde el primer godó hincó la azada, se siguen y siguen las alamedas geometrizarantes, agrimensoras y divisorias, haciendo apartas rotundas en la tierra común que fue la del indio.

La marcha romana de la alameda —¡qué buen andar y qué espaldas!— mide el Chile central en todas direcciones; un rasgón de pausa y otra vez enhebra su hilo. Ella sombrea a firme las viejas carreteras mayores y es un bozo verde en los caminos nuevos. Cada una conduce a las haciendas clásicas y toma al huésped consigo mucho antes de que asome la casa patronal.

Aunque tengamos higuerales y el pomar, y la viña que va hasta el horizonte, y toda una monarquía de coníferas, el paisaje convencional de Chile sigue siendo para los pintores el turno conjugado de álamo y sauce sobre chatos cereales. La memoria primaria de los ausentes repite este cromó y así las dos

19 Publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 29 de julio de 1945, y en *El Mercurio*, de Santiago, el 7 de agosto del mismo año. (N. de los Eds.).

salicáceas se mantienen aún como los númenes guardianes del cuerpo de Chile que soplan la inspiración a su oído.

Linda es la alameda, vista desde los cerros, con su pincelada ancha y delicadísima; mejor aún caminada, pues de raya decorativa pasa a camarada de la marcha, a comadre siseadora que trota al costado nuestro.

No es chileno quien no lleve en sus corvas siquiera cien kilómetros de alameda y no conserve viva su alma numerosa, y no siga en sueños caminando dentro de su cintajo estrechador.

La caballada que resuella de sofoco, la tropa de mulas que no puede más con el sol de látigo y la peonada que “entre dos y tres” se suele estrujar el algodón bajo ella; y el mero vagabundo sin oficio ni beneficio, nacemos y nos criamos debajo, o cerca, al alcance de una alameda. Al igual que su disco de sombra, somos sus críos.

Lonjas enteras del valle serían un bostezo blanco y calenturiento sin ella. Los tatarabuelos nos evitaron con su erguimiento el tedio visual y el caminar sin atajo lindo en el cielo, feo en la tierra. Vascos y extremeños escogieron las alamedas para linde, para oreo, para quiebravientos, y es probable que sus nietos, ya fenicios, las vayan regateando de más en más, por cicatería del espacio, pues la anchurosa lanza además unas locas raíces invasoras que ganan los sembrados.

La avenida de álamos no es tan ancha que desaparezca al trotador, ni tan estrecha que no consienta cuatro cabalgaduras. El hacendado supo medir y regalar sombra a mano abierta.

Más densa es la sombra que da el maitén y más abajada la del sauce, pero como éstos viven de alambrado adentro, y no es cosa de allegárseles, hay que buscar a la amiga de todos, al sorbo de todos, que son las alamedas sin dueño, liberales, entregadas. Lo mejor, en divisándola, será meterse por su tubo de frescura y seguirlo sin más. Si ella corre melliza de un río u



orillada por una acequia, mejor que mejor: iremos entre las dos parlerías y los dos castañeteos más alegres del campo.

Allá van las tropas lerdas de mulas cansadas; va el mujerío cargado de leña o de las cantimploras de la ordeña, que humean; van los campañistas sonando espuelas escandalosas; los enamorados van lentamente, para no llegar nunca; va la carreta de bueyes, con su cachaza eterna, cimbrando sus pastos como una cunaza verde. Y los domingos, la idílica se quedará ciega cuando la atraviese en sopetón de polvo la cabalgata de jaraneros, tajándola con los verdes, los azules y colorados de sus mantas voladoras. Y todos caminan aguzados de ella, y trocados a cada paso por la alameda que muda, con un poco más de aire y uno menos de luz, “cosa viva” tanto como sus peatones, un momento batida de ajetreos y enseguida pura y, al atardecer, azulosa de los mejores fantasmas que queramos encontrar por lavarnos las grosuras del día.

Allí está la verde trashumancia con su carpa flamante que dura diez meses, airosa hasta en las horas de aire suspenso; y la procesional que se le abre al cocido del sol en dos espadas frescas, en dos temblores líquidos.

Ella es la consentidora, que deja pasar todo y que da la mano a todos y la suelta más allá, como los puentes, porque a nadie se prende, aunque parezca que nos siga lateral y fiel como el ángel custodio.

Según el humor del aire, la alameda es vocinglera o benedictina, y en el viento grande su música de locos sueltos silba con todos los silbos en batahola de cacatúas. No hay aire muerto en su reino, luz parada tampoco, y se camina pisando su jugarreta de sombra, largo choapino de florones, de triángulos y de esvásticas, azules y morados. El sol se va y ella empieza a echar fantasmas y a volverse equívoca, y, ¿quién cuenta lo que corre por un tubo de alamedas entre el sesgar del sol y la noche?

Sola se queda a nuestras espaldas, zurcida de pisadas rápidas o lentas, huellas de niño y de viejo; turbada se queda, y mascullando tal vez nuestras palabras mejores y peores.

Pero la noche, que le da sus más azules fantasmas, y el rocío lavador de árbol y bestia, le devuelven su índole angélica y al amanecer la hallarán renacida el primer rebaño de ovejas, y su pastor, niño, cuando entren por ella.

¿Cuál es mejor: la alameda del verde primerizo, que ríe como el niño con dientes de leche, o la de su otoño, el otoño de ella, que es un morir llevando la resurrección ya encima, en el cuerpo glorioso?

Los pintores no le quieren sino la postrimería apabulladora de color; pero alcanzarle el primer tiempo del verde y cogerle el cabello apenas apuntado, es un momento de gracia que no tiene precio.

La criatura plural y una que llamamos alameda protege a su hombre regador sin hacer pacto con él, quedándose sobrenatural, aunque finja cambiar guiños con nosotros. Tal vez su verde coro futurista de niños cantores sea solo el reflejo de otra alameda inefable, que ni vemos latir, ni oímos cantar, porque está muy lejos.

La trepadora clasificada con el nombre galo latino de *Lapa-géria rosea* es primero la sorpresa, luego el deleite, de exploradores y turistas que alcanzan los bosques del sur de Chile.

Los geógrafos llaman trópico frío a la región, y aunque el mote sea contradictorio, corresponde a esas verdades que llevan cara de absurdo; la australidad chilena es húmeda y helada, pero se parece al trópico en la vegetación viciosa y en el vaho de vapor y de aromas. Por esto no hay viajero que alcance a Chile y se quede sin conocer nuestra selva austral, y ninguno tampoco deja la región sin buscar el copihue araucano hasta dar con él.

Los textos escolares azoran a los niños con este dato: "El copihue, indigenísimo, se relaciona por el nombre con..." la emperatriz Josefina Bonaparte. Yo me escandalizo de ello tanto como los niños, pero son los sabios quienes bautizan; el Adán científico no nace todavía en la gente criolla y fue un francés quien bautizó a nuestra flor sin mirar a su piel india... Menos mal que Josefina fue una francesa criolla de Martinica... Quéde-se en los textos escolares el apellido latino; dentro de Chile no se llamará nunca sino copihue, mejor con la h que con la ge que algunos le dan. (La h aspirada, bien querida del quechua aimará, es más aérea que la gruesa g; parece el resuello de la cosa nombrada, la acaricia y no la daña).

La flor del copihue sube en tramos bruscos de color, desde el blanco búdico hasta el carmín. Las flores rojas llaman a rebato; las rosadas no alcanzan al sonrojo y las blancas penden de las ramas en manitas infantiles. La popularidad se la arrebató el primero, en un triunfo que parece electoral; pero yo me que-

20 Publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 5 de septiembre de 1943, y en el *Repertorio Americano*, el 15 de enero de 1944 (N. de los Eds.).

do con el vencido, es decir, con el copihue blanco y su pura estrella vegetal. La preferencia torera del rojo es la misma que gana el clavel reventón y la rosa sanguinolenta, solo por el guiño violento.

La campánula estrecha, más tubo que campana, mima el tacto con una camelia. El largo suspiro del copihue no se exhala al aire, cae hacia los follajes o a la tierra; en vez de erguirse, él se dobla con no sé qué dejadez india, a causa del pecíolo delgadísimo. La lacidad del copihue parece líquida; la enredadera gotea o lagrimea su flor.

Más perseguida que el huemul, la enredadera ya no se halla en la selva inmediata a los poblados ni a las rutas. El buscador tiene que seguirla por los entreveros, pero la encontrará con más seguridad que al dudoso cervatillo chileno.

Echada sobre el flanco del laurel, a veces gallardeando desde la copa y cubriéndola, hallará a la muy femenina, cuyo humor es de esquivarse y aparecer de pronto. A grandes manchas o en festones colgantes, o en reguero de brasas, el copihue estalla sobre los follajes sombríos, y para al buscador con sus fogonazos, que suben por las copas, corriendo en guerrilla india.

La trepadora rompe la austeridad enfurruñada del bosque austral; lo desentumece y casi lo echa a hablar. El acróbata de los robles y el bailarín de las pataguas hostiga a sus árboles ayos con el torzal de cohetes ardiendo. Menos violentas que las guacamayas, pero en bandas como ellas, las colgaduras del copihue alborotan y chillan sobre la espalda de los Matusalenes vegetales.

Me conmueve la metáfora popular que hace de nuestra flor la sangre de los indios alanceados; pero yo no quiero repetirla para no mentirme. El copihue no me recuerda la sangre sino el fuego, el cintarajo del fuego libre y la llama casera; el fuego fatuo y el diurno; el bueno y el malo: el fuego de todos los mitos.

La enredadera tábano, picando la selva, hace trampas como todos los espíritus ígneos: es el duende en escapado por los follajes; es el trasgo burlador y también la salamandra ardiendo. ¡Qué santones impávidos resultan los arbolones mordidos aquí y allá por las pinzas rojas que lo atan y desatan con su alambrería abusadora! A veces se ven el alerce o el canelo igual que Gulliveres, mofados de la trepadora que los zarandeo por las greñas.

¡Mañosa y linda fuerza la suya! Aunque apenas garabatee al gigante con su raya, atrapa los ojos y hace olvidar al árbol entero. En cuanto lo divisan el niño o la mujer, ya no miran al tutor; solo al intruso que se balancea en lo alto, medio lámpara, medio joya. Razón que les sobra: únicamente en la orquídea, el Dios cincelador hizo más y mejor que en el copihue de Chile. (Y estas dos parásitas próceres que corren su maratón de campeones florales, coinciden en la gracia su elegancia y en la desventura de carecer de todo olor).

El copihue maravilloso y maravillador ha debido crear sus mitos: es seguro que anduvo del Biobío al Bueno en cantos de amor y de guerra que desaparecieron. Cuando el indio pierde la tierra, lo demás se va con ella o se arrastra un tiempo sobre el polvo antes de acabarse.

Los poetas celebran constantemente la escarapela botánica y nacional. El penquista suele decir: “Verdugo Cavada dijo el copihue y Juan Miguel Sepúlveda lo hizo cantar”. Así es: el mejor de nuestros músicos populiastas cogió la consabida corola roja y la aventó a los aires en una canción que corre de boca en boca desde la Patagonia a las islas aleutianas.

Después de la canción afortunada han llovido las honras sobre la enredadera austral; los maestros rebosan lo botánico contándola en un regusto de amor y predicando la flor local en una especie de catequización patriótica. Los lápices infantiles se regodean en su forma y el copihue se hombría en los

cuadernos de dibujo con la bandera nacional, repitiendo uno de sus colores y hasta en competencia con su estrella.

En poco más llegará a los estadios y los auditorios de las universidades a coronar a campeones y togados en los días de solemnidad. Las mesas de Lúculo servidas en los banquetes oficiales ya la tienen por “sendero” o “pasadera”, o franja de sus manteles. (Tanto como el copihue resulta inhábil para búcaro y ramo, es válido para guirnalda; más que esto, él es la guirnalda natural y por excelencia, lograda sin la rosa clavadora y sin el jazmín duro de arquearse).

Esta pasión está bien fundada como el buen amor: el copihue tuvo la humorada de nacer y darse solo allí, en la extremidad chilena, donde el globo terrestre se encoge en una última curva brusca, se enfría sobre ella, y antes de acabar se angeliza en helechos, musgos y copihues, asustando con su fuego a las nieves vecinas. (Así asustarían a Magallanes las fogatas del último estrecho).

Procuraré decir mi copihue indio, y decirlo por regalárselo a quien lea; y me doy cuenta al terminar de la inutilidad del empeño. Nadie da en palabras ni la flor ni la fruta exóticas. Cuando un mexicano me contó en Chile su mango de oro, yo no recibí contorno ni jugo de la bella drupa, y aprender solo es recibir; cuando en Puerto Rico me alabaron la pomarrosa, tampoco entró por mi boca el bocado oloroso ni crujió entre mis dientes. Es la voluntad de Dios que cada fruta y cada flor sean iniciaciones directas. Saberlas quiere decir aspirarlas y morderlas: y como para mí la novedad de cada especie frutal o floral vale tanto como la de un país, y nada menos, digo a quien leyó, que si desea tener el copihue chileno, vaya a verlo a Cautín, y no lo compre en las estaciones de ferrocarril, sino que llegue hasta el bosque y los desgaje allí mismo con un tirón ansioso... No vaya a creer que supo algo porque leyó dos páginas acuciosas e inútiles de la contadora que hizo este recado en vano.

El mismo alerce patagónico (*Fitzroya cupressoides*) tal vez nos ha visto en indiada suelta, luego en colonia rigurosa, luego en república, y sabe Dios en cuantos trances más nos ha de ver todavía.

No sabemos si fue un alerce el tronconazo que cargó nuestro toqui, pero bien pudo ser.

El árbol campeón bate tres récords: uno de edad, otro de talla, otro de alpinismo y andinismos. Llega a los 60 metros, vive hasta más de seiscientos años, como el abuelo Matusalén, se aviene con alturas de 3.000 metros y su especie roja marca casi con el dedo el límite arbóreo en los Alpes.

Treparle con la vista la columna flecha de su tallo marea los ojos, y también conturba deletrearle el numeral de la edad. ¡Qué maratón de longevidad! Él dura, es un tragón que mastica los siglos con una calma búdica.

Los botánicos que lo cuentan, y casi lo cantan, dicen un elogio enfático de su tronco: se lo llaman “señalado” y “manifiesto”, y así es, puesto que luce más el hueso que la hojazón y no se deja cegar por la cascada barroca de los otros grandulones vegetales. El griego, que no lo tuvo, lo habría llamado clásico; al teólogo le conmovería su unidad, salva de toda paganía pluralizadora.

—Que esos se pierdan en borbollón de hojas —dirá él—. Yo, de frente a pies, me quedo uno para vivir o morir.

21 Escrito en enero de 1945, en Petrópolis, Brasil, y publicado en la revista argentina *Sur*, en abril de ese año. (N. de los Eds.).

Su segunda maestría es dar un tronco sin veleidades y que topa y abre las nubes. El gigantón que hondea en el cielo convida a tocar su espinaza, expuesto y cubierto por un pellejo saudadoso como diría el portugués. Por saudade, el memorioso no lo avienta todo, guarda el “santo y seña” de la edad y queda zurcido de cicatrices como el pecho del soldado de Maratón.

Del tronco pitagóricamente recto que le alabamos arrancan las ramas, menos rectas que en el pino, un poquito desmañadas, y este desmaño se marca más con la edad, como en nosotros, árboles adámicos; y en esto lo aventaja de veras el abeto que no se giba nunca. Lleva brazos y más brazos de todas las medidas: comienza en los sansonescos y acaba en los bracetos de Niño Dios.

En cualquiera de sus provincias legítimas, el garboso goza de luz, de frescura y espacio, y esta regalonería y este balancear la cabeza en las nubes no son caprichos, sino urgencias: quiere luz, de tenerla pobre bajo sus cielos ceñudos. Botánicos y leñadores cuentan su ambición de claridad y desahogo, y comentan el caciquismo con que elimina las plebes vegetales para satisfacer el apetito de sus raíces y de su ruedo verde. Riñe por la luz como un bárbaro germano; su crecer es casi un bracear, buscándola como ahogado. Y a los que le estorban su salto a la copa del cielo, el toqui verde les destruye poco a poco hasta hacerse en torno un área suficiente para su “economía” de titán.

Los jardineros desalientan al nuevo rico que, teniendo un mero jardín, pretende poseer un alerce. Es pedir un barco almirante para una poza de agua.

—Se le enfermará —responden—. Es planta eliminadora; en este jardincillo se acaba comido del hongo que lo hostiga o se le pone a hervir de la oruga que lo malquiere.

Y el vanidosillo tiene que renunciar a su catedral verde; se ha golpeado contra un señor feudal que no quiere pasar el caballo enjaezado por puertas mezquinas.



Después viene su exigencia de frescura. A más crudeza de clima, más donoso se vuelve y más se encumbra. El aire de espadas lo tonifica, igual que al reno, y como al hocico del reno, se le ve humear el resuello cuando después de semanas de lluvia sale el sol y le echa abajo todo el embozo de niebla.

Aunque nuestro planturoso se dé, por condescendencia, en varias partes, él escogió como reinos las extremidades del globo, y con una declaración rotunda, que parece matrimonial, dijo ¡sé! a la Alaska y a la Patagonia, a las llanuras nórdicas de Europa, a los Alpes y a los Cárpatos, al archipiélago japonés y a los santos Himalayas.

Si nos topamos con él en latitudes medias que no son su costumbre, es que el prestidigitador hace un truco entre latitud y altura, trepa y trepa, y se crea allá arriba una patria de adopción a falta de las legítimas. La escalera andina lo dejará subir y más subir hasta que halle las navajas heladas que excitan al muy corajudo. El buen frío afirma su leño que con desdén le llaman “craso” en los aserraderos, y lo va volviendo bravo y duro. El alerce es capaz de dos maderas: la porfiada y la dulce. Tiene doble ánima, como algunos de nosotros: en su compleción fuerte, se queda siendo elástico y esta flexibilidad se la cuentan los constructores como su mejor virtud.

Nuestro “adelantado” marca el límite arbóreo de los Alpes. Donde él se para y no avanza más, es que ningún otro alpinista tallado puede seguir: la carrera de las pináceas se acaba allí; más arriba blanquean solo las cumbres calvas. Llegando a estos remates, nuestro pariente se rinde y se acorta la talla.

Nosotros los chilenos que vamos busca y busca la araucaria, al atravesar los Cautines o los Llanquihues lo pasamos de largo, aunque caminemos sobre su propio tapiz de agujas exhalantes. Es el juego tonto de “perder al rey por alcanzar a la reina”.

Pero el garrido alerce, el garboso alerce, es digno de hombrarse en cualquier lugar con la Imbricata, pues tiene sobre

ella derechos de vecindad y tuteo a causa del rango común. Cerro arriba, donde casualmente medran en falange romana, la vista zigzaguea del uno al otro y se ataranta entre los dos buenos mozos. ¿Cuál es mejor? —nos decimos— y casi se oye el coreo de los aludidos. Y aquí no hay el más y el menos: hay el diferente. Padre alerce es muy otro que madre araucaria.

En la casta patricia, que llamamos pináceas, los segundones son escasos: casi todo es en ella linaje de alto coturno: cedros, abetos, araucarias, porque la casta alardea de varios gigantes como ocurre con sajones y eslavos.

Cuando les consentimos hacer bosque y vivir tribalmente, como Dios los hizo, es decir, en bosque unánime, entonces el lugar se vuelve maravilla pura. Los alerces, con sus columnas avanzadas, parecen una orden cruzada o templaria; el ejemplar más soberbio resulta Ricardo Corazón de León y consagra allí la soledad como una especie visible. Esta soledad mística la he gozado de Patagonia adentro, dos o tres veces, y entre las multitudes que llevo en el fondo de los ojos, con gusto o disgusto mío, cargo, esta sí, con amor, ese grupo de alerces de sombra dulce, fragante y misteriosa. Cuando vivo en trópicos y mesetas, y yo saco de mi pecho —casi en manotada— esa “verde oscuridad”, ese resuello sombrío y ancho para que me defiendan de la luz dura que abrumba y ciega. Padre mío patagón, deudo protector cuyas resinas ya no me perfuman los hombros ni me curan los ojos que eran suyos y amaban la mirada vertical que ellos dejan caer, su dulce lanzada verde.

Antes de su persecución, ella trajinaba por las quebradas del norte que llamamos valles de Elqui, Copiapó, Huasco, y viejos y mozos que la habían visto y cazado hacían sobre ella chanzas y “ponderaciones”. En el laberinto de los cerros elquinos —montañas mayores y medianitas, rodados y repechos—, la chinchilla corría como un embeleco de la cordillera madre y la Coya de piedra se dejaba hacer y deshacer de su duendecillo pueril con la impavidez de las diosas asiáticas.

Mis elquinos no rastreaban a la huidiza con las técnicas de hoy: se la topaban de tarde en tarde y entonces caían sobre ella. Y aquí acaba la edad de oro de la chinchilla coquimbana, cuando ella vivía en su paraíso vertical, intocada sobre nuestras cabezas, o bajaba sin miedo hasta el nivel de los higuerales y las viñas.

Por eso yo me tengo en la memoria de las manos un copo ligero, un lomito y una cola que eran “seda pura”, y como no se me ha ido todavía de los dedos, ellos escriben sus albricias.

La cabezuda desconcierta con las orejas anchas, escandalosamente paradas sobre bicho tan menudo; la cola le responde con mayor escándalo y ambas se llevan la mitad del cuerpecillo, ¿de veinte onzas!

La cola es fantasía, pero las orejas, ellas sí son necesidad. Su género roedor todo él vive espiando, porque necesita oír. La chinchilla parece decirse:

—A menos fuerza, más ver y más sentir...

22 Publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 4 de febrero de 1945. (N. de los Eds.).

Sin embargo, la chispa azulenca de la cordillera tiene en torno menos hervor de ruidos que su prima hermana la ardilla, la cual oye en torno el bosque tropical, claveteado noche y día de rumores que no le dejan descanso. Pero el bosque esconde bien a su ardilla en la conjuración de los follajes y al revés de eso la cordillera confiesa a la chinchilla corredora.

La orejuda salta del escondrijo y husmea; corre y para, se arriesga y se devuelve. En las alturas donde se le ocurrió nacer, hay cosa peor que la algazara de la selva: hay el diablo suelto de los ventarrones; hay los rapaces del aire, que bajan al primer atisbo favorable; hay los carniceros que han probado la carne-cilla de faisán, y en las aguadas suele estar la escopeta de Juan Matador... Pero la perseguida burla a los cuatro a destrezas y a mañas, ¡listísima criolla!

No siempre se da el trabajo de hacerse madriguera o socavón; a veces toma por suyo cualquier quiebra de roca. A la cordillera no le faltan bolsillos y hendidias: la maciza está, a pedazos, cribada como las coladeras y otras veces le bastan a la bien forrada unas cuantas piedras sueltas y juntas para escondrijo. Cuenta con los suyos, pues son sociables de ser querendonas; al arrimo de unos terrones hierven en un montón de ojos y de orejas peludas. Contra el frío un vellón más caliente que el hálito; contra el cerro agrio, un costado mullido de sí mismo. Pero cuando ella logra la madriguera propia a puro cavar, entonces aquello se vuelve el escondrijo que decía el profeta: "A la entrada paran el viento y los miedos de la noche".

Su comer es sobrio; un magro yantar de pobrecitas roepeñas; a los Andes, dueño calvo, le piden hayas secas, unos cuantos bulbos, cortezas de arbusto y líquenes sabrosos. Cuando baja, es por darse la fiesta de granos desperdigados que masca de carrera, o que arriba ralea su yantar.

La donosa hace su comidilla normal con pulcritud y tenida señoriles; sentada como el pájaro bobo, con el bocado en las manos, ella huele y escoge, toma y suelta. Come, no engulle, y

masca sin la prisa del conejo tragón, mejor que él, y también mejor que los apires de las minas. Parece comensal de gran mesa y pocas como ella para poner en el más feo menester la mayor gracia posible.

La linda chinchilla alardea, además, de otras finezas: en la cautividad no cría parásitos; más afortunada que los lanudos clásicos y que el propio cordero de las églogas.

Ellas son, mejor que sociables, comadreras. Viven juntas, andan juntas y su comunismo a lo quechua les hace llevaderas las soledades andinas.

Por esto la orejuda “se da” tan bien en la cautividad; renuncia sin pena a sus cielos altos, a la luz y al aire virgíneos; se deja vivir, juega, cría, engorda y, además, gana a los granjeros que la robaron lo mismo que los niños hurtados ganan a sus padres de mentirijilla. Es natural, pues, que, aparte de enriquecer al criador, el bicho roquero lo embobe con su modosería graciosa y su agilidad de llama.

Los criadores yanquis le atribuyen otras condiciones y hasta virtudes: su cuidado en la elección de la pareja y una fidelidad de Penélope para el amor. El campeón de la chinchilla en California, Mr. Chapman, le celebra las vueltas para escoger al macho y su amor único, que dura siete años y se acaba con ella misma... a menos que antes el granjero cobre y arranque la piel de la enamorada.

Los ejemplares más nobles del norte son gris perla, gris azulado y de poco bulto; las segundonas van del castaño al terroso amarillento y son grandulonas. De la óptima a la vulgar hay una distancia enorme de calidad, según los peleteros judíos que la hurgan a microscopio y dedos. Ellos separan a la nuestra con preferencia tal que casi dicen con Salomón: “Sesenta son las reinas e innumerables las mancebas; pero solo una es la paloma mía, la perfecta mía, la escogida de quien le dio a luz”.

Las reinas cuadrúpedas no llegan a diez; los naturalistas señalan ésta: Lanígera Benn, Chinchilla Lischtz, Chinchilla Brevicaudata, entre otras.

La chinchilla no ha sido cantada por nuestros poetas. Tal vez la idolatría de las palabras, que es nuestro pecado original, nos la volvió ridícula... a causa del nombre. Se dice que los españoles las mentaron asimilándolas a la chinche, por el olor. Al europeo no se le ocurrió tal cosa con el zorro repelente y citadísimo de los fabulistas, ni con la hiena pestilencial. El nombrar a la donosísima fue zurdo: allí votó un solo sentido —el más bajo— y no sufragaron en favor la vista y el tacto, que cuentan más. (Bautismos hay que merecen rectificación y corrida de baqueta).

La indígena y andina, dos veces nuestra por lo tanto, se volvió de pronto un bicho yanqui y costero de California, y la noticia del despojo nos dejó azorados. Los chilenos perdimos en ella no solo a la proveedora del pellejo mejor que hizo el demiurgo animal, sino que enajenamos también una jugarreta de los niños andinos, una “arrimada” a nuestras casas. Sueltas en cercados o metidas en jaulones, yo bien pude jugar con ellas sin susto, en vez de tener por compañera a la perra monda de pelos y gracia que me dieron por camarada. La traveseadora sedosa, la bonita saltona, vale en una infancia más que los diez mil “monos” de Walt Disney.

Nuestra bestezuela cordillerana, hostilizada de los facinerosos alados y zarpados, se defendió por siglos, y no con garras ni bellaquerías, sino... con su fecundidad, que casi es de “cuya”. De cuatro a seis crías por año, alumbradas en los hielos de mil a dos mil metros, y sobre peñas peladas. Así, con dos partos anuales y cuatro copitos grises tirados sobre el hueso andino, la velluda maravillosa respondió sin gruñir a la muerte, su rondadora, y la retó a desafío, ganándole la partida. Pero el cuarto enemigo, el hombre bautizado, este había de hacerla ralear primero y arrebatarla después a la cordillera, su coya natural.

Excepto unas gentes alertas de Freirina, que intentaron salvarla, parece que nadie luchó para retener el más lindo animal que haya corrido por el espínazo de Chile.

En la cordillera viva de los montañeses, pues la de los otros es mera “piedra bruta”, las chinchillas hervían más que buitres y culebras allá por el año mil novecientos. Desde el día de albricias en que yo me le crucé, ellas se me volvieron el doble movedizo del cerro Campanario y del Fraile, algo así como los pulgones saltadores de las grandes bestias minerales, o su sorda relojería de ruidos al bajar por los rodados. Sin más que haber visto seis ojos suyos, yo, echada a los pies de mis cerros monitores, creía que los cerros me guiñaban con cien orejitas y otros tantos ojos de lentejuelas.

Crecí, dejé el coto de la chinchilla y me fui andando el país; viví en los reinos del cóndor (los Andes), del castor (Cautín), del lobo de mar (Magallanes); pero nunca oí hablar de la chinchilla, excepto a los clientes de peleterías... (Alguna vez asombré a la dueña, repasándole el manguito, por recordar a la que tuve en mis manos como un resuello tembloroso).

Después crucé las fronteras, la líquida y la cordillerana. Al encontrarme a un criollo andino averigüé de ella como de un prócer o un “as” nacional. El coquimbano me respondía:

—Ya no se ven; tal vez se corrieron hacia el norte.

Entonces la fugitiva se me escapaba cinco grados hacia arriba.

Pero el atacameño me diría otro tanto:

—Se han muerto o se escaparon.

Ahora la escurridiza se me iba como “chiflón” de aire hacia otro hemisferio y sin paralelo concreto.

Por fin entendí que mi bolita de seda ya no corría la pista de los Andes, sino que se iba de la América del Sur, adonde yo la creí predestinada desde toda eternidad.

Por fin, en la revista norteamericana *Coronet* me hallé con su última aventura, o, mejor, con una salvación suya que es perdición nuestra. Pero éste es “otro cuento”, como dijo Kipling, y lo daré más tarde, para bochorno y “mea culpa” de los que la han perdido por estupidez u holgazanería.



Corre por el planeta el lugar común de la “monotonía de la montaña”. Y no hay tal, porque ella cuenta como la Iglesia sus fiestas jerárquicas, medianas, grandeza y menudas solemnidades, algunas sobrenaturales.

Quien no ha visto nevar en la propia arca del hielo, aunque haya vivido en la llanura patagónica, tres meses albina, se conoce una sola manera de blancos: la de la nieve tendida en iguales niveles y luces.

En la zona próxima del padrazo Aconcagua, vi alguna vez cosa parecida al hecho de la transfiguración de Cristo, y cada vez que yo escribo la palabra teológica, me viene a la boca traída por esta imagen. Dos horas antes de la nevada grande, la montaña estaba en su realidad de gran bestia bicolor manchada en negro y blanco de campos de nieve, de cumbres y de lonjas, abras y ángulos azules o tenebrosos.

Se suelta el gran telar de la nubazón, la presa de las nubes, que hacia abajo despeña el diluvio, pero que a estas alturas libra solo nevazones, y entonces el aguafuerte goyesco va borrándose a grandes trazos: el ictiosaurio tendido y huesudo se mulle rápidamente, coge carnazón, cubre su desollamiento, rellena sus miles de principios y de vertientes. La operación suele darse en un silencio cabal, y si el trepador cerrara los ojos en el comienzo, la mudanza de espectáculo le parecería una fábula. Bien pudo cerrarlos, porque durante ese tiempo no hay cielo ni tierra que mirar; la nevada forma en el aire un hervidero cegador: la muela del molino avienta, no se sabe desde dónde, su polvareda de torbellinos. Parece una fábrica repentina alzada en el ámbito de diamante y parece

23 Publicado en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 14 de septiembre de 1940. (N. de los Eds.).

también una industria de disolución. La montaña, por unas horas no existe; hacia arriba y hacia abajo ha desaparecido y el que quisiera gozar el acto de nevar a toda su anchura, malograría su antojo. La nevada mata el horizonte y nos deja lo inmediato como único campo.

Lo corriente no es que el “misterio” o el auto sacramental de la nieve transcurra en el sosiego, sino a parejas con el escándalo del viento, que de fuerte pasa a vertiginoso, verdadero zamarreador de las casas terrestres, que suele llevar 150 kilómetros por hora. El viento es el primer signo de la tempestad andina; a veces empieza con cielo raso y en momentos acarrea un ancho tropel de nubes. ¡La fiesta que nos regalaría si no fuésemos pobre gente! Este ventarrón andino sopla sobre un organismo que parecía macizo y que, como la catedral, estaba tajado de tubos de órganos, siendo una víscera perforada de aurículas musicales. La montaña aúlla, alaba o injuria con todo su cuerpo, que era mucho mayor de lo que le sabíamos. La grandota se dobla en las resonancias; la pesada parece saltar por obra de un tambor de pellejo y bronce que remece sus fundamentos; la dominante, toma la atmósfera entera para su antojo trágico y abarca el cielo por añadidura. La tajada, la horadada, la dividida, se tenía más gargantas de las que creímos. Hay gritos de ese viento en los desfiladeros de los cuales no me desprenderé nunca: cosa tan aguda como ese silbo no se vuelve a oír entre las musiquillas de los valles.

Dicen los arrieros que ellos pueden con todo lo demás: ceguera de la nevazón, traiciones de un camino poroso o vítreo, y dentera de frío; pero que no pueden con el estruendo del viento que es el espanto puro. El mastodonte de metal se revuelca literalmente en esa puja aérea que casi se toca; él ha liberado no su espíritu, sino el haz de sus espíritus contrarios, y son una pobre cosa los demás combates conocidos en el llano, al lado de esa pechada de búfalos en la que el viento tal o cual se individualiza, volviéndose persona y soltando interjección propia... La pobre nieve vuela hecha trizas, dentro de la gran ventolera, dueña de la maniobra.

—Todo está bien mientras uno no se aturde —dice el mulero, y que hay que tener sus oídos para quedarse entero y sentirse completo en medio de la muela del huracán.

Mientras más violenta es la crisis, más pronto se agotan los operadores históricos: relámpagos, rayos y vientos hacen tal gasto en la hazaña, que su violencia baja bruscamente. Es una de las veleidades de la montaña andina, “criatura temperamental”, la de crear la tormenta en instantes, cercar su masa como un puño ciego, y cortar de golpe, antes de haberla agotado, su fechoría tremenda, quedándose en tal sosiego que se creería que nos hemos soñado la baraúnda. Esta recomenzará después, si no se liquidó el stock del nubarrón; pero en la pausa resuellan por lo bajo, y como rehaciéndose, los toros de la lidia. La montaña hace un movimiento de sus miembros, se distiende, se estira, se recoge y vuelve a su orden.

He visto un grupo de arrieros cordilleranos volver por el valle de río Blanco al día siguiente de la tormenta, y nunca he querido más a nuestro pueblo que oyendo al grupito descalabrado contar el trance. Los tres o cuatro hombres traían la desarrapadura en que quedan los huertos de Elqui después del ventarrón; llegaban como vueltos del revés, con su cabeza y sus barbas mesadas y aporreadas del percance, y sus trazas deshechas daban la figura de la cabra del cuento que se peleó una noche con lo sobrenatural. Entre bufonadas y tragos de ponche, contaban la carrera desde el punto en que los cogió la tempestad hasta el puerto o reparo de piedra. Ellos se conocían a la cordillera brava y este era uno de tantos lances con la cosa viva. Entre las chanzas de los batidos, yo me acordaba de la cruz maciza del Cristo de la Cumbre, que los vientos han torcido no poco, cruz de la concordia chileno-argentina, puesta a prueba de la cólera de los vientos y cosa fuerte y frágil a la vez, según la paz de los hombres.

Las contadas forman las solemnidades sacras del organismo magnético, que los geógrafos llaman cordillera. Prefiero a ellas las fiestas menores que yo, mujer flaca, me tenía en

río Blanco cualquier día. El juego de las nieblas pequeñas lo cuento como lo mejor.

Poco después del deshielo, o al atardecer, tras una siesta calurosa de mucha evaporación, las faldas medias de la montaña se llenan de una guiñapería errante, o de una procesión de almas en pena, o de grandes hálitos que suben de las cuchillas y de las quebradas. Los que hablan de la montaña amojamada parece que nunca vieron este cortejo de las nieblas, bailar desafortadamente sobre las faldas. Alucina la fantasmagoría de esos vapores a medio hacerse y deformarse. La claridad del día o la vaguedad del crepúsculo se llena de “larvas”, como diría el amigo oculista; pasa la Santa Compañía del folclor español, lenta y pegajosa; el aire se vuelve una masa misteriosa de acuario, por la cual cruzan, grises, algodónosos, amarillentos, unos peces ciegos de formas estrambóticas que son las imaginaciones de la montaña. Vuelan, venidas de todas partes, tanteando mañosamente; pasan muy airoosas a veces como criaturas lúcidas y a veces torpes como los sonámbulos; cruzan por nuestra cara en cosa viva, se quedan paradas, faltas de aire, o se alcanzan y se funden rápido. Un poco más y ya la niebla se ha cerrado, y la fiesta se acaba, porque el donaire estaba en su ronda de niñas y cuando ya se apelotonan, la masa malogra todo el juego.

Por la noche de enero, después del calor, el disfrute de los huéspedes de la montaña chilena es un cielo nítido, de grandes constelaciones, que no se alcanza en ninguna parte. El cielo nocturno de río Blanco maravilla y espanta; de él me acordaba yo leyendo los versos de Rilke en las *Elegías de Duino*: “Porque lo bello es tan solo el primer grado de lo terrible; apenas lo soportamos, y, si podemos admirarlo, es porque él se olvida con desdén de destruirnos”.

Los turistas, en una necedad común, se encierran en el hotel de la cumbre o en el establecimiento de río Blanco, a jugar cartas y a conversar a lo criollo, largo y tendido, después del día de caminatas en un aire tónico, que relaja como el vino

viejo... El día ha podido ser bueno, pero la noche estrellada que se pierden es la fascinación cabal.

Durante el día, la limpidez de cumbres y de atmósfera más lastima que deleita nuestros ojos flacos, habituados al valle; aquellas cimas, aquellos campos de nieve, espejean más allá de cuanto puede tolerar nuestra vista sin hábito de diamantes. Ahora ha venido la noche y la urna del aire regala solo unas grandes estrellas. Para gozar cielo estrellado no hay sino los telescopios mayores o la cordillera de los Andes.

Las constelaciones se ofrecen sin búsqueda en la claridad primaria de un mapa astronómico de escuelas... No es solo que ellas sean rotundas, sino que están en carne viva, o habrá que decir, en aguas vivas. El firmamento hierve de resplandores; un inglés mal y buen hablador de español, me decía “que tumba de estruendo”. Estrellas rasas, estrellas mondas y directas, un cielo que se tiene como pecho a pecho, un firmamento tónico, que los mineros de Coquimbo llaman “cielo macho”. El poeta austríaco lo habría sabido dar en su hermosura como en su espanto. La noche andina no puede ponerse en afiches de turismo al igual que los ventisqueros y los picachos fotogénicos... Y esa noche es nada menos que el fondo de la copa del andinismo, lo más rico y lo más fuerte entre los logros que persiguen los equipos apasionados de la montaña.

Los Andes resultan alucinación continua, alucinación de vista y de oído, para cualquiera que no sea el montañés familiarizado con su magia, casado con ella desde que abrió los ojos. Yo guardo de esas noches cierto delirio de estrellas que no supe contar entonces, que no he sabido decir después y que tampoco acertaré a escribir nunca. “Otros vendrán que lo consumarán”. Mejor es dejarse el éxtasis pecho adentro, que estropearlo dándole a tercias en un relato manco.

Después de unas cuantas horas de mirar aquel campo de fuegos trémulos, de recoger el Zodíaco cortado de casilla a casilla, al igual que calcomanías, el turista rendido de una

jornada demasiado fuerte, entra con cierta extrañeza desde esa anchura desatada al cuarto angosto del hotel, alumbrado por una pobre lámpara plebeya. Antes de hacerlo dormir, la cordillera le dará todavía otro de esos regalos suyos que parecen acometidas, siendo no más que unas caricias cuya gracia excede a sus pobres cortejadores.

La hora de la siesta es la de las avalanchas de nieve; pero los andinistas dicen que hacia la medianoche sobrevienen los más fuertes “rodados” o derrumbes de piedras. El viento sacó de quicio los peñascos menos seguros y el derrumbe cae hacia los vallecitos en un rebotar estruendoso de zancadas gigantes.

El oído desvelado conoce entonces una cordillera carente de la eternidad que le adjudican los textos, un elemento provisional, que falla como los otros, la divinidad sujeta a accidentes, y que según lo entiende la oreja fantástica del desvelo y del miedo nuestros, parece vacilar en sus vigas y sus ejes mismos.

En las grandes pausas que dejan los derrumbes, se tiene una compensación preciosa: son las cascadas menores, que en el abra de la cumbre o en el valle de río Blanco, hacen una conflagración de música, cayendo sin descanso por los faldeos verticales. Los glotonos de sucesos no dan importancia en el día a las caídas de agua, que llamamos cáscatelas, que apenas tienen caudal y que no alcanzan nombre ni mención del guía “carrilano”. Apenas nos damos cuenta de ellas caminando, de cuántas caen en torno al cerro y de cuántas se nos dieron andando la montaña, aunque son tan llenas de gracia bajando en madeja tierna por la brutalidad de las faldas. Las insignificantes se imponen, al venir la noche, a los sentidos que ya vacantes se les dan, atienden a los habladores y acaban por encantarse de oírlas.

Hablan todas juntas, desde las lejanas que crean un fondo neutro hasta las próximas y las inmediatas que son rotundas. La danza de la niebla, que ya contamos, se trasmuta en juego musical: el de una larga cabalgata que viene se acerca y no

llega nunca. Hay en nuestro folclor el mito no recogido del galope de un hombre que viene por los cerros y que dejan en la espera al desvelado que lo oyó desde su lecho. Tal vez arranque el relato, y la ilusión auditiva que contiene, de estas cáscatelas cordilleranas.

La voz del agua precipitada que en los llanos poco se conoce, se vuelve tan rica y compleja, tan mudadora de sus tiempos musicales, tan llena de turnos sorpresivos, que un músico novato no se dormiría en toda la noche por no perderse la lección de los ecos y el embrujamiento que va creando de más en más en el escuchador. A mí, por contraste, despeño del agua y la ronda de los ecos, me sorprendía primero, me habituaba pronto y luego me hacía dormir ni más ni menos que una canción de cuna un poco salvaje, por recia, pero en todo caso bastante buena para mí... Me dormía, rendida del propio gozo, trabajada como una materia, por el estruendo rítmico y se me ocurre que sonriendo a la madraza de piedra, que halla manera de adormecer a su hija espuria hecha, al revés de ella, de carne infeliz y de nervios medrosos.

El chileno no puede contar como un idilio la historia de su patria. Ella ha sido muchas veces gesta o, en lengua militar, unas marchas forzadas. Esta vida tal vez tenga por símbolo directo la piedra cordillerana. Cuando yo supe por primera vez que existían unos Andes boscosos, una cordillera vegetal, me quedé sin entender. Porque los Andes míos, aquellos en que yo me crié, aparecen calvos y hostiles, y no tienen más sensualidad de color que su piedra, ardiendo en violeta o en siena, o disparando el fogonazo blanco de sus cumbres.

Al decir los Andes, el ecuatoriano dice selva; otro tanto el colombiano. Nosotros, al decir cordillera, nombramos una materia porfiada y ácida, pero lo hacemos con un dejo filial, pues ella es para nosotros una criatura familiar: la matriarca original. Nuestro testimonio más visible en los mapas resulta ser la piedra; la memoria de los niños rebosa de cerros y serranías; la pintura de nuestros paisajistas anda poblada de la fosforescencia blanco azulada bajo la cual vivimos. El hombre nuestro, generalmente corpulento, parece piedra hondeada o peñón en reposo, y nuestros muertos duermen como piedras lajas devueltas a sus cerros.

El lenguaje está lleno de sentidos peyorativos para la piedra, pero yo, hija suya, quiero dar los aspectos maternos que ella tiene para el indo español. La piedra lo construyó todo en el Cuzco y en el Yucatán precolombinos, y en la Colonia española ella volvió a prestarse para levantar el templo, la casa gubernamental y las amplias moradas que todavía proclaman un estilo de vida de gran dignidad. La piedra es la meseta sudamericana, es decir, la aristocracia de clima, de luz y de vistas;

24 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 24 de abril de 1944. (N. de los Eds.).



ella regala los lugares más salubres, donde no existen la marisma ni la ciénaga, enemigas del aliento y de la piel.

Abandonada por cuatro siglos, la constructora parece ahora regresar, aunque sea molida, en la llamada piedra artificial, señora en Nueva York y en Río de Janeiro; vuelve ella restableciendo en el horizonte lo aquilino, lo avizor, el poder sobre el espacio y el alarde de la luz.

La piedra forma el respaldo de la chilenidad; ella, y no un tapiz de hierba, sostiene nuestros pies. Va de los Andes al mar en cordones o serranías, creándonos una serie de valles; se baja dócilmente hacia la llamada cordillera de la Costa, y juega a hacernos colinas después de haber jugado a amasar gigantes en el Campanario y en el Tupungato. Ella parece seguirnos y perseguirnos hasta en el extremo sur, pues alcanza a la Tierra del Fuego, que es donde los Andes van a morir.

Pero, se dirá, la vida no prospera sobre la roca y solo medra en limos fértiles. ¿Dónde escapan de ella para crear la patria? Y la respuesta está aquí. Todos recuerdan los castillos feudales y los grandes monasterios medievales de Europa, cuyo muro circulante es de piedra absoluta, de piedra ciega que no promete nada al que llega. La puerta tremenda se abre y entonces aparece un jardín, un parque, un gran viñedo y otros verdes espacios más.

Chile da la misma sorpresa. Se llega a él por “pasos” cordilleros y se cae sobre un vergel que nadie se esperaba; o bien se penetra por el norte, y pasado el desierto de la sal, se abren a los ojos los valles de Copiapó, el Huasco y Elqui, crespos de viña o blanquecinos de higueral; o bien se entra por el estrecho de Magallanes, y se recibe un país de hierba, una ondulación inacabable de pastales. Se avanza hacia el centro del país con el aliciente de esta promesa botánica y allí se encuentra, al fin, el agro en pleno del llano central, verdadero valle del paraíso, tendido en una oferta de paisaje y de logro a la vez. La región es nuestra revancha tomada sobre la piedra invasora,

una larga dulzura donde curar los ojos heridos por los fijos cordilleranos.

El país llamado por muchos “arca de piedra”, lo mismo que el cofre de los cuentos árabes, cela este largo tesoro. Por lo cual la clasificación de Chile se hace hartamente difícil. Allí existe tanta blandura de limos bajados de la mole cordillerana y corre tanto resplandor floral a lo largo de las provincias centrales, y es tan ancha la banda de pomar que cubre el sur, que el clasificador simplista se ve en apuros.

La piedra se retiró bruscamente hacia el este; el desierto del norte se anula como una ilusión óptica y el famoso Chile frío, de la nutria y los pingüinos se le deshace como un juego de espejos. Un sol semejante al que alabaron los poetas mediterráneos brilla sobre el valle central, humanizando paisaje y costumbre, y la raza hortelana labra magistralmente, porque el chileno cuenta desde sus orígenes cuatro mil años de sabiduría agrícola vasco, árabe, española.

C H I L E I V



En nuestro Consulado de Barcelona yo vuelvo a recuperar el rostro, que he amado siempre, del padre Camilo Henríquez, patrono mío por dos capítulos: como periodista y como subversivo de los 1810. Creo yo en el rostro, y solo de tarde en tarde me engaña este olfato fisonómico. Mi *fisionopasión* no es la ingenua de dar ciertos atributos morales al barbilindo, sino al formado por huesos, carne y tendones, expresivamente. Me han dado la razón muchísimos semblantes americanos: el de Bolívar, el de Sucre, el de Morelos, el de Portales, el de Balmaceda. Mi padre Camilo Henríquez bien está en medio de ellos.

¿A quién recuerda el retrato con el hábito sobre el pecho, el perfil vehementísimo y el ojo tigresco, a fuerza de energía? A otro monje también sospechado de herejía y también caldera de ansia política: a Savonarola, el florentino. No alcanzó nuestro padre Camilo a ser quemado; sufrió reconvención ligera y prisión sin importancia por la Inquisición de Lima. Es que en Chile no hubo “quemados” de herejes, ni fue siquiera un semihereje el padre de la Buena Muerte.

Apetito de papel impreso para sí y para su pueblo sufría en aquella Colonia nuestra, tan insípida y con no sé qué blandura fea de polilla en la inacción y la pereza. Una avidez de leer, pero sobre todo de hacer leer a su pobrecita gente, lo trabajaba. El papel impreso tiene su fascinación, que los tipógrafos y los letrados viciosos conocen bien. Yo he sabido de eso en las aldeas chilenas, a donde no asoma ni el papelucho local, y entiendo cuál sería el cariño del padre Camilo por su hojita *La Aurora*. Aparte de que en aquel tiempo la influencia francesa, filtrada a pesar de las aduanas celosas en folletos y

25 Publicado en Chile, en *El Mercurio*, de Santiago, el 30 de diciembre de 1930. (N. de los Eds.).

libros jacobinos, creaba en las colonias españolas no sé qué romanticismo de la imprenta, a causa de que el lindo invento de Gutenberg no andaba envilecido y aplebeyado como se nos ha vuelto después; impresor, editor, periodista, eran vocablos un poquito mágicos, palabras eléctricas cuyo choque se sentía en el cuerpo, siendo esta magia acrecentada por las tontas prohibiciones y las condenas conminatorias del asustadizo clero colonial, casi mujeril de alharaquiento.

También yo conozco esta especie de noviazgo dichoso e ingenuo con los primeros libros que en el campo nos caen furtivamente a las manos. Santiago era un amontonamiento bien rústico de gentes, allá por 1810, y así se entiende la batahola popular, el entusiasmo infantil de ese *demos* cuando la hojita —casi un volante— del padre Camilo se echó por las calles.

Bonito día, linda fiesta, que a mí me gustaría haber gozado junto con los vendedores del mercado y los burgueses amigos también de la tentación, a pesar del riesgo; pascua del primer número de *La Aurora* corriendo de mano en mano, caliente todavía del fervor del fraile impresor. Niña hubiese sido yo y la voceara saltando de gusto, como vocean los rapaces (añadiendo elogios insensatos) sus castañas y sus dulces chilenos.

Eran los buenos tiempos que llegan a parecer arcaicos por la zancada, de rapazuolos también, que hemos dado para alejarnos de ellos, en que la palabra “libertad” se escribía con mayúsculas encopetadas, como nombre sobrenatural y la palabra “Independencia” congestionaba de ímpetu a los criollos. Las dos palabras, junto con la de “fueros” y “soberanía”, han venido tan a menos moral y tipográficamente, a fuerza de haberla manoseado mucho en tabladillos y mitines, que primero se las rebajó con la minúscula y ahora da respeto humano su uso, y se las evita o se hace guasa de ellas como de la crinolina o la golilla.

Apenas entenderemos hoy que quitaran el sueño de meses a nuestro fraile, que él las escribiera con el pulso “malo” en el

papel de imprenta, y que por ellas lo sacaran de Santiago enderezándolo hacia Lima y metiéndolo en una celda fea a este bueno del padre Henríquez, sencillo, generoso y testarudo como los campesinos lo son cuando cabalgan letras.

Pero con burla, chiste y todo de los “emancipados” que él ayudó a hacer y que ahora se ríen de él, porque de las más virgíneas y medulares cosas se ríen lo mismo, no le apagan ni le achican su aureola legítima de santo de la imprenta y de artesano de la patria a este hombre que es de los más fascinantes que ha producido en su infancia nuestra América.

Muy olvidado se le tiene entre los padres de la patria que cargan atributo de espada, y quienes menos han cuidado de honrarlo a su medida somos precisamente los periodistas, sus ahijados, venidos de él en línea recta, por lo que no hay modo de renegar del vínculo.

Para que su presencia se enderece otra vez, pudieran nuestros talleres oficiales regalar a cada periódico con este mismo retrato que ha salido a encontrarme en Barcelona y que es una estampa fuerte, llena de sugestión: una cabeza cenóbicamente enjuta, en que los huesos crujen de aridez en las mejillas sin carne: dos ojos halconescos de arrebatado; un cuello de tallo enérgico para que pueda con esa altivez y ese dominio de la cabeza, y un pecho de desnudez militar, a lo Loyola, con solo una cruz neta, una cruz absoluta, a un lado del pecho, sobre el bravo corazón.

Necesitamos de este patrono. Él fue corajudo y casi temerario en medio de una Colonia blanducha; él fue puro como las materias intensas de la naturaleza que de puras quemar: como los nitratos, los yodos y ciertas resinas. Y nos hace bastante falta (porque hemos vuelto insípido y miedoso el periodismo de la América), esta vida con sabor sanguinoso y color fuerte.

Querida gente chilena: hoy celebra mi patria el nacimiento del héroe mayor, Bernardo O'Higgins, hijo de padre irlandés y de una ilustre señora chilena. A estas horas la capital de Chile está llena de cantos, de niños y de desfiles en homenaje a nuestro padre.

El alma nuestra está llena de fervor, desde la maravillosa cordillera de los Andes hasta nuestro mar Pacífico. El alma chilena se vuelve a sus héroes y su fervor parece revivirlos. Los ausentes como yo volvemos cuerpo y alma al hermoso mar y a la maravillosa cordillera de los Andes, y a toda nuestra raza, porque en esta fecha debemos ser solo recuerdo fiel y un solo voto por la felicidad y la paz de los nuestros, aunque nos separen de ellos tierra y cielo.

Alabado sea el nombre de O'Higgins que vive la vida eterna en los niños que crecen. Bendita sea la hazaña que no conoce el olvido ni la muerte. Que a estas horas un solo canto y una fidelidad sin olvido corran por nuestra tierra, y que esta mañana cada hombre, cada niño y cada mujer se alcen para alabar y para amar y recordar, y que se recuerde amando, y que el amor y el trabajo sea en este día, y en todos los días venideros, nuestra vida única.

Todo por Chile, por su honra, por su futuro y por su dicha.

*Nueva York, 20 de agosto de 1956*

26 En *Gabriela Mistral: 50 prosas en El Mercurio 1921-1956*. Selección de Floridor Pérez. Santiago: El Mercurio/Aguilar, 2005. Según Floridor, este debe ser uno de los últimos textos que dictó Gabriela Mistral. (N. de los Eds.).



En el puerto de Valparaíso, ocupado en el Estanco del Tabaco, un hombre objetivo y sensato, Portales, contemplaba el espectáculo penoso de sus criollos, ebrios de República, que de mucho amarla, la despedazaban.

La lucha entre liberales y conservadores se decidió en favor de éstos, en la batalla de Lircay. El presidente Prieto llamó a Diego Portales para el Ministerio del Interior. Era el hombre del monopolio de los tabacos y podía decirse que era también la cordura chilena aupada a rango de genio administrador.

Ocho años gobernó al país, de hecho, el hombre autoritario. La frase célebre de O'Higgins pasó no a su boca, sino a sus brazos: "El bien por la fuerza". Odiaba el desorden como Goethe y la fuerza le gustaba tanto en la práctica como le gustó a Nietzsche en la teoría.

Persiguió a sus enemigos sin hipocresía mestiza, a cara descubierta. Los desterró, según el volumen del daño que hacían público. La libertad de prensa la juzgaba pésima, pues llegaba al país eruptiva como una escarlatina infantil. Creía tener razón y esta certidumbre hacía de él un antisentimental y un sordo al clamor de la oposición.

Creó una dictadura civil y tuvo el valor de cortar en sus comienzos las militaradas que hervían en la América española. En el inventario de los bienes y los daños de su gobierno, los últimos casi desaparecen absorbidos por la plana de las creaciones benéficas.

27 Parte de un texto datado en 1930 y publicado por Luis Vargas Saavedra, en su recopilación de textos inéditos de la autora: *Recados para hoy y mañana*, aunque no da su procedencia. (N. de los Eds.).

Portales viene a ser el Teseo de nuestros orígenes, aunque sus proezas sean pardas y carezcan del brillo de los héroes espectaculares.

El que puede llamarse gobierno Prieto-Portales dictaría la Constitución de 1833, herramienta política tan servicial que fue válida hasta 1925. Por medio de sus textos tan fuertes, pero también tan elásticos, el país licuado o desmenuzado por la fronda revolucionaria, cobró cuerpo orgánico, unió sus vértebras rotas, y se volvió la barra de hierro que la América española admiraría mucho más tarde.

El dictador mismo se reducía a ley con la gran carta salida de su propia decisión. La honradez en la administración, averiada por el aluvión de la anarquía, le importaba tanto como el orden; era para él la raíz del orden por venir. Destituía sin lástima a los logreros, a los vermes del presupuesto pobre y a los ineptos y a los perezosos, que flotaban todavía sobre él como el mucílago de la Colonia. La República de Portales, la que él se dibujaba con la tinta china de su inteligencia sin vaguedad, debía ser robusta para durar, honrada para convencer y volitiva a fin de defenderse con actos y quebrar la crítica y el chismorreo criollos.

Un hombre como este, lleno de desdén hacia el halago, insensible, y, como los hombres de acción, sin condescendencias con el presente, aspirante solo a la comprensión de un futuro distante que él no veía, no pudo ser popular, las masas no le dieron su idolatría, las mujeres no llevaron su medalla al pecho. Hoy mismo se le admira sin entusiasmo, como temiendo su sombra todavía como la de un monte que se prefiere gozar de lejos y que no se desea que se ponga en marcha.

La guerra contra la Confederación Perú-Boliviana hecha por Santa Cruz nos haría ganar territorio y perder a Portales. En una revista de tropas, el brazo con el florín de un oficial común y el odio de Vidaurre dieron cuenta de aquella vida poderosa que era invencible por cualquiera otra vía. Él se había dado

al país como el creyente absoluto se da a su fe; le faltaba solo la dación de la sangre, que es la que convence a los pueblos dramáticos.

El pueblo frío hacia su conductor de hierro ya perdió para siempre a aquel cirujano de pulso brutalmente certero, a aquel afilador de rieles constitucionales; había dejado de ser carne con nombre, para trocarse el cuerpo de Chile. Nadie podrá prescindir de él si quiere contar la cara de la chilenidad, que no fue de mimbres blandos, sino de ese bronce oscuro que no brilla, pero que hace los huesos.

Estampa patricia, de elegancia un poco académica, la del presidente Balmaceda. Puestas unas veinte cabezas de presidentes americanos en una página grande, uno de esos compendios gráficos que a los cotidianos les gusta dar en día de aniversario, unas seis de ellas nos resultan taurinas —de toro en día de soso lagrimal congestionado y el aliento visible en el cuello—; unas tres, si es que no más, se corren del toro hacia el búfalo, con el legítimo bello que lucían en los balcones de palacio y que nos han dejado, ¿verdad, Alcides Arguedas?; siguen algunas cabezas de “cristianos” que no se pelean con el “excelentísimo” ni con la laudatoria del pie. Esta cabeza de Balmaceda, con mucho de salón, y sin embargo luciendo una frescura de aire libre, contiene, da, regala elegancia para aligerar la página entera. Aquí digo elegancia aludiendo al hueso pulido, primo de la buena joya, al maxilar que es una astilla pequeña, al mentón preciso.

Mirada dulce no exenta de fuerza, solo que prefería seducir a forzar la voluntad del frente. Y sabemos que la sedujo muchas veces, que hay un sedimento de magia en el gobierno de Balmaceda.

Frente suavemente extensa, de las que yo llamo en los niños frente derramada, y que me gustan mucho. La sabida cabellera romántica, de una seda vivaz y aireada. En un banco de los Estados Generales, ella ha podido estar; tal vez haya avanzado la Convención; yo creo que duró allí hasta la hora de los girondinos, porque es una pieza girondina, ella misma... “Les

28 Unimos dos textos escritos por la autora sobre este personaje de la historia de Chile. El primero publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 2 de marzo de 1930, con el título de “Retratos chilenos: don José Manuel Balmaceda”. El segundo apareció como “Balmaceda”, y en el mismo diario, el 21 de septiembre de 1935. (N. de los Eds.).

gustaba a las mujeres y caía mal a los senadores y a los generales”, me contaba alguno. “Es la segunda melena política de nuestra república: la primera fue la del bueno de Bilbao, y las dos tuvieron mala suerte, entre gentes prácticas que se cortan el cabello casi al rape”.

Su pueblo le celebraba también esto de que fuera un bello hombre, casi caudillo apolíneo u órfico. Su retrato estaba en todas las casas, con marco tallado en las grandes, y en las pobres sobre la pura hojita volante de *La Lira* en las más; para mí que, unas y otras, lo tenían como muestra de un ejemplar escogido de las razas, un lebrél de lucirse. En los talleres se quedó muchos años sin desclavarse, y yo lo he visto en carpinterías, cortado por un marco de ventana o de puerta de pino; me acuerdo de él en una fragua de La Serena; allí, con su cartulina sollamada, me lo tengo visto en el cuarto de un zapatero remendón, de esos que, como dice D’Ors, gustan de las buenas imágenes. Entre corte de suela y corte de suela, una mirada a su hombre y se sentía entonado como por un licor fino. Daba gusto la estampa a cada uno, siendo ella mejor que él, y estando, sin embargo, emparentado con él. El plutarquismo al cabo es esto y nada más: el cariño del excelente que por algún costado real o antojadizo es un poquito nuestro.

Aunque digan que al pueblo de nosotros le gusta el ceño tenebroso y un buen golpe de tos adentro del mando, lo cierto es que le caen bien las caras cordiales y aun alegres. Cuál más, cuál menos, todos andamos con el nudo ciego de la pena araucana adentro, y el rostro placentero nos lo afloja y nos lo alivia cuando se nos pone delante.

Balmaceda entendía el patriciado a las derechas. Se le quejaban de que era un renegado de su casta, y no es verdad: nació, vivió y murió en patricio, y hasta se le ve a ratos un aire de llevar toga en la espalda esbelta. Le asistía un esteticismo viril, que es el del patricio latino, rezagado entre gente casi latina. Dicen que venía de vascos; el hueso y la carne vasca que conocemos allá son bien distintos y no encajan en este

Balmaceda firmado por el hueso y la carne con más aireidad, con más ligereza.

Hay un patriciado pagano y uno cristiano; aunque sean diferentes entre sí, ambos forman la vereda opuesta del capatacismo político de la América, que en Chile, país de derecho, llamaremos, bajándole una octava, mayordomía, sin olvidar que algún mayordomo llevaba bola de fierro en el remate de la rienda.

Digan si quieren que yo desatino llamando cristiano a uno que acabó con suicidio: puede vivirse en cristiano y quebrársenos la varita de la gracia por un momento. Ghéon diría que por jugarreta del diablo.

A lo patricio bueno tomó el país y lo vio como un largo patio de La Moneda. Tenía roña para dar vergüenza al fino señor que le llegaba; dormía el pueblo en este patio sobre pellones y de mal olor —que el pellón lavado es donoso—: le daban de comer como queriendo probarle la sabida resistencia suya que no ha menester sino de aire; los niños coreaban el abecedario en escuelitas pesebreras; Santiago se hallaba más o menos vestido, pero la provincia hedía de pobre y de abandono. Dos millones y medio de habitantes; de ellos, doscientos mil bien cuidados, bien guardados y bien celados por el patriarca de La Moneda; el resto no contaba, era la sustancia vegetal que se aglutina con la greda o la arena.

Balmaceda dio a este pueblo, cuando llegó a La Moneda, una mirada de dueño de casa, dulce e inteligente, que comprueba el abandono y, según la linda criolla, se hace cargo de él para ir viendo cómo se enmienda. A lo patricio cristiano, él sintió que aquella gente apisonada para servir de carretera a los doscientos mil, era entidad civil y además carne con bautismo, cosa esta que tuvo sin cuidado a los patricios paganos de antes.

No prometió atarantadamente, no ofreció que fuera su hermano, porque en aquel tiempo, más cuerdo él, no se le creyera

tampoco; no se les dio la esperanza en alcohol fuerte; confortó con un vinillo decoroso, eso sí.

El pueblo entendió esa mirada buena de Balmaceda; hace de ello cuarenta años y se acuerda todavía de aquellos ojos cordiales.

La generación suya le abandonó pronto, gritando en el momento oportuno el mote que al pueblo le cuesta tan poco y que se sabe desde todos los tiempos: “El rey ha muerto, viva el rey”. Pero los niños que él dejó crecieron, entraron un día volteando la cabecita en las grandes escuelas balmacedistas, hechas en ladrillo de durar, desahogadas, llenas de la luz que Dios les da y que el conventillo les borrona, escuelas liberales hechas también, en el bello sentido del vocablo.

Los maestros que entraron a las escuelas del Buen Pastor, con el mismo placer de los niños, mal podían contarles en su clase cosa ingrata suya; mal podían reteñirles de delito el yerro político. Así es como no se ha cortado el amor de Balmaceda en los que vinimos después, y el cromo fino u ordinario se quedó en fragua, ebanistería y casa burguesa.

El mejor romántico, así hable de Valjeanes y Cosettes, y vaya de “americana” a un acto oficial, es secretamente un orgulloso. Rousseau da paño bien ancho de soberbia; Lamartine gustaba y disgustaba con su altivez de faisán que se pasea regodeándose en la propia pluma; Chateaubriand, eso sobra contarlo. ¡Qué modesto, qué genuinamente sencillo nos resulta Montaigne, ahora que los soberbios han pasado! Él se sienta en el mismo poyo de piedra que nosotros y nos habla en prójimo, ni en menos que el prójimo nuestro, mientras que Víctor Hugo, aunque esté conversando en la celda del condenado a muerte, allí encuentra manera de encaramarse; su mano se nos queda en alto y no podemos tenérsela cogida a lo mano de padre, ni siquiera de viejo cariñoso. Aquello de cultivar trato cotidiano con Jehová y los Titanes lo echó a perder para el simple transeúnte.

Nuestro Balmaceda romántico leyó a los de su tiempo —cosa de la que nadie se libra—; debajo de su almohada han debido estar muchas veces su Rousseau y su Lamartine, a lo menos su Michelet, y Francia les hacía comer a los de su época el horizonte (es decir, la tajada francesa del 83).

La palabra derecho, sus románticos se la metían por los ojos a cada párrafo de la escritura; la palabra libertad se la rebaban y servían a cada acápite. Y con todo esto, qué apetito tan vivo de mando en cada uno de los maestros, y qué gula monárquica del plato del poder enterito.

Los que habían hecho las cosas fundamentales de Chile, los Portales y los Montt, habían sido gobernantes con más perímetro de mando que gobernaron en dueño de los caminos, de las casas, de las gentes, como quien dice de los ganados; también Balmaceda pensó en romántico, es decir, en orgulloso. “¿Por qué? ¿Por qué para mí el regateo?”.

La razón era bien suya: ¿por qué a él no? Pero le había tocado como al gaucho del cuento la navaja del lado romo y la malicia del gaucho para arreglárselas con el objeto inválido a él no lo socorrió.

El alarde romántico de su asco hacia la malicia, la maña, la astucia; tal vez sea que su naturaleza, pesada por barroquismo, es sencillamente torpe para jugar esos juegos de alfileres chinos. En cambio, los clásicos, con la risa han enseñado muchas veces la malicia, sea Maquiavelo o Rabelais, o sea la mismísima Santa Teresa... Balmaceda parece haber manqueado, como un buen romántico, en la astucia.

Sus gentes lo empujaron a la aventura. ¿Quién no empuja a uno en quien se ve, bien apuntada, la tentación de ella? El que lo quiera bien, lo empuja por darle gusto, y el que lo quiere mal, con más razón.



Balmaceda se embarcó en el lindo barco de las alas abiertas de la aventura. Primero se sintió abrigado detrás del “muro de pechos fieles”, que dicen los contadores épicos, sintiendo un equipo caliente de juventud en torno suyo. Los que saben de la aventura por su piel misma le hubieran dicho que ella no es nunca reparo del viento y en descampado.

Los viejos le miraron con su risita criolla el talle de academia o de salón que se echaba de bruces en la pelea, en el suelo desconocido y feroz donde se muerde, se rasguña y se empuja lo mismo que en las “topeaduras” a la chilena antigua. Los viejos hipócritas, acostumbrados a ver y tocar presidentes caseros sin un rezongó, fueron ellos, en buena parte, quienes gritaron contra Balmaceda el grito de la cacería que rebana el aire y va rodando hasta lejos: “¡A él, a él!”.

El hombre romántico aceptó oferta de vidas, creyendo que el corazón que se ofrece de buena gana es bello de dar y bello de ser usado, y que la sangre que se ha regalado no se cobra enseguida. Se la cobraron los veleidosos, y a la hora siguiente.

Cuando los amigos se le doblaron en la mano sentidora, lo mismo que varita de plomo, cuando vino a entender él sin malicia que si los otros no contaban con la razón, contaban con una cosa mejor, que es la costumbre, ellos habían mandado siempre, y cuando la plebe mala se echó por las calles de Santiago diciendo su nombre seguido de palabrotas, se le cerró el cielo como un puño al sentimental que él era, le defalleció ese corazón que llaman excesivo, del romántico (un ánimo clásico que solo es suficiente, sirve más en la prueba).

Se vistió para el último acto cívico, con el decoro minucioso del patricio; pensó en que a un embajador forastero no se le da el trabajo de amortajar a su huésped; si hubiera podido procurarse un arma sorda que no hiciese saltar de espanto a las señoras de la pieza siguiente, también se la buscara. Y dejó allí, en la almohada, de tres noches de insomnio, la cabeza inteligente y fina, que le habían mimado tanto y que ahora

pedían los energúmenos, como cosa jugada y perdida, que se cobra y que se paga.

La pesada mano de la muerte algo tiene de la de Donatello, en aquello en que enjuta lo grueso y lo delicado lo aguza hasta el fino. Ahí estaba la pieza de lujo de nuestra iconografía, la cabeza, la cabeza querida del caudillo, órfica todo lo dulce que puede darse y buena para aplacar al más furioso enemigo.

El romanticismo nos crió y nos regaló una docena de poetas malos, lo que no viene a ser mucho daño; pero él nos malogró a este hombre nuestro, que nos habría servido, aunque fuese en un orden distinto, lo mismo que las vigas fundadoras de los Portales y los Montt. Por romántico no entendió la malicia ni amó la paciencia, ni supo “jugar”, ni esperar.

Se está hablando siempre del monumento a Balmaceda, y los “puritanos” endurecen el ceño, y el “vasco” de la política, que no sabe quererle a su historia, sino los hombres “minerales” que nos dieron solidez geológica, luce su desdencito hacia este fogoso, hacia este girondino. El “vasco” no quiere entender que es muy bella una historia con sinfonía de temperamentos, y que resulta, por el contrario, monótona y pesada si se parece a un salmo de David cantado en una sola nota, por vigorosa que ella sea.

Balmaceda es una sensibilidad nueva y hasta un poco extranjera entre nosotros; había sonado siempre el bronce en nuestro aire y él nos sorprendió con unos sonos de plata suave y jovial. Nos hemos dado cuenta después de que a pesar de sus yerros, nos enriqueció y nos dejó distintos. Remover una sensibilidad colectiva e injertarle un buen manojo de fibras a lo Carrel, vale algo, a lo menos una estatua en pueblo pródigo de ellas. Aparte de que el pueblo la desea y la verá con su viejo cariño, devolviéndole aquella suya de la que no se ha olvidado. Él sabe poco de algunos señores de piedra de nuestra Alameda, y de otros lo que sabe no le interesa gran cosa. De Balmaceda él sabe, por el seso, el corazón y la herencia, lo cual es saber entrañablemente.

La llegada del presidente José Manuel Balmaceda al gobierno de Chile se parece a la irrupción del “acelerado” o del *allegro* en la sinfonía: las caras empaladas en un tiempo serio que duró mucho, se distienden, y al oído harto da las gracias.

Faltaba algún dinamismo, algún agrio olor fermental en la parva y seriota historia de Chile.

Balmaceda, el aristócrata populista, queda en el folclor la crónica y la historia como un caso de fascinación personal pasada a magia y el de una popularidad política vuelta leyenda fosforescente en unos diez años. Me han dicho de él viejos que le siguieron y le amaron, que tenía para construir una voluntad apuñada de hombre de cordillera, una sensibilidad de mujer en el trato y una ternura de viejo para con los niños; varón completo que daba gusto a muchos por un repertorio de virtudes a la vez encontradas y coincidentes. Excepción hecha de una porción resentida en su propia clase social, Balmaceda fue el ídolo de una nación entera.

Entre los dos modos de ser aristócratas que se dan sobre la América criolla: el de serlo sin ejercer exigencia sobre sí mismo ni sobre el medio y el de serlo tallándose la personalidad y levantando aunque sea a tirón violento a la masa, para disfrutar de una dignidad colectiva, Balmaceda optó por el segundo. Había en él un ansia de promover a Chile a nación moderna y lo trabajaba una especie de angustia por nuestra feudalidad sin feudalismo. Era él hombre cuyo afán de limpieza republicana no sufría el abandono greñudo en lo que él rodeaba y era el capitalino que sentía la provincia como una incumbencia suya ancha y grave.

Llegó a la presidencia rompiendo el aire con el tiempo nervioso que dije. Este tajar la atmósfera a cuchillada de perfil y de andar, alborotó muchísimo a su propia clase, que había gobernado a Chile cincuenta años.

Una gira lenta por las provincias, que dejaría un reguero de bienes, le hizo conocer el territorio en todas sus posibilidades y en todas las dolencias de la incuria central. Atravesó el país caminando en una oleada de efusión popular. El demócrata brioso, el liberal... y hasta el hermoso varón que había en él, para mejor aprehender a las criaturas, iba vinculando las piezas sueltas de las provincias, y fundiendo las pastas empedernidas de la administración. Parecía como nunca el dueño de consentimiento nacional y el caldeador de unas masas educadas en una frialdad vasco araucana.

Él puso la mano, en llegando al gobierno, sobre cuatro problemas: negocio educativo, obras públicas, cuestión judicial y colonización.

Volteó entero el cuerpo de la enseñanza oficial; abrió un Instituto Pedagógico para la formación de personal secundario por profesores alemanes; creó varias escuelas normales; fundó centenares de escuelas primarias y estableció, con el estu-  
por de muchos, la primera escuela profesional para mujeres.

Pero en su concepto de crear cualquier institución con órganos completos, se lanzó a un plan enorme de construcciones escolares. Todavía lucen bien y mantienen su honra, los edificios de su administración a lo largo de todo el país. Donde aparece una escuela de ladrillo bien librada de los años y pensada en el desahogo de una masa escolar, el que pregunta por ella tiene esta respuesta indudable: "Escuela de Balmaceda". Le importaron por igual la eficacia de los estudios, el decoro del local y la dignificación del maestro en la familia chilena.

Un sentido que no era del tiempo, de holgura en los lugares de hacinamiento de hombres, lo hace construir cuarteles espléndidos, cárceles modelos, manicomios e internados escolares en general. Un buen alojar, con miras a un buen vivir, detestaba el equilibrio entre fundaciones de gran aliento y unos locales menesterosos.

La misma voluntad de dignificación de los servicios lo lleva a construir edificios para gobernaciones e intendencias.

El país es pequeño en comparación con el cuerpo balleneco del continente, pero tiene una largura de anguila. El mar da modos fáciles de salida, en cualquier punto del territorio y se habían descuidado por eso mismo las vías férreas, aunque no las rutas. Balmaceda llevó el riel hasta los límites de la Araucanía, región de bosque, lluvia y barrial perdurable, y dispuso varias otras del centro hacia las costas. Más quiso hacer el gran presuroso y planeó el ferrocarril longitudinal que atravesaría el desierto del norte. No alcanzó este logro mayor, porque la guerra civil cayó sobre la nación en su mejor momento de fragua.

La provincia clamoreaba contra la escasez de cortes y juzgados, que traía atascamiento de los pleitos, y por la peligrosa entrega de la justicia a los alcaldes en las poblaciones menores. Proveyó la necesidad multiplicando los juzgados técnicos y suprimiendo a los juececillos de circunstancias.

Pero lo mejor que hizo en este capítulo de la justicia fue dar un nuevo Código Penal y reemplazar unas cárceles cainitas por otras humanísimas en su salubridad y su régimen.

Llevó su cuidado hacia la colonización austral, olvidada a causa de los climas regalones del centro, donde se habían concentrado de modo natural los habitantes, y siguió en este menester la línea de sus antecesores, que ya habían afincado en el sur algunas colonias germánicas.

Presidente tan fogoso para querer agotar en un solo período un plan nutrido de obras, necesitaba unas cámaras incorporadas a su ritmo y un ancho presupuesto capaz de cubrir los gastos de esta recreación del país.

La oposición que se enderezó contra él en el Congreso, curiosamente listada de radicales y conservadores, estuvo trabaja-

da por fuegos muy diversos: una extrañeza enfadada por este Teseo loco de hazaña civil; una cólera disfrazada de legalismo enfrente de aquella liquidación fulminante de un feudalismo poltrón y los sabidos celos del parlamentarismo hacia una acción demasiado caliente del Poder Ejecutivo. Por encima de todo esto planeaba el rencor de una vieja clase dirigente contra las clases populares que llegaban como presa suelta a la nueva administración.

La rehusa de créditos de presupuestos al presidente trajo la explosión. Balmaceda se dio dictatorialmente el presupuesto anual, impostergable en gobierno tan operoso. El Congreso se lanzó a la revolución, que es la única digna de ese nombre que ha tenido el país. La ganaron dos elementos formidables: la propaganda constitucionalista y el caudal de dineros de las viejas fortunas peluconas.

El hombre romántico que había dentro del Balmaceda practista y el padre de su pueblo sintieron como una quemadura en el disfavor popular y como una responsabilidad escaldadora el río de sangre que despeñaba la guerra civil sobre una tierra de costumbre pacífica. Balmaceda, al revés de la columna de dictadores sudamericanos, superior a todos ellos en la rotunda honestidad y en la conciencia gubernativa, prefirió su sacrificio y se suicidó estoicamente antes de agotar los recursos de que disponía aún.

Corre por su política no sé qué trémolo lírico, el de los girondinos, y su conducta tenía como la de ellos una especie de índole estética que le hacía repugnar la violencia un momento después de cometerla.

El país quedó durante años entregado a un parlamentarismo antojadizo y por ahí relajador de administración. El sucesor, tardío pero directo de Balmaceda, o sea, el presidente Alessandri, recogió el disgusto popular de unas presidencias anodinas y llegó a hacer, con más suerte que Balmaceda, la reforma del régimen. Hemos vuelto al ritmo “acelerado” y al “vivaz”,

y este es el segundo “tiempo” de la historia nuestra, o a lo menos de la democracia chilena.

ARTURO ALESSANDRI PALMA:  
POLÍTICO Y ACADÉMICO<sup>29</sup>

El rubro hace pensar en Francia. La Francia conservadora (¡y qué lejos nos queda!) llevó bastante gente de gobierno a su primera Academia, considerando que el timbre de letrado se ple-gaba muy bien al de nobleza y aun al de comando militar. La Francia democrática ha mantenido el concepto, pero sus preferencias las pone especialmente sobre sus políticos. No hay político eminente de la nación, desde Herriot a De Monzie o a Maurras, que no aspire al uniforme verde oliva cruzado en el pecho por las palmas lineales. Y es que a todo francés —y no digamos a los de estas alturas— le importa la honra intelectual por sobre las electorales.

Nuestras academias americanas han hecho el ensayo de Riche-lieu y añadido algunos personajes políticos al elenco austero o amojamado de escritores, historiadores y ensayistas. Desventu-radamente, estas incorporaciones no han solido ser... académi-cas, sino verticalmente políticas. Hay que confesar, aunque nos duela en el tuétano de la honra, que nuestros pueblos pecaron siempre de la adulación al hombre.

El presidente de Chile acaba de ser llamado a la Academia Chilena, y su ingreso, por fortuna, no corresponde a la “con-junción de espadas y letras” o de “mando y letras”, que es artificial y artificiosa, a pesar del decir cervantesco. Entra a las puertas de esa casa de menester expreso un miembro que lleva una representación precisa: la de orador parlamentario con treinta años de ejercicio.

Su discurso salió de sus recuerdos de vida parlamentaria y la experiencia abarca el último tercio de nuestra contemporanei-dad. El discurso se vuelve un documento de primer orden: es

29 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 5 de julio de 1936. (N. de los Eds.).



la historia en carne viva, dada en forma de relato familiar a lo Crescente Errázuriz, por un hombre que ha visto actuar desde la mejor solera posible de espectador, cuando no actuaba él mismo arena adentro. Maliciosamente manejado, el intento se volviese peligroso para los lectores: el discurso anecdótico comprende a muchos muertos que fueron adversarios del tribuno promovido a académico.

Pero el hombre que llega a la Academia a los 60 años ha vivido célula a célula, toda la chilenidad política y social; es, además, un dirigente que ha agotado una por una las complacencias que la patria puede dar y tiene los pulsos aplacados del que recibió las justicias en gavilla. La conciencia que muestra este discurso es la del monárquico francés que yo suelo envidiar: “Todo lo nacional es nuestro”. Se ha disuelto como un estanque de sargazo la juventud vehemente que excluye a los demás por ansia de hacer la talla entera de la patria, con las propias manos. El buen otoño mira en él con los ojos abarcadores y fundidos que decía el poeta, y así el señor Alessandri puede gustar y regustar la labor de los otros artesanos de la chilenidad, disfrutándoles los aciertos y comprendiéndoles los yerros; le atribuye derechos a la devoción nuestra y no le deja mérito o bondad sin elogio.

Arturo Alessandri repasa en una revista que cubre 120 páginas a los luchadores parlamentarios, y la fiesta del comentario y el juicio es grande y enseñador.

Victorino Lastarria recibe del liberal una viñeta enérgica y vivaz, tal como era la fusta del orgulloso y del vital que conocieron nuestros pelucones, y que hizo tantas veces el vareo de sus espaldas... El señor Alessandri le señala su condición vidente de “americano”, nada común en aquellas décadas de aislamiento sudamericano dentro de celdillas nacionales. Bilbao asoma su cabeza brava y nerviosa, que al académico le recuerda la de León Gambetta. Él no llegó al Parlamento porque la gente de poder dio cuenta de él antes de su arribo natural a aquella tribuna; su verbo romántico se quedó en

las sociedades de la igualdad o los clubes mediocres. El señor Alessandri, con una nobleza que le agradecemos, lo incorpora a su repertorio cuidadoso de jefes de la palabra, saludando al apóstol arrebatado, de corazón de niño, que espantó a la ingenua República poscolonial, con una violencia llena de candor como el arrebató verbal de su maestro Edgard Quinet.

Nuestro Balmaceda recibe la mención extensa que le vale su significación pasada de Perseo que hostigara a la vez a la Medusa de la anarquía y a la Tarasca feudal, y que le vale también su resurrección en el Chile del año 36, que, por fin, se decide a levantarle un monumento. Hombre ígneo de nuestra parda historia administrativa, ha devorado en silencio las escorias y los yesos de su sudario y vuelve a enderezarse en su vertical de vieja antorcha intacta. El señor Alessandri habló del presidente Balmaceda como de un miembro directo de su familia política. A veces nuestro período independiente se nos resuelve en un simple triángulo escaleno que tiene su vértice mayor en Portales, el cual mira los otros dos, que serían Balmaceda y Alessandri, en apariencia sus opuestos y, en verdad, sus semejantes. Ambos han peleado cosas que parecieron antagónicas y que ya no lo son en estos tiempos: la democracia nutrida de autoridad.

El académico saluda, en la casa de la palabra docta, a nuestro Vicuña Mackenna, muchos años desdeñado de los “gerontes del habla”, a causa de su manera de prosa populista. Ella misma le ha salvado, sacándole de nuevo a la buena intemperie del mercado librero, donde se vende a más y mejor. La justicia hacia la vida y la obra de Vicuña Mackenna nos es grata leer, y es que se trata de un escritor viviente cuya moneda literaria sigue circulando.

Walker Martínez, el león de la melena de seda, aparece juzgado en una semblanza casi tierna que asombraría al jefe conservador de las batallas sonadas contra el liberalismo.

Atraviesa por el panegírico la doble pareja de Dióscuros de la política y la literatura chilena: los Matta, aparecen fundidos en el buen cobre atacameño, que es ardiente y servicial; los Arteaga Alemparte se allegan mejor a antologías que a diarios de sesiones. Las citas excelentes de ellos convidan al lector olvidadizo a repasar a los Arteaga, casi a exhumarlos, porque no se les encuentra sino en ediciones añejas.

Enrique Mac-Iver recoge el mejor haz de aprecio. El orador romántico que es el señor Alessandri, llevado por esa curiosa pasión de justos que suele ser el cariño del antípoda, parece preferirle a la gente de su propio orden y así habla de la fascinación moral y política que le dejó aquel chileno cuarteado de sajón, de conducta en riel de acero, que gobernó el viejo radicalismo criollo, queriendo llevarlo por derroteros europeos. El señor Alessandri cuenta en sabrosas minucias la manera de dominación de las asambleas que era la del hombre de humores fríos y de doctrina cálida. Él narra, sin ninguna acidez, desde el fondo de una estimación sin quebranto, la oposición del abuelo radical respecto del caudillo que recogería el comando de las izquierdas chilenas.

Otra semblanza lenta y larga es la que hace de Eliodoro Yáñez, también rival del señor Alessandri en candidaturas presidenciales, político que fue en Chile una curiosa combinación de persona poco querida y firmemente estimada por la opinión pública. Como Mac-Iver, despreciaba a la “veleidosa” en su aspecto de vocinglera, cosa natural en la inteligencia estricta que era la suya y en su conocimiento de los hombres, demasiado agudo para que no fuese un poco ácido. El jefe conservador, Manuel José Irrarrázaval; el tribuno, Isidoro Errázuriz, y el publicista, todavía cercano a nuestra sensibilidad, Ambrosio Montt, se nos vivifican gracias al comentarista que los alaba por sus costados más varios, deseando explicarlos a unos contemporáneos que los sabemos poco.

El tema central de este discurso cargado de asuntos, especie de río transportador de grandes reflejos, era el elogio de Augus-

to Orrego Luco. Se trata de personalidad muy compleja: un médico, un biógrafo y un ensayista, a veces todo ello puesto en una combustión feliz, como el estudioso de Simón Rodríguez, preceptor de Bolívar. Era para mí la narigada de sal en el desabrimiento de nuestros clasicistas de última hora, y era uno de los pocos entre ellos que mi generación, sin vínculos con la suya, leía con agrado y a veces con viva complacencia, a pesar de las millas espirituales que la separaban de él.

Signo de los tiempos: al médico letrado, que dentro de su línea literaria repudiaba la pasión, evitándola, según el griego a la Ménade, por revuelta y atrabiliaria, y que habló y escribió, según el humanista de cualquier tiempo, sucede en el sillón académico un hombre de pasión cenital, en oratoria y estilo de vida. Y es que estos pulsos del orador Alessandri parecen ser los genuinos del sudamericano y que dos generaciones patroneadas por el Bello vivo y por el Bello póstumo, procuraron en vano mitigar o matar en un fermento espléndido.

El discurso de recepción lo hizo el maestro del periodismo americano, que se llama Carlos Silva Vildósola. Elección excelente: nadie más atado a la carrera de los políticos que el escritor de editoriales; coincidiendo o disidiendo respecto de ellos, lo único importante para el caso, es que van juntos y a veces hasta yuxtapuestos, como el faraón y su doble en el ataúd simbólico. La pieza del señor Silva Vildósola es un modelo de elogio ceñido a realidades manifiestas. Los biógrafos futuros del señor Alessandri acudirán siempre a esta biografía objetivísima y podrán aprender en ella las virtudes raras del juicio sobrio y de la ojeada sintética.

La oratoria académica, que tiene su fin en sí misma, anda de capa caída en nuestro tiempo, y, en cambio, vuelve a prosperar (lo saben el señor Mussolini y el señor Hitler), la oratoria tribunicia de orden más popular, porque tal vez sea ésta la única que debió existir siempre. El hombre que escribe o que habla con demasiado regodeo en la palabra tiene el sitio natural en la literatura y es “autor”, persona de libro.

La literatura de tribuna, cuyo blanco es la acción, no busca sino dar alcance a finalidades inmediatas y hasta fulminantes; su logro es de actos y ellos pregonan su éxito o su fracaso. Después de leer esta sesión académica de Chile, me quedo pensando, ayudada por el resumen servicial de Carlos Silva, cuál sería el equinoccio de verano de la oratoria alessandrista, considerada por un país al cual ha entregado su potencia verbal en una dación de cuarenta años.

Para la Academia, el nuevo miembro es un congresal ilustre, que, en un país sin academia jurídica desglosada, caía naturalmente en su seno por hecho y derecho. Para los demás chilenos, el verbo político de su mandatario representa cosas más entrañables. Esta oratoria cuenta como hijos una prole de reformas estatales. Sus enemigos le han tachado de demagógicas aquellas que atañían al bienestar de las masas. Los tiempos han dicho y clamado que esa demagogia era el sentido de una época urgidora de democracia y que fue captado por un jefe sensibilísimo.

Pero hay una de las faenas del señor Alessandri, que para nosotros tiene precisamente el carácter de una antidemagogia cabal, en cuanto a contradicción de los sentimientos de la masa. Fue la devolución de Tacna al Perú, a trueque de la paz. El patriotismo nuestro, que representa como el francés una virtud de élite y de muchedumbre, había dejado sin solución ese conflicto, llağa odiosa en un continente americano salubre en el aspecto de los odios internacionales. Lo demagógico era entonces aquel patriotismo que olvidaba, en su embriaguez de peón feliz, al otro patriotismo, el peruano, lleno de una dignidad dolorida.

Algunos políticos de altura pensaron en ocasiones zanjar la circunstancia trágica; pero ninguno se atrevió con la cuchilla cirujana ni con la rectificación de una conciencia nacional, opuesta a las revisiones. Solo podía dar el salto sobre la realidad cuajada en legislación y mapa escolar, el hombre que fuese dueño de la chilenidad como el cazador de su halcón.

Ese fue Arturo Alessandri, político de vistas americanas y arengador de un pueblo que le debía bienes, y se los devolvía en confianza.

La oratoria del señor Alessandri se llama, para los obreros, Código del Trabajo, el óptimo que tenemos y que vale por la legislación más avezada en la materia; para la generación de 1920 se llama “rejuvenecimiento de las instituciones y del ritmo nacional” que él impuso y que ahora es de un “acelerado” fogoso; y para los americanistas, “la paz chileno peruana”. El crédito moral que hemos sacado de nuestra operación rectificadora vale por la honra entera de un pueblo cuyo nombre andaba maltrecho en todos los textos de historia extranjeros. La facultad adivinatoria, que llaman instinto político y que suele frecuentar más a los apóstoles ígneos que a los hombres de Estado tutankamónicos, hay que atribuírsela sin restricciones al presidente Alessandri. Se jugó en unos meses de recia campaña toda la anchura de su prestigio político y contradijo temerariamente a una línea de internacionalistas vivos y muertos, tan ilustrados como errados.

La razón que asistió al señor Alessandri para imponernos esta conciliación, era tan verdadera, que habiendo transcurrido solo cinco años nuestros dos pueblos, mejor que aproximarse, se han entabado como los tejidos idénticos en la operación del médico Carrel. Tal vez sean en esta hora esos países los más ligados del Pacífico, aun de la América del Sur. Era natural, por más que los cegatones del derecho no hubiesen querido ver y aceptar dos realidades golpeadoras de los ojos; la geografía nos daba el destino cordial y la idiosincrasia diversa nos creaba esa clase de avenimiento de las vísceras que se acuerdan por función y no por identidad.

Aquellos que conservamos una memoria despejada, tal vez por vivir lejos, le tenemos presente al señor Alessandri este aporte, ilimitado en sus consecuencias, a nuestra reputación americana de patria justiciera. Vale más la operación cumpli-

da en el cuerpo moral de Chile que los auges industriales y los comercios prósperos de la patria económica.

Entre los Alessandri, que ya son tantos, el de la larga guerrilla liberal, el de la separación de Iglesia y Estado, o del remozamiento de nuestra legislación avejentada, marcamos con dedo agrimensor al Alessandri que planeó y dio remate voluntariosamente a la paz de Chile y el Perú.

Desde este momento mágico, Chile comienza una política continental que antes no había ensayado. Parece abrir sus poros a los problemas americanos, tomar una conciencia rotunda de ellos y salir de sus quicios herrumbrosos de nación constreñida a sus asuntos. La generosidad de nuestro carácter, refrenada por presas mecánicas y no naturales, y por el atasco feo de un viejo conflicto, se soltó hacia su campo natural de intervención en la vida común. De este modo, las negociaciones del Chaco recibieron de nuestros delegados una atención que ha sido no solo de habilidad técnica, sino de voluntad apasionada.

El país saldador de su deuda abrió capítulo nuevo en la vida americana. Lastraría habría sido feliz de verlo y lo mismo el Bilbao del *Evangelio americano*, que tanto tiempo quedaría inoperante y como extraño a su casta.

Tengo un tropel de imágenes de Pedro Aguirre Cerda, educador y hombre de casa. En esta muchedumbre de memorias no hay fealdad que separar para hacer un retrato que resulte hermoso. Yo podría escribir una biografía del presidente de los chilenos, sin necesidad de estar alerta a que la actuación A borronee la actuación B, y sin necesidad de engrosar las virtudes para que achiquen los vicios. No hay vicios cívicos ni individuales en el piloto que nos hemos escogido.

Al hombre del timón, al piloto de la raza, sea el marino inglés, el escandinavo o el español, se le exige un racimo de virtudes que compartir por excelencia de técnica, de virilidad y de experiencia. Se le pide el pulso tranquilo y en ello va comprendida la rebanadura de todo frenesí. Se le pide su buena “carta de navegar” y una especie de familiaridad con las veleidades del mar. Se le hurga la historia como segundón en el barco que ahora va a llevar con su riesgo. Y el sentido de responsabilidad, que es por excelencia cualidad viril. Ella comprende el amor del “equipaje”, el corazón amparador de las vidas que se le confían.

Las imágenes son siempre buenas, pero en algunos casos son óptimas. Cuando se piensa un presidente en “político”, la imagen nos lleva a solicitar unas cosas pequeñas y hasta un poco míseras: astucia o maña. Cuando se piensa el mandatario como “fuego de bengala” de un pueblo, que le haga visible y ostentoso, se le busca entre los grandes soberbios o entre los vanidosos. Pero “el hombre del timón” es algo muy diferente: la habilidad en este trance significa capacidad en

30 Texto escrito en 1938, cuando Pedro Aguirre Cerda asume como presidente de Chile, y publicado por Luis Vargas Saavedra, en su recopilación de textos inéditos de la autora: *Recados para hoy y mañana* (Santiago: Editorial Sudamericana, 1989, t. II). (N. de los Eds.).



vez de picardía y la idea del lucimiento no asoma a la mente. Son sobrios, simples y secos los hombres del mar.

Nosotros hemos elegido para presidente un hombre que nos valiese en el peligro de una hora calenturienta y encrespada del mundo. La época es cosa peor que un tiempo de revolución mundial.

Elegir bien al hombre del timón es solo la mitad de la buena acción; la otra mitad es ser su buena tripulación. Los “equipajes” criollos son por desgracia levantiscos desde Bolívar o Freire en adelante, la América criolla ofrece la experiencia de unos cuantos pilotos superiores a su tripulación. Nuestros vicios son los de los niños y los de los niños son los del instinto suelto. Y hay por lo menos una docena de jefes natos, en la historia de América, cuya faena fue el martirio de su tripulación veleidosa.

Cuando se dice barco, se dice poco espacio y pocos recursos. La imagen vale para Chile. La moral del pequeño espacio y de los pocos recursos es precisamente aquella que obliga a la disciplina más cabal y a las más duras reglas del mar.

En el barco no navegan gente desnuda ni hambrienta al lado de la oficialidad bien comida, y en esto el navío vale mucho más que una ciudad. Pero tampoco viajan allí brazos holgazanes; el día y la noche tienen un ritmo hermosísimo de actividad sostenida, que parece extraordinaria en comparación con el trabajo de las costas.

Entre todos los decoros que lleva en sí la categoría de piloto hay que contar el de que ese hombre, antes de partir, exige aprovisionamiento, ropas; porque va a imponer jornadas fuertes.

Aunque andan por el mar muchos capitanes borrachos (y yo me los he conocido hasta en el mar patagón), el equipaje no duerme tranquilo sino cuando sabe que el piloto es elementalmente sobrio.

El presidente Aguirre se ha ganado el timón por su historia de buen marino y porque en esta hora del mundo los chilenos hemos querido una garantía contra los temporales sueltos que se llaman fascismo y comunismo. Queremos antes que una travesía famosa un viaje sin tragedia y un barco en el que podamos ir todos, sin que la mitad del equipaje pida que se eche al mar la otra mitad.

El hombre de nuestro acuerdo nacional nació en una provincia a la vez famosa y oscura. Famosa lo es Arauco más que otra cualquiera y la miramos como el corazón mismo de la raza. Y es oscura, porque acabados sus años de epopeya, que mejor llamaríamos de pasión, ella pasó a tercerona en la jerarquía económica del país; se apagó en cuanto a pobre y a desviada de la gran ruta central.

Allí nació Juan Antonio Ríos y un poeta le envidiaría su infancia espejeante de relatos folclóricos. De esta infancia se cuentan unas austeridades domésticas que lindaron con la pobreza. Millán Iriarte, en su biografía corta y sustancial, llama a la familia Ríos “hidalgos campesinos”, y eso eran, un rezaño de viejos granjeros españoles vueltos criollos pobres. La buena sal de la pobreza dio al niño Juan Antonio lo que ella siempre da: “Cierta firmeza áspera por absoluta y la resistencia a la corrupción de los centros”.

El padre faltó y la madre regaló al hijo la maternidad paternal frecuente en nuestro mujerío. Lucinda Morales buscó el pan y crio a la prole en el sentido más bíblico de la palabra, sustentando la carne y haciendo el alma.

El niño no tuvo casa ancha ni escuela hermosa, ni juguetería vienesa, ni mimos sobrados. Aprendió lo que más necesita el republicano de un país pequeño: la angostura de los recursos, el “poco” y el “suficiente”.

Su escuela de Cañete y su liceo de Lebu no podían regalarle gran cosa; pero su colegio penquista supliría más tarde las fallas y las flaquezas. Concepción había de volverse el núcleo

31 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 28 de junio de 1942, con el título “Recado sobre don Juan Antonio Ríos”. (N. de los Eds.).

de su buena suerte y el de su destino hasta el punto de que tal vez debamos nuestro hombre tanto a la madre como a la noble ciudad. Porque Concepción ejerce una doble manipulación sobre propios y ajenos: ella da cultura y contagia una especie de señorío democrático al transmitir su sentido de las categorías; ella siempre “imprime carácter” en sus hijos o ahijados. A pesar de ser muy ciudad, y por ello liberal y liberizante, ella no se descañta con pretexto de internacionalismo y viene a ser una matrona casticísima entre nuestras ciudades. Concepción y el señor Ríos se formaron y se mantienen síquicos y democráticos al mismo tiempo. Ambos gustan de la autoridad como del clima único en que sea dable hacer algo, pero los dos repugnan el envalentonamiento autoritario.

Juan Antonio Ríos siguió más tarde leyes en la Universidad de Santiago<sup>32</sup> y ha ejercido la profesión que más envicia en la vida urbana, pero turnándola con la vida de hacendado gran *sagésse*. Por esto tal vez su elección dio la sorpresa de unas mayorías acá ciudadanas y más allá rurales. El campesinado, que puso su dolorida esperanza en otro hombre del campo, el presidente Aguirre, y lo amó bien y lo siguió filialmente, recobra ahora a su hombre de origen campesino, y se fía y confía a su sensatez terrícola.

Las provincias del sur llevaron varias veces al señor Ríos hacia la Cámara y el Senado; él participó en todas las legislaturas de veinte años y por esto conoce el país como un fruto en hueso y en pulpa. Él ha visto, en asambleas y parlamentos la inanidad de los discursos y no los prodiga mucho, por más de que bien pudiera complacerse en varias de sus piezas oratorias.

En su carrera política, el señor Ríos lo ha sido todo: soldado raso y capitán, jefe aclamado y jefe perseguido; ejecutor y

32 En realidad, estudió en el Curso Fiscal de Leyes de Concepción, que estaba bajo la tutela de la Universidad de Chile, el que concluyó en 1914. (N. de los Eds.).

consejero, conductor o seguidor de las corrientes de opinión. De este modo, él llega a su triunfo como el puma alcanza la madurez marcado por los garfios del espinal, y un tanto sollamado por las fogatas de los “roces” criollos... Lo cual quiere decir que ha probado en la carne las grandezas y las miserias de la democracia, que lo han enamorado aquellas y estas lo han disgustado muchas veces. Seguramente el señor Ríos ha leído con cabal convencimiento las palabras de Mackenzie King, el jefe canadiense, sobre una reorganización a fondo de la democracia. Motejada de lenta y de lerda, después de vencer tendrá que rejuvenecerse para los jóvenes, volverse más sustancial para los maduros y limpiarse de demagogías para los viejos que no creen en algaradas vanas. El señor Ríos, como el señor King, no ha desahuciado a la democracia, persona vitalísima, rica de futuro todavía; pero él también, según sus discursos y su acción, desea que la ilustre persona rinda más, convenza a sus incrédulos y se salve en salvándonos. Nadie, ni el demócrata más terco, tolera ya el concepto de unas democracias hambreadas y levantiscas, o mejor dicho, refunfuñonas por hambreadas.

Las últimas labores de nuestro político, las que él tiene más próximas en experiencia y las más preciosas para nosotros, son la dirección de la Caja de Crédito Minero y de la Caja Hipotecaria, y su participación en los trabajos de la Sociedad de Agricultura. El triángulo nacional de mina, agricultura y crédito forma la víscera cordial de la vida chilena, por lo cual puede decirse que el señor Ríos ha tenido sus manos puestas sobre todos los recursos del país. Nada de nuestra realidad inmediata ha quedado fuera de su vista. Como los técnicos que hacen a grandes lanzadas de pluma el gráfico de metales y cereales, de lanas y fibras, de carburantes y abonos, midiendo los pulsos vitales de un territorio, el presidente Ríos conoce las abundancias y las escaseces, las seguridades y las volubildades económicas de su patria.

En las pocas semanas de la lucha electoral, el pueblo tomó posesión de sus deseos verdaderos y vio de golpe lo que le traía este

provinciano en su programa parco, parvo y hasta seco: una política de absoluta economía y el compromiso subrayado de mantener la constitucionalidad, línea tónica de nuestra historia. El pueblo encontró bueno a su candidato para tiempos de cataclismo y de hambre a las puertas. Lo vio como una especie de José abastecedor del trigo en la seca y como un repartidor con manos limpias y eficaces. Las tres clases sociales convinieron en la resolución, casi sin discursos o recados, en unos de esos relámpagos de intuición colectiva que se parecen a la ojeada ansiosa que se dan las multitudes en riesgo mortal. Una vez más la muy cuerda chilenuidad acertaba en lo primario y lo vital: salvar el aprovisionamiento de un país pequeño, acogotado por la guerra.

Siempre agradeceremos a Juan Antonio Ríos el que en medio de la tempestad haya visto claro el que las democracias criollas se desprestigian por su torpeza o su lenidad en la política económica; pero le agradecemos, otro tanto, el haber sabido también que los pueblos viven tanto de libertades como de carnes y féculas.

Mirando a lo agrimensor la vida del presidente Ríos, variada, a semejanza de nuestra orografía, contradictoria en la apariencia, siempre volitiva, se acaba pensando en que él llega a la presidencia como a un menester total ensayado por años en oficios parciales. El realismo se lo dio la tierra y la casa pobres; su opción definitiva por la ley le vino del contacto viscoso con el desorden, y su política positiva parece la herencia recobrada de los viejos presidentes creadores.

En cuanto al sentido criollo americano, que fue una honra de los dos gobiernos anteriores, podemos creer que él está saturado del mismo fuerte continentalismo. La América criolla quiere como nunca ser una, ligarse, entrabarse, volverse un organismo racional por articulado. Aun los mismos de la disidencia, sienten el valor moral de la coincidencia y saben que irán hacia ella tarde o temprano.

Yo quería decir aún lo que vemos los escritores en los discursos documentales del mandatario. El gremio verbal por excelencia tiene que rastrear a su nuevo capitán en períodos escritos y en charlas familiares. Ellas nos dan la acción directa y pura, un modo de decir en el que parece que empezara el hacer. Su expresión oral recuerda a los que mandan en campamentos de camineros o en canchas de metal, teniendo a los lados piedras por colocar y por desplazar, materiales desperdiciados por descubrir y estorbos por aventar para el buen despejo de la faena que comienza. Esta lengua parecida a la flecha, de frase corta y enjuta, es por excelencia la que el pueblo celebra más y retiene mejor. Ella se asemeja al hablar objetivo de la gente rural; ella es pueblo rectificado, pero pueblo. Esta habla, además, carece de escondites y rodeos mañosos, y nos vuelve hacia el Chile clásico en el que se hablaba sin ladinería y sin aliño, en una derecho viril. Este decir no es el vaho caliginoso que han traído después los habilidosos y donde la verdad se escabulle o se esconde como el pez, con un coletazo diestro.

Por lo mismo que las promesas del señor Ríos han sido netas y sobrias las retendremos bien; como las cuartetos populares las repetiremos para tonificar nuestra fe, y las recordaremos a los demás dirigentes del régimen si estos las olvidan o las diluyen al administrar.

En las elecciones fuimos pueblo “auditor”, que se convence y se decide, y desde ahora pasamos a ser pueblo “cobrador”, que repite a modo del estribillo de un romance resabido lo que el mandatario honesto prometió darnos y quiere darnos por la mano de sus administradores, y a lo largo de seis años.

El destino me trajo la presencia verbal de su libro cuando más la necesitaba. Las almas flacas —y yo lo soy, digan lo que digan mis críticos— estamos corriendo el riesgo de darnos al desaliento de cualquier romanticismo, o bien al peligro mayor de mirar el planeta, vuelto de revés, con una repugnancia tal que nos lleve a la huida de los místicos falsos. Y yo me defiendo, hasta hoy, de estas malas cosas.

Su libro, Eduardo Frei, es de las mejores cosas que a lo largo de años se haya publicado en el género del ensayo social en la América del Sur, aunque traiga la vestimenta de maestro constructor y hasta de maestro albañil que decidió darle su gusto de la modestia. Acertó usted en la forma literaria, tanto como en la doctrina; el *barbilindismo* está hartado desprestigiado en la América Latina por toda la vanidad o todo el engaño que andan en las escrituras llamadas estéticas.

Pero le ha ocurrido a usted lo que a todas las gentes honradas que trabajan al margen de la ambición y están exentas del hábito criollo de mentir. Le ha pasado hacer un libro admirable sin darse cuenta de ello, al igual que el forjador de hierro, que sin pretender sacar de su negocio con el metal sino unas simples rejas de ventana o unas lámparas sólidas para el mercado, vino a sacar obras maestras que no necesitará vocear ni poco ni mucho, pues se venderán solas.

Sus ideas sociales de reconstrucción se me parecen mucho al oscuro hierro forjado de los italianos y los belgas. Ellas son sólidas, bien torneadas y serviciales.

33 Prólogo del libro de Eduardo Frei Montalva, *La política y el espíritu*. Santiago: Editorial Ercilla, 1940. (N. de los Eds.).



He leído la obra capítulo a capítulo, en un largo goce. Siento complacencia en el equilibrio que Dios le ha dado para manejar el tema social valerosamente y sin perder el tino necesario al que maneja fuego; me conmueve su radical honestidad en el trato del adversario, verdadero fenómeno en un ambiente como el nuestro, donde se niega al enemigo no ya la sal, sino aire y suelo, y me admira la capacidad de síntesis que le ha librado de la pulverización en que paró el análisis de los ensayistas en el siglo pasado.

Creo que muy pocos han sabido en Chile el crítico social de primera agua que había en usted, hombre sin frecuentaciones literarias de círculo, chileno puesto en un barbecho pardo antes de dar la obra.

Gracias, amigo mío, por estas virtudes cardinales que pasan a enriquecer la chilenidad, pues según la ley cristiana, rebosan de usted bañando casi la raza entera.

Ahora voy a caminar un largo trecho de tiempo al lado suyo, porque los textos vitales como este se parecen a una marcha conversada.

Comencemos la ruta, hablando de... Europa. Parece un juego de ingenio, pero usted ha dicho en esto también una verdad de tomo y lomo: "Chile es por excelencia un país de repercusión, y seguramente no hay otro donde se imite más servil y rápidamente al Viejo Mundo". A causa, amigo mío, de una educación que solo ha desarrollado en los mozos la forma marginal de pensamiento.

Debe seguir siendo muy grande nuestra quiebra de imaginación, para que no haya en nosotros una pizca de creación ni realista ni utópica que nos lleve a intentar alguna empresa política criolla, la cual esté marcada por el pulgar de una raza tan viril como la chilena; estamos obligados a pensar en que es la educación la que mutila a nuestra juventud, porque la raza no tiene amilanamiento y tampoco pereza. Quien nos

mire en este momento ve en Chile un espectáculo un poco grotesco: la zalema colonial hacia los imperios, idéntica a la que el rey de Túnez o los reyezuelos hindúes dan al residente francés y al príncipe de Gales... Naturalmente que no se trata hoy de adular a estas dos potencias, una caída y la otra acorralada. Lo mismo da; han cambiado los soberanos y, para mayor novedad, existe un nuevo imperio, el soviético.

Debemos confesar que la “América inocente” del poeta romántico es una ninfa Eco de cuerpo abolido, en carne de fantasma, sin fuerza para dar el grito inicial. Y aquí la función no deriva del organismo, pues el continente es una masa formidable y Chile, un cuerpo de metal absoluto, por esto mismo la invalidez para crear un módulo propio de vida da un asombro, que resbala a cólera; tanto leer de política, gracias a nuestras empresas que lo editan todo; tantos años de vivir una vida americana, es decir, original; tanto énfasis como el que corre por nuestros textos escolares de historia, y venir a parar en que no hallamos para salvarnos sino la receta nazi, o la fascista, o la comunistoide, o la portuguesa, o la cavernaria, ¡cualquiera, menos la propia!

Nosotros no resistimos el éxito en ningún campo. Nos embriaga como un alcohol de madera o de caña, arrebatándonos la lucidez; nos evapora las flacas convicciones que tenemos y acaba por apabullarnos enteramente. El exitismo sudamericano es algo descomunal. Me conozco muy bien su cara vulgar; la he visto en la condescendencia ante el dinero, ante el poder estatal, ante la mediocridad personal afortunada. La victoria de tal o cual régimen nos convence como la macana con un golpe en la nuca y nos paraliza las facultades de reacción, entregándonos al caporal extranjero. Eso le ocurrió al pobre Atahualpa delante del puñado de blancos; eso mismo al Moctezuma de los oráculos y eso también a los ilustres jacobinos de 1810, que recogieron la receta francesa de pe a pa. Bien haya usted, persona vacunada contra el espanto y contra algunos entusiasmos que no son sino miedo. ¡Usted, a quien en este libro no se le siente temblar del terremoto y que sigue

mirando a su conciencia a la luz misma del incendio! Le valen aquí sus clásicos cristianos, que no se vuelven locos viendo las hogueras, porque siguen teniendo razón, aunque la casa toda caiga sobre sus espaldas.

Quien lea su libro, sentirá a lo largo del texto la pasmosa serenidad con que fue pensado y escrito. Y como el concepto de juventud se le confunde a nuestra gente con el de agitación, su lector se preguntará cuál es el secreto de esta mocedad hincada en calma tal, que maneja las llamas de sus asuntos sin que se le encrespe la sangre. Esta serenidad significa un coraje legítimo: no hay valor verdadero que no sea tranquilo; las otras valentías son unos pobres fuegos de bengala.

Pero su manso coraje saca el metal que nos ofrece del lugar escondido donde se forman las cosas fundamentales: de la vida interna vuelta hábito cotidiano. Ella es la buena fragua de donde salen, además, las piezas hechas y derechas de la acción.

Hablar de la necesidad de una vida interna a un joven de nuestro tiempo es soltar su carcajada, lo mismo que alabarle la virtud de la oración en cuanto a préstamo sobrenatural. Algunas veces yo les escuché la risotada y la tengo aún en mis oídos. Muy natural es reír lo que no se conoce, aunque sea lo menos inteligente del mundo. La vida interna constituye para el hombre espiritual algo tan concreto como una siembra de lentejas y tan rotundo como los cerros chilenos. Pero se la conoce al igual que estas cosas o se la mirará como un vaho emocional, o un fuego fatuo con el que juegan niños ociosos. Bastante coraje demuestra usted en aludir algo que no circula como moneda corriente en la bolsa de la vida chilena. Hace poco un hombre de otro orden, soldado de línea diferente, Enrique Molina, se atrevió a indicar con dedo de maestro hacia la región sólida e inefable a la vez de la experiencia interna y el resultado fue que le incorporen a la beatería criolla... La vida interna ha dado a usted el coraje que no teme el ridículo.

Corre de página a página de su obra una gran elegancia moral, expresada bajo la forma de la cordialidad, santo y seña de una escritura espiritual. Sin perder nunca dicha elegancia, atraviesa usted la ciénaga tropical de la política, que a esta hora todos cruzamos con el lodo hasta la cintura.

Me faltan algunas materias que mucho me importan en su libro admirable; por ejemplo, las referencias a la historia de la América española, cuando usted se ocupa del establecimiento de los nuevos regímenes europeos. Habría que hablar al mismo tiempo de las semillas importables y del terreno donde van a prender las muy exóticas, siete veces intrusas.

La dictadura militar no es ninguna novedad entre nosotros, como que ella representa nuestra doble tradición. La historia hispanoamericana no viene a ser otra cosa que el trance de una libertad pasión, de la que llamaría Unamuno una libertad agónica que hace su vía crucis cayendo y levantando. Como han llegado los tiempos del buen comer y el buen beber traducidos a la doctrina política, los jóvenes que antes juraban su fe al ministerio de agonía, ahora abandonan su Cristo libertad, quien no puede dar el vino del poder ni la grosura del logro fiscal.

Posiblemente usted, como muchos de su generación, no haya leído entera la novela trágica por excelencia que es la historia de los pueblos hispánicos; pero su vieja amiga se ha magullado sobre ese tendal de espinas, y esta sangre gotea de su memoria siempre.

Nuestra verdadera tradición se llama tiranía: el caciquismo de los indios, que se apartó de lo cavernario solo en el noble imperio de los incas y el caudillo español, cuyo cogollo más limpio y decoroso sería la dictadura porfiriana de México. Nacimos de semejante ángulo y aún no salimos de él.

Cualquier régimen de autoridad que traigamos por el mar tendría la suerte de aquellos animales exóticos que en la

América degeneran en el pelaje y la carnazón de nuestros carneros criollos. Pensar en que guarden la *allure* europea o en que chupen de nuestro limo la esencia racial de que vivían, es una inocentada, y una majadería. Los nazistas quieren hacernos un nazismo dizque superado, careciendo de los mitos germánicos que comprenden desde la fábula familiar hasta los dramas musicales de Wagner, y siendo este material de embriaguez heroica lo que ha hecho posible una curiosa mixtura de ensueño y de acción, de terremoto imaginativo y de realización práctica. Quieren fabricarnos por la fuerza una organización cuya técnica Alemania viene preparando desde hace siglos, sin apartarse nunca de su doble signo de delirio cesáreo y de disciplina científica. Para llegar a eso nosotros, pueblos asomados a vivir, no tenemos ni el idealismo filosófico de los germanos en el pasado ni su materialismo vertical del presente, que ellos han logrado fundir en un bloque.

Y en cuanto al método fascista, que tanto tienta a nuestros reaccionarios, los pocos hombres con cultura clásica que tenemos han dicho ya a los líderes desafortunados que nos faltan cuatro mil años de cultura latina, de esa que los tales líderes detestan tanto como la ignoran.

No, lo que tendremos en la pobre América española, si hacen su gana los ensayistas trágicos que van y vienen, alcoholizando al pueblo inocente con las victorias europeas. Lo único que en esta orilla brotaría después de su siembra de locos, habría de ser la vieja matonería indoespañola, el machitún alegre del bando que pone al fuego a sus enemigos o los echa por el mar hacia el destierro.

Ningún odio siento hacia el pueblo alemán, cuya imaginación fue siempre para mí una fiesta lírica y ni aun no tengo empujo en decir que su música me ha regalado las mayores exaltaciones que se puedan recibir de una fuente que no sea naturaleza. No puedo, además, hablar con repugnancia de un pueblo cuyo mujerío maravilloso me conmueve en su fidelidad a una tradición mujeril de treinta siglos.

Y cualquiera que me conozca sabe que el pueblo italiano es el que yo amo más entrañablemente en este mundo, al lado del criollaje americano. Por lo tanto, no salta del odio mi asombro de que pueda siquiera pensarse entre nosotros en nazismos y fascismos como en el maíz y la mandioca... Conozco a aquellas razas que nuestros líderes atarantados creen conocer solo porque leen unos cuantos folletitos de propaganda; las he convivido; las he seguido media vida; las estimo y las amo por sí mismas... y sin relación posible con nosotros en la realidad de su costumbre civil o guerrera. La ignorancia americana necesita ser fenomenal para vocear nuestra asimilación a una forma de vida tan lejana de la índole criolla como otro sistema solar. Hay que tener una bobería infinita para prescindir mentalmente de una experiencia histórica y del hecho que significa un estilo racial, y vivir predicando el transporte de tales regímenes a nuestro continente, más indio que español y en lo español poco latino y menos gótico aún. Sería cosa de reír de la baladronada, si los tiempos fuesen de chanzas y si fuese dable divertirse ante una experiencia que equivale a abrir en res el cuerpo de la patria, solo por medir su resistencia a la sangría de un tremendo ensayo.

Ahora digamos algo del otro asunto que me falta en su hermoso libro. El tema del sufragio femenino, amigo Eduardo Frei, eso me falta.

El sufragio no es gran cosa en su aspecto formal, que es el único que ha tenido hasta hace poco, pero en 1940, cuando se pretende mudar la esencia misma del Estado, habría que pensar en que decidan del destino de la chilenidad hombres y mujeres.

La vieja disputa entre el conceder, el negar o el retardar el voto mujeril, me parece más cómica que astuta. Las izquierdas lo aceptaron siempre en forma teórica y mientras fueron minoría dieron batallas por el sufragio femenino; los conservadores lo rechazaron siempre como principio, por espíritu tradicionalista, pero hoy ablandan el ceño ante la reforma

porque piensan en que nuestros votos bien pudieran ayudarles en la encrucijada donde se hallan. Las mujeres no ponemos gran cosa en el debate, que los hombres prosiguen solos, haciéndose a la vez jueces y partes; como nos gusta poco la demagogia, no nos echamos en desfiles chillones por las calles y solo reímos de la gran hipocresía de los dispensadores de vida y muerte... El presidente Aguirre Cerda, feminista de doctrina y hechos, tenga el coraje de ponerse entre los dos frentes fariseos y su intervención nos valga esta justicia que no necesita alegato, que es clara como el cielo chileno y que agobia a los pleiteadores con su luz cenital.

¿Van, ellos, a disponer de la suerte del mujerío, es decir, de dos millones de ciudadanos chilenos no a pleno derecho, sino a pleno antojo? ¿Van a hablar hoy como antes de nuestro analfabetismo, siendo ellos los aceptadores más despreocupados del analfabetismo que los elige cada cuatro años?

Al mundo rojinegro, sanguinoso y encenizado a la vez, que ellos nos han hecho y siguen haciendo, ¿no tendría la mujer nada que llevar, con el fin de salvar siquiera una partícula de salud, de orden y de pulcritud republicana? Y si no tuviésemos las mujeres cosa alguna que pedir, porque nos hayan dado cuanto es menester, ¿no aceptarían ellos siquiera el concepto de que podemos velar por los niños que forman un tercer lote humano ausente de las cámaras y la porción puesta al margen por muchas conciencias viriles?

Eduardo Frei, usted también los olvidó, y este desliz en una mente tan escrupulosa como la suya, le declara a su amiga mejor que cualquier otro dato, la inefable despreocupación de nosotros que hay en las cabezas capitanas no solo de Chile... sino del planeta. ¡Merecen ustedes un premio de olvido, una cruz de hierro aplicada a la más estupenda distracción! El pecado no debe avergonzarle por ser allí universal y por ser probablemente un atributo viril, según se ha visto en ingleses, franceses, españoles, etcétera (habría que añadir todos los gentilicios...).

El único trabajo que me da la lectura de su libro es el de los nombres de algunos regímenes sociales. Será verdad aquello de que nombrar las cosas morales es la mayor hazaña que cabe a los hombres, cuando logran el nombre que calza bien al objeto y que es la peor fuente de conflictos cuando el nombre no designa con una exactitud vertical. Siempre nombrar me pareció un problema, pero en esta lectura se me vuelve un abismo. Cuando en Europa las gentes me preguntaban si en tal o cual país de la América había democracia, socialismo, dictadura o anarquía, mi embarazo era el mismo de hoy. Eso no, solía decirles a la primera consulta. Venía la segunda. Tampoco eso, y el diálogo solía acabar con un silencio o con una sonrisa. Y el sonreír no era hurtar, sino respetar las palabras, así las mejores como las peores. Porque nuestro continente, hijo de la confusión desde la sangre a las ideas, no tiene clasificación europea posible en los asuntos sociales. El Uruguay me salvaba siempre; eso es una democracia lisa y llana desde hace treinta o más años. ¡Qué alivio poder descansar en un sustantivo indudable!

Las mujeres tenemos el grave inconveniente de no tomar en cuenta para nada los afiches, los folletos, ni aun los libros. Somos los seres más incrédulos del mundo en lo que toca al recitado de los programas políticos. No nos dicen nada. Creemos, con Santo Tomás, en lo que se ve y se toca; de allí nuestra limitación y también nuestra utilidad de testigos. Damos fe a la costumbre que nos rodea, a cuanto vemos hacer, al cómo vemos trabajar, gozar, sufrir; a la realidad de un país que aparece en la mesa del burgués, del obrero y el campesino.

Dígole, pues, amigo mío, que yo tengo dos corporativismos en mis ojos y no le nombro cuáles, porque el reglamento consular me deja todavía pensar, pero no me permite nombrar países. Los dos corporativismos que me tengo vividos son tan diversos uno del otro, que no es posible casarlos bajo un nombre común.



El tercer corporativismo que poseo es el de la República de Florencia, y este a medias, puesto que no lo vi... Siempre me pareció un equilibrio entre aristocracia y pueblo, el mejor que tal vez se haya logrado, pero que duró poco, porque nuestra pobre humanidad no gusta de lo difícil y aquello era empinado por ser profundo y fino.

¿Qué hago para clasificar al artesanado florentino? ¿Qué clase era la de esos hombres, los mayores de su tiempo? ¿Eran pueblo? ¿Eran lo que se llama, como una palabra cursi, élite pura e indiscutible, o sea, aristocracia? ¡Pero qué salarios tan infelices para una clase semejante de maestros en profesiones y oficios!

Otra vez aquí, Eduardo Frei, me detengo y por una obligación que me impuse al comenzar: la de no descorazonar a usted, hombre joven. Por otra parte, sería preciso escribir un libro respecto a un asunto de tal categoría.

Tomo el rubro de un libro que anda por ahí, editado gracias a la diligencia de Victoria Ocampo y que se debe leer.

Es humano que el católico, como cualquier hombre, busque el dinero, lo gane, y fatalmente lo vuelva capital. Pero lo que no es cosa de hombre espiritual es el que se ponga a pensar a través del dinero como quien mira por un cedazo que le da todas las ideas marcadas por el duro colador de oro.

A veces entiendo el furor de Papini en las páginas donde se duele de que haya tantos católicos. Es enormemente difícil en este mundo enflaquecer las ambiciones, hasta el punto de que se pueda mantener el equilibrio entre la conservación de los bienes y la libertad de juicio. La prueba ha sido de todos los tiempos, pero como el reino de la materia ha engrosado, la gran prueba ahora aprieta mucho más. Los católicos ricos parece que no tienen la fuerza espiritual necesaria para mirar de hito en hito la fórmula que se les plantea con la brutalidad del momento que viven; pero es él quien tiene la obligación de aceptar más

sacrificios que los laicos y de aceptarlos con menor agriura de corazón que éstos.

Usted dice sobre la función de la riqueza en esta hora cosas de una parte tan realistas y de otra tan iluminadas por la gracia, y las afirma en citas de tal peso, que me da cierta vergüenza manosear sus textos con mi pobre comentario.

Los ricos viven enamorados de una religión de pobreza y a lo menos de austeridad. No les queda más que acudir al cumplimiento penitencial de su deber o renegar del nombre que adoptaron. Ellos saben que el apelativo de cristianos, lejos de ser un rubro más o menos vago, es la cosa más rotunda que pueda darse. Léanse en su evangelio de cabecera el sucedido del joven rico que basta y sobra, y no le den más vueltas a la cuestión, que no las tiene, como el caracol. La raya del cristianismo es recta y rechaza el sesgo.

El católico rico de Chile siempre ha vivido —y hoy vive con más fuerza— un servicio social cristiano. Su conflicto actual viene de que han pasado los tiempos de las pequeñas dosis para salvar el cuerpo enfermo del país; la época se ha vuelto de un tremendo rigor, de una prisa de torrente, y lo que antes bastaba no sirve más. Ahora no resultan válidos sino los sacrificios heroicos, como en la vieja edad bíblica, santa y dura. Bastaría oír el mandato social de esta hora con el corazón que siempre fue el oído fiel y no con la inteligencia, que ha resultado sorda como el corcho mejor que como la piedra... que algo oye, puesto que resuena.

Pero, ¿no habrá en el catolicismo de mucha gente, amigo mío, una religión de estética, es decir, esa mentirijilla que se parece a la paganía apolínea? ¿Y no habrá en otros más numerosos aún la mera costumbre rezadora que las gentes llevan a la espalda, igual que una carga, en vez de llevarla sobre el pecho, como un manadero de aguas vivas? Poca vida hay en esos hermanos y menos aún ojos alumbrados sobre la afilada ruta que vamos haciendo todos empujados por un viento de

apocalipsis. Vuelve el trance del cristianismo heroico. Está bien que vuelva; un poco más y se liquidaba el Evangelio que jamás fue un pañuelo de florecitas y menos una jalea.

Cuando se habla de una nueva Edad Media, lo que en eso entiendo es la vuelta de nuestra clase —la suya y la mía— a una espiritualidad heroica, pues ella anda en un descarrío hartito visible y lo que menos quiere es ser media, es decir, un barrio gris entre el dorado bizantinismo de la clase rica y el color betún de la miseria popular.

Fue nuestra, enteramente nuestra, esa palabra “mística”, que es toda ígnea y remecedora, allá por los siglos llamados de Oro, más por ella que por algunos pobres monarcas; y esa palabra, con cuanto contiene, nosotros la perdimos. Ahora el santo vocablo nos ha sido arrebatado y anda por allí, lleno de sangre o de barro, usado por los paganos a todo su gusto.

Oí decir una vez a Carlos Pellicer, el mexicano, en un círculo de “promovidos” de la clase media: “Yo creo que en cuanto cristiano ciento por ciento, no puedo aceptar la idea de clases, pero creo que mientras existan, lo que me corresponde es no sacudir cuanto hay en mí de segundón, porque eso me hace uno con el pobre y me deja oír los latidos de su dolencia o de su desgracia. Me gusta el vínculo y no haré nada por rebanarlo, a fin de que siquiera mi pequeño dolor me amarre al otro dolor grande”. Hago mío el período, palabra a palabra.

Alguien a quien repetí el juicio me contestó que la idea peca de tonta y falsa, porque se trata en ella de conservar y no de suprimir la pobreza. Pero, ¿quién que no sea un farsante puede creer en tal supresión, si lo único que el planeta puede dar de sí es la anulación de la miseria, pues cuanto él tiene y contiene no alcanzará jamás para crear la legión de ricachos que vocean los ladinos o los tontos?

Tenemos que decir muy claro y preciso que la clase media tiene en Chile un aprovisionamiento tan caro de sus necesidades que

en cada trance revolucionario nuestra magra hacienda de país pobre se queda en poder de ella y que a nuestra fabulosa miseria popular solo se aplican las raspas de la marmita estatal. Y es que la muy ávida ama bastante el lujo.

No hay en Europa clase media tan poco leal al pueblo en la hora de liquidar la victoria como la que hemos visto nosotros dos en los últimos años de nuestra patria.

Toda mi vida vi claro en esto y supe que cuanto tenemos en recursos fiscales debe ser aplicado con una prisa quemante a la clase que en Chile no tiene suelo, muro, mesa ni lecho, que no posee sino luz y aire: al pueblo rural.

La espiritualidad de la clase media parece que estuvo hecha en el Medioevo de la diferencia creada entre el trabajo bruto, el que hacía el siervo, y el trabajo de creación, a lo menos de esmerado amor, que se entregaba a otros trabajadores por su mayor fertilidad o su mayor cultura. Dicha espiritualidad se va evaporando a ojos vistas. En nuestras profesiones, el estandarismo deslizado incluso en los magisterios, más afiladamente espirituales, como la docencia o la abogacía, minan la vieja norma que entregó a esta clase la defensa del espíritu, a través de un trabajo próspero, más próspero que todos los castillos feudales del Medioevo.

Si me ofrecen el regreso a aquel gran decoro, me voy con el que sea capaz de cumplirme de veras la fórmula. No tengo ningún interés en la promoción hacia una clase cuyos menesteres no son los míos, en cuya manera de placer yo no tengo ningún agrado y cuyo poder no le ambiciono ni en mínima parte.

Pero, amigo mío, usted sabe que la mitad de los doctores sociales medievalistas traen bien clara sobre la frente la arruga de una torva intención: defienden el salario medieval y la vuelta a la nada del pechero infeliz.

Nadie ha entendido mejor y vivido más la clase media en su honra esencial y nadie ha dicho mejor este asunto que el grande y querido Charles Péguy, y no es que diese fórmulas —él no era ni profesor ni farmacéutico—; él vivió, sencillamente, en artesano medieval y por la fuerza que da el aceptar un oficio, y en él una misión. Charles Péguy aparece hoy como el hombre mejor de su generación de *revoltés* fracasados.

Usted sabe, amigo Frei, que esos hombres no los produce la confusión de los pueblos nuevos ni el desorden de las democracias improvisadas. Él podía, ¡dichoso hombre!, hablar de la Edad Media que su patria vivió. Nosotros quemamos la etapa y somos pobres de una pobreza particular y mala: la de carecer de ciertas experiencias profundas; nuestra edad primitiva —la india— la renegamos; el Medioevo español apenas lo conocimos, pues de golpe y porrazo caímos en el *bric-à-brac* de las democracias fabricadas como los carros Ford o el jabón Palmolive.

Tenemos que hacernos el alma a gran prisa, lo mismo que los yanquis, y parece que para este grave asunto no sirve ni mucho ni poco el molde de la época. ¡Menuda pretensión ser un moderno sin haber sido ni un clásico ni un medieval! ¡Y tan orondos que andamos en nuestras universidades oficiales de haber tirado el latín, que a lo menos significaba el contacto con dos edades ilustres, como quien dice, el atrapar el pecho materno y beber su leche, creadora del hueso y del músculo!

Por eso no soy, yo, amigo mío, eso que llaman una optimista. Hemos nacido con cierto pecado original que nos aplebeyara por cien generaciones conjuntamente la vida y las empresas; nacimos cortados de las líneas nobles que forman una verdadera casta. De ser hindúes, tendríamos un clasicismo en sánscrito; de ser chinos, nos ampararía el rocío de aquella vieja *sagesse*. Pero hemos querido este absurdo: renegar las dos culturas del continente, despreciar el clasicismo español y adoptar para nuestra formación el bazar del siglo XIX. (Mudar de color).

Ni en la Argentina ni en el Uruguay he visto una clase media tan absorbente, pues ella sabe allí que una evolución, y con más razón una revolución en almácigo, debe ser verticalmente dirigida a la redención del pueblo, aunque esos dos países carecen del pobrerío desnudo y descalzo que camina por las carreteras de Chile.

Me parece, amigo mío, que cuanto se dice del corazón encalecido y de la mentalidad social egoísta de nuestra clase rica, hay que decirlo también de la que viene enseguida, o sea, de aquella mitad de la clase media santiaguina. Y ya es necesario que la crítica social considere a nuestra clase, la suya y la mía, como partida en dos: la burguesía y la pobre, aquella vuelta un costado de la plutocracia y esta, una lonja superior del pueblo; no hablemos más de tres clases... sino de cuatro y aun de cinco, ya que la masa obrera aventaja enormemente en salario a la infeliz masa campesina. Más cómodo era tratar del país en las tres rayas clásicas, pero eso resulta bastante falso a estas alturas del tiempo.

Los lectores —no usted— dirán, leído lo anterior, que soy una pesimista radical, tan odiosa como algunos viejos conservadores de Chile. No tanto, no.

Paralela a la tradición española y a la india de matonismo impenitente, corre otra línea racial, camina otra raya tradicional bastante visible: la de los íberos pleiteadores de sus fueros y que desde dos mil años han vomitado el liberticidio, desde los pastores íberos hasta los católicos vascos y los catalanes de índole provenzal. Y dentro de las masas indias aceptadoras del matón vernáculo o español, hubo siempre el indio indómito, el Xicoténcatl que decía “¡no!” con una terquedad de cactus americano, sin manoseo sobre su cabeza libre y llena de púas.

En la vida americana, esta doble tradición libertaria se ha mantenido con una empecinada vitalidad; está intacta y yo creo que atenta; se parece a las aguas subterráneas: apenas echan señales de sí, pero no se han acabado, las muy preciosas.

Los apóstoles de la dictadura a toda costa pueden engreírse de ver las pobladas a quienes convencen (no es difícil embriagar a los pueblos, sean mestizos, sean caucásicos); pueden los envalentonados hacer todos sus cálculos y planear sus “buenas” venganzas. No conocen las entrañas de su América mestiza, como que no confiesan nunca su mestizaje. La verdad última, la que cuenta, es que ningún pueblo indioamericano dejó jamás de sentir repugnancia de su tirano o su tiranuelo, que siempre hubo un grupo —el de los tercetos— que siguió el cortejo del vencedor diciéndole en una interjección o un rezongo mascullado alguna expresión mucho más clavadora que el “acuérdate de que eres mortal”. La honra de nuestra historia es precisamente ésta: los países mestizos nunca dejaron de sentirse irritados, y cuando menos disgustados, del tirano benévolo y no digamos del perverso. Un desasosiego constante, un malestar vago o agudo, una sensación viva de vergüenza, acompañó siempre a los veintiún pueblos nuestros que han subido la escala del absolutismo, desde el jalón más suave hasta el más agrio.

Yo, la pesimista, descanso en lo que me sé, ¡y no de oídas! Yo me fío a esa historia vista y leída, asistiendo a los preparativos de la nueva feria que trae cuatro o cinco modelos: el alemán, el soviético, el italiano y sus combinaciones. Y como creo a mi manera en la sangre, me alivio en la vigilia angustiada que vivo sobre esta almohada de nuestra tradición. La América mestiza produce hoy el mayor número posible de liberticidas; pero tarde o temprano amanece la sorpresa y llega el buen burlador parecido ¡él también a Zaratustra! Llega callado y solo, pero en poco tiempo es legión y hace su faena de limpieza.

Todavía es tiempo, amigo mío, de salvarnos con un poco de buena voluntad. Podemos aún revalidar nuestro régimen a base de anchas reformas que no lo hagan un aliado de la anarquía; o podemos optar por la adopción de una modalidad propia, en el caso de que nos decidamos a crear, dando la cara corajuda a cuantos riesgos trae consigo una creación. Para ello necesitamos aproximar a nuestros ácidos partidos políticos. Estamos

en plena bandería y el espectáculo del mundo parece que no nos causara angustia alguna.

En la faena de unidad, usted y sus semejantes en espíritu tienen un lugar de todo derecho y bien podría decirse que un lugar excepcional. Porque ustedes no vienen marcados con las viejas culpas y tampoco sustentan la fe boba de los futuristas. Hay que decir, otra vez, que sus clásicos les han dado el recelo de la vejez —el clásico es el antiguo y nunca el viejo— y que les han puesto la narigada de sal de la sensatez, a fin de que recelen mucho de las piruetas que pueden resultar mortales, como la del saltarín vanidoso.

En el impasse en que nos hallamos, con dos frentes de anchura semejante y de testarudez parecida, se me ocurre que las almas de su categoría sean las que tienen los labios más puros para pronunciar la palabra “unificación”, sospechosa en otras bocas, y la otra más alta de “unidad”.

Los acontecimientos, que llegan con una rapidez solo parecida a la de los sueños, no pueden vernos defendidos sino a condición de que estemos acordados. Es difícil que una legión de traidores pueda hacernos más daño del que nos hace un millón de chilenos decididos a pelear... el poder que reparte los cargos públicos. Es un espectáculo que parece de tribus el que estamos dando a la hora en que a ningún pueblo con juicio le importa el partido A ni Z, porque no se discute en medio del fuego y, ante todo, es preciso salir de la hornaza para cambiar unas cuantas razones.

La frase de “unión nacional” ha servido en el pasado para muchísimas componendas feas, bien lo sabemos. Pero ahora no se trata de aquellas pobres malicias santiaguinas, sino de salvarnos o de perdernos todos, queramos o no entrar en la epilepsia del Viejo Mundo; amemos o detestemos al vencedor. Ningún bando tiene el derecho de disponer de nuestro destino colectivo y echarnos de bruces en su aventura solo por dar gusto a su doctrina, o a su vanidad, o a su granjería. Estamos en algo



ateo parecido a una hora plebiscitaria, en la que cada chileno no quiere hablar y ser oído, y la única manera de sosegar esta ansiedad es el que se haga una pausa que dure mientras se liquida la catástrofe.

El nombre desprestigiado de Unión Nacional se rehace de pronto como un cuerpo transfigurado pierde su viaje, pierde su vieja miseria y logra un rostro conocido, el semblante de 1810, nada menos que eso. Vivimos la circunstancia mayor de hace 130 años. Tomar la posición entera de este concepto, vivirlo con todas las potencias, “realizarlo”, como dice el inglés, significaría para nosotros soltar la corteza envenenada de nuestra discordia y mudarnos de tal modo que pasemos a hablar, a hacer y a vivir durante estos meses, de una manera absolutamente sensata.

Tenemos bastante olvidado el gran trance; lo celebramos solo con algún pobre discurso dieciochero y nos cuesta entender que los tiempos regresan como la marea, y que vuelven trayendo los mismos quiebros abismales y la misma crestería amarga.



C H I L E V



UNA BISNIETA DE ANDRÉS BELLO:  
REBECA MATTE<sup>34</sup>

Descendencia preciosa. Destino extraordinario el de la sangre dejada en Chile por Andrés Bello: ella sigue sirviéndonos; ella sigue haciendo presencia en la cultura chilena; ella parece como la lealtad larga del gran viejo, que no quiere acabársenos.

Mientras los muchos guardan solo al abuelo su migajón de aprecio y miran a los nietos en segundones, yo me acuso del pecado de agradecerle la sangre más que la Gramática y el Código Civil. Le agradezco la muchedumbre de los nietos por encima de la Rectoría de la universidad servida en grande; me gusta, con un sentido medieval, que una descendencia de escritor se dé cuenta de su apellido, obedezca al espolonazo inicial, se sienta obligada a dar competencia y se dé cuenta de que es asunto grave llevar un nombre de artesano glorioso, a menos de prolongar la misma u otra artesanía magistralmente.

Estoy pensando siempre que a la sangre chilena, de pulsos tardos y recelosa de fermento, le sirve al revés de lo que creen algunos vascos rijosos, un vasito de sangre tropical de vez en cuando. Don Andrés llevaba esta sangre, pero se la había sosegado, se la había metido en orden con letras grecolatinas... Que don Andrés venía del trópico, que había comido frutos capitosos, no lo sabemos por él mismo, a pesar de la "Oda a la zona tórrida", que en su gente más por el nieto o el bisnieto que por el hijo: con lo que se prueba que es verdad el salto que cuentan; el hijo toma alguna facción y acepta algún ímpetu del padre; el nieto suele devolvernos al héroe.

34 Publicado en el diario *Universal*, de Caracas, el 8 de abril de 1930, y en *El Mercurio*, de Santiago, el 4 de mayo de ese año. (N. de los Eds.).

La gente Bello se llama en Chile todavía con estos claros nombres: Teresa Prats Bello, la pedagoga, de la cual nunca quisieron darse cuenta los patrones oficiales y los manejadores de algunas mafias pedagógicas. Señaló con dedo bastante neto el disparate de educar a las muchachas de Chile con el mismo plan de estudios que a los mozos, y antes que nadie indicó la división racional de los liceos para mujeres en dos grupos. Se llaman Inés Echeverría Bello, letrada de mano un poco versátil que se ha posado en el ensayo, la novela y la crónica, siempre con capacidad y fortuna bienaventurada, y que no se ha quedado en ninguno de esos menesteres: noble carácter, pluma ágil hasta el juego, facultades ricas. Se llaman Joaquín Edwards Bello, el capitán chilénísimo de nuestras letras, tipo de criollo espléndido y escritor admirado de toda la gente americana, excepto uno que otro viejo chileno que refunfuña por las savias tan violentas que lleva “y que no convienen a un nieto de gramático”. Son Rebeca Matte Bello. La escultora mayor que acaba de morírse nos y de la que yo quiero acordarme en esta ocasión. (Son otros más todavía, de los cuales sé poco).

Rebeca Matte nació millonaria, lo que es siempre ardid del diablo para hacer un indolente; pero fue hija de un rico bastante culto que corrigió lo nocivo de la fortuna. (Augusto Matte era hombre más atento a la cultura de Europa que a la balanza de la Bolsa de Valparaíso).

No sé hasta qué edad la acompañaron con lucidez los ojos de la madre y le guardaron los juegos. Un día que ella no olvidó nunca, la madre le contestó con una palabra trastrócada y le dijo alguna cosa insensata que parecía de otro niño. La niña se echó a llorar y desde ese día no tuvo más a su madre, aunque se le quedara allí un tiempo, así, tan distinta, en la casa de siempre; aunque era aquella su misma cabeza hermosa, la boca de su risa y la mano de su cariño. La demencia le había torcido el gesto y le había dislocado el eje visible del alma en la mirada, en los ojos que no volvieron a acompañar nunca, porque habían adoptado un lote extranjero de visiones.

Cuando yo he visto locos de este género, el insensato dulce que no manotea y que hasta conversa con nosotros, siempre me han dado la sensación de que se ocupan de objetos tan verdaderos como los nuestros, en otro planeta suyo, y de que están jugando con ellos hasta con cierta dicha.

Antes o después de la desgracia, la niña viajó con el padre por Europa, en viaje lento, el solo que es válido; su Roma caminada con esa parsimonia que es la pasión en pausado disfrute; su España de monumentos y de paisajes, que es el país tónico por excelencia y que no da nada al turista atolondrado; su Francia, que entrega el bulto, por lo que todo el mundo cree conocerla pronto; pero que abandona los plieguecitos, los dejos, bien a la larga.

Augusto Matte se sabía a lo pedagogo —cualquier padre fino resulta pedagogo— que un viaje de esta índole y ninguna cosa mejor que él, desentraña la vocación en la juventud y la deja visible como una raíz volteada.

En la visita larga de los museos, la niña Rebeca se retardaba en las salas de escultura y siempre delante de lo mejor, aunque el padre no se lo apuntara. (El gusto lo tuvo de anticipado y para toda la vida seguro). Al visitante común lo atrapa de golpe la pintura, tanto porque son los cuadros los que hacen la muchedumbre en los museos como por aquello que todos sabemos de que el color nos llama la sangre con fuerza y nos echa al cuello una lanzada más sensual. La escultura en Louvres y Vaticanos no toma más de algunas salas, y los pobres escultores, así se llamen Donatello o Cellini, andan siempre a la zaga de cualquier cromo de Rafael.

La niña habló al padre de darse a eso, al oficio austero y pesado que al hombre le pide fatiga y a la mujer cuánto más. Ese día el padre tuvo la fiesta de orgullo y de dicha de ver que su hija escogía oficio mayor y optaba por algo, sin ninguna obligación de optar. El viejo Bello volvía de la manera extraña, no recta, sino sesgada, con que vuelven los muertos; el

viejo latinista y latinizante mudaba en la niña su Cicerón y su Séneca por las cabezas grecorromanas del Museo de Nápoles (la *Psiquis* de Nápoles precisamente se le volvió compañera familiar en su casa).

El arte ejercido sin necesidad les parece siempre diletantismo a algunos pícaros. La democracia nos ha echado a perder tanto la probidad en algunas cosas, que al rico le cuesta muchísimo que le reconozcan talento para un menester cualquiera. Que un hombre o que una mujer lo tengan todo, y que se les ocurra trabajar por darle gusto al alma que tiene, lo mismo en Pedro pescador que en Nicodemus, voluntad violenta, se nos ha vuelto asunto de no entender y de no creer a algunos demócratas. Mejor fuera pensar que la vocación del rico, cuando le nace, es una supervocación, puesto que sin punzada de hambre le hace producir y sin azotaina de capataz le consigue un trabajo tan regular como el que damos los urgidos por las cosas. La necesidad crea más fácilmente la vocación falsa; ella nos pone en un suplicio de rueda para que escojamos pronto, y escogemos con la urgencia que la sopa nuestra y de los nuestros, o mejor, no escogemos, atrapamos lo primero que da de comer, a los 14 años; el que carga madre o hermana a cuestras, corre, corre, lo mismo que el que carga tronco en el lomo. Entre las cosas feas de la miseria, las cosas de hacer llorar, yo cuento esta prisa.

Lástima grande, eso sí, que el rico que fojea el oficio antes de adoptarlo y que lo somete a un juego de espejos para verle todos los perfiles, rara vez pasa de cortejarlo y de hacer con él algunas engañifas y algunos mohínes regalones.

Se decidió, pues, Rebeca Matte por el arte que carga más artesanía adentro, a causa del manejo del material duro y feo: grendas de cernir y cernir —las nuestras son bravas—; armadura o esqueleto que enderezar; vasos vivos de amasar y yesos muertos de debastar; y la talla de la piedra, ella misma, faena a la vez fina y brutalísima. En esta última se hacía ayudar como todos lo hacen —también ellos—, y este es el origen de



la murmuración de algunos bellacos: “Doña Rebeca trabaja a medias con el maestro”. Con el tallador, moralmente y con el cantero... Pobrecitos chismosos del gremio, siempre con bilis asomada al hígado “húmedo”... y al comentario.

Esta vida de trabajo manual y de estudio la alejó fabulosamente de sus círculos, de los salones en que se danza —la danza tonta— y donde se penelopea sobajeando la misma lana sucia del chisme social cada noche. Me la han contado muchas veces, y me han hecho quererla así como me la daban, con su bello desdén del embeleco mundano, con su independencia que le llaman salvaje y que era lo más prócer de este mundo, con su vuelta de espaldas a la holganza de su gente. “No le gustaba bailar”, dicen; no conversaba bien y era lo que llamamos una “taimada”.

Buena conversadora debió serlo; sus cartas contenían una fuerte seducción y la epistolaridad anda melliza con el conversar, tienen el mismo tono y echan las mismas luces. No daba la amistad con la facilidad criolla, eso sí, “a tontas y a locas”; la ofrecía tardíamente y en obra maestra; entonces esa amistad era, dice Inés Echeverría, un regalo de no soltar, una generosidad cegadora de enorme diamante.

Por este tiempo se casó y le decidieron el destino una hija y el viaje definitivo a Italia. Mujer de su clase social no puede crearse en su país el perímetro de soledad que necesita un oficio, a lo menos cuando se aprende. Ella no quería hacer de la escultura lo que hacen de la pobre pintura las niñas ricas: acuarela sosa o cromo perdurable.

Se vino a vivir a Italia y compró una media colina de Fiésole: viña claveteada de cipreses y al medio la Torrossa, tan roja como el trapo de vestir del Dante. Desde el amplio mirador, con su mirada de escultora, que contiene los dos sentidos en uno, ella veía y tocaba el paisaje que todos nos sabemos, dulce sin laxitud, y que no da nunca empalago como otras dulzuras de la geografía.

Los maestros italianos se sentían felices de enseñar a una mujer en la cual era tan seguro el sentido de la belleza clásica, y que resultaba el discípulo perfecto para cualquier pedagogo; humilde para buscar, de una humildad ardiente, la humildad de los grandes aprendices medievales. Joven estudió, mujer madura estudió y vieja tampoco se abandonaba como los “geniecitos” de la intuición pura a sí misma, a eso que llaman la inspiración y que puede llamarse la tontería envalentonada.

El patetismo un poco ingenuo del *Horacio* y la sentimentalidad de la *Melitza* se fueron mudando en un clasicismo de la línea de Esquilo. Venía de tierra dramática, donde la cordillera trenza sus nudos más desesperados, y era de las pocas que criadas, en la rodilla de Melpómene de la montaña, se dan cuenta de ella, entienden su insinuación y la aceptan. El *Monumento a los héroes de La Concepción*, mejor que un grupo que cuenta una anécdota de guerra, me parece a mí una composición magnífica en que ella, con un pretexto oportuno, cuenta su alma patética en tres gradas de figuras, de las que la del abanderado viene a ser un grito último. La *Muerte del aviador* a mí me cuenta secreto de su propia vida y confesión de la derrota que, cuál más, cuál menos, todos llevamos adentro: victoria del arte, consuela poco o nada; derrota de la felicidad en este mundo, esa importa, pesa y grita.

A lo largo de nuestra Alameda, envilecida con tanta escultura infeliz, viene a ser uno de esos dínamos morales que toda ciudad debe tener, a donde vaya la masa a calentarse en momento de angustia o de desorientación, y a recibir consejo. El segundo lo enajenamos de desgracia, y aunque el Brasil le ha dado lindo rectángulo de espacio en su paseo mejor, como nuestro Santiago es tan pobre de estatua al aire libre, hasta el punto que no le nombran como tal sino la cordillera asomada, yo hubiera preferido que no lo regalásemos. Un dolor piadoso, una manera de derrota magnánima expresó allí para ver su propia alma la dolorosa, y como somos un pueblo de fuerza cruda que poco entiende una actitud de estas, acostumbrado a ganar, y como quien dice aposentado en la casa de la victoria,

este trozo que muestra el hemisferio contrario de la hazaña, el acto vano, el coraje castigado en el cielo, nos suavizaría, nos enseñaría lo que no sabemos, entraría en nosotros como la revelación del enemigo vencido que nos fuese contada, por la mano que era la contadora de nuestra piadosa Rebeca Matte.

Su retrato treintañero es el que yo conozco. Un rostro de facciones enjutas, casi eléctrico de espíritu, y ese aire de orgullo que suele ser la máscara en que se esconde un doloroso. Sangre judía dicen que anda en los Matte, y si eso es cierto, una vez más dio testimonio de sí en la capacidad. Es la mejor sangre de este mundo para que se le pida la excelencia y para que no conteste con la mediocridad.

La criada perfecta de semejante patrono abría tarde o nunca la puerta de fierro forjado de la Torrossa a las visitas inútiles, a la ola sudamericana que despachaba en un día los museos de Florencia y que subía después a Fiésole. Ardiente antojo de ir a sentarse en un sillón de cuero de la Torrossa y de oír anécdotas de sí misma a la secuestrada voluntaria, a la artesana que nunca entendieron. La puerta rara vez se abría. Sin embargo, a muchos jovencitos de los que manosean las siete artes liberales sin cavar ninguna, y a las señoras que con diez viajes a Europa amontonan barroquismo en sus casas de Santiago, sin acertar nunca a crearse un interior, les hubiese hecho mucho bien sentarse una hora, los primeros en el pabellón de la artesanía, las otras en el hall de esta casa, en el que cada mueble valía por cada escultura y cada estatua estaba más cargada de sentido que en ninguna parte.

En la canícula de 1924 subía yo también la ruta polvosa de Fiésole, y como las demás enemigas de la soledad ajena, dije a la mujer de la bella puerta que venía a conocer a doña Rebeca. La pobre en esta ocasión salió del aprieto fácilmente: su patrona estaba en Saint Moritz con su hija, pasando el estío; me dio a leer un telegrama en que la dueña de casa la encargaba que mostrase la Torrossa en su ausencia y nos hizo pasar.

Me acordaré siempre de la extraña visita a esta casa vacía. Estoy viendo el taller salpicado de yesos, bello, claro y amplio, con algunas máscaras de tragedia y de comedia en el muro, y al centro la masa de la composición comenzada, grande como las empresas de piedra que le gustaba a ella acometer. Me acuerdo del hall que dominaba una copia magistral de la *Psiquis* de Nápoles, el hall en que ella había enseñado a la hija sus clásicos españoles, franceses e italianos. Me acuerdo de una cabeza pequeña e intensa de la Teresa castellana, pensada en el trance de Castillo interior y que ella ha debido hacer para su consola de su cuarto, a fin de que le dejara caer su propia brasa sobre la oración. (Estaba de retorno de la aventura budista, como yo, y se acompañaba de nuevo con sus viejos patronos, que son la lealtad segura). Me acuerdo de un lecho como para Vittoria Colonna, y veo al pie hasta un taburete, tallado como una joya. No se consentía cerca objeto neutro; cuanto comparaba estaba hecho para entablar relaciones con su alma, y las cosas mismas han debido conocer y disfrutar como un privilegio la cercanía de ella. Su casa convencía de la legitimidad de la riqueza en algunos casos felices; los dueños naturales de los objetos bellos suelen coincidir con los ricos; entonces la riqueza es limpia, no irrita, y se la deja tranquila en el goce de lo que merece por conocimiento y dineros.

La criada italiana contaba y contaba de su ama, más por darse gusto que por darnos gusto, y nos llevó delante de cada uno de los retratos de Lily Iñiguez para decirnos:

—Por las calles de Florencia, no se encuentran ustedes con una niña tan preciosa. Pero yo, que soy su criada, les digo que, en una casa de rico, tampoco se encuentra una criatura tan buena.

Cierto, en medio de la concurrencia formidable de los bustos clásicos, la cara de la niña sostenía su belleza de igual a igual. Tan hermosa como ella o más fue su abuela Bello, y mirando a la niña yo me acordaba de la aventura mía en que la conocí sin pensarlo.

Me entraba siempre a la hora de la siesta a cierta quinta, del barrio ultra Mapocho, ignorando de quién fuese, siguiendo mi doctrina de que cualquier tierra verde y cualquier grande espacio arbolado pertenece a los vagabundos... Una avenida de castaños espléndidos y una abra de pastos jugosos, buenos para la siesta en día de sol y en día nublado, al gusto del cuerpo. La casa tenía todo el aire de abandonada; pero un domingo se abrió la ventana mayor y asomó una señora un rostro de cuento de D'Annunzio. Me aproximé a decirle alguna excusa, y ella no me contestó nada, me dio una sonrisa inolvidable, próxima por la dulzura y distante por la demencia. Mucho tiempo después vine a saber que, como en un cuento de D'Annunzio, el cuadrilátero verde de aquella quinta servía solo para dar sosiego y silencio a la nieta de Bello caída en demencia, la pobre madre de Rebeca Matte. De aquella cabeza de diosa envejecida, la perfección saltaba, pues, a la niña de Fiésole, que yo seguía mirando con la extrañeza que me da a mí la belleza demasiado cabal en este mundo grande y feo como el lomo del saurio.

Sentía la pena de no haber encontrado a la dueña de casa y de quedarme sin contarle mi encuentro extraordinario con su madre en una quinta de Santiago.

La doméstica seguía mostrando objetos y apuntándome leyenda, y yo iba entendiendo aquella vida bajo cancel, el encierro de la mujer apasionada con la hija que ella creaba bajo su norma y con su grande arte. Se había encerrado a hacer, más para la eternidad que para este mundo, una criatura de estirpe, de la familia de las Beatrices y de las Bien Plantadas. La escultura llenaba pausas, solo pausas, de esta faena maternal. Inés Echeverría me ha completado después mi información de la Torrossa. Maternidad vehemente y absoluta la de Rebeca Matte. Los campesinos provenzales llaman a una especie de miel muy dorada "miel cálida" y dicen que, inocente y todo, da calentura como el vino y embriaga lo mismo que él. Esta miel frenética, entre las mieles vulgares, corresponde al tono y la manera de maternidad de Rebeca Matte.

El temperamento de la niña, intenso como el de la madre, se balbuceaba en buenos versos franceses que la mano materna me mandó alguna vez, con ese anhelo de la perfecta madre de hacernos querer a la hija por encima de ella; ignoraba ella entonces que ya la muerte hacía su trabajo socarrón en el cuerpo veinteañero.

Próspero y todo, amado y todo, no hay artesanía que sustente por sí sola la vida de mujer, y a la muerte de esa niña, Rebeca Matte, la de las estatuas ejemplares, en cuya sangre había metales, se rompió como la caña, se volvió un despojo lacio sin gana de oficio, de paisaje perfecto ni de consolación pequeña. Nuestro pueblo dice en esta circunstancia: “Se dejó morir”, dando a entender con esto lo mismo que se asegura en un poema, que hay algo de voluntad nuestra, de consentimiento del alma, en el vivir, y que si el alma recobra su compromiso y da por acabado el pacto, el cuerpo se funde como el de la medusa en la arena, a ojos vistas.

El acabamiento de su fuerza, ella se lo siguió semana a semana; quiso despedirse de sus negocios de este mundo y se embarcó para Chile a “pagar su deuda voluntaria” con su gente. Con los niños infelices que son de su sangre, ella se sentía en deuda, precisamente por haber sido madre de niño dichoso.

Vieron llegar a Chile una mujer de cabello blanco que menos que nunca aceptaba la mundanidad que se mete a consoladora; que parecía dar a las gentes una vaga atención con el pie puesto en la orilla extranjera y prestarles por condescendencia unas horas que ya eran suyas.

La diligencia generosa de Inés Echeverría la ayudó a instalar pronto la casa de niños que se llamaría, con nombre aconsejado por ella, Nidos y que aseguró para todo tiempo con un fuerte legado.

Se vino a morir a su colina de Fiésole, contando a su compañero los años de la niña vividos en la viña jovial y que él no le

había gozado, entregándole uno a uno los objetos familiares en cuyo contacto los muertos responden a veces a los vivos, recreándole con la anécdota interminable a la hija, como si le pidiera perdón de que ella se hubiera borrado en la luz de este mundo antes de tiempo con el cuerpo que le hizo su leche.<sup>35</sup>

Caminando yo esta tierra italiana de su pasión, escogida por ella para su vida, su obra y su acabamiento, suelo yo sentir como si le debiese algo que no es mi goce propio, que no es el regalo de los ojos míos, que es el bienestar y la consolación que otra mejor que yo ha recibido de estas mismas colinas, de esta misma benevolencia tímida de la primavera incipiente, de esta misma caridad del Mediterráneo que ella venía a disfrutar en Livorno, de este mismo olor de cipreses del Apennino. Son los veinticinco años de la vida de Rebeca Matte en la tierra que Italia le regaló con sosiego y que la aconsejó en artesanía, lo que yo agradezco y yo le digo al paisaje caminado la acción de gracias oriental: “A la tierra que la ha llevado con buena voluntad, que la ha sostenido lealmente, y que guarda con paciencia materna, la forma que íntegra era bella y que deshecha es lamentable, pero santa”.

35 Toda la familia está enterrada en el Cementerio General de Santiago, en la tumba que hizo construir Pedro Felipe Iñiguez, con planos florentinos de la capilla y tumba de los Médicis. (N. de los Eds.).

Pablo Neruda, a quien llamamos en el escalafón consular de Chile Ricardo Reyes, nos nació en la tierra de Parral, a medio llano central, en 1904, al que siempre contaremos como de Natividades verídicas. La ciudad de Temuco lo tiene por suyo y alega el derecho de haberle dado las infancias que “imprimen carácter” en la criatura poética. Estudió Letras en nuestro Instituto Pedagógico de Santiago y no se convenció de la vocación docente, común en los chilenos. Algún ministro que apenas sospechaba la cosa óptima que hacía, lo mandó en misión consular al Oriente a los 23 años, poniendo mucha confianza en esta brava mocedad. Vivió entre la India holandesa y Ceilán, y en el océano Índico, que es una zona muy especial de los trópicos, tomó cinco años de su juventud, trabajando su sensibilidad como lo hubiesen hecho veinte años. Posiblemente las influencias mayores caídas sobre su temperamento sean esas tierras oceánicas y supercálidas y la literatura inglesa, que él conoce y traduce con capacidad prócer.

Antes de dejar Chile, su libro *Crepusculario* le había hecho cabeza de su generación. A su llegada de provinciano a la capital, él encontró un grupo alerta, vuelto hacia la liberación de la poesía, por la reforma poética, de anchas consecuencias, de Vicente Huidobro, el inventor del creacionismo.

La obra de los años siguientes de Neruda acaba de ser reunida con un precioso esmero por la editorial española Cruz y Raya, en dos muy dignos volúmenes que se llaman *Residencia en la tierra*. La obra del capitán de los jóvenes ofrece, desde la cobertura, la gracia no pequeña de un título agudo.

36 Publicado en la revista *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 23 de abril de 1936 y firmado por la poeta en Lisboa, en marzo de dicho año. (N. de los Eds.).



*Residencia en la tierra* dará todo gusto a los estudiosos, presentándoles una ligazón de documentos donde seguir, anillo por anillo, el desarrollo del formidable poeta. Con una actitud de lealtad a sí mismo y de entrega entera a los extraños, él ofrece en un orden escrupuloso, desde los poemas —amorfos e iniciales— de su segunda manera hasta la pulpa madura de los temas de la madera, el vino y el apio. Se llega por jalones lentos hasta las tres piezas andadamente magistrales del trío de las materias. Recompensa cumplida: los poemas mencionados valen no solo por una obra individual; podrían también cumplir por la poesía entera de un pueblo joven.

Un espíritu de la más subida originalidad hace su camino buscando eso que llamamos “la expresión”, y el logro de una lengua poética personal. Rehúsa las próximas, es decir, las nacionales: Pablo Neruda de esta obra no tiene relación alguna con la lírica chilena. Rehúsa también la mayor parte de los comercios extranjeros; algunos contactos con Blake, Whitman, Milosz, parecen coincidencias temperamentales.

La originalidad del léxico en Neruda, su adopción del vocablo violento y crudo, corresponde en primer lugar a una naturaleza que por ser rica es desbordante y desnuda, y corresponde en segundo lugar a cierta profesión de fe antipreciosista. Neruda suele asegurar que su generación de Chile se ha liberado gracias a él del neogongorismo del tiempo. No sé si la defensa del contagio ha sido un bien o un mal; en todo caso la celebraremos por habernos guardado el magnífico vigor del propio Neruda.

Imaginamos que el lenguaje poético de Neruda debe hacer el escándalo de quienes hacen poesía o crítica a lo “peluquero de señora”.

La expresividad contumaz de Neruda es una marca de idiosincrasia chilena genuina. Nuestro pueblo está distante de su grandísimo poeta y, sin embargo, él tiene la misma repulsión de su artista respecto a la lengua manida y barbilinda. Es pre-

ciso recordar el empalagoso almacén lingüístico de “bulbulles”, “cendales” y “rosas” en que nos dejó atollados el modernismo segundón, para entender esta ráfaga marina asalmuerada con que Pablo Neruda limpia su atmósfera propia y quiere despejar la general.

Otro costado de la originalidad de Neruda es la de los temas. Ha despedido las empalagosas circunstancias poéticas nuestras: crepúsculos, estaciones, idilios de balcón o de jardín. También eso era un atascamiento en la costumbre empedernida, es decir, en la inercia, y su naturaleza de creador quemado cuanto encuentra en estado de leño y cascarones. Sus asuntos deben parecer antipáticos a los trotadores de sendeiritos familiares: son las ciudades modernas en sus muecas de monstruosas criaturas; es la vida cotidiana en su grotesco o su mísero, o su tierno de cosa parada o de cosa usual; son unas elegías en que la muerte, por novedosa, parece un hecho no palpado antes; son las materias, tratadas por unos sentidos inéditos que sacan de ellas resultados asombrosos, y es el acabamiento, por putrefacción, de lo animado y de lo inanimado. La muerte es referencia insistente y casi obsesionante en la obra de Neruda, el cual nos descubre y nos entrega las formas más insospechadas de la ruina, la agonía y la corrupción.

Pocos sabores españoles se sacarán de la obra de Neruda, pero hay en ella esta vena castellanísima de la obsesión morbosa de la muerte. El lector atropellado llamaría a Neruda un antimístico español. Tengamos cuidado con la palabra mística, que sobajeamos demasiado y que nos lleva frecuentemente a juicios primarios. Pudiese ser Neruda un místico de la materia. Aunque se trata del poeta más corporal que pueda darse (por algo es chileno), siguiéndole paso a paso, se sabe de él esta novedad que alegraría a San Juan de la Cruz: la materia en la que se sumerge voluntariamente le repugna de pronto y de una repugnancia que llega hasta la náusea. Neruda no es un adulator de la materia, aunque tanto se restriega en ella; de pronto la puñetea y la abre en res como para odiarla mejor... Y aquí se desnuda un germen eterno de Castilla.

Su aventura con las materias me parece un milagro puro. El monje hindú, lo mismo que M. Bergson, quiere que para conocer veamos por instalarnos realmente dentro del objeto. Neruda, el hombre de operaciones poéticas inefables, ha logrado en el canto de la madera<sup>37</sup> este curioso extrañamiento en la región inhumana y secreta.

El clima donde el poeta vive la mayor parte del tiempo con sus fantasmas habrá que llamarlo caliginoso y también palúdico. El poeta, eterno ángel abortado, busca la fiebre para suplirse su elemento original. Ha de haber también unos espíritus angélicos de la profundidad, como quien dice, unos ángeles de caverna o de fondo marino, porque los planos de la frecuentación de Neruda parecen ser más subterráneos que atmosféricos, a pesar de la pasión oceánica del poeta.

Viva donde viva y lance de la manera que sea su mensaje, el hecho de contemplar y respetar en Pablo Neruda es el de la personalidad. Neruda significa un hombre nuevo en la América, una sensibilidad con la cual abre otro capítulo emocional americano. Su alta categoría arranca de su rotunda diferenciación.

Varias imágenes me levanta la poesía de Neruda cuando dejo de leerla para sedimentarla en mí y verla tomar en el reposo una existencia casi orgánica. Esta es una de esas imágenes: un árbol acosado de líneas y musgos, a la vez quieto y trepidante de vitalidad, dentro de su forro de vidas adscritas. Algunos poemas suyos me dan un estruendo tumultuoso y un pasmo de nirvana que sirve de extraño sostén a ese hervor.

Las facultades opuestas y los rumbos contrastados en la criatura americana se explican siempre por el mestizaje; aquí anda como en cualquier cosa un hecho de sangre. Neruda se estima blanco puro, al igual que el mestizo común que, por su cultura europea,

37 Se refiere al poema "Entrada en la madera". (N. de los Eds.).

olvida fabulosamente su doble manadero. Los amigos españoles de Neruda sonríen cariñosamente a su convicción ingenua. Aunque su cuerpo no dijese lo suficiente el mestizaje, en ojo y mirada, en la languidez de la manera y en especial del habla, la poesía suya, llena de dejos orientales, confesaría el conflicto, esta vez bienaventurado, de las sangres. Porque el mestizaje, que tiene varios aspectos de tragedia pura, tal vez solo en las artes entraña una ventaja y da una seguridad de enriquecimiento. La riqueza que forma el aluvión emotivo y lingüístico de Neruda, la confluencia de un sarcasmo un poco brutal con una gravedad casi religiosa, y muchas cosas más, se las miramos como la consecuencia evidente de su trama de sangres española e indígena.

En cualquier poeta el Oriente hubiese echado la garra, pero el Oriente ayuda solo a medias y más desorienta que favorece al occidental. La arcilla indígena de Neruda se puso a hervir al primer contacto con el Asia. *Residencia en la tierra* cuenta tácitamente este profundo encuentro. Y revela también el secreto de que cuando el mestizo abre sin miedo su presa de aguas se produce un torrente de originalidad liberada. Nuestra imitación americana es dolorosa; nuestra devolución a nosotros mismos es operación feliz.

Ahora digamos la buena palabra americanidad. Neruda recuerda constantemente a Whitman mucho más que por su verso de vértebras desmedidas por un resuello largo y un desenfado de hombre americano sin trabas ni atajos. La americanidad se resuelve en esta obra en vigor suelto, en audacia dichosa y en ácida fertilidad.

La poesía última (ya no se puede decir ni moderna ni ultraísta) de la América, debe a Neruda cosa tan importante como una justificación de sus hazañas parciales. Neruda viene, detrás de varios oleajes poéticos de ensayo, como una marejada mayor que arroja en la costa la entraña entera del mar que las otras dieron en brazada pequeña o resaca incompleta.

Mi país le debe favor extraordinario: Chile ha sido país fermental y fuerte. Pero su literatura, muchos años regida por una especie de Senado remolón que fue clásico con Bello y seudoclásico después, apenas si en uno u otro trozo ha dejado ver las entrañas ígneas de la raza, por lo que la chilenidad aparece en las antologías seca, lerda y pesada. Neruda hace estallar en *Residencia* unas tremendas levaduras chilenas que nos aseguran porvenir poético muy ancho y feraz.

Carlos Mondaca, el otro maestro de su generación, sintió y sirvió la poesía como operación de intensidad y síntesis, según diría León Daudet. Manuel Magallanes fue hombre que entendió la poesía como un ejercicio melódico, liso y llano, y como un juego de ritmos.

También éste nació, al igual que Mondaca, en mi provincia de Coquimbo, pero en paisaje muy otro que el salvaje de los cerros de Elqui. Nació en La Serena, ciudad la más española del país, rastro guardado íntegro de la Colonia, centro de un ambiente un poco levítico, de gentes pulidas y muelles.

Un patio de casa no logra menos tráfico que las calles de esa ciudad del exacto nombre; el clima perfecto, sin agriura de invierno ni sofocos de verano, más la ninguna industria local, han hecho de La Serena una ciudad en que la criatura no conoce la violencia física ni las otras, sino en unos ponientes arrebatados, que tal vez no turban a nadie, porque tampoco los ven los serenenses.

Andaban en este hombre maestro algunas sangres aventureras: el Magallanes le venía en soslayo de Portugal y el Moure de Colombia. Los dos aunados de razas dulces y letradas han debido hacer su diferenciación del chileno común. Era hombre aristocrático y de naturaleza rítmica. Él en vida ni en arte conoció convulsiones y saltos. La derecho de su línea poética dice una gran lealtad a sí mismo, y sus 40 años sin sucesos cuentan en disfrute regustado de lo que le cayó en suerte: patria y temperamento.

38 Este texto apareció como "Magallanes Moure, el chileno", en el diario *El Sol*, de Madrid, y reproducido en *Repertorio Americano*, el 20 de abril de 1935. (N. de los Eds.).

Blanco, puro y un hermoso varón para ser amado de quien lo mirase; mujer, viejo o niño. Tal vez las cabezas poéticas más bellas que han visto valles americanos hayan sido las de José Asunción Silva y la de nuestro Magallanes.

Y era una belleza con hechizo, de las que trazan su zona en torno. un teósofo diría que su aura era dulce. Porque la voz hacía conjunción con el cuerpo fino para volverlo más grato aún. Perdida voz de amigo que suele penarme en el oído: cortesía del habla, que además de decir halaga.

Todavía más: una extrema pulcritud personal de traje y de manera.

Cualquier raza habría adoptado con gusto esta pieza de lujo. Yo miraba complacida a ese hombre lleno de estilo para vivir y sin embargo sencillo. Se parecía a las plantas escogidas: trascendía a un tiempo naturalidad y primor.

No conoció eso que llamamos “lucha por la vida” y a causa de ello también no se le veía jadeado de cuesta ni descompuesto por erizamiento de despechos.

Ni rico ni pobre: le dejaron lo que Horacio quería y él se quedó con eso a gusto. Parece que no tuvo nunca ejercicio oficial, excepto una curiosa gestión de alcalde de San Bernardo, y sin cargo oficial, andaba metido por bonita gana en gestiones por nuestra cultura, que eran más útiles precisamente por no llevar encima voluntades gubernativas.

Su poesía se resuelve en el amor de la mujer y en una mirada minuciosa de la naturaleza.

Éste como el otro, cuando no estaba enamorado, se sentía huero de toda cosa y también de sí mismo. “La sensibilidad no puede escoger otra cosa que la mujer —decía— y después lo que se aparece a ella”.

Entre un amor y otro caían sobre él unas grandes desolaciones.

A lo largo de nuestros centenares de cartas, yo le recetaba para relleno de esos hondones, un poco de fe en lo sobrenatural y de búsqueda de experiencia interior.

Pero era de su tiempo; habían hecho en él su feo trabajo racionalismos y materialismos, levantándole en torno el cerco de cemento armado de la incredulidad redonda, que él no soltaría nunca para cebar los ojos a mejores vistas. El dúo de las cartas era copioso e inútil; pero continuó a lo largo de cinco años.

Él se sentía con cierta obligación de cuido sobre mi poesía; yo con la de un vago cuido sobre su alma. No llegamos a nada fuera de conocernos un poco y de acompañarnos casi sin cara, porque hasta entonces no me había visto nunca.

Alguna vez le dije sin creerlo que la mujer lo banalizaba y lo tenía viviendo a la deriva. Él me contestó que una tautología no lo haría a él más cabal que una mujer. Y la razón tal vez era suya, que tan completo, tan alerta y tan digno anduvo por este mundo.

Su poesía, suave y pasada a meliflua, tiene poco que hacer con el alma nuestra. Había nacido entre nosotros para darnos la utilidad de la contradicción, pagarnos ciertos saldos de la raza y cubrir algunas ausencias en nuestra espiritualidad.

Sus géneros fueron los avenidos con su temperamento: la canción, el madrigal, la balada. Alguna vez la elegía en tono menor; en varias ocasiones la jugarreta con los niños. Todo esto realizado con serenidad, donosura y un arte acabado en varias composiciones.

Amoroso, gran amoroso, sin espesuras de sensibilidad criolla y también sin lacidad romántica.



Entre líricos sentimentales —y hay tantos que el bosque sigue tupido— ni empalaga ni da sonido de metaloide; su sentimiento verdadero lo redime de la plaga del tiempo y lo saca del montón en que quedaron hacinados los otros cómplices de la plaga becqueriana de nuestra América.

Su don de armonía hace grato el repaso de sus poemas. Los estridentistas dirán lo que quieran, pero de tarde en tarde la oreja busca sola como el ciervo el viejo manadero, las armonías de esas especies de antepasados que nos resultan ya los poetas de hace diez años. Hemos venido cayendo en vertical, pendiente abajo de cuarzos y brulotes, y la melodía de anteayer ya parece nuestra abuela.

Los mejores libros de Magallanes Moure se llaman *La jornada* y *La casa junto al mar*. Apenas salieron del país. El varón de la vida perfecta no buscó el diálogo extranjero. A pesar del cabal amigo que sabía ser, del verdadero hombre de convivio, por limpio y escuchador, por excusador, vivió no poco solitario el que venía tallado para la más linda camaradería.

Su único viaje a Europa lo gastó en ver paisajes y monumentos; no golpeó a puertas de colegas ilustres.

A los 46 años se nos murió sin que lo esperáramos esta mala muerte brusca. El gran cortés se acabó con cortesía, como el agua de regato que se sume de pronto en un hoyo del desierto de Atacama. Iba de su pueblo de San Bernardo a Santiago cuando la angina le cayó al pecho. Por no molestar a los viajeros del tranvía, se levantó a pedir al conductor que parara y este lo dejó cerca de la casa de su hermano, donde se acabó en momentos sin agonía.

Así se nos borró del aire y la luz de Chile, que no han sido usados por hombre literario más dignamente natural.

Nosotros hemos tenido enriquecimiento efectivo —y de qué silenciosa formación!— en los últimos cinco años. Además del que nos trajo Pablo Neruda, lado a lado con él, nosotros hemos recibido (y en el participio aquí yo pongo un gozoso tierno) el don verdadero, el aporte que se toca, de real, como el buen limo del río que crece, de Marta Brunet, la novelista de Chillán.

Yo sigo haciendo el siguiente orden de nuestros valores de cultura: el folclor, que es una mina de América solo por chilenos rastreada dignamente; la prosa novelesca que presenta un conjunto ricamente diferenciado que va desde Barrios, Maluenda, D'Halmar y Edwards Bello, pasando por Prado, por Contreras, por Latorre y por los Labarca, hasta González Vera, Rojas y los demás.

Nuestra literatura sigue un proceso espiritual contrario al del resto del continente, que hace poetas antes de hacer prosistas, aunque tenga ya los nombres firmes de los García Calderón, de Reyles, de Fombona, de Quiroga y otros.

Marta Brunet nos vino “impensadamente” como decimos allá, sin el tanteo —el “pinino”, diría Silva— tan desagradable, pero tan humano de los y las otras... Sin pasar por la revista, especie de *nursey* que anuncia allá tal o cual adolescencia bien dotada. Dice Manuel Vega en su artículo introductor, que acepto en todo menos en esto, que Marta se formaba en su provincia con sus clásicos españoles. Yo dudo de tal paternidad. En la América los lectores de clásicos españoles sacan de ellos por sobre todo estilo (aunque también pudieran sacar

39 Firmado por la autora en París, en junio de 1928, fue reproducido en *El Mercurio*, de Santiago, el 8 de julio; en *El Tiempo*, de Bogotá, el 15 de julio, y *Repertorio Americano*, el 11 de agosto del mismo año. (N. de los Eds.).

ejemplo) para la construcción novelesca. Generalmente aprenden amaneramiento. En Marta Brunet el estilo no cuenta, como no cuenta en Dostoievski y en la familia novelesca mayor. Cuando de tarde en tarde la coge el prurito de hacer una “frase linda”, ésta se le queda como afuera sin soldadura con el resto y suena a falsa. Su éxito en grande, el reino suyo, lo que ella nos trae, es la creación de caracteres chilenos. En este lote, que es ni más ni menos que el del novelista, creo que nadie la alcanza dentro de lo nuestro. Tal vez me equivoque por falta de lectura reciente de novelas chilenas; pero en mi recuerdo yo no logro cazar tipos que entren de igual a igual en la familia que ella nos está entregando con su don Florisondo, su doña Santitos, su María Rosa y su Meche.

Allá en la provincia, buena ayudadora en todo el primer período de una formación literaria con su “sobra de tiempo”, y con su misma indiferencia para el que escribe, que se traduce en regalo útil de paz, Marta Brunet se ha vetado, se ha surcado, se ha amamantado de chilenidad. Chilenidad de paisaje, de acento, de costumbre, de carácter. Yo siento leyéndola que, cual más, cual menos, los demás venimos de la lectura A o B, a la que nos prendimos con el garfio de la coincidencia emotiva. Rojas, de los rusos; D’Halmar, antes, de Loti, y así los demás. En la lectura de Marta no se ve nunca mano conocida de maestro que aúpe y auxilie. Ella viene de su genio de observación, una observación que no es mirada, sino casi chupadora del motivo. Así lo absorbe de entero y así lo entrega de cabalmente.

Si ella me ha hecho recordar a Gorki y a Istrati no es por la manera o por el giro del relato ni por la forma de “cogida” —si se me permite el sustantivo taurino— del asunto; es por la creación asombrosa de los personajes. Don Florisondo tiene para mí, modo de andar y hasta “carraspeo”; a María Rosa, yo la veo sin un quebrantamiento, a través de su aventura sana, y un poco feroz, caminar en el paisaje chileno. Va esta diferencia a los tipos anotados a la Zola, a los tipos creados a lo Gorki, es decir, de los que se hacen por amontonamiento de datos,

como quien dice, miga a miga, y los que se crean adánicamente. Los primeros viven en unas cuantas escenas capitales del relato; los otros no sufren quebradura, no se tumban en los capítulos secundarios, sino que el soplo inicial los mantiene a lo largo del libro entero gesticulantes, sanguíneos y vivos hasta la punta de los pies. Yo usaría, si no estuviera tan estropeada, la expresión de que Marta no construye sino que “invoca” sus personajes. Andan en el caso suyo algunas magias.

Cuando me doy a releerla suele pasarme una aventura que me es muy grata. El relato novelesco se me dramatiza, de punto tremolante que es; la novelista se me aproxima, a pesar de las enormes diferencias de temperamento, al género de la tragedia rústica de *La hija de Jorio*. Digo que la transmutación me da gozo, porque las obras que más amo se han transfigurado siempre así. Desde *La divina comedia* hasta Dostoievski, pasando por Hardy, por Balzac, por Maupassant y otros, la lectura que me hinca garra con sangre, se me dramatiza siempre. Por otra parte, yo no creo en los géneros según la retórica, divididos por paredes de cemento. Hay fugas de un género a otro.

Marta Brunet me ha hecho confrontar sus criaturas chilenas del campo con las mías. Yo también las conozco y aun cuando no sería capaz de estampar una sola, ni jorobada, en un cuento, creo que puedo reconocerles autenticidad. Así son ellas para mí como lo fueron para su ojo precioso: un poco tiernas, un poco feroces, casi siempre brutales en el amor como en el aborrecimiento; puros, sobre el suelo del instinto que es el suyo, y dueños, de tarde en tarde, de una dulzura inaudita que les brota de la piedra desnuda de su fuerza.

Yo que soy campesina por la sangre y el ojo con viña y espiga, sé que la dulzura más bella es la impensada que brota de pronto, del fuerte y también del cruel, y que deja pasmado al que la descubre.

La adopción del niño ajeno por don Florisondo pertenece a estas ternuras de *camallo* o de matón campesino que yo me

sé. La azuzada de los perros que María Rosa hace sobre su amante es tan chilena como el Llaima, sino lo es más.

Pero la María Rosa, ¿será solo la “mujer brava” del campo como allá decimos? Yo la conozco también en las ciudades y casi me cuaja en símbolo. La mujer nuestra anda por ahí, terciada de fortaleza, de cólera y de piedad a la vez. Yo la veo en mí misma con idéntica veteadura contradictoria. Los días han de venir en que un decorador de muros a lo Diego Rivera, aglomerando símbolos legítimos no solo de la historia, sino también de la novela en grande que hayamos alcanzado, ponga a esta María Rosa medio prima de Fresia, en su teoría de las criaturas definitivas que nos nacieron.

Aparte de la buena forjadura de tipos (quiero repetir de la forja genial de tipos), Marta Brunet posee, a pesar de su sangre solo a medias nuestra, una sobriedad muy chilena, no sé qué crudeza, qué modo de expresión directa y hasta qué brusquedad que son nuestras. Acaso esté yo aquí “patrioteando”. Es cierto que así hablan, como ella, en el relato de asunto rural, los demás ruralistas del mundo leales a su género.

¿Cómo se ha aposentado en ella la narración campesina hasta alcanzar tamaña maestría y facilidad? Yo creo que tal vez ha sido ella antes de coger la cuartilla una de esas “contadoras” que allá tenemos. Yo sonrío en el recuerdo a una de mi valle de Elquí que era madre prodigiosa, por llena de sucedidos y de gracia. O lo era su madre, o, sencillamente, culta, rica y todo, ha aceptado oír cabreros y leñadores, como aconsejaba Maragall. De otro colega suyo, de Maluenda, yo recuerdo un don magnífico de buen contar, que nunca he olvidado aunque lo escuché hace 20 años.

En los tres años transcurridos entre *Don Florisondo* y *María Rosa, flor de Guillén*, a Marta Brunet no se le ha aflojado la mano de tallador para sus tipos. La última es la mejor. Yo espero de ella las mayores empresas de la novela campesina americana. Ella llegará un día a España escoltada de su obra

a decir a los que rezongan, con razón, por nuestra laguna del relato autóctono: “Aquí está lo que no se había hecho ni en país de gaucho (a pesar de Güiraldes), ni en país de indio”.

Hay todavía otro acierto en ella: el manejo grotesco. La vieja Doña Santitos codea a Goya. Poco se le ha celebrado este relato tal vez por breve. Nos gusta mucho allá hacer de un cuento novela, con lo que lo desteñimos y lo malogramos.

He sido yo, y soy todavía, gustadora de donosuras de estilo. Me da la prosa de Ortega y Gasset unas complacencias que casi son de palma que se regala con lanas y brocados de la lengua, y subiendo en la misma línea, no se me gasta como goce la prosa de Flaubert. Marta Brunet me ha ganado sin halagarme estas sensualidades del oído ni de vista. Metáfora no trae y ningún gobelino verbal trabajosamente tejido; solo su extraordinario friso rústico de tipos terriblemente enderezados en el paisaje chileno.

Le ha dicho Pedro Nolasco Cruz que deje los asuntos campesinos y que camine hacia los otros. No me parece buen consejo, aunque sea de viejo, sabio en su oficio. Cuando se ha recibido un lote sobrenatural de creación, sea de mineros, como en Baldomero Lillo, o de vagabundos, como en Gorki, ¿por qué tirar eso que llamea de vida para entrar en el hotel de M. Bourget o de otro semejante, donde el aire está ya tan confinado?

A un reparo de otros yo me sumo, y con limpia intención: al del lenguaje. Poseen vigor suficiente los personajes de Marta Brunet para que puedan bastardeárselos si les da el lenguaje ordinario. Yo entiendo los regionalismos como fenómenos colectivos de ternura por el suelo y por la costumbre, en el hábito doméstico, en la arquitectura a veces, hasta en el traje. Pero yo los detesto en el lenguaje.

Marta Brunet, con una modestia casi insensata, parece que ha querido escribir para Chile únicamente y aun para... su

provincia. Porque entre sus criollismos varios hay que ni yo conozco. Imagino que en Centroamérica o en el Uruguay, la lectura de sus cuentos debe resultar desastrosa a causa de este dialectismo desenfrenado, que ella adopta con tanto desdén para el extraño que ni aún ha puesto al pie de cada página una línea de vocabulario. En Chile mismo ha de habernos cuatro lenguajes regionales, si es que no hay más. El de Coquimbo, desde luego, no es el de Chillán. Piense ella que en la América la lengua popular es un absurdo tal en su diferenciación, que la palabra *guagua*, que entre nosotros significa “niño pequeño”, en el Perú es el nombre del autobús y en México el que dan los niños al perro... Otra muestra más: *chocolo* se llama en México un zapato y en Chile la mazorca de maíz.

Deje ella esa forma de criollismo que es una autocondena a ser leída por un clan. Un Ramuz, en Suiza, peca de su lado, pero venialmente, escribiendo sus novelas admirables un poco en patuá, pero no va tan lejos como ella. No desperdicie torpemente el campo que su destino literario le ha entregado en la lengua española, lengua en grande por sí misma y que tiene, además, el tercer rango mundial por la extensión que abarca. El quitar a sus personajes la muleta de su horrible jerga chileno rural no les disminuirá una pestaña de su textura y de su autenticidad. Yo no le aconsejo seguir el ejemplo de Federico Mistral, gran poeta en la línea de los Goethe, reducido a gran poeta francés por su temeraria fidelidad a la Provenza. Semejante lealtad a la “patriecita” hace llorar por la humildad de que está cargada, pero también irrita.

Y que reciba este reproche sin amargura, mi grande, mi extraordinaria y querida Marta Brunet.

RECADO SOBRE EL MAESTRO  
JUAN FRANCISCO GONZÁLEZ<sup>40</sup>

Cuando me viene a los sentidos el hambre de la patria corporal, se me ponen delante los rasgones de tal o cual quebrada o se me echan a los pies las lonjas de nuestra costa majada por el Pacífico. Estos lugares que la memoria me trae y me “sirve” por aplacarme las hambrunas, están casi siempre hueros de gente. Los he caminado con pocos, casi con nadie, sola de niña y de mujer, y no por enfurruñamiento, sino porque mi generación era poltronísima; el gusto y la pasión de mascar la tierra con la marcha ha venido después y es lo mejor adquirido por el chileno. Son contadas las gentes que se me ponen al costado cuando atravieso en fantasma el valle de Elqui, la ruta de San Bernardo y la Patagonia. Uno es Juan Francisco González, viejo casi, tocado de manía ambulatoria, conversador fabuloso y pintor en cada lugar, y a cualquier hora; pintor sentado, pintor andando y travesando. Mi pena es no haber caminado mucho más con él, no haber aprendido de su boca los nombres de plantas que ahora me faltan y no haber recibido de su dedo en alto cada gesto de la cordillera. Pero tengo por gracia el haber hecho tres caminos a su vera, siguiéndolo como a Thoreau, el trotador yanqui, o como... a San Rafael, patrón de peatones.

Don Juan Francisco, así, como un don de donador, era por mis años de Santiago un viejo de 70 años, menudillo como el Tláloc azteca, armado sobre un mínimo de carne, según el hierro forjado que en varilla basta y sobra. Se parecía al espino devorado de las tierras calenturientas en la talla y también en la vaina de garfios y olor, pues era a una vez punzante y tierno. El color morocho subido le vendría de los muchos soles y resolanas recibidos o de la vieja curtadura andaluza árabe de sus sangres.

40 Firmado en Petrópolis, en mayo de 1944, y publicado en un inicio en *La Nación*, de Buenos Aires, el 25 de junio de ese año.



El aguileño de su rostro pedaleaba entre lo mozárabe, lo judío y lo indígena; pero le faltaba para lo último la grosura del hueso. Pecho adentro él era un mediterráneo completo, montado sobre sus dos orillas: andaluz + marroquí + provenzal + siciliano + argeliano: ascuas de todo esto le trajinaban cuerpo y alma. Su patria lateral, la que todos tenemos, confesada o tácitamente, no estaba hincada en el París de los criollos, el de las levaduras sanas revueltas con los fermentos pútridos, sino en las dos santas rayas del Mediterráneo, conformador de nuestras entrañas espirituales. “España sola no, Francia sola tampoco; arrancar de donde arranca el mar de nuestra herencia y acabar donde él se acaba. Este es el itinerario y este el viaje”. (Curiosa la coincidencia del viejo chileno con el yanqui Waldo Frank, predicador desoído de la receta mediterránea para los suyos... y para los descastados del sur).

La masa de canas, linda chafalonía cuidada a cepillo e insistencia de la mano, volvía más renegrido su rostro; eran unas canas de viejo vitalísimo, luminosas como lo alto de la ola. La quemadura de su cara lo complacía por ser la de sus frutos: la de higos y pasas, y la del dátil (¡qué pena que sus palmeras de La Serena no logren nunca un dátil!); y el sollamo de la mejilla bajaba a los gestos y al habla calurosa. Nada del viejo chileno frígido ni del criollo alemán en que nos enfundan los turistas, solo porque vemos caer nieves.

Don Juan Francisco hablaba como el olivillo de la cordillera tomado de la llama; se encendía de golpe y hervía en colibríes de fuego que a más de uno le ardían las ropas.

El viejo castizo, que valía él solo por una casta entera, caminaba con la misma rapidez alácrita de su mirada y de su charla, y es que no llevaba lastres de carne ni espíritu; un “saco” ligero en la canícula y su clásico macfarlán en el invierno.

El país que él se recorrió como la raya de un abecedario vertical no le sintió paso de hombre; le probó solo un cosquilleo

de viento delgado que repasaba su largo lomo de cocodrilo mineral.

Él quiso despertar la geografía espiritual de un Chile todavía colonial y la despertó bastante, dejándole muchos ojos abiertos de par en par.

La pulcritud del maestro González merece hincapié. Por guerrilla contra la burguesía, o bien por pobreza, los pintores del tiempo adoptaban como a musas el desorden, la traza estrafalaria y... el desaseo. González conoció la bohemiada en Chile, en España y en París; pero no lo convencieron las tres dudosas personas. Pedro Prado diría tal vez que lo libró de ellas, lo mismo que de la Ménade alcohólica, el amor de la mujer. Él llevaba en sí un decoro sin aliño, una bella decencia. Se parecía a las piedras lajas que estoy viendo, oscuras y pulidas de lluvia cotidiana. Cierto es que era un enamorado y de Eros muy ancho; quería gustar a la mujer, pero también al niño y a los viejos, y al pueblo. Por este mismo apetito de querencia su macfarlán y sus zapatos no llevaban manchas ni polvos. Por lo mismo él hacía de su conversación una especie de fiesta sedentaria y trashumante, regalada a toda anchura a su gente. Él complacía y retenía; él cultivaba la amistad a lo largo de 50 años, como quien cuida palmeras reales lentas en hacerse preciosas de conservar; gastaba en ella su tiempo de obrero ajetreado; no la dejaba empalarse en hielo ni crear mohos de ausencias largas.

El viejo memorioso contaba a sus amigos, según se cuenta, una hazaña, o una ciudad ilustre, o el curso del Amazonas, como se dicen las cosas ricas y escasas. A Diego Dublé Urrutia le celebraba la mina en “beneficio” constante de su fervor sin caídas; a Pedro Prado le paladeaba el arte de vida y la lucidez para entender la tierra en las caminatas; a su hermano Simón —escultor grande— le contaba por hacerlo recordar y querer; a Manuel Magallanes Moure era a quien más quería de Los Diez (capilla literaria fundada por Pedro Prado).

“En Chile, no hay sino dos géneros de sencillez y falta el intermedio: el colombino y el gallináceo. Manuel y los suyos tienen la paloma. Los demás viven trocando a la del Espíritu Santo con la buena ponedora”.

A pesar de su famosa irritabilidad, el maestro conservaba a los amigos, porque de su llama vivía más que del comer y beber. Hablar y escuchar, enseñar y corregir, en un turno de ternuras y acideces salubres: esto significaba para él la flor más alta del árbol de la vida.

Tanto trabajó que para él no satisface el nombre angosto de pintor o el de artesano, canijo también. Habría dejado, se dice, unas cinco telas. Fue, pues, tan obrero como albañiles y camallos (peón de riego). Vivió su arte sin sentido burgués alguno, en la cotidianidad del jornalero, y se cansó como un picapedrero de las canteras andinas. Cuando pensamos al país de piedra en bulto de catedral se nos ocurre decir que González quiso pintar entero el cinturón de sus vitrales; pero que, además, sus manos quemadas trabajaron sacando sus bronces del horno y enmendando las pastras malas de los tubos en un empujón generoso de hacerlo todo.

Por vitalidad sobrada y no por embelequería, él se adentró en cuatro géneros: hizo paisajes, numerosos retratos y la cinta kilométrica de las flores chilenas. Entre el uno y el otro género anchuroso, él hurgaba en las menudencias de la tierra y de las casas con un travesear minucioso de chino o de insecto que se sabe lo mínimo y lo imperceptible, y les da la misma categoría que a la mole andina y al desabrochado mar Pacífico: sus naturalezas muertas se las dan también por espléndidas.

El embrujamiento con la flor, que le duró medio siglo, recuerda la servidumbre del beato Angélico con la gente alada y la de Corot con los árboles de gran alzada. El Puck o duende floral se lo debió ganar desde la infancia, y lo ató a su servicio por un hilo de araña que nadie vio, pero que le envolvería hasta la semana de su muerte. Él las pintaba a manotadas de pastra, sin

que resultasen bastas, o con unas astucias de niebla “que es y no es”; él las daba a bocaradas de color por un pincel que parecía su ventosa; y un día después su operación era la apuesta con unos jazmines, logrados sin tacto a puro aliento volador.

La flor fue, más que la mujer, la persecución de su oficio y el hormigüeo de sus sentidos. ¿Qué se dirían los dos en 50 años de tenerse y saberse, el viejo pagano y la flor más desasida del suelo que el suffi, la pasajera y el que duraba? Los dos pares de ojos, el febril y el siempre fresco, vivieron mirándose fijos como el lapidario y su gema, quietos de adoración y de entendimiento.

Trabajaba “como un loco”, y loco estuvo de nuestra luz, y este delirio visual no conoció relajos, no se le sosegó ni a los 80 años en el plomo de la costumbre.

Su desasosiego se me ocurría el de un Róbinson pintor que hallase corta la vida para dejar el testimonio de su isla inédita en paisajes, piedras y bestias. Su trashumancia, sus cóleras, su nerviosidad de huemul trotador no eran sino prisa de contar todavía otra cosa.

En él no costaba más el pintar que el hablar y no valía más tampoco; el pintor perezoso y hombre enfurruñado le parecían lo mismo: cicateros de imágenes y palabras. Pintaba con la facundia de su hablar; pero en charlas y telas suyas no había frase fofa, huera o desabrida. Él pudo decir que su trabajo fue el rocío diurno que sosegó su sangre moza, pero en su invierno el trabajo se le convirtió en la tenaza de revolver su brase-ro y librarlo de las cenizas.

Don Juan Francisco dio en Santiago la batalla del impresionismo. Una batalla según su naturaleza; nada de manifiestos ni vociferaciones de cafés, ni revolcadura del enemigo después de ganar.

De vuelta de Europa, donde se dio a los maestros del tiempo, se puso a pintar el sol del valle central, que él creía pasado directamente de las manos de Jehová a las de los chilenos, y a las suyas en particular... Pintaba sin vacaciones, a fin de alegrar, convencer y ganar con el pincel, y no con la algarada. Sus exposiciones eran frecuentes: asombraban, desconcertaban y escandalizaban a las dos clientelas: la aristocrática y la de clase media; hay que decir que menos a aquella, viajada, culta y curada de espanto en Europa.

Don Juan Francisco se reía: “Eso les entrará por los ojos, se les acomodará en ellos y de allí no saldrá nunca”. Sus flores fueron lo más pleiteado de su pintura, porque en el retrato el maestro conservaba ciertos sedimentos clásicos. Sin embargo, fueron sus flores las que forzaron las duras puertas burguesas, primero en piedra de escándalo, después como *bizarre-ries* del valentón, al fin... como las únicas rosas, petunias y claveles verídicos.

González, sin ventear mucho sus propósitos heterodoxos, se había propuesto nada menos que rehacer nuestros ojos angostos y míseros, ojos sietemesinos asustados de su luz capitana y de su tierra tan fuerte como sus vinos. Eso y nada menos quiso e hizo este rasgador de nuestros párpados: matarnos los miedos de mirar y ver, y rehabilitarnos la vista diabetizada por las sacarinas del cromo sentimental. Ambición sobrada para tiempos chicos. Don Juan Francisco nos “venía” grande como la ropa de los padres con que juegan los niños. Sin embargo, su porfía pasó el Rubicón, río más asustador por los cascajos bullangueros que por aguas... Detrás de él, y gracias a su puente de cuerdas, llegaría a la pintura chilena el aluvión de libertad y gracia, siempre juntas las dos en negocios humanos. Muchos han olvidado ya al viejo prodigioso que taló y destroncó la tierra bruta hasta dejar las obras prontas para volar el primer trigo. Verdad es que por las brechas se nos vendrían revueltos en turbión fantasistas y bobos, verídicos y fraudulentos. Pero enseguida del arreo polvoso de bisontes comienzan las apartas, las escardaduras y la luz restaurada.

La pintura chilena ha tenido, parece, dos nacimientos, como los tuvo la República misma: en el segundo el comadrón se llamaría Juan Francisco González.

Había en nuestro hombre un pedagogo en profundidad, de los que corrigen las averías de los sentidos y les restituyen su poder amagado por el sebo del hábito. Él no enseñaba en sus cursos métodos estándares “buenos para todos” como el pan de mesa. La copia lo indignaba.

“Es la ratería criolla que llega hasta la punta de los pinceles —decía— y en la lengua del taller debe llamársela con su nombre a secas”.

Su pedagogía repugnaba todas las menudas demagogias escolares: la adulación socarrona de los profesores; el aceptarlo todo diz que por alentar; el complacer al Estado llano de la clase, sacrificando al mejor y al óptimo por adulación de la mayoría: toda esta política de las aulas irritaba al pintor, porque corrompe al maestro que la exhala y al muchacho que la absorbe día a día.

Su hornaza de simpatía personal del mentor era tan fuerte que a pesar de la cirugía rebanadora de su método, a pesar de la crítica que apelaba al sarcasmo como a la mostaza para descongestionar las vanidades, el maestro tuvo y mantuvo más que nadie el amor de su clase, un amor probado al fuego como las espadas.

Esta camaradería autoritaria de González con sus aprendices, anudada, y por esto mismo rigurosa, se asemejaba a los abonos mixtos que comprenden humus y sales, y traía a la memoria la relación de los maestros renacentistas con sus discípulos, que tampoco fue un padrinzgo. Ambas limpiaban a soda y escobilla el ámbito del taller de la vanidad y de la pereza adolescentes. Esa era y sigue siendo la moral artesana *tout court*, en cualquier parte del globo donde aparece, y así consigue el clima del trabajo fértil, los seis días sin fraude de la creación.

¿A cuántos formó el maestro? No podría hacer un recuento. Los de su Escuela de Bellas Artes darían la centena y su aula rebosada hacia la ciudad y las provincias lejanas. No es hipérbole decir que él hizo los ojos de la chilenedad 1920-1930, que los limpió como los colirios y que desprendió sus vigas, dejando la pupila revalidada para recibir la luz.

Mucho más de lo que se sabe le debemos: la toma de posesión del paisaje chileno, que no es solo grandilocuencia cordillerana, pues tiene además cantos idílicos y el despojo estoico del desierto y más, y más. Anchos cuadros con pujo de épica andina no valen un ángulo de las telas menudillas en que don Juan Francisco recogía una charca acuchillada de atardecer o unas pircas tumbadas en derrota casi humana.

Por anticondorismo, por una especie de redentorismo populista —a lo Murillo o a lo Carrière—, él se paraba en un camino para hacernos volver la cara hacia un montoncillo de piedras mendicantes que tenían en las juntas correvuelas y estiércol:

—Mire usted lo que hace el sol allí: parecen las alforjas vaciadas de un minero ladrón... Oro, y el cobre mejor que el oro, para mi gusto.

Su describir era crudamente expresivo, más sanguinoso que el cordero abierto. La cólera le arrancaba la expresión plena y era mejor verlo erizado que manso. Y entre sus asperezas de camino rural por donde se trastabillea y se tumba, él ofrecía unas dulzuras de arcillas blancas, unos requesones de leche que serían repuntes de su habla de niño.

Pobre sería en sus tres edades, a pesar del reguero kilométrico de sus telas vendidas y regaladas, pobre naciendo sin afirmadero de herencia, pobre viviendo su Italia, su España y su Francia a salto de mata; y a los 80 años, pobre todavía sacando “el comedero” de lo que se vende tarde y mal. Sin embargo, el maestro González no llevaba encima las verrugas y las cicatrices de otras pobreza menores. La envidia, sarampión

del criollo, y la acidia, que nos dobla el color aceitunado, y el golpear a los portones de los ministerios providencias, y las marcas de la derrota en el desmaño corporal, y la salud tortuosa, todo esto no se vio nunca sobre el patriarca placentero, cargado de hijos y que parecía el novio de la tierra chilena... Y, sin embargo, la mejor mesa él se la merecía por su buen gustar; a la casa holgada él tenía más derecho que cualquiera por su hebra de allegados, y más derecho todavía a su descanso de Hércules viejo, rendido de pintar la anchura del mundo.



A los 17 años, Laura Rodig obtenía en un Salón Oficial la segunda medalla de escultura, que otros obtienen en plena madurez. Después de ese éxito, vino la obra de la vida, la de las duras manos. Laura Rodig hubo de dejar su taller, sus amigos, su vida artística, para ir a ese Magallanes, lejano y glacial, donde es posible cualquier arte, menos este y donde yo la vi, alguna vez, tirar la greda cristalizada por el frío en solo una noche con gesto de infinito desconsuelo.

Dos años baldíos de labor; pero no perdidos del todo. Sus lecturas de ese tiempo dieron a su arte lo que no tenían aún: la absoluta conciencia, la seguridad de sí misma. Hasta entonces había logrado maravillas precoces, por intuición; ahora sabe lo que quiere; conoce su alma, ha sentido en las horas de introspección espiritual palpar su sensibilidad, como se ve, desde la playa, la inmensa palpitación del mar. En solo unos meses de reposo han salido de sus pequeñas manos tres obras que han de admirar muchos en este Salón Anual: un busto vigoroso y elegante a la vez; un autoestudio, nota de idealidad que da el ensueño, y una cabeza que ha llamado *Gracia* y que es exquisita y admirable.

Como todos, ha tanteado antes, sin conocer las líneas definitivas de su temperamento. Hoy sabe que, como Donatello, lleva en sí el anhelo de la delicadeza y el de la fuerza a la vez, cosas solo en apariencia contradictorias; una delicadeza suave y firme, y un vigor sin exageraciones grotescas, el vigor tranquilo de los antiguos.

Yo he visto esta juventud arder en la llama de la belleza, como arden otras en la llama del mundo, vivir en ella como en el aire y en la luz, hacerla un éxtasis de los días. Yo he sentido, viéndola modelar el barro humilde con el que hace la frente del héroe o los labios del dolor en un rostro, la santidad del polvo del camino.

Tiene Laura Rodig el sentido de esta divinidad del arte, que lo será hasta después que los hombres hayan roto impiamente su último Dios; siente que él es una forma de la religión, que hasta puede ser por sí solo una religión purificadora, capaz de depurar el corazón, fibra a fibra.

Modesta, lo es por fuerza de su talento y de su juventud. Sabe que nadie hace la obra definitiva a los 20 años y se prepara, sin fiebre, para esa obra de arte en que ha de dejar el molde eterno de su alma.

Para mí, una de las cosas que revelan la calidad de un espíritu es la capacidad de admirar, el encendimiento continuo ante la belleza pequeña y la grande, y ante sus diversas y a veces encontradas fases. Laura Rodig es un alma hecha para admirar. Ningún veneno en sus juicios; una alegría muy verdadera para el triunfo del compañero. Y el culto de los maestros, hondo y ardiente. Los nombres de Rodin y Mestrovic siempre enlazados con sus impresiones y su credo artístico. Los dos: el latino y el eslavo, aquel con un rayo de Grecia todavía en su frente y el otro con una visión enloquecida del alma contemporánea.

He aquí, pues, un espíritu bello, que aparece en nuestra raza. Son tan raros, que cuando se les encuentra es preciso entregarles ampliamente la comprensión que no han de ir a pedir al filisteo, y hay que señalarles a aquellos que suelen pasar sin detenerse ante la obra de los jóvenes, solo porque son jóvenes.

En la tierra de Rebeca Matte y de la cordillera tajeada, debía aparecer una escultora más que nos dé un día el ancho resplandor de otros mármoles eternos que poner junto a los de Nicanor Plaza, el malogrado, y Simón González.

Cuando me hablan en el extranjero de la literatura chilena, dándome algunos nombres para probarme el conocimiento, yo les suelo decir:

—Lástima grande que les falte a ustedes, al lado de Eduardo Barrios, de Pablo Neruda y de Edwards Bello, nada menos que a Pedro Prado.

Voluntad de Pedro Prado es esta ignorancia de los extraños, con la cual disminuye acaso en una mitad el tamaño de nuestra producción literaria; voluntad de no mandar libros a ninguna parte; porque el goce de producir le basta al austero y el de ser escuchado le sobra; voluntad de hacerse publicar en el país por editoriales de radio limitado, poniendo en eso de imprimir una obra la pura intención de traspaso de un manuscrito borroneado a un impreso claro. Esta es la explicación del caso de Pedro Prado, escritor grande y disfrutado solo por unos cuantos más allá de nuestra cordillera.

A la ignorancia de los extraños corresponde un conocimiento efusivo de los propios, que tienen conciencia de la primogenitura de su escritor, y mejor que eso todavía, del ejemplar humano fascinante que ha salido de su carne.

El comerciante que enfila en su mostrador diez clases de cristales las va diciendo una por una, y en la última declara:

—Éste es el que no se raya y el que dura.

41 Artículo aparecido en *La Nación*, de Buenos Aires, el 12 de junio de 1932, bajo el título "Pedro Prado, escritor chileno". También fue publicado en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 16 de julio del mismo año. (N. de los Eds.).

Se parece al del chileno común que, hablando de un Pedro Prado con el mismo tono, dice:

—Este es varias veces bueno.

Pedro Prado va rebalsando sus cuarenta hacia sus cincuenta años; una vida bien cargada de trabajo, pero no de trabajos; bien empleada, y no gastada, en hacerse a sí mismo y en hacer una cara entera de la literatura nuestra; una vida bien prevista de la vitalidad que garantiza en cualquier orden la obra larga, y rematada, ya se trate del obrero de piedras en el Miguel Ángel que supo durar, o del obrero verbal en el Paul Claudel, que también sesentanea.

En cuanto a bulto físico, es un hombre mediano de talla, en desacuerdo con la estampa de gigantes que se regala al chileno. Ningún rasgo español ni indígena le confiesa la raza, y más bien el abuelo inglés le habla en el cuerpo musculado y ágil. Su cabeza, como la de Paul Claudel, es una de las mejores que ha hecho la casta, dentro de una geometría tan vigorosa como suave. La única marca criolla que yo le he alcanzado persiguiéndosela por la fisonomía, es su sonrisa, medio campechana, medio burladora, que acerca y aleja, en un juego que le divierte, a su interlocutor y a su amigo. La piel sana, más de niño que de adulto, y los ojos claros le aligeran con una sugestión de infancia la cabeza, tan adulta.

La conversación habrá que decirla como la más enjundiosa de Chile, que a un tiempo es sesuda y traviesa; tan medularmente original esta charla y tan varonil en las virtudes reales de la varonía —de crear, de enseñar y de esclarecer—, que quien la disfrutó ha comido el buey de Ulises espolvoreado con especias y buscará toda su vida una conversación semejante. Días hay, días de las potencias hambreadas y meses de tiritar en la extranjería, cuando yo busco ese coloquio perdido lo mismo que buscan los ojos ilusos la cordillera.

Su clasificación de burgués se la ha dado su repugnancia de bohemias pestíferas y ociosas, su equilibrio de araucaria firme por la norma y por la masa, y su vida de hidalgo rural, que adquiere unos sesgos patriarcales por los nueve hijos que se le cierran en torno.

Cuando nuestros mozos dejen de llamar burgués al obrero de puños blancos que trabaja tanto como el obrero que no los lleva, Pedro Prado tomará para ellos su verdadera estampa de trabajador doblado sobre la artesanía o enderezado para avizorar las electricidades del ambiente, activo siempre, dador y respondedor siempre, lo menos burgués de este mundo. Burgués: criatura de vacaciones rentistas o de deportivo trabajo ocasional, y hombre calcáreo. ¿No es el colmo de la sociabilidad la de la esponja que se satura entera y el colmo de la rehúsa a la atmósfera la de la cal apagada?

Demasiado sensato, dicen de él, algunos locos de mentirijilla; ordenado, le añaden, y a la palabra señora le ponen también su dejo de sospecha.

Él podría contestar:

—Ordenado como las estrellas, para el cumplido trabajo del cielo; y como las estaciones, fieles a los campos.

En nuestra América, donde la vida social le come al escritor su tiempo, necesita de mucha disciplina el que quiere pasar de los diez libros.

Pedro Prado comenzó su carrera literaria, como la mayoría de los sudamericanos, con un volumen de poemas, *Flores de cardo*, compuesto en verso libre allá por los tiempos en que no granaban todavía los trigos de las emancipaciones; fue, pues, un precursor de la generación garrida de versolibristas que vendría luego. La estrofa de la castidad austera, exenta de la sensualidad maritornesca de la consonante y de la geometría ya empalagosa de la cuarteta, levantó la extrañeza de la

clientela literaria, junto con la cólera ingenua de algunos viejos nuestros de la crítica, que se espantaron del salto de la liebre, sin saber que les venían en camino los brincos más altos del canguro. A pesar del desconcierto, algunos se dieron cuenta de que por esa poesía atrabiliaria levantaba sus cuernos una personalidad robusta, que apuntaba más allá de la poesía, al pensamiento filosófico, y que no venía afirmada en los soportes viejos del romanticismo bronco ni del clasicismo emaciado en que habíamos vivido.

¿El bonito buen humor de Pedro Prado durante la pelea literaria de viejos rengueadores y de mozos en fronda! Él se reía con su risa blanca donde hay del *Alsino* juguetero y del *Androvar* filosófico, y no contestaba groserías ni malicias, atareado en cosas mejores que el sobajeo de la métrica de Boileau, muerta y sepultada en cualquier parte.

Vino después de este libro un trabajo y un solaz que Pedro no repetiría: conferencias divulgadoras de arquitectura y de poesía, publicadas bajo el rubro de *Ensayos*, y la formación de una capilla literaria con puertas a medio entornar que se llamaba de Los Diez y que editaba una revista y unos volúmenes de selección estricta. La empresa jovial parecía un ensayo de vida literaria ideado por un escritor de gran época: cierta aproximación condescendiente hacia los muchos en la cátedra y una entrega íntima a los pocos en el convivio. (La aventura ideal del grupo él la contó en un largo poema en prosa que también lleva el nombre, ya triplicado, de “Los Diez”).

Pero el individualista aristócrata que Prado lleva en sí no podía prolongar por mucho tiempo ni la capilla ni las ediciones, y volvería a su soledad laboriosa. Para trabajar, como para rezar y para morir, nadie nos ayuda, pensaría, y más bien nos distraen, y es cierto eso: nadie, excepto un ambiente familiar como el que la Providencia le regaló a él, creado por la mujer “buena y hermosa” de la canción. La felicidad, la materia terrible y dulce que se atrae el odio ajeno y estalla de pronto como la glicerina arrebatada, le ha durado a este hombre, y

los que se la ven y se la palpan —cosa rara en nuestras gentes— han acabado por ponderársela, sabiendo que se la merece, de redondo merecer.

Hay en Pedro Prado una mixtura de sedentario y de viajero, largas estadas en su casa, y luego un viaje sacudidor; pero, al revés del chileno que se lanza sobre el mapa como jugador sobre los dados, él se acuerda de que su país largo es contendor de paisajes opuestos, y dentro de Chile se mueve cada año, apuntando para un invierno la meseta del salitre o para un estío el llano patagón. Alguna vez alcanzó hasta la Isla de Pascua, pasión de arqueólogos y de novelistas, y que geográficamente es de la Oceanía y por una casualidad pintoresca, chilena.

El viaje le sirve siempre a este hombre de ojos límpidos y atrapadores, como el del “cateador” coquimbano, y este viaje le dio uno de sus libros mejores en *La reina de Rapanui*, relato de estilo forjado y de un exótico exento de las falsedades.

—Me gusta mirar, interpretar y contar —diría él como el viejo derviche. El “ver” ya está en los libros anteriores y estará en los siguientes; el “interpretar” anda metido en su volumen de parábolas *La casa abandonada*; el “contar” le madura en el recitado pascuense.

A Prado le complace la vieja forma de narración moralista de los orientes, el hindú, el árabe y el judío cristiano, que es la parábola; le gusta porque hay en él algunas puntas de docencia que acaso se ignora, una apetencia de enseñar que pudiera venirle de su Chile pedagógico; y le gusta la parábola a causa de que el poeta eterno que lleva consigo no se separará nunca de la carne del símbolo que es la poesía misma.

La maneja admirablemente, sin la rapidez fulmínea de Kahlil Gibrán y sin la lentitud morosa de Rodó, el estilo en ellas es de una objetividad griega, plástica y soleada; el asunto de las agudezas finiseculares de los Lugones en las *Filosofículas*, así

aquella que se llama como el libro, “La casa abandonada”, o la otra, “Donde comienza a florecer la rosa”.

También será de parábolas, pero más breves, el volumen que se llama *Los pájaros errantes*, que lo citan poco los críticos y que deberían recordarlo más, porque a pesar de su pequeñez pudiera ser que contenga el núcleo de la personalidad entera, el núcleo nutridor de la pulpa vasta que forman los volúmenes de su obra.

El pequeño poema en prosa, del que hemos usado y abusado tanto en nuestra América, por el gusto perezoso que tenemos de escribir corto y sin sujeción a ritmo, se muere antes que los otros géneros que hemos cultivado; es complacencia de un momento y olvido inmediato. Omar Khayyam, Gibrán, Tagore y Jules Renard nos deslizaron hacia él por la pendiente de la facilidad, y aunque sea cuatro veces prócer, el ejemplo nos ha resultado bastante dañino y aún calamitoso.

Se perderá la casi totalidad de esta hojarasca volandera de frases cortas; quedarán algunos que nacieron con médulas para durar: estos “Pájaros errantes” y “Las copas”, verbigracia, nutridos de símbolo recio bajo la apariencia liviana. La trivialidad del género humano la salvó este escritor, cuya naturaleza ignora radicalmente la superficialidad, haga lo que haga, párrafo de conferencia o broma en la conversación.

El constructor, ya ensayado en la fábula, podía lanzarse a construcción mayor, a la novela, y fue lo que hizo.

En un año que un crítico llamara de “gracia”, a causa de esta obra, Prado publicó su *Alsino*, novela fantástico-realista que recuerda alguna vez a Goya en la revoltura de los materiales del verismo y la fantasía, si bien la narración salubre y fresca del chileno no contiene ninguno de los morbos morados de *Los caprichos*.



Casi todos los pueblos tienen su “niño novelado” magistralmente: España, el Lazarillo anónimo e insuperable; Suecia, el Nils Holgersson, de Selma Lagerlöf; Inglaterra, el lindo Peter Pan, de James Barrie. Nosotros recibimos de Pedro Prado nuestra carne infantil en el Alsino y se la agradecemos en cuanto a criatura de ficción, de que los pueblos necesitan también como de las de carne y hueso.

El tema era bastante espinoso: no se conducen lado a lado como rieles la crudísima verdad rural y un lirismo de tercer cielo; el choque suele sentirlo el lector y le duele si es envidiado en naturalismos, porque él quiere retardarse en la narración realista y le duele al lector engolosinado en fantasmagorías, porque él quiere demorarse en los puros “himnos” de la embriaguez icárea. Una profesora norteamericana me hacía la crítica de la narración con el primero de esos reparos, sin dejar de reconocer que se trataba de una novela en grande.

Había ensayado ya el escritor con tan buena fortuna el manejo de la realidad parda, que pasaría sin dificultad del *Alsino* al *Juez rural*, novela sin injertos líricos, de prosa decididamente llana. La naturalidad del tono, la observación meticulosa y honrada, la racionalidad del asunto, el sentimiento empapado de una humanidad al margen de los humanitarismos románticos, hacen de ella una de esas pequeñas obras maestras que, como *El camarero*, de Ivan Chmelev, por estar hechas en un gris voluntario, al parecer no hacen furor, pero quedan incorporadas al suelo eterno de una literatura.

Vendrá todavía el *Androvar*, de la prosa irreprochable, donde le vislumbramos un poco a este “olímpico” el racimo de cuchillos menudos de las torturas que lleva adentro cada hijo de Adán en el siglo. Goethe, el padre de la familia, también llevaba un manajo chino, o, mejor que eso, su jauría de lobeznos, bien guardada, pero no tanto que no padeciese de cuando en cuando su mordisco.

Después del *Androvar* se hace un gran silencio en la vida de Pedro Prado. Los que creen que ya no escribe pueden equivocarse; su desdén cabal de la publicidad, que lo ha hecho repartir sus libros entre un puñado de amigos, puede haberle aconsejado ahora guardar sus originales, después de una lectura para sus hijos, en el cajón más holgado de su escritorio.

Como se ha visto en la primaria enumeración, Pedro Prado ha trabajado en la cantera de casi todos los géneros literarios, poesía lírica, ensayo y novela, empujado a esta amplitud y a esta abundancia por un temperamento de los más ricos entre los que conocemos en la América. Su caso es un poco el de Leopoldo Lugones: la misma complejidad de la producción ha dañado a ambos ante los vulgos desatentos, que están acostumbrados a que un escritor les hable en una sola modulación y le muestre siempre un mismo perfil. Se pregunta el vulgo que tiene poca costumbre de abarcar una topografía literaria, leyendo el *Sarmiento* o el *Alsino*: “¿Es un prosista?”. Y cuando le sale al paso *El dorador* o *Las flores de cardo*: “Entonces, ¿es un poeta?”.

Han trabajado estos escritores dentro de cada reino de prosa y verso con los mismos niveles de maestría, han mostrado una habilidad parecida a la de los ambidextros, y esta desenvoltura magistral tiene la culpa de que su personalidad se debilite para las gentes distraídas. Los que machacan la cantera sobre un solo punto se definen mejor por simplismo y han sabido, como los teólogos, las ventajas que tiene lo absoluto para el ojo de las criaturas. Su padre, Leonardo, de donde ellos vienen, conoció la tibieza de la admiración, por idéntico motivo, pero siguió, como quien no escucha, complaciendo a su naturaleza, que le pedía fluir a la vez por cuatro cauces y por más.

En Pedro Prado hallamos más homogeneidad de estilo que en Lugones, si pasamos de sus poemas a sus novelas. La prosa se mantiene sobria hasta con algunas sequedades en la sobriedad (excepto en el *Alsino*, donde la brida se suelta); la pasión

del vocabulario estético se sostiene sin desmayo, como una especie de voto religioso jurado al decoro de la lengua; la frecuentación del símbolo se guarda desde el primero al último libro, y el tono muy tocado de nobleza, como en Buffon, y que esquivo la familiaridad criolla, lo acompaña como una norma sin ningún quebranto.

Cierta insensibilidad le han achacado, allá donde se cree que la sensibilidad se prueba solo con la efusión y, un poco más todavía, con la plena sensualidad. Este es un sensible del intelecto más que de la piel y el cerebro se afiebra de tarde en tarde. Aceptando aún el cargo de “cerebral”, en su caso, habría que decir que, así como en Francia el intelectualismo vicioso de la poesía y la novela suele irritarnos, es grato hallar en nuestros pueblos una rica provisión de ideas, incluso en la poesía; tanto pecamos por la congestión cordial, de que habla Alfonso Reyes.

¿Lleva chilenidad consigo la obra de Pedro Prado o bien ha rehusado esta deuda a los que pedimos con fuerza americanidad en este momento?

Creo yo que posee la chilenidad del temperamento y que se niega al criollismo en la lengua. Los dos cumplen: la chilenidad de Mariano Latorre y Marta Brunet busca reforzar con los vocablos criollos el asunto local; la de Prado se contenta con ser fiel a la raza en la manera de comportarse de la emoción que él siente y que da, genuinamente chilenas. Su ojo cordillerano, amigo de los dibujos netos; y su mente sensata, ahijada de la razón, y esquivadora del frenesí como en el *Alsino*, bien chilenos son. Pedir a todos un criollismo folclórico, y pedírsele especialmente a este aristócrata del estilo, resulta una exigencia un poco sonsa y una ocurrencia de crítica aldeana.

Hace años que la presencia y la chilenidad de Edwards Bello no nos confortan en París o en Madrid, y que nos falta su conversación coloreada, tal vez la más criolla entre las que hemos disfrutado, con la de Ventura García Calderón. Hace seis o siete años que no repasamos nuestra América con el americanísimo fojeando sucesos, personas y libros.

Hay hombres que pueden ir y venir por los continentes, o que pueden vivir en solar nativo leyéndose las novedades literarias extranjeras de cada correo, sin que la lengua que hablan se les estropee y sin que la costumbre en que nacieron se les corra de los muchos ácidos que se trae el cosmopolitismo. Parece que la raza los dio subrayados o que los hizo con un designio especial, poniendo en su fórmula el repertorio de sus esencias, sin que le falte una sola. Son la receta completa. Los demás cogemos un manojito de atributos o una que otra virtud solitaria, y con eso y sobre eso trabajamos, sacándole los recursos posibles; aquellos son a la vez una especie de hijos y ahijados de su país; han recibido de él la perfecta semejanza física, más cierto soplo iniciático de su secreto racial, el silbo mágico de la serpiente en la oreja de Apolo, por el cual la tierra (la serpiente) traspasaba su secreto. Los demás parecemos gentes informales del negocio racial; ellos son la gestión racial misma.

“Como la esponja que la sal satura”, que decía Rubén, ellos han vivido la casta en atmósfera, en orografía sensible y en abismo abisal. Saben mucho, y no del saber que viene de la

42 Escrito en Madrid y publicado en un inicio en *Repertorio Americano*, el 7 de julio de 1934; en *La Nación*, de Buenos Aires, el 19 de agosto, y en *El Imparcial*, de Santiago, el 1 de septiembre del mismo año. Luego fue incorporado como prólogo al libro de Edwards Bello *Nacionalismo continental*. Santiago: Editorial Ercilla, 1935. (N. de los Eds.).

averiguación documental, sino del saber verdadero, que es una como experiencia visceral de la raza; ellos forman su entraña y le han vivido las emociones superiores como las inferiores, y son los verdaderos hijos rezumados del tejido materno.

El libro de Edwards Bello que llega de Chile será siempre, por esto, un cuajarón de nuestra sangre, a veces trágica, en las revoluciones; a veces idílica, en la rumia de una infancia; valdrá por un regreso a la tierra en la recolección de imágenes borro-neadas y pondrá a hervir los sentidos en un acto, una vista y un olfato resucitador de las realidades perdidas.

Creen algunos racistas que nos están brotando, que basta llamarse Pérez o González, para ser un americano y saberse bien y decir cabalmente los aires, los limos y la criatura criolla. Éste americano les contestaría irónicamente con su Edwards y les presentaría un hecho sutil que entra en el misterio de las razas. Yo me tengo aprendido que el mongolismo o la indianidad nuestra, a menor dosis, más fuerte. El cuasindígena, con un ochenta por ciento de Asia en el cuerpo, vive echándose atrás, como se aparta la guedeja sucia de la frente el terrible porcentaje, desesperado de ser lo que es y decidido a recrearse español; el cuasi blanco vive menos preocupado de la ecuación; se la acepta y hasta se la mima. El blanco total, criado en tierra de América, y que participa de la americanidad solo en paisaje y costumbre, ¡y basta, y basta! Ese suele hacer un bello alarde de solidaridad racial y libre del complejo, y los complejos sabidos; declara a pecho abierto que es hombre de allá, criatura americana. Existen naturalmente los blancos envalentonados de la venazón clara del brazo y de otras venazones problemáticas e interiores, pero afirmo la deslealtad sin superlativo del mestizo al aborigen...

Edwards Bello domina en pleno los dos hemisferios del escritor: la descripción y la narración; posee la mirada eficaz, la fantasía batidora; el demiurgo que nos hace le labró el ojo recogedor y el otro que está más adentro, y que es el “trans-

formador”. Le han dicho incorrecto, desmañado y sin desbrozar, por cierto desenfado viril con que escribió en sus mocedades, por un desembarazo muy chileno que había en su escritura, tan vivaz como su charla. Le han hecho reparos algunos que padecen su perfección como un reuma articular o como una tortura de cuentagotas. Esos mismos lo han leído con placer, porque esta prosa es de las más placenteras entre las que tenemos, de aquellas prosas de regato ágil y retozón. Una se le entrega como a la corriente, sin examinarla mucho, sin estropearse con la pedantería la dicha buena, y que ya escasea, de que nos cuenten con soltura y nos describan vitalmente, a puñados de color y de formas. Él ha sido fiel a sus virtudes primeras, y aunque después ha embridado el período y celado el concepto, este último libro, *Valparaíso, la ciudad del viento*, es bien hermano de *La muerte de Vanderbilt*.

Entre novela y novela, Edwards Bello ha hecho veinte años un periodismo fértil, que algunos llaman el mejor de Chile. Me lo leo tardíamente en esta parcela, y me duele la carencia de la crónica nacional, salida de su mano, como un desnutrimiento de lo chileno.

Las antipatías más comunes de Edwards Bello en su solar —que no en el continente— se las ganan, mejor que sus obras..., las cualidades de su carácter. Hijo más reprendedor de su padre no le nació a nuestro viejo Chile, satisfecho y sentado en sus prestigios, sentado como en una butaca de buen marroquí y de caoba hermosa; sentado y asentado con cierta dignidad, y no poquita soberbia. El marroquí se avejentó deslustrándose; la caoba comenzaba a criar comejenes. Lo decían algunos y pocos se lo creían. El patricio, que no lo volteaba nunca, sufrió un buen día el sentón repentino. Edwards Bello, patricio él mismo, ni tuvo la butaca ni el regodeo en ella, ni la sorpresa malaventurada. Su asombro, como el mío, había sido el de que eso durara tanto tiempo. *El roto* fue un anuncio medio zumbón, medio colérico, al país apoltronado, y se lo injuriaron o se lo mofaron. Cierta patriotismo se parece al viejo hidalgo pulcro y sin experiencia de vendavales; abomina de los rela-

tos crudos; pone mal gesto a la Celestina y al Lazarillo, y le disgustan también los relatos telúricos. Él ha vivido sin bajar al sótano ni subir al desván donde hay inmundicias amontonadas o cachivaches en putrefacción. Él no quiere saber nada ni del terremoto, remecedor de la casa entera, aunque ambas cosas, pestes y temblores, formen también parte de la ley... y de la normalidad.

Infancias; esas debiéramos escribirlas todos. Algunas veces me he pensado que la mejor geografía pintoresca de nuestros países sería la que resultase de unas diez infancias escritas por diez buenos veedores de las suyas en otras tantas regiones de Chile, o de Colombia, o del Perú. El niño ve bien la tierra y la costumbre, al verla con ojos nuevos y novedosos. El niño que viene “de otra parte”, mira como el extranjero, con choque de diferencia, medio herido y medio complacido de estos. Es “un buen ver”.

Le agradecemos esta infancia, removedora por contraste de la nuestra, en cuanto a algunos aspectos, y en otros, completadora de la nuestra. Se la recibimos como un regalo cariñoso que él mandara a los ausentes. Se parece a un sobre que nos hubiese llegado lleno de “calcomanías” chilenas, y pongo esta linda palabra que han envilecido en su sentido verdadero de estampa jugosa, de fácil manipulación de nuestra mano con ella, de contorno fijador e ingenuo de las cosas, y de un entretenimiento tierno.

Lado a lado con el chileno, hay en Edwards Bello un continental, un sudamericano en posesión de sus veintiún pueblos. Esta es la vida racional que nos corresponde y se parece a un existir con el cuerpo entero. Vivirán así, en cincuenta años más, nuestras gentes todas; y por allí serán más ricas y generosas hacia sí mismas y hacia los otros. El continentalismo ha tenido en Edwards Bello uno de sus mejores propagandistas, y la conciencia chilena, en este sentido de la formación de nuestra sudamericanidad, le debe mucho. Más de lo que él se cree es deudor a su periodismo grande, nuestro país.

Le ha faltado para tomar proporciones de maestro un poco de pedantería de sociólogo o de suficiencia de pedagogo, o de matonesca pecha política. Hay en él, por el contrario, simplicidad criolla, alegría de campeón deportivo, inteligencia castigada. Debiera ser ya como Alfonso Reyes o como Víctor Haya de la Torre o como Gonzalo Zaldumbide, ministro de Chile en cualquier capital de habla española. Chile va a cumplir con él tarde, si cumple, y le desaprovechará sus briosos años de dionisismo mental de creación jocunda. Chile no ha salido sino a medias, como la sirena, de una especie de vejestorismo político o administrativo, que ha sido su enfermedad poscolonial. Las canas por allá son todavía virtud mirífica y la cara tersa un documento de no fiar.



BENJAMÍN SUBERCASEAUX Y SU “CHILE O  
UNA LOCA GEOGRAFÍA”<sup>43</sup>

Yo no sé que haya un empleo mejor de nuestras potencias que decir el terrón natal: cuando escribimos en la América con pretensiones de universalidad suele parecerme un vagabundaje sin sentido, un desperdicio de la fuerza y un engaño infantil de nuestras vanidades criollas.

Entiendo la alegría grande que habrá dado escribir un libro como *Chile o una loca geografía* y llegar al remate de un antojo que fue tan ambicioso, y que se ha consumado con la más bella gallardía.

Los contadores de patrias cumplen de veras un acto de amor. El amor antiguo y el medieval iban del encantamiento al furor en un ejercicio pendular, cosa que no pasa con el pobre amor moderno. El texto de usted está lleno de la rabiosa exigencia que es la del amor en grande.

En buena hora ha venido a prestigiarnos el ensayo geográfico y a propagarlo entre los mozos. Va siendo tiempo de que algunos dejen el oficio universal de poetas y se den con una modestia servicial a contar la tierra que les sostiene juntamente los pies trajinadores y la densa pasión. Recuerdo a otros antecesores de su hazaña: el argentino Ezequiel Martínez Estrada, en su magnífica *Radiografía de la pampa*; el colombiano Luis López de Meza, en su *Relato lírico de Colombia*; el argentino Eduardo Mallea, en la descripción de la gigante patria puesta en su novela esencial *Pasión argentina*; y el chileno Agustín Edwards, ensayista de una geografía humanizada (aprovecho esta ocasión para decir el bien que los cinco me habéis hecho y que me ata a vuestra querencia).

43 Firmado por la autora en Petrópolis, Brasil, y publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, como “Contadores de patrias: Benjamín Subercaseaux y su libro *Chile o una loca geografía*”, el 27 de febrero de 1941. (N. de los Eds.).

Fue natural la explosión de nacionalismo terrícola que cayó sobre el mundo cuando este iba entrando en la arteriosclerosis de lo abstracto absoluto; y era hermosa de verla antes de que pasara a la quemazón insensata de fronteras y a la rapiñería suelta.

Me gusta la idolatría de la tierra que está en todos los folclores y no solo es que la entiendo, sino que la vivo a plena anchura. La tierra fue siempre el gran ídolo, como que ella es la bandeja en que se asientan todas las demás adoraciones humanas.

Hace años me leí un cuento patético que usted me trae a la memoria. Un hombre ha vivido veinte años al lado de su madre, bajo las costras sordas y ciegas del hábito, sin descubrir nunca la belleza de sus rasgos, sin darse cuenta de sus gestos, archinobles por cargados de esencia racial; y ha existido también sin mirarse en ella como en su cuerpo primero, lo cual es el modo recto de mirar a la madre. En un accidente de excursión, la mujer y el hijo quedan solos en el campo. Entonces, en la novedad del paisaje y a una claridad de luna sobrenatural, él ve a la madre de golpe y como por primera vez. Una felicidad estrenada, inocente, que no es sino el despeño de toda su infancia, sube de su ser, bañándolo, remeciéndolo como un torrente. (La mujer deja de ser ella misma pasados los cuarenta años para volverse un mapa vivo de la infancia de sus hijos).

El relato era eslavo y por allí tocado de tragedia. En el relato suyo, filial y realista a la vez, no anda la cabellera de la ménade; sin embargo, usted también ha hecho el redescubrimiento de su madre y a veces el patético salta de su relato sin que usted se dé cuenta.

El destino de su libro me parece tan donoso que se lo envidio buenamente. Él servirá de guía al viajero, que hoy se llama legión, al que corre el país sin saber manejar otra cosa que sus barcos y pierde cien puntos técnicos de las comarcas y de

la costumbre. Yo pensé alguna vez hacerme en un libro parecido al suyo, el perro de Tobías que condujera a los cegatones propios y extraños por la bien hallada tierra chilena; quise volverme el lazarillo ganoso que trotara al lado de los indigentes de fervor, cuando ellos caminan sin hazaña interna, es decir, sin hallazgo. Ahora yo sobro, amigo mío, porque su libro es sencillamente magistral.

Perdóneme este frío pensamiento pedagógico: estimo su ensayo geográfico sobre todo como un agente de educación en nuestro pueblo. Se lo agradezco como un entrenamiento de los sentidos indoamericanos, harto inapetentes delante del tendal de la hermosura terrestre. Son asuntos de mucha monta, son grandes señores los cinco sentidos, y en una raza quebrada por la mezcla han caído en gran decadencia. El indio artífice y músico veía y oía mejor que los mestizos. El español galopó su América sin echarle ojeada que no llevara una intención de minas o de huacas, y el propio Alonso de Ercilla llevaba tal viga en el ojo que no vio la selva araucana...

Los profesores sudamericanos que deben enseñar a los niños a ver y sentir el cuerpo patrio, cuando escriben manuales piensan tanto en su aprobación por el ilustre consejo, que no hay modo de que se atrevan como usted a escribir metafóricamente y a entregar un país que aparezca tan vivo como un hermoso animal; el que usted atrapó en sus ojos alienta y queama de vivo...

Aunque nunca fui una ignorante del bulto patrio y me he vivido el país desde sus salinas hasta sus hielos, coseché novedades a manos llenas en el emporio de su libro. Glotona y golosamente devoré las 300 páginas, agradeciendo lo inédito y regustando lo ya sabido, que se recrea al pasar por su cernedor, donde coge unas relumbres de amianto.

El escritor sudamericano, un Rubén Darío o un Juan Montalvo, fueron poco deudores de sus países en cuanto a la nutrición espiritual que habrían de buscar en la forastería. ¡Pobrecitos

ellos y los que hemos venido después! Mientras que el escritor europeo debe a su continente la masa fabulosa de cultura acarreada por la marea de las generaciones, es harto flaco, es bien poco, lo que el nuevo mundo nos entrega a nosotros cuando nacemos. Pero en cambio cuánto nos regala en descargo la loca generosidad de la tierra para hacernos perdonar aquellas hambrunas. ¡Qué no da a nuestros sentidos la bien formada, la bien plantada, la que rebosa de sí como las mitologías! Los hijos no hemos sido muy tiernos que digamos con la dadivosa. La naturaleza nuestra parece una vez desatada, que vocea sin parar a una tribu de sordos estupendos. Responder a esa voz, casi nadie. Los mestizos la miran muy india todavía y los otros no se atreven aún con la empresa de mondar esa piña amazona que se sienta sobre espadas. Tienen cierta razón: cuentan las primeras versiones de un paisaje, y en lo que toca a la costumbre, que está en agraz o es confusa, el ejercicio viene a ser más duro todavía. Por eso habría que estar agradecido a los novelistas indoamericanos y usted recuerda con razón a Mariano Latorre, que desbrozó el campo chileno en una primera excursión corajuda.

Kipling habría celebrado a usted el ánimo hazañoso para emprender la faena del “hombre blanco”. No se ha acabado la gesta de los “caras pálidas” en el continente que ganaron y que deben merecer a cada época, pues no lo conquistaron de una vez por todas.

Cuenta usted a Chile especialmente en su originalidad mayor, que es la diferenciación acérrima de sus miembros. Nada tiene de extraordinaria la variedad en los países descomunales: los Estados Unidos, por ejemplo; pero resulta milagrosa en la reducción del planeta llamado Chile. Todo está allí: calvicie geológica, selva dura, largos vergeles, nieves y témpanos últimos. La pluralidad se confunde con el concepto mismo de la hermosura en lo que toca a la Venus tierra y Chile tal vez sea la cosa más plural del planeta. En su carrera magnífica lo han seducido a usted los cien rostros de nuestra Deméter, y a ratos se me asemeja a los devotos hindúes que dan la espalda

al Buda uno y van hacia el Vishnú de cien brazos, por predilección de lo numeroso.

La variedad fue para usted una musa, la que le dictó con igual hermosura las páginas sobre el desierto calenturiento, crujiendo quieto al sol como Palemón el Estilita; la que le dio el trozo admirable sobre el tedio del agua en la zona del sur; la que le cuchicheó los capítulos australes, para los cuales carecía de lecturas ayudadoras, porque apenas si las hay, y la que le cedió el capítulo escrito con lengua de idilio, de “La tierra que mana leche y miel” en los valles transversales. En esta, como en las otras partes del libro, se goza la riqueza de su experiencia de gran viajero. El África vivida por usted le enseñó en acuerdo con la arena; y las nieves europeas, hechas a esquí o bravamente trepadas, le sirvieron para el reencuentro con la cordillera, su dueña. Mi gratitud de lectora va hacia el caminador que atravesó Chile, sin apuro de itinerario, sin hacer dengues al frío ni rezongar al bochorno de la ruta.

La pulcritud literaria está presente en todas partes como una virtud cardinal. Es costumbre en el sudamericano que el cuidado literario se deslice hacia lo formal y esto a la inercia de frases y periodos, pero en usted el dinamismo no se relaja, no flaquea y se le siente alácrito en los repechos, alegre en las “bajadas” y dichoso siempre. Los escritores de viajes olvidan que su lengua debe parecer una marcha y a veces una cabalgata...

A lo naturalista y a lo poeta conjuntamente, trata usted la flora y fauna chilenas, y en igual forma exhibe las materias. Me parece un prodigio su presentación de plantas y bestezuelas indígenas o importadas. El nogal ha entrado en mí como de nuevo, gracias al lindo acápite que hace sonar las nueces en mi falda con un ruido de bolitas de billar; el quillay airoso, tan lejano en las cuestras y tan presente en el lavado de pelo, vuelve a echar su espuma sobre mis dedos. La palma de miel, en la cual los poetas ni hemos reparado, se me pone delante con sus tajos longitudinales como una Juno alanceada. La llareta, que no conocí, queda tan soldada a mí como un texto de

catecismo; y el cochayuyo, que nunca mientan los cronistas, aunque lo prueben en nuestra mesa, usted lo dice de tal modo que se le saborea, requemado en yodo marino. El olivo mediterráneo, apenas visto en mis mocedades, me lo deja usted ahincado en el terrón patrio, y creo que nadie lo dijo antes mejor.

En el libro, que reverbera de creación, ha venido hasta mi mano la loica revolcada en brasas; la tenca lanza su flecha de cristal y me quedo oyéndola, aunque viva en el repertorio divino de pájaros que llaman Brasil; y los picaflores, puestos en una estampa que vale por un esmalte, me hacen esperar que resucite allí la fantasía, dádiva del Espíritu Santo que Él nos concede, así para los negocios divinos como para los más terrestres.

El materialismo derivado de la economía, que llena el mundo, viene a prestigiar de soslayo lo maravilloso mineral. Los poetas —usted entre ellos—, aprovechando el viraje de la masa, ya le hablamos de metales, de fosfatos, de sales, cosa a que no nos hubiésemos atrevido en otro tiempo. Me hace ver usted el Chile minero en el capítulo ejemplar de la desolación norteña y solo me deja vacante un deseo: la noticia del cobalto, cuya posesión nos tocó en suerte y del que no hemos dicho cosa alguna.

Entre sus reparos a nuestro mestizaje, está el de no ser imaginativo. El grave reproche no cabe hacerlo al indio, que vivió una pura vida poética en Yucatán como en nuestro imperio de los incas (digo “nuestro”, porque cogía todo el norte de Chile). Me falta el tiempo para probarle que ellos tuvieron imaginación sobrada mientras se les dejó manifestarla, es decir, mientras fueron dueños de su vida. Pienso con usted que en el mestizo se han quebrado varias potencias del indio y del blanco.

Por ejemplo, ¿por qué el hijo del conquistador se detuvo en su hermosa tarea de nombrar todo lo que pedía apelativo en el continente virgen, si era su deber bautizar cada una de sus posesiones? Usted, el hombre que camina, se habrá pasmado de ver cuanto monte, laguna, puente, paso, etcétera, sigue

con la coronilla enjuta, no rociada del agua del bautismo. El criollo no solo cortó de golpe su menester de designar, sino que no ha vuelto a tener la apetencia nominativa, de la cual habla usted tan donosamente. Pregunté en mi Vicuña natal cómo se llama el cerro que al caer el sol arde como una lámpara fenomenal, y me dijeron: Cerro de Vicuña. Me reí sin entender o porque lo entendía. La América del Sur tal vez no tenga más del veinte por ciento de sus entes bautizados. Qué barbaridad.

Algunas veces pensé que en país de congresos, conferencias y comités, bien podría celebrarse alguno con el solo fin de distribuir a diestro y siniestro el sacramento geográfico de la denominación o el de la confirmación. Pues los nombres suelen existir, pero el uso no los ha ratificado. Jugando una travesura mental, pensé que los poetas y los baqueanos: arrieros, mineros, peones vagabundos, deberíamos sesionar en tal congreso, y a pura fantasía suelta. Porque si se deja dar nombres solo a geógrafos, profesores e historiadores, la Gracia se evaporaría inmediatamente, ya que los nombres archicultos salen sin sabor criollo o resultan solemnes, con lo cual no prenden en el pueblo.

Escojo al azar en su libro bienquerido los nombres españoles que siguen: Monte de la Pena, Paso Comecaballo, Vega del Agua Helada, Puente del Añil, Cumbre Baya, Paso de Lagarto, Calle del Peumo, Quebrada del Arrayán, el Florido (por un cerro tornasolado). Juan Pueblo, que es Juan Ingenio, ha hecho allí su oficio a las mil maravillas, pues hay que acordarse que fueron plebeyos en su mayoría los exploradores y colonizadores, y que la galanura de los nombres citados debemos agradecerla a su donaire, que era popular. Ahora, y aunque a usted poco le guste, escuche al indio mentador: *Chilli*, que es donde acaba la tierra; *Chiri*, que significa “frío”; *Huelén*, que dice “pena”. ¡Qué bien suenan estos mote hasta cuando como en *albacora* no le sabemos el sentido! Y veamos como nombran el criollo y el mestizo: *góndola*, al mentar el microbús; *oficina* para mencionar una fundación en el desierto; *despacho*, indicando un almacén de comestibles... El pobre

hombre blanco y el cruzado cayeron verticalmente de su rango de bautizadores.

Aquel descubridor que rotulaba lindamente las primeras criaturas americanas, se va volviendo el palurdo vestido de buen casimir, que cuando llega a ensayar el padrinaje de un cerro o de un agua, no recibe el relámpago de la creación, porque ya ha estropeado con unas pocas luces escolares no solo su intuición, sino el instinto catador de las cosas.

Y volviendo al indio, observe usted los nombres aborígenes de Chile o del Brasil, o de México, y se encontrará con unas sílabas muy líquidas o con unos vocablos anchos como Guanabara, que valen por el despejo de la bahía, o con el apelativo Jabuticaba, que da el olor especioso de un árbol; o con palabras llenas de aeridad o con otras pesadas, parecidas al cuerpo grave al que apuntan. Algún día, en país de filólogos, habrá alguno que se ponga a explicar la coincidencia maravillosa entre el individuo y el nombre que el indio artista llevó a sus denominaciones, y colocará delante del mestizo desdeñoso la ciencia musical no superada que corre en vocablos aztecas o guaraníes en unas cuantas *x* nobles, en unas *l* espirituales y en unas *ch* tónicas.

Usted me ha hecho la gracia de darme la traducción aimará del *Chilli* que yo ignoraba. Hace mucho que nuestros indigenistas pudieron enseñar al pueblo el sentido de unos cien nombres quechuas, chilotes y araucanos que todos repetimos a lo bobo, sin coger la enjundia del sentido.

Tiene usted pleno derecho a hablar de los nombres, pues en su libro ha estrenado algunos gloriosos para nuestras regiones: El País de la Senda Interrumpida, el de la Muralla Nevada, el de los Espejos Azules. Y es que usted, amigo mío, escapó de cierta degollación de inocentes aplicada a la imaginación por seudoclásicos y seudopedagogos chilenos. El castigo a la fantasía llegó a parecerme una corrida de baqueta en forma, y varios corajudos la probamos en carne viva, sin que ella lograra arrancarnos un *mea culpa*. Usted escapó de la operación, yéndose a



Europa, donde halló a la pobre harta honrada por teólogos y laicos, por bohemios como por profesores de la Sorbona, y no sufrió la befa de ella en el banco escolar ni en las editoriales.

Más de un compatriota va a zarandearlo por la gruesa columna de reparos que levanta enfrente de la chilenidad. Hijo ausente de media vida, regresa trayendo en la inteligencia unos pesos y medidas que difieren muchísimo de los usados en nuestras balanzas, allí en el arca patria, como tal cerrada y poco amiga de la luz cruda...

Mucho me temo que haga compañía en su soledad magnífica al bueno de Joaquín Edwards Bello, gran descontento en cuanto a gran exigidor de la chilenidad. Me ha dejado siempre perpleja el gesto encrespado que pone el chileno al oír el nombre de su periodista ilustre. A nuestro crítico social le conviene el mote de “tábano” que se daba a Sócrates en cuanto a hostigador de la masa. ¿Qué sería del corcel pueblo o del buey burocrático sin su tábano, santo Dios? Éste le hace alzarse y volver la cabeza, pesada de hueso frontal; le pone a resollar coléricamente y así a respirar con viveza y hace relumbrar sus pobres ojos de santo buey acéptalo todo, de Carducci. Edwards Bello ha cumplido el duro oficio de desagradarnos y aun el de sacarnos de quicio. Nadie más criollo que él y más gozador de los cogollos sanos de nuestra costumbre; pero mal podía casarse con la vanidad pechierguida, la miseria mental y la torpeza política.

Ahora va usted a sentarse bajo el mismo árbol del apóstol zumbón. No le envidio la tormenta, pues habiendo picado solo de paso al buey Apis de la pedagogía criolla, yo saqué de mi ocurrencia varias lastimaduras... Pero, ¿dónde iríamos a parar si viviésemos atollados en el plasma oleaginoso de la complacencia o si acabásemos por asfixiarnos, embetunados en la glosura pegajosa que es la autoadulación patrioterá?

Hace días vi a una dueña de casa brasilera exprimir tres limones agrios en un solo guisado. Le pregunté la razón de una rociada tan excesiva y me dijo:

—En días calientes, cualquier plato se corrompe y no llega la tarde si no gracias al limón.

¡Bonita receta casera y nacional! Ustedes son los limones agrios de mi tierra. Sigán dando su ácido y no entren en combinaciones con el pote de miel que por las moscas que acarrea, resulta un socio de la muerte... Ambos se quedarán con la poca clientela que logra el limón en los mercados, donde se vende poquísimo. ¡No importa! Los sabores acres afirman el paladar, igual que la sal afianza la calidad de los cueros. Las patrias precisan hoy más que nunca de paladares viriles y tratamientos enérgicos.

Un artículo de Edward Bello hablaba hace años de los países que por flacos o por caídos, se vuelven quejumbrosos y lanzan un grito en cuanto alguien los voltea para hurgarlos. Las naciones fuertes dejan al crítico propio como al extraño penetrar su gran cuerpo y consienten ser palpadas, y también punzadas, porque al igual que las presas fuertes, no tienen miedo de la pequeña hemorragia, por estar bien regada de sangre y saber que cirujano que no mata, cura.

El dios de los oficios le dio a usted el del médico: muchas de sus observaciones magistrales le vienen de ser un hombre que ha tratado la prodigiosa materia humana, a una pulgada del ojo, y de que nunca la rasgó sin dolor propio, pues aquel le dio también la delicadeza y el amor llamado entrañable. Repito lo dicho al comenzar: la pasión patria es una terrible presión ejercida por algunos a fin de que la calidad salte de un territorio y de una raza.

C H I L E   V I



Los chilenos tenemos en el cóndor y el huemul de nuestro escudo un símbolo expresivo como pocos y que consulta dos aspectos del espíritu: la fuerza y la gracia. Por la misma duplicidad, la norma que nace de él es difícil. Equivale a lo que han sido el sol y la luna en algunas teogonías, o la tierra y el mar, a elementos opuestos, ambos dotados de excelencia y que forman una proposición difícil para el espíritu.

Mucho se ha insistido, lo mismo en las escuelas que en los discursos gritones, en el sentido del cóndor, y se ha dicho poco de su compañero heráldico, el pobre huemul, apenas ubicado geográficamente.

Yo confieso mi escaso amor del cóndor, que al fin es solo un hermoso buitre. Sin embargo, yo le he visto el más limpio vuelo sobre la cordillera. Me rompe la emoción al acordarme de que su gran parábola no tiene más causa que la carroña tendida en una quebrada. Las mujeres somos así, más realistas de lo que nos imaginan.

El maestro de escuela explica a sus niños: “El cóndor significa el dominio de una raza fuerte; enseña el orgullo justo del fuerte. Su vuelo es una de las cosas más felices de la tierra”.

Tanto ha abusado la heráldica de las aves rapaces, hay tanta águila, tanto milano en divisas de guerra, que ya dice poco, a fuerza de repetición el pico ganchudo y la garra metálica.

Me quedo con ese ciervo, que para ser más original ni siquiera tiene la arboladura córnea; con el huemul no explicado por los pedagogos, y del que yo diría a los niños, más o menos: “El

44 Publicado en Chile en *El Mercurio*, de Santiago, el 11 de julio de 1925. (N. de los Eds.).

huemul es una bestezuela sensible y menuda; tiene parentesco con la gacela, lo cual es estar emparentado con lo perfecto. Su fuerza está en su agilidad. Lo defiende la finura de sus sentidos: el oído delicado, el ojo de agua atenta, el olfato agudo. Él, como los ciervos, se salva a menudo sin combate, con la inteligencia, que se le vuelve un poder inefable. Delgado y palpitante su hocico, la mirada verdosa, de recoger el bosque circundante; el cuello del dibujo más puro, los costados movidos de aliento, la pezuña dura, como de plata. En él se olvida la bestia, porque llega a parecer un motivo floral. Vive en la luz verde de los matorrales y tiene algo de la luz en su rapidez de flecha”.

El huemul quiere decir la sensibilidad de una raza: sentidos finos, inteligencia vigilante, gracia. Y todo eso es defensa, espionajes, invisibles, pero eficaces, del espíritu.

El cóndor para ser hermoso tiene que planear en la altura, liberándose enteramente del valle; el huemul es perfecto con solo el cuello inclinado sobre el agua o con el cuello en alto, espionando un ruido.

Entre la defensa directa del cóndor, el picotazo sobre el lomo del caballo, y la defensa indirecta del que se libra del enemigo porque lo ha olfateado a cien pasos, yo prefiero esta. Mejor es el ojo emocionado que observa detrás de unas cañas, que el ojo sanguinoso que domina solo desde arriba.

Tal vez el símbolo fuera demasiado femenino si quedara reducido al huemul, y no sirviera por unilateral para expresión de un pueblo. Pero en este caso, que el huemul sea como el primer plano de nuestro espíritu, como nuestro pulso natural, y que el otro sea el latido de la urgencia. Pacíficos de toda paz en los buenos días, suaves de semblante, de palabra y de pensamiento, y cóndores solamente para volar, sobre el despeñadero del gran peligro.

Por otra parte, es mejor que el símbolo de la fuerza no contenga exageración. Yo me acuerdo, haciendo esta alabanza del ciervo en la heráldica, del laurel griego, de hoja a la vez suave y firme. Así es la hoja que fue elegida como símbolo por aquellos que eran maestros en simbología.

Mucho hemos lucido el cóndor en nuestros hechos, y yo estoy porque ahora luzcamos otras cosas que también tenemos, pero en las cuales no hemos hecho hincapié. Bueno es espiigar en la historia de Chile los actos de hospitalidad, que son muchos; las acciones fraternas, que llenan páginas olvidadas. La predilección del cóndor sobre el huemul acaso nos haya hecho mucho daño. Costará sobreponer una cosa a la otra, pero eso se irá logrando poco a poco.

Algunos héroes nacionales pertenecen a lo que llamaríamos el orden del cóndor; el huemul tiene paralelamente los suyos, y el momento es bueno para destacar estos.

Los profesores de zoología dicen siempre, al final de su clase, sobre el huemul: una especie desaparecida del ciervo.

No importa la extinción de la fina bestia en tal zona geográfica; lo que importa es que el orden de la gacela haya existido y siga existiendo en la gente chilena.

Retrocedamos en la historia de la humanidad buscando la silueta de la mujer, en las diferentes edades de la tierra. La encontraremos más humillada y más envilecida, mientras más nos internemos en la antigüedad. Su engrandecimiento lleva la misma marcha de la civilización; mientras la luz del progreso irradia más poderosa sobre nuestro globo, ella, la agobiada, va irguiéndose más y más.

Y es que a medida que la luz se hace en las inteligencias, se va comprendiendo su misión y su valor, y hoy ya no es la esclava de ayer sino la compañera, la igual. Para su humillación primitiva, ha conquistado ya lo bastante, pero aún le queda mucho que explorar para entonar un canto de victoria.

Si en la vida social ocupa un puesto que le corresponde, no es lo mismo en la intelectual, aunque muchos se empeñen en asegurar que ya ha obtenido bastante; su figura en ella, si no es nula, es sí demasiado pálida.

Se ha dicho que la mujer no necesita sino de una mediana instrucción; y es que aún hay quienes ven en ella el ser capaz solo de gobernar el hogar.

La instrucción suya es una obra magna que lleva en sí la reforma completa de todo un sexo. Porque la mujer instruida deja de ser esa fanática ridícula que no atrae a ella sino a la burla; porque deja de ser esa esposa monótona que para mantener el amor conyugal no cuenta más que con su belleza física y acaba por llenar de fastidio esa vida en que la contemplación acaba.

45 Este texto fue publicado en *La Voz de Elquí*, de Vicuña, el 8 de marzo de 1906, y junto con el siguiente fueron tomados de *Recopilación de la obra mistraliana (1902-1922)*, de Pedro Pablo Zegers. Santiago: RIL Editores, 2002. (N. de los Eds.).



Porque la mujer instruida deja de ser ese ser desvalido que, débil para luchar con la miseria, acaba por venderse miserablemente si sus fuerzas físicas no le permiten ese trabajo.

Instruir a la mujer es hacerla digna y levantarla. Abrirle un campo más vasto de porvenir es arrancar a la degradación muchas de sus víctimas.

Es preciso que la mujer deje de ser la mendiga de protección y pueda vivir sin que tenga que sacrificar su felicidad con uno de los repugnantes matrimonios modernos; o su virtud, con la venta indigna de su honra.

Porque casi siempre la degradación de la mujer se debe a su desvalimiento.

¿Por qué esa idea torpe de ciertos padres, de apartar de las manos de sus hijos las obras científicas con el pretexto de que cambie su lectura los sentimientos religiosos del corazón?

¿Qué religión más digna que la tiene el sabio?

¿Qué Dios más inmenso que aquel ante el cual se postra el astrónomo después de haber escudriñado los abismos de la altura?

Yo pondría al alcance de la juventud toda la lectura de esos grandes soles de la ciencia, para que se abismara en el estudio de esa naturaleza de cuyo creador debe formarse una idea. Yo le mostraría el cielo del astrónomo, no el del teólogo; le haría conocer ese espacio poblado de mundos, no poblado de centellos; le mostraría todos los secretos de esas alturas. Y, después que hubiera conocido todas las obras; y, después que supiera lo que es la tierra en el espacio, que formara su religión de lo que le dictara su inteligencia, su razón y su alma. ¿Por qué asegurar que la mujer no necesita sino una instrucción elemental?

En todas las edades del mundo en que la mujer ha sido la bestia de los bárbaros y la esclava de los civilizados, ¡cuánta inteligencia perdida en la oscuridad de su sexo!, ¡cuántos genios no habrán vivido en la esclavitud vil, inexplorados, ignorados!

Instrúyase a la mujer; no hay nada en ella que le haga ser colocada en un lugar más bajo que el del hombre.

Que lleve una dignidad más al corazón por la vida: la dignidad de la ilustración.

Que algo más que la virtud le haga acreedora al respeto, a la admiración y al amor.

Tendréis en el bello sexo instruido, menos miserables, menos fanáticas y menos mujeres nulas.

Que con todo su poder, la ciencia que es sol, irradie en su cerebro.

Que la ilustración le haga conocer la vileza de la mujer vendida, la mujer depravada. Y le fortalezca para las luchas de la vida.

Que pueda llegar a valerse por sí sola y deje de ser aquella criatura que agoniza y vive en la miseria si el padre, el esposo o el hijo no le amparan.

¡Más porvenir para la mujer, más ayuda!

Búsquesele todos los medios para que pueda vivir sin mendigar la protección.

Y habrá así menos degradadas. Y habrá así menos sombra en esa mitad de la humanidad. Y más dignidad en el hogar. La instrucción hace noble los espíritus bajos y les inculca sentimientos grandes.

Hágasele amar la ciencia más que las joyas y las sedas.

Que consagre a ella los mejores años de su vida. Que los libros científicos se coloquen en sus manos como se coloca el manual de piedad.

Y se alzaré con toda su altivez y su majestad, ella que se ha arrastrado desvalida y humillada.

Que la gloria resplandezca en su frente y vibre su nombre en el mundo intelectual.

Y no sea al lado del hombre ilustrado ese ser ignorante a quien fastidian las crónicas científicas y no comprende el encanto y la alteza que tiene esa diosa para las almas grandes.

Que sea la Estela que sueña en su obra Flammarion; compartiendo con el astrónomo la soledad excelsa de su vida; la Estela que no llora la pérdida de sus diamantes ni vive infeliz lejos de la adulación que forma el vicio deplorable de la mujer elegante.

Honor a los representantes del pueblo que en sus programas de trabajo por él incluya la instrucción de la mujer; a ellos que se proponen luchar por su engrandecimiento, ¡éxito y victoria!

Para ser perdonada de las torpezas de esta conversación —porque es eso y no una conferencia—, me bastará decirles que es la primera vez que accedo a hablar en público. Hay pecados de sentimiento y éste es uno de ellos. La razón presenta con fría desnudez nuestra incapacidad, pero la ola cálida del sentimiento arrastra. Ya lo dijo Teresa de Ávila: “De la abundancia del corazón, habla la boca”. Yo vengo a hablar por amor, antes que por ciencia, de la enseñanza popular y quiero darles a ustedes no un seco cuadro estadístico, sino la emoción de este problema.

No pretendo hacer cátedra ni creo traer cosas nuevas a esta conversación. Las viejas verdades pedagógicas son como las del Evangelio: todos las conocemos, pero deben ser agitadas de cuando en cuando, para que exalten los ánimos como el flamear de las banderas y para renovar su generoso hervor dentro de nosotros. Verdades conocidas pero aletargadas son verdades muertas, fardo inerte. Los maestros hemos de ser en los pueblos los renovadores del fervor respecto de ellas. No tenemos derecho, a pesar de las indiferencias que conocemos y de las incomprensiones que nos han herido, a dejar verdades que se enmohezcan en los demás. Somos los que hacemos su guardia a través de los tiempos. Si no tenemos la elocuencia, tengamos la buena voluntad, ese oro de los pobres, con el cual puede hacerse tanto en el mundo.

La Sociedad de Instrucción Popular abre unos cursos nocturnos de mujeres, y esto es de una inmensa significación para nuestra ciudad. Se trata de la primera escuela de tal índole que habrá en provincias. Es una honra para el grupo de mujeres que busca más amplitud de horizontes y muy principalmente

46 Conferencia dada en Punta Arenas y publicada por el diario de esa ciudad *El Magallanes*, el 21 y 23 de septiembre de 1918. (N. de los Eds.).

para la institución que recoge la voz de los humildes y no mide la magnitud del esfuerzo, por medir la magnitud del servicio.

Una ordenanza de instrucción primaria obligatoria, ensayada por algunos municipios, consigue ya llevar a las escuelas públicas a todas las niñas del pueblo. Se labra con esto, como un bloque de oro, el futuro de Chile, un hermoso futuro; se asegura la cultura de las masas de mañana; pero la inmensa cantidad de mujeres que no recibieron los beneficios de la obligación escolar queda al margen de esta era nueva. El Estado, al no abrir para ellas clases nocturnas, las declara tácitamente condenadas a no incorporarse jamás en las actividades humanas más nobles. Es una fatalidad monstruosa. En cambio, las escuelas nocturnas de hombres están desparamadas a lo largo de todo el país. Esta vez, como siempre, se cae en el absurdo de levantar el nivel de un solo sexo. Reformas parciales de tal índole no pueden conseguir la renovación de todo un ambiente, no mudan el alma nacional.

Las mujeres formamos un hemisferio humano. Toda ley, todo movimiento de libertad o de cultura, nos ha dejado por largo tiempo en la sombra. Siempre hemos llegado al festín del progreso no como el invitado reacio que tarda en acudir, sino como el camarada vergonzante al que se invita con atraso y al que luego se disimula en el banquete por necio rubor. Más sabia en su inconciencia, la naturaleza pone su luz sobre los dos flancos del planeta. Y es ley infecunda toda ley encaminada a transformar pueblos y que no toma en cuenta a las mujeres.

No se crea que estoy haciendo una profesión de fe feminista. Pienso que la mujer aprende para ser más mujer. El perfeccionamiento de una especie la afina sin hacerla degenerar, cuando es bien dirigido. Así las rosas de los invernaderos son, por su delicadeza insigne, más rosas que las del campo. La mujer culta debe ser, tiene que ser, por lo tanto, más madre que la ignorante. A la fuerza del instinto suma la fuerza enorme del espíritu; agrandar su alma para el amor de los suyos, adquiere armas nuevas para defenderlo de la vida; ella encien-

de su lámpara para alumbrar por el camino, más que el propio paso, el de los seres de su carne. Y si la instrucción femenina no para en esta flor de perfección, será incuestionablemente que fue mal dada o mal recibida. Si en vez de dar sencillez, da petulancia es que fue cultura epidérmica y el remedio no es suprimirla, es ahondarla, es cavarla incansablemente...

Decía que el Estado, por carecer de recursos para resolver el problema que nos ocupa, se ha debido desentender de él. Los particulares entonces echan sobre sí esa carga de deberes. Hermoso gesto, digno de la hora democrática que está viviendo el mundo. Cuando se ve un grupo de hombres que, sin ser maestros ni legisladores, sacrifican tiempo y dinero en una obra así, no es extraño que por un movimiento instintivo e incontenible del corazón, nosotros, los maestros, nos acerquemos para decirles nuestra congratulación calurosa y pedirles un pequeño, un mezquino, lote en la obra.

¡El perfume del surco llama al sembrador!

La sociedad duplica sus gastos con esta escuela, sin duplicar sus entradas. Espera que la simpatía vaya atrayendo amigos. Todos querrán ayudarnos porque haremos una obra de bien indiscutible y de honradez transparente. Y querrán ayudarnos también porque es un bien común.

Tengo de la beneficencia un concepto que difiere del corriente. Creo que el dinero con que cooperamos a las sociedades de caridad nos beneficia tanto o más que el que destinamos directamente a la satisfacción de las propias necesidades. No se diferencian en nada la contribución de haberes, que costea nuestra policía y nuestros servicios higiénicos, y la colecta de caridad que costea un asilo. Si una dama nos pregunta en qué beneficia una escuela de obreras, le contestaremos: cuando hayamos logrado a la larga reunir allí a todas las mujeres ignorantes del pueblo, renovaremos el ambiente espiritual de una clase entera.

Tal renovación eleva todo el valor de la vida, trae como más dignidad, como más sol y hermosura al mundo. Diríamos a la dama que el aya de su hijo o la mujer que vela a su cabecera cuando ella está enferma, ejecutando los mismos pequeños actos cotidianos, pondrá en ellos un alma nueva, un perfume de delicadeza, un temblor de sentimiento que antes no tuvo, una conciencia más profunda de su misión. Y no se nos diga que la mujer humilde no necesita de instruirse para alcanzar hasta las cimas morales de abnegación.

Conozco las almas maravillosas que ha sacudido el destino como una sarta de estrellas en la clase humilde; he visto tal vez los ejemplares más puros de la humanidad nacer, desarrollarse sin estímulo en un ambiente inauditamente hostil; pero sé también que cuando la naturaleza no pone en los hombres la virtud fácil como pone el perfume en la flor, solo la educación es capaz de crear el sentimiento y tatuar los deberes en la mitad del pecho humano.

A todos nos mancha un mundo imperfecto e injusto. El patio pestilente de una vecina echa en el viento hacia el nuestro sus emanaciones y, de igual manera, la grosería de la servidumbre enturbia la inocencia de nuestras hijas y la canción impura que va un ebrio entonando por la calle desgarrar para siempre la pureza de vuestro niño pequeño. En cada zarza que quebramos, en cada charco que cubrimos, defendemos nuestra carne, limpiamos nuestro aire. El corazón purificado de la mujer más humilde es como el balcón florido que derrama su aroma sobre el viento y va hacia todos.

He hablado especialmente de mujeres del pueblo; nuestra matrícula tiene también varias de la clase media. La asistencia común a una escuela como la asistencia común a un templo de gentes de distinta condición no degrada a nadie, porque la escuela es la negación de las castas si es cristiana de verdad y si educa mujeres de una república de verdad también.

Quiero agregar unas palabras sobre un prejuicio muy esparcido acerca de la instrucción de la mujer pobre. Hay la creencia de que la cultura siquiera mediana no hace otra cosa que crearle pretensiones y hacerla una especie de mico, por la imitación grotesca de las clases altas.

Pero, ¿acaso no existe en la clase media esta misma imitación infantil respecto de la aristocracia y no existe aún entre los diversos grupos de la misma aristocracia entre sí?

Todo es susceptible de transformación de las costumbres como en la naturaleza. La fiebre de imitación ha comprendido hasta hoy solo las modas. La mujer del pueblo imita grotescamente, es cierto, los figurines de la dama; pero está en los mismos vicios el camino hacia la virtud, para el ojo sutil del observador. No se ha dicho a la mujer del pueblo en qué consiste la verdadera superioridad que suelen tener las clases altas.

El valor de la mujer aristócrata sobre la del pueblo cuando esta no es de un tipo de selección, consiste en el concepto más elevado que aquella tiene de la educación de los hijos, en la visión más alta que suele poseer de la vida, en la comprensión que una cultura sutil le ha dado de la belleza artística, en la suavidad de maneras, en la disciplina de las pasiones.

Y no se crea que estoy dando juicios absolutos sobre la mujer de sociedad; tomo un tipo superior de su clase, digo lo que suele ser lo que debiera ser.

Quizá de entre las mujeres que acuden a nuestra escuela, mujeres ya formadas con hábitos y prejuicios fuertes, muy pocas realicen la transformación espiritual que he pintado tal vez con exageración. ¡No importa! Yo no soy una optimista ni creo que solo un optimismo febril sea capaz de sostener a los que luchamos. Cuando echo mi grano no pienso en un trigal inmenso que se levantará del polvo; pienso solo que mi grano dará una espiga rubia. ¿Para qué pedir más? Que mis hermanos obtengan otras y tendremos pronto una gavilla.



La prisa es pura soberbia. Empezamos con una escuela de tres cursos y una matrícula de 40 alumnas, bien poco para un colegio común; hartó, demasiado, para un ensayo como el que hacemos. La impaciencia recata casi todas las empresas al nacer una orgullosa impaciencia que quiere iniciar la obra en la mañana y sonreír a un monumento al caer la tarde. Y toda la obra humana tiene la gestación de la perla, la pequeña y milagrosa perla se forma con dolor y lentitud, el dolor del esfuerzo, el dolor de la incomprensión y el de la falta de elementos, siempre el dolor, y con la lentitud de la rosa que se abre pétalo a pétalo. Si la flor tuviera esta ansia nuestra de llegar al éxito en un solo día, la desalentara la pereza con que crecen sus yemas, renunciaría a abrirse y los hombres no gozaríamos cada septiembre de una maravillosa primavera.

Dije por allí que ensayaríamos. Otro pecado nuestro es el de pretender cosas definitivas al primer soplo de esfuerzo. Hay que vivir los programas, suprimir, agregar constantemente, poner la humildad del ensayo en cada plan, pedir y aceptar las luces de todos los que pueden darlas, y no conceder a nada valor definitivo, porque la naturaleza misma, obra de Dios, se rectifica en todos sus organismos al aunarlos, y conservadora del conjunto, lima los detalles con una ansia viva de perfección que le viene también de su divino dueño.

La enseñanza en esta escuela será absolutamente práctica. No vamos a robar a la obrera el descanso de sus noches para darle en cursos interminables, quintaesencias de conocimientos. Una escuela nocturna no puede darse el lujo de formar cultura profunda, científica ni literaria. Se desnaturaliza si amplía demasiado su programa e invade el terreno de la enseñanza diurna.

Hay hoy en Chile una poderosa corriente pedagógica que pide con una justificada angustia que se transforme en institutos prácticos la mayoría de nuestros colegios y converjan hacia este vértice único los estudios de índole utilitaria. Hemos cometido el inmenso error de hacer de los estudios

literarios el centro de toda la enseñanza. Tales estudios son lujo para especialistas y los programas de enseñanza, como las leyes de un país, deben consultar las necesidades de las mayorías. La masa de un pueblo necesita capacitar en breve tiempo a sus hombres y a sus mujeres para la lucha por la vida. Hemos tenido la monstruosidad de enseñar durante 50 años los mismos programas con solo variantes pequeñas. Durante este período, enorme en relación con los progresos febriles de la época, se han dictado leyes que han cambiado la faz espiritual de la nación; han nacido nuevas ciudades y se han transformado las antiguas, y la enseñanza, que debe iniciar las renovaciones, se ha quedado atrás de todas ellas.

No es que hayan faltado grandes maestros ni que la instrucción haya sido insuficiente; nuestros educadores son gloria americana y la instrucción dada ha sido tal vez excesiva; fue el rumbo el erróneo. No ha mirado nuestra educación a las realidades de su tiempo, ha pecado de libresca. No podemos decir que de idealista; la erudición, el recargo intelectual, no llevan al idealismo bien entendido, secan y fatigan el alma del niño nada más.

La guerra, a la que debe tantos bienes América, como heridas mortales Europa, ha venido a convencer a los ideólogos pertinaces de la necesidad apremiante de variar rotundamente los rumbos, y la reforma va a venir, se está ya haciendo; el primer puñado de simiente lo arrojó sobre el campo una celebrada y hermosa circular del ministro Pedro Aguirre Cerda. Chile, lo hemos visto, puede ser un gran país industrial. Y el Chile de las industrias, como el Chile de la grandeza histórica, debe salir de los colegios.

Yo admiro los países fabriles. Son las naciones ricas y la riqueza de un país es un verdadero valor espiritual. En el peligro, dispone de todos los recursos para la defensa, y en esa hora suprema, sus millones no son el río turbio de lodo y de sangre que han insultado los poetas y los profetas; se ennoblece, trasmutándose en escudo que cubre a todos, en resistencia larga,

en triunfo y por fin, en gloria eterna. Y en la paz, es ese mismo país rico el que lleva los más altos sabios a sus universidades y los insígnis artistas a sus museos. Como el médico deriva del cuerpo sano tanto como del alma las virtudes de un hombre, de igual modo el historiador derivará del desahogo económico nacional las flores más puras de la civilización y los éxitos guerreros de un país.

Todos los valores han cambiado en esta época nuestra, desconcertante hasta lo inaudito, y es necesario comprender que los dones del espíritu solos no salvan a un hombre ni a un país, y que es preciso, a la vez que afinar la sensibilidad del niño, haciendo pasar sobre su corazón el aroma del Evangelio, adiestrar sus manos, sus pequeñas manos que en esta hora han de ser duras y ágiles, sobre la mesa quemante y revuelta de la vida.

Debemos, pues, dignificar la enseñanza manual en diarios, conferencias y hasta en el arte, y poner en torno de ella la aureola de grandeza que le da esa epopeya viva que es la industria moderna. Porque en verdad, estamos viviendo la *Ilíada* de las máquinas, y ni los idealistas más absolutos, ni los poetas, tienen derecho a motejar de grosero un progreso que, por sus mismas proporciones inauditas, encarna la belleza, al encarnar la maravilla, y pone la oda no solo en el libro, sino en toda la tierra.

La difusión de la enseñanza práctica será en breve, por la oportunidad del momento económico y por la conciencia que de él tiene nuestro primer mandatario, asunto de estudio y de realización inmediata en la ciudad.

Recuerdo que el señor gobernador del territorio llevaba a Santiago en su último viaje la petición de una escuela profesional de niñas. La penuria del presupuesto no permitió esa creación para 1918. Vendrá luego, y si el Estado tardara, el municipio se pondrá a la obra sin duda alguna, porque tal vez no haya otro pueblo en el país en que la municipalidad

tenga una visión tan clara de su lote de responsabilidades y una decisión tan rotunda de prescindir del gobierno respecto a recursos cuando las obras sociales no admiten dilaciones.

Conozco Chile y no he visto en ninguna parte como aquí a un municipio hacer la grandeza de la ciudad, como un monumento piedra a piedra, multiplicar los servicios, hacer llegar su acción a todas partes y no solo en forma de autoridad, sino de cooperación cálida. He visto alcanzar su influencia hasta mi pequeño liceo. En la persona de su presidente ha oído sus quejas sobre la vergüenza de nuestro local y, celoso de la salud de las niñas, ha mandado sus obreros que me han entregado salas habitables. Un liceo es del pueblo. Debe saber éste de las escaseces que sufre y debe conocer también el origen de sus adquisiciones. En vez de mandar una nota diciendo mi gratitud, la derramo, con estas palabras, entre vosotros.

He encontrado en Punta Arenas todo lo que el señor gobernador del territorio anunciara antes de mi viaje. Me pintó una ciudad en pleno desarrollo, con dirigentes que responden a cualquier iniciativa, surco ancho y ávido para cualquier simiente honrada, una colectividad que confiaría en mí y me ayudaría. He encontrado la ayuda prometida que ya se me está dando sin énfasis, y la confianza por la cual se me entrega la escuela que inauguramos. Me pintó una clase obrera con ansias de cultura. Si la he querido y la he buscado en pueblos en que es inactiva e ignorante hasta lo vergonzoso, ¿cómo no he amarla aquí si se acerca a mi casa escolar y viviré con ella la intimidad de la enseñanza, que anuda tan apretadamente las almas, porque es un cambio cálido de ternuras y de conocimientos! Me pintó el señor Contreras, un profesorado secundario y primario rodeado del respeto del pueblo, conquista lógica de sus méritos, y he encontrado este ambiente de respeto y hasta de cariño, que consuela del paisaje yermo y del rigor de la naturaleza.

Al hablar por primera vez al pueblo, creo que he debido, aun abusando de su generosa atención, extenderme en estos detalles.

Gracias a todos los que hasta hoy me han ayudado y gracias desde luego a los que me ayudarán más tarde, que serán más aún.

Haremos todos esta nueva escuela; que se mezclen en ella las cooperaciones de simpatía, de propaganda, de recursos como los perfumes de las flores de los bosques. La obra colectiva es la poderosa; la individual lleva vida mezquina, helada y cae al primer golpe. Yo, sin ustedes, no sería sino una mano trémula y ansiosa, porque la mujer, aunque sea la mujer fuerte, dura para ser vencida por los fracasos, es muy pequeña y muy pobre, si Dios no la mira, y si las almas de los hombres buenos no se tienden hacia ella como un báculo de sándalo que la ayude a llenar hasta las obras hacia donde la lleva su corazón tremolante de amor humano.

Un grupo de diputados ha presentado a la Cámara un sencillo proyecto de ley de considerable alcance en favor de la mujer, porque le abre nuevos horizontes de trabajo, porque tiende a procurarle un campo de acción más extenso, de acuerdo con sus aptitudes, con sus facultades y con su sexo mismo.

Se trata de conceder una considerable rebaja en la patente a aquellas tiendas de género cuyo personal sea femenino en sus tres cuartas partes. La rebaja que, por este capítulo, sufran los municipios donde se implante esta medida, será compensada con un aumento de la patente que pagan los negocios de bebidas alcohólicas.

Nada más justo, más lógico, más natural que este proyecto. Digamos aún que con él se trata de poner término a una verdadera vergüenza para el sexo masculino.

¿No es verdad, en efecto, que los dependientes de tiendas de trapo, que cortan metros de cintas, se muestran peritos en barbas de corsés y en otros adminículos netamente femeninos, están usurpando un puesto, un trabajo, una ocupación que de derecho pertenece a la mujer?

La prensa se ha ocupado varias veces de estas anomalías; pero como sus bien intencionadas indicaciones no han tenido resultado, es bueno que se haga, por ministerio de la ley lo que debió hacerse por la dignidad del sexo.

Lo único que habría que pedir es que cuando estas ocupaciones sean desempeñadas por mujeres, los patrones paguen los mismos sueldos que cuando eran disfrutadas por los hombres. Porque pasa al respecto una cosa curiosa, que constitu-

47 Publicado en *La Unión*, Punta Arenas, 21 de febrero de 1919. (N. de los Eds.).

ye en el fondo una injusticia y una iniquidad: cuando la mujer ocupa un puesto que antes era desempeñado por un hombre, en el acto disminuye el sueldo. ¿Por qué razón? ¿Por qué en general la mujer da más garantía de seriedad, de honradez, de asistencia continuada? ¿Por qué no hace huelgas como sus colegas del sexo feo? Esto no es, pues, justo. Y no estaría de más que la ley dijera algo en este sentido. Porque, de otra manera, los dueños de tienda saldrían comiendo a dos carrillos.

En cuanto a los hombres, es bueno que vayan ejercitando sus energías, sus fuerzas y sus actividades, en otras tareas distintas de vender madejas de seda y ovillos de hilo.

Inés Echeverría de Larraín ha publicado en *La Nación* un gran artículo, una extensa prosa sacudida de espíritu y alumbrada entera por esa generosidad suya que yo le admiro más que su mismo talento: hace en él un llamado a las mujeres de todos los credos. Desea *Iris* que la mujer equilibre la brutalidad de los movimientos sociales y humanice la pelea de búfalos, el descuartizamiento de toros, que va pareciendo el mundo (y Chile dentro de él) en esta hora. Aunque se esté haciendo un huerto en el último rincón callado de La Serena, entre golpe y golpe de azadón, se la ha oído y se hace un descanso para contestarle.

No hay dejadez árabe ni modorra india entre las mujeres nuestras; hay una fuerza enorme y una confusión no menor que esa fuerza: yo las comparo a mis almácigos que irrumpen en un millón de cabecitas apretadas, con una revoltura bárbara, delante de mis ojos... Sociedades de beneficencia, escolares, gremiales, políticas, religiosas... ¡deben llegar a quinientas en el país! Pero aquí como en todo falta la columna vertebral, sin la cual no hay organismo. No existe la gran sociedad que inspire la confianza suficiente para que obreras, empleadas, maestras, médicas, católicas, liberales, socialistas, comunistas, destaquen hacia esa representación, reciban sugerencias y presenten a su vez las suyas.

El feminismo llega a parecerme a veces, en Chile, una expresión más del sentimentalismo mujeril, quejumbroso, blanducho, perfectamente invertebrado, como una esponja que flota en un líquido inocuo. Tiene más emoción que ideas, más lirismo malo que conceptos sociales; lo atraviesan a veces relámpagos de sensatez, pero no está cuajado; se camina sobre él como sobre las tembladeras, en las cuales el suelo firme apenas se insinúa. Mucha legitimidad en los anhelos, pureza de inten-

48 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 5 de julio de 1925. (N. de los Eds.).



ciones, hasta un fervor místico, que impone el respeto; pero poca, ¡muy poca!, cultura en materias sociales. No importa: existe la fuerza, nos hemos puesto en trance de obrar y unos diez ojos sagaces y manos tranquilas ya pueden empezar la ordenación.

No hay necesidad de crear una sociedad más; tal vez sería enriquecer nuestro vicio —que es vanidad pura— de erigir directorios, para hacer reparto de presidencias y secretarías, baratijas de zulúes que nos gustan mucho.

Hay un organismo destinado a verificar la concentración que pedimos; su nombre ha hecho promesa que debe cumplir. En otras partes ya ha cumplido. El Consejo Nacional de Mujeres, en varios países, ha conseguido contar en su seno a las representantes de casi todos los círculos femeninos de la nación.

Hace años se me invitó a pertenecer a él. Contesté, sin intención dañada: “Con mucho gusto, cuando en el consejo tomen parte las sociedades de obreras, y sea así, verdaderamente nacional, es decir, muestre en su relieve las tres clases sociales de Chile”.

La clase trabajadora no puede alcanzar menos de la mitad de representantes en una asamblea cualquiera; cubre la mitad de nuestro territorio, forma nuestras entrañas y nuestros huesos. Las otras clases son una especie de piel dorada que la cubre.

Este consejo fue creado hace unos siete años por Amanda Labarca Hubertson e Isaura Dinator de Guzmán; de él han partido los primeros reclamos de representación femenina dentro de las instituciones, y cuenta en su haber las leyes dictadas por el gobierno actual sobre derechos civiles femeninos. Ha hecho bastante, en relación con la debilidad que le crea la ausencia de la clase popular.

Actualmente, la presidencia del consejo está en las nobles manos de la doctora Ernestina Pérez, timón sólido de cultura y de ecuanimidad. Al lado de ella tienen su sitio Inés Echeverría, para poner fuego ancho de espíritu; Adela Edwards, la de manos obradoras; Brígida Walker, decana moral del magisterio primario; las jefes de partidos femeninos, señoras Rodicio, Villar y Méndez, Luisa F. de Huidobro, Isaura de Guzmán, Teresa Ossandón, la socialista señora Hidalgo, el grupo excelente de educadoras del Club de Maestras, Cora Mayers, y tantas y tantas otras que hierven en mi memoria y que harían fatigosa la enumeración.

Lo primero, conocerse. No son las líderes obreras lo que por ahí pintan, ni mujeres viciosas cuyo contacto manche, ni energúmenos que agiten una asamblea hasta malograr todo trabajo sensato.

Están llenas de recelo rencoroso, porque se las busca, es cierto, a la última hora, y se las ha olvidado cincuenta años como quien olvida la atmósfera que lo rodea. Ahora es preciso ir hacia ellas con insistencia heroica y con una transparencia absoluta en la palabra y en la intención.

Muchas se han incorporado a las sociedades masculinas, a los gremios. Son las más cultas: han escuchado debates, y aunque suela contagiarlas la violencia de la asamblea de hombres, que rojea, tienen ya las manos sobre la carne viva del problema social.

Santa ronda nacional de mujeres sería esa en que la mano pulida coja la mano prieta, y la aparadora de zapatos escuche, de igual a igual, a la maestra y la costurera diga a la patrona cómo van viviendo ella y sus tres hijos con su salario de tres pesos. Asamblea cristiana, en que la dueña de la vivienda pútrida mire la prueba de ésta en la cara sin sangre de su pobre inquilina.

Purgamos la culpa de no habernos mirado jamás a la cara, las mujeres de las tres clases sociales de este país. El amor vive

de conocimiento, decía Leonardo, el humanísimo. Nosotros en los embusteros discursos de las fiestas patrióticas, gritamos la concordia nacional como desde una a la otra orilla del Amazonas.

La primera faena cívica era esa: soldar las clases por medio de intereses y sentimientos comunes. Dar en la pequeña propiedad la emoción de la patria; dar, en el servicio amplio, ¡inmenso!, de beneficencia, el latido moral de un Estado, atento como un hombre a la guardia de la salud; dar en la casa obrera la dignidad al ciudadano, que no lo es solo porque reciba el sol y beba el viento; incorporar en las muy vacías fiestas de aniversarios nacionales una ceremonia de gratitud hacia los mejores artesanos; impulsar con algo más que la protección al salitre la riqueza nacional, abriendo los bancos de pequeño crédito agrícola para que pueda sembrar cada campesino que tiene una lonja de suelo; y democratizar la cultura, llevando la biblioteca del pueblo como un río generoso, de un extremo a otro del país; humanizar el Estado; y hacer así esa red de intereses y de amor que es una raza. Al dibujo precioso de esa red, en que el centro está en todas partes, porque puede rompersela donde se la toque y es preciosa en cada punto, hemos preferido el dibujo geológico de capas (de arcilla fina, de piedrecillas menudas y de roca ciega) que tenemos.

Ser organismo social, es decir, ser una patria, es tener casi la misma calidad de sangre en la frente que las plantas y oponer igual resistencia a la disgregación en cualquier parte del cuerpo. ¡Qué lejos de eso estamos!

En este momento la América mira con estupor que éramos la estatua del sueño de Nabucodonosor y que desmoronados los pies de lodo, hemos dado con la frente en la carretera.

No digamos que ya es hora de amarnos: el amor, en el individuo, relámpago sobrenatural, es en un pueblo un cuajo lento y maravilloso como la creación de una madrepora; necesita de la sangre de tres generaciones a lo menos.

Pero el conocimiento del pueblo —me ha dicho alguno— da mejor su repugnancia que su estimación. Es cierto: no es hermoso ni sentidor, ni claro de mente; feo, brutal a veces, confuso para desear y pedir.

Así lo hicimos. Entre el hambre, la tuberculosis, el alcohol y el trabajo salvaje, no había de levantársenos como un Apolo. Del arte, que depura el sentimiento, hemos hecho una isla dorada a donde él no llega. El número de tabernas que le ofrecemos, cobrando por los municipios sus patentes, para hacer fuentes en nuestros paseos, debió ser el número de sus bibliotecas.

Sin embargo, hay que comenzar por el conocimiento y acabar por el amor, como los judíos empezaron por Moisés, la ley, para terminar por Cristo, lo superior a la ley. La escuela le entregará la patente de hombre; la habitación, en las ciudades y en el campo, el predio agrícola le darán la dignidad de poseer. Sobre eso, que vengan los capiteles del orden que queráis, la abundancia de la fraternidad, la verificación del cristianismo.

Volviendo, pues, a la organización de las mujeres, este es el primer paso: vincularse para conocerse.

Creen algunos que el paso heroico es el que dará la clase opulenta hacia la desposeída y que cuesta mucho. Quienes hemos andado en estas búsquedas, sabemos que hay también abismos grotescos, pero reales, entre la clase media (de empleados y profesionales) y el pueblo. Recordemos la parábola breve de Tagore: “La lámpara de arcilla dijo a la lámpara de cristal: Eres mi prima. La de cristal ni siquiera quiso responderle; pero en ese momento subía por el cielo la luna llena y le gritó: ¡Hermana mía!”.

Si la clase alta se siente extraña al pueblo por sus costumbres, la media no lo siente menos extraño por su ignorancia. La llaman un puente; como los puentes movedizos, levantó su extremo de la orilla, giró y ha ido a ponerse, tendido a lo largo de la otra margen suave, donde no sirve a los fines de la vida.

Es curioso anotar que las voces de mujer que hacen el llamado más apasionado a la fusión de las clases, en este momento, son voces de la clase alta. Llevo contados muchos artículos de *Roxane*, que me dan esta sensación: la de un guardia de minas del sur que en el peligro de una catástrofe bajaba y subía cada cinco minutos al hoyo infame, para mirar las venas de agua y subía a dar voces, a los mayordomos dormidos, volviendo a bajar nuevamente. Ella va de las fábricas, donde mira el envilecimiento de las obreras con el trabajo excesivo que asesina madres, a su periódico que le multiplica la garganta. Pues el territorio entero está agujereado de subterráneos que no conocemos; nuestras avenidas, nuestros parques, el sueño sobre el cual descansa el lecho en que dormimos, tienen debajo la ciénaga tremenda.

Para la obra de organización de las mujeres faltan estas dos cosas, pequeñas y preciosas como la perla: paciencia, humildad. No falta entusiasmo, que anda por todas partes en llamaradas sueltas. Paciencia para insistir tantas veces como horas tiene el día de Dios; humildad para recibir la descortesía y la misma hostilidad de las sociedades reacias a fundirse. Como todo pueblo débil, tenemos la vanidad supliendo extensiones... Los círculos menudos de mujeres temen desaparecer en la obra grande. Probarles que cooperar no es subordinarse y que la institución continúa su vida individual sin más cambio que poner su voz en medio de las de sus congéneres.

Costará un poco ser pacientes y humildes; es más fácil ser inteligentes y valerosas; la paciencia hizo las catedrales de la Edad Media y la humildad creó el cristianismo, que solo se quebraja cuando ella disminuye. Ayudarán algunas otras circunstancias: la aquiescencia de los grandes, que ahora es más fácil de obtener; el paso menos miedoso de las obreras, que sienten su fuerza y toman su sitio.

Los problemas femeninos, los de gremio y gremio, y partido y partido, tienen una diferenciación muchísimo menor que los de los hombres. Casi no existe el conflicto religioso, que

ha envenenado tanto a aquellos y les ha hecho perder cincuenta años en un millar de sesiones de oratoria encendida. A las campañas mayores del reconocimiento de la educación paterna, la de la equiparación de salarios, de amplio servicio médico escolar, de enseñanza obligatoria de puericultura, aun a la de sufragio, llevarán su apoyo todas. Bastarían tres anhelos compartidos; habrá unas veinte leyes de acuerdo común. Puede fundarse mucho sobre ese enorme bloque.

En un artículo de la señora Labarca Hubertson se da un mensaje de la jefa máxima del feminismo yanqui: “Eliminad —dice más o menos— cualquier causa de odio, aunque sea el divorcio y el mismo sufragio, con tal de unificar”. Es la mujer de sangre fría, que ha visto entre los pueblos latinos el gasto de odio que hacemos, la sangría de nuestros jacobinismos, el cacareo ridículo que levantamos en torno de nuestros estandartes políticos, mientras el “gran viento del norte” sopla hacia el sur con firmes carrillos.

Falta —me dice una compañera— un periódico para las mujeres o que, al menos, se restablezca, con secciones más ricas, la “página para mujeres” que hace años daban los grandes cotidianos.

Es verdad, necesitamos una enorme información del movimiento social femenino. Hasta ahora las revistas que se nos han dedicado se quiebran de... femeninas. No basta con el recetario doméstico que proporcionan, ni es mucha cosa regalarnos las páginas ilustres de Selma Lagerlöf y de Ada Negri. Páginas serias de religión, de pedagogía (divulgada sin tecnicismos), de higiene y sobre todo, repito, una clara y abundante exposición de la labor social de nuestras hermanas del mundo. Y muchas traducciones, porque cambiaríamos con gusto un servicio honrado de estas por un buen lote de producción nacional, en todos los órdenes.

Nuestra prensa es harto regionalista, y el regionalismo acaba por crear una especie de tisis en los organismos, cuando no

hace una ictericia de odio. Pagar traductores si no podemos pagar colaboradores extranjeros.

Un movimiento vasto de organización femenina requiere la fundación paralela de un órgano de divulgación muy fuerte.

Hasta hoy el feminismo de Chile es una especie de tertulia, más o menos animada, que se desarrolla en varios barrios de la capital. Es débil por desmigajamiento, y aunque ya cuenta algunos éxitos, no puede ser equiparado todavía con los movimientos respetables de opinión que se desarrollan en el Uruguay (para nombrar un país hispanoamericano). Si ha de ser político, que se sature de cultura política; si prefiere quedarse en la lucha económica, que también adquiera la cultura que necesita para formarse un cuerpo de doctrinas económicas.

En el campo sentimental no puede mantenerse; para el sentimiento está la vida individual, y las mujeres han decidido abandonar el pliegue tierno de la casa, donde el amor solo tenía un rostro que mirar en silencio, y el servicio de una sola mesa que hacer pulcra y bella.

Nos faltan recursos, me decían las obreras a quienes insinuaba yo que abriesen un curso de conferencias sobre el laborismo, el fascismo, el sovietismo, etcétera; los regímenes que gobiernan el mundo y que no conocen ellas para hacerse conciencia social.

Los recursos solo pueden ser amplios en una organización muy numerosa. Si los piden al Estado vendrá la coquetería política, muy fea, a reemplazar a la antigua, donosísima; si los reciben de los partidos masculinos, incorporan la infección a su cuerpo, como quien derrama un tubito de bacilos de fiebre tropical: habrá hedor de aliento para muchos años.

Una Graciela Mandujano, periodista, que traduce dos o tres lenguas, puede hacernos la revista de gran formato, abundante de secciones, llena de contemporaneidad en el espíritu y

de la jaspadura del mundo: lo latino, lo inglés, lo japonés, lo alemán, lo americano, como quien dice los ácidos, los fosfatos y las harinas espirituales. Cada actividad dentro de Chile precisa hacer esta empinadura para mirar a los dos continentes de donde viene magisterio: Eurasia, Norteamérica, cuanto más el feminismo que es criatura del siglo, que casi no tiene historia y no se puede estudiar todavía en manuales cuajados.

Inés Echeverría es una buena sembradora del fuego de la “flor roja” de Kipling. Mucho pone quien pone espíritu y voltea las entrañas pesadas de las criaturas. Pero este tiempo que vivimos es del hombre y de la mujer con los dos hemisferios: el emocional y el activo. Aquella que remueve tiene que ayudar a hacer ordenación. Andan ahora los místicos mezclados con los albañiles, en Gandhi y en Vasconcelos, los constructores. Ella ama a estos dos hombres, que siendo inspirados, no desdennan cortar los adobes de realidad.

Elija, pues, un puñado de mujeres llenas de voluntad cívica y vaya haciendo con ellas la unificación del feminismo, que mientras este sea como la hierba rala del campo, se secará sin haber sustentado. La ayudaremos hasta las que no hemos adoptado oficialmente el feminismo por pecado tomasino: todavía no da prueba en grande... La ayudaremos, sin embargo. Para mí, es el feminismo hasta hoy como una casa que no me inspira confianza grande, pero donde tengo tres amigas que amo y que no quieren venirse a vivir a la mía; me hace falta su conversación y subo las escaleras ajenas.



La Cámara francesa ha negado el voto a las mujeres. Y uno de los dirigentes de la propaganda de derechas, que tiene la formidable habilidad del afiche electoral, ha lanzado el número doscientos, aprovechando el motivo: un grupo de madres obreras con cara de derrota que van voceando la iniquidad de las izquierdas.

Es necesario sacar el asunto del plano del sentimiento interesado en el que de ambos lados se le estropea con falsedades. Ni las derechas han sido siempre feministas, sino que lo son ahora a la desesperada, ni las izquierdas han sido sinceras en su campaneada adhesión al sufragio femenino... En la hora oportuna ambas usan esa banderola en su provecho.

El voto femenino es cosa para discutirla en lenguaje de derecho. En sistema de sufragio universal o restringido, desde que la revolución que llaman grande, clavó con picota rotunda el principio de representación popular, quedó por entendido que el voto correspondía... al género humano. Discutir sobre la extensión de este derecho no es serio y, cuando no prueba malicia, prueba estupidez.

¿Por qué entonces, hemos tardado cien años en agitar la cuestión feminista y han demorado tanto en Inglaterra, España e Italia en concederlo?

Yo no creo en la explicación tonta del Siglo de las Luces que debía traer el voto entre muchos de sus disparates, como no creo en el cliché del cura, arrebatándonos las "antorchas" de las que hablaba la pobrecita Luisa Michel; ni creo en ese miedo de los hombres a la competencia femenina en el Parlamento,

49 Escrito en París y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 17 de junio de 1928. (N. de los Eds.).

que es cosa grotesca. No hemos tenido las mujeres genio para cosa alguna y no hemos de tener el político.

La Iglesia, por sentido de disciplina de los sexos, por ese deseo de ordenación (la palabra orden está echada a perder), ha recomendado algunas veces que la mujer se quede en lo suyo, en su clima moral. Sigue —creo yo— pensando en que eso es más útil. Pero ha debido ver que, sin votar, sin ir a los congresos, sin sostener afanes electorales, la mujer se ha llenado la vida de preocupaciones extrañas y que lo que llaman la sociabilidad (por no llamarle con nombre legítimo: ociosidad dorada), la llena, la colma, y la hurta a sus hijos, tanto como lo haría el más enérgico ajetreo político, y ahora la Iglesia mira sin espanto el voto femenino y sus anexos.

Socialistas y radicales han nacido a la vida de combate electoral con la afirmación de igualdad de los sexos en la boca. Toda su literatura está listada, atravesada, anegada, de una declamación feminista que, de rotunda, tiene del timbal y de la trompeta de Jericó. Mientras fueron minorías, sin disfrute graso del gobierno, ellos han mantenido la declaración feminista en un patético agudo. Pero un buen día fueron gobierno, como en Francia, y se les vino encima el pánico de perder el usufructo, tan deleitoso siempre, de la presa. Desde entonces, y aunque sus jefes intelectuales han seguido haciendo declaraciones de lealtad a “la causa de la mujer oprimida, espoleada y olvidada por la reacción”, el hecho efectivo es que pudiendo dar mayoría neta para la aprobación de una ley, la han esquivado con una facilidad de motivos que hace reír a las feministas francesas ingeniosas.

En los países del norte, donde, según parece, los líderes toman en serio un programa y hay más honradez y menos retórica en las izquierdas, alguna de parte de las derechas, ellas han cumplido hace tiempo.

La sorpresa mayor que las feministas latinas han tenido es la de Italia y España. Sin despliegue de propaganda, casi sin pro-

paganda en la última, les ha caído el presente, que las pobres inglesas arrancaron, como la presa de los dientes del leopardo, al Parlamento inglés.

Como se comprende, la razón del celo feminista del señor Mussolini y del general Primo de Rivera es muy otra, que la de Jaurés o que la de M. Blum. Resulta bastante difícil entender que un general, que además es español, o sea, dueño de la cifra más alta de tradicionalismo, tenga pasión por la causa femenina, que lleva la marca de sus enemigos naturales.

El señor Mussolini fue socialista, y socialista de combate en el periodismo. Puede ser que del socialismo le haya quedado esto, aunque cuesta creerlo en un marino que tiró todo el resto por la borda. Es mucho más sencillo entender que él, como el español, ha concedido el derecho a voto a las mujeres por verlas “menos plagadas del liberalismo que hay que ahorcar”, según frase de un diario fascista. Las mujeres, se ha dicho, no han tenido nunca el fetiche de la libertad y coincidirán con nosotros en que la única política que a un país le importa es la económica. El voto de las “amas de casa” será siempre para el que gobierna dando buena moneda y un buen yantar.

Yo tengo que celebrar con honradez, y aunque no pongo a ningún fascismo gesto cariñoso, el acierto de sensatez y el buen atisbo de moralidad política que contiene la forma de representación femenina adoptada en España. Se ha liberado a María de Maeztu, a Blanca de los Ríos y a sus compañeras, de la cosa sucia que es una batalla por las urnas con peroraciones en la plaza o el choclón, y búsqueda mercenaria de electores. Solo que se ha buscado cumplir con el feminismo en dosis infinitesimal, de una química bastante maliciosa. Una María de Maeztu representa en grande a su gremio, pero entidad tan vasta como la de maestras no se sacia nunca de justicia con una sola diputada, aunque traiga estas calidades. Yo lo celebro como una insinuación del verdadero régimen gremial, que ha de venir para ordenación de las actividades nacionales en España y en América.

El señor Mussolini mismo, resucitando, aunque sea con mano zurda, la representación gremial, nos sirve y nos acicatea a caminar poquito a poco hacia el régimen absoluto, restaurado integralmente.

Por las mismas razones que éstos dos patrones políticos han tenido para dar el voto sin lucha —y, en España, creo yo, hasta sin la voluntad de las agraciadas—, las izquierdas francesas lo han negado. Ellas temen este partido formidable de “amas de casa”, esta duplicación de electores hecha con elemento ni jacobino ni comunista. Piensan que, a lo más, les llegarían a las urnas algunas liberales de un liberalismo de agua de melisa, no del alcohol combista. Los comunistas han sabido ser más consecuentes y, con riesgo y todo, votaron según sus programas.

El acontecimiento de España e Italia tiene mucha importancia para la América nuestra. Es posible que México repita el pánico y la resolución de la Cámara francesa; es probable que el Uruguay haga cosa parecida. Pero a los demás países se les ve no sé qué aire de concedernos el voto, sin gran presión, de ese hipotético comunismo que tanto temen.

Es, pues, la hora de nuestras feministas. El fruto de mi leyenda antifeminista, tan gratuita como la de feminista que en Cuba me hicieron a mi paso, por pura buena voluntad.

Según las bravas feministas que me han zarandeado por desear yo “una división del trabajo a base de sexos”, yo soy una señora medieval que nunca ha trabajado, que en su pereza hace sistemas de estética y traiciona a las obreras escribiendo contra sus intereses más vitales. Según otra que me presentó en cierto país, con un horrible discurso, yo sería una estúpida líder de barricada. Según el señor Marius André, a mi llegada a París, esta vez, yo venía de excitar a las masas comunistas contra el clero. Todo ello escrito en el buen francés de Marius André y publicado en la *Revue de L'Amérique Latine*.

Yo no creo, sin embargo, haber dado apoyo a mi leyenda feminista. No he escrito nunca elogio de este partido, aun cuando dentro de él quiero y estimo a muchas dirigentes. En cuanto a mis conferencias anticlericales de Santiago de Chile, eso pertenece a la buena información que de nosotros se tiene en Europa... Mi noble amigo Ventura García Calderón tomó demasiado en serio mi defensa en la revista francesa y sacrificó por ella la codirección que allí tenía, y que valía muchísimo más que un insensato chisme ultramarino.

El derecho femenino al voto me ha parecido siempre cosa naturalísima. Pero, yo distingo entre derecho y sabiduría; y entre “natural” y “sensato”. Hay derechos que no me importa ejercitar porque me dejarían tan pobre como antes. Yo no creo en el Parlamento de las mujeres, porque tampoco creo en el de los hombres. Cuando en ese Chile nuevo que me encontré a mi regreso y en que tuve el gusto de no creer, se hablaba de la nueva Constitución, yo acogí con mucha simpatía, aunque poco o nada entiendo de ello, la proposición que hicieron dos maestros convencionales de un Parlamento a base de gremios. No se trataba naturalmente de los gremios oficiales del señor Mussolini en los cuales los representantes son elegidos a medias por el gobierno y a medias por los gremios oficiales, sino de cosa parecida a los de representación medieval de Florencia en que el gremio no manipulado por el oficialismo, elegía libremente.

La proposición de mis amigos no fue tomada en cuenta ni durante dos minutos. Los pseudoconvencionales, por otra parte, no iban a discutir, sino a aceptar cosas decididas. En esos días, y como si se hubiera hablado de esta idea presentándola como creación bolchevique, yo dije, en una charla de la escuela nocturna que sostiene una sociedad de arquitectos, lo poco que sabía de la organización de los gremios en la Edad Media. Es la única ocasión en que he dejado caer alguna palabra de temas electorales que no son míos y que no busco arrebatarles a los hombres ni a las feministas mismas.

De semejante Parlamento sí me importaría seguir los trabajos y hasta ayudarlos en una gacetilla, sin tentación de acabar en diputada, ni siquiera en consejala. Yo oiría con gusto a una delegada de las costureras, de las maestras primarias, de cada una de las obreras de calzado o de tejidos, hablar de lo suyo en legítimo, presentando en carne viva lo que es su oficio. Pero me guardaría bien de dar mi tiempo a la líder sin oficio, que representa al vacío como el diputado actual, y en cuya fraseología vaga no se caza presa alguna de concepto ni interés definido.

La corporación confusa de hoy en que nadie representa a nadie no me interesa, aun cuando contenga la mitad de mujeres. Dudo de que resulte una novedad medular ni una renovación de las entrañas nacionales bajo este régimen, en que el agricultor habla de escuelas y en que el abogado se siente con ínfulas para juzgar el universo.

Que se me perdonen en este articulejo las alusiones personales. Lo aprovecho para contestar algunas ingenuidades dañinas y también algunas majaderías que sobre mi fobia feminista he dejado correr durante dos años de paciente silencio.

Nos llega el sufragio como victoria de largas demandas, después de campañas que provienen de Europa y de los Estados Unidos, y que por fin han convencido el estólido seso masculino. O bien han alertado a los hábiles, que de repente nos consideran voto sumable a sus campañas. Sea lo uno más lo otro, las mujeres chilenas podemos ahora votar. Lo elemental es que votemos no como adláteres, sino como mujeres que anhelan aportar algo de feminización a la democracia.

Todos sabemos que el mujerío, bisoño en la escaramuza política, poco pudo hacer en su marginamiento, parecido al de las hebreas en la sinagoga. Por atavismo de siglos, estábamos convencidas —trabajadas por dentro, sería más exacto— de que el hombre desde todo tiempo produce las ideas sin jadeo, como quien juega o simula esforzarse. Ahora ya no le damos un amén servil a ese pregonado monopolio de la inteligencia viril: hemos constatado tantos casos de mujeres a la par o por encima de varones reconocidamente “ponderados”, que ya no se nos puede tratar como a criaturas desvalidas, o dulcemente taradas, con el seso a medio desarrollar. Prueba de ello es que nos han otorgado el derecho masculino a votar, que yo siempre consideré que era nuestro por... zoología.

Pero en el clima de las asambleas políticas de hoy, a las cuales irá la mujer a decir lo suyo —problemas, necesidades, tragedias subterráneas—, ella corre el peligro de abandonar su alegato propio, más el del niño, y quedarse en una inútil duplicación del hombre.

¿Para qué tanto afán por entrar a esas revueltas salas si no ha de participar en los debates o los ha de seguir como oveja que-renciosa? Me cuentan que los delfines nadan capitaneados a turno por hembras y por machos: modelo de equipo y parlamento animal mejor confabulado que el humano.

Toda la vida criolla está saturada de ideas patriarcales, lo veamos o no. Este también es un tejido ancestral y que se ha roto en trechos muy pequeños. En el campo de Chile, al lado del patriarca contaba también la matriarca, guardiana celosísima del niño. Mientras que el padre da valimiento al hombrecito, solo cuando este ya se le va pareciendo, la madre le da todo su querer y todo su entendimiento desde que nace, y aun antes de que nazca, eche a andar y devuelva conversación. Una de las cosas que hacen más digna nuestra época, porque le añaden espiritualidad, es el haber vuelto visible al niño como quien levanta el pez de su abismo. Y ese serio patriarca, que antaño sentenciaba que los chiquitos no existían antes de los 10 años, ha acabado por topárselos y por darles trato de personas, con lo cual él mismo gana en ternura y ductilidad, mediante esa recuperación del infante que hubo en él y que aun le gatea por el alma.

Debemos proseguir la obra de esas probas matriarcas y no quemar nuestra femineidad en el cráter de la política. Solo en cuanto a mujeres podemos auxiliar la vida y el mundo.

Nuestra misión terrenal es la de ser “musas del hombre”, intercesoras también, y redentoras además, como la Beatriz del Dante. Pero ahora que se nos da voto, es decir voz directa y no soplo al oído del varón (que a veces sonrío, “diz que acata”), esta es la hora de que, lado a lado de ese hombre que nos “representaba”, nos representemos nosotras mismas, en cuerpo y alma.

Esta habrá de ser la segunda parte de nuestro feminismo actuante. Organizarnos hasta adquirir la cultura social entera mediante el estudio de la historia, del derecho, de la sociología, e incluso de las matemáticas (servirán para las estadísticas, esa esgrima de cifras que lucen los varones sin... espada). Pertrechadas en grande, iremos a las elecciones no en mero papel de votantes, sino además de candidatas. Si votamos, pero solo por hombres, seguiremos relegadas, sin cobrar verdadero agarre sobre el timón de mando.



Nuestro Senado tendrá mujeres también, palomas entre cóndores, aportando allí el zureo hogareño, la vocación de estabilidad doméstica, sin la cual el varón no tiene paz ni logra descanso.

Saldrán de nuestro mujerío casero, algunas *leaders*, que sin ser unas antihogares, afronten salir a las calles y pertenecer al Senado, justamente para defender la patria de sus hogares, la de sus maridos, parientes y amistades: equilibrando así con su sensibilidad de mujeres, el Chile que se estaría haciendo solo con decisiones viriles. Codo a codo y en proa a una patria concebida como un hogar grande, para sus hijos, y los hijos de sus compañeras, las mujeres completarán la empresa política, en la cual falta más economía, mucha economía, acaso solo economía, porque nosotras partimos y llegamos de la tierra a la mesa, de lo tangible a lo factible, sin embriagarnos en teorías ni perdernos en dédalos de discusión ideológica. Por eso algún día Chile elegirá a una mujer para la Presidencia de la República.

Voy a hablar a ustedes, mujeres argentinas, de la masa de mujeres que viven, penan y trabajan del otro lado de nuestra montaña; quiero, como quien dice, dejaros a la vista la otra vertiente, y en ella a la carne que duerme acostada sobre la ladera oeste, tan cerca y tan lejos de ustedes, próximas por la pena común que nos sustenta y tajadas por el muro que Dios nos hizo de piedra terca, de piedra sorda, de piedra tremenda.

No voy a contaros esta vez a las artistas, que las tenemos agudas y esenciales en novela y en música; no os regalaré semblantes personales y nombres conocidos, sino que os daré facciones colectivas que convienen a cada una de las mujeres de Chile. Con una gente como la vuestra, voluntariamente racial, es posible trazar sin ningún artificio, un perfil que corresponda a todas y en el que todas seamos confesadas y dichas.

Los viajeros anotan en la pareja chilena una diferenciación de anverso y reverso de tejido: entre el carácter varonil y el femenino. A tanta sequedad del hombre, tanta ternura ardiente de la mujer; a tanta frialdad positiva del varón, tanta pasión despeñada de su compañera. Y se ha dicho que solo en las razas orientales pueden verse así de rotundas las líneas opuestas y coincidentes del ángulo humano, líneas que pudieran vivir en lucha perpetua y que sin embargo viven en una integración cabal. A pesar de las sombrías diferencias de clase y condición, puede asegurarse, y yo lo digo con toda honradez, hay una condición entrañable, un jugo y un calor igual de entraña idéntica, que corre de la clase aristocrática a la campesina, de la masa profesional a la trabajadora, y aquí he procurado yo, por deseo de bien serviros, desnudar y evidenciar esta chilenidad unánime.

La mujer chilena tiene una maternidad apasionada, mejor aún, arrebatada: el hijo es en ella de veras una pasión. Parece que en la maternidad, mucho más que en el amor de hombre, ella

pone sus esencias más fuertes; nada hurta, nada ahorra, nada regatea para sí en esta santa calentura en la que vive y en la que acaba, velando y sirviendo a su sangre. Aunque sea una pasional en cuanto cosa le cae a las manos, su pasión del hijo será siempre el sorbo mayor que saca de su corazón. En cuanto un niño llora por primera vez detrás de la puerta de un rancho, tenga ese niño el padre de su amparo o carezca de él, desde ese momento esa mujer dobla su coraje para la pelea del pan y será capaz de todos los oficios, hasta del más duro, del más extraño a ella, si se trata del techo, del vestido y del pan de cada boca.

Lo mismo será si no se trata del hijo, sino del hermano menor; lo mismo del allegado. Esa mujer ardiente nació para gastarse y la palabra que menos parece entender, la que no le llega o que no la convencerá nunca, es la de ser “prudente”, en el sentido miserable de no arriesgar su alma.

Tiene nuestra mujer un sentido fuerte de la amistad y en la misma juventud, edad prodigiosamente banal, ella estará ya como en sazón para la amistad. Gasta en ella su lealtad, ofrece sus primores, el cogollo de su espíritu; pone en el vínculo amistoso una seriedad dulce o una seriedad heroica.

Alguna vez yo he pensado que si hay un sentimiento que definiría al chileno en general, una especie de columna vertebral de su vida, esa sería su capacidad para ser amigo y para la obra maestra que hace sin proponérselo en un haz de amistades *per vita*, eternas.

La mujer chilena trabajó siempre. Antes de nuestra moderna incorporación a la economía del mundo, ya ella era buena hortelana, artesana habilidosa en artes y capaz de enseñarlo en muchas cosas más. Pero nuestra promoción a compañeras del jefe de la familia para el áspero sostén de una casa, nuestro ingreso total en el ejército de la fábrica, en la beneficencia y en la universidad, ha sido en aquella costa pacífica, rápido, enorme y definitivo. La mujer ha echado a sus hombros, sin alharaca, con gozo, sin rezongo, sintiéndose llena de honra,

cada una de las cargas y las servidumbres que arrastra consigo la labor con horario, con disciplina, con jadeo.

Trabajamos. Chile da aun de lejos si bien se le mira un resuello caliente de horno, de fragua rítmica, de tráfago industrial. Y en ese tumulto y ese fervor, la mujer hace presencia, la mujer está de la misma manera que en el amor, con una voluntad totalitaria y con una entrega que es una especie de volcadura de su ser.

Poco es el tiempo, breve la ocasión para deciros más. Yo sé que cuando se trata de dar, la mejor pieza que puede escogerse es uno mismo. Yo busqué cosa que daros en esta plática y os he ofrecido la mujer de Chile a vosotras, mujeres de la grande, de la ilustre y de la ancha Argentina vuestra y mía también. Americana soy, y por serlo, os llevo a vosotras al llevarme a mí misma y os tengo con tenerme.

A veces, yendo por las entrañas mismas de la cordillera, se descubre una casa perdida y como “dejada de Dios y de los hombres”. El intruso que llega llama con palmotadas, gritos; la puerta se abre y una mujer hace pasar al novedoso.

Vecindad ninguna tiene la casa; la primera aldea le queda a cincuenta kilómetros y todo es allí un silencio búdico, roto por rodados de piedras, y en invierno por torrenteras.

Pero, entrando, el tremendo lugar se anubla de golpe como en los sueños. Porque allí hay un fuego, un buen olor de comida —sacada no se sabe de dónde— y un buen dormir: hay una vida humana y humanísima muchas veces.

A poco mirar y oír, se sabe que ese refugio metido en las alturas de los buitres es la industria de solo una mujer. Ya que el hombre cordillerano no sabe ni hace otra cosa que bajar a la mina, jadear persiguiendo las vetas y dinamitar peñas. Él no cuida de sí, él no acierta a ablandarse un nido, al igual que el buitre. Si no tiene a su costado a esta mujer, él resbala día a día hacia la barbarie de los primeros indios. Y la índole de acción pura, de acción a todo trance que es la del varón chileno, desde Lautaro a Portales, parece arrebatar a su propia compañera, arrancándola a los quicios del sedentarismo y volviéndola su semejante.

La mujer que vive junto a su ave de presa sobre la acidez de esas cumbres, resulta ser conjuntamente un fenómeno y... una chilena que se halla en cualquier parte, sea en las islas extremosas del sur, sea en Nueva York o en París. Esta Ximena blanca o esta Guacolda parda hacen legión y cubren la mitad del territorio.

50 Publicado en *Política y Espíritu*, Santiago, mayo de 1946. (N. de los Eds.).

La llaman constantemente “una temperamental”, y el punto de arranque de su arrebato es casi siempre un amor absoluto de cuya llama saltan las más cuerdas acciones y las más desatadas fantasías. Esta blanca o mestiza sigue al hombre al desierto de la sal, sin rezongarle por su destierro; la muy valerosa cría seis hijos en el valle central, estirando un salario que solo da para dos; ella suele emigrar, por no perder a su vagabundo nato, hacia las provincias argentinas o hacia California, donde pelea su pan entre la extranjería; y si es moza y llega a escuelas, también allí vence en ejercicios de creación o en el arte sutil de crear un convivio.

Como en los romanos, “una pasión la conduce”, nunca cosa menor que una pasión: ni caprichos, ni secos intereses, ni vicios. Mirándola vivir en cualquier canto del mundo, yo me acuerdo siempre del griego, que atribuye al delirio un sentido sacro, una víscera religiosa. Entre las “locas de su cuerpo” y las relajadas, confundida a veces con estas en bohemiada o miserias, allá va la Eva antártica, roja como los faros australes y fiel a un amor racional o insensato: lo mismo le da uno que el otro.

A poco de conversar en un corto de café o en un tendal de inmigrantes, los ojos se clavan sobre ella más que sobre las otras. La separa de las abatidas una vitalidad que chispea como su espino puesto a arder, la indica verticalmente su belleza brava; y cierto orgullo de la desgracia la yergue de pronto como a la caña pisada.

A veces no está allí la vulgar pareja escapada; son tres o más; son el triángulo o el hexágono familiar: hay hijos nacidos bajo la inmigración y ella sabe que por cada uno ella y su hombre han de multiplicarse, en el álgebra feroz de la lucha por la vida.

En Santiago, al margen de los *meetings* feministas, la mujer ha forzado ya todas las puertas de hierro forjado que eran las profesiones: es cajera en los bancos y los libros mayores no le conocen fraude; es médica en los hospitales y juez de

menores... Sus colegas refunfunaron al dejarle entrar y están arrepentidos de un desprecio tan tonto; es creadora en la novela, bellamente audaz en las artes plásticas, y no le asustan las duras ingenierías y la arquitectura más cualitativa.

Lo que falta todavía a la gran acreedora es que la peonada de una hacienda, cuando ella siega o cultiva, sienta bochorno de que le paguen la mitad de su salario; lo que no se entiende es que el legislador no sepa todavía que “esa” obrera suele trabajar para tres criaturas y que éstas suelen ser un marido ebrio o gándul, y dos críos suyos; y lo que irrita es que una mitad de la ciudadanía chilena haya vivido hasta ahora al margen del sufragio purificador que esas madres pueden ejercer en cuanto a la administración, y al margen del sufragio liberador que pueden usar en bien de la miseria campesina.

El sentido de la responsabilidad trabaja y agita a nuestra “fémica”; su conciencia parece una fragua: no se aplaca con cumplimientos laterales: quiere mucho, casi lo quiere todo para sus hijos... En este punto tal vez su virtud resbale hasta el exceso. (La incontinencia del feminismo maternal también existe en otros países que sobra nombrar).

Hablar de un tipo femenino de cualquier país sudamericano es jugar a las malas con las generalizaciones. De una parte, existen las Españas peninsulares; de otra, las Américas criollas, y de otro lado, todavía las mestizas... Desde Cádiz embarcó un mujerío andaluz bastante copioso: Carmen vino a aligerar el remoto país de la piedra... De la Castilla empecinada vinieron Isabeles y también algunas Juanas Locas. Del país vasco llegó más ración de sangre que de las otras patriecitas, a juzgar por la talla aventajada que domina allí sobre las gentes menudillas. Galicia parece que prefirió quedarse en la lonja atlántica y es pena porque en una geografía tan cargada de patetismo hace falta la miel del celta.

No nos quedamos en lo castizo español: dos presidentes, un sí es no es sajonizantes, importaron alemanes en los tiempos

en que germanizar solo parecía europeizar... Allá adentro se multiplican con cierto cuidado de mantener la ronda racial. El mundo que viene tal vez aconseje otra cosa a tales sordos y sus remilgos irán cayendo uno por uno.

Los yugoslavos acudieron más tarde y esta óptima arteria inmigratoria circula por la anchura de la Patagonia. Han traído tanta fuerza y más belleza física que los germanos, y no se les conoce el engrعيمiento caucásico. Los judíos han sido los últimos en llegar. Derramarán allí su levadura, que produce en donde cae genios y líderes, comercio, cabezas desasosegadas y entendimientos reflexivos. Les damos paz e igualdad a fin de convencerles de que la Jerusalén terrestre y la celeste pueden comenzar para ellos en el precioso valle central de Chile.

Sobre los cimientos vascos extremeños hemos puesto, según se ve, tantas vigas de madera exótica que en poco más ya no se podrá hablar de una Euzkadi criolla, sino de un ajedrez harto parecido al rioplatense. Seremos en un siglo más una Europa ribeteada por la franja del mestizaje. Esta orla de americanidad legítima bien que nos sirve por la vecindad del altiplano y del trópico: un pueblo de piel blanco como según la desean algunos conturbaría un poco la hermandad del Pacífico y nuestro destino natural está indicado por esa agua misteriosa.

El producto salido de los metales contrastados que se ha dicho recalcan en la mujer ciertos rasgos del semblante que los viajeros han alabado en páginas ya clásicas. Hay una mirada ardiente que, como el fuego, se aplica por igual a lo grande y a lo pequeño que la rodea, porque todo constituye material de vida para el vital; y suele haber una voz que sube y baja de la dulzura a la vehemencia, regresando siempre a la dulzura. Hay un hábito de servir y servir siempre a los otros con la rapidez del pestañeo, y dentro de un calor de caridad paulina. Alegría la hay en las clases hartas, pero en la mujer del pueblo domina una cierta pesadumbre oriental. (La belleza depende de la salud y la dicha embellece tanto como aquella). Sin em-



bargo, la lengua popular está salpicada de los cominos y las pimientas del burlador andaluz y del socarrón criollo.

Las corrientes futuristas que recorren el mundo ya trabajan a las ciudades mayores y aplican a los muros románicos de la vieja costumbre los grandes golpes de catapulta. La conmoción del planeta repercute también en la Eva chilena, la remece y la muda en centros urbanos. Su famoso temperamentalismo la vuelve más sensible que la barra de mercurio al clima calenturiento de la posguerra. Así y todo, persiste en la provincia el terco metal del carácter y la vida clásica, y allí se defienden a la manera de nuestras platas subterráneas, sin gesticulación, con un silencio severo que es resistencia también.

FEMINISMO Y UNA NUEVA ORGANIZACIÓN  
DEL TRABAJO<sup>51</sup>

La entrada de la mujer en el trabajo, este suceso contemporáneo tan grave, debió traer una nueva organización del trabajo. Esto no ocurrió y se creó con ello un estado de verdadera barbarie sobre el que yo quiero decir algo. Con lo cual empezaré a entregar mi punto de vista sobre el feminismo, para aliviarme de un peso.

La llamada civilización contemporánea que pretende ser un trabajo de ordenación material e intelectual, una disciplina del mundo, hasta esta hora no ha parado mientes en la cosa elemental, absolutamente primaria, que es organizar el trabajo según los sexos.

La mujer ha hecho su entrada en cada una de las faenas humanas. Según las feministas, se trata de un momento triunfal, de un desagravio, tardío, pero notable. No hay para mí tal entrada de vencedor romano.

La brutalidad de la fábrica se ha abierto para la mujer, la fealdad de algunos oficios, sencillamente viles, ha incorporado a sus sindicatos a la mujer; profesiones sin entraña espiritual, de puro agío feo, han cogido en su viscosa tembladera a la mujer. Antes de celebrar la apertura de las puertas, era preciso haber examinado qué puertas se abrían, y antes de poner el pie en el universo nuevo de las actividades femeninas había que haber mirado hacia el que se abandonaba.

La mujer es la primera culpable: ella ha querido ser incorporada, no importa a qué, ser tomada en cuenta en toda oficina de trabajo donde el dueño era el hombre y que por ser dominio

51 Escrito en Fontainebleau, Francia, y publicado en dos partes en *El Mercurio*, de Santiago, el 12 y 19 de junio de 1927. (N. de los Eds.).

inédito para ella, le parecía un palacio de cuento. No puede negarse que su inclusión en cada uno de los oficios masculinos ha sido rápida. Es el vértigo con que se rueda por un despeñadero. Ya tenemos a la mujer médico (¡alabado sea este ingreso!), pero frente a esto tenemos a la mujer chofer, frente a la abogada de niños, está la carrilana (obrero para limpiar las vías); frente a la profesora de la universidad, la obrera de explosivos y la infeliz vendedora ambulante de periódicos o la conductora de tranvía. Es decir, hemos entrado a la vez a las profesiones ilustres y a los oficios más infames o desventurados.

Es todo un síntoma de estos tiempos el que en el último Congreso Internacional Feminista, efectuado en París, haya salido de boca de mujer (y de una ilustre mujer representativa norteamericana) la proposición que dio la prensa francesa de que “debían abolirse una a una las leyes que, concediendo a la mujer ciertas ventajas en el trabajo, le crean una situación de diferencia respecto del hombre”. Esta proposición de un absurdo que supera a todo adjetivo, comprende la supresión de la llamada ley de la silla, la supresión de la licencia concedida a la obrera un mes antes y otro después del alumbramiento, etcétera. La proponente estimaba que si la mujer esquivaba cualquier carga masculina, disminuye a la vez su derecho al voto y a otras preeminencias legales del hombre. Sus partidarias hablaron de “justicia matemática”, de “lógica pura” y de otras zarandajas.

Debates como este sirven dentro de su “grotesco” para deslindar campos, para perfilar ideologías vagas y trazar netamente la doble teoría de las vírgenes locas y las vírgenes prudentes de estas asombrosas asambleas. Hay un lote de ultras Amazonas y de walkirias, elevadas al cubo, que piden con un arrojo que a mí me da más piedad que irritación: servicio militar obligatorio, supresión de vestido femenino y hasta supresión de género en el lenguaje... Y hay unas derechas femeninas que siguen creyendo que la nueva legislación debe estar presidida por el imperativo que da la fisiología y que pueden traducirse

más o menos así: la mujer será igual al hombre cuando no tenga seno para amamantar y no se haga en su cuerpo la captación de la vida, es decir, algún día, en otro planeta, de esos que exploran los teósofos en su astral.

Yo no creo hasta hoy en la igualdad mental de los sexos; suelo sentirme por debajo aún de estas “derechas” feministas, por lo cual vacilo mucho en contestar con un afirmativo cuando se me hace por la milésima vez la pregunta de orden: “¿Es usted feminista?”. Me parece más honrado contestar un no escueto: me falta tiempo para entregar una larga declaración de principios.

Con todo, es conveniente ir haciendo una especie de programa derechista para el feminismo. Yo pondría como centro de este programa el artículo: Pedimos una organización del trabajo humano que divida el trabajo humano en tres grupos:

Grupo A: profesiones u oficios reservados absolutamente para hombres, por la mayor fuerza material que exigen o por la creación superior que piden, y que la mujer no alcanza.

Grupo B: profesiones u oficios enteramente reservados a la mujer por su facilidad física o por su relación directa con el niño.

Grupo C: profesiones u oficios que puedan ser servidos indiferentemente por hombres o mujeres.

La primera rama sostiene frutos de contraste: el oficio brutal, a la vez que una especie de faena que podría llamarse de dirección del mundo. Aquí quedarían desde el obrero del carbón hasta el Aristóteles, consejero filosófico y político de los pueblos.

La segunda estaría encaminada a barrer al hombre de las actividades fáciles en las cuales se afemina, pierde su dignidad de varón y aparece como un verdadero intruso.

La última rama englobaría varias actividades que es imposible definir como masculinas o femeninas, porque demandan una energía mediana; estas no entrañan para la mujer el peligro de agotarse ni para el hombre el de vivir de un oficio grotesco.

Yo no deseo a la mujer como presidenta de la Corte de Justicia, aunque me parece que está muy bien en un tribunal de niños. El problema de la justicia superior es el más complejo de aquí abajo: pide una madurez absoluta de la conciencia, visión panorámica de la pasión humana, que la mujer casi nunca tiene. (Yo diría que jamás tiene). Tampoco la deseo reina, a pesar de las Isabeles, porque casi siempre el gobierno de la reina es el de los ministros geniales. Y siento una verdadera náusea por esos ensayos monstruosos de servicio militar que se hacen en Rusia y que no sé quién busca llevar a la Italia fascista.

Esto último, a pesar de Juana de Arco: la pobrecita payesa de Francia, marca con su acción una hora en que el hombre ha debido estar envilecido no sé hasta qué límite. La peor cosa que puede ocurrirle a una mujer de este mundo es representar con su maravilla la corrupción del hombre, su guía natural, su natural defensor, su natural héroe.

Es apelar a alegatos desesperados o fraudulentos dar el nombre de madame Curie para pedir enseguida una presidencia de Estado. También es ingenuidad pedir papisas porque existió Santa Teresa, que hubiera contestado con una broma llena de donaire si le hubieran señalado siquiera un cardenalato.

La nueva organización del trabajo de que he hablado, tendría por base el concepto de que la mujer debe buscar oficio dentro del encargo que trajo al mundo. Ahora diré qué cosa es para mí este encargo que está escrito en todo su cuerpo.

La mujer no tiene colocación natural —y cuando digo natural, digo estética—, sino cerca del niño o la criatura sufriente, que también es infancia, por desvalimiento. Sus profesiones

naturales son las de maestra, médico o enfermera, directora de beneficencia, defensora de menores, creadora en la literatura de la fábula infantil, artesana de juguetes, etcétera.

El mundo rico que forman la medicina, las artes y las artesanías que sirven al niño, basta, es perfectamente extenso para que hallen en él plaza todas las mujeres, solo que de este reino suyo no debe ser desterrada por el hombre, ni sufrir dentro de él competencia suya.

No necesita, pues, dar el salto hacia los oficios masculinos por la pura bizarría del salto, ni por el gusto insensato de la justa con el hombre.

Cuando se señaló a la mujer como única sede del hogar, tal vez se la provocó con la mezquindad del espacio, como la ardilla del parque zoológico a que se echase por sobre la valla. Nuestro tiempo puede ofrecerle, en torno de la exigua cámara primera, diez o doce o quince, levantadas en torno de aquella. Convidarla a caer sobre las tiendas del trabajo masculino es una necesidad o una malicia.

Una necesidad: ella rara vez cumplirá en ese terreno extraño trabajo equivalente al del dueño natural. Malicia: en la generosidad súbita con que el hombre ha aceptado la colaboración de la mujer, tal vez haya una parte de cálculo: la antigua compañera, cuya mesa él costeaba, se le ha convertido voluntariamente en un jornalero que aporta la mitad del presupuesto doméstico.

Mientras el oficio femenino está regido como por una columna tutelar por el niño, mientras se mantiene vuelta hacia él, mientras se desarrolla a su sombra sana, ese oficio aparece con la dignidad que tiene cada cosa desarrollada en su zona. Mirarlo cumplirse no inquieta, ni repugna, ni irrita.

Se vería con una complacencia profunda un consejo vigilador de la primera enseñanza, compuesto totalmente de mujeres y

otro igual vigilador de las fábricas femeninas. Pero sube una ola de sangre cuando se ve a la chofer que yo conocí en país que no quiero nombrar, hacer la espera de su cliente hasta la madrugada, con una temperatura bajo cero; repugna la Brunilda con uniforme de altas botas y pantalones sudosos, después de una marcha forzada, que están ensayando en la nueva Rusia; e irrita como una barbarie tártara ese grupo de limpiadoras de vía férrea de que da cuenta un periódico de mi provincia, dobladas como animales en el sol de castigo de la serranía de Illapel.

El ministro socialista belga Edward Anseele denunció con palabra sacudida de cólera la forma salvaje en que trabajaban algunas mujeres en la industria de tintorería. Desnudas, porque la temperatura del taller así lo exigía, y mezcladas con los compañeros se movían dentro de la espesura del vapor, encanallándose por aquello que ha sido llamado tantas veces “el trabajo santo, voluntad de Dios”. Todas estas monstruosidades vienen de que no se ha organizado la faena humana bajo el concepto de diferencia de los sexos.

Una ingeniosa señora española me decía una vez hablando sobre feminismo: “Este abandono parcial o absoluto de los hijos y los enfermos, al hacer el trueque grotesco de la faena femenina pediría la creación de un tercer sexo, que recogiese lo que el segundo empieza a rechazar”. Faltaría el ángel —añadí yo— que recibiera el despojo precioso de los niños. Como el ángel sigue arriba, no queda sino hacer un pacto con los rebeldes, creándoles un lucro dentro de su reinado legítimo y dándoles, a la vez que salario, ocasión de piedad.

Ya sé que no todas las emancipadas son rebeldes y que un tercio de ellas está formado por verdaderas esforzadas del trabajo. Hay la viuda, y hay especialmente la esposa del truhan, que abandonó a los hijos, viuda artificial más dolorosa que la otra.

Yo hablo principalmente por estas, a las cuales he escuchado muchas veces un ruego que punza el corazón: “Querriamos trabajar dentro de la casa o con materiales que no choquen a nuestra costumbre doméstica”.

Existe alguna cosa sobrenatural en la faena que se hace por nosotras dentro del círculo blanco del niño. Lo digo yo con la experiencia viva en mis sesos y en mis manos. Cuando he escrito una ronda infantil, mi día ha sido verdaderamente bañado de gracia, mi respiración como más rítmica y mi cara ha recuperado la risa perdida en trabajos desgraciados. Tal vez el esfuerzo fuese el mismo que se puso en escribir una composición de otro tema, pero algo que insisto en llamar sobrenatural, lavaba mis sentidos y refrescaba mi carne vieja.

Copiando un cuento mío para niños, una mecanógrafa me decía cosa parecida:

—Usted no sabe con qué pulso tan distinto se escribe esto, después de haber copiado treinta planillas comerciales, cuyas columnas de cifras me echaban encima como un peso muerto de arena.

El sitio suyo, el usurpado por el intruso, estaba en la editorial de obras infantiles, en las copias de las fábulas.

No se verifica en vano el delito de llevar un cuerpo tejido estra a estra para la misericordia o la maternidad hasta las hediondas usinas o hasta el puesto de vigilancia del gendarme. El ordenador invisible existe, el legislador de la economía humana que se quedó escondido, pero que grabó su ley en la línea del pecho de la mujer, en su ojo húmedo, en su mano delgada.

Hay que volver, es urgente el regreso a lo nuestro, la segunda entrada de la mujer en el pabellón del niño, ya sea esta el retorno de la arrepentida (desde Hellen Key las que se rectifican son muchas) o la vuelta de la que fue arrancada a su pesar y tuvo siempre la nostalgia de lo suyo.



Que nos entreguen lo nuestro; en la industria del calzado, haremos el zapato del niño; en la carpintería, el juguete del niño; en el periódico escribiremos su fábula y en los años de práctica de la Escuela de Medicina, iremos a la Gota de Leche, en vez de enderezarnos hacia la sala de sifilíticos de cierto hospital que tampoco quiero nombrar, a donde por alarde del cinismo se conducía a un grupo de alumnas para el lavado de los enfermos. Y este regreso empieza a ser urgente.

Americanas del norte y del sur. Amigas presentes:

La idea de dedicar a la mujer en nuestro continente un día entre los 365 días del año no es cosa banal ni falta de sentido.

La mujer ha vivido bastante soterrada y relegada en la América del Sur. Pero al igual que los estratos geológicos, ella ha puesto su hombro hacia dos tercios de los asuntos más entrañables de nuestra raza. Carga ella no solo con los niños, sino con los adultos; se ocupa lo mismo de la mesa que de ajetrear el pan de cada día. Únicamente en las mitologías se halla, en algunas diosas o cuasi diosas como Ceres, Latona, Sita, un amasijo femenino tan complejo como resulta ser una matriarca rural de la América criolla.

Lo que no me parece una resolución realista, sino romántica es que el día de la Unión Panamericana me lo hayan dado a mí personalmente, pudiendo darlo, así, en abstracto, a la mujer de letras, en cuanto a personas gremial, a cifra de una profesión.

Yo soy una mujer que hace versos en un ámbito poblado de musas de carne hueso, como diría Rubén Darío. Fui maestra de lengua por 20 años, pero yo soy como todos, gajo de un gremio, y el racimo, es decir, el oficio, siempre vale más que el gajo.

Tengo contado por allí que mis largos años de budismo me dieron cierta capacidad para despersonalizarme cuando llega el caso, y de oír como asuntos ajenos lo que dicen de mí, ausentándome voluntariamente si lo que estoy oyendo me excede en lenguas y me abulta, tanto como para que yo me desconozca. Perdonen ustedes, pues, que yo devuelva al gremio esta dádiva

52 Discurso de agradecimiento en la Unión Panamericana de Mujeres, el 4 de mayo de 1953. (N. de los Eds.).

individual. La conciencia gremial cuando está madura y se la ha vivido treinta años *non consciente* anula ciertas lujurias de vanidad y ciertas témperas altas de individualismo.

Yo me permitiría decir a ustedes, amigas, que una fiesta de la mujer debería apuntar a muchas, a un flanco entero de las naciones.

Un ó de mayo puede ser dado a la mujer del campo, granjera, hortelana o simplemente labradora. O a la maestra rural, o a la enfermera, o la mujer de ciencia. O a la ama de casa ejemplar o a la tejedora de industria doméstica, o a la decoradora de lacas en la jícara michoacana, o en el jarro cuzqueño, o a la que logra el precioso sombrero tropical llamado jipijapa o Panamá, y que sale realmente del Ecuador; o a la creadora de teatro infantil [...]. O a la líder social cuyo apostolado sea ya anchamente sabido.

Hay treinta o cincuenta oficios más que honran la manera colectivista que es la de hoy, y que fue también la medieval, y resultó maravillosa en la llamada época oscura. Unir la imagen de la mujer a la del trabajo resulta una junción magnífica; señalar en éste día a la multitud impávida una larga línea de especialización heroica, eso que llaman un menester largo y prócer constante, me parece racionalismo, hermoso y digno de celebrarse.

Por otra parte, en los pueblos del sur se ha usado y abusado del plutarquismo, inventando o inflando h eros que lo son a tercias. Casi de todos esos h eros nos deshacemos, es natural, en unos pocos años y quedamos destripados como las muñecas de paja de nuestros niños, o en una liquidación como la del puñado de salitre en la tierra. Más aún: el carlylismo criollo, si bien comienza en un Bolívar o un Rubén Darío remata, perdónenme ustedes, en cierto compadrismo al balo todo, que es una de las calamidades hispanoamericana.

Volvamos al trabajo de la mujer. Es materia esparcida como la luz en él y que como ella no es vista en el espacio, precisamente por el hábito de verla todos los días. El trabajo doméstico se desarrolla dentro de un ser pardo y gris, y sin énfasis alguno, suele parecer una jugarrereta más o menos pueril que poco vale porque poco cuesta; en el mejor de los casos se mira la labor doméstica como cosa tan natural como las estaciones o la marcha gratuita del Zodiaco.

Bueno será que este afán vulgar resarcido, desbaratado, presente y sin bulto bruto se vea alguna vez, se palpe, se oiga. Es algo que parece correr como las ondas de la radio, que no garabatean escritura y pasan sin movernos un cabello con el vuelo.

Pero el trabajo no es un imponderable ni es tampoco el velo de Maya de que hablan los hindúes; es materia tan ancha y tan ostensible que cubre el mundo. Ésta es la verdad. En muchas partes no tiene testigo, por esto no recibe contestación y menos agradecimiento y nunca honra.

Vuestra fiesta anual puede servir como registro de tal maña faena aún sufrida sin rostro ni grito, o puede valer como una contestación rotunda parecida al desagravio; en todo caso, servirá de impresión en el sentido de subrayadura hecha al pie de un texto inadvertido.

Si la idea sirviera a lo menos en algún país próximo a mí, yo sería muy dichosa de ayudar allí a la divulgación de la profesión o el gremio, honrado en el próximo  $\frac{1}{4}$  de mayo. Siempre me gustó escribir sobre los oficios que viven en las fábricas como de puerta adentro, sin asomar el busto hacia la calle por ningún balcón alharaquiento.

Suelen ser estos menesteres unos ejercicios que no transpiran, laboreos a la sordina o meramente oficios pardos por sí mismo, como el de la costurera, o el ama de llave, o como el

de la alfarera indígena, más sobria que la propia geometría marajoara en la Amazonia.<sup>53</sup>

Hay una ignorancia fabulosa de los trabajos más vulgares, que creemos resabido y que apenas si hemos ojeado.

¿Quién ha reparado bien y contado bien el afán de las bordadoras industrializadas? Mi abuela Isabel Villanueva era una recamadora de casullas y paramentos en la ciudad medio levítica de La Serena, y ni yo, plumeadora de media vida, la he dicho aún. A los 7 años me conocí cierto curioso clan de seis o más solteras que labraban su parcela ayunas de toda ayuda por parte de su hermano gandul; eran peones de riego a la medianoche, cuando había que tomar el turno de agua; eran podadoras de la viña, exprimidoras y empaquetadoras de las pasas y los duraznos; manejadoras de la cocción y el envase del arrope o miel de uva, y por último, tratantes de su industria casera.

Me he visto en Italia y en Francia a decoradoras de pantallas que casi valían por un Picasso o un Houssay; y sin trepar tan alto en categoría, me acuerdo de que vacié hace años una caja de monos de greda de Chillán [Quinchamalí], hechos por mujeres, y llenos de una fantasía goyesca y un caricaturismo genial que jugaba allí con la fealdad como otros juegan con la belleza y la gesticulación artificiosa del cuerpo y las caras.

Regresando a las profesiones y empuñando la más prócer, vive aquí, y supongo que ya tiene ciudadanía americana, Lise Meitner, maestra en el equipo de los desintegradores del átomo. Ella no fue más lejos que esto; ella no concibió la famosa bomba; ella se detuvo en el punto donde acababa la ciencia y podía empezar una industria de vida mejor que una maroma de muerte. (Dicho sea de paso madame Curie recibió un home-

53 De Marajó, cerca de Belém, en el estado de Pará, en pleno Amazonas. (N. de los Eds.).

naje mundial femenino antes de morir. Viva debió estar en esta guerra para defender a su pueblo errante con la cifra de su nombre y el peso de su categoría). Yo sé que solo aquí, en Estados Unidos, ella fue objeto de algo parecido a una acción de gracia universal cuando se le entregó un gramo de radio para un hospital francés.

Me queda decir algo sobre los menesteres inefables, aquellos que nunca podrán expresarse cabalmente y que parecen llevar como el asno de la fábula el color gris, el color tiempo de la atmósfera, invisible ella también.

Hay una fiesta de la madre, que si no yerro, nació también en Estados Unidos o en Inglaterra. Un chistoso me preguntaba por qué el feminismo no creó el Día del Padre. Le contesté algo recordando a Unamuno. Él enumeraba las etapas de su conciencia y ponía el tope de su humanizamiento, al remate de su depuración, en el volverse no abuelo, sino abuela. Y así era como él reconocía en nuestro sexo y en la vejez una especie de decantamiento del ser, como diría el químico, el arribo a la esencia ya consumada y por ello quieta.

Yo me acuerdo, más que de las abuelas, de las hermanas y hermanos magistrales sobre las cuales ha escrito un bello libro el argentino profesor Alberto Arrieta.

He visto el idilio de ciertas fraternidades que paran en arquetipos y que se asemejan a las parejas de ángeles en la pintura italiana. Llegará más tarde el Día de la Hermana para honra de uno que llamaremos oficio del alma. La literatura que entonces se haga, realzará su asunto e irá muchos más lejos que el vínculo de la carne, porque apuntará a la hermandad de los amigos, y a la de los pueblos a los que decimos paganos con vocablo mal acertado, sin acordarnos de Aristóteles y de Virgilio, maestros de amistad.

Esta miel vulgar sin embargo tiene toques sobrenaturales de un clima constante en la América toda. Al margen de la

política, lejos de la consanguineidad, a distancia de la propia nacional, existe en la América del Sur, una obra maestra y anónima, un hábito corriente y un poquito sublime que deberíamos llamar “la amistad criolla”. Vivimos sin poner ningún énfasis en esta virtud cardinal que está en nosotros. Puede considerársela un genio nuestro con el cual nacimos, vivimos y acabamos, los de este continente. O bien un instinto superior, y hasta una potencia más del alma sudamericana. Tal vez sea nuestra honra mayor y por ella nos deban ser perdonados los de violencia y las faltas de organización.

Ni siquiera nos damos cuenta clara allá, en el campo raso, en las aldeas o las ciudades del sur, de cómo el amigo carga con nuestras tragedias, nuestras llagas y alivia nuestras cargas una por una. Vivimos sobre esta especie de bruma espesa y rasa que es dulcísima, y que de leve apenas si la constatamos. La amistad americana, la de allá y la de aquí, son fiestas en sí mismas, grandes, suavizadoras de la vida ácida y dura que es la de hoy. En Estados Unidos, la guerra no la ha arrasado; en vez de eso, la dobló.

Mi vida entera ha sido [sacada] del polvo varias veces por un puñado de amigos que en mis comienzos fueron como en la teología, uno o tres, y que se me han decuplicado con los años.

En mi noche más cerrada, la amistad apuró para mí el amanecer; en la pobreza me asistió con la casa ajena vuelta propia; en la enfermedad fue bulto, velando sobre mi cabecera. Maravillas le debo y si yo pudiera daría a mi gente, después del Día de la Hermana, el de la Amistad.

Y este mismo vino de la amistad que a veces se arrebató por el exceso o la caridad paulina, el que esta tarde hace presencia en torno mío en esta Unión Panamericana de Mujeres.

Una vez más digo gracias y las digo, señoras, con enternecimiento.









A M É R I C A I



¡América, América! Todo por ella; porque todo nos vendrá de ella, desdicha o bien. Somos aún México, Venezuela, Chile, el azteca español, el quechua español, el araucano español. Pero seremos mañana, cuando la desgracia nos haga crujir entre su dura quijada, un solo dolor y no más que un anhelo.

Maestro: Enseña en tu clase el sueño de Bolívar, el vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con agudo garfio de convencimiento. Divulga la América, su Bello, su Sarmiento, su Laŝtarria, su Martí. No seas un ebrio de Europa, un embriagado de lo lejano, por lejano extraño, y además caduco, de hermosa caduquez fatal.

Describe tu América. Haz amar la luminosa meseta mexicana, la verde estepa de Venezuela, la negra selva austral. Dilo todo de tu América; di cómo se canta en la pampa argentina, cómo se arranca la perla en el Caribe, cómo se puebla de blancos la Patagonia.

Periodista: Ten la justicia para tu América total. No desprestigies a Nicaragua para exaltar a Cuba; ni a Cuba para exaltar la Argentina. Piensa en que llegará la hora en que seamos uno, y entonces tu siembra de desprecio o de sarcasmo te morderá en carne propia.

Artista: Muestra en tu obra la capacidad de finura, la capacidad de sutileza, de exquisitez y hondura a la par, que tenemos. Exprime a tu Lugones, a tu Valencia, a tu Darío y a tu Nervo. Cree en nuestra sensibilidad que puede vibrar como la otra, manar como la otra la gota cristalina y breve de la obra perfecta.

54 Escrito en Santiago y publicado en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 17 de abril de 1922, y luego en México, en la *Revista Universidad*, el 20 de abril de ese año. (N. de los Eds.).

Industrial: Ayúdanos tú a vencer o siquiera a detener la invasión que llaman inofensiva, y que es fatal, de la América rubia que quiere vendérselo todo, poblarnos los campos y las ciudades de su maquinaria, sus telas, hasta de lo que tenemos y no sabemos explotar. Instruye a tu obrero, instruye a tus químicos y a tus ingenieros. Industrial: tú deberías ser el jefe de esta cruzada que abandonas a los idealistas.

¿Odio al yankee? ¡No! Nos está venciendo, nos está arrollando por culpa nuestra, por nuestra languidez tórrida, por nuestro fatalismo indio. Nos está disgregando por obra de alguna de sus virtudes y de todos nuestros vicios raciales. ¿Por qué le odiaríamos? Que odiamos lo que en nosotros no hace vulnerables a su clavo de acero y de oro: a su voluntad y a su opulencia.

Dirijamos toda actividad como una flecha hacia este futuro ineludible: la América española una, unificada por dos cosas estupendas: le lengua que le dio Dios y el dolor que da el norte.

Nosotros ensoberbecimos a ese norte con nuestra inercia; nosotros estamos creando, con nuestra pereza, su opulencia; nosotros lo estamos haciendo aparecer, con nuestros odios mezquinos, sereno y hasta justo.

Discutimos inacabablemente, mientras él hace, ejecuta; nos despedazamos, mientras él se oprime, como una carne joven, se hace duro y formidable, suelda de vínculos sus estados de mar a mar; hablamos, alegamos, mientras él siembra, funde, asierra, labra, multiplica, forja; crea con fuego, tierra, aire, agua; crea minuto a minuto, educa en su propia fe y se hace por esa fe divino e invencible.

¡América y solo América! ¡Qué embriaguez semejante futuro, qué hermosura, qué reinado vasto para la libertad y las excelencias mayores!

¡La América Latina! Las manos de Dios se rindieron sobre ella. Su Amazonas es como el calofrío heroico de la tierra; sus bosques parecen las entrañas ceñidas del mundo; sus metales podrían darnos otro sol, si nos falta el sol.

Pero la América no es nuestra, porque caminamos sobre sus mesetas maravillosas, su luz rasga nuestros ojos y aplacamos la sed en los torrentes nativos.

No son nuestras las naves de cuya laceradura se florece el mar; no son mar nuestro los hombres que cantan sobre sus bordas cargadas de frutos. Son nuestros los mineros trágicos que se agitan como sueños en su tumba sin muerte. Son nuestros los hombres curvados como cepas ardiendo que abrieron el istmo. Se palparon en un choque los mares como tritones, pero no es nuestro el canal por donde, hora a hora, pasan las razas del mundo. Son nuestros los leñadores, entre cuyo jadeo que hace el bosque vivo, caen el abeto negro y la encina sangrienta; son ajenos los navíos que llevan nuestra selva como en una fábula sobre el océano.

Son nuestros el dolor, la entrega, la faena, con sangre. La alegría de crear la enajenamos; la plenitud de poseer no la quisimos.

Tenemos como el estupor de lo que nos fue dado; estamos asombrados del prodigio de la tierra que se abre entre nuestras manos. Somos como dioses que tuvieran el miedo de lo divino.

Desde el Bravo hasta las nieves del sur somos bastantes para nuestra dicha; suficientes para el honor radioso. Pero del Bravo al estrecho ni nos conocemos ni nos amamos.

55 Publicado en *El Espectador*, de Colombia, el 22 de enero de 1925. (N. de los Eds.).

Hemos dejado que se creara en el rostro el beso de la madre común, que era el óleo de fortaleza. Solo los puros lo sienten y lo confiesan.

Nos repartieron por los caminos desde una encrucijada, para dejarnos como a la vieja Agar, abandonados de los nuestros. (Y no supimos oír silbido de serpiente pasar entre el consejo). Nos dimos a nosotros mismos nombres distintos para creer en la mentira de la diferencia y hemos puesto después toda ciencia en el odio, todo refinamiento en el recelo.

Y en cuanto estuvimos olvidados de nuestros destinos, llegó la hora de que bajaran a herirnos.

Heridos nos acordamos del corro de pueblos que Bolívar, vencido, trazaba con arena de sueños. Alargamos la mano de tarde en tarde para tocar nuestros costados y nos sabemos hermanos porque la sangre en el viento tiene la fragancia de las venas de la madre. Y cerramos los ojos; hacemos caminos de recuerdos. Vemos entonces la encrucijada de 1810, en la que nos dispersamos. Tentamos rehacer el viaje. Es tiempo todavía, porque es tiempo siempre que las almas crean la hora, se entregan ellos mismos para vivificarla.

Ya estamos algunos sobre el camino, anticipados y palpitantes, como Juan bajando a los valles, como todo Bautista de un Cristo vivo, que camina antes de que madure el día, para saludarlo con mayor grito.

No hemos de ser los hijos de Hécuba, que por numerosos no se amaron y fueron quebrados por el destino.

Que el ancho corazón nos sirva para que crezcan vigorosos los perdones. La lengua común no nos fue dada para el recelo expiador, sino para el aleluya en medio del ágape feliz.

Hagámonos el nuevo corazón, capaz de las generaciones fecundas; las nuevas entrañas ceñidas de voluntad heroica.



Contémonos de norte a sur, sin pensar en que la raza se hizo pedazos, diciendo dolorosos la pesadumbre de no haber sido uno siempre.

Y seamos capaces en nuestra carne de la gran llamarada en la que sea posible fundirse verdaderamente. Seamos capaces de esta forja suprema.

Este es el día de arder en los crisoles hasta el blanco y de levantar a la tarde, cuajado, eterno, el escudo de la unidad lograda, bajo el cual solo Dios, el Riflero Terrible, podrá encontrarnos y herirnos de muerte.

Después de la trompa épica, más elephantina que metálica de nuestros románticos, que recogieron la gesticulación de los Quintana y los Gallegos, vino en nuestra generación una repugnancia exagerada hacia el himno largo y ancho, hacia el tono mayor. Llegaron las flautas y los carrizos, ya no solo de maíz, sino de arroz y cebada. El tono menor fue el bienvenido y dejó sus primores, entre los que se cuentan nuestras canciones más íntimas, y acaso las más puras. Pero ya vamos tocando al fondo mísero de la joyería y de la creación en acónitos. Suele echarse de menos, cuando se mira a los monumentos indígenas o la cordillera, una voz entera que tenga el valor de allegarse a esos materiales formidables.

Nuestro cumplimiento con la tierra de América ha comenzado por sus cogollos. Parece que tenemos contados todos los caracoles, los colibríes y las orquídeas nuestros, y que siguen en vacancia cerros y soles, como quien dice la peana y el nimbo de la Walkiria terrestre que se llama América.

Lo mismo que cuando hice unas rondas de niños y unas canciones de cuna, balbuceo el tema por vocear su presencia a los mozos, es decir, a los que vienen mejor dotados que nosotros y “con la estrella de la fortuna” a mitad de la frente. Puede que, como en el caso anterior, el que entendió la señal siga la ruta y alcance el logro. Yo sé muy bien que doy un puro balbuceo del arduo asunto. Igual que otras veces, afronto el ridículo con la sonrisa buena de la mujer rural cuando se le malogra el frutillar o el arroje en el fuego.

El que discuta la necesidad de hacer, de tarde en tarde, el himno en tono mayor, sepa a lo menos que vamos sintiendo un empalago de lo mínimo y de lo blando, del “mucílago de linaza”.

Si nuestro Rubén, después de la “Marcha triunfal” (que es griega o romana) y del “Canto a Roosevelt”, que es ya americano,

hubiese querido dejar los Parises y los Madriles y venir a perderse en la naturaleza americana por unos largos años —era el caso de perderse a las buenas—, ya no tendríamos estos temas en la cantera; estarían devastados y andarían entonando el alma del mocerío. Llega el escuadrón de mozos sin mucho gusto que digamos del “Aire suave” o de la marquesa Eulalia.

Tienen razón: el aire del mundo se ha vuelto un puelche violento, y el mar de jacintos se muda de pronto en el otro mar que los marinos llaman *acarnerado*.

1938

VOTO DE LA JUVENTUD ESCOLAR EN EL DÍA  
DE LAS AMÉRICAS<sup>56</sup>

Nosotros, americanos del norte y del sur, hemos recibido y aceptado con la unidad geográfica cierta comunidad de destino, que sería un triple destino de realizar: la riqueza suficiente, la democracia cabal y la libertad cumplida en el continente.

Puestos por la Providencia a vivir en territorios desatados, favorecidos así con un inmenso hogar físico, nuestra faena ha sido primero la de tomar posesión de la tierra leonina; luego la de obtener en el suelo domado esa suma de bienestar colectivo que las democracias honestas se prometen y se cumplen a sí mismas, y es hoy la de crearnos una costumbre espiritual digna de nuestras herencias raciales y de nuestra fortuna geográfica.

Poseemos la tierra desahogada que no mueve a codicia inútil, una sobriedad republicana que repugna la abundancia viciosa, el consejo unánime de nuestras morales religiosas y laicas que ven en la probidad la única atmósfera durable del mundo, y un paisaje piadoso que sugiere la paz como una condición natural del hombre americano.

A lo largo de nuestros 105 grados de latitud, la tierra se muestra como más pronta, como más anhelosa y como más rápida que cualquier tierra a su obligación secreta de regalar la dicha al hombre. Tal vez por estar menos fatigada de generaciones, por hallarse más asistida de aguas y colores genésicos, y menos agobiada de población, la tierra americana se ofrece mejor que otra ninguna al brazo movido de justicia para la distribución legítima de su riqueza y para creación de unas

56 Escrito para el primer Día Panamericano, el 14 de abril de 1931, y publicado en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 11 de abril de ese mismo año. (N. de los Eds.).

civilizaciones morales saturadas de cordialidad, tejidas con las fibras más ostensibles de las virtudes sociales.

Hijos del Viejo Mundo e hijos de dos culturas indígenas indudables, buscamos trascender a Europa y a los imperios aborígenes con una democracia cabal y con el concepto más rico de la libertad humana. Situados por la Providencia entre Europa y el Asia, ella nos impone un deber de comprensión respecto de las sensibilidades opuestas; nuestra doble costa que mira al Occidente y al Oriente tiene al igual que la costa griega la misión de aceptar, comprendiéndolas, a las razas diferentes.

Nuestra obligación de entender que la moralidad diversa de dos culturas no entraña inferioridad respecto de una, y que los grupos humanos suelen manifestar una doctrina idéntica con modulación ya patética, ya serena, debe comenzar en el continente mismo por medio de una interpretación leal que haga el norte respecto del sur, y el sur respecto del norte: la buena ética exige, antes que todo, el cumplimiento de los deberes inmediatos. Una mejor comprensión nuestra para el resto del mundo vendrá después y será ya fácil como las rutas conocidas que el instinto y los ojos siguen bien.

La cultura latina ha hallado en los pueblos del sur un reino más vasto que el Mediterráneo clásico para gobernar hombres bajo su norma ejemplar; las culturas universales realizan por su parte en la América anglosajona la prueba victoriosa hasta hoy de una fraternización de ellas todas en un mismo territorio. Y esta prueba no la había intentado hasta hoy el mundo con buena suerte.

Nuestros héroes del norte y del sur, Bolívar como Washington, Lincoln como San Martín, parecen concebidos en una misma hora por un mismo designio, y son obreros de una faena idéntica. Nuestras constituciones, salidas de la conciencia de ellos, están iluminadas por una luz igual y destacan un perfil fraterno como las plantas que nutre un humus común.

La América anglosajona, nacida rigurosamente de Europa, ha cumplido más o menos con facilidad una labor semejante a una especie de unificación de las grandes provincias espirituales de Europa, en un territorio nuevo. La América Latina ha realizado y sigue realizando con más dificultades, y por lo tanto con más dolor, la aleación de dos razas de diverso orden físico y de más diverso ritmo emocional, y su triunfo sobre tales obstáculos tiene la trascendencia de las más rudas faenas cumplidas en el mundo.

Americanos del norte y del sur, nosotros vamos a imprimir a la cultura europea, a la institución europea y a los hábitos, al arte, a la pedagogía y la ciencia europeos, una tónica, un acento, un sabor democrático gracias al cual ellos derramen sobre el hombre de las tierras nuevas una belleza y una dulzura mayor.

Hemos llamado a los hombres de los cuatro puntos cardinales, con perfecta liberalidad y con una generosidad que es la de nuestra latitud geográfica, a crear en el continente razas de facciones universales, capaces de un ensanchamiento de la vida clásica y capaces también de toda la épica futura.

En el cuerpo y la conciencia nacidos en el continente americano, educados bajo la costumbre de mayor suelo y el uso de menos ayudas históricas, el observador justo suele anotarnos una bella desenvoltura delante de la empresa grande y una dichosa confianza del futuro. Creemos que la guerra aparecerá a las próximas generaciones americanas como una ilustración de viejas literaturas y una ley de tiempos anulados para ellas por la sensatez piadosa de nuestros legisladores y maestros.

La guerra no haría en el continente americano sino enloquecer desde la santidad de nuestro paisaje hasta la sensibilidad colectiva —paisaje interior de las masas—, de modo que a causa de ella tendríamos que rehacer el suelo y reedificar penosamente a la criatura, y está demasiado próximo el recuerdo de la construcción de la América para que podamos comprometer así la obra de nuestros padres.

Nosotros, americanos del norte y del sur, amamantados por la leche de veintiuna constituciones que proclaman el respeto de la independencia ajena como una forma primaria de decoro propio, puestos a vivir por Washington y Bolívar bajo el meridiano del derecho de gentes, y adoctrinados desde la escuela primaria hasta la universidad en la lealtad hacia esa sagrada escritura que son nuestros códigos nacionales, reiteramos a los héroes de los cuales venimos, nuestra voluntad de servir la independencia de estas veintiuna patrias en el mismo grado de dignidad de la nuestra.

Renovamos a ellos voto de repugnar la violencia en el trato de estas veintiuna naciones, como una torcedura hecha en sus normas eternas y rechazar la injusticia como una disminución de su honra gloriosa, de la cual vivimos y seguiremos viviendo.

La estampa del 12 de octubre es generalmente la de las carabelas, y está bien que sea eso, pero sea también otras cosas. La carabela atraviesa el mar tenebroso con su pobrecita cáscara de leño y su frente viva de velamen, y la hazaña en este caso es tanto de capitán como de tripulación, porque el heroísmo ha trabajado a todos desde Colón a Rodrigo de Triana a lo largo de los 42 días. La carabela, es decir, el barco, toma de golpe una importancia casi moderna de instrumento para toda aventura, ya que esta vez no se ha tratado de costear el África con la tierra a pocas millas, sino de vivir en el mar cortado de todo continente durante cinco semanas de angustia y de ansia. Pero la fiesta tiene otra estampa más bonita todavía, y es la de la nueva tierra claveteada de nuevos árboles y de nuevas bestias, una lámina buena para que la dibuje mano medieval y que señale la adición de las nuevas cosas que los ojos van a tener, el regalo de las formas no sospechadas del viejo mundo y que estaban esperando atentas de este lado del mar.

No podemos imaginarnos, los modernos, a fuerza de la costumbre que tenemos de la riqueza cabal, lo que era aquel mundo, que no tuvo idea de las mesetas andinas, con su luz depurada y el rebaño de llamas y de vicuñas caminando en ese pasmo de la luz. No tenemos idea los que ojeamos hoy un libro de imágenes ornitológicas de lo que pudo ser una imaginería de volátiles que no contuvo al quetzal de cola prócer, al pájaro mosca gongórico y al cóndor de los Andes. No tenemos idea, los que vemos la tierra como piel vegetal, de una atmósfera en que no se balanceara la araucaria chilena y en el que no estuviera palpitando el follaje del ahuehuete mexicano. Ya no tenemos idea nosotros, la gente de geografía completa, de

57 Discurso pronunciado en Nueva York en el Día de la Raza de 1930 y publicado en Colombia por el diario *El Tiempo*, en sus "Lecturas Dominicales", el 30 de noviembre de 1930. (N. de los Eds.).



una familia de ríos en la que faltaba el Amazonas, río mítico y verdadero y cabeza de toda generación fluvial.

La fiesta de las carabelas descubridoras es, pues, en primer lugar, la fiesta de la tierra novedosa. Enseguida de eso, ella significa el desvelamiento de otro Oriente, de otra Caldea astronómica, de otro Egipto, constructor de pirámides, y de otra India amontonadora de piedras suntuosas.

Aquí también las gentes se daban el regodeo de la mejor luz, levantando templos y palacios exorbitantes; aquí también el gusto sensual trabajaba el oro y la plata para que el rey, el soldado y el sacerdote apareciesen más bellos; aquí también la casa tenía el muro vestido de piedra fina y el pavimento suavizado de estera perfecta; aquí también la vida corría al son de música profunda y de danza ritual. Este segundo Oriente, aun cuando no esté soldado como el otro a Europa, y lo separe de ella mucha agua, vendrá a servir de puente sobrenatural entre Europa y el Asia, cuando el indio mezclado con el blanco se vuelva un rostro de facciones opuestas, en que el ojo almendrado parece de Arabia, el cráneo se vuelve caucásico y la lengua es de Castilla y por Castilla de la gran Roma.

La festividad mayor del 12 es esta del nuevo cuerpo creado entre Atlántico y Pacífico, y en verdad labrada por los vientos contrarios que soplan de Europa y del Asia; la festividad profunda es esta del tipo de la conciliación, donde las facciones enemigas acepten ensamblarse y las dos sensibilidades en guerra consientan en vivir juntas.

La obra española en América muestra muchos bienes, contiene tantos favores que no se puede decir sino largamente; en un pobre discurso hay que decir no más que su gracia mayor, que su caridad sobrenatural: es la aceptación de la sangre india.

Otros pueblos europeos podrían habernos traído como España el cristianismo y una lengua europea, con los anexos a ambas cosas, pero ninguna seguramente habría abrazado la sangre

nueva como España la abrazó sin una vacilación, desde el primer momento.

Démosle el descubrimiento a Francia e imaginemos el resultado. Francia toma el continente como ha tomado el norte de África; pelea y civiliza con menos violencia que el hombre ibérico, como diría otro, con menos crueldad, cuidando muy bien de quedarse enfrente del indio lo mismo que se ha quedado delante del árabe africano, cordial y extraño, cortés y extranjero.

Démosle el descubrimiento de la América del Sur a Inglaterra, como lo han deseado muchos, y la carne blanca y la carne amarilla se quedan tajadas con un tajo de eternidad, sin que pase de la una a la otra cosa que no sea el acento en el aire, porque a veces ni siquiera pasa la mirada. La unión no solo será imposible, sino que apenas existiría el simple contacto.

Continuando este juego de posibilidades, el español se nos queda más bien que como un buen conquistador, como el único conquistador posible, a pesar de todos sus yerros, a pesar de algunas crueldades inútiles y a pesar de sus torpezas de administración (que son torpezas de gobierno y no inhabilidad de la raza).

Esta gran piedad nacional y sobrenatural a la vez del español, que acepta con aceptación rotunda la sangre indígena, lava todos sus pecados y anega en generosidad todas sus faltas.

La raza mestiza ha devuelto en cierta manera la honra de la alianza y pagado el regalo de la sangre, dando, por ejemplo, a la familia heroica del mundo a un Simón Bolívar, hombre blanco, libertador y organizador de lo libertado; ha dado como ejemplar de la resistencia al extranjero a un Benito Juárez, zapoteca y tipo de dignidad humana, y ha ofrecido a España un Rubén Darío mestizo, reformador de la lengua que vino en la carabela.

Aparte de estas cifras morales, la América española se ha mostrado capaz a este mundo, enviado en los valores materiales, de ofrecerle progresos materiales en las capitales modernas de cada país, en una industria recién nacida y ya brillante, y en unas reformas sociales que han despuntado ayer, y ya caminan con rapidez vertiginosa.

Dijimos que la fiesta del 12 era en primer lugar una natividad de la tierra, una especie de beneplácito de la geografía. El problema de la América española vuelve a ser geográfico, pero de geografía económica. Se trata ahora nada menos que de conservar la riqueza del sur para la gente del sur, de resguardar la parcela para el indio y el mestizo que la han heredado dos veces por las dos sangres, y como si dijéramos, de Dios, que es la que aquel territorio inmenso de mesetas y llanos ejemplares, de botánica preciosa y de una minería mágica, siga siendo el dominio de sus dueños naturales y la seguridad de la vida de sus hijos.

La festividad de la raza que comienza en una posesión física, remata en lo mismo: en la conservación terca por necesaria de esa posesión terrestre.

Escribo estas palabras el martes 2 de octubre, día en que los diarios publican el discurso que algunos llaman testamento de Unamuno y sintiese algún miedo de escribirlas si no tuviera ese documento por cabezal.

La "Fiesta de la Raza" fue ideada y lanzada por gentes de la mejor intención y del más bello *élan* organizador, y como la idea es atrayente, aunque sea superficial, ha arrastrado fácilmente a españoles y americanos. Pero la fiesta, como la estatua del sueño de Nabucodonosor, tiene los pies de barro, no en el sentido de coma impura, sino en el de soporte deleznable.

Leí ayer que los marroquíes se preparan a celebrarla y un buen informador me cuenta que se trata de sociedades arábigo africanas ciento por ciento, y no de españoles del África.

En algunas colonias de la pampa argentina, de niños italianos puros cuando no rusos, alabarán, por condescendencia oficial, la raza española, que se merece la exaltación más superlativa por el tamaño de su gesta, pero que ellas sienten raza suya de modo muy vago y que a lo mejor no la sienten tan sino en cuanto a argentinos cosmopolitas.

Las aldeas de México o del Perú, hasta la más hincada montaña adentro, donde el rostro español no aparece ni apareció nunca, también celebrarán la fiesta, con la convicción de que es nobilísima, aunque no tenga sentido directo para ellas.

Luego no se trata de una fiesta de la raza, sino de una de la lengua. Esos argentinos itálicos y esos bereberes y esos indios nuestros no pueden celebrar otra cosa que la lengua, que es lo que España les cayó en suerte, lo que le adoptaron y lo que le sirve gozosamente.

¿Y por qué no llaman de una vez las cosas por su nombre, y aunque este argumento sea menos arrebatador, adoptarlo de una vez por todas por leal?

Miguel de Unamuno lo ha dicho ayer, en su Castilla fundamental, y otros lo venimos diciendo hace mucho tiempo en nuestra América: raza no, idioma sí. O bien, la lengua en pleno, la raza a tercias, o menos.

El viajero español recorre mal su América. Le visita las ciudades, concentraciones de blancos y mestizos, y en algunos países, especies de campamentos de europeos expedicionarios, anegadas en un mar de poblaciones aborígenes. Él regresa a contar su América blanca y convence de ella a los que allá no fueron ni irán nunca.

En el Brasil, ese viajero libador de miel de urbes, conoció su Río de Janeiro más o menos ibérico, y no bajó en la Santos ítalo germánica.

En Chile, por miedo de lluvias y de kilómetros, no echó una mirada sobre las dos provincias australes, donde el alemán hace horizonte.

En el Perú, tenía las aldeas indígenas a cinco horas de Lima y en México a tres horas, pero se quedó sin la experiencia rotunda, dejando que se las contaran y evitándose el ver y el tocar, que nunca deben ahorrarse.

La raza sudamericana, a lo que así llaman, está quebrantadísima en su hispanidad y de año en año el mal (si es mal) subirá en marejada, con la imaginación, que en todas partes es considerable, pero en algunas inmensa. En cincuenta años más aquella América nuestra ya no será nombrada española por la sangre, sino por la lengua, como se llama Suiza francesa a una Suiza llena de filtraciones germánicas, pero que habla francés.

Y si el nombre de la festividad ya no será válido dentro de cincuenta años, ¿por qué no haríamos desde ahora el trueque de su nombre y la ubicación precisa de su sentido, puesto que se trata de un asunto trascendente, digno de ser considerado en una perspectiva muy dilatada?

Unamuno ha dicho magníficamente que el verdadero conquistador de la América, el de ayer como el de hoy, fue la lengua. La conquista del hombre americano por el español sigue siendo el idioma, aunque España se dé poca cuenta de ello. La Argentina, tan acusada de traiciones al castellano, lo ha enseñado a hablar a cuatro o seis millones de extranjeros y se le debe una especie de empresa profunda de hispanización de gentes.

El conquistador dejó en América la sangre que pudo, pero no es él quien hispanizó mejor, sino el misionero enseñador, el santo fraile vuelto maestro rural. El hecho de la exploración, el de la ocupación y el de la conquista de un continente, mirado con ojo fino, tiene menos extensión y profundidad, aunque sea tan resonante, que el hecho heroico y sordo de la siembra e hincadura del castellano entre las masas indígenas.

Después de los misioneros, vienen como beneméritos los dirigentes americanos, blancos o mestizos, que han continuado en nuestros pueblos la alfabetización del indígena, y Vasconcelos, el mexicano, tal vez sea el mayor de estos hispanizadores por el alfabeto.

El maestro José Padín, funcionario de Estados Unidos en Puerto Rico, pero hombre leal de toda lealtad a su pueblo, que acaba de reivindicar para la isla la enseñanza primaria en español, nos da otro nombre que anotar en la plana de la fiesta de la hispanidad, o sea, la de la lengua.

El santo y seña de la unidad del continente y el de su vínculo de cualquier tiempo con España no hay que fijarlo en una “raza” homogénea, ni siquiera aproximadamente homogénea, que

no hay tal en este laberinto de sangres anotadas: indígenas, italiana, alemana, judía, rusa... La maravilla de la semejanza, el toque de gracia unitario caído sobre esos veintiún pueblos, y de donde parten todos los bienes actuales y venideros de la unidad, vienen de la lengua, y ya es tiempo de que así sea considerado y de que sobre este hecho se tracen planes y se sueñen los sueños que queramos para lo porvenir.

Fiesta de la lengua, que ya Colombia la sabia y la fiel, ha creado hace unos cuatro años. Esa fiesta debe ser corroborada por gobiernos e instituciones, pero deberían concretarla y perfilarla escritores y maestros, jefes naturales de la empresa. Así se borraría en ella el gesto político y se definiría su índole de natividad espiritual pura.

Doce de Octubre; este día debiera ser aplicado a una faena, que tenemos casi desierta: la de la propaganda del español en el mundo, hecha conjuntamente con fervores y dineros, y no solo con fervores de los veintiún países que lo hablan sobre los tres mares.

1934

La América es un hecho de paisaje. Ciertamente: es el asiento de una jerarquía soberana de paisaje que crean los climas diferentes y en parte la población, rectificadora siempre de la fisonomía del suelo. Iberoamérica constituye, antes que otra cosa, una fiesta de panoramas, reserva para el ojo del Viejo Mundo que ya se cansa de su geografía sobajada y aprendida. Somos unas pequeñas manchas de hombres —ciudades, aldeas—, ceñidas por una porción de tierra bienaventurada, de tierra feliz, que casi anula el hecho humano para dejarlo reducido a hecho geográfico y a suceso extraordinario de la flora y la fauna.

Dice el europeo mirando hacia nuestro continente: “La cordillera de los Andes, varias llanuras, costas”.

Pero la cordillera no es eso que se anuncia con tanto simplismo. La salvaje empinadura que el europeo mira en rigurosa unidad es un sistema complejo de cumbres baldías, de mesetas amplias, de vertientes y valles longitudinales y transversales.

En el Anáhuac, esta meseta es la más fina estación geológica que pueda concebirse; volcanes de formas depuradísimas, atmósfera de cristal y una elegante vegetación decorativa; hacia el Ecuador forma la famosa avenida de conos volcánicos, una especie de corredor fantástico de bella horizontalidad, asistido en toda su longitud de aquella presencia centauresca; hacia Bolivia se llama puna, su vegetación escasea, pero aún abastece ganado. Este es el paisaje de que se enseñorean los rebaños de llamas, vicuñas y alpacas, animales más heráldicos del continente que las águilas de los escudos, pues no se reproducen en otro cuadro geográfico del mundo.

58 Este texto se publicó en la revista *Atenea*, de la Universidad de Concepción, en su n° 61, de marzo de 1930. (N. de los Eds.).



Después de las mesetas, viene la sierra, zona media entre las cumbres y el llano, hermosa en su accidente variado y lugar de ciudades que como el Cuzco peruano quedan ensartadas entre lo espléndido de las alturas y lo jugoso de los bajíos, avizorando ambas zonas vegetales.

Calva en los coronamientos, selva compacta abajo, o sea, cordillera seca y cordillera húmeda, como la llaman los geógrafos, ella ha sido apenas divulgada por la imagen, apenas contada por el grabado: permanece desconocida hasta de sus propias gentes.

Será el cine documental el que dé a nuestras poblaciones el deleite de su montaña madre.

Después de la cordillera esencial, nuestra América es el llano, llano selvoso en la cuenca del Amazonas, llano estepa en Venezuela, llano pradera en la pampa argentina, llano jardín hacia el centro de Chile.

El primero, o sea, el bosque tropical tipo, se ha quedado tan inédito para el ojo americano como la misma cordillera. Encerrado en el núcleo del continente, especie de aurícula y ventrículo suyos, la selva amazónica de tal modo alejada de las costas en que hormiguean las ciudades, que ha sido hojeada en sus especies más próceres solo por unos cuantos botánicos y la han recorrido en el río máximo únicamente los bogadores indios.

El cine entrará en esa zona de Génesis, en que todo está nuevo y como untado todavía de la gracia primogénita. De las familias vegetales aristocráticas, no repetidas ni en la selva indoestánica ni en la sudanesa, la cinta recogerá lo mismo la masa del follaje que el preciosismo de la flor; los ejemplares de vigor monstruoso darán fotografías individuales que pasen a ser en los libros de botánica lo que son las monografías de esculturas, los Hércules y los Júpiter antiguos.

Las vistas de conjunto conseguirán presentarnos el hervor vegetal de cauchos, bambúes y lianas, entre los que pasa, en un relámpago azafranado, el jaguar brasilero o el venado del bajío mexicano.

El llano de América es la tierra de la clemencia, ofrecido a la vida humana. La pampa argentina es el más desahogado hogar de hombres que ha entregado nunca el planeta. Monótono y noble, en ninguna parte el árbol aislado tiene más expresión de presencia que asiste. El ombú se humaniza y se vuelve el Booz de la extensión verde.

El llano domado, el llano a la europea, que la mano hortelana ha vuelto civil, ha hecho institución vigilada y regida, que en el de Chile, probará en la viña perfecta y en la cinta de los huertos que existe ya una América de agro a lo italiano y a lo francés, donde la barbarie ha sido transmutada en suave logro seguro.

La América geológica, vegetal y animal es un bloque, repito, solo tartamudeado, no dicho, del planeta. Las descripciones de los Humboldt, los Reclus, los Denis y los Bruhnes, se han quedado en los libros de especialidad, y unas por secas, otras por falta de síntesis, no podrán alcanzar nunca a las masas. Será el cine el que las incorpore a la imaginación popular, lo cual no es poco.

El hombre moderno busca tomar posesión del globo, con una avidez que la criatura antigua no conoció. El Asia ha aprovechado de este apetito de conocimiento total, para vindicarse en sus nobles monumentos y expresarse cabalmente en su naturaleza. Nuestra América seguirá al Asia.

El mapa habla solo para el geógrafo. Por carta geográfica siente el niño —y el adulto común que se reza en la infancia— una antipatía que yo le conocí en diez años de enseñanza del ramo. No ha podido inventarse cosa más abstracta, más inerte y más lejana, para dar el conocimiento de lo concreto y lo

vital. La maravilla de la isla se vuelve una mostacita; el fiordo, una rasguñadura en azul; la selva, una mancha en verde descolorido; la línea capitana de las montañas, una culebrilla, sin sugerencia alguna. El mapa queda más lejos de la criatura de 10 años que un problema teológico.

El mapa pedante y paralítico va a ponerse entero a vivir en el cine, ofrecedor de paisajes vivientes.

Va a dar palabra al alambre de los ríos; va a hacerle la batidura de colores en las masas oceánicas; va a enderezarle galvanizada la serpiente muerta y en círculo de las grandes ciudades.

El mapa servirá como organizador de la muchedumbre de visiones cortadas que el cine habrá proporcionado. Esa será, y no texto alguno, por perfecto que se logre, la geografía animada que todos venimos pidiendo y que nos hace tanta falta para que el niño considere el mundo la plataforma caliente en la cual se cumple la vida: la vida humana, la animal y la vegetal, no una al lado de la otra, en rayas artificialmente paralelas, sino una trenzada con la otra.

Yo creo que el cine documental verificará nuestra incorporación definitiva en la mente europea, y que será superior como fuerza informativa a toda propaganda escrita, trivial casi siempre o estropeada por la exageración. Él dirá nuestras excelencias sin necesidad de hipérbole y sin posibilidad de mentirijilla.

El Instituto del Cinema Educativo podrá hacer en nuestro favor lo que no ha realizado institución europea alguna, en el sentido de excitar a las empresas a la divulgación gráfica de nuestro continente; en el de articular los trabajos ya logrados y darles unidad, y en el de purificar, con el solo incremento del cine geográfico e histórico de índole documental, la plaga del cine imbécil o perverso que anega nuestros mercados. No necesitará para lo último combatir a ninguna empresa explícitamente; bastará con que informe a los pueblos de Améri-

ca respecto del material disponible de películas con asunto nuestro, con panorama, costumbres e historia nuestras. Los pueblos iberoamericanos harán la selección por sí mismos.

Queda examinar el cine documental aplicado a la divulgación de las antiguas civilizaciones de América, tan desdeñadas, tan estudiadas a medias y tan apresuradamente avizoradas por el europeo.

A M É R I C A I I



En los faldeos de la sierra peruana central, dentro de un anfiteatro de piedra a la que cae la más pura luz andina, existió uno de los más extraños pueblos del mundo: la raza quechua, matriz del Imperio incásico.

A pesar de la diligencia que han dado los historiadores, no se sabe mucho del origen y menos aún se logra entender cómo pudo organizarse en menos de mil años lo que llaman los sociólogos el milagro del incanato.

Leyendo al Inca Garcilaso, a Prescott o a Boudin, nunca se sabe si aquello es un cuento a lo divino de la Edad de Oro, o es un documento real y una experiencia indoamericana.

Este pueblo, sabio y niño, conjuntamente primitivo y técnico, imperial y pacífico, bebió la fuerza de su régimen y la poesía de su vida íntima en dos manaderos que casi son uno mismo: religión astronómica y un sentido aristocrático, es decir, jerárquico aplicado al bien común, al usufructo colectivo. Adoraban al cielo en un largo renglón de divinidades astrales atmosféricas, mientras que las tribus vecinas comían carne humana y tenían dioses bestiales o grotescos. La gente inca, o sea, su aristocracia gobernante y sacerdotal, se creía hija directa del Sol y su panteón desde el astro padre hasta el arcoíris y el relámpago, sabía de lo celeste o lo telúrico.

A pesar de un cierto infantilismo, esta religiosa fe quechua valía más que la de los países asiáticos, excepto el hindú, que los sobrepasa con el budismo.

El imperio corría desde Colombia a Chile y desde el Pacífico al costado oriental de Bolivia y el cabezal argentino. Este in-

59 Publicado en *La Nación*, de Santiago, el 20 de julio de 1947. (N. de los Eds.).

menso derramamiento de suelo lo habían conseguido con un mínimo de guerra. Los incas conquistaban a las indias próximas con maña habilidosa y con una benevolencia más que patriarcal, este arte y esta mística conquistadores consistían en unas excursiones solemnes y amistosas que hacía el inca y su cortejo a las tierras vecinas, comitivas que llevaban la empresa de divulgar la grandeza y las suavidades del imperio, y de catequizar así la vecindad bárbara que acababa siempre adhiriéndose al incanato.

Era lo corriente que los salvajes fueran convencidos y vencidos por esta cruzada más verbal que militar, más política que de fuerza.

El quechua supo y ejerció la mayoría de los oficios de hoy, su agricultura cosechaba exactamente lo que había menester el abastecimiento de las poblaciones, el área de las tierras labrantías casi dobló a la que trajo más tarde el régimen español. Este quechua asiático, como tal, sufrido, minucioso, inventó los cultivos en terrazas o terraplenes, a fin de forzar y habilitar como agro su reino andino de rocas y tierra magras que él escogió para sí, en vez de las capitosas tierras tropicales. Por amor de aire fino y de cielo próximo, por vivir lo más cerca posible del cielo que él adoraba, el quechua desdeñó la zona baja caliente y sensual.

Aquel indio de cuerpo aguzado como sus flechas, tan enjuto como sus cactáceas, terco al igual que su piedra volcánica, hizo de la cordillera una enorme gradería de maizales, campo de papas y un emporio de legumbres y frutales. Este falso primitivo consideraba el abandono de la tierra un delito contra el sol, contra el inca y contra sus hijos. Para crear, a pura voluntad, un agro andino que parecía absurdo, el quechua tuvo que planear, realizar y mantener un sistema de regadío artificial, pues no había a esa altura de 3,488 metros río que le valiese. Caminos de agua de toda especie: acequias, canalizaciones de piedra, correcciones de torrentes, todo esto el quechua lo previó y todo lo pensó y lo impuso.



No bastaba el viaje para abastecer, había que subir a la sierra de clima frígido los cien productos del bajo, comenzando por el algodón, y había además que ensanchar el angosto reino andino con las anchas llanuras y valles semitropicales.

Desde su roca del Cuzco, el inca echaba la vista sobre cuanto dominan los propios Andes, y esto a la manera imperial, es decir, planeando las conquistas y la unificación de las regiones ganadas. El imperio, al que se llamó Tihuantinsuyo, o sea, las cuatro partes del mundo, los cuatro puntos cardinales, pedía unificación y esto era una exigencia de caminos.

Hacer una red de vías partiendo del sagrado corazón del Cuzco significaba mascar, mellar y vencer nada menos que la cordillera andina y eso lo realizó el incanato.

De un canto al otro imperio, el boa y la viborilla de las rutas o los senderos del inca iban y venían, cosiendo las provincias a grandes puntadas blancas, metiéndose por los bolsillos secretos de la cordillera, salvando con puentes de cuerda los abismos y ligando así a los pueblos quitos, a los chibchas, a los changos, con el corazón vital de la santa capital, asiento de los templos mayores del sol y residencia del inca solar. De este modo se hizo a lo romano el organismo y la circulación de la sangre de un imperio de indios que parece fábula, pero que fue verdad. Al incanato le importaba después de conquistar, retener; arrancar la costumbre salvaje de las tribus colindantes y plantar la propia, aventar los diosecillos pueriles y bajos, y sembrar a todo viento la religión unificadora. Los caminos servían para estos fines como seres vivos; valían más que ejércitos.

Pero muchos más logros alcanzaría la casta inca con su genio de organización.

La casta inca, que fue patriarcal en lo civil y matriarcal en lo religioso, tentó la utopía de abolir la miseria absoluta, aquella pobreza que por baja toca en lo zoológico. Tentó y consiguió tanto como era dable del plan atrevidísimo. Llegó muy cerca

del éxito. Casi alcanzó al blanco imposible. No hubo ocioso en el Tihuantinsuyo; cada hombre tenía cuando menos un oficio y a veces dos. Gracias al trabajo universal y no poco especializado del hombre y la mujer (el viejo estaba exento), el techo de paja cubría a cada familia de los hielos andinos: la ropa de buen algodón calentó siempre el cuerpo del hombre andino y la ración preciosa y exacta de maíz, papas y frutas no falló a ninguno de los hijos del sol, ni en el año generoso ni en cicatero de cosechas. Pero naturalmente nada tenía de blanducho ni de idílico aquel Estado autoritario por excelencia, doblemente austero, en cuanto a imperial y a teológico. Por otra parte, no será nunca empresa de manteca ni de miel de caña dar de alojar, de comer y de vestir a un cuarto de continente, a un costado entero de la América.

Por eso el Tihuantinsuyo fue de modo duro y de una disciplina dura, que parecía basáltica.

A lo largo de los Andes aquello era un santo espectáculo de hombres doblados sobre sus minas, perforando la piedra sin conocer el taladro o gibados sobre la tierra pobre, sin saberse el arado de rueda.

Sin embargo, esta Esparta imperial estuvo templada y humanizada por dos cosas: la paganía astronómica sin sacrificios humanos ni otros sadismos y la ancha fiesta de un trabajo dichoso en cuatro o seis artesanías magistrales.

Los quechuas tuvieron un teatro suyo épico popular y religioso por añadidura; ellos crearon una hilandería de telas coloreadas y no las dio mejores el viejo Egipto; estos chinos de América, delicados de ojo y mano, inventaron una cerámica que vale por la etrusca o la asiria; y por fin, el culto pagano místico que era el suyo los adiestró en la danza ritual y en los coros. De ambas cosas no quedan más que jirones o harapos en bailados y en música de tambor y de quena. Yo he recibido en mí estos rastos melancólicos que llevan en sí las marcas magulladas de una raza que sería vencida en su alma y en su cuerpo.

El complejo y sabio incanato creó, además de lo contado, un curioso y precioso cuerpo de funcionarios no conocidos ni por los pueblos clásicos y que se llamaron amautas. Su misión era bastante mixta: el amauta recogía la crónica de las ciudades, haciendo así de historiador: él enseñaba el civismo imperial y teológico que se avenía con aquella teocracia india: el amauta era recitador y a veces productor de poesía.

¡Qué lindo oficio de hombre! ¡El amauta hacía de inspirador, pero también de organizador en las fiestas solemnes y las populares! Hoy diría que él proveía al pueblo de su pan de alegría. El menester del amauta estaba cargado de honras, pero también de seducción. Tal vez sea el suyo el único oficio del cual yo haya sentido envidia o saudade, deseo y tristeza de que ya no exista más.

Ved, pues, cómo el incanato proveía de veras al ramo entero de las necesidades de castas, hoy diríamos, con palabra fea, de las masas. Por esto dije que el régimen gravoso y duro tenía sus dulzuras, sus pausas de descanso y hasta sus altos de gozo.

ORIGEN INDOAMERICANO Y SUS DERIVADOS  
ÉTNICOS Y SOCIALES<sup>60</sup>

Alumna, que no maestra, de esta América Latina, de la que siento un apetito apasionado de saber mucho para poder decirla bien en tierras extranjeras. Alumnos seamos todos de ella, que solo cuando tengamos en el cuerpo una buena porción de su conocimiento, hecha panorama, tacto y audición, y vuelta síntesis en una ideología, solo entonces podremos servirla desde México al Chile mío, servirla en la medida de su formidable necesidad.

Somos una curiosa raza que se ignora en la mitad de sus orígenes si no en más, al ignorarse en su parte indígena. Somos, además, pueblos que no han tomado una cabal posesión de su territorio, que apenas comienzan a estudiar su geografía, su flora y su fauna. Somos, para decirlo en una frase, gentes que tienen por averiguar su cuerpo geográfico tanto como su alma histórica. Excepción hecha de nuestro conocimiento de la raza conquistadora, difundido por España, desconocemos nada menos que el tronco de nuestro injerto, al saberlo tan poco del indígena fundamental, del que pesa con dos tercios en la masa de nuestra sangre.

Brazos extranjeros remueven nuestro santo suelo en México como en el Perú, en búsqueda preciosa para nosotros, y cada excavación entrega un documento, una afirmación y casi un hosanna que gritaría: las razas primitivas de América en la horquilla maya quechua poseyeron culturas que se hombreadaban con las de las razas madres del Viejo Mundo.

60 En el libro de Virgilio Figueroa, *La divina Gabriela*. Santiago: Imprenta El Esfuerzo, 1935, y en el diario *La Patria*, San Salvador, 29 de septiembre de 1939. (N. de los Eds.).

En diez años más estarán fojeados como un registro y estriados como el cuerpo en trance cirujano, para su aprovechamiento, los suelos sagrados de Yucatán y el Cuzco, y delante de la parva de los datos, que aquí son pruebas y tienen el precio de vivas o muertas pruebas, vendrá el trabajo profundo y fino de la interpretación. Hemos dejado hacer a los extraños, lo primero por nuestra pobreza para la faena de una investigación enorme; pero no debemos dejar hacer la interpretación de este material que es casi, o sin casi, una manipulación con los miembros de nuestra alma.

Pieza a pieza va a ser compuesta de nuevo para ser enderezada, la vida maya y el alma quechua, en su costumbre, en sus logros fulminantes de ciencia y religión, y en su originalidad magistral.

Un movimiento instintivo debe llamarnos a esa santa operación, un salto de nuestras entrañas que no concedan a nadie el derecho de la síntesis interpretadora de nuestra índole, que será respecto de nosotros no un juicio, sino el juicio. En la labor de enhebrar las cuentas de la noticia arqueológica, en el menester de soldar dato y dato paleográfico, nosotros pondremos algo superior a la ciencia misma: el recordar, el reconocer, el reencontrar nuestras entrañas y decirlas largamente.

No me irrita a mí como a otros el que esta faena de excavaciones la verifique el pueblo norteamericano, tremendamente extranjero por la sangre y la costumbre, y además, rival en la lucha de la dualidad del continente. Por lo mismo que nuestro tipo y nuestra quemadura han pasado a ser allá una especie de tatuaje de inferioridad, por lo mismo que en esa raza se ha llegado al aparejamiento y más aún a la yuxtaposición del indio y bárbaro, de mestizo y carente de honra, resulta útil, de una utilidad con toques sobrenaturales, que sean brazos norteamericanos y ojos supersajones los que mandan, admirados y conmovidos, bultos e inscripciones mayas y quechuas, y reciben en la cara esas bicas vacías de ídolos (que no fetiches),

una sentencia rota o completa que vale la de Lao Tsé, la resina de una sabiduría como para salar unas razas enteras.

Cuando el fresco de las culturas maya y quechuas aparezca completo, llegará el momento de que el hombre latinoamericano confiese plenamente a su progenitor, cosa que hasta hoy hace a regañadientes. Él completará la confesión que, a pesar suyo, siempre ha hecho su semblante de su Mongolia en el pómulo implacable y en la bella mirada que de las Mongolias le vino; pero él confesará a su indio sin reticencias sesgadas, al fin, al fin.

Paralelamente con la toma de posesión de las culturas indígenas es preciso que verifiquemos la toma de posesión de nuestro suelo.

Como en la empresa de las excavaciones, manos extranjeras han venido a entrarse por los laberintos selvosos del Brasil, para clasificar la muchedumbre de especies vegetales y animales, y la paciencia ardiente, asistida de la miaja de codicia que es la europea, ha tomado, estudiado y exprimido el jugo de nuestra planta medicinal, desde la coca al curare, para añadirles la química del mundo; y el empuje extranjero —y este es el mayor dolor— ha partido con su maquinaria nuestros cerros de plata o de cobre, para vaciar el río de la abundancia no sobre los pueblos de sus faldas, donde este se volviera nuestro pan durable y la casa de nuestros hijos, sino sobre las metrópolis proveedoras del capital que aquí vino a centuplicarse delante de nuestros ojos.

Hay un compromiso tácito entre el territorio y el habitante. El territorio significa al mismo tiempo una oferta y una soliciación tácita de él a quien lo ocupa. Él regala al hombre con las complacencias de luz, de aguas, de productos; él exige del hombre que lo ordene y lo asee con el cultivo; que le complete el garabateo de la irrigación; y que, y esto es muy importante, cumpla con la moral de la tierra. Como quien dice: con el catecismo de Ceres, y que es la conservación del suelo para

el que lo pisa y lo pisará siempre. Adanes, hay, que no Adán, y el paraíso tropical americano dado está para el Adán moreno que aquí nace y no para el Adán rosado que tuvo su lote de praderas frías en el norte, y de ellas puede comer y ser feliz.

Una de las razones que dictan la repugnancia criolla a confesar el indio en nuestra sangre, uno de los orígenes de nuestro miedo de decirnos lealmente mestizos, es la llamada “fealdad del indio”. Se la tiene como verdad sin vuelta, se la ha aceptado como tres y dos son cinco. Corre parejas con las otras frases en plomada: “El indio es perezoso” y “el indio es malo”.

Cuando los profesores de ciencias naturales enseñan los órdenes o las familias, y cuando los de dibujo hacen copiar las bestiecitas a los niños, parten del concepto racional de la diferencia, que viene a ser el mismo aplicable a las razas humanas: el molusco no tiene la manera de belleza del pez; el pez luce una sacada de otros elementos que el reptil, y el reptil señorea una hermosura radicalmente opuesta a la del ave, etcétera.

Debía haberseles enseñado a los niños nuestros la belleza diferenciada y también la opuesta de las razas. El ojo largo y estrecho consigue ser bello en el mongol, en tanto que en el caucásico envilece un poco el rostro; el color amarillento, que va de la paja a la badana, acentúa la delicadeza de la cara china, mientras que en la europea dice no más que cierta miseria sanguínea; el cabello crespo que en el caucásico es una especie de corona gloriosa de la cabeza, en el mestizo se hace sospechoso de mulataje y le preferimos la mecha aplastada del indio.

En vez de educarle de esta manera al niño nuestro el mirar y el interpretar, nuestros maestros renegados les han enseñado un tipo único de belleza, el caucásico, fuera del cual no hay apelación, una belleza fijada para los siglos por la raza griega a través de Fidias.

61 Publicado en *El Tiempo*, de Bogotá, y luego en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 9 de octubre de 1932. (N. de los Eds.).



En cada atributo de la hermosura que los maestros nos enseñan, nos dan exactamente el repudio de un rasgo nuestro; en cada sumando de la gracia que nos hacen alabar, nos sugieren la vergüenza de una condición de nuestros huesos o de nuestra piel. Así se forman hombres y mujeres con asco de su propia envoltura corporal; así se suministra la sensación de inferioridad de la cual se envenena invisiblemente nuestra raza, y así se vuelve viles a nuestras gentes, sugiriéndoles que la huida hacia el otro tipo es su única salvación.

El indio es feo dentro de su tipo en la misma relación en que lo es el europeo común dentro del suyo.

Imaginemos una Venus maya o mejor imaginemos el tipo de caballero Águila, del Museo de México como el de un Apolo tolteca, que eso es. Pongamos ahora mejilla contra mejilla con él a los hombres de la meseta de Anáhuac. Cumplamos prueba idéntica con el Apolo del Belvedere del Louvre y alleguémosles a los franceses actuales que se creen sus herederos legítimos. Las cifras de los subApolos y las de los subcaballeros águilas serán iguales; tan poco frecuente en la belleza cabal en cualquier raza.

Alguno alegará que la comparación está viciada porque el punto de arranque son dos rostros sin paridad: uno redondamente perfecto y otro de discutible perfección. No hay tal; ambos enseñorean en el mismo filo absoluto la belleza viril. Se dirá que a pesar de esta prueba un poco estadística las dos razas producen una impresión de conjunto bastante diversa: la francesa regala el ojo y la azteca lo disgusta. La ilusión de ventaja la pone solo el color; oscurézcase un poco en la imaginación ese blanco sonrosado y entonces se verá la verdad de las dos cabezas, que aquí como en muchas cosas la línea domina la coloración.

Me leía yo sonriendo una geografía francesa en el capítulo sobre las razas. La descripción de la blanca correspondía a una especie de dictado que hubiese hecho el mismo Fidias

sobre su Júpiter: nariz que baja recta de la frente a su remate, ojos noblemente espaciosos, boca mediana y de labios delicados, cabello en rizos grandes: Júpiter, padre de los dioses. Yo me acordaba de la naricilla remangada, tantas veces japonesa, que me encuentro todos los días, de las bocas grandes y vulgares, de los cabellos flojos que hacen gastar tanta electricidad para su ondulación, y de la talla mediocre del francés común.

Se sabe cómo trabajaba Fidias: cogió unos cuantos rasgos, los mejores éxitos de la carne griega —aquí una frente ejemplar, allá un mentón sólido y fino, más allá un aire noble, atribuible al dios—, unió estas líneas realistas con líneas enteramente intelectuales, y como lo inventado fue más que lo copiado de veras, el llamado tipo griego que aceptamos fue en su origen una especie de modelo del género humano, de súper Adán posible dentro de la raza caucásica, pero en ningún caso realizado ni por griego ni por romano.

El procedimiento puede llamarse magistral. El hombre de Fidias, puro intento de escultura de los dioses y proyecto de la configuración del rostro humano futuro, pasaría a ser, por la vanidad de la raza blanca, el verídico hombre europeo.

Pienso en el resultado probable del método si aplicásemos la magna receta a nuestras razas aborígenes. El escultor de buena voluntad, reuniendo no más de cien ejemplares indios, podría sacar las facciones y las cualidades que se van a enumerar grosso modo.

El indio piel roja nos prestaría su gran talla, su cuerpo magníficamente lanzado de rey cazador o de rey soldado, sin ningún atolladero de grasa en vientre ni espaldas, musculado dentro de una gran esbeltez del pie a la frente. Los mayas proporcionarían su cráneo extraño, no hallado en otra parte, que es ancho contenedor de una frente desatada en una banda pálida y casi blanca que va de la sien a la sien; entregarían unos maxilares fortísimos y sin brutalidad que lo mismo pudieran ser los de Mussolini: “quijadas de mascador de hierro”.

El indio quechua ofrecería para templar la acometividad del cráneo sus ojos dulces por excelencia, salidos de una raza cuya historia de mil años da más regusto de leche que de sangre. Esos ojos miran a través de una especie de óleo negro, de espejo embetunado con siete óleos de bondad y de paciencia humana, y muestran unas timideces conmovidas y conmovedoras de venado criollo, advirtiendo que la dulzura de este ojo negro no es banal como la del ojo azul de caucásico, sino profunda como cavada del seno a la cuenca. Corre de la nariz a la sien este ojo quechua, parecido a una gruesa gota vertida en lámina inclinada, y lo festonea una ceja bella como la árabe, más larga aún y que engaña aumentando mañosamente la longitud de la pupila.

Yo me sé muy bien que la nariz cuesta hallarla en un orden de fineza, porque por lo general bolivianos y colombianos la llevan de aletas gruesas y anchas; pero hay la otra, la del aguileño maya, muy sensible, según la raza sensual que gusta de los perfumes. La boca también anda demasiado espesa en algunos grupos inferiores de los bajíos, donde el cuerpo se aplasta con las atmósferas o se hincha en los barriales genésicos; pero al igual que la nariz prima de la árabe, se la encuentra de labios delgados como la hoja del maíz, de una delgadez cortada y cortadora que es de las más expresivas para la gracia maliciosa y los rictus del dolor. Suele caer hacia los lados esta boca india con el desdén que viven esas razas que se saben dignas como cualquiera otra por talentos y virtudes, y que han sido “humilladas y ofendidas” infinitamente; caen los extremos de esas bocas con más melancolía que amargura, y se levantan bruscamente en la risa burlona, dando una sorpresa a los que creen al indio tumbado en una animalidad triste.

He querido proporcionar a los maestros de nuestros niños estos detalles rápidos para que intenten y para que logren arrancarles a éstos la vergüenza de su tipo mestizo, que consciente o inconsciente les han dado. Pero este alegato por el cuerpo indio va a continuar otro día, porque es cosa larga de decir y asunto de más interés del que le damos.

La india mexicana tiene una silueta llena de gracia. Muchas veces es bella, pero de otra belleza que aquella que se ha hecho costumbre en nuestros ojos. Su carne, sin el sonrosado de las conchas, tiene la quemadura de la espiga bien lamida de sol. El ojo es de una dulzura ardiente; la mejilla de fino dibujo, la frente, mediana como ha de ser la frente femenina; los labios, ni inexpresivamente delgados ni espesos; el acento, dulce y con dejo de pesadumbre, como si tuviese siempre una gota ancha de llanto en la hondura de la garganta. Rara vez es gruesa la india; delgada y ágil, va con el cántaro a la cabeza o contra el costado, o con el niño, pequeño como el cántaro, a la espalda. Como en su compañero, hay en el cuerpo de ella lo acendrado del órgano en una loma.

La línea sencilla y bíblica se la da el rebozo. Angosto, no le abulta el talle con gruesos pliegues, y baja como un agua tranquila por la espalda y las rodillas. Una desflecadura de agua le hace también a los extremos el fleco, muy bello: por alarde de hermosura, es muy largo y está exquisitamente entretejido.

Casi siempre lo lleva de color azul y jaspeado de blanco: es como el más lindo huevecillo pintado que yo he visto. Otras veces está vetado con pequeñas rayas de color vivo.

La ceñe bien; se parece esa ceñidura a la que hace en torno del tallo grueso del plátano la hoja nueva y grande, antes de desplegarse. Lo lleva puesto a veces desde la cabeza. No es la mantilla coqueta de muchos picos, que prende una mariposa oscura sobre los cabellos rubios de la mujer; ni es el mantón floreado,

62 Texto que forma parte de su serie "Croquis mexicanos" y que fue publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 5 de agosto de 1923, y en el libro *Lectura para mujeres*. México: Secretaría de Educación, 1924. (Nota de los Eds.).

que se parece al tapiz espléndido de la tierra tropical. El rebozo se apega sobriamente a la cabeza.

Con él, la india ata sin dolor, lleva blandamente su hijo a la espalda. Es la mujer antigua, no emancipada del hijo. Su rebozo lo envuelve como lo envolvió dentro de su vientre, un tejido delgado y fuerte, hecho con su sangre. Lo lleva al mercado del domingo. Mientras ella vocea, el niño juega con los frutos o las baratijas brillantes. Hace con él a cuestras, las jornadas más largas: quiere llevar siempre su carga dichosa. Ella no ha aprendido a liberarse todavía.

La falda es generalmente oscura. Solo en algunas regiones, en la tierra caliente, tiene la coloración jubilosa de la jícara. Se derrama entonces la falda, cuando la levanta para caminar, en un abanico cegador.

Hay dos siluetas femeninas que son formas de corolas: la silueta ancha, hecha por la falda de grandes pliegues y la blusa abullonada: es la forma de la rosa abierta; la otra se hace con la falda recta y la blusa simple: es la forma del jazmín, en que domina el peciolo largo. La india casi siempre tiene esta silueta afinada.

Camina y camina, de la sierra de Puebla o de la huerta de Uruapán, hacia las ciudades; va con los pies desnudos, unos pies pequeños que no se han deformado con las marchas (para el azteca, el pie grande era signo de raza bárbara).

Camina, cubierta bajo la lluvia y en el día despejado, con las trenzas lozanas y oscuras en la luz, atadas en lo alto. A veces se hace, con lanas de color, un glorioso penacho de guacamaya.

Se detiene en medio del campo y yo la miro. No es el ánfora, sus caderas son finas: es el vaso, un dorado vaso de Guadalajara, con la mejilla bien lamida por la llama del horno, por su sol mexicano.

A su lado suele caminar el indio; la sombra del sombrero inmenso cae sobre el hombro de la mujer, y la blancura de su traje es un relámpago sobre el campo. Van silenciosos, por el paisaje lleno de recogimiento, cruzan de tarde en tarde una palabra, de la que recibo la dulzura, sin comprender el sentido.

Habrían sido una raza gozosa; los puso Dios como a la primera pareja humana en un jardín. Pero cuatrocientos años esclavos les han desteñado la misma gloria de su sol y de sus frutas; les han hecho dura la arcilla de sus caminos, que es suave, sin embargo, como pulpas derramadas.

Y esa mujer que no han alabado los poetas, con su silueta asiática, ha de ser semejante a la Ruth moabita que tan bien labraba y que tenía atezado el rostro de las mil siestas sobre la parva.

LENGUA ESPAÑOLA Y DIALECTOS INDÍGENAS  
EN LA AMÉRICA

José Carlos Mariátegui, el noble maestro de la juventud peruana que acaba de morirsenos, inició hace unos siete años, con valiosos grupos universitarios de Lima, de Arequipa y el Cuzco, una buena campaña indianista, la segunda de la América. La honra de la primera corresponde a México, y aunque contenga las exageraciones que sabemos, es en este caso un movimiento de los más realistas en este tiempo de la promoción de las realidades.

Nuestros países tropicales, tan recargados de población india, para algunos de los cuales todavía es válida la estampa de un campamento de blancos que tiritaba en un paisaje indígena, nuestros lentos países tropicales abrieron una pausa de cien años en el problema indio, unas vacaciones inconcebibles en la tarea indianista que no sospechaba postergación.

Algunos indiófilos, que exageran por generosidad, dicen que este olvido cuenta quinientos años y comienza con la Conquista. Según ellos, desde que asomó el blanco, el indio se sumió como criatura y desapareció como si "se lo comiera la tierra". La afirmación de que la Colonia echó una mirada leal y bastante larga hacia el problema no la hago yo por escribir en diario español; diez años enseñé historia y supe bien y dije claro que la suerte del indio hizo presencia más vertical en la Colonia que en el periodo independiente, y que por lo menos algunos de los reyes de España se acordaron del aborígen con legislación coordinada y con cartas excitadoras a virreyes y capitanes generales, sin tener al indio en el horizonte como lo tiene el legislador mestizo. Aquellos olvidaban o desobedecían por conciencia muelle o truco mañoso; pero olvidar no es ignorar, y después de ellos, el indio ha sido rebanado de nuestra conciencia, barrido de nuestras preocupaciones. Mientras más dulce, más inadvertido; mientras más dócil, más bueno para estera de los pies criollos.

El olvido del campo americano, que hormigüea de indio, es cosa de las ciudades mestizas; la ciudad tropical echa atrás el campo, lo niega y lo anula fabulosamente, por más que la muy pobre, la muy indolente y la muy “vividora”, se hambrearía sin él y en una sola semana. Para saber la verdad sobre nuestra demografía, sálgase de Quito o de Bogotá, cabálguese un día a buen galope y el indio se vuelve la pajuela atravesada del ojo, que no deja ver nada más. Indolente, desperdiciador de la tierra, rutinario para el cultivo y cuanto se quiera, en verdad todo sale de su riego, de su asistencia y de su fidelidad: el cafetal rizado pulcro, el plantío desmañado de la caña, el lindo campo de algodón, la mancha mixta de plantas y tutores del cacao.

Trepar a la altiplanicie de la penitencia, y el testimonio es más rotundo todavía: el indio pastorea en los peladeros de hacer llorar la tola el ganado de llamas vivaces, el grupo prietorado de las vicuñas. Cuanto no es atmósfera y el cielo sobrenatural lleva la marca paterna del indio y cuenta el sostenimiento de esa pobrecita mano. Hasta no sé qué de la carrera del venado hay en el indio trotador de la sierra de Puebla y la mirada con polvo adentro del aimara es la misma de su ahijada la alpaca. El paisaje está reteñido de indianidad; donde es grasamen feliz, explica el frenesí de las danzas sensuales guerreras; donde él es la pobreza sin nombre de la puna, apunta su desposeimiento.

Cabalgando por la sierra, yo sentía a ratos que mi bulto y mi gesto se quedaban fuera del orden de este paisaje; yo sentía que golpeaba en ese mundo nuevo con mi emoción, sin que él quisiera mucho ni poco de mí, mientras que un paisaje mío, el que yo llamo mestizo, del centro de Chile, me incorpora en un momento y me incluye sin dejarme una potencia fuera de sí.

La plana de peticiones de los indianistas peruanos contiene la distribución de la tierra, unos tribunales de justicia paternales, la dignificación de los oficios indios uno por uno y, en general, la revalidación completa de la cultura autóctona. En



el último tiempo se ha hecho destacar con fuerza, en ese programa sensato, la resurrección de la lengua aborígen.

Los jóvenes indianistas consideran que el castellano nunca ha penetrado la sierra; que se ha quedado como el jinete blanco delante del anillo cerrado de la selva y a medio repecho del altiplano. Ellos alegan que la enseñanza del quechua aimara en las escuelas es el sésamo verdadero para manipular las masas indias en una educación digna de este nombre.

Los misioneros supieron antes que nadie que aprender el dialecto local era cazar al indio con su propia miel y se pusieron no solo a aprenderlo, sino a enseñarlo a algunos de sus soldadotes; y nadie ha concedido después al formidable nudo lingüístico más atención. Incorporación y lengua común era un solo negocio para los misioneros. Aunque en otros órdenes, los religiosos dieron a los indígenas trato de niños, los tenían por bien capaces y bien dignos de manejar una lengua europea más tarde; son los indianistas posteriores quienes vienen dándonos la noticia, un poco trágica, de que el indígena no puede con esta dignidad, y que no hay que violentarlo en este sentido.

La enseñanza de mayas y quechuas por el misionero fue siempre un medio y nunca una finalidad; para mejor enseñar el español, en un trueque hábil de lengua por lengua, ellos aceptaron quechuas o guaraníes en el trato y en el adoctrinamiento, y su plan era mantener la lengua bilingüe hasta el punto en que el español de los alumnos tuviese la destreza suficiente.

Los maestros misioneros de México recibieron del ministro Vasconcelos las mismas órdenes: disponer del dialecto como cosa del tránsito; no rehusar a los niños tarascos o tarahumaras esta caridad y esta cortesía de hablarles su dialecto en el comienzo de sus relaciones. Aceptamos a nuestros amigos de La Sierra el que el español se quedó a media marcha, y que la lengua aborígen, al igual que la naturaleza de la Amazonía,

sigue siendo soberana como el día del desembarco de Pizarro. Pero vamos a darles a ellos otras razones para que al indio se le convide primero y se le exija después aprender castellano.

Algunos consideran mucho en una educación el nivel en que recogen la “pieza” educativa, y estos son los amigos de las concesiones y de cierto desaliento derrotista; otros consideran poco o nada el terreno, y, no contando al educando en el orden vegetal, sino en el zoológico, lo arrancan de allí, y lo hacen andar con dolor o rezongo, porque para ellos la educación es más una marcha migratoria que un sedentarismo vegetal. El hombre —dicen estos— es el que camina, salta, corre y trepa; el que se gana o se pierde jugándose a sí mismo; lo otro, lo que no da de sí más de lo que se le ve, se llama planta, y se la deja buenamente sentada, que el estar de pie, de un árbol, es un estar sentado en sus raíces.

Yo me acuerdo de esta pedagogía saludable, aunque un poco imperiosa, cuando me hablan del indio como un adobe cocido que no responde a excitación ninguna.

Los misioneros se habían puesto entre la “manera fuerte” y la blanda, y donde se les dejó trabajar sin capitán intruso que le revolvera todo, ellos consiguieron lo que querían: el indio habló español, recitó oraciones y geografías en español, y dio la queja de su atropello en español.

No conozco la lengua quechua sino por las referencias de su eufonía y de su relativa riqueza. Pero no se necesita hablar una lengua para averiguar si ella es válida o no en la vida moderna; si puede o no cumplir su oficio de relacionar, que es su primera obligación; si ella posee los pies de Mercurio para ir todo lo lejos que precisan los recados vitales que se le dan, o si al traer un pie rebanado y en muñón, incapaz de ir a ninguna parte, y, en fin, si ella contenta y sacia al indio en su necesidad de expresarse. Dudamos, dudamos de que nuestras lenguas aborígenes puedan cumplir con este grave racimo de deberes, a menos de que nos pongamos a recrearlas técnicamente,

añadiéndoles tanto como lo que poseen, y no es el caso de meterse en una aventura de ingenuidad esperantista.

Supongamos que la empresa, que es de un filial heroico, nos convenciera. Resulta que una lengua completa, buena y todo, no vive de sus puros deudos y tiene que ganar clientela entre los extraños; que es una verdadera pieza comercial, lo mismo que el cheque, y pide que agentes extranjeros le den estimación y confianza redondas. Nadie nos aprendería nuestro pobre quechua, dulce para la lengua, rítmico para la sangre, rico, y cuanto se quiera. Nuestros dialectos, resucitados, o mejor dicho, galvanizados, se nos quedarán allí mismo donde los halló Francisco Pizarro, en el festón de la costa peruana, y tal vez más adentro, donde se acaba el mestizo y comienza el indio puro. El mestizo, definitivamente orgulloso de hablar español, nada quiere con mayas ni quechuas, y los aventaría montaña adentro, dándoles el mismo desprecio que le da a la cosa india en los aspectos de costumbre doméstica y de coparticipación en la política.

*Julio de 1930*

La estampa suya me ha durado veinticuatro años en la retina del alma, que llamamos memoria, y si ha podido ocurrir este recuerdo sin gastos es porque mucho lo miré y le amé, y sigo amándolo.

Cuando leyendo mi diario en cualquier parte del mundo, caigo en algunas referencias mexicanas, me saltan a la vista interior, que es la vista más ancha, dos largas aspas de piedra, dos asas resplandecientes que son las Sierras Madres. Es por ellas también por donde los desplegados de mapas toman a México: allí están los dos gritos voceadores del país. Las sierras patronas son anchas para aunar todo, y sobre las mellizas conformadas está una meseta más cabal que cualquiera, donde la luz cabrillea y donosea gozándose a sí misma. Y sobre esa meseta, cuatro o seis culturas diversas, pero complementarias, lucen y pregonan varias maravillas: las pirámides, los gigantes, las ciudadelas y los templos toltecas, los palacios mixtecos zapotecas, el azuleo indecible de Cholula, las catedrales romano españolas, las ciudades coloniales y las modernas.

Repaso todo aquello, casi palpándolo; me quedo gozándolo morosamente, pero, como la imaginación es cosa viva y como tal pide comer siempre pastel fresco, ella se voltea para clavarse en el pleno campo de México. Entonces veo el cintarajo palpitante de maíz y distingo, caminando al costado de ese verdor, la hebra del indio más o menos trashumante, que marcha siempre.

Sigo a mis caminantes de la ruta México Puebla o México Michoacán. El caminar siempre hace que el indio, incluso bien comido, lleve cuerpo fino y ágil; rara vez topamos entre ellos con el abotagado que tanto abunda entre los mestizos. Lo mismo pasa con la mujer que es ligera como el huso de tejer. Y las ropas que cargan son también livianitas, y el invierno solo

le echa un sarape de lana sobre el abastecido de algodón en el pobre. Así el indio, en puro blanco o rayado a lo cebra, o a lo jaguar, por bandas y flores rojiverdes, según la bandera.

Estilo tiene casi siempre este varón en el vestir como en el caminar, como en el hablar, como en el bailar. Y un estilo representa cierto expurgo que el caballero antiguo se celebra, y el burgués recién venido no quiere cumplir en su ser para desgracia suya. Indio e india han escupido, más por repugnancia que por miseria, nuestra cargazón de ropas. Y por ir así, lamido de cuello a pies del aire y la luz, será que el hombre guarda el vigor a pesar del sustento magro y la casa agujereada, y los bichos tropicales.

¿Por qué en mi estampa solo lo veo andando por la ruta alquitranada o por el borde de milpa o las lonjas de magüey, o veo sentados en círculo al borde del camino o en el pañal? De la casa a la milpa, de la milpa al jacal, allí van cargando ellos, lo mismo que la mujer, niños y canastos, mazorcas, camotes, leña, bananas. El paso rápido le cunde bastante; el autobús todavía resulta caro. Además, casi nunca ellos van demasiado lejos. La ruta y la marcha que los ponen a cantar parecen ser sus musas.

Ahora están sentados. O ya comieron o hacen una parada. Y este ruedo grande ceñido, cuyo dibujo parece que se lo traen con el nacer, porque no es una mera línea visual, sino gusto de su alma, es sencillamente el ruedo de la fraternidad cristiana o la comunal, y arranca desde sus orígenes. Este hombre, a Dios gracias, no se ha aprendido la ácida vida individual de blancos y mestizos, la cual comienza en el desasimiento del prójimo y acaba en la pulverización europea de hoy.

En mi memoria hereditaria de mestiza, yo también me tengo ese anillo del clan rural que en el campo chileno se disfruta en el corredor, el patio o al descampado. También a mí me alegraba el ruedo de semblantes míos, antes de que todos se me desgranasen como el maíz, pero además, yo siento que

todo círculo de carne y sangre me completa, sé que soy más, que me vuelvo más válida dentro de lo plural, y que tiritó y menguó en la soledad. Sé que así, puesta en la cifra larga, olvidó mi desvalimiento y mi orfandad. En esta dicha del indio y mía, no solo el hecho de recorrer de una ojeada a los nuestros, anda también una especie de circulación espiritual; aquello que la iglesia llama comunión y que deriva de un paladear la propia esencia, haciendo el regusto de la semejanza y del mutuo amor.

Allí está dando luz y calor, posada sobre la estera o en el suelo mismo, la vieja alianza —con arca o sin arca— de los judíos, y también la conjunción de los gremios medievales y los sindicatos de hoy. Este sentimiento preciso y este subrayado de la unidad rural o urbana, el blanco había ido rebajándolos, abandonándolos, o los viraba hacia la mera política, sartal frío, mero vínculo económico. Y resultado del famoso individualismo ya es visible el endurecimiento de las vidas nacionales, en cierta agriura de uvas sin sol a que saben las patrias. El mejor hombre logrado por el planeta se puso a una satánica operación disolvente y apenas si acepta parlamentar y firmar acuerdos que no pasan de treguas o de modos de vida provisorios.

Siga el indio sentado en medalla redonda a la vera de sus caminos o del cafetal, o del tabacal y en bautizos y casamientos, y en aniversarios y duelos. Es descanso y dulzura el estar juntos y anular siquiera en el campo la pavorosa soledad de los individuos que viven en las urbes tapiados de cuerpo y alma, aunque marchen confundidos por sus plazas y sus parques. Confundirse nunca fue fundirse, hasta es lo contrario. Emparedados están cuantos aflojan la cuerda de la cristiandad verídica que busca ligarnos hasta el anudamiento: en cuanto se relaja el sentido unitario del oficio que casi equivale al reconocimiento de la sangre, y así es como se desmoronan los grandes organismos que llamamos “patrias”.

Ahora vuelvo a lo mío, que es el recordar al indio visto hace veinticuatro años. Me siento con ellos, entrando en el rue-

do, por mejor oírlos. Y lo que hablan no es jerga, que es una lengua. Los “naturales” correspondieron enseguida al sacrificio del misionero magíster, pedagogo en ropas talares, ellos aprendieron el idioma opuesto y enemigo con gran rapidez, y lo conservaron por cuenta suya, cuando vino el periodo en que el “fray” ya faltó. (Digamos de paso, que los Quirogas, y los de Gente no serían reemplazados sino un siglo más tarde, al llegar las misiones culturales de Vasconcelos, las de Basols, las de Torres Bodet y las de Gual Vidal. Pena es el que fueran demasiado largos el olvido y la insolencia).

Yo sé muy bien que el campesino del sur no habla, no, mejor lengua que el indio mexicano, a pesar de nuestras escuelas más numerosas y mejor dotadas. Si como aseguran los letrados, la propiedad, la exactitud, la expresividad y la pronunciación de un idioma entregan el “test” del hombre, México sale bien airoso de la prueba. El indígena dice bien cuanto necesita decir y, por rebose, se expresa con gracia, poniendo así la especiería del ingenio sobre el hueso de la mera necesidad. Pero sobre todo, él pronuncia ablandando el cuero crudo del castellano y además habla con ritmo, porque rítmica tiene la vida entera, como en el caso de su Oriente paterno.

Grato es de oír como de ver el indio americano. Y esta condición del habla que no golpea ni chirria, esto que se resuelve en dulzura hasta para el aire que lleva la voz, significa algo muy valorizable como documento del alma indígena. ¡Ojo a las lenguas duras que parecen barbarizar cuanto dicen y dar un fuetazo en la cara del que oye!

Sentada entre ellos, yo me tardo porque ya sé, que de un rato a otro, mi gente comenzará a cantar; espero que el turno vire de la charla al canto.

¿Por qué canta siempre el indio, sea en serranía o en plantío, a pie o a caballo, feliz o triste, en lances de amor o siguiendo las procesiones, peleando en la guerrilla o echado a descansar?

También esta pasión de decirse en verso, meciéndose con la cadencia y la creación incontable de los corridos, donde se entrega burla burlando la propia miseria y se sueltan las bufonadas contra el mayoral, también esta condición de pueblo musical rinde un testimonio de validez para lo mejor. Y llamo “lo mejor” al campo porque él tal vez nos confiesa de manera más recta el habla soslayada y escritura chata y empalada.

Parece que no haya en México hombre, niño ni mujer vaciados de canto y que vivan un solo día huérfanos de música. El pájaro canta en la estación del amor; nosotros, los civilizados, encomendamos al tenor y a la *prima donna*, o a las radios el que nos sirvan, en bandeja, al arcángel musical. El indio no puede pasarse sin larga exhalación que parece una miaja rezagada del soplo que el Santo Espíritu dejó en la boca del adamita caído. Suele clasificarse lo de ser humano o infrahumano por la calidad de nuestras necesidades, y aquí cae a las manos de los sabios perdona vidas un dado más en favor del indio. ¡Y qué dado! Los doctos dan a la música como el apetito superior por excelencia, a la vez necesidad y regalo del alma, que insiste y persiste todavía en el desterrado buscando su liberación: este se entrega a un elemento no terrestre, que tal vez sea el de sus orígenes mismos. Aquel equiparar la música al cielo, que está en todas las mitologías, tal vez no sea fábula ni hipérbole; tal vez el pobre género humano haya sido una alta sinfonía que se hizo pedazos rodando de estrellas abajo.

Pero la música vivida así como el sustento diario del ser, no la viven todos los civilizados y la vive, sí, el indio mexicano con la misma cotidianidad que el agua y el pan. ¡Cuánto amor hay en estos silenciosos hacia la palabra que no cae, sino que vuela en flecha enarbolada!

Sigo yo mirando hacia la meseta, y veo que ahora los sentados en corro se levantan y se van, siempre ladeando la milpa, camino de la casa y el yantar, y me voy con ellos que nunca me cerraron sus casas.



La habitación, abastecida o pobre, en la cual entro, confiesa todas las artesanías, con solo dejar a la vista una mesa de comer, un cuarto de dormir, una cocina. Las buenas casas nuestras están llenas a rebosar de vajilla, cristalería y mantelerías industriales, y todo eso suele ser mera extranjería acumulada, un medio almacén bien pagado que se acarrea y metemos en casa. Pero el indio no posee sino las cosas que ha hecho de su mano: platos de greda o de cerámica, vasos, tapetes, esteras, y la juguetería de los niños. Suyo es cuanto objeto miro, hijo de sus palmas expertas, de su ojo agudo y del resobe blando de sus dedos. Milagros salen de esas manos prietas: cae de ellas un ancho arcoíris cazado que salpica desde la mesa de palo bruto la falda mujeril, y sobre la materia pobre bailan las viejas geometrías egipcias o pitagóricas, insistiendo con la línea y el número. Ciertamente se trata de unos nietos de aquellos y a mucha honra se lo tengan. Porque hay que acordarse de que fueron el Oriente extremo y el inmediato. El hombre amarillo no cayó por estupidez sino por una miseria derivada de la superpoblación y solo por ser grandes pobres el mongol y el hindú vieron menguar sus lunas y sus soles.

La Europa que piensa y distribuye a brazadas sus ideas por el mundo hasta inundar a éste, sea con sustento generoso, sea con materias dañadas para su propio uso y el de sus coloniales, la Europa tan memoriosa antes, parece haber caído en una gran amnesia respecto del Oriente.

¿Qué debe al Asia el hombre blanco? Alemania, una ancha franja de su filosofía; Francia e Italia, otro tanto en artes manuales, y en cuanto a lo religioso, el mundo debe al Oriente nada menos que el cristianismo y tres religiones segundonas. ¿A qué, pues, lanzar el adjetivo “asiático” sobre la América indígena como quien suelta un puñado de arena sepultadora o la peor interjección sobre un cadáver?

El europeo más clemente reprocha al indio su conformismo fatalista y disgustado por la parvedad de sus necesidades materiales; él mismo acaba llamando a esto “primitivismo”. Y aquí

el asimilar el indio americano al negro del África ecuatorial se resuelve en villanía o en estupidez. Otros, sin embargo, no hacen esta tonta asimilación y declaran solo que el indio es un mongol genuino, un oriental irremediable. Peyorativamente lo dicen, con mal dejo en la boca que la raza blanca se acuerde, que repeche su memoria y haga el inventario de su enorme débito oriental, porque la memoria eclipsada o abolida crea necios o ingratos. Hasta hoy la Europa próspera o empobrecida sigue vuelta, si no al becerro, a un becerrillo de oro, y no renuncia al lujo todavía y sigue llenando sus salones, sus museos y sus hoteles con la vieja maravilla de bronces, porcelanas, tapices y estampas acarreadas desde el Oriente *ultérrimo*. Los propios Estados Unidos, a pesar de su furor mecanicista, hacen otro tanto respecto del oriente sudamericano, hijo de aquel, su discípulo y a veces su par.

Acabando de hurgar en los cuartos del jacal yo confieso que la casa mía contiene bultos, pero no posee cosas ni tan naturalmente lindas, ni tan esmeradas como las del jacal; y me doy cuenta clara de que mi cuarto de California no luce nada salido de mi diestra tonta de mestiza. ¿Qué es la mano mía sino un miembro degenerado que olvidó sus herencias de sabiduría manual, el genio de dos razas decoradoras, bordadoras, artesanas? Ganar en el seso —si ganancia hubiese— y degenerar en vista y en tacto, ¿no significa estropeo o mutilación? ¿Y valdrá realmente una “educación” que hace perder la fineza de los sentidos y nos deja en compradores de chácharas gordas y feas? Pavorosas son las vitrinas de algunos almacenes que venden la baratija actual y con ellas llenamos nosotros nuestras casas criollas.

En cuanto al hombre de pecho adentro, profundas fueron y siguen siendo en él las virtudes orientales. En el amarillo existe la fusión cabal entre el creer y el vivir lo creído, entre la fe y la adoración quemante, entre el gusto y la convivencia con los objetos. El blanco de nuestros días vive, por el contrario, jugando con las ideas como con bolas de palitroque; él las desenvuelve y las lanza por fantasía o juego puro: ni goza

ni padece por ellas de no vivirlas como pasiones, ni cuerpo vivo de convicción. Y respecto de las artesanías, él es más su cliente que su amador y él compra por vanidad mejor que por necesidad de sus sentidos pobres.

Durante el cenit de su grandeza el blanco creyó en anchura y profundidad, y ha ido rodando hasta caer en las ideas deporte, en la maroma bonita del pensamiento. Y él además se puso a estropear aquel tesoro que sus santos llamaron “la infancia del corazón”, clima que sirve para vivir y crear, brisa que refresca la entraña calenturienta del hombre urbano, tan agitado y tan poco feliz a pesar del atareo en que vive.

Amamos al europeo a pesar de sus culpas, le guardamos cumplida gratitud por cuanto nos dio, y que fue mucho. Tal vez un día él llegue otra vez en masa a nuestra América, como el esquimal hostigado de su noche larga y venga a sentarse a nuestro círculo, y se ponga por fin a entender al indio y justificar al mestizo. Si en ese día el blanco encontrase medio enloquecido al criollo americano, sabrá darse cuenta de que hemos entrado en fiebre de adoptar lo occidental a tontas y a locas, con un braceo de asimiladores atarantados.

Que el indio espere sin acidia su justicia y su desagravio. Él tiene paciencia; lleva cuatro siglos de paciencia. Dios le dio este don natural y sobrenatural a la vez; él parece llevar la paciencia derramada sobre todas sus potencias: en cuerpo, carácter y costumbre. Y él, como Esquilo, que dedicó sus obras “al Tiempo”, mira al siglo como a la semana y al milenio como al año.

*Mocambo, Veracruz, 1918*



A M É R I C A   I I I



O'HIGGINS, SÍMBOLO EN LA GESTA DE LA  
EMANCIPACIÓN Y DE LA AMISTAD DEL PERÚ Y CHILE<sup>63</sup>

Estudiantes peruanos, os hablo en nombre de la mocedad de Chile y quiero que en mis palabras sintáis los ojos de ella puestos en vosotros.

Al mar es menester bajar para conocernos y las millas marinas que corren entre nosotros se achican como el elástico de los juegos infantiles, se vuelven la mitad de sí mismas porque las medidas del mar burlan las de la tierra, y el mar sirve a la concordia mucho más que a la lucha de los hombres.

Cuando pensáis en viajes, el primero que nombráis es el de Chile, y nosotros tenemos por primera gracia de la travesía a vuestra Lima, clavo de oro de la América del Sur.

Cuando jugáis a los trueques en el patio de vuestras casas, hacéis lo mismo que los barcos mercantes, cambiando en nuestros puertos manzanas por azúcar, herramientas por algodón y vinos por pieles.

Niños del Perú, conoced vuestro Chile próximo, vuestro Chile de brazos marítimos que son brazos abiertos. Nosotros también vendremos, viejos, mozos y niños, a visitar este Perú, piedra sillar de Sudamérica, tendal de roca y alfarería, donde tenemos que leer nuestros orígenes, que es un leer nuestro destino.

La sal del mar nos sazona en el sur para el amor de las gentes; estamos maduros para él, prontos a darlo y tenerla; nuestros ademanes son todos señales de costa, llamada viva.

63 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 30 de octubre de 1938. (N. de los Eds.).

Los Andes afligían al quechua civilizador en largas y jadeantes rutas andinas. El mar es ahora el servidor de nuestra ancha fraternidad.

Vosotros, mozos del Perú adentro, parvadas de los Andes, bajaréis las cuestras y llegaréis al punto en que el mar de la horizontalidad pura nos da la mano y nos alivia del jadeo de la marcha terrestre.

Bajad un poco, dicen a los niños cuzqueños los de Valparaíso, y nosotros subiremos otro tanto. Venid a conocer el remate austral del mundo americano, dicen los muchachos de Magallanes, que a nosotros también nos hará subir el cordón de fuego del Ecuador.

La luz de América, niños, es tan clara, es tanto diamante y tanta urna, que los hombres más lejanos se ven en ella: vivimos en este golfo de luz y no hay modo de que no se ame una raza solar cuyos ojos llegan hasta la hoz del horizonte.

Tampoco ocurre, aunque sea grande la América, que nos cueste escucharnos: la raza única ha hecho de nosotros un continente de cristal o una campana mágica en la que podemos oírnos con un medio hablar, con un soplo, gracias a la lengua común.

La América es en el mundo un fenómeno de resonancia moral y corporal, porque a lo largo de grados de latitud norte y latitud sur no conoce el atajo del habla extraña, no surge la maldición de dar nombres diversos al prójimo, al país, al pan, al fruto.

La voluntad de Dios fue regalarnos este camino fluvial de la lengua castellana. En el habla una podemos echar todos los barcos de aventura; la amistad de los niños, el acuerdo de los mozos, el consorcio de los oficios y el trueque de los productos.



Estudiantes peruanos, voy a deciros un agradecimiento que los chilenos debemos a vuestros abuelos y que recordamos a través de todas las generaciones.

Un hombre de Chile, el primero de nosotros, Bernardo O'Higgins, llegó a vuestra costa como héroe en desgracia en 1823, y se quedó con vosotros toda su vida. Le regalasteis, pueblo peruano, una bella lonja de vuestro suelo, que se llamaba Montalván, nombre que echa luces en la memoria chilena. En el departamento de Cañete, en el aire vuestro, angélico por el cabeceo del plantío de algodón, en esta luz unificadora de la raza, el nombre de O'Higgins alentó veinte años, caminó veinte años, soñando a Chile y amando al Perú.

Peruanos eran los viejos con que O'Higgins conversaba, recordando la Expedición Libertadora; peruanos también los niños con que jugaría por los caminos, recogiendo en sus ojos oscuros la eternidad de la América; peruana sería también su descendencia.

Las formas y colores que consolaban al eterno ausente (y no digo al desterrado, porque no hay destierro dentro del continente) eran también el paisaje vuestro. Miel peruana endulzaba su bebida y lana de la sierra abrigaría sus pies, y amor de mujer peruana le aligeraba la carga, que era plomo grave de su memoria de héroe glorioso y triste.

Le disteis la dulzura de vivir, que él merecía el primero entre la chilenidad. Nunca hemos dejado de contarle al Perú esta nobleza, amigos míos, pero en la hora de nuestra concordia, el hecho histórico, envejecido en los textos escolares al igual que la sangre de San Jenaro en el cáliz napolitano, se ha fundido, de golpe, y se ha puesto a hervir lo mismo que la sangre de San Genaro, en el hueco de nuestras manos al fin juntas.

Así quedaremos, la gente peruana y la chilena, sosteniendo con las manos conjugadas esta sangre de O'Higgins que nos pertenece, yo diría que por iguales partes.

Las cenizas de la madre, de la hermana y los hijos de nuestro O'Higgins<sup>64</sup> duermen igualmente bajo vuestra custodia, en el dulce suelo de Lima, y este polvo es también esencia nuestra, tuétano nuestro y nos llena de amor peruano cuando aquí vivimos, cuando pasamos por el cuerpo del Perú.

Estudiantes peruanos: todo esto quería deciros, desde el fondo de mi lealtad. Siempre os busqué, con el tanteo del que ama sin conocer, y ahora que os conozco, querría serviros de algún modo, en mi vida de chilena errante, que no es una vida de hija desgajada de la América.

Gracias, amigos míos, cuerpo en flor del viejo Perú.

64 En 1993, los restos de la madre de O'Higgins, Isabel Riquelme, fallecida en 1839, que habían sido repatriados en 1947, fueron trasladados en forma definitiva al parque Bernardo O'Higgins, de Chillán Viejo, donde se reunió con los restos de su hija Rosa Rodríguez. Los de O'Higgins permanecen en el altar de la patria, frente a La Moneda. (N. de los Eds.).

El rostro cuarentañero de Bolívar es y será siempre uno de los que más intriguen en la escenografía americana, cosa muy diversa de la placidez sonrosada de Washington y menos feo, pero no menos patético que el de Lincoln. No tiene más de cuarenta años, y las arrugas le hacen una reja de prisionero, y la prisión es verdadera y corresponde a la fatiga y al desengaño que por fin le han atrapado. Las arrugas lo trabajan de dentro hacia afuera, al revés de los demás hombres maduros. A los otros les estropea la edad y a este el corazón, su enemigo, el clavo de adentro que no se puede despuntar.

El aguileñismo salta aquí y allá en la iconografía indo española del cura Hidalgo a Sucre; de Sucre a San Martín; de Portales a Alberdi; salta con todos sus grados y sus modos: aguileño árabe, aguileño indígena y aguileño caucásico. Como el más riguroso aguileño se nos queda el de Bolívar.

Dicen que entre las facciones este tabique divisorio de la cara cuenta muchísimo, y en el caso de Bolívar lo cuenta con su delgadez de navaja que es el filo mismo de la voluntad y sin lentitud de grosuras.

Nos han hablado mucho de los ojos, muy negros y muy grandes, que gobernaban cuando querían, y también cuando no querían, por bellos y por cargados de pasión.

¿Quién no querría ver la mirada de Bolívar y repartírsela en este momento? Las mujeres desearíamos que nos diera la que daba a Teresa de Toro; los muchachos le pedirían la que lamió la urna en que iba el corazón de Girardot; los generales, la que tenía en lo apretado de la batalla, cuando la derrota posible

65 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 1 de febrero de 1931, como "Bolívar a los cuarenta años". (N. de los Eds.).

endurecía los ojos o se los enloquecía de dignidad; los viejos buscarían la de la meditación de Jamaica, aplacada y melancólica. Todos querríamos mirarle, pero habría que saber a quién él querría mirar.

Si queremos averiguar algo de cualquier personaje entre los que clavetean nuestro oficialismo sudamericano con tachuela de oro o clavo rústico, hagamos este ejercicio sencillo: “¿Comería este señor en la mesa del fino Bolívar? ¿Le tomaría Bolívar del brazo yendo al comicio? ¿Le retendría cerca de su cama de morirse, para hacerle un encargo respecto de su gente?”.

La frente le desequilibraba enteramente la cabeza; se la llevaba consigo, o como dice no sé quién, se la comía. La mitad de la cara la toma ella de sien a sien, aquella especie de llano surcado, de campo de labor con la esteva visible que acaba de pasar. Es tan vieja la frente que se necesita saltar pronto a los ojos para que ellos nos devuelvan la fuerza. La mitad inferior de la cara humana parece ser aquella que da: aliento, mirada, sonrisa, gestos y frases; la mitad superior recibe, muy quieta, muy parada, las respuestas que le echan al rostro. Ha oído tristes cosas esta frente de Bolívar; le han contestado las miserias que sabemos de Páez sobre la lealtad; el Perú, las suyas sobre la anarquía, y todas las otras sobre el agradecimiento. Peores son las que ha recibido después, el gran pobre.

Esta frente se pone a mirar la tierra de Sudamérica para ver si la han dividido, y allí está ella, todavía hecha provincias, con su poltrón mestizo dueño de la cosecha india; se echa atrás la frente para mirar lejos, y lo que ve son las fronteras que él no quiso y que cada día se cuajan y se enderezan más; a veces, esta frente, con ojos intrusos, se nos cae encima de nosotros a ver lo que somos, y nos halla celosos como Páez, traicioneros como el negro malo de Jamaica, y sobre todo, lacios del trópico que a él no lo descoyuntó nunca.

La boca delgada y larga, que hablaba a veces preciso y a veces abundante, tiene los dos canales de la pena que se la desga-

rran un poco y ella nada muestra de victoriosa ni de confiada. Lo desalentador que vieron aquellos ojos y lo podrido que olfateó la nariz alerta ha bajado a la boca, y allí están las arrugas evidentes contando el sucedido de la cara entera.

Las mejillas se secaron tanto que hacen acordarse del eucalipto o del quillay, cuando lo arrancan de un tirón. No quedó en ellas nada de la grosura infantil, de que todos conservamos algo, y si su madre hubiese visto a su hijo cuarentón, ¿qué pena habría sentido de esta lonja de hueso con piel en que había parado la morbidez de su vientre de criolla!

Dicen que el cabello mulateaba, con rizos bien confesados, pero éstos eran suaves y brillantes. Las que habrían contado este cabello de ardentía y suavidad en el tacto habrían sido las mujeres de su vida. Lástima que entre los contadores del héroe, los O'Leary y los Ludwig lo pongan todo, y las mujeres que mucho podemos decir, no digamos nada o digamos lo mismo que se les ocurre a los hombres.

Ya sabemos que el cuerpo pecaba más bien de pequeño y yo no escondo que un Bolívar con cuatro palmos más de cuerpo llenaría el gusto de mis ojos, que disfrutaban viendo los sarmientos en llama del Greco, que se estiran todo lo posible. Sin embargo, aun esto se lo alabo como manera de lealtad a la raza. Nuestro indio español es pequeño, sin la insignificancia del otro mongol, pequeño y eléctrico como el andaluz, o pequeño suficiente como el francés. Hay que bajar a una quebrada de Chile para hallar en el mestizo de vasco, cuerpos lanzados como un puñado de barro a la altura posible. Pequeño, don Simón, y lo ágil que se sabe; no cansó monturas, no ladeó sillas, y Edison diría de él que era la materia de su gusto, la bombilla eléctrica que da lo más con lo menos.

Sabemos que a este hombre de batallas no lo volvió matonesco la montura y que, en cuanto bajaba del caballo, era civil, como si al general lo dejase en el estribo, y por añadido tan cortesano, que bailaba como si se pasara el día danzando sobre los tapices.

Servía para muchas cosas, y en esto como en el cuerpo menudo, hay que anotarle el sudamericanismo. Para muchos menesteres servimos, a fuerza de llevar dos o tres sangres, y no somos raza tiesa ni de un solo pedal.

Fascinante, ágil y definitivo Bolívar. Hagámosle criatura cotidiana mejor que nombre de aniversario, vivámosle en la permanencia y no solo en las lentas puntadas de los centenarios.

Vivámosle en continuidad como se vive una ley; pongamos a tenerlo por paisaje nuestro, hasta que nos corra por la sangre hecho la masa de nuestra sangre.

La imitación cubre en América la época anterior y la posterior a Martí: cien años de calco romántico y cincuenta de furor modernista son los cortes en que aparece dividido nuestro suelo literario. Tenemos que confesar que la imitación aparece en nosotros más que como un gesto, como una naturaleza; nuestra piel toda porosa es lo mejor y lo peor que nos ha tocado en suerte, y a causa de ella vivimos a merced de la atmósfera.

Por esto, la originalidad adquiere en Indoamérica el aspecto de un asa salvadora de nuestro decoro y el escritor sin préstamo o con un mínimo de préstamos vale por el golpe seco de una afirmación. El fenómeno del escritor que procede de sí mismo aunque haya vivido en la corte de los maestros, oyéndolos hablar y recitándolos sin estropeo del acento propio, significa en nuestros pueblos un hecho digno de ser hurgado para exprimirle el ejemplo.

Aseguran algunos que la cultura es el enemigo por excelencia de la originalidad, y el juicio trasciende a Juan Jacobo en su simplismo. Pero el Adán literario, sobre el cual nadie ha puesto la mano, ya no existe a estas alturas del tiempo. Se produce todavía, a Dios gracias, cierta originalidad mantenida, sostenida debajo del peso enorme de una cultura literaria; el hecho se produce aún y resulta bellamente heroico, y remece todo el ambiente.

La primera, la segunda y la última impresión de Martí es la de una voz autónoma levantándose desde un coro de voces repetidoras. Veremos a Martí marcar varonía en cada paso

66 Conferencia pronunciada en el Teatro Principal de la Comedia, de La Habana, el 26 de junio de 1931, y publicada en parte por *El Mercurio*, de Santiago, el 26 de junio y 24 de julio de 1932. (N. de los Eds.).

de su vida de hombre; pero desde que comienza su carrera literaria varón será también en esta naturaleza antiimitativa, o sea, antifemenina.

¿En qué consiste la originalidad de Martí? Las mujeres no sabemos explicar en bloque y solo tenemos una habilidad de encajeras, es decir, detallista. Parece que la originalidad esencial de Martí arranque de una vitalidad tropical. Si la imitación se explica como la cargazón de muchas atmósferas sobre el cuerpo que no las resiste, la originalidad sería la robustez brava de un airoso que puede con ellas, se ríe del peso y corre con él sobre el lomo.

Martí es muy vital y tal vez su robustez sea la causa de su independencia. Comió del tuétano de buey de los clásicos; nadie puede decirle lo que a otros, que se quedara ayuno del alimento formador de la entraña: él se conoció sus griegos y sus romanos, y fue también el buen lector que pasa por los setenta rodillos de la colección Rivadeneira sin volverse papilla y caldo.

Guardó a España la verdadera lealtad que le debemos, la de la lengua, y ahora que los ojos peninsulares pueden mirar a un antillano sin tener atravesada la pajueta de la independencia, ya podrán desde Madrid decir leal al insurrecto, porque conservó una fidelidad más difícil de dar que la política: ésta de la expresión. Tanto estimó a los padres de la lengua que a veces toma en cuenta a los segundones y tercerones de ella.

Pero más apegado que a clásicos enteros y a los semiclásicos, se le ve abrazado a los escritores modernos de Francia y de Inglaterra, cosa muy natural en hombre que tenía su tiempo presente y vivía registrándolo día a día. La dominación de los modernos sobre él parece que sea simpatía hacia sus ideas más que apego a las esencias de los idiomas extraños. “La lengua vieja, las ideas nuevas”, diría él.



Gran sensato, Martí no tuvo la ocurrencia de otros, de admirarle a Cicerón la letra y la ideología, y de creer que Homero y Virgilio obligan al descontento de la época y a una nostalgia llorona de tal o cual César. Él tiene encargos que cumplir, trabajos que hacer en la carne de su tiempo, y se siente ligado a las almas francesas, norteamericanas e inglesas por el parentesco que crea una época común.

Ahora, sabiendo que la originalidad de Martí ha sufrido la prueba de los magisterios naturales, veamos por averiguar en qué consiste ella misma. Parece ser que esté hecha de tono, de vocabulario y de sintaxis propios.

Los escritores de estilo novedoso no siempre son diferenciados en cuanto al tono; pero los realmente personales traen siempre un acento particular. En la literatura española, por ejemplo, Calderón tiene un estilo, pero en Santa Teresa hay un tono; en la francesa, Montaigne tiene más dejo galo que el propio Racine. Martí salta a nuestros ojos con el cuerpo entero de un estilo, pero lo mejor de gozarle, para mí, son los imponderables del tono criollo que se le deslizan por las hendidias del tronco castizo.

Acordémonos de que este hombre fue orador nato, para estimarle suficientemente la maravilla de la naturalidad. La oratoria carga con una cadena de fatalidades. El orador comienza siendo el recitador que se regodea en un vasto espacio y delante de una masa. Lo primero lo echa a gritar, y la mucha carne escuchadora lo tienta a hacerle concesiones, a darle halagos. La voz tonante de una parte y de otra el apetito de convencer, le sacan los gestos violentos, y las dos calamidades de berreo y gesticulación lo echan de bruces en el extremismo del vocabulario. Así, se va trenzando una cadena de fatalidades.

Yo no tengo amigos oradores y no he podido recibir su confesión; pero se me ocurre que el escritor honrado debe detestar sus discursos cuando palpa allí una máquina montada con piezas de mentira, la cual se emplea para convencer... de la

verdad. En los mejores la oratoria se resuelve en una forma didáctica, o en el desfogamiento de un lirismo impotente que no llegó al poema.

Anotemos en Martí el que siendo el orador honrado dentro de un gremio fraudulento, no se aparte de las líneas clásicas dentro del género; si abrimos un texto de retórica, veremos que Martí cumple con toda la ley y la costumbre como un buen hijo acatador de la tradición.

Pero el fenómeno del Martí orador consiste en que, manejando un género de falsas virtudes, lo servirá con virtudes verdaderas. Mientras el demagogo simula su indignación y lanza desde el tabladillo sus llamitas pintadas, Martí está ardiendo de veras; mientras el mero arengador sube la cuesta del período en una hazaña de gimnasta solo para hincar la pica del remate, él trepa el período temblando de cólera o de fe indudables; mientras el embusterillo lanza en frío sus metáforas, Martí las desmorona vivas desde su boca escocida por ellas. Con todo lo cual vuelve espectáculo natural una cosa que los demás aderezan, y en su imprecación verídica se da en pasto a su gente sin ahorro alguno del alma.

Yo llegué tarde a su fiesta y una de las pérdidas de este mundo será siempre la de no haber escuchado a Martí. Amigos suyos me han hablado de su voz, pero en esto cualquier información se queda manca. Debe haber tenido “gracia de voz”, si creemos a los yoguis que las vísceras mansas hacen dulce la voz. Me acuerdo siempre de Emerson en su elogio de la voz grata, y como él, desconfío de los acentos pedregosos o broncos: piedras llevan... Y en cuanto al ademán, el tribuno educador debe haberlo tenido como aquellos efusivos que por pudor gesticulan con un suave ímpetu.

No le conocimos acento ni mímica, pero lo demás nos ha quedado, a Dios gracias, en el cuerpo de los discursos. Y qué noble anatomía la de su oración cívica o militante que nos va a mostrar sus miembros extendidos de atleta en la mesa de las mediciones.

El período copioso se nos había hecho antipático en los seudocervantistas, porque sabemos que la sintaxis es cosa funcional y arranca desde adentro o nace muerta. Puede resultar que, como la sangre abundante, el período logre ser ligero en ciertos sanguíneos ágiles, pero lo común en nosotros, gente de lengua colonial, es que no salte con borbotón espontáneo, sino que él sea sobre el papel como las manufacturas resobadas.

En Martí, no fatiga el período a fuerza de estar vivo de cabeza a pies. A los prosistas mediocres, incapaces de fundir los materiales de la oración como el volcán los suyos, dan ganas de pedirles que truequen el acápite español por la sintaxis sumaria del francés, que queda al alcance de sus fuerzas en una frase corta y portátil. Esta cláusula tiene a lo menos lástima de nuestro aliento y cortesía de la oreja tendida, mientras que el continente verbal pide titán y las manos comunes no tienen nada de prometeicas.

Vamos hacia otra hazaña más difícil de lograr todavía: el trascendentalismo exento de declamación.

El orador de aquella época era, por contagio de Víctor Hugo y de Quintana, trascendentalista y enfático. Estos profetas sin santidad suelen ser sinceros, pero lo común es que simulen el arrebato y el trance. Los amigos del patético y del sobrenatural no son muchos y sus adversarios, al no entenderlos, prefieren llamarlos farsantes. Por eso la popularidad del romanticismo a mí me desconcierta. ¿Cómo se las arreglaron aquellos románticos para embarcar en su nave a nuestros abuelos? Tal vez algunos hallaron gran clientela precisamente por ser almas de drama real, pero los más solo serían gente que representaba bien su comedia.

A nuestro Martí no lo pondremos bajo el pabellón absoluto del romanticismo trascendentalista. Tal vez podamos afiliarlo en la banda, pero bajo unos subtítulos restrictivos, porque este hombre se mueve en un turno de grandeza y cotidianidad. Pensemos, aunque parezca absurdo, en un Víctor Hugo

corregido de su trompetería por un trato diario del Montaigne doméstico; él vivió haciendo este peregrino zigzaguo. Suelta una alegoría que relampaguea y sigue con una frase de buena mujer, cuando no de niño; hace una cláusula ciceroniana y la neutraliza con un decir de todos los días; abaja constantemente los vocablos suntuosos allegándoles un adjetivo de lindo sabor popular. Tal vez leía su Biblia saltando de un profeta a un evangelista, de Ezequiel a Lucas, o bien iba y venía de San Juan el Divino al San Pedro pescador.

Cuando ustedes lo llaman arcángel, se acuerdan de Miguel y su espada pinchadora del dragón; pero él contiene también a Rafael, arcángel transeúnte, que caminando con Tobías le escondió hasta el final su condición alada. Esta conjugación de lo arcangélico militante con lo arcangélico misericordioso nos valga para símbolo del martianismo.

El arcangelismo de Miguel tiene grandes riesgos porque se resuelve en una función de fuego y de hierro más exterminadora que redentora. En el arcángel hostigador del diablo eso está bien, ya que la finalidad es matar el dragón; pero en las turbas humanas la operación resulta peligrosísima. El combatiente acaba entero en espada, va reduciendo su cuerpo a vaina y por último a filo. Celebremos, pues, este raro arcangelismo español que hace correr a lo largo de la espada un constante aceite de piedad.

Examinada así, en bruto, la originalidad del tono de Martí, pasemos a la del vocabulario, que como se sabe cuenta entre los más ricos de nuestra literatura.

Martí posee el castellano, tanto en el aspecto de la intensidad como en el de la extensión, colocándose así al lado de Juan Montalvo en el millonarismo de vocablos. Montalvo manejó, es cierto, mayor cantidad de voces; pero hay entre ambos vocabularios una diferencia grande de calor, de color y de sabor. La lengua rica de Montalvo le viene de una frecuentación visible —demasiado confesa— del diccionario. (Yo suelo reco-

mendar a mis alumnas que se lo lean, en un ejercicio que les ahorrará en buena parte el librote tremendo). Agradecemos a Montalvo el mérito de su acumulación de Cresos, pero marcamos bien la diferencia que corre entre estas dos riquezas. Montalvo trabajó primero en su Ecuador, después en Francia, en ausencia amarga del idioma pleno, ya que en su país lo indígena triplica lo español y que en Francia vivió la dieta del idioma. Así se entiende el que se doblara veinte años sobre el diccionario pidiendo al mamotreto frígido el calor que el ambiente no daba ni prestaba.

Martí, por el contrario, vivió las edades formativas —infancia y adolescencia— sumergido en un español casticísimo, hablado por la burguesía y en uno acidulado y pimentado que era y es hasta hoy el del pueblo cubano. Cuando salió al destierro, llevaba, seguro como las entrañas que no nos dejan, la lengua completa chupada en veinte años de su isla.

Me señalaba el chileno Hernán Díaz Arrieta, que el español escrito en América confiesa una pobreza vergonzosa y sobre todo un gran desabrimiento, y mi amigo tiene razón (las “Catinarias” y los artículos de polémica se salvan a causa de ser una escritura de guerrilla). Los pueblos no antillanos somos hijos del injerto verbal, es decir, de una aventura, lo que trae consigo riesgo, algunas posibilidades de superación y muchas de degeneración. Pero a la isla de Cuba le cayó en suerte el ser ella un desgajamiento directo de la península echado al mar; el nacer prima hermana de las Canarias, es decir, el haber sido y seguir siendo una España insular.

Naturalmente, un verdadero vital no se conforma con el idioma que recibe, porque cualquier naturaleza rica se pone a crear sus órganos, rebasa los medios recibidos y echa de sí los que le faltan.

Antes de Rubén Darío, Martí se había puesto a la invención de vocablos y aquel le reconoció el mayorazgo. Me gustan más los que salieron de la mano de Martí que los venidos de Rubén

Darío. Todos lo sabemos y se puede decirlo sin mengua para el nicaragüense que en su uso del galicismo había tanta necesidad de fineza como alarde de cosmopolitismo o de mucho ingenio.

Martí crea sus pocos neologismos como un lingüista profesional, guardando todo respeto a la tradición en los derivados e inventa por necesidad verdadera, por el hambre de expresividad que había en él.

El vocabulario martiano no será nunca extravagante, piro-técnico ni esnob, pero será novedoso hasta volverse incon-fundible. El verbo, más que el mismo adjetivo, él lo busca a la medida de su necesidad. Son verbos activísimos; él dice “des-jarretar”, “sajar”, “chupar”, “pechar”. Sus adjetivos son, en la prosa, táctiles y embadurnados de color, y yo pienso que nadie entre nosotros llevó más lejos la ceñidura del apelati-vo a la cosa. En su complacencia de grafismo, movimiento, intensidad, dice “tajadas”, “carneada”, “fundida”, “volcada”, “regada”, etcétera. Trabaja con epítetos extremosos y aun-que los administre de más, en la oración no se le engrasa y le salta viva como el lazo venteado del gaucho.

Vamos a la vitalidad tropical. Muchos miran al trópico como un bochorno que descoyunta y acaba su criatura. Como yo siento algo de eso cuando vivo en él, no niego el hecho, pues, aunque admire y ame al trópico, pruebo en mi cuerpo la per-fidia suave, la succión blanda.

Tan perfecto me parece, sin embargo, como una medida cabal de la riqueza terrestre, como el cubo de Dios, que siempre rebosa, y tan noble lo veo en su generosidad, que en vez de tacharle el calor genesiáco, prefiero creer que no podemos con él por una penuria corporal de mestizos flacos. El que no podamos mirar esta luz sin pestañeo y el que no alcancemos estos pulsos fuertes, culpa nuestra es.

Cuando me encuentro un hombre semejante a Martí o a Simón Bolívar, que en su trópico, de treinta años, no se descoyunta y se mueve en él lo mismo que el esquimal en la nieve, trabajando sin agobio y rindiendo la misma cantidad de energía que el hombre de climas medios, vuelvo a pensar que lo elefantiásico y monstruoso del Ecuador no existe. José Martí cayó en el trópico como en su molde cabal; él no rezongó nunca contra la latitud porque no se habla mal del guante que viene a la mano.

Hay una inquina especial de las tierras frías contra el trópico que pudiera ser la del sietemesino contra el niño de nueve meses. Una de las manifestaciones de ella se nota en lo peyorativo de los vocablos “tropicalismo” y “tropical” cuando los usa la crítica literaria. Los dos se han vuelto motes de injuria y liquidan a un escritor. Es necia su aplicación al bloque de los que viven entre Cáncer y Capricornio, pues difieren entre ellos tanto como planta y animal. No hay razón para que un autor tropical haya de ser necesariamente malo sin más razón que la del termómetro. Pero la comicidad del asunto reside en que el trópico americano no ha dado verdaderos tropicales, excepto uno, óptimo: este Martí, que es el único a quien conviene el rubro, y uno malo, nuestro Vargas Vila... que vivió cuarenta años en Europa.

Pedro Henríquez Ureña, al que debemos muchas definiciones del hecho americano, se encargó de enderezar el vocablo torcido. Él prueba que nosotros llamamos “tropicales” los estilos superabundantes y empalagosos de los subrománticos franceses hospedados aquí por escritores más segundones aún. El clima nada tiene que hacer con el pecado, y para no citar sino un caso, cerca de aquí nació y pasó la infancia esencial un poeta no dañado por la calentura del Caribe: en la Martinica vivió años Francis Jammes.

Al revés de cuanto se ha dicho, la soberana belleza tropical de América se quedó al margen de nuestra literatura, sin influencia verdadera sobre el escritor y como rebanada de él. Ojos, oreja y piel se los hemos regalado a Europa: paisaje europeo,

desabrido y neutro, es lo que se encuentra en nosotros los criollos. Antes y después de José Martí ninguno se había revolcado en lo fogoso y en lo capitoso de estos suelos.

Hay que llamar al cubano “hombre leal” por muchos capítulos, pero principalmente por haber llevado el resuello de su tierra y haber vaciado la cornucopia de una geografía a lo largo de toda su obra, en la expresión hablada y en la escrita.

¿Qué hace el trópico en la obra de nuestro Martí, el único que lo representa?

En primer lugar, una calidez gobernada o suelta corre por su prosa en un clima de efusión; marca sus arengas, los discursos académicos, los artículos de periódico y las simples cartas. Yo digo calidez y no digo fiebre. Tengo por ahí pespunteada una vaga teoría de los temperamentos de nuestros hombres: los que se quedan en el fuego puro y se secan, y se resquebrajan, y los que viven del fuego y del agua, es decir, de un calor húmedo y se libran del resecamiento y la muerte. Martí fue de estos. A él lo asiste siempre la brasa confortante o un rescoldo cordial. Si como pensaba Santa Teresa nuestro encargo es el de arder, y la tibieza repugna al Creador, el diablo es uno que tiritita; bien cumplió José Martí su encargo de vivir encendido y sin atizaduras artificiales. Él ardía abastecido del combustible de su temperamento cubano español y también del Espíritu Santo que recorre su escritura en garabateo visible.

La segunda manifestación del trópico en Martí sería la abundancia. El trópico es abundante por esencia y no por recargo de bandullos o perifollos. El barroco fue inventado por arquitectos no tropicales, los cuales buscando ser magníficos cayeron en gordinflonerías y excrecencias.

Más claro se verá el hecho visto en el árbol coposo: él no es un abullonado, él es la fuerza llegando a sus topes. Hay que meter la mano en la masa de sus ramas para hallar grosuras; mirado, él es esbeltamente soberbio, nada más que eso.



En el tropicalismo de Martí, la abundancia es natural por venir de adentro, de los ríos de su savia interna. En cuanto a natural no es pesada, no carga ornamentos pegadizos; se lleva a sí misma sin pena, como los grandulones llevamos nuestra talla...

Además, el criollo lector, congestionado de lectura, hervía de ideas, al revés de los que siguen una sola como regato en tierra pobre; el corazonazo caliente de emocional le subía a la garganta hasta en la charla corriente; el vocabulario pasmoso le entregaba la expresión justa y la más feliz. ¡Cómo no había de ser copioso! Lo hicieron en grande y no hay por qué una criatura ubérrima dé la espalda a su haber, y se fuerce a regímenes de arroz. Corríjasele la abundancia y Martí se nos disuelve. Que los demás escritores ecuatoriales vivan sin conmoverse delante de su gracia, negocio de ellos es, mal negocio de distracción o de renegamiento; pero dejemos que este respondedor describa su aposento geográfico, que es su mesa de vivir y su lecho de morir.

Otra manifestación del tropicalismo martiano es la lengua espejeante de imágenes, el desatado lujo metafórico.

Dicen que en la naturaleza tropical fauna y flora están superdotadas al ornato, y por eso resultan más hermosas que productivas; dicen que son blandas y fofas sus criaturas, y que su belleza engaña como la gesticulación ampulosa y huera. La verdad es que la naturaleza, que en otras partes cumple su obligación de alimentar, aquí se da el gusto de servir deslumbrando. El árbol de la goma, el cocotero, el mismo plátano llevan vitalidad suficiente para dar mucho y les quedan todavía jugos para follajes superlativos. No sé qué hay de propietario, de asalariado en la naturaleza europea donde el sembradío se ciñe a la utilidad y no le sobra nada para fantasía y locura. El trópico nuestro se parece a Hércules, que era servicial y magnífico en una sola pieza, vale decir, hazaña.

Pasemos esta misma generosidad a la naturaleza de Martí: él es un divulgador de ideas, pero como la savia le alcanza, las echará

a rodar en torrente de símiles. Por otra parte, no es cosa de olvidar que él es sobre todo un poeta, que puesto en el mundo en una hora de dura necesidad, aceptó ser conductor de hombres, gacettillero, profesor, etcétera, pero que de nacer en una Cuba adulta y sin urgencias, se hubiera quedado en el hombre de canto mayor y menor, de canto absoluto.

Como el árbol tropical que gasta mucho en la periferia florida y que engaña con que descuida el rigor del tronco, así engaña la prosa de Martí, y ha hecho decir a algún atarantado que su prosa no es sino casullas de ropería arzobispal.

Suntuoso, es cierto, a la manera de los reyes completos que dictaban legislación, religión, costumbre y poesía, que siendo sacerdotes no descuidaron el espejo justo de trono y vestimenta, y hasta solían corregir a sus costureros e inventar danzas.

También aquí está el hombre construido en grande, que no quiere constreñirse ni mutilarse de nada y hace brazada con las cosas buenas de este mundo, hombre antiasceta (aunque cuidara mucho de su decoro), por hallarse cerca de la naturaleza que se burla de las penitencias.

Al lado de la extraordinaria sintaxis de Martí, está como otro pilar de su maestría, la metáfora espléndida. La tiene impen-sada y no extravagante, original y no estrambótica; la tiene virgínea y siempre nueva, sin caer por reincidencia en la misma o en la semejante; “imaginífero” —D’Annunzio se llamaba así a sí mismo—, cuyo stock no se vaciaba nunca.

La sabida frase del hombre que piensa en imágenes conviene a Martí como a ninguno de nosotros. Hay que caer sobre algunas páginas del Asia, en las cuales la poesía se traduce en una pura reverberación alegórica, para encontrar algo semejante a su escritura. Pero la diferencia con el lirismo asiático está en que, mientras aquel cae al atollamiento de flores y gemas, Martí nos hace siempre sentir el hueso del pensamiento bajo la floración.

La metáfora cerebral y de química esotérica de los que han venido después, no era la suya; el corazón fogoso y fogueado era su proveedor de metáforas; así la tiene de espontánea y de cándida lo mismo en lo tierno que en lo colérico.

Dicen que el estudio de un poeta lo dan sus metáforas por sí solas. El método es habilidoso, pero se nos quedarían afuera los buenos poetas malos y hasta los ayunos de símil, que los hay. Para Martí el procedimiento resultará excelente. En su montaña de metáforas se puede descomponer su alma entera.

La última manifestación de tropicalismo que anotaremos en nuestro hombre es la generosidad que le viene, en parte, de su riqueza misma. El temperamento criollo rebosa de liberalidades; él se derrama en hospitalidad y dispendios. Nosotros no somos pueblos de vísceras resacas, arca vigilada ni alarmas de vieja dispensera. Este sol que en vez de asistir solo a la creación, la inunda y la agobia, nos ha criado en una pedagogía derrochadora.

Estamos llenos de injusticias sociales, pero ellas derivan más de una organización torpe que de una sordidez congénita; andamos buscando un abastecimiento racional de nuestros pueblos y cuando lo hayamos encontrado, los sistemas económicos de la América serán mucho más humanos que los europeos.

Todo lo quiere para su gente Martí: libertad primero, cultura y bienestar enseguida. Y como su estilo forma el aspa visible de su rueda oculta, las liberalidades de Martí se traducen en su lengua por una desenvoltura de señor acostumbrado a poseer y a dar. Voltéese en la mano el estilo de los egoístas y se les sentirá la reticencia en la sequedad, y el temblorcito de la avaricia en la indigencia de la frase.

La averiguación de la lengua se me ha resbalado hacia el hombre, al cual yo no iba a comentar porque la crítica literaria moderna está empeñada en deslindar obra e individuo, y reducirse a la escritura a secas.

Hay escritores con los cuales sobra la divulgación de persona y vida; hay otros que no pueden ser manejados sino en el bloque de escritura y carácter. Martí es de estos y hasta tal punto que no sabemos bien si su escritura es su vida puesta en renglones, o si su vida es solo su escritura enderezada. Además, es de aquellos que se hacen amar de tal modo que su devoto quiere saberlo todo de ellos, desde cómo rezaban hasta cómo dormían.

Es cierto que se puede hablar aquí de “un caso”. ¿De dónde sale este hombre tan viril y tan tierno, por ejemplo, cuando en nuestra raza el viril se endurece y se brutaliza? ¿Y de dónde viene este hombre, según la teología, trayendo de veras en su ser el trío de “memoria, inteligencia y voluntad”? ¿De dónde nos llega esta criatura, en la cual los hombres hallan la varonía meridiana, la mujer su condición de misericordia y el niño su frescura y su puerilidad? ¿De dónde sale en raza de probidades dudosas este varón que no da de sí una borra de logro, y no acepta condescender con la corrupción?

Veremos por contestar, y si erramos la intención nos valga. El viril nos viene de la sangre catalana, que es fuerte y activa, muy diversa su acción a la de Castilla, correa de cuero de la historia, y terror de pueblos flacos. El tierno le viene del limo y del ambiente antillanos, donde la piel del toro español se suavizó hasta volverse una badana dulce. A menos que sea el negro y no el clima el autor de esta blandura inédita en la prole del Cid aliviada de calentura por el mar. En Cuba, que produce la caña mansa y el tabaco piadoso, se da fácilmente el hombre benévolo y no es raro que saltase de aquí la cifra humana que llamamos “José Martí, el bueno”.

Martí fue, además, el hombre maduro, en el cual se retarda la infancia y de otro lado se anticipa la vejez; hombre cenital que goza desde un punto mágico las dos mitades del cielo. Por eso se abre en pulpas humanas por donde se le toque y por eso sabe tanto del negocio de vivir, de padecer, de caer y de levantarse. A criatura tal los amigos querían contarle todo

y a veces no le contaban nada porque él los adivinaba con solo mirarlos. Él serviría las funciones humanas mejores: la de consolar, la de corregir y la de organizar.

Muchas veces se ha aplicado en la historia la frase de “amigo de los hombres”; Martí se la ganó de vivo y de muerto la retiene en la mano parada.

Es preciso alabar también al luchador sin odio. El mundo moderno anda alborotado con la novedad de Mahatma Gandhi, combatiente ayuno de furor. Pero el fenómeno de combatir sin aborrecer, apareció entre nosotros mucho antes en este “santo de pelea”. Pónganle encima si quieren, la lupa acusadora; mírenle las arengas, proclamas y cartas, y no saltará al ojo una sola peca de odio. Empujado a la cueva de las fieras, constreñido a buscar fusil y a echarse al campo, este hombre va a pelear sin malas artes, sin interjecciones feas, sin que se le pongan sanguinosos los lagrimales.

Hasta los luchadores de la *Ilíada* dejaron escapar en lo apretado del apuro algún “terno” que Homero se guarda. Martí pelea sobrenaturalmente, sintiendo detrás de sí la causa de la independencia cubana que le quema la espalda, y mirando delante el montón impersonal de los enemigos de la libertad que para él no tienen cara ni nombre personal.

Y aquí, mis amigos, Martí resulta sujeto sin amarras con la raza indoespañola. Ella ha odiado mucho, ha puesto siglos de empeño en aborrecer de cabeza a pies y ha tomado el sobrehaz de la tierra como un campo patagónico de “carneada”. Aunque la frase se nos tiña de cursilería, digamos que Martí vivió embriagado de amor humano, y tanto que sus entrañas no le dieron ni un grito de venganza.

Todo es agradecimiento en mi amor de Martí: gratitud hacia el escritor que es el maestro americano más ostensible de mi obra, y también agradecimiento del guía de hombres que la América produjo en una especie de *mea culpa* por la hebra de

guías bajísimos que hemos sufrido, que sufrimos y sufriremos todavía.

Angustia siento yo, americana ausente, cuando me empino desde la tierra extraña a mirar hacia nuestros pueblos y diviso a mi gente atollada todavía en las viscosidades acuáticas de las componendas y en las malquerencias fronterizas que tije-retean el continente de todos lados.

Cuando los ausentes hacemos estas asomadas penosas al hecho americano, necesitamos acarrear de lejos a Bolívar para que nos apuntale la fe, y de menor distancia a Martí para que nos lave con su lejía las roñas de la criollidad. Él es para nosotros, los ansiosos, uno de esos raros refugios que se hallan en el bajío pantanoso y al que se entra por comer y dormir allí, sin tocar pringue o lama.

Esa frente familiar a ustedes, nos tranquiliza con sus planos serenados; esos ojos de dulzura inmediata, a flor de la “niña”, donde se chupa sin tener que ir al fondo como la abeja; ese mentón delgado que desensualiza la cabeza en su segundo extremo, repitiendo lo que la frente hizo en lo alto, nos consuelan de tanto semblante torcido o ácido que corre por la iconografía criolla.

Hemisferios de agradecimiento son para mí la literatura y la vida de José Martí.

En el donoso valle de Aconcagua, a dos kilómetros de Santa Rosa de Los Andes, se encuentra Pocuro, aldehúcha de unas cuantas centenas de habitantes. Las geografías se cuidan poco de anotarla; los turistas que llegan a la ciudad de Los Andes por hacer excursiones a la montaña, rica de laberintos sobrenaturales, no van a Pocuro, porque nadie les habla de él; la misma gente ciudadana suele ignorar ese recoveco de su valle, que al cabo tiene muchos iguales, jugosos y bonitos.

Casi nadie sabe que ese pueblucho lleva aureola histórica y que se merece la visita, y también la peregrinación. Yo misma, que viví siete años en el valle de la bella luz y de la bella fruta, vine a saber después de tres años que Pocuro puede considerarse una especie de Santiago de Compostela por los maestros primarios primero, y por cualquier gente americana después.

En su primera escapada hacia Chile, Sarmiento tuvo que peonar en la cordillera como barretero, yo no sé si por atravesar la montaña sin dar sospechas, o porque no llevaba blanca en el bolsillo, al igual que cualquier emigrado. Llegando a la primera ciudad, a Santa Rosa de Los Andes, pensó quedarse allí un tiempo, buscar medios de ir viviendo, observar la situación de Chile y pensar más tarde en el viaje a Santiago.

¿Qué había de pedir él que no fuese una escuela? Llevaba a la escuela más que a Facundo atravesada en el pensamiento, y la imagen del pan suyo y del pupitre escolar se le hacían una sola pieza; la escuela se le venía solita al alma, como el halcón al puño del cazador. La pidió, pues; era un extranjero, con la

67 Publicada en un inicio en *La Nación*, de Buenos Aires, el 19 de octubre de 1930 y luego en *El Mercurio*, de Santiago, el 26 de octubre del mismo año. (N. de los Eds.).

añadidura de desterrado; se sabía de él poco o nada en aquella aldea con clasificación de ciudad que era Santa Rosa; debía andar mal trajeado y con la cara desastrosa que el sol y el viento dan al peón cordillerano; las autoridades revisaron de una ojeada al pedigüño, revisaron el cuadro del servicio y le ofrecieron lo disponible: el pobre Pocuro, que apenas juntaba treinta niños para su escuelita, si es que los juntaba.

Sarmiento, que venía de comer las marraquetas duras de la cuadrilla y de padecer aquellos soles taurinos, aceptó la oferta sin ponerle mal gesto. Al cabo él se parecía desde ese tiempo a Hércules en el no rechazar faena ordinaria, al buen Hércules de Michelet, por servicial, dispuesto a toda cosa, y por libre de remilgos, viril.

Yo no sé cuántos años se quedó allí Sarmiento: me han dicho que uno, me han dicho que dos. Siempre es mucho para que esa estación de su vida se olvide tanto en las biografías, aunque haya sido poco para que su huella de toro que dejaba cavadura, se borrara en Aconcagua.

Cuando pude, averigüé entre las gentes de Pocuro sobre esa “pasada” y conseguí saber poco; y lo sabido, contradictorio. Tres veces fui a pie desde Los Andes a mirar la casa del maestro Sarmiento, y más cosas me dijeron la construcción despotrada y el paisaje circundante que los que viven en las vecindades.

También en el campo de Segovia me costó dar con el convento de San Juan de la Cruz, averiguando entre los campesinos, antes del mausoleo suntuoso y detestable. Santa Teresa, sí, de ella sabían; de Juan el Asiático, casi nada; tanto se ha comido la fama de ella el nombre de él, sin que buscara esto la venedora del compañero.

Los pueblos se aprenden su reliquia moral cuando los señores de la ciudad llegan de pronto allá, con automóviles y con bandas, echan discursos que los campesinos tampoco entienden y clavan allí una piedra que estorba el tránsito, y por el estorbo les



hace acordarse... El campesino —y a mí me duele porque soy de ellos— es una criatura sobre la cual no tienen señorío sino las estaciones ayudadoras y perversas para la vida y los frutales: el campesino —y esto hace su perfección y su vileza— es de veras una mota más de su tierra a la que no conmueven sino únicamente el sol y la lluvia, con lo que se traen, y para el cual el mejor maestro no vale lo que un forastero que les fuese a enseñar cómo se acaban los animalejos que enronchan la hoja de la vid y vuelven desmedrada la parra. Esto pasa en Aconcagua como en Avignon, donde echaban palabrotas sobre el bueno de Fabre, buscador de hormigones y de culebras sin ninguna gracia.

Por estas razones, el campesino de Pocuro sigue ignorando que hace muchos años traqueteó por ese polvoso camino suyo un cuyano que se llamaba con dos nombres, y que en aquella casa que se cae, enseñó a su padre tozudo las primeras letras, que valen por los primeros dientes, un hombre tan conocido de los ojos americanos y tan ostensible para ellos como la misma cordillera patrona.

La casa es fea y no ha debido ser mejor; la escuela del tiempo, chata y pesada como la duna; de pocas aberturas, en razón de que se pasaba afuera el día entero; construida en unos adobes que la mucha y la poca agua se llevan; creo que techada de la totora chillona que se calienta en verano, pero que se llena de bichos; con un patio pelado que apisonaron los niños, y donde solo se ve el clásico poste donde se amarraba el caballo; para sala de clase bastaba un cuarto; para habitación del maestro soltero, otro cuarto.

En esta miseria hecha más de humedad y de sombra que de materiales vergonzantes; en ese rincón chileno de llorar, adonde no llegaban periódicos ni gentes con quienes cambiar un comentario argentino; en ese grupo de casas al que se llamaba aldea dándole promoción, vivió un tiempo un maestro vital, amigo de la escuela palacio, amigo de la asamblea en que dar su salto de tigre sobre el malo o el adormilado, verdadero amigo de la ciudad de los hombres.

La majestad épica del paisaje, la limpieza esplendorosa de la atmósfera, la blandura femenina de la vegetación; aquella caja luminosa, violácea abajo, blanco fulgurante arriba, formada por cerros soleados, han debido confortar a Sarmiento en los largos meses de pobreza pasada en soledad, que es la peor pobreza.

En aquella parte, el valle, antes de tomar una angostura de navaja, traza un abra y parece que la hiciera para ver la montaña y para dejarla ver. Antes de Santa Rosa de Los Andes, la cordillera se ve en macizos aislados o en una sublime bestia crinada de blanco como desde Santiago; pero en el abra que cuento, la cordillera es ya una presencia plena e inmediata, cuyas formas se tienen a manos llenas.

Cuando se sale de mañana sin acordarse de dónde se vive, de pronto se la mira, y ella asusta con su crudeza luminosa de mayólica eterna puesta al mejor de los soles; cuando se camina por el valle buscándola, queriendo conocerla desde acá y verla desde allá, ella se nos hace familiar, pero con la familiaridad de los dioses, que siempre sujeta un poco el aliento y hace juntar algo los párpados. Son hermosos sus picos finos, mejores sus pechadas salvajes, y son sobrenaturales aquellos nudos en que ella se apelonona como para una operación secreta que nunca se acaba.

Pedazo a pedazo la montaña es sorprendente; pero lo más querido de cuanto ella nos regala son su manera de luz y su manera de aire. Ambas cosas yo las perdí cuatro años para recobrarlas en la meseta de Anáhuac y vine a entender, cuando viví en ellas, que aquella luz no solo orna un valle, sino que nutre a las criaturas y que aquel aire generoso y seco acicatea al pesado y al vivo lo pone en una vibración prodigiosa.

La urna de la atmósfera, en que las cosas parecen guardadas para durar, estando más desnudas que en ninguna parte, aproxima la montaña y hace unos juegos prestidigitadores con la distancia; la maravilla está ahí, a una jornada, y se cree tocarle

las grecas del lomo y las quebras del casco crinado. No hay tal; los costurones, las arruguitas que se miran desde abajo, son unas serranías de recorrer en meses y unos valles mayores que el nuestro. La luz acérrima, que le confiesa todos los accidentes y la recorta con una brutalidad gloriosa, nos permite creer a los del valle, que vivimos entre sus pechos y que vivimos siempre a sus pies, o más debajo de ellos, pues al cabo están bien escondidos al igual que los pies de las vírgenes, cuyo manto arrastra.

El aire del valle de Los Andes, siendo muy de altura, muy cortador de la cara y demasiado ligero para el pecho de carne, es ya cosa más humana que la luz: él contiene y balancea los olores de los muchos huertos y el de la vendimia que se cumple en grande del lado de Panquehue; subiendo un poco, él ya tiene los aromas que punzan de hierbas de olor y de espinos, los cuales huelen intenso como en los suelos donde la aridez comienza.

Esta naturaleza de fuerza en la altura y de regaloneo en el valle ha debido volver soportable a Sarmiento su doble destierro: el de la Argentina y el de la vida urbana que era su preferencia. Si al pobre Pocuro de una sola calle y de memoria de tiza, le decimos alguna pesadez porque no se dio cuenta de su hombre ni procuró ayudarlo, tal vez nos conteste que le hizo más sangre en aquellos meses y le dio empuje para que después se peleara con los adulones de Bello o con los inocuos Domingo Godoy, cuando llegara a Santiago.

Quienes aseguran saber de Sarmiento en Aconcagua, y saberlo por aquellos que lo vieron, cuentan que parecía un criollo aconcagüino, un decididor de bromas de bulto, nada ciudadano melindroso, nada pedante, bastante brusco cuando le hostigaban con una opinión cerril: una especie de Facundo al revés, del cual la leche fuerte de la pampa había hecho un buen violento y que no sabía ser bueno sino poniendo alguna arremetida en medio de las acciones benévolas.

No se engañaban en aquello de que parecía aconcagüino de mejor validez que los vistos. Por aquellos tiempos sin Tra-

sandino, en que los arreos de ganado eran más frecuentes y penetraban lentamente a Chile, Coquimbo y Aconcagua, con Mendoza y San Juan, vivían una misma costumbre, casi hablaban el mismo canturreo y la estampa rural de gran sombrero, de espuela cruel y de poncho de vicuña, mostraba el mismo énfasis de platas y de buenas lanas.

Yo me he dormido de niña en el valle de Elqui oyendo a huasos y a cuyanos trocar sucedidos fabulosos de la cordillera, mientras circulaba el mate común, y sus caras se me confunden en el recuerdo. La misma color de baya de algarrobo, los ojos acalenturados y burlones, y un cuerpo delgado que las cabalgatas de meses no dejaban engrosar.

Aquellas provincias eran una lonja criolla muy ceñida y muy donosa en la América, sin ninguna extranjería aún, y Martín Fierro podía hallar una buena guitarra del lado nuestro y escuchadores como los suyos, engolosinados con la tonada que cae y se endereza lo mismo que el lazo.

Las cosas han cambiado bastante y se me ocurre que vamos separándonos a medida que recibimos inmigración, que quien nos ataja el trozo de la costumbre mudándonos en extraños, es el de afuera con todo lo que ha traído consigo. El mendocino ya no tiene de común con el sanfelipeño sino el mirar viñedo unánime y cerros centauros: durmiendo en la misma cama de paisaje nos hemos arreglado para parecernos más. El hispanoamericanismo, cosa de nuestra generación, quiere acomodar lo averiado y crearnos otro orden cordial; pero para mí que la cosa perdida que es la costumbre igual en los valles de los Andes, esa sí era la cara de la fraternidad.

Pedro Aguirre Cerda, hacendado y profesor, que es dueño de la tierra de Sarmiento en Pocuro, hablaba una vez conmigo sobre esa reliquia americana que no hemos honrado con honra grande ni pequeña: ella no ha merecido ni unas horquetas que la mantengan en pie unos años. Hablamos de fundar allí una escuela granja Sarmiento, excelente en una zona ruralísima, y

si no pudiéramos ambos con la empresa, traspasar al gobierno la obligación, bastante imperiosa.

Mi amigo retiene su promesa, y yo creo que su libro reciente, *La cuestión agraria*, cuya edición él destina a una escuela granja en que ambos guardaríamos la intervención entera, busca juntar buenos dineros con esa finalidad.

Cuentan que Apolonio de Tiana, seudomago o mago de veras, recorría el Mediterráneo buscando lugares que se le antojaban sobrenaturales por algunas facciones extrañas, a fin de esconder en su suelo ciertos talismanes de su construcción. Quería saturar tal o cual sitio de espíritu fuerte, turbar en esos puntos la tierra, que es más pesada que la tortura, por medio de unos dínamos disimulados bajo amuleto. El talismán irradiaba poderes y lograría provocar un profeta oportuno en el lugar, el santo que necesitamos de tarde en tarde, o bien espolonear a los santones y volverlos maestros de cuerpo entero. El pobre Apolonio de Tiana vino caminando desde Egipto a las francesas islas Lerici, parándose en los paisajes que le hacían un siglo de aquiescencia y clavando allí el talismán famoso, no tan encima que el aluvión se lo llevara, ni tan soterrado que sus rayos no saltaran a la superficie y acogiesen al pasajero bienaventurado.

Nosotros tenemos, por más que nuestra historia cruja todavía de almidón, muchísimos lugares históricos, a lo largo de nuestra América, que pueden servirnos para un menester mágico semejante al de los talismanes excitadores de Apolonio: descansos o peleas de Bolívar, casa mendocina donde conversaron San Martín y O'Higgins, vivienda de Morelos, estaciones de José Martí, y las escuelas Sarmiento desde la primera a la última. Estos lugares de cita formidable con la historia pueden desatarnos la electricidad de la creación, que guardamos a veces en el puño, sin empleo; pueden aplicarnos, de la coronilla a los pies, el fustazo que dieron a San Pablo en el camino de Damasco; pueden remecernos con terremoto salubre de la carne la pesadez de casa de adobe que llevamos todavía, aunque nos creamos tan ágiles y desembarazados.

El disgusto de la miseria escolar, así en la roña didáctica como en la pobreza de la casa escuela; la cólera hacia la dejadez americana, hecha de ignorancia y de sensualidad: el desprecio con escupitajo de los mandones de la provincia que no sabiendo hacer, tampoco dejaron hacer, el hambre furiosa de la biblioteca pública, sufrida en los puebluchos donde la noche es más larga para gozar narración y los sentidos están más limpios para recibir y comprender; el ímpetu elefantino que empujó la cultura de las capitales hacia el desierto verde, todo esto que en bloque se llama “el hombre Sarmiento”, ¿no lo conoció él y no lo padeció en la soledad de Aconcagua, delante de un pupitre descascarado y de la modorra de mi gente chilena emparentada con su gente argentina del tiempo?

El olvido que pesa sobre el nombre de Eugenio María de Hostos, ignorado de las masas a las que sirvió y estimado solo de los letrados nuestros, se debe tal vez a tres cosas: primero, a que fue hombre de país pequeño, al revés de sus pares, Sarmiento y Bello; luego, a que desmenuzó su trabajo en muchos lugares; y, finalmente, a que sus obras en la forma y en los métodos no halagaron nunca los gustos sensuales que son los nuestros, de oratoria, de pasión y de ingenua demagogía.

Es desventaja en este mundo ser hijo de tierra chiquita y bien lo supo Darío, servidor de patrias ajenas por miseria de la propia. Como el hombre de talla pequeña necesita de más énfasis para imponerse en una asamblea, el hombre de país mínimo tiene que sacar de sus entrañas la ayuda que no le da un gran bulto físico de patria tendido a sus espaldas. El paisaje suntuoso, acostado detrás de la figura en los retratos, la entona no poco y echa sobre su cara cierta reverberación.

Lanzado al mar para buscarse ambientes y ganar su pan con desahogo, lo reciben bien y lo aprovechan en casi todas partes; pero su obra realizada entre extraños, cuando él vuelve las espaldas, nadie se la defiende, y si alguno la continúa, raspará de la medalla el perfil legítimo.

Más desventajoso es todavía aquello de escribir contra la costumbre del tiempo y aun contra el temperamento verbalista y caliente de la raza, buscando crear otra orden, “el orden intelectual” de que él hablaba siempre; formar un módulo opuesto en un grupo de hombres es siempre un duro jadeo, y a veces resulta inútil. Martí, el tropical, escritor marcado por el cero grado del ecuador, se hace admirar a manos lle-

68 Escrito en Nápoles en septiembre de 1932 y publicado en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 10 de diciembre de ese año. (N. de los Eds.).

nas de las gentes de su latitud; Hostos, escritor antillano, que sacó de sus frecuentaciones inglesas y de su Augusto Comte la escritura sobria y directa, sin comercio con la metáfora, y el período lujoso, exige de sus lectores el interés intelectual puro. El biógrafo Pedreira precisa esto, diciendo: “Martí es el orador y Hostos el conferencista”.

La mala fortuna del grande Hostos respecto de las masas lectoras americanas hay que explicársela por las razones dadas, más otras. Son gloriosos a lo menos tres de sus compañeros de jornadas sociales y de batalla por la cultura: Sarmiento, Bello y Martí planean sobre el continente cada día más, cuentan con comentadores y discípulos, y nuestros países les conceden la paternidad plena de su cultura. No se acuerdan de Hostos sino los antillanos, aunque él no trabajó una miga menos que los dos mentados.

Pero este año de 1932 ha sido “de gracia” para el prócer sote-rrado, los hostistas pueden marcarlo con piedrecita blanca: el profesor Antonio Pedreira ha publicado su biografía, a fin de señalar a la raza olvidadiza su grave acreedor y el Instituto de la Sociedad de las Naciones ha incluido su obra en la lista de sus ediciones en lengua francesa. Son dos reivindicaciones definitivas. Chile ha de acordarse también cualquier día de que su nombre corresponde en derecho al Liceo de Chillán<sup>69</sup> y el gobierno de Puerto Rico deberá hacer más tarde una buena antología popular de su obra en edición copiosa que inunde al pueblo.

Antonio S. Pedreira pertenece a la nueva generación puertorriqueña de la cual se sabe poco en el sur, pero se irá sabiendo cada día más. Gente hostiana es ella, en el sentido de que tiene puestas las manos a la vez en varios negocios vitales:

69 Además de ser nombrado rector allí, el 18 de abril de 1888, dos años más tarde asume la rectoría del recién creado Liceo Miguel Luis Amunátegui, en Santiago. (N. de los Eds.).



en una independencia radical o mitigada de la isla; en una dignificación del campesino por la posesión del agro y por la escuela rural, y en un ya visible afinamiento de la cultura literaria, natural en país que ha cuidado de su lengua. Las buenas fraguas de estos trabajos son el Departamento de Educación, la universidad y la prensa. En unos años más, cuando esta generación de profesores y de escritores presente su hornada de logros, Puerto Rico dirá su palabra al continente que lo cree acabado por el sometimiento que no fue tal sino cesión española.

En plena mocedad, Pedreira ha tomado la vereda útil que otros hallan tarde; ha tomado la mano del prócer moral y del maestro por excelencia de Puerto Rico, en signo de respeto a la tradición mejor y de la disciplina dentro del respeto. Maestros se producen en muchas partes y el mundo hasta hierve de su almacigo violento; pero un pueblo que se estima debe tener el suyo, lo ha tenido alguna vez o no es una casta, y hay que reabrir esa fuente propia, raspando en su costra, beber de ella y hacer beber. Puerto Rico no lo había hecho en pleno con Hostos y él mismo había tolerado el fabuloso olvido que roe de herrumbre fea a su prócer. Antonio Pedreira nos llega en pagador decidido de una deuda de su pueblo y también de los otros —el mío entre ellos— que aprovecharon del maestro, en su hora.

El asunto es fascinante para un biógrafo dinámico. Vivió hace cincuenta años, en un tiempo en que la nebulosa de la América nuestra comenzaba a organizarse para ser válida, un extraordinario varón puertorriqueño. Hijo de un pueblo niño, parecía a quien le hablaba hijo de esa Francia o de esa Inglaterra que dan a sus hombres con sus piezas ya rematadas. En su obra están ausentes los tanteos, las caídas y las levantadas, las contradicciones y las debilidades de la improvisación. Aparecido en plena orgía romántica, sobre continente atollado en la pegajosa marisma verbal, repudiará con un asco de gran señor de letras, la declinación placera lo mismo que los embelecados académicos. Como dice muy bien Pedreira, “enseñará a

la América a pensar” y, lado a lado con eso, enseñará las moralidades que pueden salvar a las repúblicas del torrente de aguas sucias en las que se quedan sumidas hasta el cuello después de las revoluciones.

Los maestros fáciles y frecuentados del tiempo son Lamartine, Víctor Hugo o Edgar Quinet; él descuajará para sí, del mismo suelo de Francia, uno más sólido en Comte, y se traerá de suelos sajones su Spencer, conveniente para la hora, aunque hoy nos parezca mezuquino. No pudiendo, como nadie puede, prescindir de su Rousseau, buscará sus discípulos más nobles que son Pestalozzi y Froebel. La elección de guías nos confiesa el alma netamente, era sensata y no atarantada la mano escogedora de Hostos, y tanto por sensata como por fina, mereció manipular el negocio de los hombres.

Hombre de familia linajuda, pudo como los otros pegarse con el engrudo de la ruina en cualquier magistratura o cargo sedentario de la administración colonial, y no habría trotado mundos probando los jarabes y los vinagres caprichosos de los gobiernitos criollos. Hedía la colonia a esas alturas del tiempo; Hostos era un individuo todo salubre en potencias y en costumbres, y rechazó la protección que le habría inficionado.

Peregrina debió resultarles a los señores de la isla la decisión de Hostos, que se hacía profesor siendo el oficio pedagógico una especie de desván de la administración colonial, profesión sin dineros ni honras.

Observador el más sagaz de esos años, vio claro que la independencia política de los países del sur se quedaría en agraz o se pudriría en rama, si una labor en grande de instrucción popular no se comenzaba enseguida, sobre la revolución caliente. La independencia había sido un salto audaz, un salto de potro llanero, y habría de llenar el hueco del salto, es decir, la revolución abreviada.

Civilizador de la misma batidura de los Sarmiento, entendió que la faena por hacer era mixta, y que no podía trabajarse como los infelices intelectuales de Europa sobre una sola arista del bloque, y se puso a todo lo que podía, pudiendo mucho. Fue sociólogo, crítico literario, hombre de ciencia y conferencista popular, y en cada cosa profesor, porque el asunto americano gritaba su hambre de didáctica por donde se le cogiera.

Pedreira cuenta en una admirable prosa llana y fluida la lucha del enseñador de la gente americana, y anota el itinerario pasmoso del andariego que salta de Puerto Rico a España, a Santo Domingo, al Perú, a Chile, para volver a Santo Domingo.

Antes de nosotros, que creemos haber inventado el continentalismo como nacionalidad, Hostos vivió esto con su marcha de país en país y lo sirvió de manera cabal. Sus estaciones largas y teñidas fueron Santo Domingo y Chile, y debe haber querido al primero por la fragancia de la costumbre antillana de que allí no carecía, y al segundo por la seriedad un poco austera del viejo Chile de los Montt.

Pedreira nos presenta y nos prueba con su cabal documentación un Hostos pedagogo en el que están en semillón o abiertas todas las novedades que solo ahora vienen evidenciándose en nuestros suelos demorosos: ingreso de la mujer en las universidades, kindergártenes, trabajo manual, gimnasia cotidiana, escuelas nocturnas, sociedades de padres y maestros, masas corales, redacción celada de textos. La escuela activa trabajaba al froebeliano; la extensión universitaria al demócrata, la vigilancia física de la raza al spenceriano.

Después de su muerte, estas reformas una por una se adormecen y se soterran por falta de hostistas fieles, y hemos venido, de 1920 a esta parte, a acarrearlas de nuevo de Europa, aunque ya habían pasado el mar en las pautas sabias del antillano.

El libro de Pedreira, admirable también en el orden de la exposición, nos deja más en claro de lo que las teníamos, las

ideas escolares de Hostos. La mayoría de ellas siguen siendo el repecho anheloso de los educadores nuestros; otras, en cambio, se nos han agujereado y caído; por ejemplo, la fe comtista en los resultados morales de la cultura científica y de la fe spenceriana en un practicismo árido como hueso raspado; por ejemplo, su pasión del laicismo que tampoco ha hecho florecer las cosas que se le pidieron. (Tirados los cachivaches de nuestras idolatrías indígenas y cristianas, nos vamos quedando en una pavorosa desolación interior, como para mordernos los puños, y porque, místicos sensuales por dos sangres, pero místicos al cabo, al caérsenos la mística católica no supimos vertebrar la sucesora de la que deberíamos vivir. Y es que había que tirar y poner, en gesto simultáneo, y no hemos sabido sino romper viejas telas arropadoras para quedarnos desnudos).

El biógrafo, después de su excursión lúcida por la vida de su prócer, establece que por sobre el hombre político y el hombre de ciencia, dominaba el “hombre ético”, la criatura de las prohibiciones sin fisura, y se complace, de una filial complacencia, en esta integridad nunca rebajada, nunca averiada, a pesar de los altibajos de la fortuna, a pesar del terrible comer panes ajenos y del tener la vida dura del que carga muchos hijos. No sirvió gobiernos vergonzosos de obedecer y en Chile enseñó bajo la autoridad solar de nuestro Balmaceda, y no se cansó de ganar su vida escribiendo como un forzado desde el texto de geografía hasta el de gramática, gran humilde, capaz de tomar para sí los menesteres vulgares como tomaba los entrañables.

Las teorías políticas que propagó pueden quebrar en esta revolución de los tiempos que vivimos —humo todavía sin llama y lodos sin cristales— y los mismos libros que nos dejó serán superados más tarde por hostianos piafantes; pero el ejemplo heroico queda como la pica del indio: enterrados los dos tercios para que no la arranque nadie.

Hay aquí para comer y beber, aunque se beba mucho, dice nuestro pueblo. Así en Hostos. La taza de plata grande y limpia

de este ejemplo durará mucho y no se hambrearán de doctrina los que la tienen al alcance de la mano. El alcance de la mano es el buen recordar, lisa y llanamente el recordar; está a dos dedos de nosotros, y más cerca en la esponja del corazón, que cuando es fiel como en Antonio Pedreira, socorre a tiempo, viene a nosotros en cuanto le dejamos sitio. El presente ocupa demasiado espacio y por mucho que valga, no debe cubrirlo todo. El joven maestro puertorriqueño levanta algunos trastos ordinarios para sentar al medio la vieja taza de plata.

Decir el hombre Sarmiento en América es casi dar una fórmula que equivaldría a lo siguiente: autodidactismo, fuerza fogosa de creación y capacidad de ordenación en frío; odio de la barbarie y combate cerrado con ella; y, ganado el combate, la despedida de la violencia y una cordialidad ciudadana para edificar lo nuevo con todas las voluntades.

Este hombre Sarmiento, que parecía sin reproducción en la América nuestra, por la dificultad de volver a juntar los opuestos que tan curiosamente lo formaron a él: este secreto de una naturaleza a la vez instintiva e intelectual, que es lo que algunos llaman “el hijo de Prometeo”, parecía perdido entre nosotros, trasapelado, digamos, entre la papelería menuda de expedientes y estadísticas que es la burocracia venida con la promoción republicana.

Nuestros mineros hablan de derroteros fabulosos, de tesoros que se pierden cien años como tragados de la tierra, y que un buen día saltan de donde menos se pensaba, intactos e igualmente válidos. Los paracelsianos dicen otro tanto de algunas recetas mágicas que un geniecito mañoso esconde un tiempo largo y que, de pronto, se resuelve a restituir, golpeado de la piedad, por la falta que nos hacen.

El hombre Sarmiento parecía perdido como ese derrotero y esa receta química, entre pedagogías menudas y hasta pulverizadas por falta de columna vertebral: mucha información moderna sobre el niño y ningún mortero bueno para hacer un buen bloque con esa polvareda. Al aparecer José Vasconcelos, el mexicano, nos hemos acordado de Sarmiento; al acercarnos a ver bien el “documento”, el parecido se acentuaba más,

70 Publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 10 de agosto de 1930. (N. de los Eds.).

y hemos acabado por dar los papeles del derrotero como recuperados y el tesoro como vecino de las manos.

Algunas facciones mudadas trae Vasconcelos, al cabo como quien aparece 50 paralelos más arriba, y varias desventajas para cumplir su encargo. Tumbado el “centauro Rosas”, que él decía, no le brotaron en la Argentina otros, y Sarmiento pudo ponerse a construir tranquilo, ayudado de la nación, en la que el rosismo no era un temperamento; Vasconcelos trabajó su buena jornada educacional como en todo trópico se trabaja, hostigado por los tábanos que irritan y distraen. Las ventajas que nos trae Vasconcelos sobre Sarmiento serían las de bastarse en la obra con la cultura española y la autóctona de su país, de mostrar en ella un mínimo de esas influencias extrañas, francesa e inglesa, que Sarmiento aceptó a causa de su antiespañolismo, y a causa también de que el indio del sur no nos dejó herencia que defender ni guardar. Más castizo Vasconcelos y a ratos con algunos reventones de originalidad que se le suelen pasar de mano.

La biografía de Vasconcelos se vuelve una especie de larga anécdota, de noticia fatigosa de la Revolución mexicana. Él ha atado voluntariamente su vida a ella como un Mazepa a su potro de tortura, y el cronista no halla manera de contarle a él sin contarla de paso a ella, asunto espinoso y desagradable. Pero él está bien contento de tener su biografía accidentada como la Sierra Madre, él que en las Vidas de Plutarco rebanó la mitad, por ser vidas burguesas, de gente sentada, y se quedó con las zarandeadas o, siquiera, “movidas”.

Afuera de la guerra civil, sin contaminación con la violencia heroica, no le queda sino el cuadrado de la infancia y de la adolescencia; y él es un curioso hombre que habla del niño como una bonita carne que no vale la pena sino cuando empieza a pensar en orden. Por este desdén suyo de edad pueril, no cuenta sucesos suyos de la infancia, ni le importa que se los cuenten, y esta ignorancia de su comienzo nos duele a los que, al revés de él, creemos que el niño se trae ya toditos los

ángulos del hombre y el dibujo completo de sus venas, y que lo demás es puro crecimiento, descuidado o vigilado, apuntalado o suelto.

Él nace en Oaxaca (la ciudad de Oaxaca fue fundada en un valle del que todos tendríamos justa noticia si la América se conociera lo mejor de ella misma, lo único indudable de ella, que es su geografía maravillosa), lo mismo que Juárez y que Díaz. Curioso destino de ciudad haber dado al país sus hombres fundamentales, los tres creadores y destructores a su manera; añadir al triángulo oaxaqueño un breve complemento, y se tiene la historia moderna de México.

Juárez es el hueso de la nacionalidad, seco y duro para salir bien —como salió— del peor trance; Díaz es el orden autoritario, con mucha mira de la conservación del cuerpo nacional, y como si dijéramos la carne de este; Vasconcelos es la democracia inspirada y moderna, un poco mesiánica y un poco de año 2000, y los mozos lo ven parecido a la lengua de fuego del Pentecostés, sobre el bulto del país.

Vasconcelos pudo estudiar en su provincia unas dignas humanidades. Su padre era empleado de ferrocarriles y pensó hacerlo licenciado en derecho, una resolución común en el burgués liberal del tiempo; más le hubiera agradecido el hijo constructor el que lo hiciese ingeniero.

Parece que haya sido Vasconcelos en la Universidad de México, a la cual pasó después, un discípulo neutro, buen trabajador del aula y de la casa, que no asombró con desplantes literarios ni oratorios. Hasta ahora, y aunque su popularidad engañe en este sentido, él sigue siendo eso mismo: mal orador, hombre de estudio honesto y opaco, lo menos tropical de este mundo en la conversación, si bien, cuando escribe, el arrebatado religioso o el político —los únicos que él tiene— lo toman y le prestan algunos golpes de frenesí.



La generación de su bachillerato fue de la que se ha hecho mención en el capítulo de Alfonso Reyes; estudiosos ardientes, de veras atrapados por el Eros intelectual. Este Eros se vuelve en Antonio Caso función pedagógica de la índole de Vaz Ferreira, y en Alfonso Reyes se pone a desbastar y aguzar diamantes de concepto y de expresión, con el ojo más preciso y el punzón más firme.

Alfonso Reyes recuerda que ya en aquellos años, él veía al estudiante Vasconcelos trabajar en un proyecto de ensambladura de nuestros pueblos. La pasión hispanoamericana del mexicano viene de lejos. Dicen que su prédica es más vehemente y menos desinteresada que la de Ugarte, porque es hombre de país amagado. La explicación no dice nada: mucha gente de países amagados no muestra interés grande ni pequeño por su salvación.

Vasconcelos no profesa el catolicismo; pero, como todos los laicos nuestros, vive y trabaja con una imaginación católica; tampoco pertenece a los puritanos del idioma, y aun lo maneja a veces en forma atrabiliaria; pero el montón de las costumbres es nuestro segundo cuerpo y el hábito separa las razas bastante más que un color de piel.

Las indiadas sudamericanas son menos indiferentes al peligro de lo que llevan en su paladar el sabor fuerte de una costumbre; ellas tienen bastante más que perder con la “invasión pacífica” que el español americano. Es el mestizaje el único permeable al extraño; pero, geografía en mano, el mestizaje es débil en la pared divisoria de nuestras razas, que se llama México y Centroamérica. El blanco, escaso y todo, puede organizar al indio numeroso.

Vasconcelos recibe su título de abogado, que no le servirá para gran cosa, pues él desdeña esta profesión pudridora de conciencias buenas y malas.

Viene la campaña de Madero. Un hombrecito opaco como Vasconcelos, místico, lo mismo que él, pero al revés de él, incapaz de dirigir una empresa de tal envergadura, se le enfrenta al dictador de treinta años, enraizado en el poder como un pino en buena tierra; hace una campaña a favor del sufragio efectivo de la que muchos se ríen y la gana con su elección presidencial. Ha comenzado la revolución en México.

Naturalmente, Vasconcelos está con Madero y casi se le sale al encuentro desde la cárcel, porque ha tenido varias prisiones por causa política; él lo acompaña en cuanto a liberador de una dictadura, en cuanto a provocador de una república de veras y en buena parte, en cuanto a hombre religioso. Vasconcelos piensa que se trata de coger el manubrio de la política para hacer carrera de bien. Dos vínculos le soldaron con Madero: el de que ambos miraban la política con facciones morales y el de que ambos eran semibudistas. La teosofía es para nosotros una especie de silabario sentimental del budismo, un granito de indostanismo bien batido por Annie Besant. Vasconcelos se reirá más tarde con risa grande de los “críos” de la señora Besant; pero el propio budismo suyo tuvo un arranque de esa falda profética.

Madero, como Vasconcelos de esos años, andaba en la aventura teosófica, y es muy probable que el budismo le haya dado su estupenda debilidad, que sería repugnancia a la violencia, la imposibilidad de pasar un hombre de ejercicios de yoga a dominador de guerrilleros.

Fracasó el místico, como todos los de su familia, en el negocio de gobernar, que en la América tropical está hecho de violencia y de astucia.

Voy convenciéndome de que caminan sobre la América vertiginosamente tiempos en que ya no digo las mujeres, sino los niños también, han de tener que hablar de política, porque política vendrá a ser (perversa política) la entrega de la riqueza de nuestros pueblos; el latifundio de puños cerrados que impide una decorosa y salvadora división del suelo; la escuela vieja que no da oficios al niño pobre y da al profesional a medias su especialidad; el jacobinismo avinagrado, de puro añejo, que niega la libertad de cultos que conocen los países limpios; las influencias extranjeras que ya se desnudan, con un absoluto impudor, sobre nuestros gobernantes.

Son ciertas las palabras con que Froilán Turcios ha hablado del general Sandino: “Los ojos del mundo (yo diría del mundo español, porque al resto le importamos bien poco) están puestos sobre Sandino”. Sin esperanza alguna de que él venza, por un destino de David hondero, que ya no aparece, con la esperanza únicamente de que alargue lo más posible la resistencia y postergue la entrega del territorio rebelde, a fin de que se vea hasta dónde llega la crueldad norteamericana, hija de la lujuria de poseer.

La prensa francesa y la inglesa demuestran —y hasta de ello hacen alarde— estimación hacia el Partido Liberal de Nicaragua, así como de repugnancia por la extorsión de Estados Unidos. Si los norteamericanos no poseyeran esa impermeabilidad de diorita para la opinión del mundo y sus expresiones de simpatía o de repulsa, tomarían en cuenta este coro reprobatorio

71 Bajo este título reunimos dos textos que Gabriela Mistral escribió sobre el héroe nicaraguense. El primero, “Sandino, contestación a una encuesta”, fue publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 4 de marzo de 1928. El segundo, también apareció en el mismo diario, el 11 de julio de 1931, como “La cacería de Sandino”. (N. de los Eds.)

de los grandes cotidianos europeos. Pero su insensibilidad, que hace parte de su fuerza, los deja sordos a semejante réplica que ningún otro pueblo desentendería.

Algunos esperan que una resistencia de un año alcance a desentumir la conciencia de los demás países nuestros y a decidirlos a una acción diplomática de conjunto, semejante a la que provocó la conferencia de Niágara Falls en la cuestión de México.

Otros desean que Sandino y su gente vayan semana a semana elevando el tono de su hazaña, para que los Estados Unidos, midiendo las dificultades de la dominación en un país pequeño, no emprendan la de los grandes. Tal pensamiento que he sorprendido en más de uno, me parece, por malicioso, un poco ruin.

Los hispanizantes políticos, que ayudan a Nicaragua desde su escritorio o desde un club de estudiantes, harían cosa más honesta yendo a ayudar al hombre heroico, héroe legítimo, como tal vez no les toque ver otro, haciéndose sus soldados rasos. (Al cabo tiene Nicaragua dos fronteras no demasiado pequeñas y que es posible burlar). Cuando menos, si a pesar de sus arrestos verbales, no quieren hacerle el préstamo de sí mismos, deberían hacer una colecta continental para dar testimonio visible de que les importa la suerte de ese pequeño ejército loco de voluntad de sacrificio. Nunca los dólares, los sues y los bolívares suramericanos, que se gastan tan fluvialmente en sensualidades capitalinas, estarían mejor donados.

Francia vio en la guerra aumentar día por día la llamada Legión Extranjera, formada por jóvenes que, de los pueblos amagados por el peligro, venían a ofrecerle lo mejor que puede cederse, que es la sangre joven. Sandino, según parece, no ha visto llegar hasta hoy los mozos argentinos, chilenos, ecuatorianos, que son su misma carne, y que le deben una lealtad temeraria y perfecta que solo la juventud puede dar. ¿Dónde está la naturalísima, la lógica Legión Hispanoamericana de Nicaragua?

Sí, Froilán Turcios dice también verdad escueta asegurando que la lucha en que se ha echado como en una marejada mortal el general Sandino, alcanza y supera a las Troyas clásicas que los bachilleres aprenden de memoria para sus exámenes. Solo que aquella época, que ellos celebran en sus tesis, no tenía como esta el concepto espectacular de un choque de razas, sino que griegos y troyanos precipitaron la flor de su generación en el infierno de la lucha, porque la justicia entonces era cosa más viva, más caliente e inmediata, un salto recto de flecha hacia el objeto angustiador.

En nuestro tiempo, a esta hora en que escribo, y con el derecho internacional que jiba al mundo, se está “discutiendo en La Habana el derecho a discutir la cuestión de Nicaragua”, y se oye, con una paciencia que yo llamaría de otra manera, el discurso con inflexiones a lo Marco Aurelio o a lo cuáquero, de Mr. Coolidge. Su discurso de apertura en la Conferencia Panamericana será el ejemplar mejor de la literatura política del sepulcro blanqueado, que suelen enseñarnos las razas anglosajonas.

La aseveración más grave que yo he oído es la de que “en Nicaragua los norteamericanos tienen razón porque apoyan a un gobierno aceptado por una mayoría a la cual la intervención yanqui da complacencia a causa de las ventajas y el logro material que lleva consigo”.

Son palabras de un joven nicaragüense, y no le han quemado la boca, ni siquiera alterado el rostro cuando me las repetía. “El derecho, si por tal hemos de entender la voluntad expresa de la mayoría, está con el señor Díaz”. Y yo le he contestado el argumento, porque he aprendido en muchas fealdades semejantes de los políticos, a distinguir entre “derecho” y justicia, es decir, entre forma y espíritu, entre el hueso muerto y el tuétano vivo, entre papel sellado y honestidad. Le dije solo que, de creerle, sería verdad lo que se ha dicho por un español: que la traición es la mitad del temperamento mestizo, una especie de aliento nuestro que nos envenena y una aventura cotidiana en cuya trampa hemos de perecer.

Es muy difícil, a esta distancia, formarse juicio cristiano de lo que allá ocurre. Pero aun ignorando detalles y con un puñado de datos, las líneas grandes de la situación ya rojean y hasta llamean de verdad.

Sandino carga sobre sus hombros vigorosos de hombre rústico, sobre su espalda viril de herrero o forjador, con la honra de todos nosotros. Gracias a él la derrota nicaragüense será un duelo y no una vergüenza; gracias a él, cuando la zancada de botas de siete leguas que es la norteamericana, vaya bajando hacia el sur, los del sur se acordarán de “los dos mil de Sandino” para hacer lo mismo. Gracias a él, los nicaragüenses que ayudan al establecimiento del protectorado, ellos mismos, serán menos desdeñados que el protector que les concederá cierta honra porque son, al cabo, el hermano o el pariente de “aquel Sandino”.

Suelo arrebatado pulgada a pulgada, como es el de la zona rebelde, y no entregado como una pieza de lienzo, suelo mordido por la granada de los aeroplanos, por el precio infinito de la hazaña y que centuplica los fusiles y las máquinas infernales, cobra el valor de sus poblaciones como que se vuelve la carne viva de la historia. Echa este rectángulo de suelo un aroma de santidad que purifica el resto deshonorado y hace recordar y bajar la cara a los que malamente llegan a dominar semejante lote de gentes y de naturaleza.

Ya se ve —¿por qué no decirlo, aunque los burlones se rían con su fácil sonrisa?—, ya se ve un culebreo de resplandor eléctrico sobre esas sierras que dan escondite al pobre y heroico Sandino, y se mira hacia esa uña geográfica de su quebrada con un angustioso amor que pide, día a día, mensajes para saber si el caudillo vive.

El ángel de los oficios no le dio en vano el de herrero: iba a necesitar el hacha más ligera para alzarla y más pesada para dejarla caer. Se le oye el resuello fatigoso y dan ganas de enderezarle el viento para que ayude sus pulmones. El señor Sacasa

decepcionó a muchos que esperaban en él. Sandino endereza, hasta ahora, los entusiasmos que el otro dejó caer.

## II

Mister Hoover ha declarado a Sandino “fuera de la ley”. Ignorando eso que llaman derecho internacional, se entiende, sin embargo, que los Estados Unidos hablan del territorio nicaragüense como del propio, porque no se comprende la declaración sino como lanzada sobre uno de sus ciudadanos “fuera de la ley norteamericana”.

Los desgraciados políticos nicaragüenses, cuando pidieron contra Sandino el auxilio norteamericano, tal vez no supieron imaginar lo que hacían y tal vez se asusten hoy de la cadena de derechos que han creado al extraño y del despeñadero de concesiones por el cual echaron a rodar su país.

La frase cocedora de Mr. Hoover suena a ese *halalí* de las grandes cacerías, cuando sobre la presa que ha asomado el bulto en un claro del bosque, el cuerno llamador arroja a la jauría. Es numerosa la jauría, esta vez hasta ser fantástica: sobre unas lomas caerán cinco mil bombas y decenas de aeroplanos. También equivale la frase a la otra de uso primitivo: “Tantos miles de pesos por tal cabeza”, usada en toda tierra por los hombres de presa.

Lástima grande que la cabeza enlodada del herrero, que la prensa yanqui llama de “bandido”, sea, por rara ocurrencia, una cabeza a la cual sigue anhelante el continente donde vive toda su raza y una pieza que desde Europa llaman de héroe nato, y de criatura providencial los que saben nombrar bien.

El herrero se parece más a Hércules que al Plutón infernal que ve Mr. Hoover. Enlodado corre por las cuchillas, a causa de los pantanos en que ha de escurrirse como culebra; carga las dos o tres pistolas que le dan las fotografías malignas de los sema-

narios neoyorquinos porque corre perseguido por los ajenos y los propios, y cada árbol y cada piedra de su región le son desleales; y su defensa toma aspecto de locura porque vive un caso fabuloso como para voltear a cualquiera la masa de la sangre.

Desde los años 1810, o sea, desde el aluvión guerrero que bajó de México y Caracas hasta Chile, rompiéndolo todo para salvar una sola cosa, no habíamos vivido con nuestra expectación un trance semejante.

Mr. Hoover, mal informado a pesar de sus veintiún embajadas, no sabe que el hombrecito Sandino, moruno, plebeyo e infeliz, ha tomado como un garfio la admiración de su raza, excepto uno que otro traidorzuelo o alma seca del sur. Si lo supiese, a pesar de la “impermeabilidad” a la opinión pública de la Casa Blanca (la palabra es de un periodista yanqui), se pondría a voltear esta pieza de fragua y de pelotón militar, tan parecida a los Páez, a los Artigas y a los Carreras, se volvería, a lo menos, caviloso y pararía la segunda movilización.

El guerrillero no es el mineral simple que él ve y que le parece un bandido químicamente puro; no es un pasmo militar a lo Pancho Villa, congestionado de ganas de matar, borracho de fechoría afortunada y cortador de cabezas a lo cuento de Salgari. Ha convencido desde la prensa francesa y el aprecio español hasta el último escritor sudamericano que suele leer, temblándole el pulso, el cable que le informa de que su Sandino sigue vivo.

Tal vez caiga ahora esa cabeza sin peinar que trae locas las cabezas acepilladas de los marinos ocupantes; tal vez sea esta ocasión la última en el millar de las jugadas y perdidas por el invasor. Ya no se trata de una búsqueda, sino de una cacería, como decimos.

Pero los marinos de Mr. Hoover van a recoger en sus manos un trofeo en el que casi todos los del sur veremos nuestra sangre y sentiremos el choque del amputado que ve caer su



muñón. Mala mirada vamos a echarles y un voto diremos bajito o fuerte, que no hemos dicho nunca hasta ahora, a pesar de Santo Domingo y de Haití: “¡Malaventurados sean!”.

Porque la identificación ya comienza y la muerte de Sandino se hará de un golpe quedándose en el bloque. El guerrillero es, en un solo cuerpo, nuestro Páez, nuestro Morelos, nuestro Carrera y nuestro Artigas. La faena es igual; el trance es el mismo.

Nos hará vivir Mr. Hoover, eso sí, una sensación de unidad continental no probada ni en 1810 por la guerra de la Independencia, porque este héroe no es local, aunque se mueva en un kilómetro de suelo rural, sino rigurosamente racial. Mr. Hoover va a conseguir, sin buscarlo, algo que nosotros mismos no habíamos logrado: sentirnos uno de punta a cabo del continente en la muerte de Augusto Sandino.



A M É R I C A I V



¡Esta es, por fin, la Argentina! Después del valle de Uspallata, solemne y fantástico, de montañas aleonadas que me prolongan durante mucho tiempo la visión de Chile, viene la pampa.

Para un ser criado entre montañas, con la voz enredada entre montañas, con el ojo acostumbrado a saltar de montaña a montaña, la pampa no puede ser hermosa. El ojo pampero, por su parte, debe sentir la misma desorientación cuando pasa al otro lado de los Andes. Por bravos que nuestros cerros sean, dan no sé qué amparo, no sé qué gran presencia que riga y acompaña. El peón que riega nuestro maizal y el ingeniero que traza un camino por el llano central y los niños que juegan debajo del sauce, abuelo del paisaje, están igualmente regidos por la montaña. El ojo en la pampa no tiene dónde fijarse y la mirada se distrae y se hace vagabunda y laxa. Después de unos momentos, ya no miramos la pampa verdadera, sino la otra que se nos ha hecho en el espíritu. No se diga que el espectáculo se parece al marino. El mar, que es el gran vivo, no deja que se le mire laxamente; alguno lo llamó el pavo real y tiene, en verdad, lo insistente de la vanidad.

Pero esta pampa, cuya belleza es de menos quilates que la de la montaña y el mar, fue hecha para sustentar pueblos. Por algún tiempo la desdijeron, y me cuenta un argentino que Sarmiento hablaba con pena de las horribles distancias que creaba esa cosa inútil. Hoy no la cambiarían los argentinos por las minas de diamantes de Sudáfrica, ni por uno de esos campos de petróleo, de chorros tornadizos. Acaso forma la pampa argentina la porción en que la tierra aparece más hecha conforme la necesidad humana. Parece que la voluntad del hombre, y no el ímpetu insensato de la naturaleza, hubiese

72 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 28 de febrero de 1926. (N. de los Eds.).

labrado esta extensión que fatiga caballo, guanaco o gamo. Hay regiones tan grandes como ella —y hasta más ricas, la llanura del Amazonas—, pero no tienen el ofrecimiento fácil de esta, su entrega sencilla. Por suave y por vasta, llamémosla, mejor que mar, una atmósfera verde. El niño que hubiera nacido en ella y no la hubiese abandonado, pensaría fácilmente que la pampa rodea el planeta como una atmósfera y que fuera de ella no hay nada.

Pasan maizales; pasan marismas, rodeadas de tierra perdida; pasa el herbazal alto; pasan los grupos de árboles de las estancias. La pampa ha vaciado a Europa y podría vaciar al Asia.

Si los rasgos físicos del país le dan la tónica moral, la Argentina existió, desde todos los tiempos, para generosa. Era su destino geográfico, una especie de imperativo de la llanura. Y entre misiones de pueblos —misión heroica, misión dominadora, misión civilizadora—, ésta de acoger la exuberancia desgraciada de los otros continentes, es tan noble como la civilizadora. Porque recibir masas humanas significa, además, organizarlas, y como son masas de gente blanca, significa, luego, darles ambiente digno de lo suyo.

Yo me acuerdo, mientras el tren atraviesa la pampa, del *Canto a la Argentina*, de nuestro Rubén Darío, vidente en todas las cosas máximas de la América. El canto se desarrolla con la anchura y la libertad soberana de la pampa; tiene el júbilo de este río verde y exhala entero la confianza que da el tesoro eterno. A través de todo el canto se siente la presencia de esta advocación: ¡generosa, generosísima! Él sabía, hace cuarenta años, que Europa iría viviendo cada vez más, no digamos ya de América, de la Argentina; lo mismo que sabía que el cuello del cisne americano, del cisne del río colombiano y del lago de la Patagonia, traza contra el horizonte la gran interrogación de nuestra libertad: “¿Tantos millones de hombres hablabamos inglés?”.

Los dos vaticinios de Rubén se me unen mientras mis ojos miden y miden hierba: para mostrar a los Estados Unidos una fuerza donde serán detenidos, la América no tiene sino el país de la pampa, poblado de hombre blanco.

Dos únicos caminos para cualquier patria del Pacífico o del Atlántico: poblar, organizandos masas extrañas, y organizar para salvarse del norte.

El pequeño país al que cayó en suerte el cordón ecuatorial, el país de resuello caliente en la costa, de acendrada luz en la meseta y con un pedazo de Amazonía fantástica al oriente, poseyó hace cincuenta años también la línea equinoccial de la lengua en Juan Montalvo. Este equinoccio de la lengua se abajó después hacia Montevideo con Rodó y ahora parece haberse corrido hacia las bocas amarillentas del Plata por la voluntad maestra de Lugones.

Sobre ese Ecuador reducido a triángulo por sus vecinos y en la parte más depurada de la meseta andina, donde la luz sin brutalidad ni regateo ha de ayudar no solo al cactus a ser acendrado, sino a la mente a pensar con rigor, del esmalte fueron concebidos los *Tratados* con esos elogios, que huelen del maíz, de la papa americana y de la leche nutricia, en una lengua amplia de hombre que tuvo costumbre de desahogo en el horizonte y que vio correr, río verdadero, el Guayas, corto pero con ímpetu.

Después de Montalvo y hasta Gonzalo Zaldumbide, la tierra que ha tenido estaciones de cacao y banana, no ha tenido estaciones de obra literaria cabal. Montalvo marca el grado mayor de españolidad de la lengua americana. Zaldumbide, la aleación más afortunada del español de Gracián con el francés. Son dos grandes europeos trabajándonos el lenguaje americano para desbrozarle la greña, expurgarle el ballico y ordenarle y regirle la llamada confusión magnífica (que por cierto nada tiene de magnífica).

73 Prólogo, escrito en septiembre de 1929, para el libro *Boletines de mar y tierra*, de Jorge Carrera Andrade. Barcelona: Editorial Cervantes, 1930. (N. de los Eds.).



Ahora comienza a sentirse hacia el Ecuador un fermento, desorden y confusión como en todo fermento de gente nueva que quiere volver a expresarse a su suelo en las facciones de su poesía y de su prosa. Como el Imperio incásico, no se pulverizó y las líneas políticas de nuestros países rara vez coinciden con las morales, el Ecuador pegado con la liga fuerte de la sangre al antiguo imperio, y esta generación nueva recibe otra vez el empujón de influencia desde el Cuzco y desde Lima, piensa en sierra y en caos vegetal, acepta las unidades geográfica e histórica en el dejo del habla y muestra unos movimientos unánimes de sensibilidad con lo peruano.

De esta generación es Carrera Andrade, un mozo indio, pero a lo indio magnífico no aplastado por el gran cielo ni por la agachadura para coger llareta a la tortuga, un hombronazo de dos metros un poco eucalipto, sin el desmayo de éste, que mira con el ojo de los dos orientes, de las dos Asia, la de aquí y la de allá, y lleva su piel socarrada con cierta bella petulancia de quien muestra comercio solar y hábito de intemperie en los pectorales y en la mano de escribir. Del cuerpo espacioso le sale una voz de entereza española que se aparta de la voz india acordonizada o rota. Quien lea los poemas de este libro volverá a decir como cuando Rubén: ¿y de dónde saca un indio, sino hurtado de Europa, estas finuras, esta pulverización de oro en cuarteta o terceto? Para los de la extrañeza yo voy a contar las cosas que siguen.

El indio de la Centroamérica que continúa a México era un bárbaro en crudo para la guerra y un preciosista envidiado en fineza para los oficios. Rubén salió en línea recta de ciertas donosuras menudas que ellos hacían y siguen haciendo, de la cajita en madera de oler que llaman en México de Olinalá, de los centenares de jades rasguñados hasta la lisura de la joya, y de ciertas conchas y pepitas de oro que ellos trabajan ya no con dedo, sino con la china, que acaba en punzón; y no digamos de las plumas de aliento cortadas en la luz y con las que se lograban ellos una cabeza aligerada de unicornio para la vida galante o guerrera.

Habrá que relacionar al hombre, yendo más lejos que Taine, no solo con la piel de su suelo, sino con los oficios de su región, pues ellos también crean una atmósfera manipuladora de la emoción y de la voluntad. El oficio es cosa sobrenatural y cuenta muchos secretos: cuenta la pasión de fuerza o de regodeo sensual que hay en la criatura; cuenta la imaginación insípida o la de color acérrimo; cuenta la impaciencia plebeya o la paciencia culta, pulso mismo de la cultura; ella cuenta bien el cuerpo, y el alma la cuenta mucho mejor todavía.

Dos lindos oficios indoecuadorianos me sé y ha de haber mucho más que me pierdo: el sombrero *jipilado*<sup>74</sup> y el del corozo labrado. Con esa manía de ensartar a las gentes en sus oficios heráldicos, yo creo explicar a Carrera Andrade metiéndolo en los de su país.

Las mujeres indias son las obreras comunes del sombrero de paja toquilla. Se sabe que la mujer india es más moral que el hombre por dos lados: la laboriosidad y el desamor del alcohol. Recogen ellas esa planta herbácea de linaje en brazada enorme. De la brazada, la manita prieta, aprovecha muy pocos tallos válidos, pues el tejido pide una pajueta tan sin tacha que un puñado le da no más de ocho o diez tallos.

Espigada la pajueta con ese rigor, viene el trabajo mismo. Aun cortada la paja, resulta de tal modo sensible a la atmósfera que hay que trabajarla en la primera mañana o en la tarde. La lluvia la relaja; la sequedad del mediodía la pone quebradiza. Su tono, su punto, se lo da una atmósfera asistida por un poquito de humedad. Entonces la paja bien clásica ni se quebraja ni se hace blanducha, y la india teje sin prisa, sin un

74 El sombrero conocido como de jipijapa o panamá, se hace a base de la toquilla, una fibra natural que proviene de una planta endémica de Ecuador de la familia de las ciclantáceas. Como no hallamos el sombrero *jipilado* ni *jipilaba* de Mistral, ponemos esta nota y el término en cursivas. (N. de los Eds.).

comino de prisa, tres o cuatro meses para dar un sombrero consumado, un sombrero de rey colonial o de presidente a lo Roosevelt. Por eso el *jipilaba* de abolengo cuesta más que el mejor birrete de felpa de la Edad Media y no digamos que el fieltro europeo. Como se sabe, el sombrero de paja, sin estropear-se la forma, que la india le impone para veinte años, se puede enrollar en la mano y meterse en el bolsillo del pañuelo o a lo galán en el guante más urgido, y en todo eso cabe.

Hay también el oficio que paternea el corazón o marfil vegetal. La tagua, palmera medida, de unos cinco metros de altura, echa en su estación frutal unas calabazas o cocos, cuyo interior está lleno de una de esas leches vegetales que no son menos nobles que la de la mujer. En el líquido nadan unos núcleos que, si se olvida su maternidad vegetal, parecen minerales por la dureza. Esta materia preciosa que lo es de absoluta como las otras de testarudez en su virtud de tenacidad, según el adjetivo técnico, se recoge para la botonería, la ortopedia y el incrustado en madera. El eterno europeo la carga; pero algo queda en el país que llaman sin oficios, y que los tiene, pero a lo oriental, el indio no hace los botones de vestido; no sabe eso, pero sabe hacer con la bola del corozo una cereza tallada, un tomate o una gran fresa pulida hasta una calidad de piel, y dentro de la fruta de embuste hay cifras y otras figurillas de un enanismo de broma.

El indio con el ojo prestado de la China puede labrar la minucia hasta lo infinito, en un arte de insecto constructor que desorienta al blanco, cuyo ojo es plebeyísimo como agudez y no digamos como paciencia. La fórmula de trabajo y luego de D'Ors y de Ortega y Gasset, ¿no les vino de la China en nao con dragón y todo en la vela? Chinos y japoneses bordan, orfebrea y dibujan, dándose en el trabajo penoso por sedentario el gusto de jugar con caricatura, sarcasmo o fantasía. Cae de sus manos una risotada en colores o en metal, y hasta el dragón religioso se ríe de sí mismo, en la estampa, del colorado excesivo de su resuello o del ala prestada de murciélago espléndido.

Un poco al modo de ellos, sus primos hermanos de la América, poniendo menos desenfreno en la mofa, trabajan el corozo y hacen también cabecitas de trasgos con su bola de marfil forestal. Mucho menos crueles que el chino reservan para la guerrilla el refocilarse en sangrecita y en descuartizamiento, y el trabajo les queda inocente como hijo pequeño.

Carrera Andrade ha pasado, ha trasladado, el oficio del corozo con toda su mañana sabia a la poesía. La misma bagatela preciosa, la misma concreción del asunto a resina, el mismo reducir el volumen de una bestia o un paisaje a miga apretada están en sus estampas y en las figuritas de corozo.

Quien las tenga a mano, confronte con los primores de artesanía del corozo, los poemitas que se llaman “Colibrí”, “Habitante de la meseta”, “Ostión”, “Grillos”, “Nuez”, lo que es el caracol pescado.

Ya sé que el lector con frecuentación del francés, se acordará recorriendo la sección denominada “Microgramas”, de Jules Renard y de Abel Bonnard. Lo mismo da; los dos autores mentados sacaron su genio de entender lo chino: el primero aprendió la nerviosidad del apunte zoológico en Hokusai; y Bonnard, que vivió en el Asia, allá se hizo y de allá se trajo el segundo ojo capaz de la miniatura gesticulante. Carrera Andrade, desarticulado como todos nosotros, es la madre Asia, que en el continente precolombino tuvo un brazo entero, tejado de ella como los demás asiáticos de allá, la recupera, aunque la aventura parezca broma, en dos franceses: Renard y Bonnard; leyéndolos se ha acordado fácilmente de lo suyo, y la capacidad soterrada de la fineza le ha subido a la superficie del golpe.

De la misma manera yo me he acordado de Tagore de un modo de troya religioso popular que algún abuelo mío ha contado delante de Budas sin pestañeo. Muchas de las llamadas imitaciones no son sino un acordarse y un hallar lo propio que estaba extraviado por ahí.

Aparece de esas grecas admirables de lo vivo, pegadas en un milímetro de cartón con su color y su rictus intacto y leal, hay poesías bellas en las partes llamadas “Cuaderno del mar y Cuaderno de tierra”, como aquella “Biografía o el hombre del Ecuador bajo la torre Eiffel”, o más sobre las ventanas.

La tónica de este libro la ponen los poemas indofuturistas en que Carrera Andrade, como el excelente Alejandro Peralta, del Perú, ensaya y logra entregar muchas veces el asunto indígena. La lengua de que se vale para la prueba esta terciada de ingenuidad, de atrevimiento y de una soltura de lazo indio. La ingenuidad la pone en el tijeiteo simplista de las figuras; la soltura le viene de dejar hablar al indio su lengua abélica; el atrevimiento salta en la metáfora 1930 y en la rebanadura del verso que corta donde le da la gana. Tal vez la entraña definitiva de su poesía sea este indianismo que se le volverá menos bizarro a medida que se le haga más cotidiano, más frecuente, con las rutas que comienzan en un pespunte futurista de pisadas y acaban en cinta unánime y culta.

Yo digo “tal vez” no ando en estos malos pasos de prologuista por gana de aconsejar. Nadie aconseja a nadie, ni Aristóteles, sino para perderlo, y es desventura cargar con los yerros propios, y además con los ajenos.

Deliberadamente no retiño el elogio de un mozo que veo sentado en dos nobles zonas de lo poético: una refinada y otra primitiva. No le repito que ha trabajado bien su estrofa y que se acusan en ella cualidades de las que no retroceden, sino que pondrán el pie siempre adelante. No le regalo con mucílago fácil de adulación. Veo en él una naturaleza viril que avienta el adulto a tres metros antes de que se le ensucie la solapa con su babilla de almíbar, al revés de tanta naturaleza femenina que no puede trabajar sino en aquel aire caliente del invernadero que es la complacencia.

Virilidad es precisamente un no trabajar, con cabeza del pájaro vuelta a todos lados del paisaje, no trabajar con los ojos

pegados al gesto de los demás, ni siquiera al de los patrones del oficio, para ver si cae de ellos una sonrisa ablandada, no trabajar para la tablita anotadora de los valores, del mercado del día, porque toda esa tensión de cuello, de ojo y de anhelo son una pérdida de tiempo femeninos y hasta subfemeninos.

Importe el oficio cada día más y el merolico [vendedor popular ambulante] que vocea el producto nuestro, importe cada día menos porque el dios de los oficios a quien preguntamos sobre nuestro trabajo responde tan distintamente que no hay quién que nos desbarate su frase en el aire cuando él habla. Después que le hayamos oído aceptación o reprobación, ningún pinino ajeno podrá rebanarnos la sentencia buena ni zurcirnos la mala. El dios de los oficios habla dentro de nosotros, los artesanos, hacia los cuarenta años y no antes. En quince años más, Carrera Andrade sabrá por él lo que su obra haya añadido a la atmósfera de espejo de su meseta en formas, en criaturas, en dejos y en voces.

Este paisaje del valle de México es cosa tan nueva para mis ojos, que me desconcierta, aunque el desconcierto está lleno de maravillamiento. Yo he vivido muchos años en paisaje de montañas, pero de montañas agrias, en que yo he llamado paisaje hebreo por la terquedad y la grandeza hosca.

También aquí me riñe un abrazo de montes, pero, ¡qué diversos! La meseta del Anáhuac tiene, como se sabe, una altura media de 1.800 metros sobre el nivel del mar. Sus cumbres, el Popocatepetl, el Iztaccíhuatl y el Ajusco se elevan sobre ella, mas no dan esa impresión de formidable muro, que es nuestra cordillera en Santiago: están aisladas, y su altura de más de 5.000 metros, queda así muy disminuida, vista desde la meseta. Son cumbres dulcísimas, de una línea depurada, como hechas por la mano de Donatello. Muy dulces. Nos levantan sobre la meseta faldas anchas y poderosas. Varias líneas de lomajes y cerros velan sus asientos y aparecen solo las cumbres buriladas contra el azul. Es la palabra: buriladas.

El dios que hizo estas montañas no es el Jehová potente, ni siquiera el dios cuya mano enérgica amasó Rodin; éste es un dios que hace su tierra con dedo acariciante, y yo he recordado, mirando esta naturaleza, el elogio que Anatole France hiciera del paisaje de Florencia. No me dan la visión de cordillera ni de gran sierra que ellos son; me parecen estas montañas obras de arte, en vez de creaciones de la feroz naturaleza.

La que más amo es el Iztaccíhuatl, o sea, la Mujer Blanca. Línea a línea, es una mujer tendida y vuelta al cielo. Tiene una elevación como de pierna recogida, y otra menor que simula el

75 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 15 de octubre de 1922, y traducido al francés en *Revue de l'Amérique Latine*, en noviembre de ese mismo año. (N. de los Eds.).

pecho. La blancura de su nieve eterna (aquí lo de eterna es verdad) aumenta la visión deleitosa.

Mi casa de Mixcoac (alrededores de México) queda frente a ella. La saludo al abrir mis ventanas como a mi diosa tutelar. Cuando no tiene su espesa superposición de nubes, ¡qué dulces suben de ella las mañanas!

El cielo de México es maravilloso. Generalmente está límpido, en las primeras horas del día; pero mantiene siempre las nubes en los bordes del horizonte, descansando sobre su línea de cumbres.

A medida que avanza el día, el cerco blanco se va subiendo al fin, se estrecha y se oscurece, y empieza la lluvia de todas las tardes.

Es una lluvia ligera y breve. Ella es el eco debilitado de tempestades lejanas. Deben ser las tempestades hermosísimas y terribles en la línea de las montañas. Alcanzan al centro del valle solo sus ecos.

Desde Cuba vengo habituándome al juego épico de truenos y relámpagos, juego wagneriano que a nadie inquieta, y que a mí me hacía palidecer. Recuerdo el inmenso garabateo de rayos que jugaban fantásticamente sobre la isla de Cuba la noche en que nos aproximábamos a ella, y que yo miraba temblando desde la borda del barco. Ahora ya duermo tranquila con esta música guerrera que me dan las Sierras Madres; pienso que es una soberbia canción de cuna, y cierro los ojos confiada.

La lluvia cotidiana a que aludía es una de las bendiciones de Dios para esta tierra. Aunque jamás se siente en la meseta un calor inmenso, es necesaria y deliciosa a la par. Hacia la seis o siete de la tarde ya ha cesado, y sube la exhalación de la tierra, en un vaho de frescura. Se hizo la desecación de los lagos que rodean a México. Según algunos, la desecación era natural y



solo se apresuró. La arena que vino a cubrir una gran extensión de terreno, vuela sobre la ciudad en un polvo menudo que esta lluvia aplaca, devolviendo al horizonte la nitidez que tiene y que es para mí el mejor atributo del paisaje.

Dije que el cielo era maravilloso. No le he visto aún las tardes ricas de color de que me hablan los mexicanos, y que vienen con el invierno. La hermosura del cielo es para mí la de su infinita extensión y la de sus anchos juegos de nubes.

Como no hay esa muralla épica de nuestra cordillera, que disminuye el horizonte, este cielo mexicano es vastísimo. Las nubes son dilatadas y ligeras, y tienen como mayor movilidad, como menor espesura que las de nuestro cielo del sur. Tejen allá arriba un universo fantástico que yo suelo seguir una tarde entera desde la azotea de mi casa. Son juegos graciosos e infinitos. Es un avance hacia la mitad del cielo y que termina con esa lluvia de todas las tardes.

No he visto muchas noches despejadas. Al revés de lo que pasa en nuestra zona, estas noches vendrán con el invierno.

Mi fiesta cotidiana es la de la luz de la meseta. En los primeros días fue para mí una especie de éxtasis ardiente que sucedía al éxtasis del mar. Aunque entrecerraba mis ojos la luz por su crudeza, yo la recibía como debieron hacerlo los aztecas, místicamente. Era la compañera de mi infancia, perdida tantos años y que vuelve a jugar conmigo.

El valle en que nací la tiene semejante y yo le debo mi rica sangre, mi fervido corazón. Mis años de tierra fría fueron un largo castigo para estos ojos, los acostumbrados a beberla y a vivir de ella como se vive del sustento. La he recuperado, aunque sea por un tiempo, y dejo que me riegue largamente. No querría perderla ni una sola mañana. Canta en mi pecho y en mis venas. La estoy alabando siempre, con una exaltación que no pueden explicarse las gentes mexicanas que nunca conocieron la tristeza desolada de la tierra austral.

No es esta la luz de Cuba, cegadora, que parecía romper mis ojos, y que apenas me dejó mirar esa isla que yo he llamado Rosa de Fuego, porque es hermosa como una terrible hermosura de brasa desnuda. Tan intensa era esa luz que me daba la impresión de que yo no había conocido hasta entonces el sol.

Esta no: es viva sin ser heridora. Y el paisaje que pinta no es crudo ni chillón. Yo pensaba en los pintores, desde Panamá hasta Cuba. ¿Cómo pintar esas coloraciones tan de cromo, de una brillantez que en la naturaleza es maravillosa, pero que en un cuadro resultarían excesivas?

Y hablaremos del clima, consecuencia de los elementos que ya he descrito: la altura, la lluvia, la luz.

Veracruz es ardiente; un poco menos siempre que La Habana; me dicen que Yucatán es el verdadero trópico, y lo son Tabasco y Campeche, los tres estados que la península tiene en la costa sureste. A cuatro horas de Veracruz ya me encontré con una ciudad de clima elementalísimo: Jalapa. Fue el saludo de dulzura que me hizo México. El clima de la meseta es una suavidad imponderable. No diré que es el mejor del mundo, porque la frase está desprestigiada ante mí misma. La dicen gentes que no han recorrido ni un cuarto de mundo, por patriotismo geográfico.

Pero puedo decir de esta temperatura que es una delicia inefable. Para definir lo que es un buen clima, voy a apelar a un viejo recuerdo. En un grupo de amigos decíamos cierta vez que la excelencia de las cosas consiste en que hagan olvidar esa misma excelencia: el mejor estilo es aquel que hace olvidar la idea de estilo, la santidad es el estado moral que borra toda impresión de santidad, reñida de lucha espiritual. El mejor clima vendría a ser aquel que hace desaparecer enteramente la idea de calor y de frío, que son los elementos que constituyen el clima. No he sentido hasta hoy nunca ni en plena lluvia recibida sin resguardo en el campo, frío alguno, y el grado del calor es solo aquel necesario para dar la sensación de bienes-

tar. Al caminar mucho se siente el cansancio que da la altura, pero no el calor.

Yo he recibido aquí en todo su valor la importancia de una temperatura privilegiada. Solía decir en Punta Arenas que su horrible frío era una desventaja moral: me hacía egoísta; vivía yo preocupada de mi estufa y de mi carne entumecida. En La Habana viví cuatro días exclusivamente ocupada de matar el calor, de disminuirlo siquiera, con mala fortuna, por cierto. En México, puedo ocuparme de todo, y no solo de mí misma. La actividad no se resiente como piensan algunos por la dulzura del clima; para los pobres que no tienen ninguna forma de felicidad mundana, se me ocurre que este solo clima suavísimo debe serles una forma de dicha. Corrijo, sin embargo, mi pensamiento: los que han nacido aquí no pueden sentir en esto lo extraordinario que yo encuentro, y que llega a producirme ventura.

De la dulzura de las cumbres y del cielo bajan los ojos a la del valle. Esta palabra valle la adopto solo por respeto a la geografía oficial. El Anáhuac no es lo que nosotros llamamos en Chile un valle. Le sobra extensión para ello; es más bien un llano dilatadísimo, de una línea horizontal casi perfecta.

Es un paisaje suavísimo, como un juego delicado de las arcillas que durante siglos las vertientes de las montañas han depositado. En torno de la Ciudad de México hay campos, campos extensos, cubiertos de pastos y de árboles aislados, grandes fresnos, graciosos chopos y huejotes (árboles muy parecidos a nuestro esbelto álamo). Todos estos árboles me hacen recordar los de Corot, elegantes y sobrios como figuras humanas.

No es nuestro campo quebrado con hondonadas donde los matorrales dan una ilusión de grutas sombrías y frescas. La planicie es perfecta y la luz lo baña todo.

Los solares rurales están separados unos de otros por líneas extensas de magueyes, la planta característica de la región,

la cual merece que yo, mala descriptora siempre, procure sin embargo describirla, porque vale el esfuerzo.

Es una planta de inmensas hojas que tienen de dos a tres metros; anchas, cenicientas, de punta zarpada, caídas hacia los lados como caen los chorros de un surtidor. Dos o tres metros de altura también; hojas durísimas y gruesas que dan la llamada pita del maguey. Esta es una fibra industrial de primer orden, que proporciona a los indios, aquí en la meseta, la materia prima para sus admirables tejidos. Otra especie de la planta que abunda en Yucatán da la llamada fibra de henequén, de la cual se saca la seda artificial y se hacen las mejores jarcias conocidas.

Ya en el trayecto de Jalapa a México venía yo alabando los hermosos magueyes como motivos ornamentales del paisaje. Un compañero me rompió el elogio.

—Es hermoso, pero demoníaco —me dijo—. Equivale a la endiablada hermosura de la viña de ustedes. El indio arranca del maguey el aguamiel, de sabor delicioso, pero que se convierte después en nuestro pulque, la tremenda bebida del pueblo.

Así es; mas el decorativo y noble maguey no tiene la culpa.

Del centro de la planta, en el punto que puede llamarse su corazón, el indio aspira el jugo en una ablución lenta. Su malicia, como la de Noé, lleva a la fermentación. Obtiene después de esta un licor que produce el efecto de los alcoholes de mayor grado. Para el daño del pobre indio, esta bebida resulta baratísima, y ni siquiera puede enrostrársele a él su vicio como cosa cara. La planta es numerosa y no necesita cultivo.

Éste es, simplificadorísimo, el paisaje del valle de México: suma suavidad y también suma sobriedad.

Hay que salir de la meseta, según me aseguran, para encontrar el paisaje agrio y exuberante.

Michoacán se halla en el sartal de lugares magistrales del globo, y es en él cuenta de fuego, como el huayruru. El estado mexicano de la gracia orográfica, lacustre y folclórica, comienza por no ser calenturiento como Tehuantepec ni frígido como la yacija del Tarahumara; Michoacán no delira ni se empala, no vive congestionando, aunque produzca la caña y aunque le hayan caído en suerte los primeros plátanos que acarreo Vasco de Quiroga.

La región galanea ondulada de sierra baja, de cuchillas y de colinas, y brilla laqueada de cafetal, mata luminosa de tan barnizada que es; como la hembra amorosa y un poco envalentonada de su hermosura, Michoacán tiene el relumbre del agua hacia todos los lados para que mejor le sobren que le falten espejos. Esta vez los espejos aventajan en renombre a la dueña misma: más se dice lago de Pátzcuaro o cascada de la Tzaráracua (“cedazo” en idioma tarasco) que Michoacán. Por esta liberalidad del agua será tan aseado el indio tarasco que, si no huele a café, en los días del tueste, no huele a nada.

Como tierra subtropical, el verdor no ralea ni se empaña en ella por las estaciones zurdas de otoño e invierno. Al viajero le sobra el calendario: la buena estación es el año cogido por cualquier dedo del mes. El va a encontrarse allí con una templanza que parece elaborada por el genio de las isotermas. Y cuanto enseña Michoacán de justeza en los sentidos, de elegancia en el alma, de melodía en el vivir, yo me lo tengo por consecuencias de ese clima sin demonios extremosos.

La raza tarasca (originaria de Michoacán) muestra un curioso cartel de virtudes causticísimas, de condiciones temperamentales y de destrezas y primores artesanos que, desplegados

76 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 3 de julio de 1944. (N. de los Eds.).

dentro del friso nacional, la harán ganar siempre la disputa de los estados por la preeminencia. Michoacán vence a pura gracia; otros estados se quedarán como los Migueles batalladores de la meseta alácrita; él se calla, camina y vuela con la vara de Gabriel en la mano de aire, y los ánimos y los pies se le van a la zaga. Los dones de la casta que hacen su leyenda y sus veras, su alegoría y su realidad, serían más o menos éstos:

Primero, una muy cernida ruralidad, una cultura de fineza que corre del ojo al habla, al tacto y a los gestos de sus hombres y de su mujerío, sea la que sea su clase social. Plebe no se halla ni buscada; bolsas envalentonadas de ricachones tampoco, sino un pueblo pobre y pulido, que parece labrado por una doble ebanistería estética y cristiana. El maya lleva más hermosura; el poblano, más civilidad; el oaxaqueño, mayor fortaleza; el tarasco parece el Abel Seth, labrador de la huerta cabal e inventor de una vida cuyo secreto los otros no logran: solaz sin frenesí y convivencia dulcísima.

El segundo de sus atributos sería la lengua tarasca, que los filólogos dan como segundona de la maya, llena de unos esdrújulos que saltan en agudos cohetes y cargada de la combinación *tz*, gloria de la boca nativa y purgatorio en la forastera.

Su tercera condición, que los fieles la dan por virtud y los otros por insanía, es su religiosidad, que como una cera noble lleva todavía en sí las diez preciosas digitales de Vasco de Quiroga, su santo civilizador. Por más que los chuscos llamen “mochería” (religiosidad) esta densa catolicidad, ella debió salir de horno consumado para no carearse hace tres siglos. La manufactura humana que dio y sigue dando, defiende la hornaza y la manipulación, y aboga por ella.

La cuarta vocación tarasca serían las jícaras de guajes (calabazas), laqueadas y floreadas a pulsos batientes de color, artesanía generalmente mujeril, y que hace el júbilo de todas las mesas. Las jícaras meten de casa adentro la loca luz de afuera, cascabelean en muros y aparadores, y durando medio siglo,

son un alarde increíble del pobre “mate” (fruto de la cucurbitácea en el que se bebe el mate) pardo transfigurado en luz.

La quinta hazaña tarasca se la daremos al baile regional, “las canacuas”, que se danzan con cestos floridos y nacieron con música melliza, es decir, creadas a la misma hora y minuto que sus pasos y figuras. La casta no es abotagada, sino ágil y parece haber bajado al mundo para bailar primero su pagana y después su cristiandad.

La sexta se la lleva el café de Uruapan, Moctezuma, que reina sobre los otros cafés del país; y apegado a él, un chocolate cuyo rango no arranca del cacao, sino de las manos brujas que en el truco de la preparación lo transforman en cosa mejor, dando la ilusión de un trastrueque de la materia misma.

La séptima honra michoacana la puso la aldea de Jiquilpan, donde nació el mayoral agrario Lázaro Cárdenas, tajador y parcelador del latifundio. Michoacán enfrenta a su mestizo con el zapoteca Juárez, porque si éste salvó a México de volverse galo alemán, aquel salvó la revolución de veinte años de quedarse en la mano india vuelta polvo y ceniza. (Las revoluciones criollas acaban en granjería y logro de la clase media).

El projimismo azteca español abre sus puertas sin más que silbar en un patio, y abre no a un nombre ni a una amenaza de soldadesca, sino a la aventura y a la gracia, o mejor: a las dos cosas juntas. Un mozo que llega de ciudad grande, que “dice” con ingenio, que canta y no es hinchado, sino llano, y habla con el dejo del lugar, llega a donde quiere, aloja una noche, o se demora, o se queda cuanto se le antoje. Al tercer día ya se conoce a todos, a la semana se tutea con media villa, y al mes ya parece que nació allí. Muy bien si el allegado ayuda a cosechar el café o a tumbar la caña; pero si solo paga con el cariño y la chispa, basta y sobra.

Yo dormí en tantas casas que no puedo contarlas; comí en las mesas más dispares los guisos de las más varias cocinas:

comí en tarasco y en zapoteca, en yaqui y en otomí. El común denominador de estas cocinas lo ponían las especias, las incontables hierbas de olor, el ají guerrillero de la lengua, el maíz abrahámico, dividido en doce tribus de sabor y color; pero de una a la otra región, el “México imponderable” que es maestro en el arte de matizar para diferenciar, logra dar novedad a sus materias y desorienta de tal modo con los trucos culinarios que cualquier “carnita” puede parecer venado y la perdiz faisán.

Con todas sus bayas y sus cereales y sus bestezuelas finas me agasajaron e hicieron de mí, por el repertorio de mesas, de costumbres y de vínculos inefables, la curiosa industria chileno mexitli que me volví. ¡Ay, pero no sabía devolver el agasajo! Yo era una mujer de australidad, fría, lenta y opaca. Mucho más tarde les respondería con la tonada del sur y la cara vuelta hacia sus ternuras y a sus generosidades.



Quetzalcóatl llegó a Anáhuac viniendo del sudeste, por donde corre el país del quetzal. Nadie supo bien dónde nació y se hizo mayor este Dios del Viento que traía rumbo y no decía patria.

Era cosa de mucho asombro el Quetzalcóatl andador, de cuerpo “lanzado”; de piel más clara que la del indio; barbado en raza lampiña y de trato mágico. El barbado vestía una túnica blanca que le llegaba hasta los pies, y su cuerpo echaba claridad por sus ojos brillantes y por el algodón extremo que lo cubría. Daba dicha oírle hablar, convencerse de su razón y seguirlo sin más, según siguen los pájaros el viento del mar.

Quetzalcóatl, viniendo de la tierra que lo hizo, se entró al Anáhuac atravesando pueblos y fue a establecerse en Cholula, donde dicen que se quedó muchos años. En Cholula, juntó familias, les hizo ciudad y les levantó gran templo con lo que Cholula se volvería ciudad santa, región con leyes de Quetzalcóatl y templo no visto de costados redondos en los que el viento de Quetzalcóatl no se rompía al pasar.

La gente tolteca ignoraba dónde comienza el año, cuándo se abren primaveras de sembrar y cuándo el otoño manda recoger la cosecha antes de granizos y hielos.

El vestido de blanco traía el calendario en sus ojos lectores del Zodíaco y que en su memoria, donde se lo pondría su raza, Quetzalcóatl reveló el año real a los aztecas, dándoselo de trescientos sesenta y cinco días, partidos en dieciocho meses, cada uno de veintena. Calendario tan bueno fue el de Quetzalcóatl como el que los hombres blancos tenían al otro lado del mundo. Éstampado en piedra y puesto en cuero o metal,

77 Escrito en Lisboa, Portugal, y publicado en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 11 de julio de 1936. (N. de los Eds.).

este año de los toltecas fue lo mejor que ellos alcanzaron en ciencia, del cielo y de la tierra. Su círculo es la cara misma de Quetzalcóatl y pregona la gloria del hombre que sabía leyes del suelo y de la atmósfera.

Quetzalcóatl también llevó al Anáhuac las labores del algodón. Lo tejían los mexicanos de varios modos para vestido de hombres y de mujer; pero el venido del sudeste traía centenares de habilidades: conocía mejores husos y telares, y la maniobra de cruzar urdimbre y trama; puso mucha fantasía en los tintes de colorear y dio arte más completa de rematar los primores que llama reboso de mujer, sarapes y paliacates [pañoleta]. Encandilados de aprender artesanía nueva, varones y mujeres hilaban con el barbado semanas y meses.

Quetzalcóatl recorría por todas partes la tierra novedosa que le hacía feliz, por lo ancha que es, por lo varia que nació y por lo niña que se la ve siempre. El diligente iba y venía con la indiada, y abría con ella el suelo para sacar metales y piedras preciosas. El barbado les hizo encontrar los jades. La linda cosa mineral verde tierna o verde extremosa, los indios no la conocían. Apenas descubierta, se pusieron a labrar con ella sus dioses y sacarle donosuras y niñerías. Quetzalcóatl traía en sus manos todos los oficios del metal: el fundir el oro y la plata, el procurar el bronce y sacar de ellos las joyas que gustaban a los príncipes, la vajilla en que comerían los reyes y otros primores aun.

Sabía más todavía el hombre que vino del sudeste y con la pluma del quetzal y la de faisán o colibrí, Quetzalcóatl perfeccionaba el “bordado de pluma”, que era una gloria ver sobre todos los muros y en la mesa de los señores y adornando a los danzantes de la fiesta.

Metido en el fuego, hostigando el mineral hasta vencerlo, él dominaba a los indios que le obedecían el gesto; se ponían a contar secretos del día y de la noche, y era dueño del corazón de las mujeres, y haciendo jugarretas de obsidiana, recibía la

algazara de los niños. Parecía un rey y era mejor que eso; parecía mago completo, pero también era mejor que ellos.

A la primera mañana o a la tarde, cuando salta el lucero o se va, Quetzalcóatl rezaba a sus dioses. Rezaba y luego se ponía a contarlos: eran los dioses que hicieron al sol para orden de estaciones; eran los que soplaron el viento, ruta de lluvias y semillas; eran los que tornearon al primer hombre; eran los que hacen crecer lo que crece o dejan las cosas en su mismo ser; y eran muchos más que van y vienen en el aire, en el sobre-haz de la tierra y debajo de ella. Los dioses de Quetzalcóatl no pedían logro, ni echaban a la guerra, ni olían la sangre, ni se refocilaban en juegos de muerte. Diétaban fiestas, pedían coros, hacían sembrar y se regalaban en alegrías.

La madre de Quetzalcóatl se los enseñaría en la tierra de donde él vino, que pudo ser la misma nuestra o una estrella del fondo del cielo, ya que era muy lejos de donde él vino.

Por saber tantas cosas de suelo le llamarían la Serpiente —*cóatl*— que es quien más se la conoce, y por entender lo mismo que el aire, lo llamarían su quetzal.

Le gustaba ir dando y tomando noticias de pueblo en pueblo. En ninguno se quedó, excepto en Cholula, y sería que le mandaron a ver y servir a los países y a dejarlos felices.

Después de mucho vivir con ellos, y cuando les enseñó lo que trajo, Quetzalcóatl no sintió apetencia de seguir adelante. Dicen algunos que otro dios lo arrojó de su propio reino o cuentan que solo quiso volver a Tlapallan, “el país rojo”, de donde le llamó su padre.

Así fue como deshizo su viejo camino y marchó de regreso al sudeste. Refieren que iba llorando de haber querido mucho a la gente tolteca, y añaden que se perdió prometiendo volver algún día.

La promesa se la recogieron los toltecas y la pasaron a sus hijos aztecas, pero se olvidaron de sus facciones precisas, y cuando desembarcó Cortés, creyeron que su hombre barbado venía de vuelta. Y Hernán Cortés no era el varón de ellos, su Quetzalcóatl.

Después de la muerte de miles de mexitlis, de servir a otros dueños, de aprender el hierro con los venidos, de adquirir rebaños de toros y ovejas nunca vistos, y de comer el pan de trigo, volvió Quetzalcóatl, que es el alma más íntima de los mexicanos, y vino a repartir la tierra que es del gran Tláloc. Regresó por ese menester y el de vestir a sus aztecas para trabajo y fiestas, y el de construir las casas de ellos, que habían aumentado volviéndose innumerables.

Tanto subieron los mexicanos hacia el norte y se deslizaron como el azogue hacia el sudeste, que ahora comienzan con la boca del cuerno que se abre en Río Grande y terminan donde el cuerno acaba su arco, que es en la península de Yucatán, parecida a extremo de caracola.

Los Tlálocs eran muchos en la mucha tierra de México. La meseta de Anáhuac gozaba de poco riego, a pesar de su nombre; la tierra de Yucatán era más seca todavía, y los Tlálocs húmedos se fueron entonces a ser dioses de esos pueblos. Ellos vivían en las altas montañas, sin que faltasen a cerros y a colinas, tomándolos por suyos a causa de que recogen nieves y aguas, las hacen correr por su cuerpo vertical, las reciben y las entregan.

Siguiendo a las aguas, los Tlálocs bajaban de las alturas hasta las riberas de los ríos o se quedaban regodeándose en los lindos lagos del país que llaman Chapala o mentan Pátzcuaro; o bien daban el salto al cielo y corrían en las nubes cargadas, entrometiéndose arriba con relámpagos y truenos. Era el negocio de los Tlálocs gobernar lluvias y era su cuidado repartirlas bien: el mayor de ellos se había casado nada menos que con la Diosa del Agua, Chalchihuitlicue, “la de traje color jade”.

Los Tlálocs no eran ni mozos ni viejos: eran como es el indio. Con su cuerpo de todo tiempo y su vida sin atajo, al igual que la meseta, ellos veían nacer un pueblo, aumentarse y parar en ciudad, y miraban a las gentes aprender los oficios y sobre todo, el cultivar el maíz, el algodón y el maguey, que dan el pan de comer, el tejido arropador y la bebida del calor. Las familias se morían y venían otras pidiendo también la lluvia de Tláloc, y como no envejecían ni probaban muerte, estaban de buen humor y eran pacientes como la tierra, madre o hija de ellos.

Gobernaban los Tlálocs menudos unos cuatro mayores, dueños de los puntos cardinales. El Tláloc del norte disponía de su reino y el del sur, de la porción opuesta, y otros dos poderosos

78 Escrito en Lisboa y publicado en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 4 de julio de 1936. (N. de los Eds.).

eran dueños del punto máximo por donde rompe el sol y del otro por donde él se acaba. El indio miraba cerca o muy lejos, ojeando tierra o cielo; siempre un Tlálóc le hacía señas desde donde fuese, y nunca estaban solos, ni los Tlálócs ni los indios.

La tierra guardada de los Tlálócs verdeaba siempre; la meseta olía a hierbas aromáticas; y en el bajío las vainillas y los jengibres; o se volvía de pronto loca de fertilidad echando el bosque bravo donde los árboles se abrazan para que no entre nadie, ni el sol, y donde la sombra pone mucho misterio.

El Tlálóc pasaba enfurruñado por la tierra greñuda de hierbas locas o por los maizales amarillos de abandono: el dueño de ella no tenía amor de su Tlálóc; y atravesando tierras muy donosas, peinadas en surcos como cabeza de mujer, el Tlálóc retozaba allí las horas, revolcándose en los pastos jugosos y haciendo danza al indio diligente, hijo bueno del Tlálóc.

Los Tlálócs apuraban al cielo si andaban en hacer nubes. Ellos sabían donde el suelo se “tomaba” de cal y de gredas, y les mandaba el aguacero que lo afloja dejándolo bueno de abrir y sembrar.

Los Tlálócs eran sencillos y alegres y servían bien su oficio de Tlálócs, casi de aguadores. Se cruzaban con el indio cazador, subiendo o bajando el Ajusco, o llevaban la delantera al trotador o le seguían a lo ladino, sin pasarle nunca delante, y el indio les conocía y no les conocía a la vez.

Ver al Tlálóc no ocurría siempre; no se le iba a buscar en tal sitio a tal hora ni era cosa de contar con él como don Diego o Juan, a los que se llama y se cita. Mirar el cerro no significaba descubrirlo y tampoco estarse con la vista fija en el lago. El que iba descuidado, echaba la cabeza atrás y de pronto en un montón de nubes, veía la linda risa de Tlálóc; se iba en una balsa, y de una arruga del agua, el Tlálóc guasón levantaba el pecho y caía una lluvia de gotas a la mano. O andando despacito por el propio huerto, en unos matorrales manoseados,

el Tláloc le silbaba. Daba mucha alegría y traía buena suerte ver al Tláloc.

Las mujeres tejían algodón o henequén en el valle de México, mirando en lo alto un Tláloc muy tapado de nubes. Y a los niños que subían por leña del pino ocote, el Tláloc entre el cortar y el coger les echaba a lo zumbón una miradita verde por las ramas.

Los venados y los tigrillos corrían por el Tláloc, su padrecito; los faisanes voladores cortaban el Tlalococotal a cuchillada roja, subiendo y bajando; los castores y los armadillos vivían en los hoyos y en los túneles del Tláloc, que por fantasía tiene sus grutas donde deja vivir a las bestiecitas que no quieren nada con el sol.

En el Anáhuac, los Tlálocs eran amigos de las serpientes que al comenzar a llover, salen a averiguar novedades, contentas de respirar aire sin polvo.

Los bien queridos estaban en los templos de Cholula o de Teotihuacán, con sus ojos rodeados de tres rodela serpentina y con su aliento de espiral, saliendo de su boca grande; con su cara negra de nube de agua y su vestido pintado en agua verde azul y en agua azul verdosa. Más vivos que allí estaban en la selva, donde todo se mueve por el día o la noche, y en los ríos que bajan sin freno. Los “Conócelo Todo” hasta entraban en las casas de los mexicanos, con las vasijas de agua, a ver cómo son las casas del hombre, y el indio por cariño de ellos, los pintaba por la cántara, y al beber se bebía su Tláloc de cristal, que se rompe y se queda entero.

Teniendo sus Tlálocs a cada cerro y a cada laguna y río, teniendo además a la mujer “de traje de jade” que espejeaba aquí y allá, contando también “Siete Serpientes”, su hermana, y a otros muchos dioses bien mentados, fuesen vistas o no vistos, la tierra de México estaba entonces llena de bultos y de camaradas mágicos. Ellos seguían a los sembradores del maíz, del

magüey y del algodón, cambiando con ellos los regalos, en un toma y daca, que no se acaba nunca: trocaban algunas veces con el camarada hombrecito unos enojos grandes y rápidos, pero siempre se querían de amor piadoso los indios mexitlis con los dioses mexitlis.



En la catedral de Puebla, una de las más nobles de América, yo me he detenido largamente delante de una puerta lateral inmensa, que está labrada en esa madera de alerce, eterna como el mármol.

La madera será siempre materia más humanizada que las piedras valiosas de construcción. El mármol labrado por mano de hombre es como si no retuviera nada de ella, como si se liberara soberbio de su modelador. Y es que el mármol es el material divino por excelencia y no quiere guardar la huella miserable, la presión de las yemas y de las palmas humanas que estuvieron sobre él. El roble, el pino, el cedro, la encina son materiales del hogar, cosa íntima y dulce; ellos recuerdan la silla, la mesa, el lecho; no fueron creados para existir al aire libre como los mármoles, los ónices, los alabastrós, sino para exhalar en la casa de los hombres, en la penumbra tibia y sufriente del hogar.

He quedado mucho tiempo delante de esta puerta de iglesia. Tendrá esta puerta de catedral ocho o diez metros de alto y cinco de ancho; la hicieron para que dejara pasar anchamente las multitudes. El alerce tiene una barnizadura sombría que fraterniza con las piedras tristes, con las piedras austeras y anchas de la catedral toda con las naves heladas, con las figuras dolorosas de los altares.

Fue tallada totalmente, de extremo a extremo, y la hizo el artífice con una suavidad y una delicadeza que hace olvidar el leño, y pensar en los materiales más dóciles: las plasticinas, los encajes. Cien mil figuras enlazadas: motivos florales y humanos,

79 Escrito en México, en noviembre de 1922, formó parte del libro que le encargó la Secretaría de Educación de ese país, y que fue publicado en 1924: *Lecturas para mujeres*. (N. de los Eds.).

hojas que se enlazan, semblantes seráficos, ni rígidos ni blandamente graciosos, porque la rigidez no es cosa del misticismo católico y la gracia es siempre sensual.

Mirando esta obra inmensa, hecha para los siglos, como todo lo que hacían las generaciones anteriores a nosotros, pienso en el tiempo que fue necesario para entregarla.

Quiero imaginar a un solo obrero, porque el trabajo individual ennoblece más la obra que el de un grupo, el de una muchedumbre. ¡Qué lentamente iría avanzando ese obrero noblísimo! Tal vez comenzó la puerta en un día de esta primavera mexicana, luminosa hasta el resplandor; tal vez la madera que le entregaron tenía la fragancia vegetal de que está traspasado el trópico.

Fue pasando la primavera, vino el otoño y la dulzura de este solía poner languidez en la mano del artífice; llegó el invierno y la obra continuaba, y la mano seguía sobre la obra como soldada con ella, por esa forma intensa de amor que es la faena artística, en la cual el hombre se enlaza a la materia con una especie de entrega mística.

No debe haber sido muy joven el artista, porque el joven trabaja con cierta violencia, con cierto ardor que no es propicio a las obras exquisitamente lentas. Prefiero imaginarlo un hombre maduro, apaciguado en muchas labores análogas.

Tenía esa mano un poco blanda, pero no laxa, que está como traspasada de la belleza que ha ido creando a través de la vida, y que es toda espíritu de haberse posado sobre las obras maestras.

Estas manos de artistas envejecidos son hermanas, por su color amarillento y su delgadez, de las manos del viejo sacerdote, que ha sentido cuarenta años el roce del cáliz y la patente.

Voy creando el semblante de ojos ardorosos, voy haciendo el cuerpo encorvado que trabaja la puerta colonial.

Él, como todos los constructores del mundo, pasó como una sombra frente a su propia obra, que tiene también de mística el anónimo. El nombre del artista no se halla ni insinúa en un hueco; es menos glorioso que la hoja de acanto o de oliva glorificadas en la talladura.

Palpo con unción esta puerta, bajo la cual cruzaron los millones de muertos de una raza enorme, que es la mía, ennoblecida por el dolor que venía a apaciguar en las naves silenciosas. Y beso en una de las flores labradas al artífice desaparecido, el hombre que dejó tras de sí la obra perdurable sobre la cual cien años son apenas una veladura en el esmalte.

La jícara de Uruapan sigue siendo como la hija de Vasco de Quiroga que trazó su primer diseño. Ha persistido en la ingenuidad de su dibujo y en la sencilla sabiduría de su procedimiento. Como material, ella es la más ligera y firme laca que ha salido de mano de obrero; como belleza, en pocas cosas la materia vergonzante cobra tal donosura y transfiguración.

La calabaza, terrosa cual el surco, primero es pulida por el indio. Cuando ya la superficie ha aclarado el color, el obrero saca de un insecto, cuyo secreto es solo el suyo, el tinte intenso con que la tiñe. Pintando el fondo, corta delicadamente la parte donde irán las inscrustaciones, y hace éstas con ojo tan certero que resultan eternas. Se puede romper la jícara sin que se desprenda la guirnalda que la ciñe, amantísima.

Los tintes que el indio da a la jícara son vivos. Pone en su creación los colores ardientes que pintan la tierra cálida, los mismos de su traje y su sarape. Son las gentes del trópico que llevan vestidos casi luminosos, en que el color parece que canta.

Dominan en la jícara los fondos negros o verdes, sobre los cuales resalta el motivo ornamental, por lo común en rojo, destacándose violento como se destaca el tigre azafranado en la pradera de hierba. El más hermoso fondo es sin duda el negro. Sobre él parece que las rosas sangran más o que la guirnalda de hojas verdes se vuelve como húmeda de puro viva.

Sin saberlo, el artista indio sigue en su pobre jícara la norma espiritual que siguen algunos artistas de la palabra en sus creaciones. Fondo negro de betún tienen las figuras escarla-

80 Este texto apareció primero en *El Mercurio*, de Santiago, el 30 de septiembre de 1923, y al año siguiente en el libro *Lectura para mujeres*. (N. de los Eds.).

tas del Dante en el Infierno; fondo negro también las siluetas en rojo de Doŝtoievski.

Así hay entre las artes más complejas y más humildes una correlación mística; así quedan por ella unidos, aunque no lo reconozcan, el artesano encorvado sobre su laca y el hombre que trabaja con la santidad de la palabra.

El hueco de la jícara está siempre teñido de rojo. Es otro maravilloso acierto; en el interior, el pan o las frutas están como arrebolados por la sonrojadura ardiente.

La forma de la jícara varía mucho: desde el guaje alargado, del que se hace una especie de bandeja elegante con forma de brazo, hasta la calabaza perfectamente redondeada, que es muy escasa. Cuando se la encuentra, se hace la jícara más bella. Pero el indio, forzando la calabaza con la humedad, suele corregir la forma imperfecta y la vence; enmienda la parquedad que tiene la naturaleza para dar formas perfectas.

Partiendo del corriente plato ahuecado ha ido lejos el indio; ha llegado a hacer la cajita, que es un estuche consumado, la relojera cuadrada y otros muchos y lindos caprichos.

Lo más noble de esta industria es la sencillez de los materiales y la proximidad a que los tiene el indio. Cualquiera suelo le entrega el fruto, del que no hace sino volcar la pulpa seca, su entraña muerta; exprime el color de los insectos que suben y bajan de sus árboles; un cuchillito ligero basta para las incrustaciones, y la palma arranca el lustre por la frotación ardorosa.

No tiene esta industria la necesidad de la máquina fea y pesada, llena de frenos y piezas, que rinde al obrero con su exceso de fuerza. Por esto ha sido un trabajo de mujeres. Con el guaje en el regazo, como un hijo en el corredor de su casa o bajo el plátano familiar, hacen sencillamente, cantando a veces, como si fuera también una maternidad, su labor, y ni siquiera saben que ella es maravillosa.

Y la materia es noble, porque puede perdurar. El calor del sol no la resquebraja, la humedad no la pudre, aunque la ablande un poco. ¿Y qué intimidad tierna tiene esta jícara, no doblada por gárfios ni hierros, hecha con la pura presión viva de una mano de mujer!

Hace años, cuando el dibujo era todavía una cosa pedante por el exceso presuntuoso de exactitud, por el necio detalle, debieron parecer descuidadas estas figuras ingenuas de hojas, de flores, de venados, que el indio trazaba en la mejilla de la jícara. Pero el concepto del dibujo ha cambiado, ha vuelto al primitivismo inocente y dichoso, y la decoración del indio en el costado de la jícara resulta ahora una labor perfecta, que podría ser llevada a los grandes mercados del mundo.

De los griegos se ha dicho que redujeron su industria a pocos objetos, que solo hacían vasos, telas y flautas. Otro tanto puede decirse del indio mexicano: en la ánfora de Guadalajara da la figura central y noble de la mesa, en las telas de Toluca y de Puebla entrega a las mujeres sus trajes de tonos vibrantes, y en los violines y en las guitarras de Pátzcuaro da la materia sensible, propicia para entregar el divino temblor musical.

El pequeño país ha sido labrado como una joya por la forja de sus volcanes, afinado del juego aquí y allá por derrumbe o explosión; más manipulado por Plutón que ningún suelo del mundo. La geografía del país por esto, al revés de todas las geografías, es una especie de génesis continuada, que no se cierra como la de los otros países terrestres; hay una extraña creación constante y atrabiliaria que hacen del lago de hoy el río de mañana; o de la montaña de lomo bovino, un enjorobamiento de cráteres sucesivos; del llano de caña o café, un cono inesperado: la geología salvadoreña es más el reino del fuego que el de la tierra y está llena de una imaginación juguetona y terrible. Nuestra cordillera de los Andes también se trae su médula espinal ígnea disimulada bajo un espinazo elefantino; pero los fuegos de la matrona nuestra andan metidos en más hondura, y solo de tarde en tarde alcanzan a repechar su propio obstáculo y a evidenciar su amenaza. El Salvador es la tierra del fuego en la dermis, que salta encima cuando quiere; o, mejor que eso, un barreno hecho por violencia para cernerse con la polvareda, de vapor, llama y ceniza, pero haciendo su ahechadura al revés, hacia arriba, hacia el cielo... y de todo eso ha nacido una tierra vegetal preciosa, espaciada o trufada de fuego en donde se la toque.

Cada generación salvadoreña ha conocido novedades en la cara de Ceres, que es inmutable en todas partes, y los niños de este país de cuento saben que la tierra suya es tornadiza y atrabiliaria como el mar mismo.

81 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 29 de mayo de 1932, y en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 2 de septiembre del mismo año. (N. de los Eds.).

Caminar a lo largo de los treinta kilómetros que corren de Ahuachapán a San Juan de Dios, para saberse lo que es una tierra volcánica, es decir, el fuego en acto de posesión de un territorio, los ausoles pequeños —fumarolas—, que dan solo una voluta de humo y los mayores que muestran desde lejos su pesadilla revuelta de negros y grises; las fuentes hirvientes donde desollar en una hora al buey del cuento, y la fantasmagoría de los géiseres cargados de cal, que trabajan como una legión de artesanos locos en hacer pirámides, agüjetas y barroquería de forma y color.

Se sabe entonces que de veras el fuego miguelangelea y ticia-nea sobre las cosas, cogiendo y gozando las arcillas de todas las calidades y los tintes: desatentados ocre, azafranes y cárdenos. De veras el fuego es tanto el tatuador como el pintador y ha tomado la tierra fina de este país como un herrero fantasma de mis infancias que se las había arreglado para darme en un pedacito de hierro todos los colores existentes a base de morados, verdes y granates.

La historia de los volcanes, de puro extraordinaria, da espejeos y encandila al que la oye o la lee.

El Izalco se puso a nacer, como un hijo de hombre, a ojos vistas delante de los pobladores, allá por 1700, en una llanura ganadera, y como un hijo de hombre ha crecido en cuerpo, y erupción tras erupción, hasta su adultez viril de volcán con faldas completas y cono perfecto. Comenzó echando de las entrañas rabiosas peñasquería y lava gruesa, para acabar en la humareda mansa de este tiempo, que se disuelve en una ceniza dulce que le afina más y más los rasgos de criatura dionisiaca, que se va volviendo pitagórica. Dos mil metros ha echado cielo arriba y continúa la extraña industria de labrarse a sí mismo, trabajando por sus tres cráteres escondidos el día y la noche. El Faro del Salvador lo llaman los marinos, y, en verdad, aupado en pocos años y manipulado delante de sus gentes como un faro cualquiera, su nombre casi no lleva metáfora. Al revés de los demás volcanes centroamericanos,



que así aceptan, en una complacencia de patriarcas amables, vegetación de selva y hasta cafetales sobre su cabeza o en medio cuerpo, el Izalco. superabundante de calentura todavía, se muestra en la genuina calvicie ígnea, que conviene a la forja que se continúa.

Aunque se dé al Izalco, para elogio suyo, el nombre de Faro del Salvador, es otra la montaña bautizada con el nombre del país. El volcán San Salvador engañó muchos años con su forma de simple montaña inocente cubierta de vegetación, guardando solo en lo alto como una confesión, una de esas lagunas maravillosas que se hallan en los viejos cráteres: cinco kilómetros de circunferencia del gran jade líquido e intocado, que regala con su vista nada más que al cielo. Sin embargo, una tribu de conos apegados a la masa del San Salvador en una cachorrería geológica, insinuaba al volcán en la masa patrona, hasta que en uno de los conos segundones, el Quezaltepeque, confesó en pleno, en una erupción de hace pocos años, su condición de volcán. Los indios, más sabedores del secreto de su suelo que los blancos, lo sabían volcán capitaneador de sus cachorros, por las fuentes termales de las faldas y por el aire malo, atosigando hedores, que les hacía interrumpir la cosecha de muchos días en sus alrededores.

Las enormes masas de lava del Quezaltepeque se pueden ver todavía en una especie de camino negro de demonios, en una cauda de materias vomitadas a lo largo de kilómetros.

Aventador de lavas mayores y criaturas plutonesca de veras, es el volcán de San Miguel, que casi no tiene cráter, de tenerlo en cada ocasión donde le place abrirlo, y resoplar hasta por catorce horas al mismo tiempo, dejándose ocioso el principal, que es una magnífica tarasca de tres kilómetros, por donde podría desahogarse el buen furor del planeta si quisiera quedarse en sosiego. Copos de vapores por todas partes y, a los pies, un verdadero valle de fumarolas por donde hacer un paseo maravilloso, aunque un poco infernal, oliéndole a la tierra el hedor de sus entrañas de azufre, de alumbre y de las otras

cosas fuertes que le gustaba chupar a la Sibila, pero que desvanecen al pobre hombre acostumbrado al puro olor de sus piñas y de sus mangos.

El lago de Ilopango, de nada menos que setenta kilómetros, traía locos a los indios con las subidas repentinas del nivel, que para ellos eran una especie de pechada mala que hacía el monstruo de las profundidades en cada temblor. Procesiones de desagravio y acarreo de ofrendas en cada uno de estos trances, desde la guirnalda de flores hasta las bestias propiciatorias, y el lago precioso y sacarrón aceptaba aquello con su indiferencia de dios lerdo o de dios demasiado dios, para tomar en cuenta canastas florales o corderitos. Hace unos doscientos años el Ilopango desarrolló su pirueta más gallarda de ascenso de aguas. Unos derrumbes cegaron al río Jiboa, por donde alivia, y el lago se puso a subir como una prueba de atletismo, y subía espumajeando como una marmita ya sin las lamentaciones del coro trágico de las indiadadas, hasta que venció sus propios bordes y comenzó a vaciarse en un aluvión tal sobre sus faldeos, que en algunos días bajó diez metros de nivel, como una bestia pictórica que se sangrara hasta la medida de su bienestar. Allí volvió a quedar, rehecho y nuevo, con islas e islotes a montón y una cara nueva que aprenderle.

La Laguna de Alegría que doncella, más verde que cualquiera agua verde en el remate del volcán Tecapa, merece bien que se la cuente aunque sea pasando. Ella se las ha arreglado como el mito se las arregla para ser fabuloso y posible; ella tiene una orilla caliente y una frígida, con una intermedia de tibieza. Al que la quiere probar, le da en la lengua un sabor ácido que le quita la curiosidad del saboreo y contiene debajo de la acidez una terrible mezcla de sabores revueltos.

El producto representativo salvadoreño lo constituía el bálsamo, o sea, el grumo resinoso de un curioso árbol, parecido a San Juan de Dios, en su aplicación a curar llagas y otras fealdades que da de sí la piel nuestra. El producto fue famoso durante la Colonia y, como también por este capítulo los países grandes

se comen el prestigio de los pequeños, nadie conocía el bálsamo maravilloso como resina de un árbol centroamericano, sino como bálsamo del Perú. Los españoles querían esconder el lugar nativo del árbol extraordinario, que rezuma esa medicina natural, y para despiñar a los buscadores, se las arregló de esa manera: bautizando la resina bajo el nombre peruano, con el que ella ha recorrido el mundo y ha estado en las bocas alabadoras de la campesina de Chile o de la curandera balcánica.

Ahora le está pasando cosa peor que eso al santo bálsamo y es que su grumo entra anónimamente en la preparación de innumerables jabones, emplastos y polvos, los cuales ya no llevan ni siquiera el apelativo falsario, sino la enjuta marca comercial que, como las cosas del tiempo —bancos y sociedades—, no lleva rubro, ni confiesa paternidad de país.

Costa del Bálsamo se llama todavía, con lindo nombre, la región donde el árbol populaba; pero en cualquier parte del país lo encuentra para conocerle la talla de suma gallardía, semejante al eucalipto, y para tocarle el tronco de las heridas siempre manantes el viajero curioso que gusta de averiguarle a un territorio un poco de su índole en la vegetación y el bestiarío originales, porque ellos suelen decir de una región tanto como el grupo de sus hombres.

Relegada a segundo término la explotación del bálsamo y acabada casi por completo la del añil, El Salvador ha entregado dos tercios de su suelo al cafetal productor, que rinde en abundancia y en calidad todo lo que le piden en un suelo tan generoso.

Cafetales por donde se mire, todavía más que en Costa Rica; cafetal en laderas volcánicas, en axilas de vallecito, en costas bajas. En doce días de caminar con los ojos pegados en el campo de pura maravilla, la mirada se acostumbra a este cultivo que es, al lado de los frutales o del algodón, uno de los más lindos en el orden de la limpieza y de la pulcritud. Las grandes lluvias no alcanzan a hacer pantanales en ellos, porque el sol alacranado lo seca todo. El campesino anda siempre duendeando bajo ese

ramaje del cafeto tan asaeteado de luz en una fineza que es casi la del mirto, limpiando el plantío, como el hombre chino el del té, con unos cuidados casi femeninos de puro escrupulosos.

Los escritores y dibujantes apenas se han ocupado en decir del cafetal, que tanto se lo merece, en sus tres turnos: el de la floración embalsamadora que evade el naranjal, el del fruto en bonita rojez contra la rama verde barnizado y en el de su cosecha por las mujeres, que ya hubiese querido conocer Virgilio, para cantarla paso a paso.

Resulta graciosa la disputa que llamaríamos Caribe, por la preponderancia y la honra cafetalera, que yo me he oído desde Puerto Rico a Guatemala. Puerto Rico cuenta en su favor de la vieja tradición de su café, una fama que anda en páginas de clásicos españoles y hasta en antiguas canciones. La patria cafetera clásica no necesita para vender publicidad loca ni alegato en el mercado; ella vende todo el café que alcanzan a dar sus plantíos.

Pero después de la buena fortuna puertorriqueña, vino la producción de cada uno de los países centroamericanos. El de Costa Rica convenció a la clientela europea; el de Guatemala ha ganado el premio cafetero de una exposición reciente donde se exhibían todos, unos tras otros; Colombia impone en París de más en más su producción, y El Salvador se ha ganado el puesto más próximo al hermano mayor puertorriqueño y logra también venderse sin esfuerzo en las plazas de la competencia.

La disputa coge al viajero que, precisamente, atraviesa la zona del café, o sea, el círculo caliente del Caribe y... lo pone en aprietos para saber cuál de las dos se lleva la razón.

He aprendido en la discusión, y no es poco, que es mucho más fácil apuntar dentro de un bloque de cosas malas la peor, que apuntar dentro de un bloque las excelencias, la nuececilla de lo óptimo. Por algo se ha dicho por ahí que lo desagradable puede decirse hasta el grado de lo repulsivo; pero

que lo dichoso se mete en las vaguedades de lo inefable y allí desaparece para nuestros ojos.

Con lo cual yo no sé qué me place más entre mis tazas de café, bebidas en tres meses de viaje por el reino del néctar negro. Bebedores sapientes los hay como para trazar la línea de las bondades y las fallas: unos Brillat-Savarin criollos, quienes algún día nos pondrán sobre el papel el mazazo de la prueba... en la que tampoco creerán los disputadores.

Digan lo que digan de la obligada fealdad de la máquina, a estas luces rosadas de las seis de la mañana en San Juan, yo miro hermoso y bien hermoso el aeroplano de mi primer vuelo. Aquí está, en la competente desnudez del aeródromo, al centro del campo, sin cosas que distraiga de verlo y de gozarlo, desnudo de la desnudez metálica, que es la mejor, iluminado y luminoso, con las alas en alto y los pies de rueda posados, como no lo hace el pájaro, y, antes de usarlo, yo lo miro y lo toco al mirado porque me gusta querer lo que me va a servir, al revés del ingrato.

Los tres motores ya ronronean y el ruido cubre el ámbito; su resollar me coge a mí antes de cogermela pisadera.

Tan bonita es su esbeltez que se le olvidan contextura de fierro y peso; tan apropiadamente blanco que se toma toda la luz difusa de la montaña a medio subir.

Yo he postergado como los más cerriles y las más cerriles, el viaje aéreo y es la necesidad la que me ha vencido al fin este miedo romántico rural de una María de Isaac ya vieja y de un Martín Fierro de Elqui, todo junto.

Somos no más que cuatro y subimos al segundo pitazo. Los asientos resultan familiares de estar muy juntos y la cabina esta vez no importa nada, porque la cabina verdadera es el buen cielo antillano que nos guarda. Alguna cosa de cómico tiene la vuelta de la máquina sobre el campo antes de largarse, la comicidad de animalote híbrido hecho para suelos y aire.

Ya subimos, y aunque tenía el ojo puesto sobre la rueda izquierda, no supe bien cuándo fue que salimos.

Me acuerdo de unas lecturas sobre el vuelo y en especial del vuelo contado por Andreieff. Esa embriaguez la probará la del piloto, que no es la nuestra. Arrellanados en una silla de marroquí, sin riesgo ni incomodidad, sin aire circundante, más burgueses que el grueso viajero del pullman, más que el de camarote de barco, cuanto tiene de heroico y de libre un vuelo, nos lo mata la posición y la redonda seguridad. Lástima de fraude.

A pesar de esta conjuración de vulgaridad y de confort, yo me empeño en sentir el vuelo, en probarlo sobre mí y en darme cuenta.

Ya me despedí de la dulce y querida isla de Puerto Rico en mi montón de amigos buenos. Ahora no me ocupo de la tierra que vamos pasando y pongo toda mi atención en sentir el vuelo, empecinada en que el viaje resulte diferente y no se me aniege en la memoria con mis dos mil viajes de tren.

El día es tan quieto, tan seguro está también el aire, que no tenemos balanceo alguno, sino apenas uno que otro viraje que yo siento gracias a mi atención, o a lo mejor, a mi buen deseo.

La máquina de volar es ya casi perfecta y si no fuera por el resollar que han de vencer en ensayo próximo, se la olvidaría enteramente. Yo quiero sentir el aire y el abandono en la cosa versátil, pero el buen piloto y el mejor mecánico se las arreglan para que la maravilla se mate a sí misma.

Mejor es que mire la tierra, la isla que es tan pequeña como para que, en un mes, la haya atravesado yo tres veces.

¿La puerilidad que se vuelve la tierra en un momento! Pasan los palmares, “los altos palmares”, que todos han dicho y son una especie de pobre maizal ralo y bajo; pasan los toronjales de mi embobamiento y son un huerto de kindergarten; chato e ingenuo pasan los platanos voluptuosos y cada uno de ellos dibuja una especie de punto de cruz en la tierra, el punto

de cruz de cañamazo escolar; pasan los campos de caña de azúcar y de algodón, y me distingo los primeros gracias a mi ojo experimentado en su verde neutro y sobrio que se separa del verde baladí de los segundos.

Mi isla, mi graciosa isla, tan linda de ver cuando se anda por ella a pie, a caballo y hasta en el automóvil estropeador del paisaje.

Una gracia solo le queda a mi isla: la de las colinas que la rizan entera de un rizo continuado y menudo que es casi el rizado mecánico de las Venus modernas. Sus olores fuertes se me acabaron; su color se me destiñe y ahora únicamente puedo gozarla con un tacto imaginativo en las colinas insistentes, blandas y verdes, que no se le acabarán hasta que no se acabe ella misma.

Ya se nos quedó atrás, a los pasajeros que son de ella y a mí, que también lo soy por mi amor viejo de las islas y sobre todo de estas islas nuestras.

Ahora es el Caribe absoluto, el mar con nombre salvaje de indio salvaje y que en torno de Puerto Rico apenas tiene oleajes, abrumado de calor como la gente antillana, perezoso para levantar marejada, pero bello siempre de azul legítimo.

Yo no sé si la madre Ceres trepada en un aeroplano 1931 sentiría humillación más grande que la mía de ver su tierra reducida a pizarra con palotes y cuadrados infantiles. Porque yo soy tan terrestre como ella, y siento la humillación y me duele.

Maestra de geografía unos años, caminadora siempre del suelo verde, metida treinta años en bolsillos de cordillera, ¿cómo este vuelo me desprestigia el ídolo con solo achicármelo!

¿Era no más que eso la tierra, la muy definitiva y la muy ancha? Era no más que eso: un garabateo de ríos que se vuelven hilachas de sembradíos en rombos primarios.



Yo no tengo ninguna gana de que sea no más que esa jugarreta de niños sin imaginación en una bandeja de arena y paja. Entre estas dos cosas: que se me prestigie el aire en vez de ella y cielo se me desate más para que yo trueque por el suyo mi culto de la vieja madre, ya optaré por no volver a subir, por no volar de nuevo. “Románticos somos” y mi romanticismo del suelo boscoso y de las montañas me duele en la prueba como todas las vanidades alimentadas mucho tiempo. Yo no aprenderé a volar, aunque me vendan en pocos años más aquel aeroplano mínimo y unipersonal de que hablan ya los alemanes Yo quiero a esa que está allá abajo, descolorida, desabrida y aplanada, y no tentó ni disposición ni tiempo para desaprobar este amor que me afirme y me satisfice.

Ahora la isla ya no es nada, ni apunte borroso. Vamos entre los dos inhumanos que se llaman aire y mar, hermosos y salvajes inhumanos.

Haremos con el aire lo que hemos hecho con el mar; poblarlo de maquinitas resopladoras y nuestras, y él se nos quedará tan árido y tan hosco como se nos quedó el otro: solo la tierra es soda de nuestro dulce negocio de vivir y a mí se me dobla en el vuelo la ternura de ella como de la nodriza vieja que, baldada y grotesca, se quiere aún.

El Caribe que jugó de desmenuzar en miga el continente (o alguno que aquí estaba) ya nos pone allí la otra isla, la vieja Española. El precioso archipiélago le cumple bien a la aviación sus antojos con esta y la otra pisada oportuna, con esta pasadera de islas en hebra, que ella toma y suelta en un itinerario de jugarreta.

Tierra boscosa en masas: ingenios de azúcar; pueblecitos rojos, pueblecitos abigarrados y luego la Santo Domingo clara y derramada. Los amigos, otra vez los amigos, que me ahorran los fastidios del desembarco y la búsqueda de la calle que nunca sé.

En Martí me había sido anticipada Cuba, como en el viento marino se anticipan los aromas de la tierra todavía lejana. Pero yo no sabía hasta qué punto José Martí expresó a su isla, con su ardor y sus suavidades inefables, y no sabía tampoco hasta qué punto los cubanos todos prolongan en la carne de su corazón estos atributos de la isla y de su artista: la generosidad, la efusión. La tierra se ha puesto a hacer el fruto de la miel más consumada y de la rojez más intensa, a la vez que las almas calurosas. Y siempre se confundirán para mí en una noble armonía, la mañana, espléndida de luz, hasta ser cegadora, en que yo he desembarcado, y el afecto con que se me recibiera.

Empiezo en Cuba mi acción de gracias hacia México, el noble país que me ha permitido atravesar mi mar Pacífico, en un vuelo lleno de embriaguez, y venir bebiendo paisajes nunca alcanzados en el ensueño, con estos ojos míos, los siempre sedientos de la luz plena y del rico calor, y gracias le serán dadas a México también por esta otra maravilla de ensanchar con este viaje mis alianzas espirituales, de allegarme con el mayor conocimiento, el mayor amor.

Toda la desvinculación, la quebradura de esta América Latina en retazos de patrias recelosas o indiferentes unas de las otras, no tienen más razón que la falta de conocimiento. Los países que besa con su lamedura de sal y de ardor el mar Caribe se aman, porque como los amantes que se hallan próximos, están mirándose a los ojos: México, Cuba, Santo Domingo son hermanos de verdad, no de retórica. Pero las patrias australes apenas conocen a estos países por el cristal del canto de sus poetas y por cosas menos felices: por las noticias cablegráficas reducidas y grotescas. Los viajeros del sur son casi siempre hombres de negocios o viajeros de placer.

83 Texto escrito en julio de 1922, durante su viaje a México. (N. de los Eds.).

Los primeros miran estas tierras con esa prisa que yo llamaría fenicia y que no puede conducir a la simpatía. Los viajeros de placer van casi siempre de tránsito hacia aquella Europa que es todavía la superstición de nuestra América ingenua.

Es necesario, pues, que viajen los que pueden mirar con ese reposo que es una nobleza, los que no traemos prevenciones contra esta América y los que, en fin, podremos devolver la visión esplendorosa en la palabra, y a derramarla en los sitios donde la América una debe hacerse: escuelas, sociedades obreras, la prensa.

Doy también gracias por este maravillamiento que ha cogido mis ojos a mi suelo, que es perfecto en un sentido que voy a explicar: Chile afirma su espalda en la cordillera. Ella le da calma y firmeza, pero mira al mar, hunde sus pies como un niño en la gran agua azul que es el elemento de renovación por excelencia. Con solo un cuenco de montañas, hubiéramos tenido el ojo mezquino, sin sed de extraños horizontes y ese deseo de persistencia absoluta que dan los regazos estrechos de las cordilleras. Pero la lengua del mar, a lo largo de nuestra costa infinita, nos está invitando desde que nacemos al viaje renovador, al viaje que redime de egoísmos y enriquece de simpatía, y por eso os digo: recuerdo y alabo mi suelo, que me dio el ansia que hasta aquí me ha traído.

Siempre se han pintado los viajes como una mezcla de alegrías y de dolores, para el hombre o la mujer que dan la espalda a la tierra nativa y que llegan a otras costas hormigueantes de rostros extraños. A mí me ha fallado hasta ahora el dolor que debió tener mi experiencia. He sentido la soledad solo en el mar; la aproximación a las costas extrañas ha sido una cosa tierna, como la aproximación del niño al seno de la madre, abandonado unos instantes. Y esta impresión es particularmente la de Cuba. No hay forma que yo sienta la nostalgia en medio de una luz que baña como para poseer, y en medio de unas gentes cuya simpatía penetra y enciende como la luz.

Conocía de Cuba los hombres ilustres y las publicaciones que como *Cuba Contemporánea*, van buscando fraternas a través del continente el corazón de los poetas; no conocía a la mujer cubana de hoy, a los descendientes de aquella vigorosa y espléndida Gertrudis Gómez de Avellaneda, y esta revelación de la mujer cubana moderna será, con el paisaje tropical, mi panorama de la isla.

En Dulce María Borrero, la poetisa ilustre y la mujer llena de sencillez y cordial señorío, me llevaré yo la visión de todas las mujeres que aquí me han recibido, maestras y escritoras; de este modo un solo fruto revela, con su pulpa dulcísima, a la llanura entera de surcos ardientes.

Desde el fondo del corazón agradezco a los amigos de *Cuba Contemporánea*, de *El Fígaro* y de *Social*, y de éste como viejo amigo mío Ramón A. Catalá, esta honra inolvidable que no merezco y que mido en su valor para pesar mejor su generosidad.

Estas son las cosas de mi isla de Puerto Rico, que yo veo juntando los párpados, no tanto que las busque en el golfo interior donde se me vuelven símbolo, ni entreabriéndolos tampoco para que la tierra de Cuba me las confunda con las tuyas, al igual que las caras de las dos hermanas que desesperaban al de la canción, como nos desesperan las confusiones.

Estas son las cosas, que navegando el mar Caribe y dejando atrás mi isla pequeña, con las gentes que en ella quiero y me quieren, venía yo mascullando en el aeroplano, por deseo de que no se me olviden, ni en la mañana que está cerca ni en el nunca, que no está.

Estas son las cosas que si vuelvo nunca a Puerto Rico, haré que me cuenten y me recuenten, para que no se me deformen con el recuerdo recreador que es el mío, el cual rehace los objetos por pura ansia de resurrección y así los desfigura. Estas son las cosas que en este trance me mandarán mis amigos, en fotografías, o bordadas en punto de cruz, o talladas en la calabaza del coco, o en simples cartas de un grafismo de Epinal.

Estas serán las cosas que cuando me muera, si quedamos un tiempo como dicen, entre el cielo fino y la tierra gruesa, yo bajaré a verle a mi Puerto Rico, en ese vagabundeo arrastrado de niebla de las cinco de la mañana, que hacen los muertos.

Catorce cosas son y se me parten en porciones de siete, que es como todo se me divide en la miga de la memoria, pero cada

84 Escrito en Santa Margherita Ligure, en la provincia de Génova, Italia, en diciembre de 1931 y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 10 de enero de 1932, y luego en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 24 de septiembre del mismo año. (N. de los Eds.).

una es tan excelente que vale las trece restantes y me hace mucha falta en la dicha si se me queda afuera.

Hay que leerlas sin pensar que las alabadas más breves sean mediocres, sino que por decir algunas ansiosamente se escapan con un solo golpe de aliento.

La tierra de Puerto Rico se dice en primer lugar, ya que es la mesa en que voy a acomodar las demás para lucirlas.

La tierra es más blanda que en parte alguna y no ha hecho sino intentona de montaña en la sierra única. El resto del territorio es una arcilla menos que arcilla, tan suave por servicial que el demiurgo ha debido hacerla después de las tierras de cuarzo y pedrusco, cuando la palma ya tuvo ganas de amasar pulpa para descansar.

Al que la cultiva no le cansa y al que la camina le va mimando los pies. (La metáfora de los caminos que nos sangran no sirve para ustedes, Chevremont y Torrents, puertorriqueños). El bochorno la quebraja ocho horas, y la lluvia le junta los labios enseguida, y aunque ríos-ríos no tiene, sino casi ríos, el río cotidiano y vertical de la nube la asiste suficientemente.

Las mil colinas se dicen las segundas. Cosa tan blanda como ese suelo tenía que rizarse al igual que el cabello dócil; cosa tan dulce tenía que puerilizarse, y ella se puso a hacerse o a dejarse hacer ondulaciones jugando consigo misma. Alguno habrá contado la cifra exacta de esas colinas, ¿tal vez el felibre Ramírez?, que es el hombre que más averigua esa tierra, y si yo viviese en la isla, como no le dejara colina por subir y bajar, me la sabría también.

Los fabulistas que vengan deben inventar fábulas sobre este capricho del suelo de redondearse moños, de amasarse jícaras boca abajo y de dibujarse caracolas sentadas. Los indios caribes sin duda las hicieron; pero fueron barridos de la isla y

ahora están acostados con su folclor entero en lo oscuro: un mito al lado de cada calavera seca.

La atmósfera se dice la tercera. El cielo tropical es absoluto, de un absoluto teológico, y de lo que he visto yo en mundo nada convida como este cielo tropical a pensar, a querer y a hacer las cosas en el orden de perfección, de éste que agota el azul posible.

El mar está ahí, el mar está allá: con caminar poquito se le deja y con caminar poquito se le vuelve a hallar: maravilla de la isla y de las islas. En las otras tierras el mar es ribete del ojo y pizca de sal en la boca; en las islas se anda regustando la sal como un grano pegado a la comisura, y si el mar es padre para la vista, es madre por este saboreo. En esta atmósfera está bien cualquier cuerpo, pero los mejores están como en ninguna parte, y se ven cabales y se sienten cabales. Al cocotero no se le ocurre existir en otro ambiente que lo borronce y aquí se ha puesto a doncelear. Como el cocotero hay que hacer para sabernos nuestra sombra e ir a la isla antillana donde la luz nos recorta y nos confiesa.

Los cocotereros se dicen enseguida; las palmas, que no se cuentan. A cada indio muerto el español plantó una palmera viva, rehaciendo el paisaje lo mismo que la raza, para olvidarse de la isla pasada, con indios y sin palmeras.

Cuarenta días de mi vida me estuve mirando este cielo nuevo para mis ojos, listado de cuellos vegetales, estriados al millón de palmeras, especie de telar que hace las urdimbres y deja que el canto de los pájaros y de insectos locos pongan la trama invisible pero vivísima.

Después me van a parecer los otros cielos como desnudos, bacantes de este soberano coro botánico. Cocotereros en procesión de Panateneas, palmares en masa trashumante que ha hecho un alto porque no sé qué signo de orden; palmas agrupadas en tertulia familiar, que cambian gestos de amigos.

Ellas se tocan con la cabeza y se huyen por el cuerpo; y sue-  
nan arriba duramente, pero siempre resulta una melodía en  
lo bajo lo que en lo alto es choque de cabezas crinadas.

El café se cuenta el cuarto y pudo también contarse antes,  
porque es el vestido botánico grande, y fino, y eléctrico de  
la isla. Tan ardiente y tan tímido como suelen ser algunos  
ardientes, el café teme al mismo sol que le hace su frenesí y  
pide caperuza de tutor que lo ampare y lo refresque. La gua-  
ba cumple el bonito menester; pero en Ituado lo sirve nada  
menos que la poma rosa. A causa de estos gustos mixtos de  
frescura y bochorno el cafetal anda trepando por lomas y  
quebradas. Como es el follaje cobijador el que se luce, al cafeto  
hay que buscarlo por las finas oscuridades de lo bajo, donde  
los ramilletes rojean con una ardentía confesada en el verde  
austero.

El cafetal de Llauco culebrea por las colinas con listón o man-  
cha, siempre velado, siempre delicado en la penumbra y vivaz  
de su fuego guardado. La tierra se llama Llauco, así con nom-  
bre diptongal, para que se oiga bien, y al forastero que pasa le  
apuntan este nombre a fin de que no olvide que este es el café  
arcángel entre los cafés ángeles del mundo, el trozo clásico  
del producto prócer.

El espíritu del café circula por los poros de esa tierra de miga-  
jón fácil y es cosa más notable todavía que el espíritu del vino  
en la viña de Virgilio, que necesita el cabo malicia de hombre  
para volverse pasión. Yo he dormido en esta tierra vehemen-  
te de Llauco y como al cabrito de la leyenda árabe, las venas  
del perfume del café, su alma circulante debajo de mi casa, me  
daba un sueño rico, hasta un poco alucinante, y todavía me  
siento la sien cargada de esa pasión que chupé y guardé tres  
noches de una almohada tan fuerte.

A un vicioso de este mixto de ardentía y aroma que es la taza  
de café, le he pedido la definición de Puerto Pico, y él me la ha  
dado más o menos así:



—El café asiático o africano se parece a esos padres que siendo solo buenos pasan a ser excelentes en los hijos. Los cafés americanos, y el puertorriqueño el primero, se han llevado delante en honra y provecho al padre árabe que emigró a tierra más feliz que su Yemen, al trópico antillano, para procrear estirpes de cafés. El café de Puerto Rico es viril por la intensidad con que salta al cerebro apenas bebido, y es femenino por la excitación sin daño que da a su bebedor. Al jazmín se le parece en lo de ser fuerte sin golpear el olfato y al sentimiento que conmueve y no agita.

Dejo como mío el elogio del bebedor y veo que me ha tomado el tono de alabanza que tengo al decir las artesanías. Al cabo el café es un trabajador duende de los nervios y lo más fino que pueda darse entre los operadores de nuestra sangre.

Los huertos de toronjos se dicen los quintos. Muestran el oscuro brillante de la vegetación robusta, porque en las plantas una savia demasiado rica ennegrece el árbol enmoreciéndole el color, con lo cual los toronjales tonifican el llano donde el cañaveral adusto lo emblanquecía demasiado, dando a los ojos languidez.

En los lugares donde el toronjal domina, la tierra de la maravilla revuelta que es el trópico —árboles pecho con pecho y resuello con resuello— se organiza romanamente en escuadrón de troncos bajos y gruesos, soldados de espada corta y escudo.

Los toronjales que yo no me conocía, me recibieron en fruto como para curarme gustos sensibleros de floración y se me mostraron con sus cuerpos ya cuajados de la toronja excesiva y perfecta. Cada uno parecía un carro de tribuno romano cargado hasta los topes.

Cuando los pintores de alegorías anden buscando la estampa del árbol cananeo con el perímetro cargado de fruto; cuando se asqueen de mitología sobajeada y no quieran ya pintar la sabida Pomona del pecho acribillado de frutos, sino el mis-

mo árbol cargado y cargador, que se acuerden del toronjal de Puerto Rico, que cumplirá bien su encargo de estampa de la abundancia. Él sostiene cuanto es posible sostener en tributo si no se es un altar de piedra lleno de becerros judíos.

Una fruta casi monstruosa es la que cargan en el millar de globos que de un lado se queman con la lamida del sol hasta quedarse negros, y de otro guardan su color verdadero de miel verdosa, sin rjear nunca como los demás frutos congestionados.

Desde la cabeza a la mitad del tronco, un árbol muestra un estandarte frutal, quieto de su riqueza, y él entero es una especie de Carlomagno frutífero que se exhibe seguro de que no se puede poseer más. No se le desgajan las ramas leoninas y no he visto entre cargadores de leña ni de metal uno más cierto que el que puede cargar sin rasgarse.

El árbol del pan se dice el séptimo. El buen gigantón tiene las hojas en mano mitológica, partida y gozando el aire. Pocas ramas lo asisten lo mismo que a nosotros poco hueso, y por eso es tan humano que dan ganas de decirle padre —y se lo han dicho mongoles del otro lado—; carga un follaje escaso que es hermoso de eso mismo, de extender pocas ramas en la luz, donde se las puede contar. El fruto no sabe mucho, sabiendo en todo caso lo que la santa harina, y lo columpia grandote, de modo de hacerlo ver el dueño jíbaro para darle la seguridad de su mesa.

Árbol de pan, grande, sabio y sustentador, dotado con virtudes de hombre, yo quiero darle jerarquía en este mundo: primero, la palmera real de Cuba; después la araucaria de Chile; después, y lado a lado, el árbol del pan con la ceiba.

El árbol del fuego se pone el octavo, el que lleva nombre español en El Salvador y al que en la isla le han dejado el apelativo galo, bonito, pero advenedizo, de *flamboyant*, que habría que abandonar, amigos míos, porque la planta, tanto como los hombres y las bestias, quiere ser mentada en lengua propia.

Las avenidas de flamboyanes arden cuando viene el buen tiempo de la flor, y hacen pensar en las avenidas de las hogueras rituales, preparadas para el paso de la procesión sacerdotal.

Los árboles de ramas gesticulantes y ardidas dan la floración absoluta sin mezclarla con abundancia intrusa de hojas en un orden de ardor puro y si yo quisiera símbolo para mí, y que siendo floral no sea blando, del flamboyán me acordaría, que arde lo mismo que yo, como si Dios nos hubiese hecho a ambos en el mismo momento, a mí con la derecha de hacer criatura y a él con la izquierda de hacer planta.

Ahora viene como noveno el cordero del escudo. Ocurrencia rara del conquistador, al que le gustaban águilas y leones, este corderito que le dio a Puerto Rico, bien parado sobre el Evangelio.

El cordero industrial, de lanas gordas, eso no, sino un corderito como salido de la boca de Jesucristo en una bienaventuranza, con las patitas finas, el cuello delgado y un cuerpo solo suficiente. Contento se está allí de que su gente sea dulce, desprovista de voracidad y provista de suavidades, sabiéndose la amistad y regustándola en los días lentos; contento debajo, también se habría parecido a un cordero...

Ahora se dice la entraña de la isla agraria diciendo al jíbaro fundamental, autor del campo, proveedor de todo para sus gentes, excepto de la luz y el aire. Se dice el jíbaro español que vino de una raza hermosa, con cuerpo serpentino de Andalucía, parquedad castellana en el hablar y señorío en los gestos de vivir, y al cual han afeado los patrones con esclavitudes y hombres, y el trópico con sus siete plagas, de manera tan perfecta en la operación demoniaca, que ya nadie sabe que ese hombre de cara amarillenta y esqueleto doblado vino de España como vinieron los otros grasos de las ciudades aprovechadoras. Una se pregunta quién es, no siendo el indio americano ni el negro de las Jamaicas; se entra en sus casas que parecen un coco vaciado y puesto en el barro, y donde

caben los seis o los ocho; se le mira en silencio porque quién va a preguntarles nada de su destino sobrenatural de desgracia, si él mismo no puede entenderle, y una llora de él y por él, con el llanto corriendo garganta abajo, para que él no lo vea y no entienda su cabal desventura. Se dice al dueño de la isla que no tiene nada de ella aparte de su cuerpo, ni la buena casa, ni la mujer feliz ni los niños sanos. Fructifica la naranja bajo su mano de riego, la palmera entrega cuanto tiene de entregar, y el café no conoce otro curador; pero sus niños ven cómo naranjas y cafés pasan del plantío a cajas y sacos, suben a los camiones y se van por las carreteras blancas al puerto y a los puertos, sin detenerse ni por ocurrencia en la puerta de su casa a descargar y proveer.

La tierra labrada, hija de la máquina más la mano, y de ésta más el alma, la tierra cultivada y culta que casi habla, él solo la ha limpiado y organizado, y la conoce tanto como el cuerpo de su mujer; el paisaje es voluntad suya después de la voluntad de Dios; el aire del campo no vive conmovido de otra cosa que de sus azadas rítmicas, de sus pies desnudos como el de sus bestias y de las canciones que suele cantar y en las que punza la dulzura de las esclavitudes clásicas, egipcia, hindú o quechua.

Alabando la tierra de Puerto Rico y enumerándole mota a mota los cultivos, quien va a callar a su padre el jíbaro, el cual como en los mitos es padre, marido e hijo, todo en una sola pieza.

Olvidado el jíbaro, saltando en los libros de los escritores, tirado fuera del Almudena de la patria, en cuanto a bullicio o verdolağa, parece que no se acordara nadie de que él existe, sino el Dios autor de todas las gentes, que tiene el muestrario de ellas delante de los ojos y en el cual ninguna se le cae ni se le pierde.

Las ciudades se dicen las undécimas. La San Juan de Ponce de León, el que vino a sosegar en la isla locura de fuentes de la juventud que no estaban en ninguna parte y que le cansaron caballo y marchas de a pie; ciudad bien fundada, es decir,

bien asentada, con mar ayudador delante y todo el cuerpo de la isla detrás, como está en el barco la proa; luego se dice la Ponce andaluza de clara y de feliz, bien avenida con el calor fuerte que no la descoyunta y que la deja trabajar. La Mayagüez viene aún, la que es tan verde que habría que alzarle el follaje para mirarle la cara del caserío; y las otras y las otras ciudades. Mejores las aldeas que ellas a veces, por inocentes y por esa integridad de alma antillana que no se ha dejado estropear, viviendo de la toronja solar, viviendo de la caña que es el vestido vegetal de cualquier Antilla; o viviendo del mango o la piña que juegan al dúo de las frutas perfectas. Las aldeas y las aldeas hacen el cuerpo de la isla, y las ciudades son no más que el gesto político burocrático, lo que es bien para país agrario, para país honrado y sensato, sin calenturas industriales, atendido al suelo y seguro de él.

La puntada duodécima de alabanza para los trabajos de aguja. Las mujeres de Puerto Rico ni son mecanógrafas ni son contadoras, ni burguesas de mano sobre mano. Cosen para Nueva York, cosen para las Antillas, cosen para su misma gente. Cortan y bordan los vestidos tropicales de dichosos colores estampados; hacen las blusas que vuelven a la mujer floral de cuello a cintura, y los primeros de aguja absoluta, desde el encaje al recamo, insistiendo en el encaje, en el que repiten su propia luz. De la mañana a la tarde, la máquina corre con ruido sordo suave de agua más que de rueda. La estampa que yo les he visto es ésta: el busto rector de la obrera como fondo; los ojos de ella puestos sin distracción sobre la tela agradable de aderezar; la canción criolla acompañando la tarea y consintiéndole a la obrera que piense lo que dé su corazón, mientras gana la moneda grande, el dólar preciso de que come la vieja que ya no trabaja y el niño que no trabaja aún.

Melodías de máquinas de los cocoteros. Diez mil mujeres plantadas como tulipas en el suelo de la Antilla pobre. En el corazón se me aposente y no se me vaya esta música parecida a las otras que llevo: la de los trigales de la Araucanía, del río nativo de Elqui y la de la marcha perdurable de los indios de México.

El San Juan de la catedral capitalina se dice el décimo tercio. Tallado totalmente en un leño, como antes lo hacía el artesano magistral que se nos ha sumido en esta época, sacando frente, cintura y pies de la misma lonja de madera lo quisieron, hacerlo en leño oscuro, casi negro, por acentuación de la fuerza y del denuedo.

Es el verdadero Juan del Desierto, con el pellejo cubriéndole con su ardentía el lomo, con el paso sin miedo, bien adelantado, y con el mensaje que casi se le oye en la boca, despeñadora a la vez de la cólera y de la buena nueva. Ganas siento de ponérmelo al nivel de la boca para que me sople lo suyo, que buena falta me hace; pero está en lo alto y yo me quedo al nivel de sus pies, que no aconsejan sino andar... Sin embargo, yo puedo decirle un ruego por su isla:

“San Juan fuerte, no los hagas fanáticos, pero házmelos un poco absolutos para defender ciertas cosas. Ellos te han rezado siempre en español, a ti, santo judío que casi eras español, y quieren seguir rezándote en la lengua en que entregan mejor la entraña suya; ellos quieren guardar su suelo, sabiendo, por el judío entre otros, que es malo perder la tierra, asiento de los pies y del alma; y ellos quieren tener la misma honra de la América del Sur, la de ser dueños de sí mismos, que es la mínima posesión que podamos tener en este mundo”.

La lengua no se me queda sin decir, la vieja habla de Castilla guardada en los recovecos de las colinas, más pura que en nuestros valles abiertos de la América del Sur, donde la tradición se evapora con las aguas a ojos vistas; el viejo español pimentado de no sé qué clavos de olor costumbristas que no se hallan sino en la isla leal, con no sé qué anises de familiaridad que los pueblos duros del sur hemos perdido y que el acucioso Navarro Tomás va recogiendo aldea por aldea, como recogen los hijos las prendas de la madre en casa de parientes, donde bien se las guardaron.

Pero mejor que la carne de la lengua es todavía el dejo con que se la dice, la garganta enmielada por donde ella pasa perdiendo durezas de hierro peninsular que no caben aquí, en una luz tan dulce, y que no sirven en razas sin soldados sin pujo voluntarioso. En ninguna parte oí más tierna la santa lengua mía; habiendo vivido entre tantas gentes, ninguna me bañó como esta el corazón de las mieles morales de la casta. Para que yo entendiera hasta dónde llega la dulzura del idioma, cuando él quiere; hasta dónde él, que hizo el bronce cuando era trance de bronce, hace el óleo y se puede pasar si la ocasión es de piedad, al bálsamo consumado de la consolación.





A M É R I C A V



Gente literaria y oficial manda de Quito una circular acerca de cierta “Exposición del libro americano”, que preparan. La idea es óptima, arranca de un movimiento racial y unitario que advertimos hace cinco años en el país de Montalvo.

Hemos distraído varios años en una labor en parte avejentada, en parte cursi, en parte anticipada, de esa cosa que llamamos hispanoamericanismo. El mentado afán no resulta envejecido por la manera de mercancía romántica que muestra; nos parece cursi a causa de la literatura de mala calidad a que ha dado margen.

Pero lo más malo es que el movimiento coge un problema por la coronilla, olvidando todo el cuerpo del trabajo. Es necesario que comencemos por tocarnos los costados y vincularnos entre nosotros mismos antes de emprender cualquier obra o aventura con los países europeos, sea España, sea Francia o Italia. Y confesemos que el conocimiento de los sudamericanos cuando menos es primario y en el caso de muchas naciones escandalosamente nulo.

Me escribía hace meses mi bien querido amigo el argentino César Tiempo, contándome los ruidosos festejos que preparaba la Argentina para la recepción del presidente de Brasil. Me anotaba el amigo nuestra increíble ignorancia de la cultura brasilera en bloque y en porciones.

Así es, y el académico Ribeiro Couto, con quien traté el tema en el Portugal, me daba una queja cortésmente amarga sobre el desconocimiento trufado de desdén que la América de habla española tiene respecto de la fértil y crecida literatura brasilera.

85 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 30 de octubre de 1935. (N. de los Eds.).

No quiero dar un lamento lacrimoso sobre el puro capítulo de ignorancia literaria que existe entre nuestros pueblos. Aunque quiero decir alguna cosa, pasando, como si contase también para la honra literaria la categoría política y la económica de un país. La verdad es que las literaturas más difundidas en el continente corresponden a países grandes o a naciones que tienen vara alta en la política americana.

La prosa grande de cualquier tiempo, que es la venezolana; la poesía de Guatemala; el movimiento panameño de los últimos años y la resurrección de las letras ecuatorianas o bolivianas, apenas si asoman en revistas y diarios del sur, en alguna notita bibliográfica bastante desabrida. El fenómeno de Rubén Darío, hombre de patria pequeña, no alcanzó a redimir a su Centroamérica, como el de José Martí, su inmediato en excelencia, no ha beneficiado a lo antillano.

Volvamos al conocimiento, que de sumario es infantil, respecto de cada uno de nuestros veintiún países (añado a sabiendas a Puerto Rico). Más que libros de cuentos o de versos medianitos, hace falta que circulen de divulgación general, en primer término geográfico, en segundo de costumbres, luego económico, de esas patrias enrevesadamente varias y opuestas.

Lamentemos cuanto se debe, pero no hagamos demasiado alharaca, acerca de la información grotesca o inexistente de Europa sobre América. Tiene pegada al lomo el Asia y también se la ignora neciamente. Pasemos el estupor a lo que se sabe de geografía de la Argentina en Ecuador o de la de Chile en México. En cabezas bien nutridas que me conozco por allá, no hay sino unos dos puntos de sapiencia: Buenos Aires-Córdoba o Santiago-Valparaíso; el Plata y el Aconcaagua; México-Veracruz-Puebla. Productos: carnes, salitre, petróleo.

Celebré mucho hace un año un donoso libro, de fisonomía moderna, que escribió sobre su Bolivia, José Eduardo Guerra, y que se llama *Itinerario espiritual de Bolivia*. Es el tipo de los volúmenes que tendríamos que hacer en cada país y que con-

tendrían, en poca pulpa, las esencias de la nación en cuanto a historia, a descripción del suelo, a riqueza y a cultura. Un aplauso bastante complacido por la intentona.

Antecesores de la obra de Guerra, en renglón diferenciado, son dos libros donosos y eficaces del argentino Arturo Capdevila: *Córdoba del recuerdo* y *Tierra mía*. Hay todavía otro gran cumplimiento argentino respecto del tema: *La grande Argentina*, del maestro Leopoldo Lugones, obra que desgraciadamente no ha asomado por Europa a causa del sabido “qué me importa a mí” de estos países hacia la producción americana que no es del tipo hispanizante, galófila y germanista.

¿Cuándo se piensa en la pirámide Cheops de papeles ñoños, presuntuosos y calvos que publica cada ministerio de país americano! Estos crean y sostienen unos almacenes fantásticos para exultación del hongo, del moho y de los comejenes.

Volveremos algún día a este capítulo de los dineros oficiales malbaratados por el capítulo editorial y será cosa de reír o de torcer el gesto con cólera.

COINCIDENCIAS Y DISIDENCIAS  
ENTRE LAS AMÉRICAS<sup>86</sup>

Al primer golpe de vista aparece un abismo entre el norte y el sur del continente americano, en cuanto se refiere al hombre. El choque de la diferencia todos lo sentimos: a unos les duele y a otros los desalienta. Pero si en vez de buscar con ojo de entomólogo los focos de las disidencias, buscáramos los núcleos de las semejanzas, mejor nos iría, pues hay sorpresas.

Tal vez existan entre nosotros, americanos, cuatro suelos comunes, cuatro zonas de convivencia inmediata, o si se quiere cuatro lenguas subidas e inconscientes que poseemos en común. Idiomas morales son puntos de viejas citas olvidadas.

El del norte y el del sur creen en la libertad, aunque la sirvan de modos muy diversos: aquellos viéndola en un clima constante y nosotros en unos descomunales altibajos, o bien en turnos de pasión y de decepción respecto de ella. Pero libertarios somos todos en las esencias del ser, allí donde viven el deseo y la voluntad virgíneos. Esta es nuestra primera coincidencia.

La segunda podría ser la semejanza de la peana continental. El cuadrilátero del norte y el casi triángulo del sur son, a pesar del corte uña del canal de Panamá, una invitación al avenimiento. Los dos océanos y las seis lonjas costeras nos sirvieron de correos líquidos y de Mercurios pedestres, antes de que el aeroplano regalase una vialidad perfecta. Las regiones templadas las crean en el norte los meridianos; en el sur las inventan nuestras bellas mesetas andinas. La flora y la fauna, aun ellas, son más repeticiones que oposiciones. El continente realmente opuesto es la Eurasia, a pesar del tronco común

86 Publicado tanto en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, como en la *Revista de América*, de Colombia, en febrero de 1945. (N. de los Eds.).

que nunca les valió a las dos desventuradas personas para fusión alguna, ni siquiera para mirarse a los ojos.

El tercer ángulo de nuestro contacto es el espíritu de juventud: los Estados Unidos rebosan y crepitan de ánimo moza y también de euforia. Nosotros, los del sur, nacimos con más peso de tradición sobre los hombros. Digo peso, no plomo. Así, cargados y todo, bullimos como caldo de marmita y escandalizamos con la loca ebullición. Lo cual quiere decir que los pocos metales de la tradición fueron necesarios en el comienzo a fin de que no se rompieran las calderas.

Este metal está fundiéndose en el sur a ojos vistas: el vaho caliente de juventud y de creación que el norte deseaba ver en nosotros, el coraje para legislar, la decisión para rectificar los errores y cubrir la marcha retardada, todo eso ya se oye y se palpa.

El cuarto acuerdo entre las Américas disidentes no es expreso como los anteriores, es tácito, casi subterráneo y se llama cristianismo. Él amamantó a ambas Américas, aunque la frase parezca a muchos embuftera, la leche fue común, el regazo semejante, la canción de cuna repetía la misma quarteta divina, solo que con ritmo impar. Nacimos todos aquí balbuceando el mismo Dios, la misma redención y las ocho puntadas de las bienaventuranzas. Si el mongol hubiera pasado Bering y budistizado medio continente, este sí habría sido un nacimiento de fatalidad, un destino declarado de guerra a muerte y un tajo de secesión. Desgraciadamente conquistadores y pobladores habían dejado atrás a Europa envenenada, su cristianismo partido en jirones insensatos y aullantes. Duales y no unas llegaban las memorias de esta gente; las almas venían guerrilleras y, ¿por qué no decirlo?: llegaban tribales sus conciencias religiosas.

Así fue como el cristianismo, común a ingleses y a españoles, no les sirvió de nada a nuestros abuelos, no acercó, no allanó, no llegó a convivir, sino a levantar parapetos y a abrir fosos.

De las cuatro áreas de coincidencia que pudieron ser mejor tierra firme que meros puentes: amor a la libertad, territorio, creencia, espíritu de juventud, dos están ahora hablando fuerte, dos no han soplado la vida de los ojos: el riesgo de perder el alma a la vez que el suelo. El continente tenía que defenderse con un escorzo unitario y en un abrir y cerrar de ojos, y así ocurrió. Pero a estas horas todos ya sabemos, por la experiencia que nos ha rasgado los ojos, que la faena común solo ha dado la primera “pasada” del arado y hecho el descuajado de piedras, terrones y broza. Faltan varias más antes de volar el trigo.

Hay una América rica que trabajó mejor y con mayor suerte; hay otra que ha penado para unir tres sangres opuestas, realizando una delicadísima operación de injerto vital o mortal. El norte no gastó tiempo ni distrajo fuerzas en el inmenso experimento que en el sur dura ya cuatro siglos; el norte sajón no quiso labrar el alma del habitante indoamericano; él tomó a la naturaleza solo por campo de batalla: abrió, desbrozó y aseó la tierra, y todo eso lo hizo con rapidez suma, porque iba dejando atrás al indio vencido o muerto. Aseada la tierra y validada hasta el punto de volverse una especie de arquetipo agrario del mundo, el estadounidense se lanzó a la industrialización con su ímpetu de campeón que no acepta la derrota en cosa alguna.

Mientras tanto, nosotros, indoespañoles, seguíamos en el sur una gesta a la vez violenta y remolona: la de construir a base del encomendero una democracia, y la de reemplazar el caciquismo con la civilidad. Esto cuesta y esto vale por un trueque de las entrañas, y tenía que durar cuatro siglos. Nadie ha dicho bien la gesta de la unificación de tres sangres y de tres almas que sirven de manera diversa al bien como al mal, y la de tres conciencias que se afilaron con ritmos tan contradictorios que no parecen salir de la misma ley natural.

El norte, logrado sin tragedia, cuajado en sus crisoles sin operación trágica, debe ver y considerar la realidad del sur,



y darnos ayuda en los últimos toques. Lo que ofrecemos es la lealtad, virtud caballeresca, pero que todavía está en auge y servicio; lo que necesitamos es una generosidad que rebase lo comercial y aun lo político y se vuelque cooperación ceñida, y aquella verídica convivencia cristiana que el Viejo Mundo no supo o no quiso lograr.

Queremos ser comprendidos y después ayudados; pero antes que todo entendidos, pues solo así se nos ayudará con eficacia y sin dejo de superioridad y mayordomía.

El continente no debe volverse un dominio manejado por manos habilidosas en el juego. Europa ya agotó el ingenio y la malicia, la componenda y las falacias, y se perdió a causa de esta industria dolosa y a pesar de los reclamos diplomáticos. Nosotros, testigos de aquel juego perdido, tenemos la obligación de hacer cosa más honorable y duradera, trabajando el hierro forjado mejor que en la hojalata frágil de los “acuerdos” anuales que solo hacen un compás de espera.

Este lugar me remece viejas memorias. Hace veinticuatro años me recibió la Unión Panamericana y después, hace ocho, volvió a abrirme estas puertas ágiles. Bajo estos tres puentes de años ha pasado el agua de los tiempos, misteriosa por cambiante.

Desde la decisión de la Academia sueca viene ocurriendo en torno mío que las gentes me dan cosas que nunca merecí y ni siquiera soñé. Si no tuviese delante de mí el friso tremendo del mundo, parecido al delirio castigador de nuestro padre Dante, yo nada entendería al ver rodar mi nombre de pobre mujer en el cable y las revistas. Pero veo y palpo a cada momento el friso infernal de la posguerra que nos mira y habla a todos a la vez con su desafío colérico.

Y lo que entiendo y me sosiega en mi cinematográfica actualidad es que está llamando a todos los reacios, los vacantes y los solitarios hacia una milicia americana de orden espiritual, hacia un “arcangelismo combatiente”, como diría Pearl Buck. Entiendo que andan tijereteando la noche de la posguerra unas linternas sordas y buscadoras por todos los recovecos del continente, y que buscan con una ansiedad creciente.

Pero hay que entenderse: yo, al igual que vosotros, voy buscando “a los obreros de la viña” que dice el Evangelio; yo también peno llevando la linterna verdosa de ojos buscadores. Vivo el mismo desvelo vuestro e idéntica ansiedad; traigo, de vuelta de Europa, la visión acumulada de los riesgos americanos. Yo no soy ningún sostén válido y menos el hallazgo que todos rastrean; soy una buscadora más entre los que vigilan

87 Discurso pronunciado en la Unión Panamericana, en Washington, en mayo de 1946, y publicado en revista *Política y Espíritu*, de Santiago, n.º 15, de septiembre de 1946. (N. de los Eds.).

en las tinieblas, cuidando tres bienes amenazados. En todo caso, nuestras personas no importan; lo que importa es que no nos derriben del cielo nuestros números divinos: la libertad, la paz y la democracia.

Soy una que no sabe más que los otros y que puede menos que casi todos los otros. Ser mujer es todavía una pequeña parálisis e ir cortando ahora el aire mozo de la América, con unos cabellos más que grises, es casi una declaración de relevo, no de mi alma que Dios hizo y Dios cuida, pero sí de un relevo corporal, que va haciendo la tierra, mi madre.

La faena vuestra —y nunca la tuvisteis mayor—, el conservar liberado el continente del delirio universal, de la miseria física y de la depresión fatalista y aceptadora de todo, que es su consecuencia. Y realizando esto, es igual de necesario que vosotros, comisionados de nuestro espíritu, no resbaléis por las piedras lajas de cierto tipo casi zoológico de nacionalismo que querría ubicarnos y clavarlos la carne y el espíritu en un solo meridiano, como si fuéramos la mera llama o la alpaca aimara. Tengo contadas por ahí a esas mis lindas bestias; pero sé que el hombre americano sobrepasa eso: la puna y el valle, y las costas de los pingüinos.

El hombre, la mujer y hasta el niño de las tres Américas han sido enseñados y saturados hasta su esencia por ciertas frases que son verticales como el rayo y que no aceptan soslayo posible. Son ellas: “Venga a nos tu reino”, “El pan nuestro de cada día”, y “Libranos de todo mal”, frases cuya enjundia es la universalidad y la justicia social.

El Padre Nuestro comienza y remata en un plural rotundo e ineludible, parecido al golpe del martillo y a la punzada de las letanías. Las plegarias que vinieron después son en su mayoría individuales y tal vez sean por ello unas contraoraciones, un malicioso viraje pagano hacia nosotros mismos. Hemos caído desde que comenzamos a olvidar estos “nos” con una

conciencia sonámbula o vaciada, y desde que el orar se volvió un mal rezar y la esencia se abajó a desabrimiento.

No soy una patriota ni una panamericanista que se endroga con las grandezas del continente. Me lo conozco casi entero, desde Canadá hasta Tierra del Fuego; he comido en las mejores y las peores mesas; tengo esparcida en la propia carne una especie de limo continental. Y me atrevo a decir, sin miedo de parecer un fenómeno, que la miseria de Centroamérica me importa tanto como la del indio fueguino, y que la desnudez del negro de cualquier canto del trópico me quema como a los tropicales mismos.

La paz del continente primero estuvo basada en los arcabuces españoles y portugueses, y en ellos se afirmó también el orden. En la paz republicana entraría un ingrediente más: el derecho civil y el internacional; pero la paz, que es nuestro deber inmediato, tiene que añadir cierta materia nueva: la justicia económica y en una proporción que no sea de gramos. La vieja paz no consideró este elemento; la América del Sur ha vivido unos tiempos remolones y miopes que no adivinaron esta obligación por venir. Sin embargo, teníamos cerca, encima de nuestras cabezas, el rectángulo de los Estados Unidos, pueblo que nació cenital en el capítulo de las justicias sociales.

Es un hecho que se ve en cualquier patrulla de trabajadores el que, cuando algunos de los obreros se fatiga porque su metal o su cantera son más duros, echa una ojeada convidadora hacia los otros que están frescos o que terminaron lonja. Los Estados Unidos tienen hacia nosotros el deber de esos mineros o canteadores.

En la América del Sur, el trabajo de unificar cuerpos y almas contrastadas, dándoles el mismo estilo de vida y reconciliando las sangres como la lana y el algodón con los telares, constituyen faenas mucho más demoradas que la cabalgata boliviana por los Andes y más compleja que una exploración

de la red líquida del Amazonas. El norteamericano tiene que darnos la colaboración y el entendimiento generoso.

Es industria natural y sobrenatural el hacer hombres a base de mestizaje y elaborar ciudadanías europeas en unos territorios más trágicos que idílicos y sobre la milenaria costumbre indígena que fue arrasada. Añádase a esto unas ariscas herencias europeas, como el suelto individualismo íbero y los residuos feudales que vinieron en el hombre renacentista, y tendrán ustedes, norteamericanos, la explicación somera de nuestra lentitud y de nuestro avance cortado por paradas bruscas. (Estas suelen ser rectificaciones parciales o tomas de fuerza para marchas forzadas).

El país es uno de aquellos que han quemado etapas, liquidando así unos plazos vencidos. Uruguay está hecho; la Argentina prosperó antes que todo; cada uno de los demás lucha y alcanza porciones de su bien, y México las ha pagado con harta sangre. Lo que pedimos es no solo ser ayudados con el dólar y la maquinaria, sino ser entendidos, sobre todo ser comprendidos.

Nosotros debemos unificar a nuestras patrias en lo interior por medio de una educación que se trasmute en conciencia nacional y de un reparto del bienestar que se nos vuelva equilibrio absoluto; y debemos unificar esos países nuestros dentro de un ritmo acordado un poco pitagórico, gracias al cual aquellas veinte esferas se muevan sin choque, con libertad y, además, con belleza. Nos trabaja una ambición confusa todavía, pero que viene rodando por el torrente de nuestra sangre desde los arquetipos platónicos hasta el rostro calenturiento y padecido de Bolívar, cuyo delirio queremos volver realidad. Pero tenemos que comenzar con el bien para acabar en la belleza. Los bienes bizcos, como el totalitarismo, aunque salgan de cunas clásicas y cristianas, acaban en gorgonas o en esferpentos.

La hermosa palabra “prójimo” es usada por nuestro pueblo como un homónimo de “semejante” y con la misma medalla

doble se usa allá la palabra “cristiano”, que quiere decir “creyente”, pero además “hombre”.

Veamos por que el vecino sea en este continente un semejante, y procuremos hacer que el apelativo de “cristiano” corresponda al justiciero porque “semejantes” no son todavía las millonadas de nuestros indios; ni aún ese mestizaje de campesinos que todavía no sabe cultivar el sobrehoz de la América del Sur hasta el punto de que produzca cuanto necesitamos; ni tiene tampoco una conciencia madura esa clase media nuestra, ayuna de todo populismo, que no se une al pueblo para comunicarle el calor de su cultura y soltar la presa de sus creaciones a fin de que la creación le entregue dignidad, dicha, honra y gozo.

Hombres nuestros: encomenderos de nuestra suerte: queremos defender la libertad con el mismo módulo que los Estados Unidos; queremos asegurar una paz casada con la justicia social tanto como Estados Unidos y queremos hacer una democracia asistida de los imponderables del Mediterráneo, adobada con las especies de Grecia y de Roma, que también son las abuelas del hombre europeo americano, porque si nuestra civilización futura no tuviera el sabor de nuestra sangre, ¿cómo podría ella parecerse industria propia, hazaña nuestra?

Las Antillas han vivido, yo no sé si muy olvidadas de nosotros o muy olvidadas por nosotros, a pesar de ser ellas la linda criatura de las dos Américas, cintura descalabrada como la unión de ambas.

Sin embargo, no están mucho más lejos que la Costa Rica, a la cual nos sabemos en su pedagogía y su política como nuestra palma. La Habana casi vale Río de Janeiro como estampa tropical. Puerto Rico conoce la terrible experiencia de ver batida su sangre española con espátula norteamericana, experiencia que debe interesarnos muchísimo, porque el batiador, en el ensayo, está mirando con un ojo la isla y con el otro el continente. Santo Domingo es la Antilla menos fogueada por nosotros, a pesar de que en cualquier tiempo ha prestado maestro al sur: Eugenio María de Hostos a Chile; Pedro Henríquez Ureña a la Argentina.

Con todo esto, se viaja poco y nada desde la América del Sur hacia las Antillas. Somos muy vanidosillos y no quebramos el itinerario Panamá-Nueva York por quedarnos en ninguna de ellas; llevamos una gran prisa de sonambular por la Quinta Avenida —que eso es—, de matricularnos en una de esas universidades donde se enseñan cosas que el seso atrapa y la sangre no consiente, y de mirar la Estatua de la Libertad en su cubo de avizorador, sin entender que ese bulto es verdad de palpar para la familia yanqui y una bufonada para los extraños.

Por todo esto, el chileno caminador se queda sin la mota solar del trópico en la mirada, y no hay americano efectivo con la ignorancia de la tierra caliente. Él desperdicia la ocasión de conocer el trópico precisamente en esas Antillas, donde su

88 Publicado en forma simultánea en *El Mercurio*, de Santiago, y *La Nación*, de Buenos Aires, el 16 de febrero de 1930. (N. de los Eds.).

contacto no escalda y es menos mortecino, en estas bandejas frutales, aquí el café, cerca la piña, al lado la caña, todo junto y cumplido como en una bandeja, y ribeteando el contorno, el mar refrescador de la palmera y de nuestra piel.

Pierde también el viajero de la prisa un español donoso y pulido que se halla allí, y que nadie quiere cambiar por la lengua con golpe gangoso de cadena del inglés. Pierde de ver unas ciudades blancas de arquitectura feudal, pero gaya, que hizo allí el español jovializado por la luz y el aire jóvenes. Y pierde de gozar la hospitalidad fácil y bella como la hoja de su plátano, que es la antillana, una manera de recibir que convence de la consanguinidad y como la cual yo no conozco otra que la chilena. (Algún cubano me dijo y yo no lo he olvidado: “Usted se siente bien aquí porque los pueblos más españoles de la América son Cuba y Chile”).

Ignoramos el trópico, nosotros los del sur, pero esto no impide estar siempre hablando de él como de una cajita hedionda donde está encerrado un manita obsceno, una guacamaya desatentada de su propio color y unas guayabas fundidas, todo ello en revoltura fea de olores contrarios.

El trópico americano es cosa más sólida que un fruto pasado y más sería que el tití del Brasil. Por ejemplo, la fuerza listada a trechos de negro, pero al cabo una fuerza, de Benito Juárez; la ordenación, puesta a códigos y gramáticas, pero al cabo ordenación, de Bello; y en buena parte, dígame lo que se quiera, el hombre Bolívar, magnífico de imaginación y de eficacia como un plantío de café o de cacaoes esenciales. Cualquiera día un estudiante hará su tesis de historia con este rubro, y no habrá torcido el hierro de ninguna verdad: “Bolívar, un aspecto del trópico”. Otro es no solo un aspecto del trópico, sino él mismo: José Martí.

—Yo soy el trópico bueno —me contestaría si me oyera. Esto es cosa de contarla y explicarla en otra ocasión, sin prisa.



Los antillanos de esta generación de la desgracia, por su parte, tampoco tienen gran gana de ir a ver lo que su sangre hace y logra en el sur. Dicen que siendo ya la Cuba y el Puerto Rico unos barrios de Nueva York, soltados en el mar, mejor es ir allá a entender más o menos al mayordomo del Caribe; y allá me los he encontrado yo, en la ciudad con la imaginación en cemento armado, peleándose el día y la noche con el carácter norteamericano, pero bien avenidos en la pieza del buen hotel, cuyo amoblado de laca blanca y cuyas llaves de agua les obedecen al antojo de calor o de frío; allí he conversado con ellos y me han dado su tragedia, reducida a comino de chiste criollo. (El confort es el anti Plutarco del tiempo).

Los que siguen educándose, a Dios gracias, la cara vuelta hacia Europa, vienen a Francia, y por el prejuicio que se les ha metido de la invalidez de España en cualquier orden, y por su disgusto de sensuales hacia el mal viajar y el hotelito menesteroso de la ciudad pequeña, hasta estos se saltan la España de nuestra coordinación. De ida y regreso, dos veces dan la zancada encima de aquella que según nuestro oráculo de respuesta precisa, es la única capaz de descifrarnos y de decirnos lo que somos, de mostrarnos juntas nuestra excelencia y nuestra roña, que suelen estar en el mismo migajón de costumbre, y la única capaz de afirmarnos con la vista de las coyunturas testarudas de su historia, el hueso ablandado del trópico.

Francia enseña otros menesteres: ordena la mente greñuda o báquica que le traemos, hasta una limpieza de dados, y suele ponernos la agilidad del buen jugador; comunica normas regulares y a veces salubres, y enseña honestidad intelectual. Pero en la última aldea española, viendo una mujer que arregla la mesa y sirve dos platos pobres y medulares con una dignidad y una caridad —las dos cosas juntas— de reina que ni suelta su viejo gesto; o aunque la pobre mujer se desinterese de nuestra mesa y diga no más un proverbio sobre la honra y “los dineros”, que tiene la edad de España, con estas dos grecas recibidas de ella sabremos más de nosotros que al acabar un curso de cultura española en la Sorbona.

Para las Antillas españolas hay dos tratos que frecuentar y dos argollas donde enganchar el cable del origen para que no vaya a caérseles al mar: España y la América del Sur. Parece que Martí haya sido el único antillano que miró hacia el sur, trabajó para el sur e hincó un poco de influencia en nosotros. *La Nación*, de Buenos Aires, dos veces tomó y guardó para sí dos grandes artesanos literarios del trópico; ambos le sirvieron a lo rey, y ella sirvió a ambos, dándose cuenta de quiénes eran, a lo patrón lúcido: Rubén Darío y Martí. *La Nación* decidió el destino artístico, que era un destino europeo del nicaragüense; ella le cernió la paja y el ballico rurales; le dio la aposutura y un poco el justo desplante del regenerador de la lengua que él había de volverse, y después le hizo el bien sin precio de mandarlo a Europa y de sostenerlo allí bastantes años.

Muchas veces, dando y dando vueltas a la suerte imbécil que nos hizo perder a nuestro Martí —bellota de Rubén, no olvidarlo—, yo he pensado en que un viaje a la Argentina le hubiese salvado para la lengua, que era su única patrona legítima. La estimación fuerte de los extraños le apuntara mejor el contorno de su personalidad; él se habría visto; él habría entendido que su divino encargo era de americanidad y no de enteco antillismo. Se cumpliera tal vez esa gesta de la lengua que llaman “modernismo” por obra de capitanes mellizos; uno de ellos, el que nos faltó, tenía digitales más americanos que estampar en la empresa. Poseía Martí cierta fuerza inocente que a Rubén, como el viejo indio que era, y adobado a una Europa vieja también, le faltaba en poco o mucho; Martí traía cierta fogosidad y cierta ternura, adánica una y la otra angélica, muy felices de ver en el habla de una raza nueva.

Todo eso pudo pasar y no pasó; Martí puso gustosamente su cuerpo en la rueda de moler becerros —y uno que otro héroe—, que es la guerra; la rueda bruta nos majó esa carne de faisán del bajío, que es la más fina que haya hecho el demiurgo de la América, y nos tronchó una vida que nos vino tasada como para ochenta años.

Darío se continúa con dignidad en Lugones; Rodó en alguna manera completó a Montalvo; en cuanto a Martí, él “quiere y no quiere” volver a Vasconcelos. El mexicano recibió su fuego puro, pero “el tierno” le falta, el agua caritativa que desaltera y hace que el calor no nos vuelva astilla de yesca.

Martí salió echado de Cuba y se puso a rondar al Caribe, haciendo a la isla un verdadero cortejo de faisán o de amante arrojado que no quiere irse. Vivió sucesivamente en Venezuela, en México y en Centroamérica. Su pasión de Cuba parecía cosa de carne, imperativo y amarra de carne que no se puede cortar. Sin perdonarle la santa insensatez con que fue a meterse al matadero, yo suelo entenderlo en el apego mío del trópico.

El trópico es como una voluntad muy fuerte que cuando coge toma no solo en cuanto al calor, que se vuelve necesidad del hueso, sino en cuanto al alimento del ojo por el paisaje que lo nutre como un tuétano. El trópico es una aristocracia geográfica, de luz, de formas y de aire tónicos; aunque esa aristocracia aparezca llena de costurones feos y de tristes miserias, también de tatuaje más o menos evidente de esclavitud, todo ello es política, “es decir, cosa inferior a la geografía”.

Se parece el trópico a las reinas gitanas que yo vi en una fiesta de la Santas Marías del Mar en la Provenza: perfil sin tacha, cuerpo sin tacha, danza, de retardar a las estrellas sobre el campo; y en el aire movido de la danza, la pobrecita hedía. Debe costar algo más lavar aquello que lavar a la gitana; la gitana tiene poca espera, porque se hará vieja; la tierra, emparentada con Saturno, cuenta con el tiempo. El pensamiento me lo hallaría vil Vasconcelos, pero da una consolación grande a los que necesitan ser consolados en nuestra pena por la tierra bella de la América.

Decía que entiendo la pasión caribe de Martí. Apenas si yo me aproximé al trópico y lo toqué con las yemas, y le tengo el apego que a las cosas excelentes que no se ven en vano, y

de las cuales quedamos convencidos por los cinco sentidos, y para mucho tiempo.

En los países de cielo bajo en que la nube sucia toca la coronilla; en los paisajes desabridos que hay que trufar con este o aquel achaque histórico para que embriaguen; en estos otoños que nos regalan un día de siete horas, yo no me consuelo, yo no me resarciré nunca del trópico perdido y que no vuelvo a tener.

Una fascinación mayor, de niño que se crio con la fruta óptima y de joven, cuyos amores se recortaron en aquella luz magistral, debió ser la de Martí. La patria que él cuenta y enseña le saca un acento de niño encandilado, de varón plutarquiano también, que dice a cada párrafo “deber” o “sacrificio”, pero sobre todo el amante con desgarrón, de amante que no puede desprender un paisaje de partes perfectas.

Aquella patria él la llamaba Cuba; pero naturalmente se llama las Antillas. Ninguna de ellas es sola, y por eso en la desgracia también andan juntas; la poca agua, chocando en cada una, más las junta que las separa; el cielo de Puerto Rico dicen que no tiene un gramo menos de azul que el de Santo Domingo.

¡Pobrecitas Antillas!, a las que se puede aplicar la copla del pueblo nuestro:

*Rosa codiciada,  
rosa deshojada.  
Moza muy donosa,  
almendra, dulce y pan;  
aunque la guarde el ángel  
me la descubrirán.*

Una superstición que yo llamo “de la lengua”, un respeto del perímetro grande que es pura barbarie del ojo, nos domina en el sur y nos hace desdeñar a los pequeños países, entre ellos a estas islas donosas. Y nos engaña bastante el bulto geográfico: si al Brasil se le taja el borde atlántico, donde la población es

decorosa, no nos queda mucho mayor que el Perú, y la misma Argentina reducida a cifra de densidad, no va mucho más lejos que Colombia. En Europa nos miden de distinta manera, estimando al habitante como núcleo del kilómetro y al kilómetro baldío como despreciador del habitante.

Yo enumeraba a un francés, con un poquito de énfasis, nuestros veintiún países. “¿Pero cuántos millones de habitantes?”, me dijo, cortándome el regodeo. Después de la respuesta: “Todos países pequeños, mi amiga”.

Habría que castigarnos la vanidad del sur, madre del olvido de las Antillas y del desdén de Centroamérica con esa frase del francés, corta y eficaz como una pincelada de yodo. Las Antillas son países menudos y densos en relación con los nuestros; muchos hombres que están sentados en una de las tierras que la geografía llama enjutamente perfectas.

Incorporada a la Universidad de Guatemala sin haber hecho mérito para ello, sin que me valga como justificación para aceptar la honra del doctorado *honoris causa* otra cosa que la sangre común y mi pasión atenta del destino de la América nuestra, cúpleme decir en el seno del claustro el agradecimiento que los leales saben dar en caso semejante y mi concepto de la obra de las universidades en nuestros pueblos.

El territorio de Guatemala, con los de Yucatán, Oaxaca y el Cuzco, lleva la aureola de aquellos puntos geográficos sagrados a donde la raza se da cita para confrontarse en la consideración de un pasado resplandeciente, para sopesar sus metales interiores, examinando los oros de espiritualidad y los bronces de resistencia que llevamos en nosotros, en cuanto a herederos de mayas y quechuas, y para saber hasta dónde podemos llegar, hasta dónde nos alcanzan los tuétanos y los alientos que nos fueron transmitidos; cuáles, en fin, son las posibilidades de la casta.

Cualquier americano que aspire a hacerse una conciencia de tal, cualquier hombre o mujer del sur que se decida a tomar posesión de la raza en totalidad, aquí ha de venir, como yo he venido, a la Guatemala de Quiriguá, a hacer en sus piedras santas la turbadora averiguación del alma maya, y a rematar en la bella ciudad colonial que es la vuestra, su colección de las ciudades españolas próceres de la América, comenzada en la Lima y el México monumentales.

Mis amigos, una leyenda me traigo yo entre otras con que cargo sin ninguna gana, y es la de enemiga de la universidad

89 Discurso pronunciado en la Universidad de Guatemala, por el doctorado *honoris causa* que ésta le otorgó en 1931, y publicado en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, en enero de 1932. (N. de los Eds.).

en cuanto a amiga de la instrucción popular. Nuestra mente enviada en parcialidades antagónicas, poco gustosa de las unidades conciliadoras, cree ver en nosotros, los sarmentianos, en Vasconcelos o en mí, el odio de la cultura superior, contrabalanceando un amor apasionado de la escuela primaria. La ocasión es propicia para esclarecer un estado de conciencia que no se han dado el trabajo de observarme antes de definirme, y ustedes me perdonarán el que yo aproveche para ello la excelente oportunidad.

En nuestra raza los nombres rara vez se yuxtaponen a los hechos y son frecuentes los bautizos fraudulentos o, cuando menos, engañosos. Por eso los que calamos los nombres para punzar en los contenidos, solemos negar el cuerpo bautizado, y nuestra negación no corresponde a un deseo de aplastar la cosa como criatura, sino de querer que ella se eleve rotundamente a la categoría del nombre, a fin de que lo lleve con una meridiana legitimidad

De este modo, yo creo en la universidad como en una institución tan ancha y tan profunda, tan soberana de las tres dimensiones, que suelo no aceptar como tales a las universidades empequeñecidas que gobiernan no más de cuatro parcelas de la cultura nacional, cultivando, por ejemplo, las ciencias sin las industrias o éstas sin las artes.

La universidad, para mí, carga a cuestras el negocio espiritual entero de una raza. Ella constituye respecto de un país algo parecido a lo que los egipcios llaman el doble del cuerpo humano, es decir, un cuerpo etéreo que contiene las fracciones y los miembros completos del cuerpo material. La universidad para mí sería el doble moral de un territorio y tendría una influencia directora desde sobre la agricultura y las minas hasta sobre la escuela nocturna de adultos, incluyendo en su arco de atribución escuelas de bellas artes y de música.

Suceso alguno espiritual acontecería en el territorio que no lo asistiera ella con su gran presencia; obra literaria maestra,

invento industrial, sistema económico ni investigación histórica alguna, aparecerían en el país sin que ella se diera cuenta y tomara posesión de esas excelencias, ya sea con carácter de autora, si el creador se nutrió de ella, o de ayudadora, si el inventor vive fuera de su seno y, a lo menos, de honradora, si por desgracia ella fuera ajena a ese trabajo victorioso.

Una sensibilidad de sismógrafo, un ojo sin pestañeo, de búho mitológico, haría de ella la pulsadora más delicada de la entraña nacional y la espectadora más conmovida del acontecimiento intelectual; una conciencia riquísima de ceiba de cien brazos, capitana del horizonte, la haría la respondedora de las más diferentes actividades, y cierta universalidad de Iglesia —que eso es de hecho— la obligaría hacia todas las clases por iguales partes y hacia los obreros realizadores de las cosas. (Por ello sería de veras eso que solo ha sido en la metáfora: el taller donde cada hombre de manos válidas tiene su ficha, su cédula y su asiento). Madre se llamaría entonces con razón a la universidad, porque, cuál más, cuál menos, todos habríamos vivido un tiempo sentados en su matriz de hacer y de cubrir.

Y nuestras facultades nos recordarían en su forma la presión que nos contorneó, y nuestro trabajo echaría, como la naranja da el color de su tronco, al ser, la fragancia confesadora de su origen. Diferentes como los hijos, técnicos, industriales, investigadores, artistas y obreros rasos, al enfilarnos como a los hijos de Hécuba, nuestros rostros o nuestra apostura dirían en tal dejo de la voz o tal giro del pensamiento, el origen común, y la gran proclamada, la gran declarada, estaría feliz de pasar su mano del primero al último, en un ademán de inspección y de recuento, y, como Hécuba, ella nos sabría individualizados y genéricos al mismo tiempo, y hechos el bloque fuerte que se llama una casta.

Quebrantada la dirección religiosa del mundo, creado el sentido absolutamente laico de la vida, para mal o bien, no lo sabemos aún, dos potencias se levantaron a recoger el lote del gobierno de los pueblos: el estado y la universidad, y como en



una operación química con la sangre, quedaron diferenciados y visibles flotando en el surco inocuo de la masa, los glóbulos rojos y los glóbulos blancos de estas dos categorías de hombres: los que manipulan lo material y los que manipulan lo espiritual. Más ostensible la operación de los rojos, cosa de ver y tocar en la vida colectiva; más sorda, más lenta y hasta algo mágica, la obra de los blancos, a los que se ha solido declarar inútiles porque, como el alma, confiesan menos su trabajo secreto para pasar de nuestra forma actual de vida confusa y entrar en esta norma sencilla y racional.

Pasado un siglo de preparación, el estado asumiría un carácter absoluto de administración, de empresa económica, y la universidad gobernaría todo lo que no fuese asistencia material; ella aprobaría el sistema político más hábil; ella proporcionaría los medios industriales eficientes; ella depuraría, siguiendo conceptos estéticos ceñidos, los modelos artesanos que le llevarían en consulta los gremios; ella aconsejaría la distribución de los cultivos de caña, cafés y trigos; ella recolectaría los cantos escolares más calentados de emoción racial; ella dictaría los catálogos conscientes para los tipos de biblioteca, especializada por edades y vocaciones; ella tendría, como quien dice en su mano, los diversos rayos del alma: el racional, el imaginativo y el volitivo, y de ella partirían, o a ella volverían siempre, esas potencias por ímpetu espontáneo de nutrición o por parábola natural de agradecimiento.

Hoy mismo, sin embargo, estado y universidad forman dos potencias capitanas de nuestra vida. El primero aparece con voluntad de unidad, casi con el bulto del puño cerrado; la segunda la vemos desbaratada, pulverizada en lotes de escuela primaria, secundaria o artística, y debilitada fabulosamente por este desmigajamiento.

Me acuerdo yo de la universidad moderna cuando veo una ilustración dantesca, de esas en que con la formidable unidad teológica, aparece el núcleo divino como un hueso de fruto, echando de sí la potencia que teje en zonas la pulpa, luego las

suavidades y los colores de la piel; después la medida del perímetro y la norma de los contornos. Y es que toda idea de unidad toma por la fuerza maneras teológicas, porque la ley de la creación se parte en esencia y modalidades, en paternidad y en filialidades, y así se nos vuelve, querámoslo o no, teología.

Dualidades no aceptaremos, sino la fundamental de cuerpo y alma, de estado y universidad, que ya es en sí bastante tragedia esto de que tengan que separarse en hemisferios el poder y el pensamiento, la realización y la concepción. Pero que vivamos a lo menos la unidad de la cultura nacional en forma aproximada a la que he anotado sumariamente.

Los miembros de la vida espiritual de nuestros países andamos sueltos como las tribus que no han aprendido aún vertebración, y por sueltos, desventurados, y por desventurados, rebeldes, con no sé qué suicidio resuelto en la cara.

Los miembros de la vida espiritual vivimos sin núcleo que nos afirme y nos sustente, desconocidos por las patrias materiales que aceptan como suyos cerros y ríos, pero no sus realidades espirituales, a las que declaran montón aéreo de palabras, como si de aire no vivieran ellas en la atmósfera que las viste; pintores y escultores andan lo mismo, viviendo bajo montones de escupemuros y amasamentos, como si la luz que hizo una aparta de colores y una distribución de volúmenes en el paisaje, realizara cosa distinta de lo que ellos hacen, decorando el mundo para regalo de esos ojos apetitosos que son los del hombre; los músicos, familia huérfana si las hay, viven mirados como maniáticos dulces, que están empeñados en organizar la emoción común en duendes musicales, lo cual está muy bien para que hagan nuestro aire vivo y él no nos hastíe, y por el hastío nos lleve al embrutecimiento.

Perdónenme ustedes que esté haciendo una especie de lamentación de las artes desgajadas de las universidades nuestras, y que esta queja deliberadamente patética, yo la enderece en el claustro de una universidad que, tal vez con la de México, sea

la que ha pecado menos que ninguna otra de nuestra raza por este capítulo. Un profundo sentido gremial hace que yo me vea siempre en actos de esta índole, acompañada y seguida de la masa de mi gremio abandonado que me mueve a reclamar por él, a levantar petición justa por lo mismo.

Las artes, desde las llamadas bellas hasta las artesanas, sus pares legítimas, se parecen al Ismael echado de la casa de Abraham y padre de clan infeliz que tomaría el desierto por único derecho, y adquiriría costumbre y modos de vagabundo, ciertos cinismos que son desesperaciones y ciertos nihilismos que son áspera venganza. Al Jacob guardado en la casa paterna, seguro y nutrido, ¿no le haría nunca falta, pienso yo, ver en su mesa al nómada de cara curtida, sabio en estaciones y en vientos, donoso hablador, lindo compañero para los días y para las noches? ¿Y las ciencias, promovidas y celadas por la universidad, el Jacob de esta metáfora, no se amojaman, se apelmazan y se vuelven pesadas a la larga, sin tener el contacto siquiera tardío de las artes ágiles y excitadoras? Por otra parte, estas artes echadas a la intemperie como los cabritos mascadores de café del cuento, ¿no se banalizarán de brincar siempre y se afiebrarán de no mirar nunca la cara de las ciencias de pestañas fijas que piensan y hacen pensar?

“Unidad fortalecedora, unidad teológica”, sea la frase de orden de nuestras empresas de cultura. Nada grande viviendo su grandeza puertas afuera de la universidad; ninguna actividad con marcas espirituales echada de este regazo labrado para el espíritu; nada que sea nacional viviendo desgajado y hambreado por su caída del tronco que se ha asignado el destino de sostener y de alimentar.

No temo yo actos como el presente con carácter de simple cortesía, sino como el de invitación a una convivencia. Me asignan un lugar entre ustedes y pueden y deben señalarme obligación. Me gusta corresponder si no pagar.

Cuando la Universidad de Guatemala, pasada la penitencia económica del momento, pueda emprender unos estudios largos de la raza aborigen, los grandes mayas fundamentales, denme entre ustedes sitio de cronista enamorada del asunto; cuando la Universidad de Guatemala emprenda la divulgación de su literatura en el extranjero, denme materiales para cooperar; cuando haga el recuento de la flora de su suelo, entre la que yo ando encandilada y queriendo aprender algo, háganme llegar sus publicaciones botánicas para que yo bien me informe y bien me aproveche.

Mis amigos: me acaece en la madurez de mi vida, recibir honras que me exceden tanto como se excedió el abandono de mi juventud. Siendo yo de las que cuando le echan su elogio, no dejan de seguir viendo su propio contorno y lo miran implacablemente en su línea verdadera, me aflige la honra rebosante como aflige al pintor de mirada honesta el trazo abultador que desequilibra la masa.

A fin de que esa aflicción de espíritu no se me vuelva una vergüenza que me vaya escociendo, proporciónenme ustedes ocasión de trabajar para ir devolviendo y acabar un día mereciendo lo que ustedes me dan en esta hora de efusión americana.

Voy a conversar con ustedes sobre un asunto que en la corteza no parece tener carácter femenino, pero que en la entraña es estrictamente familiar. Voy a hablarles sobre las relaciones de la mujer con la tierra y sobre la voluntad de conservación que une a ambas.

Cada uno de los países nuestros, sea Perú o Cuba, tiene en este momento pendiente encima, como la espada de Damocles, el problema de la enajenación del suelo, de su pérdida lenta y sorda. Países pobres de capital, asistidos de una industria sietemesina, ahí están los veintiuno pidiendo al extranjero que les visite y enumerándole como una letanía de vendedor o Camelot, sus minas, sus petróleos, sus gómales. El extranjero va a vernos y ya sea norteamericano o inglés, toma el radio más ancho posible para garantizar su inversión; se establece con mucho desahogo y toma actitudes de poseedor definitivo.

Siguiendo la lógica de los negocios, tienen perfecta razón los hombres de negocios nuestros al invitarlos, y ellos la tienen también al instalarse regaladamente.

Pero sucede que entre los intereses de los capitalistas criollos y los intereses de los capitalistas extraños, desarrolla su vida entera la masa de un pueblo que no verifica estos arreglos y que solo los padece, masa que constituye el cuerpo del país, es decir, la carne de la patria, y que no habiendo comprado ni vendido, debe sufrir las consecuencias enteras de la terrible operación. En cierta manera yo hablo por esa masa a la que pertenezco en cuanto a persona sin tierra, pero que forma parte de una tierra, en nombre de esa masa a la cual le ocurre la desgracia de que se despierta un día sabiendo que su pro-

90 Publicado en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 19 de septiembre de 1931. (N. de los Eds.).

vincia dejó de ser cubana, chilena o venezolana, sin que ella supiera el cómo ni el cuándo de su desgracia.

Acontece algo más grave todavía a esta masa inocente e ignorante, y es el que no ha dado ninguna importancia al problema del suelo a causa de que la raza española fue antiagraria o por lo menos poco agraria, y de que la raza hispanoamericana que la continuó no tiene como el francés o el italiano la pasión agrícola ni siquiera al gusto del logro económico.

En nuestro tiempo se confeccionan mapas para todo y sería bueno que los amigos de la estadística gráfica se pusieran a hacernos un mapa que necesita urgente esa masa sacrificada a causa de su ignorancia: el mapa de la propiedad nativa y de la extranjera, gracias al cual ella podría saber cuántas hectáreas de tierra forman el predio común y cuánto se ha enajenado. Yo creo que el conocimiento de un gráfico semejante levantaría el clamor popular, porque el pueblo tiene instintivamente el concepto de la realidad: él sabe que la patria es un suelo entero y no un suelo compartido a tercios, y él entiende que poseer es más que sufragar eligiendo legisladores.

Aunque la verdad que voy a exponerles sea siempre como las de Perogrullo, yo la escardaré esponjándola y se las mostraré con minucia mujeril. Las mujeres no servimos sino para repetir los lugares comunes en el momento en que ellos comienzan a ser olvidados por los hombres.

La tierra es el sostén de todas las cosas y no hemos creado todavía otra mesa que soporte nuestros bienes. Las cosas visibles y las invisibles descansan sobre ella, desde la más pesada como el metal vulgar que es el hierro hasta la fina como la canción regional. La santa nutridora hace salir de ella lo mismo el clásico café que el pensamiento de Moños. La tierra es la posibilidad de todos los bienes, porque el mar no sirve sino como camino entre los pedazos de ella y viene a ser una especie de hermoso criado terrestre.

Los hombres tenemos que decir al revés de San Juan el Evangelista: “En el comienzo era la tierra” y no “En el comienzo era el Verbo”, porque la última forma es la divina.

Si poseemos legislación sabia, si hemos logrado una costumbre limpia, si podemos lucir artes y habilidades, todo eso lo creamos gracias al soporte inicial de la mucha o de la poca tierra. Donde ella está delante de nosotros extendida y generosa, nos excita y nos empuja, y la vamos poblando de las plantas que le fallan, de las bestias serviciales, de los pueblos, y al final de las culturas.

Mientras la tierra es nuestra, existen todas las posibilidades, porque la creación tiene dónde asentar los pies. Que la administración sea mala en tal época, no importa: se mejorará. Que la educación ande a tumbos, importa más, pero se puede fortalecer en la primera ocasión. Que el servicio social no baste, tampoco es cosa de muerte: se le irá volviendo suficiente. Pero venga la pérdida del suelo, cambie de dueño la mina que alimenta a una ciudad, pasen definitivamente el cafetal y los cafetales a manos lejanas, váyanos el depósito de salitre de nuestro poder; en una palabra, córrasenos debajo de las plantas el territorio como una bandeja, y se han acabado con la realidad de la tierra defectuosa, pero susceptible de orden, todas las posibilidades de hacerla perfecta.

Las que llamamos pérdidas o conflictos, o problemas, son pequeñeces mientras la tierra permanece nuestra. La única tragedia verdadera es su enajenamiento. Cuando esto ocurre, hay que decir, parodiando a San Juan: “Hacia el fin, la tierra no era nuestra”.

Las gentes superficiales, que suelen tener pujos de espirituales, creen que las cosas humanas y divinas se hallan contenidas exclusivamente en el hombre y que basta él solo para sostenerlas. Estiman que a la religión, por ejemplo, le basta el libro que la explica y el pecho que la reza; consideran que a una lengua le basta una literatura magístral y que no importa

el que la hable mal el pueblo; porfían que la costumbre subsiste entre las costumbres extranjeras y todo esto es un amasijo de inexactitudes.

Desde que Dios sopló alma sobre el barro de Adán y puso ese cuerpo animado en un jardín, se fijó la alianza perdurable del alma, cuerpo y suelo. El alma pide el cuerpo para manifestarse y el cuerpo necesita de la tierra para que ella le sea una especie de cuerpo mayor que la exprese a su vez y que le obedezca los gustos y las maneras.

La tierra contiene nuestros ademanes y recibe nuestros gestos en la ordenación que le imponemos. Quítenle el ingenio al campesino que en su vida no ha desarrollado sino el ademán de cortar caña; arrásenle al viñatero de mi valle de Elqui la viña que poda, que riega y vendimia, y se quedará como un demente sin saber qué hacer de sí por un largo tiempo. Más tarde aprenderá el menester nuevo que le traigan, pero si ese menester resulta tan lejano de su placer como de su aptitud, el alma no se soldará con él, y se morirá como el peón de viña al que le robaron en la parra la vida.

No se trata solo de campesinos. El peón mueve y remueve el suelo; los demás que cruzan el ingenio o el viñedo pueden no haber cortado nunca un sarmiento, pero participan de ese paisaje tanto como el hombre doblado encima de la cepa, sacando de él y poniendo en él imaginaciones y sentimientos de los que apenas se da cuenta.

El extraño, ya lo sé, no va a aniquilar el cultivo, sino a cambiarlo solamente y tal vez con más ganancia para la comunidad; digamos que va a crear otro orden. Yo he visto hacer estas rectificaciones con la vegetación de pino y encina en la tierra de Francia, y he asistido al enloquecimiento que la pura hazaña material traía a la vida moral. Y es que el buen orden del extraño puede ser el desorden y la muerte nuestra, y es que es la cosa más natural del mundo que al extraño le importe menos que al semejante el que nos enloquezcamos.



Lo que llaman la costumbre significa un ritmo de vida y parece que no tuviera mucha importancia que una melodía del hábito se vuelva más rápida o más lenta, o que se cambie. Venimos a saber más tarde que el ritmo adoptado, y que a veces tuvo apariencias de magnífico, nos triza y nos hace estallar lo mismo que la mudanza de calor y frío triza y rompe los cuerpos. La costumbre constituye el tejido de muchas almas, pareciendo ser únicamente la rutina de muchos cuerpos, y cuando nos la descuajan, el desgarrón se siente en las entrañas que era donde remataban sus hilos.

En apariencia la tierra es un negocio exclusivamente viril y la mujer, que rara vez cultiva, no tiene por qué preocuparse de él. En verdad, la tierra la defiende el hombre, pero la defiende para la mujer.

Eso que llaman la riqueza mueble —acciones, bonos, valores en general— y que yo llamaría la aventura acostada en papeles numerados, es un lote inventado por el hombre. La mujer, sensata casi siempre, cree poco en eso, aunque saque de ellos vestidos y perfumería; la mujer cree en la propiedad de ver y tocar en el predio deslindado en la granja, y en esas cosechas casi seguras o seguras de donde sale desde su mesa hasta la ropa de su niño.

Cuando el padre, el marido o el hermano hipotecan esa lonja labrada, la mujer es la única que llora, que siente en ese suelo una calidad de carne y se duele de la pérdida como de una amputación.

Cuando los pueblos primitivos asignaban al hombre el fuego y el aire como elementos suyos, y señalaban a la mujer la tierra como su lote, tenían razón redonda, y acertaban en pleno, y más acertaron dando a la costra cultivada nombres femeninos como Ceres o Pomona, o Diosa del Maíz.

El hombre tiende a trocar su bien, a arriesgarlo y también a jugarlo. Él es jugador por excelencia, y para decir esta temeri-

dad yo me acuerdo de los hombres y mujeres que yo he contado en torno del tapete verde. La mujer tiende a volver la ganancia del hombre, cuerpo estable y disfrute sin riesgo, en casa o predio. El mundo habría sido puro nomadismo y fuego fatuo de aventura incansable si no le ponen al Adán la Eva al costado, y en ella la responsabilidad de los hijos.

Siguiendo en esta línea de permanencia, la mujer crea sobre la tierra pesada de la que está segura, las costumbres que traen también su plomo adentro.

El hombre recibe o hace la religión como una llama que lo empine hacia lo desconocido, y la mujer poco a poco transforma esa misma religión, de la mística pura que era, en la ética positiva y a veces en la vulgar policía del hábito, es decir, en aprovechamiento. La mujer pide al hombre el matrimonio cuando él le ofrece el amor; la mujer nunca le solicita que vaya a la guerra, pero acepta su partida cuando la guerra se vuelve distinta de la aventura y se llama la guardia de los bienes. Hay una gradación infinita de las exigencias femeninas al varón, y desde la primera a la última, estas se resuelven en posesiones materiales que son las de su preferencia.

Después de considerar dichas grecas del carácter femenino, es curioso darse cuenta de que la mujer de nuestra raza no observe la desgracia que ocurre a lo largo de nuestro continente en esta hora, y que no salte a defender el suelo que es la posesión máxima. La que escribe estas líneas necesita ser campesina de origen, campesina de costumbres y campesina voluntaria o deliberada, para que el problema le golpee el corazón después de quemarle los ojos con los que ha mirado la venta paulatina de la América nuestra.

Un amigo me daba en Nueva York hace meses una estadística hecha por él sobre la distribución de la propiedad en su provincia. No quiero yo nombrar el país de que se trata, pero puedo asegurar que el dato es muy verídico; un tercio del suelo ha sido enajenado en esa patria latinoamericana

y el traspasso se ha cumplido en unos treinta años. Ustedes no llamarán alarmista a la persona que calcule la pérdida de otro tercio de suelo para treinta años más. La calamidad va de prisa como el despeñamiento en la tragedia griega y esta tragedia es la única digna de tal nombre en cualquier nación.

Nuestros países ideólogos viven de ilusiones infantiles o de especulación pedante: parecemos niños en la mitad de nuestros actos y gente senil en la otra mitad. Mucha consideración rodea entre nosotros un acta de independencia que en verdad independizó a un décimo de la población; mucha dignidad otorgamos a una Constitución que nos llama libres “a todo trance” y que nos ha echado sobre el cojín de pluma de la confianza, desde el cual no levantamos la cabeza para saber si seguimos siendo libres; mucha oda y mucho orfeón enderezamos en torno de nuestros héroes políticos.

Desde 1810 hasta hoy, la época se ha volteado como un bolsillo, y las palabras independencia, libertad y heroísmo corresponden a realidades nuevas, terriblemente mudas. De esta manera nuestra vida nacional sale menos de una cámara legislativa que de una cámara de comercio y agricultura; un héroe cortado para este tiempo será el botánico que cure en el Ecuador la plaga del cacao y un salvador con mayúscula mesiánica en el nombre será aquel que nos mude la organización social de cuajo, acicateado y urgido por el hambre de la población y las poblaciones.

Tierra nuestra podemos llamar solo a aquella que según las listas de los municipios, muestre nombres y apellidos nacionales en la inscripción de la propiedad; riqueza nuestra es aquella cuyo caño abastecedor, sea de petróleo, de goma o de maleza, sea sostenido por manos propias, por las manos de nuestro color.

La Asociación de Escritores y Artistas celebra hoy la fiesta de la cultura en general, y en un aparte filial, de la americana.

Estos tiempos no son los mejores para hacer un elogio de la cultura a secas y con mayúscula al estilo del siglo XIX, que le recitó las letanías más vehementes y que hizo de ella la profesión de fe más totalitaria. El Siglo de las Luces, haciendo un redescubrimiento ingenuo de la cultura, atribuyó a la divinidad laica el poder arreglar ella sola todos los negocios externos del mundo y le cedió por añadidura los internos del hombre.

El espectáculo que algunos llaman “escandaloso” del mundo actual está gritando que el *sancta sanctorum* que hemos venerado no se mereció la reverencia arrebatada que se le dio.

No voy a tratar de la cultura en tono mayor; es tema de hombres y aquí lo han dilucidado dos varones ilustres: voy únicamente a hablar en relación con las mujeres.

Diré, en primer lugar, que nosotras miramos la quiebra de la civilización europea como asunto cuyas causales no nos tocan. No hemos tenido parte en la construcción del edificio fallido; los materiales que en Europa caen en bloques, los maderámenes que se derrumban ardiendo o que se desmigajan como tejidos ganados por el comején, no fueron recogidos ni acarreados por nuestras manos de mujeres. No hemos sido las amasadoras del gigante de los pies de arcilla; estamos limpias de esta mala faena, en la cual gastó su lienzo una época íntegra.

91 Conferencia dada en la Secretaría de Estado, en Cuba, el 13 de octubre de 1938, y publicada en la revista *La América*, de La Habana, en enero de 1939. (N. de los Eds.).

Los hombres asustaron a las mujeres en Europa como las asustan todavía en América Latina, diciéndoles la cegadora palabra de “técnica”. Ellos pusieron el mote de “vejestorios” a la mayor parte de las maneras y de las virtudes cristianas que las mujeres usábamos para la conservación del cuerpo espiritual del mundo, y que nos habían valido en la educación, exigua pero no mísera, de los hijos, en su formación acaso remolona, pero nunca demoníaca.

Nuestro apartamiento en la construcción de la tercera fórmula social, la del mundo moderno, anticlásico y antimedieval, se la fundamentó tácitamente en nuestra torpeza técnica para poner las manos sobre las vigas de la nueva y compleja organización. Nuestra exclusión se la hizo un poco mañosamente, alegando la blandura niña que tenemos para trabajar con los materiales agrios de la realidad, pero sobre todo se dio por pretexto de la cortés eliminación, nuestro natural supersusticioso de Evas ignorantonas, que desconfían de la ciencia y siguen abrazadas a sus mitos, gimoteando sobre sus idolillos.

Aunque este Siglo de las Luces creara entre sus mil engendros hasta el feminismo, todos sabemos que a excepción hecha de Estados Unidos y de los países nórdicos, él no le dio ni crédito real ni ocasión de empleo, y que ha jugado con el feminismo desde un bondadoso desdén del varón que voltea una pajarita de papel.

La mujer no participó en la fruslería vistosa ni en el demonismo sombrío del siglo pasado, acarreador de complejidades que han engrosado la vida sin nutrirla, que fue el partero de varios homúnculos estériles y que por fin ha soltado sobre el mundo varios Gogs y Magogs del Apocalipsis.

¿Qué es en buenas cuentas lo que confiesa, al abrirse en res, esta larga jornada terrestre que está acabándose? Ni tengo todo el tiempo ni la ocasión de hacer el recuento de esas feas vísceras. Pero algo es preciso decir.

La rabiosa cultura individualista que nos dieron a nosotras mismas y que siempre nos repugnó, quemó en los hombres la última brizna del sentido de convivencia entrañable, de convivio vital y de convivio cristiano, porque en la cristiandad toda acción se resuelve en un fresco mural colectivo y en un acuerdo a la vez eslabonado y libre.

La máquina salió de las manos de un sabio pobre, enderezada como ente vivo para ir en ayuda del hombre de fatiga, y fue a levantar, sin embargo, las marejadas mayores de hambre que se hayan conocido, y a echar en la desesperación al hombre a quien debía aliviar y redimir.

La civilización, sin una conciencia colectiva en vela, resultó una empresa maniquea de bien y de mal, un amasijo mitológico de arcángel y de malhechor, que con la misma mano dadivosa cura como nunca supo curar a nuestros hijos, pero que días después mata a poblaciones enteras con la granada y el gas fétido, sus frutos más populares.

La libertad, cuya pasión puede señalarse como la honra por excelencia de esta época, parecida a titán vuelto orate, se hastió de su propia fama, se licenció a sí misma y ha acabado suicidándose como un falso santo.

El deporte trajo en buena hora la reivindicación legítima del cuerpo, mas su hazaña parece que está solo destinada a regalar a la guerra la carne del hombre en racimos más lozanos.

El culto a los héroes, retrotraído por el Renacimiento, y que guardaba en barbecho su semilla de paganía, ha tomado un sesgo repentino de matonaje y en esta segunda aventura pagana lleva a las masas cantando, más ciegas que los esclavos persas o egipcios, hacia la matanza del logro calvo de gloria. El siglo del positivismo humanitario ha pasado al sucesor el ímpetu de crueldad que creyó sofocar y que no tiene que envidiar a la selva africana. La vieja y pobre tierra no vio nunca sus caminos hormigüear y grisear tanto como hoy, de fugitivos que yerran

como fantasmas, en busca no ya de El Dorado, sino de dos cuartas de suelo y un sorbo de aire donde existir.

La vida interior, sésamo de lo inefable, la vida mística que hace, nutre y remozca al hombre, que vuelve más viril al viril y lo lleva a la acción, y conforta al débil y coloca sus pies en la raya de su destino; la vida de contemplación, que da el almáci-go de todas las creaciones, fue relegada al rincón de los cachi-vaches y dejó de abonar al guerrero como al artesano, que en el Medioevo ella volvía fértiles a la vez que santos.

Puede decirse, sin exageración, que el hombre se ha desvalo-rizado en su dignidad de los tiempos clásicos hasta un extremo que suelta nuestras lágrimas, que nos hace llorar por él. Las mujeres, repito, no somos las nodrizas gorgonas de la catástro-fe europea, que busca llegar también a nuestra América.

Pero nuestra ausencia del error inmenso no nos deja como espectadoras impávidas de la gran desventura y menos nos dejaría indemnes si la marea de insanía cayera sobre la carne del continente americano. No llevan a los hombres a las trin-cheras sin que nosotras vayamos detrás de ellos en un séqui-to invisible o fantasmal; no se crea una legión de huérfanos al día siguiente de cada batalla sin que sea arrasada entera nuestra felicidad; no se arranca el mundo de sus viejos goznes morales sin que conmueva al pobre mujerío, que ama la esta-bilidad del trabajo y de sitial donde hacer el gusto manso de la granada de la vida.

Por eso nosotras pretendemos ahora más que nunca, interve-nir en la suerte de la raza no en nombre de nuestra vanidad, sino en el de la defensa de los niños, que es la única guarda válida del porvenir.

Ausente muchos años de mi América, yo no puedo saber exactamente qué es lo que pide la mujer hispanoamericana; pero puedo saber al menos lo que a ella repugna. Esto voy a decir, aunque sea balbuceándolo.

La mujer nunca ha creído que la cultura se resolviera en una mera formación intelectual de tipo utilitario que distribuya a los jóvenes profesiones y oficios, que los ponga a hacer ciudades opulentas, que les cree un repertorio de placeres nobles o mediocres, y que les deje el alma bárbara o vacía, endurecida o vacante, al lado de su categoría mental o de su pericia manual.

Las mujeres de la América sabemos que la paz de los pueblos no es un bien que dora a los otros bienes como hace la luz con los otros cuerpos, sino que es la condición virtual de cualquier grado de progreso, modesto o espléndido, que los pueblos busquen. La mujer nuestra sabe que la solución pacífica de los conflictos nacionales es una jornada que cuenta mucho más en el destino americano que cualquier logro económico y ventaja política. Porque la paz se vuelve la manifestación más evidente de eso que llamamos una “cultura”, y solo cuando los pueblos la viven largamente, hasta que ella se les torna un hábito a secas, o sea el blando resbalar de la costumbre, solo entonces las demás expresiones de cultura arriban como sobreviene el día y gira el ruedo de las estaciones.

La mujer de América, amamantada por aquella misma cultura europea, cuyo manantial se nos ha envenenado, piensa en defender cuanto es defendible en la ciencia que le prestó la vieja Europa, pero ella apartará de la sed de sus hijos las garras de ponzoña sutil que llegan a nuestras costas en doctrinas frenéticas, ebrias o satánicas.

Creemos todavía en las fórmulas cristianas como válidas, frescas e intactas para un vivir terrestre. Aunque nuestros abuelos hayan traicionado o torcido cien veces al cristianismo, por malicia, por molicie, o por endurecimiento de sus almas feudales, aunque ellas hayan desperdiciado las líneas divinas de la justicia entrañable, de la cenital justicia evangélica, creemos en la posibilidad de una vida común cristiana, más posible en América, mucho más hacedora aquí, que en otra tierra de este mundo.



Creemos que un “nuevo humanismo”, especiado de agudas especies jesucristianas porque, en cuanto a cultura, no seremos capaces de realizar cosa mayor de lo que trajo Grecia y en cuanto a inspiración sobrenatural, estamos ciertos también de que el cristianismo no ha sido alcanzado por sus competidores ni será sobrepasado en su perfección ciega como el sol.

Pero nosotras, mujeres de una América a medio poblar, de este continente a media jornada, repudiamos todo programa que no consulte una corrección corajuda de la miseria que mancha nuestro suelo. Necesitamos ver que el campo americano sale del abandono en que ha vivido y es incorporado a la cultura de las ciudades. Deseamos que el propio bienestar no nos avergüence al subir el sol cada mañana, por existir lado a lado con la desesperación de las masas. Precisamos que por la calle civil y por el camino rural no ambule una infancia medio desnuda como salida de estampas asiáticas y que nos muestra, sin grito, su cuerpo deshecho antes de vivir y derrotado antes de competir.

Y sabemos con menos ciencia política que vosotros, varones, que el campesinado cubre la América misma y que el hombre rural debe poseer el suelo por vía de la pequeña propiedad, para que realmente se produzca en la tierra colombina e isabelina, una civilización de orden latino que no nos vendrá por el auge industrial, pues una latinidad nace de un agro amado y servido de un hombre que es su amo y su disfrutador a la vez.

Todo esto queremos las mujeres de la América, lo mismo las tradicionalistas, entre las que me cuento, que las revolucionarias; lo mismo la roja que la blanca o que la fluctuante, que no acierta aún con lo que desea; lo mismo la creyente que la atea. Y siendo madres y hermanas del hombre, que al igual que el fruto bronceado a la intemperie no maduró nunca sin libertad y no tiene honra sin ella, pedimos clima de libertad y sal de libertad para este mundo. Y hacemos este alegato empecinado de la libertad, porque antes de que ningún jacobinismo la pregonara, nuestra fe nos enseñó un concepto cargado de

terrible misterio: el de que Dios creó al hombre libre y le regaló la virtud tremenda de escoger, fiándose a sus potencias después de dárselas divinas. Y de esta ley, que es el punto de arranque del cristianismo, de este pacto entre Dios y el hombre, no podemos salir sin satirizarnos o sin volvernos pavesa de muerte o polvo de humillación infinita.

Amigos cubanos, amigos de muchos años, gente con destino contraisleño, pues obráis sobre el continente más de lo que sabéis, a causa de vuestra americanidad ungiada en óleo racial, perdonadme que os haya hablado del ácido trance del mundo actual mejor que de la cultura. Lo primero es salvarnos de la pesadilla que nos aprieta en su puño.

Vengo de Europa llena de angustia por los que allá dejé y de zozobra por nuestros pueblos. La cultura sí, toda la que nos sea posible recibir y dar, conseguir y ofrecer, pero la cultura que aumenta la entraña del alma, de que hablaba Unamuno, antes de crear desde las afueras del alma cosa alguna que nazca huera y vana, una cultura que nazca desde las raíces mismas del ser, que desde ellas riegue lo corporal y lo invisible, y ennoblezca nuestros institutos de un verídico ennoblecimiento: un “humanismo cristiano de la América”, en el cual Grecia sea bautizada más de verdad que en el Renacimiento. En gracia de la santa operación, Grecia esta vez no pase, no se cuarte y desaparezca en la amargura del mar, que levanta y deja caer las civilizaciones, jugando como un demiurgo ebrio con el destino del hombre hijo de Dios.

Sed felices, que vuestra labor, en su rebose, cubra a todos nuestros pueblos, que más de una vez han sido alimentados por la sustancia y por la gracia de Cuba.

RECADO PARA UN CONGRESO DE MUJERES DE  
GUATEMALA<sup>92</sup>

Saludo fraternalmente a cuantas han acudido a nuestro llamado desde lejos, y con sacrificio, y a las guatemaltecas que son las dueñas de casa y vuestras albergadoras. Mucha fidelidad ha sido el acudir y yo les he faltado, pero por razones de salud que no tienen, créanlo, sesgo de excusa. Quiero esa ciudad y ese país de Guatemala; me entiendo verticalmente con el centroamericano y me habría gustado agasajar con ustedes a las compañeras norteamericanas, porque debo también a nuestras vecinas de Estados Unidos subidas finezas.

Este congreso es obra de la Liga Internacional de Mujeres Pro Paz y Libertad. Aunque el lema de nuestra sociedad tenga ciertos visos románticos, si se lee bien, él resulta de una actualidad quemante. Vivimos una pobre paz que se parece a los préstamos a corto plazo y a los matrimonios provisionales... Caminamos con temblorcillo de zozobra como por las tierras tropicales minadas por hormigueros invisibles, que se desmoronan al paso de los caucheros. Y este es un mal vivir o un vivir a medias, porque el primer tesoro del mundo, y el de cada hombre, parece que se llame confianza, descanso del alma en la buena fe de la comunidad que nos rodea.

Y ocurre en el mundo actual un hecho inusitado y es que ahora nos rodean todos. Éramos un juego desparramado de cubos, bolas y triángulos nacionales sobre la mesa terrestre, y de golpe estas piezas se han ordenado en redondel, y ahora nos tocamos los codos o estamos frente a frente, los ojos puestos en los ojos. Pero en el hemisiciclo de la ONU las manos aún no se cogen todas, o bien se toman escurridizas de recelo.

92 Escrito en Santa Bárbara, California, y publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 15 de abril de 1948. Aquí seguimos el manuscrito que se halla en su legado en la Biblioteca Nacional Digital de Chile. (N. de los Eds.).

Nuestra presidenta ejemplar, la muy lúcida Heloisa Brainerd, mirando sobre nuestro tiempo con catalejo de marino, nos dio a la paz como patrona primera, aun cuando por esos años todos dormíamos creyendo el globo terrestre tan sólido como las bolas de hierro. No había tal esfera metálica, y ella se lo sabía, sino una bola de leño carcomido, que la cerilla de un demente puso a arder. Y se hizo la guerra, la mayor de la historia, la llamada guerra total. Y se hizo en tres... y hasta en cuatro dimensiones; y liquidada con la victoria de quienes tenían la razón, parece que todos los materiales tumbados en la catástrofe se han corrompido y fermentado en solo dos años, y pareciera que el hemisferio intacto que es el nuestro pueda ser también atrapado por la infección.

Después de la blanca palabra paz, viene en nuestro lema la palabra dorada de libertad y es la más flaca de las dos, porque paz hubo siempre en algún continente, aunque no fuera la paz de buena cepa, pero la libertad esa no la ha tenido el pobre mundo sino en tal o cual zona bienaventurada. Ella ha sido el lujo de unos pocos y la hambruna de todos los demás que vivieron mirándola como el gozquecillo ojea a la mesa con volatería.

Por la libertad hicieron la guerra los Aliados y el más alto comando fue para nosotros esta palabra vieja y virginal, que el mundo sabe pronunciar bien como el nombre de Dios, pero que él nunca vive de vivencia verdadera como un amor entrañable.

Y, acabada la guerra, ocurrió el que al igual que una potencia ausente e invocada, la libertad levantó su cuerpo y se echó a andar, a hablar y a cobrar su derecho de poseer la tierra.

Es natural: ella quiere volverse la gobernadora de los pueblos que Dios hizo para ella y no para “cenas de burlas” en palacios de Salmanazares letrados o analfabetos, amarillos o pardos.

Hacia la libertad enderezada en 1945 miraron todos los pueblos con azoro y con euforia, como quien ve el sol por primera vez o mira de golpe el mar.

(Aunque naciera sobre sus rodillas en la tierra de Chile, yo también guardo en la boca su aleluya entera).

La libertad, una vez probada, se vuelve la pasión mayor y la más ceñida costumbre. Ella es la madre que bien cría y que conforma el alma, pero es también, por curioso absurdo, la leche que de ser bebida cada día, algunos ya no ojean ni aman, ni la ven en riesgos, ni le hacen guardia. Y aunque sea el primero de nuestros benefactores, ella está destiñéndose para muchos de sus hijos (los europeos, por ejemplo), a causa del desabrimiento que da el hábito de lo que se tuvo siempre. Y es necesario revalidar ante los ojos empañados esta libertad que nos crio y deletrear su nombre a los de oreja infiel.

Pero aquellos a quienes inquieta la suerte de esta libertad venida a menos, debemos seguir la línea de su caída y rastrear las causas de su desprestigio.

Ustedes, amigas, o compañeras de la Liga, van a hablar allí sobre estas dos realidades, misteriosas por incorpóreas, que vuelven desventurado al mundo cuando una u otra desaparecen: la paz inestable y la libertad venida a menos en la estima popular.

Yo deseo, por la invalidez que da la ausencia, conversarles de un asunto que es como la viga de mis ojos, el cual parecerá tema pequeño, pero que para la dignidad de la América del Sur resulta profundo y aún dramático.

Corre por nuestra América un grito que arranca de sierras indias y que dice: “Queremos la libertad con pan”. Quien lo oiga vuélvase al hondón de su conciencia adonde tan bueno es bajar, y sus pulsos batirán con fuerza. Es verdad que los próceres de 1810 dieron libertad y que los sucesores de ellos, en algunos puntos del sur, la guardaron, sea íntegra, sea mordisqueada. Lo que no hicieron, ni los fundadores ni los segundones, fue lo que dice ese grito rodado de “pan y libertad”. ¡Qué linda alianza!, y cuán tarde sabemos que esas dos pala-

bras llevan un sentido común y se conjugan: la libertad necesita del pan, porque el hambreado sigue como la bestezueta al primero que le muestre el bocado, pero al que come el pan sin libertad, el propio trigo no le nutre y su miga se le agría en la boca.

Cada dictador ladino, que vio la falla malaventurada como se ve el quiebro en el muro de la casa, cada uno que vio a la libertad manca la borró con la punta de la bota, y se puso a reparar una hogaza, fraudulenta, pero al cabo de harina. El pueblo no tiene mucho de alerta y menos de sahorí, y no vio que tales trigos no contenían los “imponderables de la libertad”. Y en cada país nuestro, por años o décadas, el panecillo alargado por el “bienhechor” ha hecho a nuestras gentes olvidarse de sus libertades como de una cancioncilla cualquiera.

La paz y la libertad gobernarán este pobre planeta magullado si entre ambas añaden a su dúo clásico la justicia social. Ni paces, ni legalidades, ni éticas pueden existir dentro del puño duro del hambre.

Como yo sé menos que cualquiera de ustedes sobre la técnica de las reformas sociales, tomo solo un gajo de vuestro programa, el que más me importa. Quiero recomendaros la llaga viva que es el trabajo de la mujer en el campo del trópico y de la cordillera; deseo poner en la palma de vuestras manos de pioneras la víscera enferma que es nuestra vida ultrarrural.

Sin más razón que el ser mujer y no llevar encima el gallardete del voto, ni allegarse a la urna sacra, la trabajadora del campo en varios países tropicales gana la mitad, y en otros los dos tercios de la paga varonil. No es que por la famosa flaqueza del cuerpo mujeril, ella haga menos de las diez horas usuales; tampoco es que la muy leal sepa poco de siembras, riesgos y siegas a mano o que recolecte menos fruta que su marido o su hijo mayor; en el cargar de bultos a su espalda, como el mulo o el asno, hasta en eso, la buena soportadora iguala en varias partes a los varones: ella acarrea la leña a la hacienda

o transporta la alfarería a los mercados con una fortaleza que asombra. Menos aún se trata de que en la vida durísima de pradera, de sabana, de bosque o de risqueras cordilleranas, este ser haga la regalona, la consentida o la mañosa, o la “niña de manos rotas”. Mujeres he visto hasta limpiando con los hombres las vías férreas, después de nevadas y rodados de piedra en la cordillera, y me he quedado horas mirando aquello con los ojos fijos, por esa fascinación que da lo odioso, tanto como lo bello, y que nos aclara en un punto para castigar nuestros ojos que solo ven ciudades y rebanan el campo por repugnancia o desprecio.

En realidad, se trata de un trabajo castigado con el corte de una rebaja absurda por una especie de tabú sexual: la mujer, a causa de su inferioridad de músculo, y hueso, “tiene que hacer menos”, según el decir que corre del Caribe a la Patagonia, y debe ganar a medias o a tercias. La verdad es que ella, además de aceptar faenas hombrunas, amamantará, hará la comida a campo raso y de regreso dará otra vez de comer, y coserá los domingos para los niños.

Tres hacendados me han dicho, en países diferentes, que la mujer tiene ventajas sobre el hombre para la labor agrícola, por la conciencia que pone en su obligación, y que no rebana sábados y lunes a causa de que no bebe.

Se trata, pues, lisa y llanamente de que son mujeres, y que en esto como en las labores profesionales, el patrón considera que ellas gastan menos por estar ayunas de los vicios caros del hombre según la frase textual que yo oí a un líder izquierdista, cuando trataba sobre los sueldos diferenciados entre profesores y profesoras. Razón tan increíble es esta que nos parece oír una bufonada, pero son cosas dichas sin sonrojo por los aprovechadores.

En cuanto a los dueños mismos de unas tierras desatadas que rinden los ojos, no se trata siquiera de gente perversa ni de monstruos mitológicos. Yo me los conozco desde la infancia

y me los he cruzado después en unos siete países del sur. Y puedo decir que ellos solo representan el caso del encanecimiento por el medio y la costumbre, en los cuales nacieron, viven y mueren. Una injusticia social empedernida corresponde exactamente a la degeneración de la piel y con ello a la pérdida de toda sensibilidad. (Y no hablo de “conciencia”, porque esto parece ser un lujo en el hombre común, espectáculo tan raro como el sol de medianoche). Noche cerrada es el campo criollo a unos 300 kilómetros de las ciudades donde la ley vela, ataja y castiga. Hay en la ultravida rural de los lugares a que me refiero, una especie de geología en los usos y sobre esos basaltos están sentados desde siempre hombres y mujeres, lo mismo los abusadores que los padecedores, y por igual hombres que mujeres. Si el remezón de aquel suelo no viene desde afuera, y bajo la forma de crítica social, todo seguirá igual, lo mismo que en las grutas llenas de formas impávidas que albean de eternidad.

El degollado salario mujeril corresponde a una fémica india o negra que tiene virtudes mayúsculas y defectos menores: ella rara vez bebe y no es la cliente de aquellos bares donde hieden pulques y aguardientes de papa y madera. Los dineros suyos así sangrados representan, en el bohío y la pocilga, la sopa sin color ni sabor que da a dos o cinco niños, y pagan una semana de trabajo que es corrida, es decir, sin bises de juerga o de naipes.

Nuestra vista ignora, por comodonería, tal vez un setenta por ciento del territorio nacional. Y lo que desconocemos son las serranías locas de sol y aridez, o son los pantanales de arroz, o son la selva hirviendo de cuanta larva e insecto pulula en el trópico.

Caminando de bohío en bohío, porque no se trata de pueblos ni de aldeas mínimas, sino de un derramamiento de chozas distanciadísimas, apeándose si se va a caballo, haciendo paradas largas, por curiosidad y pasmo; si van ustedes en auto, sabrán que el salario escamoteado a la mujer, su pan corta-



do por la mitad, es precisamente el que alimenta y viste a la prole, porque el salario del hombre, como el agua en secano, es absorbido en buena parte por la cantina, por el prostíbulo, por la riña de gallos y otras vergüenzas llamadas “diversiones”. Y de este modo, el ultracampo vive un matriarcado increíble: ¡la familia está apuntalada por la horqueta diz que tan débil de la mujer!

Aunque lo contado parezca una historieta escandalosa, esta es la vida de unos cuantos millares de chozas indias, mestizas y negras. No relato casos fabulosos ni excepcionales: he visto, he oído y hasta he convivido unos días el horror de la vivienda rural, por apetito de constatar y de entender antes de escribir testimonio. Y cuánto lo que oís con esa quemazón del rostro que llamamos rubor, porque nosotros, latinoamericanos, somos hijos de Europa, o nos gusta llamarnos así, pero en el Viejo Mundo tal vida solo se ve en tollerías árabes o en algunos infiernos asiáticos.

¿Y qué pasa, se dirá, cuando la mujer no trabaja porque los hijos son muchos o porque el latifundista no acepta mujeres? Pasa que tres o siete criaturas humanas viven del estero evaporado que es el salario del padre alcohólico.

Yo pido a ustedes, con un fervor de ausente que quiso hacer presencia, la gracia de que recojan la ofensa que llega a parecer befa, hecha al trabajo de nuestro mujerío rural. La reforma que el feminismo debe clamar como la primera es la igualdad de los salarios, desde la urbe hasta el último escondrijo cordillerano. Hagan ustedes encuestas de estilo privado y aun confidencial. Constaten, verifiquen o rectifiquen *de visu*, dándose el afán de adentrarse en lo más prieto de los “infiernos verdes” y lo más raso de las soledades montañosas. Infiernos verán, tierras y gentes que les parecerán de otro planeta, y se van a enfrentar con una ciudadanía de la cual no oyeron hablar nunca, porque no aparece en las aldeas más o menos humanizadas.

En estadísticas y en relatos más o menos bizcos no crean; procuren ir lejos. Las geografías suelen llamar a esos lugares “el corazón del país A o Z”. ¡Qué secretos y llagados corazones! El vocablo vale solo para marcar unos escondederos parecidos a los del castor, y aludirá tal vez a los pulsos calenturientos del enfermo de fiebres pútridas.

Ojalá nuestro Congreso de Guatemala haga un rasgón largo y sin miedo en el silencio, que guardan sobre tema tan sombrío los patriotismos Tartufos o el velo tupido que se abaja sobre las grandes culpas raciales.

La mujer del campo y la montaña, que ha pasado delante de vuestra vista apenas pergeñada, apresuradamente dicha, es la más desvalida de nuestras hermanas. Tomemos con ella nuestro primer contacto y no soltemos el vínculo atado hoy entre ella y la Liga Internacional de Mujeres.

RECADO SOBRE EL HERODISMO CRIOLLO  
RESPECTO DE LA INFANCIA<sup>93</sup>

Muchas serán las rectificaciones y las limpiezas que urgen en la América criolla, pero la primera de todas no hay duda, es la miseria de nuestros niños, odiosa de ver sobre un continente como la úlcera sobre la carne muda.

Los países son familias y, en cualquier familia con decoro, si la comida o la ropa escasea, no hay adulto que arrebate su bocado al niño. Existe una pulcritud moral primaria, un pudor elemental que considera antes que todo el frío y el hambre del niño, y provee por ellos enseguida. Es cosa que nadie razona ni discute: el niño come primero, la más limpia cama es la suya y el rincón menos húmedo del cuarto es el suyo también. El más torpe y ciego jefe de familia conserva el concepto esencial de que el padecimiento de la criatura avergüenza a los mayores y el dolor que hostiga al adulto mataría al niño.

Entonces, ¿cómo es que la colectividad ha podido vivir lo que le repugna al hombre en su casa? ¿Cómo es dable que esas anchas personas que llamamos “patrias” hayan vivido como sobre un suelo natural encima de la miseria irritante de la infancia criolla?

He visto, con estos ojos quemados de muchas miserias, pero no de otra peor, las bandas de la infancia vagabunda, hormigueando por los campos y las aldeas. En guñapos, las carnes al aire, sucios hasta no sabérseles el color, en agraz, pero ya cínicos, caían en las estaciones como un enjambre de avispas sobre los buses de los viajeros, gritando interjecciones de picaresca, ofreciendo frutas o billetes de lotería con unas manos costru-

93 Este texto fue escrito en Petrópolis, Brasil, el 30 de junio de 1941, por un pedido del Rotary Club de Bogotá, y se halla dentro del Legado de Gabriela Mistral, el que seguimos aquí. (N. de los Eds.).

das, ultra lazarillos de Tormes, Marcos de Obregón brotados en estas otras Españas moras.

Cuando vuelvo a mi América española encuentro mejoradas, y aun rehechas en hermosura, muchas cosas: los edificios gubernamentales, los malecones, las fábricas que se enriquecen, las sedes de los sindicatos. Me encuentro hasta con algunas escuelas monumentales y me muestran hospitales de niños, lindos de recorrer. Pero el bloque inmenso de la miseria infantil sigue intacto y en la espaciosa casa escolar aparecen como más confesados y humillados el niño canijo, sin rojez en las mejillas, con carne flácida de viejos, el que no come frutas en tierras frutales, el que todavía lleva niguas en los pies: la carne criolla popular criada en chozas de caña y barro, o en el conventillo fétido.

He visto a estos niños hace quince, diez o tres años; me los hallo a cada viaje mío por estas tierras de mi pasión y son otros y los mismos, y aunque los mire solo unos días los llevo conmigo siempre como una brasa escocedora. Me quema semejante vergüenza, que es en mí un doble bochorno, de ser racial y personal.

Parece que las inequidades nacionales se doblaran pasando del adulto al niño. Ofender, robar o maltratar a hombre o a mujer siempre fue delincuencia; pero cuando el azotado es un niño, el delito toma no sé qué sesgo satánico.

No se trata de que el niño valga el hombre: es que vale mucho más, y no porque simbolice la eterna ilusión de la humanidad, sino porque es la porción no agrietada, el metal válido que Dios sigue dando a la fábrica terrestre, donde se ensaya desde hace milenios la mejoría del pobre Adán caído y que ha de salvarse natural y sobrenaturalmente. El que los niños sean lindos, listos y donairosos démoslo por rebosadura: sobra con que sean niños y bastaría con que fueran nuestros, responsabilidad nuestra y espejo de la honra propia.

Los pueblos que hambread a sus niños es como si se abrieran las venas; por la canal abierta que se les va la porción de vida con que llegaron. Los artesanos, los cosecheros del café, los ingenieros por venir, los químicos tintoreros, los sabios futuros, cuanto es dable esperar de la raza, no está en la nebulosa de las generaciones lejanas, está aquí, tocándonos las rodillas, en la masa hambreada, en el montón de inditos que comen frutos podridos, sobre las plazuelas y en los grupos escolares consumidos de anemia tropical y cuyo cuerpo fallido no parece crecer en la luz americana.

Es inútil pretender la competencia con otras razas y es necio llamar a gritos un “futuro mejor” cuando ese futuro nos golpea en esta poblada infantil. La infancia criolla no es una bruma que se apelotona en el horizonte ni un negocio de mañana; ha llegado, está aquí, y nos remece para desesperarnos.

Nosotros llevamos una cargazón de culpa tan ancha como el continente en lo que toca a esta infancia. Es muy probable que por ella no logremos aún ser grandes y felices, que todavía aparezcamos como una empresa recién abotonada, como una eterna maniobra y un ensayo inacabable.

Si hemos de hacer el aseo moral del continente, si resolvemos recristianizar nuestra vida; si está sonando un campanazo de enmienda, urgida como la sirena de salvataje; si estamos madurándonos de prisa la conciencia colectiva como el fruto apurado por la caladura, comencemos por los niños y no por cosas secundarias o adventicias.

Las escuelas no bastan; el alfabeto, que creemos lo primero, viene enseguida de casa y alimento; la beneficencia angosta y morosa que mantenemos no puede con la montaña de una obligación acumulada que se pudre echando sobre nuestros países los fermentos de odio que respiramos. La demagogía voceadora de las izquierdas, que dura cientos y tantos años, lo mismo que la evolución remolona de las derechas, no sirven a esta hora como métodos delante de la catástrofe que golpea

a las puertas. La buena fe bonachona, al igual que la mañosa mala fe, es mascada de coca quechua, que adormece sin curar un cuerpo racial, harto enfermo; lo único válido es una liquidación de la hambruna, la desnudez y la ignorancia populares. Y cuando digo aquí “desnudez”, tengo en los ojos la carencia de casa y vestido, es decir, la falta de algodón sobre el cuerpo y la escasez de habitación humana. Lo menos que puede tener una mujer cuando acepte los hijos y lo menos que debe ofrecerle el hombre que los engendra, ha de ser el cubo de unos cuantos muros.

La familia es igual al fruto tierno que solo se logra dentro de vaina o corteza. La “familia”, de la cual hablan los moralistas criollos como de una abstracción, es lo más concreto del mundo; ella representa el abastecimiento de comida y ropas, y la sede estable. La familia no puede ser un puñado de polvo soltado al viento ni un campamento gitano de tiendas. Esto lo supieron las propias tribus y los civilizados lo aprendimos con el mal saber del pagano: “Sé, pero no haré”; “Sé, pero me desentiendo”. Vivimos así en la rica y mísera América española: de un lado la religión generosa; del otro, el hábito empedernido; de una cara el propósito de la otra, la malicia, y este vivir no es digno de una cristiandad. ¡Carne tan linda y alma tan fácil la del niño indoespañol! Su sensibilidad, su buena voluntad, su prontitud para la alegría, en cuanto se la damos, su querenciosería, su flexibilidad de mestizo, su riqueza de facultades, son uno por uno tesoros que no se agradecen, virtudes que miramos sin estimar y que desperdiciamos día a día.

Bueno sería leer a los viajeros no farsantones que escriben sobre nosotros, aunque solo nos den una pizca de su asombro. Yo oí a viajeros uruguayos de calidad contar la miseria del Pacífico con una especie de estupor. Pero, ¿cómo es posible, decían, que ustedes con los recursos que tienen hayan hecho menos que el Uruguay? ¿Cómo puede ser que, al dejar el Atlántico, quede atrás una América europea y se abra una asiática?

El americano en vela que es el doctor Alfredo Palacios, hijo del país menos comprometido en el herodismo continental, publicó un libro irritado y crudo sobre la pobreza infantil en ciertos ángulos abandonados de la Argentina. ¿Qué habría escrito ese hombre si saca afuera el horror de la infancia pacífica o caribe? Yo deseo que nos llegue algún día ese libro que yo no puedo hacer y que sea escrito por una pluma verídica y acatada a la vez, que muestre y convenza, y que nos salve con la quemadura de los “puntos de fuego” en el pulmón.

Nuestras costas desventuradas se tocan como siamesas con las Indias y los Marruecos coloniales. Pero estos pueblos no fueron nunca dueños de sí, ni profesaron credos cristianos. Ellos no han jurado la igualdad humana; tampoco vocearon ciudadanías, y al revés, proclaman a voz en cuello “la santidad de las castas”. El Evangelio, donde el niño fue alzado como cogollo divino del mundo, no se recitó en los templos árabes y a causa de ello su ceguedad para el misterio infantil llega a lo zoológico. Por esto estarán donde están aquellos pueblos y tal vez no salgan de su marisma, sino cuando se opone en su conciencia un vuelco absoluto en lo que corresponde al sentido divino de la infancia.

A más carnalidad de una raza, más regalonería para el adulto y menos cuidado de la criatura; y a más latinidad verbosa, sea ella académica, sea placentera, menos legislación realista sobre la infancia.

Ahora corremos el riesgo mayor de nuestra historia: está llegando a nuestras costas la marejada totalitaria; los extraños nos traen una nueva demagogía mucho peor que las criollas. Los que llegan cuentan con ganar a unos pueblos acalenturados por la desesperación, a los cuales ofrecerán el reparto drástico y una especie de comunitarismo militar logrado a fuerza de su brutalidad y de nuestro pánico.

Es muy probable que leamos en carteles, para bochorno nuestro, las estadísticas que ellos darán de los niños hambrien-

tos, tuberculosos y comidos de dolencias tropicales: es posible también que la masa se vaya detrás de la gran tentación. Entonces nuestras caras arderán y no habrá piedra bastante dura para golpeararnos el pecho.

No podemos echar sobre el Estado la tonelada del delito, por más que él sea bastante culpable. También es hábito de las latinidades la comodonería de indicar con el dedo a los gobiernos en cada trance de responsabilidad. ¡Qué liberación y qué descanso! Pero no hay presupuesto del mundo que pueda solo con la “liquidación” de la miseria campesina y urbana del continente, y no hay gobernante Sansón que logre tumbar sin más que sus brazos el baobad maldito de esta vieja iniquidad.

No hurtemos el cuerpo, no desviemos el torrente de la obligación. La artimaña y las posturas huidizas no valen más, no salvan del trance que camina como la ménade sobre la América criolla. La Europa que hizo todas las conquistas, que removió siempre el mar y la tierra, antes buscando las materias “preciosas” y hoy las materias *tout court*, hoy no habla de nosotros como de pueblo, sino como de meras “fuentes” o de cornucopias llenas a rebosar. Aunque Europa nos dirija “todavía” discursos liberales con mira a sosegarlos, la zalema solo retarda un poco su avidez de fuego. Para el continente padre del racismo no tenemos nosotros semblante racial honorable y tampoco espinazo uno del león; somos razas quebradizas por aisladas.

Seamos o no seamos españoles, no esperemos lo que llega con la lenidad abotagada de las derechas ni el frenesí de las izquierdas peninsulares. Una movilización de las fuerzas morales, que sea inmediata y que sea completa, que no deje al margen ningún credo y no desaproveche ningún *élan* individual, puede liquidar la tragedia de la familia indoamericana. Nosotros somos capaces de planear y de rematar este movimiento por aquella misma alma española tallada para lo grande, y además por la riqueza americana que hemos gastado hasta ahora solo en ingenuas suntuosidades criollas, en tontas vanidades.



Divididos como nunca lo estuvimos antes, tajados en dos orillas que se miran sin oírse, tal vez solo nos quede esta isla salubre de nuestra infancia. Es la tierra de la reconciliación inmediata y el acallamiento de nuestra discusión impenitente. La concordia puede hacerse en este punto mágico donde se crea cualquier violencia. La infancia pudiera unificarnos las banderías y convertirnos a lo concreto, poniéndonos a un trabajo realista y libre del fraude criollo. Los pueblos mestizos engañan y se engañan con legislaciones ladinas y con un cristianismo de meros textos. El europeo nos clasifica entre las razas sin veracidad, y tiene razón.

Los clubes rotarios trajeron maneras nuevas a los pueblos del sur: poca verba, nada de ceremonial, muchísima llaneza y la persecución de lo real y de lo próximo. Varias veces me senté a su mesa común y celebré estas virtudes, buenas para una raza de ideación barroca y útiles para unas gentes que han buscado el lujo antes que la salud, y se gastaron en la reyerta en lugar de gastarse en las fundaciones. El Rotary Club de Bogotá me pidió un “mensaje” sobre la infancia: yo no podía hablar ni brevemente ni con sobra de mansedumbre en esta ocasión y les mando este “recado” un poco violento, pero más que eso: dolorido. El problema me arrebata a causa de que lo seguí la vida entera, sin ver nunca su solución. La vieja maestra vacía aquí su experiencia como el caldo quemante de una vendimia que no fue de racimos dorados, sino de ásperos agraces. No conozco Colombia, como bien lo sabéis, y he dicho aquí lo que sé por vistas y tactos de mi América parcial. El respeto de vosotros me manda daros la única cosa digna del momento: la verdad sin adobos.

Gracias por la honra de vuestro pedido. “Criada vuestra soy”, según la frase popular, para serviros siempre.

EL PROBLEMA DE LA EDUCACIÓN RURAL  
EN LA AMÉRICA<sup>94</sup>

La faena del maestro en América, desde Sarmiento hasta hoy, es tremenda y solo la conocen en su agria dureza los que en ella dejan la vida.

Me da vergüenza escribir consejos para vosotros, porque no son sermones, sino una ayuda cotidiana y ardiente lo que necesitáis.

El primero de los puntos trágicos de la escuela sudamericana es el campo. La escuela urbana más o menos ha alcanzado cierta dignidad y a veces un cabal decoro, y cuenta además con la estima de los dirigentes. Esta escuela urbana ya madura puede dar la mano a su desgraciada hermana, la campesina, por solidaridad gremial y por la pasión cívica que busca el bien patrio en forma absoluta y no se conforma con los éxitos parciales y relativos.

Una dotación de aparatos de radio en las escuelas rurales os permitiría, amigos y compañeros, la comunicación frecuente con vuestros colegas olvidados y relegados, los maestros de las escuelas perdidas en el riñón de la sierra.

Podrías dedicarles media hora de conversación familiar, y en estas charlas llenas de toda llaneza y ceñidas al asunto escolar práctico, vosotros haríais llegar a vuestros hermanos del campo vuestra cultura pedagógica mayor y vuestro aprecio por su oscuro y santo trabajo.

Podrías volveros padrinos y madrinas de cada una de las escuelas rurales y hacer llegar a estas poco a poco, en la

94 Mensaje a los maestros ecuatorianos, Guayaquil, octubre de 1954. (N. de los Eds.).

medida de vuestros magros recursos, los libros de consultas indispensables a vuestros compañeros como agua y pan; a esos libros fundamentales añadiríais el regalo de cantos escolares y de otros que lleven el repertorio de fábulas y relatos que el niño del campo ama y aprovecha mejor que el mismo de las ciudades.

Podríais también, en el madrinazgo de la escuela escogida, encargarnos de las diligencias oficiales que le atañen y servir las así en sus necesidades desde Guayaquil.

Sería posible ir a visitar a esos hermanos medios desterrados, por más que el campo nada tiene de penuria, sino de liberación. Les confortaríais con vuestra presencia y a lo largo de vuestro trato les entregaríais vuestras experiencias pedagógicas más logradas, porque muchas de ellas les serán aprovechables.

Se me ocurre que de tarde en tarde, podríais dar en Guayaquil alguna función de beneficio, destinada a adquirir parte del material de enseñanza del que carecen: la radio, a que me referí en primer término, una linterna mágica con su stock de imágenes, una máquina de coser, un botiquín escolar, tan útil en el campo, una revista de labores de mano y otra de divulgación agrícola.

En todo caso, amigos míos, está a vuestro alcance el crear una red ancha y caliente de comunicación, una verdadera vida gremial activa, un sistema fluvial de relación que recorra la provincia sin descanso y sin relajo.

Ensayad este casamiento de campo y ciudad, para salir poco a poco de su divorcio absurdo y mortal. Haced esta obra no ensayada siquiera en nuestra América que se ha empecinado en vestir de gala las ciudades y en mantener el campo en desnudez y en abandono insensato. El campo es el que nos alimenta, y la sangre económica de cada organismo nacional el campo la da, el campo la cede, estación tras estación, día tras día.

Vosotros sabéis que yo me conocí en carne propia, durante tres años de mi juventud, la horrible orfandad, la soledad sin superlativo del magisterio rural. Os pido como quien dice por mi propia carne. Aquella tragedia silenciosa la llevo en mí, la tengo presente: la ciudad era sorda, la aldea desvalida, los colegas urbanos soberbios o banales. Mi primera escuela tenía piso de tierra y sus muros rezumaban humedad. La miseria de la escuela era aún mayor que la de los niños.

Hay en vosotros, maestros guayaquileños, una pasta magnífica de hombres y mujeres, y luego de educadores, y luego de gente con pasión patria.

Habéis puesto en mí una confianza grande en el futuro del Ecuador. Sois demócratas; buscáis la redención de la América con la misma angustia que yo y declaráis que el niño es la herramienta para levantar la albañilería, la compostería, la masa de la América nueva.

Pero el niño americano no es unidad, es una dualidad irritante: hay el niño de la ciudad, dueño de todo, y el niño rural, ayuno de todo: de regocijo popular, de teatro, de bella escuela, de música feliz, de regalo familiar y de regalo urbano. Criemos, adoptemos, amemos a este Cristo niño de la sierra y la costa, amigos míos queridos.

Desde hace cuatro siglos este niño del cañaveral, del cafetal, de la pradera, aguarda que miremos hacia él, que nos volvamos hacia su abandono, que le paguemos nuestra deuda.

Con él, amigos, desde ahora con él; lado a lado de su maestro rural y frente a frente con su vieja tragedia para resolverla de una vez por todas.

Creo que la América Latina es casi totalmente pacifista. La causa de la paz nos es connatural; nuestros veintiún países no tienen nada que ganar en una guerra y casi todos miran hacia ella como calamidad pura. Por religión, por principios republicanos y por hábito, la matanza legal, llamada “guerra”, nos repugna. Por otra parte, la adhesión a cualquier bando guerrero comenzaría por dividirnos, y nuestro interés primordial es pasar de la presente unión de nuestros pueblos a la fusión de todos ellos en una especie de Estados Unidos Centro y Sudamericanos.

Somos gentes absolutamente ajenas a los intereses de una guerra cualquiera, sea ella de índole ideológica o comercial. La industrialización de la América Latina, más el bienestar del campesino y la clase obrera, nos recomienda solo una larga paz laboriosa y la atención colectiva centrada en esos temas.

Así y todo, no podemos ver con indiferencia la situación en extremo inquietante producida por la tensión mundial, pues cerrar los ojos a este hecho sería necedad o hipocresía.

La suerte de la cultura occidental, conformadora de la nuestra, y la debacle económica que traería otro conflicto mundial, no son cosas que dejen yertos a estos veintiún pueblos, que tal vez sean los más sensibles entre los del mundo. Sensibles somos, y hasta de más, en cuanto a nietos de la desgraciada Europa y en cuanto a miembros de la cristiandad.

El Congreso de la Paz no erró al escoger este país como su sede. México sigue siendo una patria libérrima y empapada de humanidad.

95 Mensaje para el Congreso de la Paz, celebrado en México, en 1949. (N. de los Eds.).

No necesita nuestro congreso de mucha puja para convencer sobre las lacras de la guerra y sobre la zoología pura que ella entraña. La raza iberoamericana, inteligente e informada del mundo, se sabe bien la lección primaria del valor de la paz; y, por sabérselo, México alberga en un momento de zozobra esta cátedra colectiva de pacifismo. Si en el filo de la circunstancia que vivimos la legión de la paz desertara entera o raleasen sus filas, ya bastante entecas, a las almas libres del mundo no les quedaría sino la aceptación de la carnicería como único corte del nudo gordiano. El solo pensar esto da cierta vergüenza respecto del género humano.

Es preciso que los que no militamos en ningún partido salgamos, pues, de nuestra soledad para decir sin miedo la propia convicción, que es más o menos la siguiente: la América Latina sigue siendo fiel a la causa de la paz, especialmente en la porción de sus educadores y de sus intelectuales. Bien se puede añadir a estos dos gremios al ancho sector del pueblo que trabaja en las faenas pacíficas de la industria y del inmenso campo americano. Si resultara que estos cuatro sectores fuesen flacos —y sabemos bien que no lo son—, aun así, como simples minorías sensibles y alertas, tendríamos el deber de juntarnos para hablar sobre una catástrofe que puede herir a la América Latina en el plexo solar de su economía y en el de sus principios espirituales.

Creendo, desde la raíz de mi conciencia, que esta profesión de fe pacífica representa un deber vertical, yo estoy dando aquí el testimonio que me dicta mi amor de maestra por los niños que crecen y cuyas almas no deben ser torcidas por ninguna ideología que considere a la guerra como “fatalidad histórica” ni estime la paz como un mero paréntesis de reposo entre dos jornadas de sangre.

No es vil la prédica de la paz; tampoco es infantil; ella no indica falta de virilidad en aquellos pueblos que la tienen como el mayor de sus bienes. Pero la paz grande y pura debe ser un principio álgido, una afilada voluntad de velar sobre ella,

seamos católicos o protestantes, mozos o viejos, idealistas o realistas. La paz representa una ley moral, la primera entre todas, tal vez el “imperativo categórico” por excelencia, y no es, como algunos creen, un mero ambiente para negocios prósperos.

Aunque corramos el riesgo de ser vistos con un gesto de duda o de sospecha, todo eufemismo debe ser rebanado a estas horas por cuantos tenemos algún coraje moral, y aunque nuestra persona cuente muy poco delante del poder o del terror de los belicistas, no nos queda sino cumplir en cuanto a hijos y servidores de la persona parda y divina que llamamos paz. Aunque fuésemos una minoría flaca e ingenua, los pobres creyentes de una entelequia, estaríamos obligados a hacer por ella todo cuanto podamos. Otra posición nos abrasaría la conciencia como el tizón que arde aún sofocado. Porque el silencio y la inercia, cuando las patrias viven su solsticio mayor, solo se llamarían necesidad o malicia.

Yo espero que ustedes, oyéndome alegar por un asunto que muchos consideran meramente europeo y norteamericano, no me tomarán a estas horas de luz oblicua como cosa parecida a una rusófila embozada. Nunca me allegué a un solo problema latinoamericano sino como la criolla que soy, planta indígena marcada por su suelo en cada raíz y en cada rama de ser. El temperamento nuestro es tan original como lo son la araucaria chilena y el cactus mexicano. No creo en ninguna forma de vida personal y colectiva para nosotros que deba venirnos como paquete postal desde tierras e ideologías lejanas, y casi lunares. Para bien o para mal nuestro, dominan en el mestizo y en el indígena de la América una sensibilidad y un sentido de la vida estatal y familiar que nos es peculiar, y esta originalidad tenaz nos invalida para la adopción de ideologías políticas y módulos de vida remotos.

Nuestras repúblicas resultan ser muy otra cosa que las europeas y todas las adaptaciones de pe a pa que hemos ensayado en esta América criolla mudaron aquí de color y esencia,

perdiendo ángulos, perfil y hasta sus entrañas mismas. Esos sistemas unas veces ganaron aquí en humanidad, pero otras veces se desfiguraron hasta volverse irreconocibles.

Soy una pesimista en lo que se refiere a la suerte de Europa, por más que no deseo sino bien a la madre que acarreó hacia el Nuevo Mundo sus esencias mejores y a pesar de que nos trajo, apareado a ellas, su individualismo exacerbado y suelto.

No puedo callar el hecho de que entre la lectura de los cables europeos que trae la prensa diaria y el paisaje próspero del hermoso estado veracruzano, mi pensamiento constante y casi obsesional es este: hay que mantener la paz en nuestros veintiún pueblos, a fin de que en meses o años más seamos una especie de tercer continente, la isla del refugio, un tercer frente salvador para los hombres desesperados, que llegarán aquí en busca de sitio donde posar sus pies errantes.

A ese pensamiento siguen otros: está viviendo la América Latina un momento hartamente confuso, pero a la vez de cierta actividad alácrica que se traduce en creaciones industriales y agrícolas; estamos a estas horas dentro de un ímpetu de acción realista y de autodeterminación decidida. El caso de México está a la vista y conforta la esperanza. Nuestras potencias fijas sobre la tragedia europea sacuden por fin sus modorras tropicales de un siglo, que fue de cultivos remolones y de técnica paupérrima.

Labremos nuestra tierra en esta pausa de paz; hagamos la guardia física y moral de nuestra parcela y completemos las independencias políticas del año 10 con la que faltó, para desgracia nuestra, la liberación económica. Y hagamos esto no con los dientes apretados de unos nacionalismos calenturientos; hagámoslo con mira a nosotros mismos y a la reconstrucción de la latinidad que, en su porción europea, parece hallarse enferma y a trechos llagada.



Brazos abiertos para merecer la inmigración, para poblar en vez de diezmar, para alimentar y construir las moradas del pobre hombre criollo, tan digno como cualquier europeo de poseer realmente la tierra suya y de crear sobre ella la dicha.

Agradeceremos a los presentes los frutos sanos que salgan de esta reunión, la cual es en todo caso racional e importante. Yo tengo fe en la índole apolítica de vuestros trabajos. Todo su éxito depende de que se obre con las puertas abiertas de par en par a fin de que los acuerdos del congreso convenzan como una empresa que busca esclarecer las vistas, ordenar la desorientación y salvarnos la paz.

Lo único que importa aquí es pensar con precisión y jugar limpio. Seamos unos buenos criollos que tienen piedad hacia la suerte de su propia carne, y no comprometen a la generación que los sigue, y cuyos destinos están jugándose a estas horas. Nosotros debemos resolver sobre un negocio tan grave como la guerra, en el cual se decidirá la suerte de nuestros cuerpos y nuestras almas, y para ello debemos mantener en nuestras discusiones una conciencia liberada y lúcida. No nos cegaremos por el humo de la pasión ni por la flaqueza de los pueblos nuevos cuya voz se parece a la de los coros infantiles. Nuestra América ya no es un vagido en el aire del mundo; ella es una voz ancha que bien podría volverse poderosa en el cónclave de la ONU, si quisiéramos, en bien del mundo, formar un bloque verdadero de nuestros veintiún países, un anillo férreo de resistencias morales.

La paz que andamos buscando a tanteos y en menudas sociedades locales, en grupos generosos pero inválidos, debería salirnos entera y rápida de aquellas Naciones Unidas, creadas para tal encargo y misión. Nuestras veintiún delegaciones bien podrían obrar allí más y mejor, y hacerlo sin timideces

y zigzagueos, volviéndose así un poder real dentro de la casa de Lake Success.<sup>96</sup>

Pero tal vez allí seguimos siendo angostamente nacionales, y flacos, a causa de que la unidad de nuestros pueblos no llega a su sazón, y apenas si parece pergeñada. Y es que todavía no tomamos posesión de nuestra potencia plural y nos falta la fe en nosotros mismos y la verificación de la propia potencia. En bien de nosotros y del mundo, la fusión de los pueblos latinoamericanos debería ser apresurada en estas horas, que son de soluciones vertiginosas y de decisiones drásticas de nuestros destinos raciales y nacionales.

96 Lake Success está ubicado en el condado de Nassau, en el estado de Nueva York, y fue el hogar temporal de las Naciones Unidas desde 1946 hasta 1952. (N. de los Eds.).

A M É R I C A V I



Amado Nervo, cuando tus cartas atravesaban el mar para ir a buscarme a la quiebra amoratada de mi montaña, yo no pude soñar que alguna vez llegaría a tu tierra y hasta la urna negra en que calla tu boca y se deshacen tus sienes.

Cuando en tu grito por una muerta ponía yo a espigar mi propio grito, no soñaba que habría de poner mi mano trémula sobre tu mascarilla de ónix y tocar en la mejilla descarnada el dolor de tu agonía.

En este primero de noviembre, yo he ido a tu cementerio, y la oración ha manado por ti largamente de mis labios, con la madeja inacabable y grávida de tus manantiales mexicanos. Las oraciones olvidadas se levantaron dentro de mí tremendamente vivas; del corno de las cuatro mujeres, en donde estaba una de tu raza, iba bajando la plegaria a un ungir tus pies. El Ave María tuvo más levedad bajo los árboles que te miran; el Padre Nuestro se volvía austero como el ónix de tu urna, y la Salve se nos velaba de lágrimas.

Dios te guarde en el pliegue más ancho de su manto, que cuando mi fe era como una caña hendida, me la erguiste con tu canción. Me infiltraste tú y solo tú, la duda de la semiciencia, el desprecio de los sofistas y de la vastedad de los negadores.

Dios te guarde porque viviendo yo ahora entre tus gentes, tú me llevas de la mano, tu nombre me es amigo desde la sepultura.

Ya tiene la ingravidez que anhelabas, gimiendo desde la espesura de la carne. Ya conoces la insigne suavidad que la curva humana del Iztaccíhuatl te hizo soñar cuando niño, la sua-

97 Escrito en noviembre de 1922, en su primer año en México, y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 7 de enero de 1923. (N. de los Eds.).

vidad de la cual las rosas solo te decían la promesa inefable: la de Dios, que pasa sobre tu pecho inacabablemente como terciopelos renovados.

Ya tienes la música de las esferas, donde estaba la estrofa perfecta, cuyo anhelo te mantenía insomne muchas veces; la armonía que ya no queda fuera de ti, que te inunda y te mece como el mar a sus algas.

Que el silencio sea allá una gruta profunda para tus oídos fatigados de la vocinglería de las plazas y los salones; que el movimiento de los astros haga en torno tuyo menos rumor que el de la ola muerta, para tu hondo reposar; que la luz que llega hasta tus ojos no tenga rojez, que desmaye en él perla más extenuado: ¡tengas un cielo de ópalos y de espesados silencios!

¡Bendito seas! Trajiste a la América centauresca el canto suavizante; desdeñaste la fea espesura de la épica e hiciste de tu verso la levedad de un manojo de hierbas para que los tristes lo pusieran contra sus heridas. En vez de la dureza que tiene el ramo de la piña americana, diste a la estrofa la suavidad de los helechos altos; hablaste con una voz que era menos que suspiro, para aguzar los duros oídos de tu recia América.

Tu poesía sigue caminando por el continente; va como la Sulamita con el rocío cuajado de la noche y con la túnica viva, y los que no quieren rezar rezan en ella; pasa como los ángeles de la tarde en el trémolo de los bronces más rezagados, y los niños de tu raza vienen a cantar para la alegría de tus huesos, y su ronda ciñe tu sepultura cuando cae la tarde.

Guarda a tu raza; viene tu sombra de consolación sobre el indio mexicano, resignado como un verso tuyo; haz caer, exprimida al fin, la serpiente del pico del águila, para que duermas en paz y puedas bajar los párpados, que mantienes abiertos, acompañando la vigilia dolorosa de tu pueblo.

Nació en Neplanta; la recortaban el paisaje familiar de dos volcanes; le vertían su mañana y le prolongaban la última tarde. Pero es el Iztaccíhuatl, de depurados perfiles, el que influye en su índole, no el Popocatepetl, vasto hasta su ápice.

Dice Nervo que la atmósfera en ese pueblo es extraordinariamente clara. Bebía ella el aire fino de las tierras altas, que hace la sangre menos densa y la mirada más nítida, y que vuelve la respiración una leve embriaguez. Es el aire delgado, maravilloso como la delgada agua de nieves.

Esta luz de meseta le hizo aquellos sus grandes ojos rasgados para recoger el ancho horizonte. Y para ir en la atmósfera sutil, le fue dada esa esbeltez suya que, al caminar, era como reverberación fina de luz solamente.

No tiene su pueblo la vaguedad de las nieblas vagabundas; asimismo, no hay vaguedad de ensueño en las pupilas de sus retratos. Ni eso ni la anegadura de la emoción. Son ojos que han visto en la claridad de su meseta destacarse las criaturas y las cosas con contornos netos. El pensamiento, detrás de esos ojos, tendrá también una línea demasiado acusada.

Muy delicada la nariz, y sin sensualidad. La boca, ni triste ni dichosa: segura; la emoción no la turba en las comisuras ni en el centro.

Blanco, agudo y perfecto el óvalo del rostro, como la almendra desnuda; sobre su palidez debió ser muy rico el negro de los ojos y el de los cabellos.

98 Escrito en México, para el libro *Lecturas para mujeres* (1924). Esta semblanza apareció primero en *El Mercurio*, de Santiago, el 16 de septiembre de 1923. (N. de los Eds.).

El cuello delgado, parecido al largo jazmín; por él no subía una sangre espesa; la respiración se sentía muy delicada a su través.

Los hombros, finos también, y la mano sencillamente milagrosa. Podría haber quedado de ella solo eso, y conoceríamos el cuerpo y el alma por la mano, gongorina como el verso... Es muy bella, caída sobre la oscura mesa de caoba. Los mamotretos sabios en que estudiaba, acostumbrados a tener sobre sí la diestra amarilla y rugosa de los viejos eruditos, debían sorprenderse con la frescura de agua de esta mano.

Debió ser un gozo verla caminar. Era alta, hasta parece que demasiado, y se recuerda el verso de Marquina: “La luz descansa largamente en ella”.

Fue primero el niño prodigio que aprende a leer, a escondidas, en unas cuantas semanas; y después la joven desconcertante, de ingenio ágil como la misma luz, que dejaba embobados a los exquisitos comensales del virrey Mancera. ¡Pobre Juana! Tuvo que soportar ser el dorado entretenimiento del hastío docto de los letrados. Seguramente a ellos les interesaban menos sus conceptos que su belleza; pero allí estaba Juana, respondiendo a sus retorcidas galanterías. La donosa conversación de los salones era un plato más en ese banquete heterogéneo de la vida colonial: Inquisición, teatro devoto y aguda galantería. Juana debía divertir a los viejos retorcidos, contestar sus fastidiosas misivas en verso y pasar, en las recepciones del virrey, del recitado de una ágil letrilla al zarandeo de la danza.

Más tarde es la monja sabia, casi única en aquel mundo ingenioso y un poco simple de los conventos de mujeres. Es extraña esa celda con los muros cubiertos de libros y la mesa poblada de globos terráqueos, y aparatos para cálculos celestes.

No es verdad en la gran monja gongorina lo de la inspiración como ráfaga desmelenada de viento; no se puede hablar de la Musa exhalándole su ardiente jadeo sobre las sienas. Su musa es la justeza, una exactitud que casi desconcierta; su musa es



el intelecto solo, sin la pasión. La pasión, o sea, el exceso, no asoma a su vida sino en una forma: el ansia de saber. Quiso ir a Dios por el conocimiento. No tuvo delante de lo creado el estupor y tampoco el recogimiento, sino la delectación de gozarlo matiz a matiz y perfil a perfil. Del lucero temblorosa, ella quería saber. Su maravilla es que la ciencia no la llevara al racionalismo.

Tuvo, entre otras, esta característica de su raza: el sentido crítico, lleno de cordialidad a veces, pero implacablemente despierto.

Y otra característica más de sus gentes: la ironía. La tiene fina y hermosa como una pequeña llama, y juega con ella sobre los seres.

No hay que asombrarse demasiado de esta alianza de la ironía con el sayal: también la tuvo Santa Teresa; era su invisible escudo contra el mundo tan denso que se movía a su alrededor: monjas obtusas que solían recelar de la letrada y veían el cuerpo del demonio asomado entre los libros de la formidable estantería. Se olvidaban de otras celdas ilustres: la de los dos Luises españoles. Pero en la abeja rubia y pequeña el aguijón se embellece porque el mismo instrumento que punza fabrica miel.

Tan impregnada está de la ironía, Sor Juana, que de la conversación y las cartas, la lleva hasta el verso. No es así en el rosal, donde la suavidad del pétalo está separada de la espina; la monja pone la espina en el centro de la rosa.

¿Por qué entró al claustro?

Según dicen unos, por cierto desengaño de amor; según otros, por resguardar su juventud maravillosa. Tal vez no fue este sino un gesto como el de quien desecha una masa viscosa, el mundo, por denso y brutal; y pone sus pies sobre esa piedra blanca y pura de un convento. No le alcanzarán así los brazos

con apetito, de la multitud, de la plebeya ni de la cortesana. Por exceso de sensibilidad se apartó. Su actitud aparece más estética que mística.

Esto último, una mística, no es Sor Juana; todo su pensamiento está traspasado de cristianismo, pero en el sentido rigurosamente moral. El místico es casi siempre mitad ardor y mitad confusión; es el hombre que entra como en una nube ardiente que lo lleva arrebatado. Ella no ha viajado nunca por el país que algunos llaman de la locura, de Swedenborg y de Novalis. El místico cree que es la intuición la única ventana abierta sobre la verdad y baja los párpados, desdeñoso de analizar, porque el mundo de las formas es el de la apariencia. Para Sor Juana, hambrienta del conocimiento intelectual, es bueno que los ojos ciñan bien el contorno de las cosas.

Viene el último período. Un día la fatiga la astronomía, exprimidora vana de las constelaciones; la biología, rastreadora minuciosa y defraudada de la vida, y aun la teología, a veces pariente, ¡ella misma!, del racionalismo. Debió sentir, con el desengaño de la ciencia, un deseo violento de dejar desnudos los muros de su celda de la estantería erudita.

Quiso arrodillarse en medio de aquella con el Kempis desolado, por único compañero, y con la llama del amor, por todo conocimiento.

Tiene entonces como San Francisco un deseo febril de humillaciones, y quiere hacer las labores humildes del convento, que tal vez haya rehusado muchos años: lavar los pisos de las celdas y curar la sucia enfermedad con sus manos maravillosas, que tal vez Cristo le mira con desamor. Y quiere más aún: busca el cilicio, conoce el frescor de la sangre sobre su cintura martirizada. Esta es para mí la hora más hermosa de su vida; sin ella yo no la amaría.

Coge el contagio repugnante y entra en la zona del dolor. Antes no lo conocía y así estaba mutilada su experiencia del

mundo. El sabor de la sangre, que es la vida, es el mismo sabor salobre de la lágrima, que es el dolor. Ahora sí, la monja sabia ha completado el círculo del conocimiento.

Como si Dios esperase esta hora de perfección, como aguarda en las frutas la laceradura, la dobla entonces sobre la tierra. No quiso llamarla a sí en la época de los sonetos ondulantes, cuando su boca estaba llena de las frases perfectas; viene cuando la monja sabia, arrodillada en su lecho, ya tiene solo un sencillo, un pobre Padre Nuestro entre sus labios agonizantes.

Como ella se anticipó a su época, con anticipación tan enorme que da estupor, vivió en sí misma lo que viven hoy muchos hombres y algunas mujeres: la fiebre de la cultura en la juventud, después el sabor de fruta caduca de la ciencia en la boca, y por último, la búsqueda contrita de aquel simple vaso de agua clara, que es la eterna humildad cristiana.

Milagrosa la niña que jugaba al pie de los volcanes en las huertas de Nepantla; casi fabulosa la joven aguda de la corte virreinal; admirable la monja docta, pero grande por sobre todas, la monja que liberada de la vanidad intelectual, olvida fama y letrillas, y sobre la cata de los pestosos recoge el soplo de la muerte y muere vuelta a su Cristo como a la suma belleza y la apaciguadora verdad.

Francisco Contreras, el buen chileno y el buen americano del *Mercure de France* ha publicado la biografía cabal y colmada de Rubén Darío, que ya venía siendo una deuda atrasada de nuestros escritores hacia el maestro. La obra sale de una mano ejercitada en la crítica literaria durante veinte años, en la grande, que es la crítica sin histerismos de admiración ni de aborrecimiento, y de la que Francia ha sido y sigue siendo la ensoñadora. Ensoñadora, ella, de aquellos que pueden aprenderla y que son de una parte, los capaces de labor bibliográfica tiesa y dura, y de otra, los de naturaleza sana que no inficionan un trabajo crítico con su propio humor ponzoñoso.

Rubén Darío, que todo lo fecundó y de todo proveyó a nuestra raza (poetas, narradores y críticos), andaba por ahí con su pobre nombre llevado y traído en artículos de buena o de mala voluntad, más o menos extensos, más o menos anecdóticos, de anécdota veraz unas veces, desfigurada las más y también perversa.

La filialidad literaria, tan común en una Alemania joven que se ha puesto a montar guardia celosa en torno de su Nietzsche, o en una Provenza vieja, que cela como la niña de sus ojos la vida de su Mistral, la filialidad de las gentes europeas que saben lo que significa para su propia estampa fijar de una vez por todas la verdad acerca de sus maestros, es cosa que en nuestra América está todavía en puro agraz.

En tres ocasiones solo yo he sentido que el Rubén que me servían era el legítimo, el Rubén que no tuve la fiesta pascual de conocer: una fue en la conversación de Manuel Ugarte, hombre aseado en la conciencia literaria como en las otras,

99 Comentario a la biografía escrita por Francisco Contreras, publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 21 de febrero de 1932. (N. de los Eds.).

y cuya mano trata sin tiznar su asunto americano; otra fue las charlas familiares que tuvimos Lolita de Turcios, la santa hermana de Rubén Darío, y yo, en el San Salvador de nuestro encuentro; la otra es la lectura de la obra de Francisco Contreras, más lo que de su boca recogí hace años en su casa, contenta de escuchar en acento chileno cosas nobles sobre Darío.

—Es malo deber —me decía una vez Pedro Prado, explicándome la malquerencia de algún deudor—. La sensación de servicio es nociva de sentir para algunos porque les irrita, y ya en esta irritación comienza la llaga.

Me he acordado de estas palabras muchas veces a propósito de Darío. No solo dio mucho, sino que casi nadie se libró de recibirle; hasta a pesar suyo le recibieron, y lo regalado eran cosas fundamentales como “ojos nuevos” y “orejas nuevas”, y algún trueque de entraña, de modo que tales presentes durables no se pueden negar ni olvidar.

Una biografía de Rubén Darío de este tono sereno, de esta visión completa de conjunto y de detalle, no nos las esperábamos pronto, sin embargo, aunque la estuviésemos necesitando. La gesticulación en torno del maestro, la favorable y la adversa, no han pasado todavía, y este manoteo doble conturba al mejor crítico y le vuelve la cabeza a derecha e izquierda, rompiéndole la derechura útil de la mirada.

La obra de Contreras se halla dividida en dos porciones desahogadas sobre la vida y la obra, y cada una de las partes ha sido tratada con un orden y una claridad que llamaríamos “docentes”, si la noble palabra no estuviese tan envilecida.

Creíamos sabernos bien esta vida, de tanto chismecillo, como nos ha corrido por la oreja sobre los cuarenta años del maestro. Lo peor en estas cosas no es estar en ayunas de noticias, sino haberlas recibido a tontas y a locas, es decir, de tontos y de pícaros.

Al fin tenemos aquí, articulada de modo que nada útil nos falte, la existencia del hombre nacido para nosotros en Nicaragua, zarandeado en una docena de países nuestros y claveteado como un pobre quetzal en el cartón frío de Europa —para bien suyo, creía él—, para su bien y para su mal, por iguales partes, decimos nosotros ahora los criollistas.

Aquí están, en la cumplida biografía, los tres casamientos, que llamaríamos mejor “casorios”, por lo mal hechos: bien seguidos están los viajes en busca de dineros americanos que nunca dieron de vivir, porque no eran estables y si lo hubieran sido, no le bastaran al amiguero dispendioso que fue siempre, y el carácter noble, el natural caballeroso guardado a pesar de enfermedades y pobrezas, para acoger a los amigos —a los de su jerarquía, a los medianitos y a los ínfimos—, dándoles su tiempo liberalmente; la manera reservada sin perfidia mestiza, y el reboamiento de la alegría en las noches de “copas”; la lengua de hombre pulcro, desprovista de obscenidad y de injuria, rara en español pirenaico o ultramarino. Toda la menudencia valiosa del trato que sirve para informar y sugerir se nos entrega aquí desmenuzada abundantemente.

Son cosa de agradecer al “memorioso” que las supo guardar, y al acumulador de datos que las ha acogido en montaña anecdótica. Cuenta a su maestro con precioso pudor, Francisco Contreras, y a la vez sin pujos de defensa protectora; refiere lo honorable de aquella vida y señala lo feo, sin dejar ahí el índice pegado, y no tiene vergüenza de ser tierno muchas veces y de desenterrar a su Lázaro como Jesús al suyo, descompuesto de sepultura, con los ojos húmedos. El lector dice lo que los otros: “Ved cómo le quería”. Mejor es que desentierren así los del oficio crítico que como J.J. Brousson lo hizo y lo sigue haciendo. El que mucha *podre* saca, tiene cierto gusto de ella y parece que la aumenta en su mano.

Rubén Darío arrastra todavía una reputación que no alcanza a la de poeta maldito, pero sí a la del alcohólico empedernido, o sea, a la de hombre desmoralizado.

Hasta qué punto fue Darío un alcoholico, hasta dónde dio largos años a la bebida, yo no lo sé a pesar de todas las confianzas fáciles que de él nos han hecho sus compañeros. Sabemos, eso sí, que un hombre de botella cotidiana no deja detrás treinta y cinco volúmenes; sabemos que un alcoholismo radical elimina toda posibilidad de trabajo, y, especialmente, de un trabajo de calidades; sabemos que la abulia alcohólica, más los delirios que van llegando, disuelve al ebrio como un jabón en una baba buena para nada, y sabemos que un hábito alcohólico pulveriza al mismo tiempo que el cuerpo, el decoro personal, y nuestro Darío frecuentó gentes e hizo vida social la mayor parte de su tiempo de Europa y de América, y no fue rechazado en esos círculos como harapo sucio. La embriaguez de Darío, precisa decirlo, no fue más allá de la embriaguez del hombre de nuestra raza, y con ella, de la inglesa y la rusa que forman el trío de este frenesí.

Verlaine dejó menos labor, también menos Poe, es decir, aquellos que para el vulgo comparten el tabladillo de la embriaguez grotesca. En vez de esto tuvimos en Darío un trabajo constante de escribir; otro cotidiano de leer para informarse. Leyó lo clásico sustancial y leyó todo lo moderno; tanto leyó que no hemos tenido cabeza más puesta al día que la que nos prueban *Los raros* y los libros numerosos de crítica literaria.

Después del hábito laborioso, que es por sí solo una forma de moralidad, hay que anotarle a Rubén Darío la hidalguía perfecta en las relaciones literarias, otra señal fuerte de moralidad. Hombre lavado y bien lavado fue este de la clásica envidia española estudiada por Unamuno, y de la otra envidia en fiebre palúdica, del mestizaje latinoamericano. Lleno de derechos al desdén, por estar colmado de capacidad verdadera; cabeza confesada de vasta escuela literaria, aristócrata, y nato, a lo largo de su obra sin caída, a nadie desdeñó en la masa de sus seguidores; a ninguno quiso aplastar con su nombre de viga maestra literaria; a ninguno le rasó la alabanza cuando la merecía. Más alabó de lo que debía hacerlo un escritor de su tamaño, en esas crónicas suyas disminu-

das y despreciadas precisamente a causa de una prodigalidad atarantada.

Él pudo decir de sí lo que Whitman, que no fue generoso, se aplicaba a su gusto: “Yo riego las raíces de todo lo que crece”. La naturaleza de maestro, en el sentido paternal, la llevaba visible Darío: confortó a cuanto escritor tuvo cerca, dio desde el apretón de manos hasta el abrazo efusivo a cuanta larva de letras se le cruzó en el camino; excitó a los jóvenes y les dio paridad a los maduros, lo mereciesen o no unos y otros. Sentía un gozo de veras de jardinero multiplicador de especies, y una efusión de patriarca que cuida y mina carne salida de su carne. Posiblemente reside en esta cordialidad del gremio la moral verdadera del artesano de letras, y la única que debemos pedirle. Las otras morales las pide la religión y no nos toca cobrarlas a nosotros.

La parte crítica de la obra de Contreras ha sido cuidada como de quien la escribe y para quien la escribe. Ocasión lujosa es la de hacer un estudio largo de Darío para hombre de profesión juzgadora. Contreras ha aceptado los dictámenes sustanciales que corrieron y corren sobre Darío, dejando así opinar a la que su derecho tiene; pero su propio juicio es casi siempre el que mejor sitúa la pieza estudiada. A Dios gracias, el libro no se nos queda, como otros del género, anegado en pastos de citas reiteradas y empalagosas. El autor corriente de estudios literarios aparece como respetuoso amilanado por el respeto o como un perezoso que acarrea demasiados escombros de construcciones ajenas. Hay pocas cosas más antipáticas para un lector que esa albañilería confusa y pesada de las referencias ajenas inacabables.

El libro de Contreras va a servir, esperémoslo así, como un molde paterno para los análogos que nos faltan y que irán llegando. Vidas de José Martí, de Palma, de Nervo, etcétera. El molde se trae excelencias que nos faltan por allá; la naturalidad, abajadora de la cresta inútil en el elogio literario: la verdadera escritura crítica, que es antilírica y neutra como



los vitrales blancos; el tratamiento suave y firme de la mano, que no se afloja demasiado ni aprieta tampoco la pieza que es de tratar y no de atormentar.

La obra de Contreras vale por el mejor de esos cursos de conferencias sobre los clásicos que se oyen en las universidades europeas o norteamericanas. Los vale, gracias al cono apaciguado, próximo a lo docente; los vale, por el acopio abundante y la ordenación escrupulosa de la materia, y los vale particularmente por la equidad sostenida como un pulso leal a lo largo de la biografía como del estudio literario. Yo la utilicé en mis clases de los Estados Unidos y me sirvió preciosamente.

A propósito, es tiempo ya de ir pensando en unos cursos Rubén Darío para las universidades españolas y latinoamericanas, y las secciones de español de los Estados Unidos. Hay cursos Calderón, Lope de Vega, Garcilaso y Góngora, y nos retiene un poco la idea del curso Rubén Darío.

La retención nos viene de que aún no corre por las canales toda la necesidad profesoral y crítica que corrió quince años sobre el maestro. Se nos enreda todavía la lengua al decir ciertas frases que podemos pronunciar a todo paladar y toda garganta, la dicha por Benavente hace mucho: “Rubén Darío es el primer poeta de la lengua, ni más ni menos”. Dicho eso, tanto para los demás como para nosotros mismos, cumpliremos enseguida la obligación de honra máxima que es la de esos cursos especializados.

“Un reformador de la lengua”, decimos y debemos decir que es el mayor de los habidos, si hubo otros de su clase. “El más grande poeta latinoamericano”, decimos, y es como marcar la uva en el gajo y no en el racimo. Hay que decir: “El mayor poeta en castellano”. Garcilaso, hacedor de églogas, no da con ellas solas bulto para cubrirlo; Jorge Manrique tampoco da con el patético de las coplas masa con que desplazarlo; solo el Romancero puede ponerse como peso honorable en el otro platillo de la balanza.

Sin miedo, pues, digamos cada vez que se presenta la ocasión: “Rubén Darío, primer poeta del habla y padre de la poesía española del siglo XIX”. Esos regateos se llaman de otra manera: miserias se llaman y comezones de envidia.

Han dicho a Contreras que su excelente obra llega, por desgracia, en un momento en que al modernismo se le descascara el dorado malo y se desmorona entero. Cierto que los fervores histéricos han pasado, que el modernismo, que nos dio cuanto trajo en la entraña de bienes y males, ya no muestra colores prósperos. Pero no hay que olvidar que bien nos lo aprovechamos, devorándole desde la carne inferior hasta el tuétano de oro. Es el caso de contestar a los que declaran el modernismo barrido, porque no lo ven, lo que declararon los comensales honrados al que llegó tarde al banquete preguntándoles por el buey:

—¿Nos lo comimos!

Aprovechando en lo que de bueno trajo, el modernismo está despedido en el resto que era superchería. Es honrado confesar que le debemos alguna sangre, algunas sales útiles, algunas electricidades vivas, que nos han servido para las otras cosas que ahora nos muestren, americanismos, futurismos, dadaísmos y... neoclasicismos. Nos lo comimos, al buey robusto, que ya no humea en el fuego, y está en nosotros.

Teresa de la Parra nació en París y tuvo las infancias en ciudad y campo venezolanos; se educó en Francia, donde vivió la mayor parte de su vida; padeció las postrimerías de su dolencia en Suiza y se nos acaba de morir en tierra española, apagándose en manos cubanas después de una semana de agonía dulcísima. Le conocimos dos partes y dos maneras, lo mismo que le recibimos dos formas de su arte. Y la segunda está próxima y era tan perfecta, que cuesta echarla atrás para traernos al seso la primera.

La conocimos allá por 1927 o 1928 en París, cuando acababa de ser premiada su novela *Ifigenia*, y la vimos en salud plena y en eso que llaman los campesinos de Elqui “el punto” de cualquier materia: planta aromática, dulce criollo o sazón de edad. Tan hermosa era la venezolana que su belleza hacía olvidar su rango literario, dejando a las gentes en el puro disfrute de una criatura lograda a toda maestría corporal. Mirándola se daba las gracias por ella al artesano o ángel de la raza.

La celebrada, la solicitada no era una mundana en el sentido espectacular de la palabra, aunque guardaba los adornos de mundanidad que a todos nos humanizan y que a la mujer le subrayan lo femenino. Ella habría podido decir, con la linda espontaneidad de su carácter:

—Me satisface ser como soy, porque veo que causo alegría a los otros, dándomela también a mí misma.

100 Gabriela Mistral publicó tres textos sobre esta escritora venezolana, que nació como Ana Teresa Parra Sanoja en París y murió de tuberculosis en Madrid, a los 46 años. De ellos, rescatamos el publicado con este mismo título en el diario *El Mercurio*, de Santiago, el 27 de septiembre de 1936. (N. de los Eds.).

Teresa de la Parra no contaba a los colegas azorados del éxito fulminante que fue la *Ifigenia*, su formación literaria, muy interesante por ciertas coincidencias de su caso con el de los mejores americanos. Al igual que Sarmiento, leyó sin orden en nuestra América, donde lo mejor y lo pésimo se entrecruzan en las lecturas del aprendiz, pero un instinto seguro lo dejó pronto con lo bueno; tal como Juana de Ibarbourou, se encontró un día escribiendo no versos, sino prosa, desde una completa posesión de su oficio, como si nunca hubiese hecho otra cosa. No tuvo en sus comienzos ni maestros de la línea tal o cual, ni profesor ilustre a lo niño Bolívar. Y como a Rómulo Gallegos, la única ayuda que le contaremos será la que le dio la lengua hablada de Venezuela, limpia y vivaz, bebida por sus poros de niña precoz.

Su belleza de entonces estaba hecha de la esbeltez que llamaremos europea, acordándonos de la pesadez en que cae la mujer del trópico, y residía sobre todo en una mirada y un acento que eran dones mellizos, y que a mí se me fundían en una sola cosa: ambas dulces y ambas regaladoras de quien las tuvo, desde la criada al académico francés. Y esta belleza se movía dentro de una gracia gozosa, de una gracia que llovía sobre los suyos y que como la luz les ayudaba a vivir, anulando conflictos grandes y chicos. Aquellos que analizaban a “la pieza americana de París” con deseo de bajarla del superlativo, decían que sin ser sus facciones muy cabales, el conjunto resultaba óptimo. Pero así ocurre también en otras industrias de este mundo: las porciones fallan en unos gramos de más o menos, pero danza sobre el conjunto una magia subida que se acaba por llamar sin regateos “la belleza”. Así es como se arreglan para ser lindos en el paisaje, sin medidas de partenones corporales, el quetzal de los mayas y el venado de Yucatán. Del primero tenga el lujo natural; del otro, la fineza mimosa.

Educada en el país donde la mujer ha creado el arte ardidoso de la conversación, en la Francia maestra del buen charlar, Teresa se había quedado, por una linda persistencia de su infancia, con una conversación criolla entera, de una criollez,

eso sí, depurada y decantada, tal vez la misma en la que hablarían Ricardo Palma o Juan Montalvo.

En la ancha colonia sudamericana de París, compuesta de tres mil a cinco mil personas, el festín de la criollidad lo sentían por entonces uno en su librería, la otra en su hotel, Teresa de la Parra y Ventura García Calderón. Y es que los dos venían de “buena sangre lingüística” de los excelentes terrenos raciales que se llaman Perú y Venezuela.

¿Qué ingredientes formaban la criollidad de nuestra venezolana? Una sencillez fresca y sin gasto de pueblo niño; una linda efusión y llaneza en la convivencia; nuestro placer de conversar, que es un gozo de la expresión; nuestro apetito de calidad en la criatura que no excluya la caridad hacia el individuo bajo; y es la escuela de nuestro paisaje que nos hace para toda la vida sensibles, por una sensualidad de la buena, al repertorio de las artes todas.

La dejé en París por 1932, viviendo su deliciosa, su ancha fiesta de mujer que, por ingeniosa, había aprendido el arte de ser feliz con los medios que da el alma y solo después de ella, la fortuna. La dejé rodeada de un corro mixto de adoradores y de letrados, que la celebraban sin engréirla como a un regalo raro que les hiciera la orilla “salvaje”, el continente que solo de tarde en tarde ellos ven y estiman. Al irme a Italia, perdí con otras ventajas la de mi nutrimento americano en su frecuentación y en la de los García Calderón, Zaldumbide, Arguedas y Belaúnde, transeúntes normales de París. Admirándola mucho y queriéndola más, pero nos escribíamos, manteniéndonos siempre cogidas como de la mano, en una alianza de criaturas que sirven al dios secreto de la América, que andan la misma ruta y truecan de tarde en tarde los trances de gozo o de pena que da la extranjería.

Por ese tiempo aparecieron, en español y en francés, *Las memorias de Mama Blanca*, relato de infancia magistral, acierto de un género no descubierto hasta entonces por nosotros y una

maravilla de lengua donairoso, cuya serenidad sonriente ya estaba tomada de cierto clasicismo criollo español. La crítica de ojo sagaz dijo de este segundo libro la superioridad que tiene sobre *Ifigenia* en la dignidad del idioma y en la experiencia madura de la contadora. Buena parte de la crítica cursilona lamentó la tala del romanticismo cumplida por Teresa entre las dos obras, y habló de la decadencia de ella, precisamente en la hora mejor de su producción.

La imaginería de la infancia, que Teresa había removido para vaciarla en las *Memorias*, se le quedó hirviendo en tactos y vistas, y ella quiso volver al trópico. Hizo el viaje peligroso de los regresos que es de segundo enriquecimiento o es de un desengaño disolvente.

Fue a Cuba, a Colombia y a Venezuela, en una gira que le devolvió las grecas borroneadas del paisaje, entregándole además el amor de los suyos, en una de las sabidas cornucopias sudamericanas cuyo exceso deshace o tonifica. Tampoco la vi a su regreso; pero una carta suya, tendida como las rutas de su Orinoco, me llevó hasta Italia su contento de la excursión larga y una especie de entrega nueva a lo americano, con lo cual me daba toda complacencia.

Pocos meses después me dijo Gonzalo Zaldumbide, su padrino de letras y su estimador más lúcido, que Teresa había entrado en un sanatorio. A mí como a otros amigos nos costaba creer en que la tuberculosis pudiera amargar una vida que vimos tan placentera. Ni ellos ni yo nos dimos por notificados del desastre que venía. Tan normal parece el bien en ciertas criaturas, y tan absurdo el derrumbe de un cuerpo noble, que yo retuve como “la única verdadera” la Teresa de París, que en aquellos meses mismos la tisis majaba como una presa entregada, como la medusa que desbaratan en la duna el aire y el sol Teresa de la Parra había dejado la llanura del Sena, que hirió de muerte a la hija de meseta, por su cielo bajo, su niebla mala y su aire industrial, y ahora vivía en la montaña suiza, de la cual no se baja sino para consumir un acabamiento.

Yo no creía en la desventura hasta que me la encontré, en 1935, en Cataluña. ¡Qué asombro tan triste el mío en el hotel de Barcelona, después de cinco años de ausencia! Había que aprenderse como un paisaje trocado la corporalidad de la preciosa criatura; había que recoger de un golpe el estrago no seguido poco a poco en las facciones del rostro querido, honra de nuestra raza mestiza. Y había que estar tranquila y sonriente delante de la muy sutil para que el espacio de mi cara no le devolviese su mudanza lamentable.

La Teresa de antes, el venado rápido de nuestra sierra, andaba ahora lento; el jadeo se había aposentado con su garganta, su espalda se deformaba ligeramente; las canas acudidas le habían dado de un golpe edad madura, aunque le allegasen mayor dulzura todavía de la que siempre llevó aquel rostro que era piadoso, además de bello. El derrumbe cumplía en su cara un curioso trabajo: aparecían los rasgos indios de la criolla, en los pómulos ahora ostensibles:

—Gabriela, ya soy indita para su gusto; ahora cualquiera me conoce, mirándome la doble vertiente de sangres.

Yo miraba la faisana nuestra, la gala de mi raza, con una ternura deshecha y una tristeza indecible.

Pero todavía yo confiaba, viviendo la misma y terca esperanza de su única y noble enfermera, la cubana Lydia Cabrera, que a la hora del desbande de las amistades, estaba con ella y quedaría a su lado hasta las postrimerías.

No se va un bien tan grande como la belleza, que a veces se llamaría sobrenatural, no abandona a ciertos privilegiados, sin que las reemplace alguna cosa fascinante como ella misma, que trae una fuerza igual. Esta contraparte es la que cuenta D'Annunzio en la agonía de Adolfo Bermond ("Contemplación de la muerte"). Y yo me he visto el fenómeno oculto solo en el caso de la extraordinaria venezolana.

Desconcertante Alfonso Reyes, hombre salido de nuestra América y en el cual no están los defectos del habitante de nuestros valles: la vehemencia, la intolerancia, la cultura unilateral. Al revés de eso, una cordialidad fabulosa hacia los hombres y las cosas, especie de amistad amorosa del mundo; paralelo con el amor de las criaturas, una riqueza de conocimiento del cual vive ese amor.

El ojo es el documento. La caricatura da la gordura de Reyes, la pipa de Reyes, la sonrisa de Reyes. Deja lo principal: el ojo húmedo de simpatía que no olvidará nunca quien lo haya visto.

La conversación, una fiesta. ¿Qué fiesta? La del paisaje de Anáhuac que él ha reproducido en una prosa de esmalte: la luz aguada, el aire delgado, las formas vegetales heráldicas. Solidez y finura; antipatía, siempre presente, del exceso. Y la bondad, la bondad circulando por los motivos, suavizando aristas de juicios rotundos. Bondad sin los azúcares de la cortesanía y sin penacho retórico, también como de sangre que corre escondida, pero que se siente, tibia y presente.

Pero no solo la charla coloreada, que el buen americano tiene siempre, sino otras cosas: la gravidez del pensamiento en cada rama fina de la frase. Una vida interior que se revela a cada paso, sin que él —que también es un pudoroso de su excelencia interior— lo busque. Detrás de la sonrisa se le descubre la tortura, que podemos llamar unamunesca, del hombre que la introspección sangra cotidianamente. Yo suelo recordar, oyéndolo, “la camisa de mil puntas cruentas” que dijo Rubén. Algo mejor que el ojo goloso de formas del americano. Escar-

101 El texto fue escrito en París y publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 18 de abril de 1926, como “Un hombre de México: Alfonso Reyes”. (N. de los Eds.).



dador de su “carne espiritual”, entera se la conoce; como él ha palpado el contorno de su naranja de Tabasco, así palpa los contornos de su espíritu.

Mucho enriquecimiento le ha venido de los tres contactos mayores que se ha dado a sí mismo: el inglés, el español y el francés. Cavando en un solo de esos suelos, por mucha suerte que tuviera en la cava, se le hubieran quedado perdidos muchos hallazgos. Harto bien le allegaron su Chesterton (que tradujo), su Mallarmé, cuyo ascetismo de belleza admira, su Góngora amado.

Y sube, sin brinco ambicioso. La *Ifigenia cruel* es lo mejor suyo, aunque tras ella esté la estupenda *Visión de Anáhuac*. Esta Ifigenia andará poco zarandeada en muchos comentarios, que es agua de hondura inflexible, y quienes no bajaron con él a la cisterna negra no sabrán gozarla.

Y el divulgador que divulga con fácil donosura —una especie de profesor a lo Renan, lo suyo—, la historia de México, la flora de México, la revolución de México. Tendría para lo didáctico, si quisiera ejercerlo, el juicio agudo y la expresión bella. ¿Cómo le envidiaría un geógrafo la descripción de la meseta de Anáhuac! Tiene la disertación suya una ceñidura sobria que le da toda la autoridad de lo docente; y para alejarle la antipatía de lo docente, ahí está la gracia presente.

¿Y vaya que le sirve a un diplomático el saber decir bien lo suyo en un medio de agudas exigencias mentales, y de dar, deleitando, la historia de su país en una conferencia de la Sorbona!

Se recuerda la vieja disputa: ¿es mejor que un pueblo dé conjuntos estimables —Suiza, Estados Unidos— o que dé, como una tela preciosa y breve, unos cuantos individuos selectos? México en el pasado ha sido individualista y se defiende con unos cuantos hombres, aplastando el reparo de que su conjunto humano no es homogéneo: un Nervo, un Vasconcelos, un Alfonso Reyes, un Caso. ¿Y aquella extraordinaria Sor Juana!

¿Qué hermosa planta americana, más cafeto que plátano, cafeto de menudo grano acendrado!

Edwards Bello me decía:

—Es el mejor diplomático hispanoamericano.

Y yo:

—Si pudiera ser eso: un ministro de México y de la América del Sur, además.

En Victoria ha de haber muchas Victorias, pues yo me conozco cuando menos cuatro... Una es la ahijada de Francia, que se saben todos —oraciones, rondas y cuentos de hadas, recibidos de la aya francesa que escamoteaba el habla criolla...

Y hay al costado acá de esta fiel al Sena y a Racine, una “advertida” del que el Sena no vale para todas las cosas; por ejemplo, para el viento fuerte de la aventura y para cierta frescura de las instituciones a causa de haberse vuelto el pobre, parisianamente, urbe nueva. Esta Victoria que hace la escapada hacia el canal llega al otro lado y se aposenta en la orilla diez veces opuesta, por gana de la ráfaga del canal o de la mediterránea, más otras dádivas que se reciben allí y solo allí, una poesía menos metida en la carne y una prosa más permeada de música y por allí, de gracia.

Y hay detrás de estas dos Victorias de mente prestada a la extranjería, detrás de estas dos grandes veleidades, que unos le tienen por vicio y otros por niñerías, una formidable argentinaza que, en cuanto tira ese espejo donde se mira y se desfigura a todo gusto, se nos quedan los suyos, en la más radical y más desusada argentinidad, riéndose de los que les creímos las jugarretas y como diciendo:

—¿Qué te figurabas? ¿Creías, gran boba, que se puede tener una pampa de esta anchura y este vigor, y un río como el Plata, y se puede vivir con el Martín Fierro sesteando bajo el sesgo y no llevarlo en el alma tanto como se les carga en el cuerpo? ¿Tú crees que se camina con este paso largo de lebrél y se respira con este cuello de llama, y se gozan estas dunas inacabables, siendo del Loire y soñando Piccadilly?

102 Firmado en febrero de 1942 y publicado en el libro recopilatorio *Gabriela piensa en...*, de R.E. Scarpa (1978). (N. de los Eds.).

Desde el momento en que se sabe el fraude o la mentirijilla, desde que se vio de cerca la cara o la marcha, o se le oyó el golpe de cólera española, todo el resto de su leyenda negra se despeña, se nos cae encima como un alud de arenas.

Y esta Victoria va a ser la que se queda después del rasgón, hecho en la hiedra o la buganvilia europea, y nos queda delante la piedra desnuda, el bloque terco e íntegro de una argentinidad maciza, que parece que nunca fue desmoronado de su cantera; queda la mujeraza del Río de la Plata, y en adelante, aunque os digan esto y aquello, ya no veréis sino a esta fiel, hecha a imagen y semejanza de su geografía. Nadie os hará creer más las Victorias de los espejos enhollinados o fraudulentos.

Esta Victoria criolla es dueña de todas las holguras y desenvolturas que dan el nombre y la riqueza para vivir, y sin embargo, ella es hasta tímida consumada para lo que nos es el vivir, para lo que es el decir (ella dice “expresarse”), para derramar su rica médula humana sobre un papel. ¡Parece defenderse con su verbo, y su verbo bastaría como dato mental!

Las literaturas grandes que ella frecuenta, óptima en lo clásico y en lo moderno, le han dado, respecto al derecho de escribir y del texto literario, una especie de respeto supersticioso y un miedo parecido al que sentimos las mujeres y los niños hacia las maquinarias complejas y que probamos también ante carga de oro como el galeón español...

Así me tengo que explicar yo, que soy una atarantada y una atrevida dentro del gran oficio, el camino larguísimo y la escandalosa espera que Victoria Ocampo ha hecho hasta convenirse de que tiene un tesoro suyo que ofrecer y derramar, ancho como el Paraná en avenida.

Hace muy poco tiempo que ella comienza a sospechar lo suyo, la riqueza suya, pero entender el hecho todavía no de su celo o su saber, eso por entero de mar a cordillera. Este tesoro es de vida de sumersión feliz y de empapadura de vida.

Los grandes ojos de venada mexicana y de mujer que son los de nuestra Victoria han visto el campo de mañana, han desenrollado el tapiz de cien ciudades o más; sus finas orejas de venada se conocen entero el árbol de música de este mundo que ha movido para ella sus ramas, las más opuestas y su grandísima intención de atrapar la índole de lugares y gentes de medios, de artes de vivir, que la ha hecho amontonar la riqueza de una sabiduría vital y de un arte de vida, las cuales ella no mide ni cuenta, pues no se convence todavía bien de que los tiene, y por ser increíble de que los tenga y lleve, y por su increíble timidez y por un miedo supersticioso, que llega a parecer indio, ella, escribiendo, ha vivido un tonto hábito de afirmadera, de auxilio, de préstamos.

Parecido a esto: las niñas, en el viejo Chile, jugábamos a la gallinita ciega (en mi valle de Elqui). Pero con una variante que no sé cuál de nosotras la inventó. La niña vendada a la que soltábamos por el huerto, tanteando, hurtando troncos de damascos, cepas de vid, oía de pronto: “¡El río, el río!”. Cuando la “gallinita” era una niña asustadiza (yo digo ahora “imaginativa”), paraba en seco, los brazos en alto, la cara pálida, o muy roja. Sentía el río, ahí, a un paso.

La leyenda de Victoria hará que me rían la comparación. No me importa. Victoria Ocampo en el negocio de escribir es la miedosilla de mi valle elquino.

Su “cucu” hacía su reverencia sobrada de los maestros y hasta un cierto fetichismo sudamericano que da la cultura de libro. De aquí su caminar en zigzag, sus consultas a dioscillos de pega, la desconfianza de sus intenciones, su recelo de usar la lengua de su raza, porque no le fue enseñada en la infancia, etcétera.

Sé muy bien que pedagógicamente, causa dejadez esta pirámide de escrúpulo supersticioso que vale por una ética profesional. Sé que es un sentimiento noble y hasta signo de fina estirpe. Pero me sé también que a varios sudamericanos, los

ha herido como una parálisis la idolatría europea y la desconfianza de sus miembros espirituales y de su potencia verbal.

Me conozco de sobra los gestos provocados por esta dolencia criolla: es un echar atrás el río de las imágenes; es un desconfiar de la lengua circundante, aunque hierva de vida como la ceiba del vuestro, es pasar por cribas triples y ajenas, el trigo del solar; es vivir desperdiciando tactos y vistas preciosas de la cotidianidad solo porque ellos se hicieron dentro de una senda con olor a apero y a ganado, o en una aldea cordillera, saltan a nuestra cara.

Pero este tesoro pardo y sobajeadado fue precisamente el que Sarmiento, el bueno, acogió, aceptó y trabajó. Y la razón de su éxito fue entre otras cosas, el dar crédito a su contorno, a su domesticidad y escribirla concediéndole valor, hermosura y honra. Esto estaba en primer término, como quien dice a su diestra.

Del lado izquierdo, que es segundón, él llevaba su biblioteca, que nunca se le volvió frazada ahogadora; del derecho llevaba su pampa argentina o su mina chilena o su escuela, golpeándole el costado a cada paso, como se lleva al amante o al hijo para que no se suelte.

Victoria Ocampo comenzó su obra con tres libros de ensayos. Los tres son buenos y no les faltan capítulos o trozos óptimos. Una de las malas cosas que pueden ocurrírsele a un escritor es que acierte andándose por las ramas de su ser, y que en ellas juguete y solo se distraiga —en el doble sentido de la palabra— retardando así su bajada al tronco del ser. Es muy extraño el hecho de la criatura humana que no se ve entera, como se ve el animal en el agua quieta y que puede durar, tardarse y hasta quedarse así, quedarse en lo lateral de sí mismo y a veces en sus forros, en su cáscara.

Victoria se retardó bastante en esos meros forros del ser, ingenuos; por ejemplo, en lo ingenioso del género que le parecía el más suyo, el ensayo, el mero comentario de los demás. Eso

le parecía bueno por modestia, no por presunción, como se cree; los presuntuosos tal vez seamos aquellos que nos echamos a la brava marejada del mar. Así, ella quiso atisbar, gloriarse, rasar apenas en su libro primerizo el tema de la mujer, desde Francesca a Beatrice. El asunto parecía bastante propio para que ella dijese allí a torrentes lo suyo, es decir, su magnífica femineidad. No había tal; hizo más, pero no cuanto podía y debía. Es imposible tocar ni un dedo del Dante sin que una bibliografía cordillerana se nos eche encima y no solo para abrumar, sino también para sofocar y ahogar. Victoria, que es osada para vivir y nunca para escribir, se comportó en el libro no solo reverencialmente, con tacto, escrúpulos y pudor, sino con temor verdadero. La montaña de antecesores le dio miedo. ¿Quién iba a intentar manejar y menos alzar, se diría ella, ese continente de celuloide ilustrísimo!

Después vendrán folletos —también por timidez. Luego dos tomos de “Testimonios”, comprendiendo los folletos. Pero en el segundo volumen de estos “testimonios”, por fin, como en las cortezas partidas de una fruta, asoma la almendra de su vocación, de su habilidad y su capacidad. En la “Emily Brontë”, está el rasgón que deja ver el núcleo. Victoria llevaba años de trato cerrado con dos inglesas: Emily Brontë y Virginia Woolf, años no solo de rastrearlas en la crítica europea, sino de tener delante, como una caja secreta o la cápsula dura de forzar y sorda de responder, la extraña alma de Emily, de la novelista y de la poetisa juntas.

El genio hombre la embriagó siempre, pero el genio mujer la intrigaba. No sosegó con solo leer los biógrafos de Emily, sus juzgadores que hacen legión; quiso ir a conocer las tierras de su rastreo, de su pobre huella, a la vez sobrenatural e insignificante.

Y Victoria, tal vez por tratarse de mujeres, pues ella es muy sensible a honras y miserias de nuestro sexo, a sus humillaciones y a sus maravillas, parece haber cobrado esta vez por fin alguna confianza. ¿Ya era tiempo! Esa espléndida biografía de

Emily Brontë nos trajo, a sus amigos, cierta alegría particular: la de verla soltarse de sus dos mil ataduras parecidas casi al novillo copioso, pero frágil, de lana blanducha, que formaban en torno de ella sus maestros, los grandes y los menudillos.

Victoria Ocampo comenzaba a ver delante su mucha y buena tierra de labor, despertaba al contacto de sus propios recursos: ella sabía escribir una vida ajena... Era natural; ella es dueña de una memoria de gente más cargada y rica que el toronjo en diciembre. Ella ha tenido y tiene a manos llenas para prestar y dar el conocimiento de todas las especies de humanidad, las líneas, las pastas, las pulpas, el jugo de muchas uvas. El Museo de Madera de Sao Paulo no contiene más muestra de leños ilustres y vulgares que documentos femeninos ilustres, vulgares o medianos lleva, llena de experiencia, Victoria Ocampo. El teclado del armonio, que es el de género femenino es, en ella, de leguas, y ella se lo sabe tecla por tecla.

¿Por qué, pues, Victoria había vivido tantos años haciendo citas y tanteando el vacío (como la del valle de Elqui)? Por desconfianza de sí, que llamamos sabiduría, pero que en ciertos negocios morales, se llama desperdicio de la riqueza y un avalúo zurdo de las herramientas de que se dispone para el trabajo.

Los amigos que nos regocijamos de su “entrada en la materia”, leímos una hermosa biografía soldando por primera vez su labor con ella misma. Yo me acordaba leyéndola de corrido que la famosa Victoria libresca que conocen los demás, deja caer sin énfasis una frase, una sola, sobre algo: libro, persona, fruta o lugar geográfico. Son gotas de pura esencia, pero de aquellas que emanan el pino y la mirra también, gotas de esas que resbalan diez metros desde un corazón vegetal, antes de gotear al pie y caernos a la mano.

Victoria es sobria de conversación, nunca maledicente, alguna vez benévola y con mucha frecuencia, admirativa. El corte que ella hace en libros o en hechos al hablar, me parece magis-



tral, porque deja visible el tejido íntimo, aunque para ello deba partir la cerrazón de la envoltura o del comentario ajeno.

Era, pues, algo de su conversación la que al cabo de tanto vacilar, ella echaba sobre el papel, escribiendo los testimonios. No en pleno, por cierto; la marca todavía está trabada al escribir por los “miedos escolares”, pero en su boca conversadora no hay miedo supersticioso.

Habría que averiguar cómo la institutriz francesa —a quien ella recuerda con gratitud— enseñó sus clásicos a nuestra Victoria, y si no le viene de ese pedagogismo la sumisión sobada a los maestros y, dentro de ello, la superstición de la cita. Y otra cosa más, el apego fatal para el sudamericano a la perfección formal que da o impone la lengua francesa a causa de su absoluta reflexión. Victoria, gran apasionada, suele resultar un poco manida y fría en su estructura, y esa frialdad que no es de la mano, sino del instrumento, daña y castiga un poco a la hija infiel de la lengua española.

Enamorada del idioma que se codea con el latín paterno en cuanto a la perfección formal, Victoria ignora hasta hoy el mal casamiento que hace una apasionada mujer de verbo español, diciéndose en francés. Es fenómeno semejante al de las herejías: el infiel vive la tragedia de lo que llama el pueblo “el amor partido”, y llama a los confesores triunvirato del espíritu. Porque la otra, la renegada, sigue viviendo al costado nuestro, como la barragana asida al amante; pero la esposa —o si quiere, la madre— está sentada a mitad de la vida y, en el grito de alegría, ella es la que salta, dueña y señora de la garganta nuestra, como que esta es de carne, y en cuanto a tal costumbre, tenaz y grave, manda y gobierna.

Yo recuerdo siempre el trecho de una conversación de Anatole France en la cual apuntó agudamente a los riesgos del escritor español que se entrega al francés. Él afirmaba más o menos esto: que las dos lenguas tienen genios opuestos y hasta enemigos. ¡Qué verdad de cuarenta y ocho quilates! Tal

vez uno de los pocos clásicos que no dañan a la gente española sea Shakespeare. Casi se allega al desorden magnífico de nuestra lengua, a su caudal suelto, a su euforia y su frenesí. Racine tal vez sea un contra Shakespeare. El Dante está con nosotros, pecho con pecho, en cuanto a la catolicidad y al fuego; pero otra vez, la forma nada tiene que hacer en su hierro al rojo blanco y casi geométrico de rigor, con la hoguera de San Juan y frenética del español, lengua pueblo, lengua multitud.

Para mí, la tragedia idiomática de Victoria Ocampo consiste en que un temperamento ardido —yo creo que hasta tumultuoso de pasión—, cuando es amasado y resobado por una educación francesa, por la fatalidad de ayas e institutrices, por la propia voluntad llega a acción de ceder; se entrega a la pedagogía como a prócer y todo de un idioma opuesto, primo hermano y opuesto, a la vez maravilloso y adversario de nosotros; se ha consumado en nosotros daño casi sobrenatural por sus consecuencias fatales.

Bien feliz que está ella; sin embargo, la gran empecinada, como la esposa que acepta el vínculo errado porque a su moral le parece que es bien o sencillamente la hace feliz a trechos, por eso yo no me pregunto si de veras vuelve dichosa a Victoria el conmovido extranjero, es decir, la lengua prestada. El asunto va y viene en su conversación, lo cual es indicio de un cierto conflicto que la trabaja.

La Victoria Ocampo fértil del cuerpo y riquísima de potencia, rica de savia como el ceibo o la araucaria, la Victoria violenta en la voluntad, de carácter tan acusado como los filos cordilleranos, la Victoria suelta en los juicios y los decires familiares, ¿cómo se avienen, cómo “anda”, cómo vive con aquella lengua de cristales, antirrabelesiana, que se ha vuelto el francés, según León Daudet, quien mucho conoció la anatomía de su idioma? ¿Y cómo acepta el ambidextrismo de hablar en español, ardiendo de escribir en un francés liso como la bella caoba barnizada del buen ebanista? ¿En qué zona del seso y del alma ella padece su bigamia lingüista?

Jorge Mañach pertenece a la mejor orden de caballería literaria y yo suelo llamarlo uno de los tres “Caballeros del Greco”, nacidos en la región Caribe del finado Imperio español. Y lo hago pensándole el bulto físico y el espiritual, que el alma también tendrá el suyo.

Hay en él la continencia de la expresión que imaginamos en el caballero número uno del griego-italo-íbero; nada del drama echado afuera; un gran reposo tendido sobre el pecho y una sensibilidad de la mano que no llega a lo nervioso. Y solo al centro de los ojos —en donde nadie se puede callar— está el fervor de todo tataranieto de España.

Gran gusto nos damos todos los amigos de Jorge Mañach al gozar las dos pulcritudes que le recorren su figura y su frase.

“El instrumento expresivo de Mañach —dice la ensayista Concha Meléndez— es viril, elegante y con cierta castellana austeridad”.

Hay que advertir que en este caso lo castellano está mediatizado por una paternidad catalana. Y este soslayo de la sangre se marca bastante en la conducta y la escritura, ambas exentas de fiebre. Hay otro sesgo más en la personalidad de Mañach: hizo estudios universitarios en Harvard; por aquí se habrá colado en él una pequeña lonja fría que lo asiste en los malos trances tropicales y en la tentación de caldear los textos.

Mañach, como todo cubano, tenía que ser un escudero de Martí. Una gran honra y a la vez un duro menester manan

103 Publicado en *La Nación*, de Santiago, el 1 de agosto de 1948, y luego en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, de junio-agosto del mismo año. (N. de los Eds.).

de esta circunstancia, porque ya van escritas unas diez o más biografías del libertador antillano. Es prueba fuerte, pues, coger un asunto o un lugar amado, y dicho por muchos otros. Pero uno de los triunfos de Mañach es precisamente el haber ganado la partida: esta biografía de Martí la han celebrado los mejores y además el pueblo, por ello ya alcanza la cuarta edición española.

Y es que el *scholar* salido de Harvard posee ciertas gracias nada comunes en los biógrafos tórridos: Mañach posee el verbo, no la verba, y por esto él pertenece a la angosta familia de los que son virilmente sobrios. De otra parte, su prosa mantiene la constante objetividad que pide el género histórico, sin que le falte la ración de subjetividad que el biógrafo fino dará siempre. Y un celo de no omitir nada importante lo trabaja a lo largo de vida tan cargada de trabajos y de ajetreos, y tan compleja en lo íntimo y en lo exterior.

Martí es el caso de un embrujador de almas. Él gusta al niño en su libro infantil; él enciende al mozo y él conforta al viejo, y por esta condición es que dura sin perder un ápice la anchura de su reino.

Nosotros nos damos por felices de que el lector de Estados Unidos, harto desabrido hacia la producción centroamericana, frígido para los vecinos con los cuales comparte el Caribe, nos conozca hoy por este contador de héroes, ensayista sutil por añadidura, y periodista de subida categoría. Los Estados Unidos debían a Martí la justicia de divulgar su gesta, pues el apóstol, que llevaba en sí un reconciliador de razas, escribió el mejor libro de crónicas de la vida americana que se haya hecho en el sur, tanto en el rango literario como en la intención de ligar lo muy desunido y opuesto. ¡Y qué crónicas fueron aquellas, en las cuales goza y alaba desde las exposiciones de ganado hasta el Whitman patriarcal, usando la más bella lengua descriptiva que conozcamos hasta hoy!

Nuestra literatura ha contado con escritores militantes, primero en la lucha por la Independencia, después en el combate contra la dictadura, hoy en la brega ácida por la justicia social; pero los modos de esta militancia fueron casi siempre comodones: se daba la pluma guardándose la vida. Por esto es que el caso de José Martí se lleva de arrastre una admiración ribeteada de amor caluroso. El varón que en su tiempo era el primer prosista de la América Latina, saltó a las filas como soldado raso, ignorando su propia categoría, y si la supo, quemándola como si fuese una pólvora buena también para llevar un cartucho más para el frente de batalla.

En este libro de poco peso, pero cargado de la electricidad que llamamos “acción”, está la gesta del antillano que se partió como la granada en dos gajos desiguales: la literatura y la hazaña civil. En ambos, José Martí aparece en esa pura rojez de fuerza y de sangre, en fruto cabal, y por tanto ensangrentado.

En el valle de Yosemite, que acabo de ver, hay un pequeño espacio de agua que se finge lisa, pero contiene un cierto calofrío, llamado por unos “El espejo” y por otros “El reflejo perfecto”. Bien nombraron al corto trecho de agua que ni deforma ni exagera la imagen de su amo (que es el peñasco Half Dome), al que el agua filial recibe y da incansablemente.

Así es nuestro Jorge Mañach. Su ojo, venido del Mediterráneo, que es mar antipatético, entrega tal como el lago californiano a su piedra madre. No es lo suyo ni como resobado ni invención antojadiza. Él, como el agua, son pieles sensibles, en vez de lámina impávida, y sienten su tema, están enamorados de su criatura, pero no la enfatizan: le responden con una calma fervorosa, parecida a la mano del caballero de Castilla. El historiador contemporáneo tiene esa ventaja sobre los yertos abuelos de su profesión: recibe a sus personajes en su carne, que no en la mera celulosa del libro, porque lo vivo es tratado vívidamente o se le deja en paz.

Del pecho de este contador, el asunto pasa sin interferencia a la escritura, y el resultado de esta técnica es una frase de nervadura delicada, transparente y sensitiva como la de los radiados. “Mañach capta la vibración más oculta, el sabor ignorado, la razón insospechada”, comenta Diez Canedo, hablando de nuestro historiador. Y los artículos del Mañach periodista educan al lector en su manera rara en nosotros, de ser “humano” sin hinchazón y sin sacarina romántica.

En las nobles personas que llamamos Alfonso Reyes, Sanín Cano, Vaz Ferreira, Henríquez Ureña y Jorge Mañach —y en otras menos conocidas—, van subiendo, para bien nuestro, los jalones de un nuevo clasicismo latinoamericano. El de Montalvo, el de Bello y el de Palma fueron otra cosa, y entre los dos existe un corte tan rotundo como el de los bloques de granito que cortó el canteador para la escalera de piedra.

A cada época lo suyo; mudó la materia que llamamos “tiempo” y los obreros traen brazos y laboreo tan diverso que parecen venir de otro planeta.

Me habían dicho:

—Alfonsina es fea —y yo esperaba una fisonomía menos grata que la voz escuchada por teléfono, una de esas que vienen a ser algo así como el castigo dado a la criatura que trajo excelencia interior.

Y cuando abrí la puerta a Alfonsina, me quedé desorientada, y hasta tuve la ingenuidad de la pregunta:

—¿Alfonsina?

—Sí, Alfonsina —y ella se ríe con una buena risa cordial.

Extraordinaria la cabeza, pero no por rasgos ingratos, sino por un cabello enteramente plateado, que hace el marco de un rostro de 25 años. Cabello más hermoso no le he visto: es extraño como lo fuera la luz de la luna al mediodía. Era dorado y alguna dulzura rubia queda todavía en los gajos blancos. El ojo fiel, la empinada nariz francesa, muy graciosa, y la piel rosada le dan alguna cosa infantil que desmiente la conversación sagaz de mujer madura. Pequeña de estatura, muy ágil y con el gesto, la madera y toda ella, jaspeada (valga la expresión) de inteligencia. No se repite, no decae, mantiene a través de un día entero de compañía su encanto del primer momento.

Esta es nuestra Alfonsina. Muy poco nuestra físicamente, es decir, muy poco americana. Yo, que tengo una fuerte curiosidad de la sangre, empiezo a documentarme... Alfonsina me da la sorpresa de haber nacido en Suiza, en la Suiza italiana.

104 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 11 de abril de 1926, y en el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, el 15 de mayo del mismo año. (N. de los Eds.).

A renglón seguido de la declaración, me dice su argentinidad voluntaria y de educación. Digamos, mejor, su bonaerensismo, porque tampoco hay en ella la criolla de la provincia argentina. Es la americana nueva, es decir, la sangre de Europa apacentada debajo de nuestro sol y con el ojo generoso de mirar las generosidades de la pampa, la americana futura, donosa jugadora de tenis, sin la pesadez de la criolla abotagada e individuo humano espléndido porque su madre miró el Mediterráneo y ella recibe el Atlántico en su mirada.

Siete días pasamos con ella. Confieso que temía un poco el encuentro, sin dejar de desearlo, porque tengo el anhelo de las cosas mejores de este mundo. Las cartas nos habían acercado poco; tiene Alfonsina, al revés de la americana, que se adorna epistolamente, un deseo maligno de despistar a sus corresponsales. Acaso sea una defensa de la calamidad que ha llegado a ser la correspondencia entre literatos. Mi Alfonsina de las cartas era egoísta, burlona y alguna vez voluntariamente banal. En mi temor del encuentro había no poco de miedo inconfesado: hay en mí intereses unilaterales, estoy lejos de ser la criatura rica que como la buena tierra posee las cosas más diferentes y puede dar contentamiento a muchos. Temía, como la posadera del camino, que mi huésped no gustara de mi maíz y de mi leche caseros.

El apuro duró poco. Ni yo hablé de las cosas mías, que no interesan a Alfonsina, ni me habló ella de las que pudieran hacerme extraña. Pocas mujeres he encontrado tan inteligente en el trato humano: no me fatigó con la riqueza de lo suyo ni me dejó tampoco ávida por escondérmela. Es más expansiva que Juana Ibarbourou, la cual, buena descendiente de vasco, se defiende.

Toda la fiesta de su amistad la hace su inteligencia. Poco emotiva. Llega esto a ser ventaja, porque de andar en tierras americanas, la efusión acaba por cansar como un paisaje abundante. Profunda, cuando quiere, sin trascendentalismo; profunda porque ha sufrido y lleva como pocas la cavadura



de la vida. Alegre, sin esa alegría de tapiz coloreado de las gentes excesivas, con una alegría elegante hecha de juego. Muy atenta a quien está a su lado, con una atención hecha de pura inteligencia, pero que es una forma de afecto. Informada como pocas criaturas de la vida, dando el comentario oportuno de las cosas más diversas; mujer de gran ciudad que ha pasado tocándolo todo e incorporándose. Alfonsina es de los que conocen por la mente tanto como por la sensibilidad, cosa muy latina.

Sencilla, y hay que repetir que con una sencillez también elegante, pues andan ahora muchas sencilleces desgarradas, que empalagan tanto como el preciosismo, su enemigo.

Una ausencia igual de la ingenuidad y de la pedantería. Y una seguridad de sí misma que en ningún momento se vuelve alarde, seguridad de quien ha medido sus fuerzas en una vida dura y está contenta de sí misma. Sonriendo me dice, y acentúa este rasgo suyo:

—Alfonsina quiere decir dispuesta a todo.

No hay nada que decir de la poetisa, acaso sea el poeta argentino que se puede poner después de Lugones. Se han hecho de ella los más nobles elogios, por juzgadores lejanos, de aquellos que no alaban para dar un mal rato a otro ni para recibir devolución provechosa. Ella está al lado de Juana, la admirable, con el derecho de su poesía rica, que tiene todos los motivos, variada por humana y por humana piadosa, cruel, amarga y juguetona. La alabanza dilatada sobra con ella.

Tuve con Alfonsina el momento de mayor compenetración cuando me hizo el elogio total que debemos a Delmira Agustini.

—Ella —me dijo— es la mayor de nosotras, y no debemos dejar que se la olvide.

Me dio alegría oírlo: es cosa desusada en la América dar su valor exacto a los vivos y seguir dando la admiración a los muertos.

—Sí, Alfonsina —le contesté—. Ella fue y sigue siendo la mayor, irrevocablemente la mayor. Se le olvida, porque nuestra raza todavía no comprende eso que podría llamarse la guarda de los grandes muertos: el honrarlos cotidianamente y el amarlos para que nos perdone la mano manca que tuvimos al darles la gloria.

Yo he sentido cerca de Alfonsina Storni la profunda complacencia que da el encontrar en nuestros pueblos nuevos una criatura completa, digna por esto de una raza vieja. Pero otra cosa, además: una mujer que se ha peleado con la fealdad de la vida y que tiene el alma cordial de las que fueron ayudadas o de las que no necesitaron de ayuda.

En el triángulo uruguayo “parecido a corazón”, según el decir popular, la llama creadora está saltando siempre, pero además se mantiene dura, porque no es llamarada de pajas ni quemazón repentista. La alimenta un aire particular, una corriente que llamaríamos “la brisa del alma”, si la linda palabra no hubiera caído a la palangana de la cursilería. Un místico diría que es el aire delgado del Espíritu Santo y el nombre de la Tercera Persona me ha servido muchas veces, y me sigue sirviendo, cuando repaso el país querido.

Dicho sea en el mejor sentido de la palabra, la raza uruguaya es mujer: ha ganado sin pelear un reino que nadie puede arrebatarse; su política ardiente no llega nunca a desmelena-da; su pedagogía social y escolar se llama Vaz Ferreira, que es casi decir un ateniense; su religión está libre de tostaderos masculinos y españoles, o sea, de torquemadismo. Quien no adopta allí para vivir las virtudes cristianas, se queda con las de Aristóteles, y la amistad aristotélica casi-casi vale la amistad juanista.<sup>106</sup>

El Uruguay lo tiene todo, excepto el territorio suficiente. Tal vez por esto mismo se ha puesto, como Chile, a crecer hacia adentro, donde no hay pilotes de fronteras.

Las mujeres que escribimos en toda esa América española nos sentimos dueñas de cierta carta de ciudadanía uruguaya, tácita y efectiva a la vez. Compatriotas mías son, entre las grandes vivas, Juana la continental; compatriotas, Sara Ibáñez y Sara Bollo. En cuanto a Esther de Cáceres, yo tengo con

105 Texto escrito en Petrópolis, Brasil, en marzo de 1945, y publicado en mayo de ese año en la colombiana *Revista de América*, bajo el título de “*Concierto de amor*, de Esther de Cáceres”. (N. de los Eds.).

106 De San Juan Evangelista. (Nota de la Autora).

ella más que la conciudadanía, tengo la consanguinidad, cierto primo hermanazgo. Tal parentesco, que me pareció siempre la más linda de las ataduras humanas, salvo la de madre e hijo, es el idilio de unas almas que no habiendo alcanzado la hermandad física, toman la revancha creando la otra.

El Uruguay, visto por una muchedumbre de ojos extranjeros, se llama la patria de la amistad, como tal, exenta hasta la más leve peca de xenofobia. Decir amistad aquí es decir entendimiento cabal, confianza rápida y larga memoria, es decir, fidelidad.

Aunque por años yo no sepa de mi Esther de Cáceres ni ella de mí, alguna fuerza mía, alguna vena nutricia del ser, me viene desde ella. Yo sé que callada o epistolar, próxima o distante, estoy dentro de su oración cuando llegan mis duelos; y sé que las tres frases esenciales que yo logro entre cien articulejos, llegaron hacia ella y fueron allí recogidas. Por su parte, Esther está cierta de que yo arrebaté de su libro A o Z, tales y cuales versos entrañables, con una manotada de jubilosa apropiación.

Esther de Cáceres es una de las obras maestras de la amistad aristotélica y juanista que dije. Y aquí yo hablo con boca prestada, y no de vivo: la de Juan Parra del Riego, que tuvo en Esther al buen samaritano trastrocado en mujer. Y escribo por la mano de cuantos vivieron en el Uruguay y fueron allí pastoreados y alumbrados por la linterna corredora y sin aceites mercantiles de la poetisa vicentina.<sup>107</sup>

El perfecto amigo está hecho de sensibilidad, de presencia constante o de gustos y de búsquedas comunes, y de un reguero de imponderables que sobra enumerar. El perfecto amigo sopla y cela la brasa del cariño, y una brasa que no se enceniza es hazaña mayor que las de Aquiles. Estas ascuas perdurables

107 De San Vicente de Paul. (Nota de la Autora).

tienen debajo de ellas unas capas profundas de carbón o de turba. Si un solo invierno ya pide un rimero de leños para calentarnos, ¿cómo será la despensaría que necesitan las amistades *per vita!* Aquí no puede el que pretende ni el que quiere, sino el que tiene medio bosque capaz de abastecer. Así, pues, la amistad rica de la Esther uruguaya, su preciosa querendería y su lealtad sin arrugas ni quiebras, tienen de este haber toda una hacienda que llega al horizonte.

La amistad magistral de la poetisa, su don de asistencia a lo divino, su temperatura sostenida como un fuerte aliento, su juanismo, forman un solo bloque con la poesía que da, porque ambas salieron de esos mismos materiales de veracidad y fervor.

Aquello de escribir con la sangre más el alma no es condición humana, sino lujo de pocos. No es nada común la unidad del ser, con sus huesos embonados y la suave trabazón de los miembros espirituales y corporales. Y tal vez solo cuando esto pasa, el creador nos reconozca por los frutos brotados de su rama y no descalabrados en el percance universal de la caída...

La Esther oriental se quedó indemne y lleva hasta hoy la gracia superlativa de la unión entre alma, vida y poesía. En ella, la médica juega en agilidad de coyunturas con la cantadora desvariante; la profesora de colegios laicos se suelda, “contra viento y marea” jacobinos, a la mujer de oración, y la colegiala bohemia de anteaer encaja sin crujido en la buena casada.

A causa de su naturaleza de lealtad, ella ha ido lavándose de los engrudos pegajosos de literatismo; paso a paso fue arrancando de sí los embelecocos retóricos y evitando los bonitismos gongorinos de hoy, como evitó antes los del modernismo. Y todo sin volverse plebeya ni desgarrada, quedándose con lo único necesario: sus esencias medidas en la caña de los huesos, adonde las modas no las alcanzan.

Ya en *Espejo sin muerte*, Esther de Cáceres nos llegó podada de sobras y reducida a la espina del alma: aquello era un

sartal de breves poemas religiosos, una confesión entrecortada de experiencia mística. La experiencia fascinante se interrumpe en *Concierto de amor*, pero ha de seguir más tarde. Su alma me importa tanto como su arte, y nos hemos quedado esperando el resto del suceder íntimo, siempre el primero entre cuantos zarandean nuestras pobres vidas.

En este su último libro, Esther de Cáceres regresa a los temas elementales: el árbol, el fuego, el aire, el agua, las nubes... Hacen igual retorno hasta los reos empedernidos de las temáticas artificiosas y muchos De Quincey, hastiados de las drogas poéticas. Nuestra uruguaya no abandonó nunca del todo lo elemental, por aquello de que la mujer es siempre naturaleza, o naturaleza y media, y vomita la pipa de hachís después de chuparla por curiosidad.

Dando un salto enorme desde chinos, persas y árabes, hasta el padre Hesíodo, y dando otro de éste a nosotras, los elementos vuelven a planear sobre nuestras cabezas.

La gente finisecular de Rubén se trueca de pronto en un equipo fresco y triscador, que levanta la cabeza hacia el Zodíaco o se pone a huronear en la tierra no dicha todavía a pesar de la millonada de poetas que la voltearon sin arrancarle una frase íntegra.

Es curioso cómo la nueva alianza de Esther y la naturaleza: las manos en las manos, los ojos en los ojos, la devuelve también a la estructuración u organismos de los viejos albañiles. (¿Clásicos?: arquitectos más albañiles). Parece que en cuanto nos echamos contra un árbol o nos enderezamos hacia las constelaciones, el enjambre atómico en que íbamos parando se nos detiene por ensalmo, y se nos reacomoda, según la ley, en corporizaciones de ver y tocar. El caos retrocede y el demiúrguillo nuestro recomienda la alfarería eterna. Nos acordamos de los buenos tiempos de horno y de torno, y nos reincorporamos al taller que se había dinamitado. Ella misma nos advierte: "Vengo de un tiempo triste e incendiado".

El hermoso poema “El retrato”, que abre el libro, cuenta la aventura de Esther con el siglo, y llama “criaturas mías” a las palomas enfiladas que vuelven al palomar después de travesar por dos mil aires. La poetisa apunta aquí, de paso, la unidad lograda: “Ya vida y canto son una ala sola”.

La venturosa baila estas pascuas unitarias que alegran también a quienes la queremos. Nos gusta saber de su boca misma que tal suceso arranca de operación integradora y no de pérdidas, porque es lo común que del desorden báquico pasemos los criollos —por extremosidad española— a ciertas unificaciones en cuarzos fríos y entecos. Los conversos —y Esther lo es— se dividen entre los ígneos, que se ponen a arder en antorcha de carne sin consumirse, y los que por miedo de plasticidades paganas, primero se encogen y luego se mueren.

La alegría que traen las mudanzas será la que ha dado a Esther el ritmo vivo de la “Lluvia”, vivacidad que se prolonga en casi todas las demás por una resonancia que dura hasta el fin del libro y que gana el pecho mismo del lector. Resonamos una hora de su ritmo; somos el sumiso tubo de aluminio que lo repetirá la semana entera.

Unas combinaciones a base de endecasílabos y heptasílabos, manejados de manera libérrima, hacen la corporalidad de casi todos los poemas, y agregan al libro otra homogeneidad más. Me hace falta tener al lado un viejo pitagórico que me susurre a la oreja el sentido de esta adopción del poeta. Entre casamientos místicos, el de nuestros sentidos con una medida y un ritmo me intrigó siempre por misterioso y digno de averiguación.

La alegría, musa eterna, pero abandonada durante siglos, vuelve a levantar la cabeza en la poesía de estos años. Penosamente, porque los pudrideros otoñales del romanticismo tardan mucho en disolverse.

Mirado de cerca, el gozo de Esther de Cáceres confiesa, aquí y allá, una voluntad heroica: ella quiere rehabilitar la boca triste para el pan del gozo. La creencia la salvó del lado diestro y su vitalidad del otro, y así ella ha podido aventar los dolores y el dolor como hace la gaviota hostigada por los pájaros de presa.

La vitalidad que nos sirve en los negocios más opuestos ha valido a mi compañera, que no es una Judith, pero suele resbalar hacia Débora, el mantenerse recta y entera en las tormentas y en los sismos de dos generaciones. Y los atravesó sin daño; una borrasca que solo comienza también ha de cruzarse sin hacerse pedazos.

El idilio luchado de Esther con el viento es cosa sustancial y digna de releerse; su contracarrera de Atalanta torturada, batida por los cintajos del gran gitano. Lo quiere y no lo tiene, pero lo persigue; se trenza con él y su rabioso amor acaba venciénolo. ¡Ay, amiga Esther: él no es nunca el vencido; él es quien bailará en nuestras sepulturas!

Por ahí se atraviesan en las nubes sin razón alguna, y nos enfadan, unos pianos impertinentes. No logramos emparentar con la espumajería divina de la nubazón, a esos tontos laqueados en el negro peor, y que nacen y mueren “pesados de la más pesada pesantez”.

Pero nada más que a vuelta de hoja se nos deshace la cólera: ella nos da una visualización y un tacto admirable de “Libros” transfigurándoles el pobre cuerpo de celulosas viejas.

No hay juego más absurdo que el de las piezas de un libro de versos. De la fila recoleta de los “Libros” pasaremos a una “Fuente”, escuchada y absorbida por oído muy espiritual, por orejas sin carne. Son los surtidores de una “fuente” y “cantan sobreviviendo”. La muerte de los chorros, que no se ve, a causa de su inmediata resurrección, se dice aquí con manera lindamente elíptica.



Siguiendo este itinerario de poeta, el más atarantado del mundo, ahora paramos delante de una hiedra simbólica que no se quiere tocar, de verla así, delicada y dolorida, y conocemos el muro de su arrimo, que es carne viva también como su amante.

Todo es carne para la humanísima Esther, aunque ande desde hace años enamorada de los ángeles. Esto no es aberración ni es el amor empecinado de los contrarios. Las mujeres sabemos, desde todo tiempo, que la escalera adámica va desde la bestia al ángel, pero sin saltarse al hombre, y sabemos cómo el burlador que se salta el segundo escalón rebana al ángel antes de abrazarlo. La amiga mía no corre ni vuela peldaños: los sube morosamente. Soberbia no es; insensata menos.

Reparamos leyendo “La hiedra”, asunto blando que a otro lo echaría a buscar lanas verbales, en uno de los grandes equilibrios de Esther. Su verso no da nunca al lector el codazo feo de una dureza aquí o allá, pero tampoco se reblandece por apego al asunto, acabando en la jalea de vocales y consonantes deshuesadas. Sus estrofas corren ni cascajadas ni enjabonadas; ellas tienen hueso, tendón y carnecilla como el brazo de Eva.

Me gana los ojos y el entendimiento “El fuego”, que ella nombra a maravilla como el “único árbol despierto a través de la muerte”. Muy rica ha de ser la que alumbró novedades en tema tan rasguñado por la poesía actual. Esther da los fuegos de afuera y el más nuestro de todos, el que va por la caña de nuestros huesos, y da otros fuegos más, en solo tres coyunturas de estrofa.

A nuestra hermana, la condenación le viene y conviene. (Tal vez no sirva a todos los que llegan, como Juan Ramón Jiménez, de vuelta de las plétoras y se avergüenzan de sus congestiones pasadas).

Punzante y sangrador, para mí, es el “Canto ardiente”, esta vela mortal de hombre vivo que Esther recibe de la imagina-

ción pura, tremenda diosa endrogada a quien servimos por bien y mal nuestros.

La poetisa, que es médica, es decir, mujer fuerte, ha sido capaz de entregar en la mano aquel cuerpo querido como quien toca una medalla, sintiéndole a la vez el lado entero y el que se desmorona. Yo, flaca de años y de congostas, no puedo con la prueba y me disuelvo en ella, Esther puede, porque siempre fue más lejos que yo en los corajes del alma.

Regreso a los ángeles, porque la dionisista me los ofrece de nuevo. El poema de su nombre me recuerda el voleo de alas que lanzó Eugenio D'Ors cuando le importaba más el Areopagita que el general Franco (¡Ay, pena de mi amigo querido!). La bandada de ellos, el catalán la recogió en el misterioso Dionisio o en el más próximo cardenal Newman, que ardía de ellos.

De aquel voleo de alas saldrían los primeros ángeles de Rafael Alberti y de allí todos los hispanoamericanos que cortan el aire y rasan el suelo de nuestra América a medio cristianizar todavía. Sabemos que en estas regiones la mayoría son dudosos y han salido del ingenio y la tinta, y no más. Pero escarbando (¿por qué no escardar en plumas también?) pueden hallarse varios ángeles genuinos, parientes del prometido a Moisés y del ángel mariano, que tal vez sea el mayor. Entre estos andan los que Esther posa en el libro, convidándonos al "Creer para ver".

Aún nos retiene hacia el final del libro hermoso, una fantasmagoría de la mano. Es la suya. Su diestra ajetreada y quieta de mujer de menesteres opuestos, y tan lograda resulta allí como en su vida.

Miramos a la compañera a través de los ocho años de no verla, y la reconocemos bendita en el arte y en la caridad. La mano que nos da despidiéndose se parece a la de su hiedra, en la palma abierta y los dedos taumaturgos, que curan tanto en la canción cristiana como en el hospital laico.

Yo no vi nunca en talla corporal a este Pablo de la Torriente Brau, a quien tengo que evocar por voluntad de mi querido Juan Marinello. No miré su estampa de jefe natural de hombres ni oí su voz a la que subiría su autoridad que trajo trabada con su alma. Tengo que pedírselo al paisaje de Cuba que lo produjo en uno de sus momentos de tónico ardor; tengo que demandárselo a la isla Siboney que puso su vertical en el regazo de una buena madre cubana para que, repitiendo el gesto, me lo haga ver una hora al menos.

La caña que tiene el tamaño justo del hombre, me cuenta cómo su Pablo la sobrepasa con creces: la luz habanera me da noticias de la cabeza desnuda de Pablo que no llevaba pesadumbre sino erguida la esperanza; la arcilla roja, que no parece aquí carne magullada sino una piel ardida de pasión, me da testimonio de que caminaba con el andar de los que renquean lastimosamente y tampoco llevan aturdimiento de los jactanciosos: Pablo caminaba como el hombre de mañana, con el paso alegre, que nuestro campesino llama “ganoso” y que así va a sembrar para recoger vida.

Era un gigantón Pablo de la Torriente. Gorki recordaba una vez, a propósito de Tolstói, que esa grandulonería del cuerpo lleva siempre consigo un corazonazo, una abundancia cordial. Creció, se hizo mozo como muchos de ustedes. Mirando de una parte los pedazos rotos del siglo XIX, que fue dulzonamente demócrata y además invertebrado, y viendo del otro lado apuntar el cuerecillo del tiempo nuevo, de la edad suya, de la que le tocó en ración.

108 Este texto aparece en la revista *Mediodía*, de La Habana, en su número 99, del 26 de diciembre de 1938, en el segundo aniversario de la muerte del cubano. Desde ahí lo toma el *Repertorio Americano*, de Costa Rica, y lo publica el 29 de abril de 1939. (N. de los Eds.).

Los escombros románticos no le parecían buenos sino para molerlos en albañilería y aprovecharlos así majados para hacerlos ladrillos en la segunda faena republicana de América. Pero dentro de los escombros, su mano sacó una cabeza entera de carne, no de tiza, y allí unos ojos llenos de futuro y una boca cuya sonrisa medio era de padre, medio era de madre; lo que Pablo recogió y guardó fue su José Martí, único romántico digno de sobrevivir en la América criolla.

Conocía aquel gesto: su padre, el maestro de escuela, se lo enseñó a distinguir, su madre, que tal vez lo conoció, se lo mentaría con lágrimas. Después el niño Pablo leyó al mentor de Cuba en turnos de acogida y de rechazo, de filialidad y de desacuerdo. No importa: allí había un fuego particular, la brasa que no mata y que enciende el leño, que hace saltar la llama, incluso de un árbol verde. Y aquel fuego era español. Aunque ardioso en materia americana, era hornaza de un temperamento racial.

Ha sido frecuente el que estos fogosos se apliquen a la literatura pasional o a una política de humo caliente y poca claridad. La Torriente entró en el sano y durable amor de la realidad. Las cuentas están hechas con materiales y el libro de la cárcel (*Presidio Modelo*, 1932-1935) durará como testimonio de un preso que no solo supo padecer, sino emplear su congoja en cosa mejor que lamentarse: en ver y constatar. Por encima de la circunstancia política, el libro de Pablo servirá para purificar las cárceles y métodos carcelarios que son verdaderas calamidades de la América nuestra.

Él no sería aprendiz martiano; Pablo no tenía nada de pegador de calcomanías; pero él sería, como Martí, un heterodoxo español en política. La mística al igual que la acción social en la península, va y viene en su vaivén pendular del ortodoxo al herético. Pero leer a los hombres de esta pelea es asombrarse a cada momento; y esta sorpresa la tuvo en lo religioso, el bueno de Menéndez Pelayo: todos se parecen más que el envés y el revés de una tela.

Corren estos atletas hispanos sobre una pista común, con un jadeo igual: pelean por la ortodoxia cien por cien, en religión o en política; hace cinco siglos que pelean; se odian locamente de no mirarse a sus caras de primos hermanos, de no darse la vista en la carrera, y de soltar interjecciones demasiado agrias cuando unos vencen y los otros quedan por tierra.

Nosotros, americanos, tenemos que creer en que un sentido popular y no uno aristocrático, es la verdadera ortodoxia de la hispanidad. Los que somos sensatos y además sinceros, sabemos muy bien que venimos de pueblo español, de emigrantes.

Pablo de la Torriente era tal vez más un populista que un marxista (perdóneme él donde esté si le duele mi juicio); tal vez fuese, al modo catalán, un distribuidor de tierra labrantía, tal vez a lo vasco, un líder de mineros que alientan dignidad civil y que en dignidad trabajan y hasta duermen. En una democracia madura y sabia de América o de España, Pablo como yo acaso habría sido solo un republicano leal, hijo de Michelet y no de Carlos Marx. Pero la Torriente, temperamental español, entró en un mundo partido en dos bandos y no tuvo opción sino a estos dos platos de la balanza primaria asentada ahora sobre este pobre mundo.

El deporte lo volvió mozo ejecutivo: le repugnaban las palabras como una grasa viciosa; oyó el cuerno de la guerra llamar desde su España; supo antes que nosotros la tragedia que venía en avalancha sobre el mundo; entendió antes que nosotros que una aplanadora infernal venía cogiendo en sus rodillos los pocos logros alcanzados por el hombre liberal o cristiano; adivinó como el indio, por un vago temblor del suelo, que llegaba el trance de esconderse en las matas como la bestia miedosa o dar cara al horror. No discutió ni esperó mucho: se echó a la perdición y a la salvación juntas. El marxista, que no cree en la libertad, se lanzaba a pelear con los que creen en ella y a defenderla para los que podríamos vivir sin ella un solo día, en el lugar que sea de la tierra.

Allá fue, siguiendo la aventura que el Atlántico ha visto tantas veces y que verá muchas más. La aventura de Adán libertador de sus adamitas. Un hombre sajón se llamaba Tomás A. Cochrane y se descuajó de sus islas británicas para venir a pelear la libertad a Chile y el Brasil. Otro hombre de corte europeo, el Marqués de Lafayette, cruzó agua amarga para venir a Estados Unidos a servir una santa empresa de liberación. Un estudiante anglo-chileno, hijo de un virrey español, nuestro O'Higgins, dejó su bienestar y quemó su doble tradición, llegando a nuestras montañas a organizar nuestra rebeldía criolla. Todos estos hombres cobraron por entonces un perfil odioso para los suyos y sonaron en sus oídos cada día unas palabras que escuecen el orgullo viril: los motes de "insensatos" y el de "intrusos".

No eran eso, ¡ah, no lo eran! Su insensatez fue una razón que saltaba sobre su tiempo, como dice una flecha aventada sobre el planeta, y la tal "intrusidad" fue un sentido racial quemante o un amor frenético del género humano. De tarde en tarde nuestro océano trae a estos desesperados del Viejo Mundo a servir al nuevo, donde clavan el arpón de su esperanza. Pero con mucha mayor tardanza salen de nuestras costas hacia la Europa madre, estos limpios de corazón, estos Ulises sin sensualidad, que lo abandonan todo y que no husmean su propia muerte en la ráfaga del mar a la que se entregan.

A España fue derecho a morir la Torriente, entregado, regalado a la muerte como el puñado de café a la mano del cosechero. Muchos hablarán de su muerte inútil; siempre se dijo del hombre que da sangre en vez de dar dinero o especies. Puede haber sido sal echada al agua la pobre vida del mozo cubano. Pero, ¿quién dice que la sal se disuelva sin salar nada? Pongámonos en la más flaca probabilidad: tal vez la bala que mató a nuestro Pablo pudo rodar lejos, pudo alcanzar la aldea próxima y matar en ella a un niño más entre la legión de criaturas que nos ha comido la guerra.

Tal vez la bala que mató a nuestro Pablo salvó a su gemelo, a otro escritor español combatiente. Puede ser que, con este préstamo de vida haya pagado él una partija de nuestra deuda enorme hacia la literatura española, granero del cual vivimos y viviremos aún, y en cuya abundancia de oro el escritor criollo se sumerge hasta la cintura recogiendo y cargando el trigo.

El bien que Pablo, el cubano, nos dejó todavía no podemos medirlo; tampoco podemos ver en este mundo que es un pozo ciego, el contorno exacto de su merced de sangre. Si la tierra recobra la poca libertad que tuvo y que ha perdido, el bien de Pablo será por ejemplo, el de que los escritores podamos escribir íntegros nuestra verdad o nuestros sueños. La gracia de Pablo y de los suyos será para la América la que nuestra historia no vuelva a ser una tenia repulsiva segmentada de golpes militares tragigrotescos.

Será su regalo desde la orilla el que la guerra no llegue a la América en su nube de buitres o zopilotes, a devorarse en flor la carne que nace para sentarse a la mesa tendida del vivir y no para ser devorada ella misma como el cordero pascual de un anfitrión canibalesco.

Y el bien de Pablo para mí, maestra de escuela, será el que yo no tenga, al ir a dar mi clase, que atravesar una fila doble de fusiles alzados por brazos de niños, y que no sienta yo viendo esa pedagogía de anticristos, arder mis entrañas de vergüenza y de cólera.

Si este mundo satánico, de hierro color pardinegro, color de fiera que desean darnos, se disuelve como una pesadilla antes de cuajar: si esa invención de calenturas pasa no más que como un cometa vesánico, cortando nuestro aire y no se queda, sino que se va a disolverse en el espacio, entonces tú has logrado tu faena en la Europa entera. Pablo el sacrificado, buen Hércules limpiador de los pesebres de Augías, generoso la Torriente, hijo de Cuba.

Tengo viva y precisa como un calco mi sierra de Puebla. Los sucesos que allí me ocurrieron serían bastante contrastados y el blanco y el negro se dividen por iguales la curiosa aguafuerte de mi experiencia poblana. Pero en todo caso, la estampa que guardo en mí está dominada por una vieja y maravillosa mujer, que era una maestra, y maestra rural.

Ella vivió la revolución grande y las pequeñas, y las vivió en pleno, según lo hacemos las mujeres, criaturas temperamentales para el bien o el mal. No hay aquí, a Dios gracias, las borras de nuestras malas pasiones; hay, esto sí, una de las llamaradas más altas de la piedad que yo, pasajera, haya visto arder sobre la tierra. Lllamarada de memoria también, porque Lolita Arriaga tenía el don del bien recordar, que deriva siempre del bien guardar, celando lo vivido a medio pecho con ceñida lealtad.

No es fábula el que cada noche ella desenrollaba su vida para mí, dándome una cinta larga y cálida de cosas vistas, y esto duraba hasta que veía venir mi sueño. Entonces sus viejos dedos me hacían sobre la frente, sin tocármela, una cruz de aire, y se iba por fin a descansar. Su caridad me acompañaba a lo largo del día en la Zacapoaxtla, Puebla, afiebrada aún de luchas internas, velando sobre mi comer y mis viajes a caballo por las escuelas rurales.

Ese cuidado y ese celo extremoso no sosegaban hasta que mi cabeza ya caía en el pozo del sueño. Todavía soñando, seguía yo con ella, prendida a su relato. Y en la extravagancia magnífica que es la del sueño, se me entreveraba vuestro norte

109 Manuscrito de su Legado que aparece fechado en 1949 como “prólogo” a una lectura de su poema de *Tula* “Recado a Lolita Arriaga en México”. (N. de los Eds.).



con mi sur, la Sierra Madre Oriental con los Andes chilenos, y la Lolita plateada de años se confundía con mi madre, que vivía aún.

Tenía ella, como casi todo vuestro mujerío, que me parece una oscura mina de diamantes, tenía de la enfermera, de la hermana y de la madre; ella vivía con la aldea una consanguinidad; a pesar de su rostro tan personal, Lolita se sentía miembro de todos, y así conocía la impersonalidad a lo divino, que es la de los santos.

Porque no basta el que la maestra se sienta “solidaria” de la aldea; esto de la “solidaridad” huele un poco a política, o sea, a vínculo malicioso y defensivo. Lo que se precisa es que la maestra sea una víscera de ese pequeño cuerpo que llamamos “pueblecito”, y la víscera más noble, su corazón batidor. No basta que ella adopte el villorrio, sino que lo viva de manera entrañable, entrabándose con él como el bejuco con el bejuco en vuestras esteras. A esto se le llama “consanguinidad”, con palabra preciosa que indica que una sola y misma sangre circula entre los muchos. Los consanguíneos viven la costumbre común, los deseos y las miras idénticos; ellos han cancelado la raya de la clase social y ellos tienen en la boca el sabor y el dejo constantes del parentesco. A Lolita la asiste de tal manera esta vivencia, este projimismo, que hasta le sobaban para darla a los forasteros; por ejemplo, a la advenediza que llegó un día a inaugurar una escuela suya, la cual no se abriría por antojo de una cierta “fronda” local, ciega y loca.

Esta anécdota ácida me importó poco: yo me conocería en tren, a caballo y a pie, un brazo donosísimo de la sierra matriarca y yo iba a deletrear el corazón de una maestra mestiza, carga de las virtudes más sutiles de dos razas. Paciencia india tenía, y en medida tremenda en que la necesita una mujer que carga a hijos ajenos, todos ellos ajenos, ninguno de su entraña, y poseía un vigor todo español para no estar agotada a los sesenta años; y una bondad densa cubría su paciencia, como la nata que puesta sobre el pan le dobla el sabor. Y el silencio

que llaman de oro, cuando se sufre la ingratitud sin protestas, ese le sellaba la boca para callar sin hacerla renunciar nunca y seguir sirviendo.

Y un cierto don que poco evalúan las gentes en el maestro, el saber contar con longura, gracia y hasta poesía, también eso estaba en ella y le valía para enseñarme los sucedidos de la historia local. Esta abuela y esta Sherezada, que no era ni abuela ni asiática, sabedora de glorias y malaventuras poblanas, ponía delante de mí como barajas de color, el repertorio de los suyos: el hombre de la milpa, el minero, San Félix de Jesús y el Juan Diego recibidor de la Guadalupana, virgen de la más dulce que vieron ojos americanos.

Guardábamos antes las mujeres la “ropa blanca” metiéndole entre sus pliegues una rama de salvia o de tomillo. Otros guardan ahora dentro de esta “gracia de olor” un pañuelo de seda o las cartas que les son preciosas. Yo defiendo así, metida en los dobleces del alma, a esta Lolita Arriaga que vais a oír como un cuento. Ella vive todavía entre los autores de mi alma. Es, realmente, mi “granito de mirra” o la vainilla de mi paladar, o esa hojita de menta arrugada que nos huele adentro del puño.

Una adolescencia como de hijo de Plutarco, sombreada por grandes ejemplos. Una juventud sin alcohol y sin tabacos, casi vivida en la palestra. Limpio pulmón para el canto, boca firme para el canto y la curtidura del buen sol azteca en la cara.

Cada día la pasión de lo heroico alimentándose de carne del pasado y del presente. Dijo “padre” a Bolívar a los veinte años, y tanto le pidió confortación que un día le ha aparecido en su propio suelo “padre” vivo que lo acompañe y lo reconforte en Vasconcelos.

Amando mucho a Darío y volviendo la cara atenta a cada estrofa grande de este tiempo, su pasión verdadera, sin embargo, se detiene en los héroes y con ellos se queda. Me sé yo mejor el Padre Nuestro de lo que él se sabe sus biografías americanas.

El venezolano mayor le ha lavado el corazón de nacionalismo y le ha dado su pasión de la América toda. Como se sabe las anécdotas, las cabalgatas y las penas de Bolívar, se sabe la tierra nuestra y podría caminarla hasta la Patagonia, solo, en un buen caballo pampero.

En su biblioteca, Europa cuenta poco y el Asia menos; pero es difícil que le falten las canciones mayas o colombianas del pueblo, su Humboldt, su catecismo yucateco y su Horacio Quiroga.

Tanto miró hacia el sur con deseo del estuario del Plata y de la cordillera, que con suerte de Aladino, se ha encontrado caminando despierto todo lo que caminó dormido y ya conoce su Colombia, y su Iguazú, y su montaña chilena.

110 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 5 de septiembre de 1927, como “Un poeta nuevo de América: Carlos Pellicer Cámara”. (N. de los Eds.).

Pero esta religión de lo heroico lo hubiera ensombrecido de gravedad prematura, si la adolescencia no se desquitara en él con juegos repentinos, gracias a los cuales la frente no se le madura de entrecejo. Con dos tercios del alma anda por los caminos de piedra de la historia; con el otro salta sobre el árbol grotesco del estridentismo a cortar sus manzanas geométricas, sus flores cuadradas; así ha guardado su contenido.

No quiere aceptar las fealdades de la raza; de tanto andar por la tierra pintada del trópico, la América, que más parece una pitahaya magullada, es para él la jícara de Uruapan. Le sobra ímpetu para dar el salto de 200 años y ver el continente limpio y salvo, vuelto la tierra más bendita del mundo. Algunas quejas suyas sobre las miserias americanas andan por ahí en sus libros. No son serias: lo verdadero es su optimismo, de puro generoso, desenfrenado.

La Gracia entró en su casa y su madre debió hallarla alguna vez sentada a su cabecera. Es ella quien le pone en la mano dormida las más bellas metáforas. Tiene el ritmo cuando lo quiere y acepta la rima tardíamente; pero la metáfora magnífica anda abrazada como a una novia.

Suele aparecer en el continente enloquecido de contrastes un mozo como este, de limpios pulmones, de aliento entero, magnífico galopador del verso, genuino mozo de América, sin becquerianas y sin ajenjos.

Nació en el trópico y en región de lindas mariposas; se le ha quedado esa encandiladura de los ojos que lo hará andar triste toda su vida por el bulevar de París. Sus sentidos fieles andan preguntando por la luz a cada cosa con que se encuentran, como por una madre. Para vengarse de cuanto se le queda sordo bajo este cielo pesado, él se encerrará en su cuarto de París a poner metáforas azafranadas y rojas en las hojas de un cuaderno.

El caso de Marina Núñez del Prado sigue siendo el de un éxito fulminante en cada país que tiene la gracia de recibirla cuando ella desembarca con su familia o tribu de figuras, de grupos o de anchas composiciones que la declaran una creadora digna de época grande.

El convencimiento súbito y definitivo que su obra nos da tal vez arranca de este hecho: ella esculpe el rostro de su gente; ella no tiene el devaneo de renegar o esquivar el rostro de su raza. En vez de esto declara su casta a voces, el mestizo y el indio puro fueron y son una zona privilegiada por el recio pulmón y el ancho respiro que da su meseta magistral. Solo el extranjero, que fue habitante de costa o de llano, “se extraña” de aquel aire delgado y agudo impuesto por los tres mil metros de la meseta boliviana. Azorado y todo, el extranjero, si es joven, se habituará pronto, volviéndose digno de aquella zona mágica que regala la más fina luz y las más anchas “vistas”. El avizorar y el señorear sobre el corazón del trópico y sobre la raya azul del Pacífico irá volviendo al emigrado un hombre nuevo y recio. Las costas nos regalonean; las alturas nos exigen.

Pienso todo esto viendo, por gracia, trabajar a Marina Núñez del Prado. Pocas veces he gozado tanto siguiendo una diestra rápida como la del demiurgo y como ella intuitiva. Es el caso de la vocación absoluta, del creador nato, añadiendo a esto la más rigurosa conciencia artesana. Sin alarde, en el silencio ardiente que llaman inspiración, echando miradas rápidas hacia el modelo, quien a su vez sigue esa diestra bruja, Mariana cumple su comisión natural y sobrenatural de doblar un rostro, un torso o un cuerpo entero. Como en los mitos, ella nació

111 Escrito en Nápoles y publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 5 de octubre de 1952. (N. de los Eds.).

para el menester de leer lo evidente al vuelo y de rastrear lo escondido, sacándolo a la luz. Y labrada toda ella por la luz de los Andes, ha añadido al don de lugar, su lealtad hacia la raza indígena.

¿Qué descanso y qué gozo! Su operación presurosa no es la de lanzarnos el sabido reguero de damas demasiado bonitas para ser interesantes, ni en la de soltar unos medallones de héroes despampanantes, por ceñudos y tranzados de laureles que aparecen congestionados de un coraje excesivo. La operación suya es la de ser el testigo de un ámbito geográfico y del rostro, y el bulto racial que lo puebla.

El altiplano frecuenta a Marina; él hizo sus ojos y su mirada, y ella le devuelve generosamente cuanto ha recibido. Allí está su prole mágica de hombres, niños y mujeres, y del animal más bello que ha visto la luz: la llama, con cuello de retrato prerrafaelista y ojos de Madona.

¿Y por qué no había de hacerlo? La lealtad a la luz de nuestro primer día y al aire de nuestro primer respiro no es solo virtud cívica, sino una rasa lealtad hacia nuestros sentidos mismos y hacia el ámbito racial que nos tocó en destino.

Después de la irrupción de los maestros mexicanos —Rivera, Orozco y los demás— parece que sea Marina Núñez del Prado quien los sigue y, hasta hoy, los iguala en la empresa de entregarnos un testimonio genial de nuestra vida. Su semilla ardiente de lealtad cundirá. Gracias a ella, el tema indígena ha saltado de la pintura a la escultura del continente hasta rematar el testimonio del rostro, el bíceps y la marcha del indio sedentario o trashumante. “Mucho tiene quien tanto da”. Dios y el demiurgo escultor sigan dándole su asistencia natural y sobrenatural. En ella, por ella, todos estamos siendo aupados a honra y gloria.

Marina Núñez del Prado es una mujer mucho más joven de lo que afirma la cifra de su edad. Y eso será siempre, porque

la única lucha que le ha dado la vida es esta con el puñado de la piedra, la madera o la greda; pero sobre todo, ella se demorará en los veinte años a causa de la serenidad a lo divino que es la de su carácter y su modo de acercarse a las cosas, tanto como a los hechos humanos. En su conversación, que es otro de sus dones, ella se enfrenta a lo trágico, lo mismo que lo feliz, sin atarantarse nunca, con una placidez invariable y piadosa. Esa placidez no mana de ningún optimismo bobo; deriva de una fe religiosa o arranca de una muy rica experiencia humana. Su serenidad parece venir de muchos sucedidos y de muchedumbre de criaturas y de cosas vistas, y caladas por esa pupila sagaz y hasta mágica: el artista, entre otras cosas, es el brujo calador del secreto esquivo que llamamos rostro.

Todavía corre por el mundo —o por algunos de sus rincones— el prejuicio de que la escultora flaquea delante de un arte que, como la escultura, demanda fuerzas. Es probable que el público de sus exposiciones piense delante del llamado “Grupo indígena” o de la “Madre tierra”, que aquello rodó de una especie de Walkiria que blandía un brazo y una mano despampanantes. Y no hay tal, que todo ese friso magnífico salió de una mujer pequeña y menuda, labrada por una meseta de aire y luz finísimos. Es probable, igualmente, que los visitantes de sus exposiciones magníficas se imaginen a esta creadora poderosa como a una líder audaz y desmedida. Yo misma le di semblante y corporalidad recios; pero me llevé un fiasco. Ella es el arquetipo de la mujer criolla, desde el bulto hasta el acento. Solo la mirada caladora y grave confiesa a la mujer nueva que está naciendo en la entraña misteriosa de nuestra raza. El rostro más el cuerpo son sus reinos y su deleite, aunque sea tan heroica la lucha con los materiales de su elección.

Me gusta oírla hablar por la madurez y el acierto constante de sus juicios. Escuchándola, yo sigo esta especie de doble de su arte. Las virtudes de su charla son las mismas de sus estatuas: veracidad, expresividad y un calar en los sucesos como cala en la greda, más una visión lúcida de los conjuntos y los detalles. Y esto lo disfruto particularmente en su conversa-

ción sobre temas de nuestra América. Es que las virtudes de su gran arte son las mismas de su vida cotidiana: vuelvo a aprender que el oficio se amelliza con la obra en los que son leales a sí mismos.

Hojeando por décima vez el álbum fotográfico de su producción en un encantamiento que no se me triza ni se me aja, yo me digo: esta es la obra de la mujer más madura en su arte que yo haya conocido en mi raza y también en otras, con lo cual mi fe en nuestros pueblos que son de ayer, se afirma tanto que sonrío a esa familia de criaturas fieles, genuinas y adorables. Y por gratitud y por regusto a lo legítimo y veraz, me tardo en los grupos indígenas, en la cargadora del hijo y en la india estática con los párpados cargados de fatiga, pero también de ensueño, el ensueño indio que me conozco, porque vive en mí.

Nada es flaco ni sentimentaloides, ni atarantado en esta acumulación preciosa. Nada es titubeo ni es tampoco el sabido turno de hallazgos y tanteos del novato. Una corriente de fuerza parecida a la de los grandes ríos tropicales recorre esos grupos, esos torsos, esos trashumantes y hasta esos yacentes. Además, en esta hija de la meseta magna, todo es sobriedad magistral y rigor como en los grandes austeros.

Se trata de una acumuladora nunca dispersa, de una acumuladora y una concentradora, y en suma, de un fenómeno de vitalidad. Pero lo que más me gana los sentidos, en el caso de la boliviana genial, es una virtud mayor que ha andado antes muy mirada en menos por esteticistas: la piedad corre por su obra como un óleo dulce y denso. No voy a caer en el pecado de confundir aquí el arte moralista con el arte *tout court* y a trocar el juicio estético con el moral. Pena siento cuando me hallo con obra de mujeres en las que el humanitarismo de un sexo está servido por pinturas azucaradas y esculturas tan flacas de valor intrínseco como sobradas de pietismo infantil. No, esta misteriosa no deja nunca de ser antes que todo, el artista austero cuya piedad es grave también, porque grave es el dolor ajeno que cae a sus ojos.



Miro trabajar a esta boliviana en grande, a quien yo admiraba sin conocer, y me place su silencio bebedor de planos, de líneas, de colores, de todo lo visible, pero además, de los imponderables que vuelan sobre la materia o se posan un momento sobre ella. Es el momento de la gracia, más rápido que el parpadeo. Nada del ojo del pájaro, visible o atarantado. La meseta de luz óptima que fue la de su nacimiento la tuvo consigo la mitad de su vida; vino después, como segundona, su vocación de viajera, pero su errancia de hoy no es el mero vagabundeo curioso o aturcido: la salvan de ese vicio criollo la seriedad de su carácter y la de su espíritu: nada mira ni toca ella, a lo libélula ni a lo pájaro bobo: es el suyo un ojo que se hinca por amor sobre la pizca o la línea, siempre lento, nunca versátil.

Siempre recuerdo cierta crítica de un mozalbete respecto de un indio sentado sobre una piedra en la ruta. El ojo no se movía de un punto, ni subía ni se abajaba y ningún caso hacía de nosotros. El francés dice de lo que no le importa: *c'est pas mon affaire*. El indio antofagastino debía pensar lo mismo, pero, además, él era como el asiático, la criatura capaz de la mirada larga y lenta, realmente sorbedora, que de veras se alimenta sobre el verdor rural o que mastica las anécdotas del camino. Entre los defectos de nosotras las criollas está una movilidad del pajarillo en la rama.

Marina Núñez del Prado escogió su arte bajo el imperativo de amor que le dieron sus montañas. Alabado sea Dios que la puso a criarse bajo la mirada de tan grandes mágicas personas.

Ayuna de cultura, pero no de sentimiento hacia esta rama nobilísima de las artes, yo procuro suplir la pericia con el fervor cuando veo las obras de Marina, pensando en que el amor ensancha la pupila.

Ningún espectáculo de este mundo me engolosina tanto como el palpar la vocación y sus maravillas; tan feliz me ha hecho seguir la "saga" de la boliviana durante cinco horas que

he querido dar a los míos estas migajas robadas del banquete que tuvieron mis ojos.

Se trata de una capacidad artística genial que ella regala, por generosidad, a una causa espiritual, prestándole su prestigio, pero sin caer en un lloriqueo lastimero y vacuo.

Marina Núñez del Prado ha puesto toda su obra prestigiosa a la empresa de sacar a la luz la desventura secular del indio. No podía escabullir a la criatura que hace horizonte en su medio visual. Corajudamente leal a la realidad boliviana, nos regala en su arte aquello que es el primero y más ancho bulto de su ámbito: su Adán y su Eva aimaras. Para hacerlo le ha bastado sentarse en cualquier ruta y ver pasar a sus trashumantes. Le ha bastado su preciosa memoria de la “nana” o nodriza india que la vistió de pequeña, y de la otra que hirvió su sopa o amasó su pan en la casa solariega.

Y allí están en sus obras de maravillas las indiadadas en el corro apuñado por la fidelidad, o la india sola cuyo pecho se funde con el chiquito, hasta ser un solo bulto de milenario amor. En toda su obra, friso tan ancho, la india madre y el indio caminante, el asunto indígena en general domina casi como una obsesión. Bien está, bien convenía a una generosa dar lo más y mejor a los ayunos de honra y de entendimiento en las patrias tropicales; asunto a la vez patente y soterrado, realidad cruda si las hay, drama que de visible y cotidiana grita, sin ser oído a la luz del sol y grita en cada hora y en cada día. Esta mujer realista, no tocada de romanticismos sacarinos, es asistida siempre de un realismo de mejor cuño.

Marina es ya el caso de un maestro. A esta categoría se llega por lo común hacia la vejez; los dioses que gobiernan la ruta hacia la maestría no la hacen corta ni blanda para sus ahijados: el escultor y el pintor. Para la boliviana genial, la Gracia se ha apresurado, pues su obra, lanzada ya, es ancha, y podemos decir de ella sin caer en hinchazón, que “merece de la patria”, según la expresión popular. Pero la patria suya rebasa a Boli-

via: comprende toda su América india y mestiza. La fiesta es,  
por lo tanto, para todos nosotros.

La nación brasilera amó pronto y amó bien a nuestro compañero Alfonso Hernández Catá, dándole el aprecio de su obra: Brasil ha sido un gran generoso hacia otro gran generoso. Y como Itamaraty [Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil] viene a ser como la capital de la cortesía continental, la Cooperación Intelectual ha querido que una voz del Pacífico diga algo también en las despedidas de este varón dos veces hispanoamericano. El vocablo “hispanoamericano” dobla su sentido esta vez al mentar a un varón que vivió los dos temperamentos y las dos costumbres en una fusión que fue admirable por consumada, por perfecta. Tal vez entre nosotros los escritores de la otra banda, fuese Hernández Catá el único que conoció el hispanoamericanismo cenital por la saturación cabal de los dos módulos raciales.

Cuba dio al escritor las infancias y el socarro tropical dejó en él, como en la caña del plantío, una dulzura ardiente o un dulce ardor tan visible en su rostro como en sus actos. La alegría habanera, hecha de olas felices, le dio un natural placer, en contraste con la melancolía de los pueblos andinos. Una blandura de fruto que se funde en la mano estaba en su trato fácil, regalado a todos, con la amplitud de su marea caribe. Pero Castilla mandaba en su conversación, en la muy castiza lengua hablada que fue la suya y que parecía no haber atravesado el Atlántico ni sufrido en la travesía la mengua o el desabrimiento de un habla colonial.

El gozo que daba a sus amigos el trato de Alfonso Hernández Catá venía, para mí, de dos cosas: de la gran humanidad que emanaba de sus potencias, humanidad de íbero y de antillano, y de la seducción de su charla, que valió por la de Pérez Galdós o la de Benavente. Había en ella una especie de volup-

tuosidad del charlador con el idioma del que era a la vez servidor y dueño, obrero y señor.

Como buen madrileño, Hernández Catá no habría podido vivir sin conversar, es decir, sin darse en cada momento al familiar o al amigo, en el vocativo tierno, en el comentario sagaz, en el acuerdo benévolo y en la réplica a veces alácrita.

Como su José Martí, él tenía una fiesta en el amar y hacerse amar, en el seducir por la verba y en ser a su vez seducido por la ajena. Por eso vivió siempre en un corro de amigos. Él habría dicho como otro que el hombre solo comienza en acedo y para en monstruo, y que la camaradería es la marca de la cristiandad española y es también uno de los varios rostros que lleva la caridad.

Esta magia de su conversación pasaba a sus conferencias toda entera, sin perder gota de frescura y de brío. Como quiso su propio Martí, encantaba enseñando y así sus auditorios no probaban con ella aridez ni agobio. Para eso había quemado su vida en la pasión del idioma, recibiendo la gracia de un habla ligera como la del Lazarillo de Tormes y hervidora como el vino de Fernando de Rojas. Su bello elogio de la palabra viva vale por su profesión de fe. Él detestó la lengua solemne de mausoleo que es la del falso clasicismo, pero también la que está muerta bajo el preciosismo como lo está el caracol a pesar de su linda espiral.

No era solo donairoso, era sustancial la conversación del novelista, lleno a rebosar de experiencia humana, todo él espejeando de las razas que convivió y de las tierras que anduvo. En el novelista había, más que el imaginativo, el hombre de vistas y tactos para lo real. Y aunque la escuela de sus gustos ha pasado, en muchos ella se salvó, y se salva todavía como en el cubano. El método, el rigor en la observación, la lucidez y la desconfianza de la improvisación, todo eso le enseñaron sus maestros franceses y españoles; pero todo eso creó en él una formación literaria propia y no la eterna imitación del criollo.

Sus críticos han olvidado en Hernández Catá, y sin razón, al admirable periodista. Su periodismo de veinte años fue de categoría; en esta lonja de su labor él puso tanta pulcritud como en sus libros y allegó a ella, además de un clima, la nobleza rara en el género. Su patria haría bien en salvar unos dos volúmenes de esa muchedumbre de artículos, entre los cuales yo suelo recordar con saudade los del diario madrileño *Ahora*.

Los hispanoamericanos debemos a Alfonso Hernández Catá la rotunda índole espiritual que aplicó a su misión diplomática. Esta patria brasilera creó hace tal vez cincuenta años, en el continente, la bella alianza de diplomacia y letras, o de política y humanismo; pero nuestra América española sería bastante morosa en recoger la muy prócer lección.

Solo cuando nuestros pueblos del Pacífico desarrollaron el testamento de Bolívar, vinieron a comprender que en él estaba íntegra, estaba ya hecha, con todas sus piezas, una doctrina de unidad que podría ser buscada y luego enseñada, por medio de hombres espirituales. Después del ensayo, la América española ha sabido, por su experiencia, del magisterio de Alfonso Reyes o de Amado Nervo, o de Hernández Catá, que la cultura logra más que la malicia como mensajera y que no hay red más dulce para el alma arisca de los pueblos que la de un hombre sabio y de buena fe. El hombre de Cuba entendió muy bien su ancho cometido. La propaganda de la cultura mayor de las Antillas cubrió los cuatro países de su carrera: España, Panamá, Chile y Brasil.

Hijo de isla, no tenía el llamado espíritu insular, porque no lo tiene tampoco su patria liberal. De este modo, Hernández Catá aplicaría la brasa de su pasión a una labor que llamaríamos de “bolivarismo intelectual”. Libros, revistas, biografías cubanas, brasileras y chilenas, él las ha hecho circular de norte a sur por el cuerpo del continente, como quien licúa la sangre parada de los miembros y echa a danzar el falso muerto de nuestro canijo nacionalismo regional.

Los indoespañoles perderemos, particularmente, en Alfonso Hernández Catá un servidor de nuestra relación continental, que trabajaba haciendo los barbechos modestos de la Corporación Intelectual de las Américas, en los cuales hierve menos que la operación fermentada de nuestra unidad.

De vuelta de su misión por el Pacífico y completando la curiosa parábola de su vida, el ministro Hernández Catá navegó el agua atlántica y aquí lo recibió la gran benevolencia humana y botánica que llamamos Brasil. Fue feliz entre nosotros y podéis tener la satisfacción de haber regalado solo días dulces a este quien merecía la misteriosa dádiva que llaman felicidad.

Sus amigos han contado que el hombre viajero, enemigo del sedentarismo, no quería para sí una muerte postrada, un acabamiento pausado que él decía vergonzante. Dicen que hace muy poco él les hizo el elogio de la otra muerte viril, que cumple su faena como el leñador de la Amazonía, como torrente andino. Tal vez fue oído —¡por qué no!— y en la conjura que sabemos, el metal, el viento marino y el agua atlántica, los tres cogieron a su hijo isleño con la violencia de los elementos puros. Gran dolor el nuestro; tremendo asombro el de los ojos que vieron caer el avión del destino y consternación mayor aún la de quienes abrieron la vaina metálica para recoger uno a uno, como en una tremenda fábula, los diecinueve cuerpos.

La Guanabara de su primer aliento brasilero recibiría también el último. Cuantos le conocimos no hemos de caminar nunca la lonja de mar de Botafogo, llena siempre de aire vivo, sin acordarnos del camarada a quien le falló el cielo y le falló el aire en uno de esos trances en que el *fatum* es más fuerte que todas las potencias del amor. El duro 8 de noviembre, el cielo que no mata, dio la muerte, y las olas más ligeras fueron allí densas para ahogar en minutos. El isleño va a dejar por última vez la tierra firme y a regresar por el camino de su hábito a la Cuba de sus infancias.

Nosotros no podemos seguirlo como querríamos, yendo en ese barco que llevará dormido al obrero diurno, ahora vuelto nocturno por el designio de Dios. No podemos, aunque bien lo deseamos, formar parte del grupo conmovedor de las mujeres enlutadas, tres, con cifra sobrenatural, y al lado del hijo, adolescente como el de los héroes.

El mar, cuna de todos, a la que nosotros, niños también, solo le vemos un borde, le dé por diez días la mecedura más dulce que nos existe después de la rodilla materna, y el mismo mar, consolador de los mayores afligidos, conforte su pecho máculo al grupo doliente que saldrá de Guanabara y que va a dejar sobre un cuadro de hierbas al biógrafo de José Martí.

El antillano va a tenderse, fiel como el discípulo antiguo, junto a su maestro, cuya palabra él cargó a todas las tierras, igual que un equipaje mágico o como quien aprieta en la mano la semilla de la mayor palmera de su costa, que plantaba a donde iba, a fin de que la sombra invisible le cubriese día y noche.



A M É R I C A   V I I



EL DIVORCIO LINGÜÍSTICO DE  
NUESTRA AMÉRICA<sup>113</sup>

Bien se dice, cuando se asegura, que a los grupos humanos los separan no las religiones, sino las supersticiones, y no las diferencias, sino las apariencias. Brasil y nuestra América española padecen, desde sus orígenes coloniales, esta clase de divorcio, de cortadura y de desconocimiento.

La superstición de las lenguas diferentes viene a ser cosa muy seria y muy baladí al mismo tiempo, una nonada y un océano separador.

Hay que decir, en todo caso, que Brasil ha pecado mucho menos que nosotros: el brasilero culto sabe su español cabalmente, es decir, lo habla y lo escribe; y el brasilero medio lo comprende siempre. En las librerías cariocas hay una sección española, aunque no sea siempre nutrida y selecta; en cambio, en las hispanoamericanas no me ha ocurrido nunca hallar un anaquel completo de libros brasileiros. Otro tanto ocurre en la península ibérica con el negocio librero.

Y el hecho de esta falta de viabilidad lingüística dentro del mismo continente parece no haber importado mucho, con la excepción honrosa de la Unión Panamericana. En los programas de trabajo, en los congresos, en la muchedumbre de iniciativas unitarias que tejen y destejen nuestros pueblos, desgajados, no sé, para mientes en que la primera barrera que hay que aventar es esta del idioma. Alguna vez he oído decir que el problema no es grave porque entre veintiún naciones, la disidencia idiomática corresponde a una sola. Pero resulta que esta nación tiene 18 millones de hombres,<sup>114</sup> y que

113 Publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 12 de junio de 1938, y en la revista argentina *Sur*, n° 46, de julio del mismo año.

114 Hacia 2018, había casi 210 millones de brasileiros. (N. de los Eds.).

el territorio que ocupa es mayor que el nuestro. Y resulta, además, que este pueblo brasilero posee una literatura, cuando menos equivalente a la nuestra, a la cual dejamos sin su expansión natural dentro de la América hispánica y a cuyo disfrute renunciamos, perdiendo además el nutrimento vital que allegaría a la nuestra.

No ha tenido su campeón entre nosotros, hispanoamericanos, la lengua portuguesa: no ha habido, que yo sepa, ni de la parte de Portugal ni de la del Brasil una política del idioma como la de Alemania, Francia e Italia.

No se ha considerado como una faena profunda que es preciso emprender, ésta de la vinculación idiomática de las mitades de la América del Sur y no le hemos dado categoría seria dentro de nuestro trabajo internacional.

Solo la dirección yanqui de la Unión Panamericana, que tiene el ojo despejado, ha pensado en declarar oficiales y de aprendizaje obligatorio, en nuestra enseñanza secundaria, el idioma portugués y el español.

Vasto es el destino del portugués, por el perímetro magnífico de expansión que le tocó en suerte, y es fina por las calidades superlatinas que andan en él, las que él contiene y las que continúa elaborando. Dos latinistas catalanes me decían alguna vez que su idioma y el portugués son los más ceñidamente latinos dentro de las lenguas romances, y lo aseguraban paladeando en el dato un rango y un derecho a la consideración. Yo ignoro si mi amigo hablaba en técnico o solo en patriota; pero me sé cabalmente que el aprendizaje más llano de un idioma colateral para la criatura de habla española es el portugués y no el italiano. Y apunto mi experiencia sin ningún dejo de malignidad respecto del italiano que se enseña en nuestras escuelas secundarias y que yo amo entrañablemente. Mi extrañeza es la de que al declararse el italiano lengua válida para algunos bachilleratos hispanoamericanos, no se haya incorporado al portugués en la regalía mencionada.

Esta vez no se trata de hacer un alegato en favor de la lengua portuguesa como vehículo de cultura, sino sencillamente de señalar con la mano leal hacia un vacío fabuloso, hacia un enorme ángulo muerto en nuestro trabajo de americanidad.

Las relaciones culturales entre la América española y el Brasil son hartamente flojas y lentas, y no se vitalizarán realmente mientras el libro brasileiro no cuente con un mercado decoroso entre nosotros y el libro hispanoamericano no circule anchamente por el Brasil. Y tal hecho se consumará solo el día en que el portugués entre en nuestras humanidades por la puerta ancha de las lenguas reconocidas como escolares y en que las universidades brasileiras posean, una por una, su cátedra estable de español.

Ya se habla en algunos países nuestros de reincorporar el griego, en mala hora arrojado de nuestra enseñanza oficial, al lado del latín, ya recobrado, y se dice que también el hebreo debe seguir a la reivindicación, a fin de rehacer el triángulo clásico medieval. Pero no se piensa aún en la cátedra de literatura portuguesa brasileira, y el olvido es tan peregrino como lo sería el del pan o el aceite en una mesa.

Naturalmente, en cada país nuestro se sabe que hacia el noreste o suroeste, trabaja una familia literaria prima hermana, cuya calidad es tan prócer como para que sus libros se traduzcan día a día al francés, al inglés y al alemán. Tenemos, además, desperdigados aquí y allá, como puntos de una red que comienza, unos cuantos lusitanistas que se leen en sus textos a su Machado de Assis o a su Graça Arahna. El chileno Edwards Bello suele regalar a su público, de tarde en tarde, con una crónica llena de fervor y de donosura sobre tal o cual aspecto de la vida lisboeta o carioca.

Otros precursores del lusitanismo posee la Argentina y en artículos de crítica literaria general solemos encontrar algunos nombres de escritores brasileiros: ellos son para el lector del Pacífico tan exóticos como el de un poeta hindú moderno. O

bien un hombre de los dinámicos del Brasil llega a un país nuestro en viaje que no es de semana, como Ronald de Carvalho, que vivió algunos meses en México. Entonces, en una conferencia de dicción pura y lenta, nos hace oír y entender con sorpresa nuestra, un racimo novedoso de textos de poesía brasilera que nos deja deslumbrados y que nos quema, aunque sea por un momento, la superstición de nuestro divorcio lingüístico. Estos devengadores de nuestra deuda, estos americanos fieles no hacen sino dejar más en descubierto nuestra ignorancia común y nuestro olvido inexcusable.

Aunque laudables, estos hechos se llaman anécdotas y son contacto efímero, paso de cometa. Los vínculos literarios piden la continuidad, la cotidianidad, la vertebración. Por ser cada literatura un organismo viviente, existe un servicio ardiente, constante y minucioso. Los juegos de bengala de las festividades no pueden servir a la gran señora que es una literatura grande, ella pide volverse una irradiación permanente, dada desde un sitio que sea tan noble como estable: desde la cátedra.

El momento en el que yo hago este comentario amargo de nuestro limbo lusitano es también de contar la rectificación que viene y aunque sea con pasos tardíos, ya está a nuestras puertas: la Cooperación Intelectual, dependencia de los ministerios de Relaciones de Brasil y Chile, se ocupa de abrir dos institutos para servir los negocios espirituales de nuestros dos países cuya amistad es capítulo clásico en la historia de América. Nuestra representación diplomática de Chile en Brasil coincide con una representación intelectual en la persona del señor Félix Nieto del Río; el asunto de que tratamos es para él de un interés realmente apasionado.

Por primera vez, y gracias a las buenas pautas que ha enseñado la Sociedad de las Naciones, contamos con unos organismos oficiales que se ocupan vertical y horizontalmente, es decir, en extensión y en profundidad, de nuestros vínculos intelectuales puros.

Hay que decir esto: puros. Porque aunque los beneficios de un intercambio rematen en ventajas materiales, el trabajo intelectual de calidad, los equipos de la inteligencia, no pueden trabajar sino dentro de una intención limpia de todo logro.

Repasando la vida del Instituto Brasil-Chile, he sabido que él ya tiene un haber sólido en dos creaciones de bulto, dos grandes piedras madres: de una parte, la adopción de la lengua española en el Brasil y, de otra, la creación de becas para nuestros estudiantes.

Las dos hazañas cargadas de sentido valen por diez años de lucha y por una victoria mayúscula en la causa de la reintegración del espíritu iberoamericano.

Después del divorcio idiomático allá, en la Iberia materna, este acontecimiento equivale a unas bodas y se merece un coro entero de aleluyas.

El regreso a la unidad no ha partido de la península pecadora del cisma verbal, sino de esta América que, como los jóvenes, no tiene escleróticas las coyunturas y gracias a su agilidad puede con este y otros escorzos.

Nuestros dos idiomas habían vivido de espaldas vueltas, sin odio alguno, pero también sin amor, como dos ríos congelados en pleno trópico, sin que un ímpetu viniese a quebrar sus aguas paradas y a echarlos uno en el otro. Muchas veces el verbo luso y el castellano me han parecido un árbol absurdo partido en dos frondazones que, separadas en el tronco solo por cinco pulgadas, se repudian y dividen en lo alto por un rasgón y un vacío de metros. El tronco es uno, la savia es una, la especie y el género también, pero el árbol ha tenido la loca humorada de no verse las frondazones mellizas. De rama a rama, no corre ninguna palpitación emocional común y su raíz única parece un mito que nos contaran.

115 Firmado en Río de Janeiro, en noviembre de 1945, y publicado en la *Revista de América*, Colombia, en diciembre del mismo año. (N. de los Eds.).



Creímos empresa larguísima corregir este disparate continental y rebanar el capricho cuajado en hábito de las dos lenguas enfurruñadas. Así se producen muchos de nuestros cismas, más por frío que por cólera, por mera indolencia musulmana o por amor propio. Cada una de nuestras lenguas, grandes señoras y por allí soberbias, se había resistido a dar el primer paso, aunque este ni siquiera sería dramático, ya que odio no hubo nunca. Así fue como se remató el *impasse*.

El gobierno del Brasil acaba de realizar la junción de los tejidos rotos, con una sola y fuerte puntada de cirujano, sin discusiones congestionadas, asistido solo de su elástica cordura brasilera y de la buena voluntad para los asuntos del mundo, que se llama Itamaraty.

El decreto no se voceó ni se venteó con ímpetu de propaganda; apenas fue comentado, pero esa página única con sellos oficiales tiene la trascendencia de las batallas ganadas en un solo día y que no dejan el mal sabor de las causas pleiteadas por años. ¡Qué linda operación simple y definitiva, y qué flecha recta disparada hacia el futuro!

Suelo hallarme en las librerías a un mozo que pide libros en español; suele ir un soldado petropolitano a pedirme una novela chilena; a veces me encuentro al maestro Manuel Bandeira en nuestro Consulado general fojeando tomos en la biblioteca creada allí para el servicio de la ciudad; en varios quioscos, cinco tapas de revistas argentinas y chilenas me hacen guiños, y yo me paro a verificar para creer; en la Biblioteca Central, o en los pasillos de los ministerios, una frase castellana me hace dar vuelta, y me hallo una banda de becarios chilenos, paraguayos y bolivianos.

Todo esto significa que comenzó el deshielo y que ya bajan de los ríos impávidos, entre cascarones rotos, las aguas vivas del hablar, el cantar y el entenderse, riéndonos azorados de que teníamos, sin saberlo, dos voces metidas en el pecho. Y los regatos empiezan a correr, no vienen lentos, sino en despeño

vertical, y es esta la prisa de los que perdieron tiempo, de los demorados, de los arrepentidos.

Cuando llego a mi casa con las buenas nuevas de la calle y el aire, me pongo a rumiar como la llama andina estas ramillas y pastos cotidianos. Son menudencias, pero cosas vivas y nuevas, que apenas asomadas ya rebrotan con la ardentía de las hierbas en las fuertes arcillas brasileiras y que improvisan un sembradío en semanas.

La rumia de estos hechos me convence sobre un futuro inmediato. Hay el porvenir de mañana y el del año 3000. Pero el porvenir de nuestras dos culturas viene corriendo ahora la carrera de Mercurio y su plazo es mínimo como el de los “pagarés” vencidos: él se llama, en una sola palabra, “mañana”. Los tiempos se han vuelto rápidos; hasta ayer nos mandaban la geología y el pardo reloj de arena; pero a causa de esas mismas flojeadades saturnianas, la esfera rebelde se ha puesto al galope, por una angustia de conciencia cristiana que nos mueve y pone en pie.

El legislador brasileiro y el chileno han cumplido lo suyo, y ahora viene el segundo jalón: el de los realizadores directos, o sea, los albañiles.

Los albañiles son muchos porque en los asuntos de la lengua cooperan los muertos al lado de los vivos, y los abuelos acuden sin convocación y circulan por la tierra en silencio inefable. Los muertos aquí hacen tanto como nosotros y, a trechos, mucho más, porque ellos son legión y ya están cernidos en el buen cedazo de los siglos.

En todos los núcleos de cultura de Brasil y de Chile, en nuestros liceos y en cada uno de los colegios del Brasil, ha comenzado la albañilería espiritual de las dos culturas reconciliadas. El sol y el aire de la unidad alumbran y calientan a los maestros de obra y a los obreros. Agrupados en patrullas invisibles, trabajan a estas horas, en bien de nosotros, Camoens y Rubén Darío, Gil

Vicente y José Hernández, Euclides, Martí y Rodó, Machado de Assis y García Calderón, Tristán de Athayde y Gonzalo Zaldumbide, Alfonso Reyes, Mario Andrade y Guillermo Freyre, José Asunción y Quental, Bilac y Lugones, Vicuña Mackenna, Pablo Neruda y el manojito solar de los futuristas brasileños; el puñado fermental de los contadores de la montaña y el agro chilenos que enlindó allá respondiendo a la fertilidad de los novelistas brasileños de última data, que son admirables en el gajo y en el racimo.

Qué bien andan con nosotros, sea trotando a nuestro lado, sea caminando por nuestra sangre, clásicos y modernos, gente de carne y hueso, y seudofantasmas. Porque los abuelos que enterramos (dizque los enterramos) van y vienen interviniendo nuestras potencias e insuflándonos el aliento, hasta el punto de que no vivimos una sola hora sin ellos. Los nietos eufóricos hacen nada más que un relevo parcial de los viejos; andan en las tertulias literarias y en los cafés disfrazados de locos, pero son los cuerdos de mañana y los doctores de la ley de pasado mañana. Las aguas bajan siempre hirviendo y espumajeando, pero todas van a parar en los bellos canales de la llanura clásica.

Algún día nuestros pueblos celebrarán la fecha del intercambio idiomático, marcándola con un pivote ostensible, como el comienzo de las grandes carreteras, es decir, a todo mástil de honra y a pleno viento de alegría racial. El suceso se parece a una Pascua de Pentecostés, como que es la fiesta de la reconciliación de dos verbos malamente olvidados uno de otro, que borraron por siglos su apelativo común, aun sabiendo que la sangre seguía una y entera debajo de la falsa extranjera.

Esta reconciliación verbal era la primera herramienta para rematar la concordia por la simple vía de la memoria recobrada. Cinco siglos de empolvamiento voluntario allá en la península; cuatro de olvido inconsciente en la América del Sur.

En el jubileo que celebramos hoy no se trata, como en Jerusalén, de recibir con el relámpago de la Gracia las lenguas

nunca aprendidas; solo se trata de recordar la unidad íbera y latina como quien despereza los miembros del alma uno por uno, o como se destapa la llave herrumbrosa de un caño fuerte cubierto de matorral. La empresa será ir aprendiendo algo y recordando mucho, tanteando y hallando. En la lectura del portugués y el español, nosotros somos meros trascordados y reímos cuando acuden las palabras como palomas silbadas.

Nadie niega el que cada lengua latina posee su genio propio; tampoco negamos que nuestros dos verbos tienen algunas zonas contrastadas. Hace seis años yo hablé de esto en la Federación de las Academias de Letras; ahora solo quiero contar una anécdota verídica.

Estábamos Palma Guillén y yo en una sala de hotel suizo, como dentro de un surtidor de siete lenguas. De pronto oímos alguna muy abierta, muy espejeada de vocales, y le dimos a todo ancho el oído. La curiosidad nos hizo preguntar: era el griego. Seguimos oyéndola y en el entrevero de las demás, ella se nos allegaba, era como un tallo que da, al tocarse, un tacto familiar al sentido. Íbamos sabiendo que ese idioma se diferenciaba de los demás por una vocalización que lo partía en luz como un reverbero, y le daba un calor fuerte, y más todavía: unas inflexiones bruscas. Ambas vimos en él de golpe los rasgos del español.

Confieso, en cuanto a vieja maestra confrontadora y veraz, que el español posee una luz cruda, cenital, la cual debe doler en los sentidos morigerados del hombre portugués; sé también que su temperatura resbala fácilmente hacia la violencia y que su andar, o mejor, su saltar, suele ser el de un animal de presa, por fogoso desbocado.

En los idiomas, lo mismo que en las criaturas, las virtudes resbalan a efectos por exageradas; pero los vicios a veces no pueden rebanarse porque llevan de arrastre ciertas levaduras vitales.

Digo, sin intención de halagar, que desde mis años de Portugal, miro el español como una lengua magnífica para la prosa, y al italiano y al portugués como el tocado natural o, si se quiere, como el escarpín de seda que conviene a la poesía lírica. Paso del cantar español al portugués, como de un habla terrestre a una cosa inefable. Y siento que yo soy ayudada de mi idioma como de un buen sendero, pero que el poeta brasileño es más que ayudado del suyo y sube arrebatado por una ingravidez inefable. No asustarse ni dolerse de la diferencia; hasta los siameses se diferencian.

Todos sabemos que una lengua una vez hecha y contorneada pasa de hechura a patrona nuestra, de engendro a creadora. El idioma ajeno que no poseíamos va acarreado hacia nosotros, a medida que lo oímos, unas especierías, unas resinas y unos éteres imponderables. El hecho vulgar de leer lo ajeno cotidianamente se vuelve una operación activa y mudadora, aunque sea imperceptible.

Por eso creo que el hispanoamericano bebe en el idioma portugués un suave licor que no turba sus sentidos, sino que los amansa, los adelgaza y aligera; tiene también ese idioma un escoplo menudillo que alisa las rudezas y las aristas del hombre español. Y sé igualmente que el brasileño suele celebrar en la lengua de Castilla algunas virtudes parecidas a las del vino seco o a las del vino quinado, en el que andan disueltas las cascarillas confortantes de la quina boliviana.

Trocaremos, pues, el bien con el bien, encarmenaremos los dos vellones verbales, poniendo de lado abrojos y costras feas. Quién sabe, si con paso moroso y sin darnos cuenta siquiera, iremos preparando así, nosotros, gente de lengua colonial, un segundo latín amplificado y purgando a la vez, y que tendrá, como el latín mayor, un destino de unificación. Cuanto signifique entabrar lo suelto, ligar lo roto y reconciliar lo divorciado, será siempre faena de la cristiandad, sea en territorios, en legislación, o en los negocios, realmente divinos, del verbo hablado y del escrito.

BELO HORIZONTE, CAPITAL DE MINAS GERAES, LA  
CIUDAD CREADA DE UNA SOLA VEZ<sup>116</sup>

Diez días he vivido en la ciudad bien nombrada, que tiene el horizonte espacioso, para holgura de las vistas y del alma; que, por tener el aire seco y agudo, me ha hecho recordar la bocanada que respiramos en los Andes y que además es la patria de las rosas americanas más perfectas que haya cogido mi mano de vieja jardinera.

Pero los mineros no tienen solo cielo, clima y flores, que son dones gratuitos, sino también lo que no se recibe de la suerte, lo que se crea voluntaria y voluntariosamente: una ciudad de 43 años hecha y derecha.

Yo no sabía que pudiera levantarse en este tiempo una capital en su ancha masa y con sus órganos más delicados. Las ciudades nuevas que he visto habían sido pobladas tan rápidamente como Belo Horizonte; pero la civilidad fina y la costumbre acendrada no acudían aún, pues ambas cosas son señoras muy lentas en acudir.

Las ciudades nuevas vistas en Estados Unidos no tuvieron la suerte de atraer y de beberse una vieja ciudad ilustre como Ouro Preto, que las librase de la vulgaridad que acompaña las improvisaciones. Tal vez sea único este caso de transportar como por levitación una raza labrada que ya es esencia pura y una experiencia doble, portuguesa y brasilera, como Ouro Preto, y posar todo eso sobre el gran cuerpo virgen de Belo Horizonte.

116 Publicada con este título en la revista *Palabra Americana*, Lima, en abril de 1943, y en el diario *El Tiempo*, de Bogotá, el 12 de septiembre de ese año, como "Bello Horizonte, capital de Minas". (N. de los Eds.).

No sé de quién partió en su origen esta fantasía que parece salida de cuento y materia para cuento. Quien fuese, alabémosle por la ocurrencia, por la bizarría de pensarlo y por la intrepidez en hacerlo. A ese inventor se le dan las gracias por cada uno de los barrios recorridos, por los cuadriláteros igualmente soleados y libres de vejestorios, de fealdad y de confusión.

La ciudad es toda ella despejo, liberalidad y gozo, es un organismo urbano decidido y logrado, en la pureza y la certidumbre de su geometría y en su voluntad puesta al servicio del habitante para resolver sus problemas, y en consecuencia para hacerlo ciudadano feliz. En avenidas, en plazas, en parques, en cada detalle, hay una humanidad visible que se muestra bajo la forma de vialidad y en el doble sentido de la palabra: conducir y llevar al transeúnte, para llevarlo con ánimo dichoso. No es ciudad con nudos ciegos de conflictos, con trampas, con mañas, con laberinto; es llana y fácil como una gran criatura franca y honrada.

Y este orden físico del urbanismo, que supone un orden moral idéntico, no significa mediocridad: la uniformidad se salva con la variedad de las moradas. Belo Horizonte me parece un repertorio magnífico de residencias, algo así como una sociabilidad de estilos en la cual la diferenciación resulta regodeo de imaginación, pero no choque, lo mismo que la de los individuos selectos cuando se acuerdan en la convivencia para su alegría y no para su disidencia.

Muchas ciudades crearon o ensayaron en beneficio de Belo Horizonte: Río, Sao Paulo, Lisboa, Porto; España también ha ayudado e Italia, y hasta California. Pero domina lo racial y no se ha hecho aquí un bazar ni un *bric-à-brac*.

Y como dije, no hay modo de recoger tedio en ciudad tan cuajada de jardines, ganada por una euforia botánica, ciudad jardinera, como Niza o San Remo. Los jardines, de espesos, parecen cerámicas vivas y espejean y exhalan tanta frescura que a trechos parece que estuviesen cuajados de pequeños

estanques; y al atardecer da con el viento de las montañas un engaño de lugar costero.

No hay todavía el feo y odioso olor de ciudad: el corazón de la ciudad y los suburbios huelen óptimo y a lo menos bien.

Aquí de veras se previó, se pensó en el trabajo y el recreo, en el descanso, en la asistencia y el auxilio. Los hospitales, las maternidades están “a mano”, como las escuelas, como los clubes, los campos de tenis y las piscinas. La expresión de “cuerpo de ciudad” se viene a la memoria y a la boca a cada momento. Cuando decimos “cuerpo urbano” indicamos un haz de órganos anchos y sutiles, fuertes y delicados: la edificación, que serían los huesos; la locomoción, que se parece a lo muscular; la red de los nervios, que corresponde a la sensibilidad civil y a la íntima de los habitantes.

¿Por qué no había de nacer una ciudad, a estas alturas del tiempo, así completa, según nacen los niños, cabales y con solo meses de vida?

Es un lindo nacimiento futurista y atrevido, pero no es una aventura, pues aquí no se corrió ningún azar. Los griegos pensarían en cosa semejante al contar la fábula de su Minerva, saliendo armada de la cabezota de Júpiter.

Algo muy novedoso ha de resultar de la mixtura de Belo Horizonte: la raza vieja y fina asentada y alojada sobre el ajedrez brillante de las avenidas mozas.

Mis diez días lo he vivido felicísimos, con niños, muchachos, maestros y colegas de mis tres oficios. Me habían contado a Minas como una gran esquivia que al extraño le deja ver el flanco y no el rostro, y que se guarda la intimidad lo mismo que el topacio y que el aguamarina, pecho adentro para que el corazón lo halle solo quien lo merezca. Esta Minas de la estampa clásica me ha fallado, para mi bien. Ella ha sido para mí precisamente su opuesto: me ha dado la honra de su confianza y el



regalo de su cariño. Y mi mayor flaqueza de chilena y de mujer tal vez sea esta: busco la familiaridad inmediata, quiero la buena fe; pido, como todos los errantes, la casa tibia en que entrar, pues llevo años de ruta helada y de viento y polvo en el rostro. Gracias, pues, a cada niño que me dijo, sin más, “Gabriela”, y a cada maestra que vio su oficio en mis gestos.

La ciudad moza debía tener escuelas sin ranciedad ni hepatismo colonial. He visto las masas escolares gobernadas por un secretario de Educación que vale por la ciudad ejemplar y regidas por maestras magníficas para la hora que viven. El patriotismo brasileiro, que no grita sino que canta, que no mira con ojos feroces para amedrentar; la pasión patria de los brasileiros, que repugna el énfasis, y es toda ella una dignidad austera; el nacionalismo cristiano de Brasil, fuego blanco y sereno sin contorsión satánica, todo esto lo he visto y gozado en las escuelas mineras durante estos días.

Petrópolis tiene en primer lugar su derramamiento de colinas, danza desordenada que por tal parece de mujeres, y de mujeres felices.

Después de ellas, que bastaban para dar a la ciudad una fiesta perpetua, sin estaciones, es decir, sin despojo, Petrópolis tiene sus jardines, tantos que no hay quien los cuente, grandes percales coloreados, cada uno lindo a su manera, muchos ejemplares, varios indecibles.

Yo quiero contar cuatro de ellos, pero comienzo con uno de Independencia, porque de tenerlo todo el verano frente a mí, casi es mío.

Es un jardín de brasileros de dos edades: Luis Fossati quiere mucho construir casas con la arcilla de Brasil, ya parece el asociado de ella; su mujer, a quien llamaremos “Doña María Llena de Gracia”, y su hija Laura, crecida aquí como una yabuticaba del lugar. Con lo cual este jardín vive vigilado por ojos expertos y ojos nuevos, y fue hecho por un gusto maduro y uno adolescente, y complace a niños y viejos.

Hace tres años lo tengo delante; lo ando sin moverme de mi terraza, me lo sé casi como a mis ropas; puedo andar lo con los ojos cerrados.

Y él no da más alegría a sus dueños que a mí; pero aunque lo sé perfecto, envidia no me da, codicia tampoco; consuelo y dulzura, esto sí.

117 Publicado en los diarios *El Tiempo*, de Colombia, el 4 de enero de 1945, y *El Mercurio*, de Santiago, el 9 de febrero de ese año. (N. de los Eds.).

La casa confortable, que bajo otros dueños hubiese sido la piedra central y autoritaria de la granja, aquí no se lleva la palma. No es la sabida “casa con jardín”: es un jardín que domina el espacio y vuelve la casa subalterna suya.

El arquitecto y autor tiene entre sus sabidurías la de crear puertas clásicas, puertas próceres. Quien pasa nuestra ruta, hasta peones y ovejeros, se para a mirar ese portón ancho que en los días de lluvia torrencial estira un alero cristianísimo y convida con un poyo, y hasta guiña con un farol florentino. A nadie deja pasar de largo esa puerta.

El forastero así invitado entra y cruza el jardín por una avenida que sorprende el paso por las piedras tajadas en bloques rústicos.

No seguimos hacia la casa, la dejamos de lado. Doña María apenas si vive allá adentro; ella está en pie a las seis y trajina hasta que la espada del mediodía la fuerza a entrar. En mermando el sol, ella vuelve a salir y sosegará solo a la noche. Entonces se sienta, igual que sus vírgenes italianas, bajo el chorro de la Vía Láctea que cae sobre nosotras en el sabido reguero de la nodriza Juno.

A los pinos alabarderos que acompañan la avenida, yo los he visto crecer como a los niños del lugar, asustada de que los muy lentos, aún ellos, se apuren bajo el sol del Brasil.

Las filas de pinos graves corren entreveradas por matas de azaleas, que durante tres meses los acicatearon con su punzada solferina; y para mayor gloria de la avenida, paralela a la falange conífera, crece otra de los eucaliptos amigos de nuestro aliento. Y detrás de éstos sigue todavía un límite de ficus que ayer no más eran ramillas y ya son muros, ¡fecundidad de tierra que me asusta todos los días!

Yo doblé a la izquierda, porque allí tengo mis amores. Y estos son una laguna antigeométrica, que no quiso ser estanque y

en medio de la cual el arquitecto, jugando con las maderas de Brasil, inventó la Casita del Pescador y quiso rodearla de un agua beata que doble el silencio.

La laguna vive regaloneada por un cerco de plumas, no de camelias ni de jazmines del Cabo, sino de meras plumas, mitad caídas, mitad en vuelo. De junio a julio las muy altas florecen, lanzas sus penachos, se cimbran al viento, haciendo genuflexiones, y si la noche es de luna, crean un semicírculo de fantasmas. Y en ese jardín nocturno resbala entonces de lindo a alucinatorio: deja de ser el jardín Fossati, deja de estar en Independencia, y se vuelve una fantasmagoría entre cielo y tierra, pero sin dar espanto.

A nadie se le ocurrió antes honrar así a la planta pajiza de plumero asiático, tan común como cualquier carrizo y tan “buena pobre” que no cuesta nada.

En estas noches de “luar” y de plumones maduros, que van del blanco al candiel, la granja Fossati parece estar debajo de una divina molienda. El molino no se ve, pero mascó mucho y avienta más, hasta que se va la luna, vieja embaucadora de los hombres.

La laguna tiene dos costados, lo mismo que nosotros; las plumas le ablandan y le crecen uno, pero al otro replica contra tanta seda soltada al aire, por puro devaneo. Este flanco es de magueyes, de aquellos mismos magueyes azulados, casi parientes míos, pues dan sus visos muarés a la meseta del Anáhuac donde viví.

Las cactáceas prosperan honradísimas en las plazas y jardines petropolitanos. Es un auge que arranca de la novedad y del contraste. En estos quiebros de la Sierra de los Órganos, que como la boca de Adán exhala un vaho constante, la tribu entera de los cactus prospera, gracias a la humedad, y pasa de penitente a eufórica. Las especies preferidas del jardín son la pita y el cactus de orla amarilla.

Sesgando su ojo dorado como el gallo, la laguna mira por encima de los magüeyes hacia una pineda en ciernes, mixta de cedro, de pinos de Alepo y de casuarinas, la cual ya da sombra, pero está solo a comienzos de su hondura y de su olor. Y, a su vez, la pineda de cinco años mira, por encima del hombro y con el desdén de los perros de raza, crecer vecina a ella en la misma tajada de suelo, un huerto frutal que la escandaliza con durazneros, higueras, caquis, limas y hasta maracuyás. A unos pasos hay algo más escandaloso aún para las pináceas linajudas: el cuadro doméstico e infaltable de las legumbres. “Los señores no dependen del mercado, sus tres yantares están dentro de la casa misma”. (Este decir era medieval; ahora los patrones desventurados lo tienen todo puertas afuera).

Por detrás de la Casita del Pescador corre un estero o bracito de río. El agua estancada da poco gusto, y doña María —llena de gracias— quiso tener el agua corredora, el agua huida de las manos de Dios. Y este gusto se lo dieron, y más que eso, pues donde la granja llega a campo raso, el marido halló para ella una cascada, verídica, no de engañifa, que se despeña en blancos nupciales hacia la Bajada Fluminense, atraída por el mar que pide su sorbo, con manoteos de olas.

Corre el estero entre los planos oblicuos de un canal pulido y va asustado de sus piedras civiles, y de llevar nombre de granja y no ser más rural.

El estero pasa asistido de sauces llorones —con duelo corto, pues no son viejos— y los plañideros me recuerdan el campo de Chile y su turno de álamos y sauces. Ellas son las únicas melancolías de este jardín no elegíaco, que sonrío donde no río a risa plena.

El amo, sabio en combinaciones, neutraliza el duelo de los sauces enfrentándoles una línea de naranjos de caña, o sea, del segundo numen del país. Yo no sé por qué causa al Brasil le citan solo uno de ellos: el café, cuando él posee una trimurti botánica: la caña, el café y el naranjo.

El estero civil alimenta de sí los bebederos de venados y de aves. Porque esta granja petropolitana no cría vacas con temor de estropear sus pastos, pero quiere tener venados, y el alma suele andar entre ellos, uno de cada lado, convertida en Diana sin cacería, mera criadora de lindas bestias.

Ahora el jardín se me dispara otra vez, proyectado hacia México, a causa de la venadería. Espantadizos y menudillos, los cervatos escapan y los pierdo en un pestaño.

Y aquí me para en seco el encuentro de un cinamomo, ¡ay!, no visto desde Vicuña, hace cuarenta años, el árbol muy bíblico y muy sensual. Sulamita doble, austero en la ceniza de la hojazón y pecador en la fragancia superlativa, sin que yo lo sospechase, estaba allí, perdido entre los árboles sin historia y anónimo para todos, menos para doña María, la sabedora de su laberinto floral. ¡Qué salto de su Palestina a Petrópolis, y qué aventura no padecer con el trueque!

Y a todo esto, no he dicho nada del pectoral derecho del jardín. Está vacío y sus gredas rojean al sol, aguardando la grama que no apura, pues a ella le bastan dos semanas para brotar y cundir. Cuando los mil árboles ya tan altos y el jardín se confunden en el hervor vegetal de las colinas, entonces la vista de los tres castellanos querrá aliviarse, descansando sobre el paño cuadrado de la *pelouse*. Para ese día quedó allí desnudo y vacante el pectoral derecho de la granja.

Digo “desnudo” solo en el centro, porque hacia arriba la grama rematará en una procesión de mimosas, y ambas cantarán en primavera el verde amarillo de todo jardín nacional. Y aquí mi jardín petropolitano me lanza hacia Niza, donde la mimosa florece tanto como para dorar en el mayo próximo a toda la Francia recobrada.

Naturalmente, la granja remata como toda parcela petropolitana en unas colinas blandas y fraudulentas, que engañan con sus cuerpos de lana verde, pero que apenas hurgadas

descubren su cantera de granito azuloso. De estas salieron las piedras esparcidas en bancos, en pilastras y en poyos por el jardín.

Yo oí durante meses los picos musicales de treinta canteros penar sobre la colina granítica. De una parte estallaba la carcajada burlona de los gansos; de la otra subía el trueno de los rompedores de piedra. Y la colina socarrona lanzaba ambos estruendos hacia el morro de enfrente, por cuidar el sueño de su ama y por darme a mí, *saudadosa*, el tumbo de un rodado cordillerano.

Ahora la piedra vencida está allí, en la horizontalidad de su descanso, después de la pelea. Y dentro de ella, que de rasa que era paró en ahuecada, hay ahora el agua recoleta de una piscina que hace el usufructo inocente de la cantera herida, y mira con unos ojos de cordera, sin saber que su madre fue despedazada.

No se vaya a creer que este jardín, salido de cabeza ingeniera, se resuelva en una criatura áridamente lineal, como ciertos parques, oficiales o de casas esnobs. Conté que dos edades, es decir, dos ánimos, mandan sobre la granja: el hombre midió y dispuso; la mujer vigila y conserva, y la niña adereza y pone primor. No, no, nada de verdes calvicies ni de peluquerías jardineras; un legítimo parque brasileiro no puede aceptar sequedades ni prados lampiños.

Estos limos, sin más que lluvia y sol, se ponen a rebrotar y a cundir, haciendo una burla desfachatada de los recortes y podas inglesas; ellos resucitan en días las plantas eliminadas y hasta echan afuera otras matas nunca vistas ni sembradas; el humus tropical hace de las suyas: nada más voluntarioso que él. Cuando se quiere “meterlo en cintura”, él se ríe y cuando parece que está dominado, asoma su crespa rebelión por todos los cantos del huerto. Entonces no queda más que aceptarlo. Como el dios Shiva, con lo cual toda posibilidad de geometrías y rigores queda liquidada.

Los Fossati quisieron tener pineda, naranjal y masas de azaleas; pero también plantaron muchas personas florales, sueltas, todas ellas ejemplares óptimos de sus dos floras: la tropical y la mediterránea. Y han esparcido, tirados al azar, varios ejemplares fantasistas. Hay la “planta piedra” [o “piedra viva”, género *Lithops*], con sus hojas de palmas partidas por humorada; hay un arbolillo de nombre indio, e impronunciable, cuya copa parece un enjambre posado de insectos; hay un cactus que vale por la princesa de la noche [*Epiphyllum oxypetalum*], en su florecer y su morir fulminantes; y está por todas partes la pasión de la caña de ámbar, rodando el agua y asaeteando el jardín de su olor superlativo.

Un jardín no se resuelve solo en la plantación organizada de flores y árboles de ornato que muchos creen; él debe cuidar de otras cosas: un combinador lo piensa en cuanto a juego de colores; su dueño mujer cuida de que tenga constancia de aromas, y los niños le piden la posibilidad de escondites y carreras. Un jardín cabal nace de estos deseos y voluntades, y vive para cumplirlos de estación a estación.

El pinar denso asegura al jardín Fossati el fondo verde renegrido que a más grande, mejor es; y el naranjal, sin muerte alguna, ayuda a lo mismo; las mimosas aseguran por sí solas la transfiguración septembrina de oro total, y los muros trepados de rosas se encargan de que no falten el rosado cromo y las blancuras marianas de diciembre.

En cuanto a los buenos olores, ellos subirán de toda la muchedumbre vegetal y de la tierra misma empapada de riego y de “russos”. La Petrópolis serrana, barrida a lo menos por tres vientos, huele bien, huele a mujer limpia; pero en primavera parece abrir un arca y echar afuera todas las hierbas de olor, a fin de que la ciudad guarde su fama de diosa Flora y haga subir a todas las gentes. A la ciudad femenina si las hay, ciudad mujer, le gusta la alabanza de los forasteros como a cualquier buenamoza.



Ya es tiempo de terminar; pero un relato de jardín no debe acabarse sin contar a sus jardineros. Son dos los de todo el año, uno brasilero, otro italiano asimilado; se llaman con nombres muy raciales, José Antonio Barbosa y Antonio Chandré. Cuando llego y cuando parto los veo delante tostados, fornidos y aliñados. Y no me dicen palabra sobre la maravilla que logran, no me cuentan su guerrilla con la tierra veleidosa y con el sol de ascuas. Sonríen desde sus ojos, sus arrugas y el brillo del sudor. Ellos no cuentan ni se cuentan como nosotros los escritores, pobre gente de parlería, y cuando les pido el nombre, creen cualquier cosa, menos que voy a ponerlos en mi escritura como la rúbrica del jardín.

Tienen la alegría que dan los patronos cuando no berrean y no hostigan, sino que guardan en el trato la blanca miga patriarcal. La felicidad mía se llamó tal fecha; la de ellos “costumbre” a secas, es decir, “siempre”.

Los miro desde mi casa, destapando tomas de agua, aseando el palomar, pasando las avenidas en cruz o acudiendo al griterío de los gansos, que llaman a rebato como por un incendio. Los oigo silbarse uno al otro de canto a canto de la granja y veo su silbo cortar el aire en un rasgón de la siesta parada.

Ahí están ahora con sus brazos caídos, como si nada hiciesen nunca. Y si yo no fuese una mera “habladora”, sino un pintor los dibujaría así, en esta ficción de quietud, pero haciendo saltar de sus brazos entreabiertos las tres avenidas, en cintajos verdes, y soltando el abanico del riego desde sus pies juntos, que mienten del descanso; y recogería el contorno de la talla usando el sol del mediodía por compás y regalándoles a todo mi gusto la aureola de cuerpo entero que vi en algún santo luso.

Me los conozco desde el día en que nací entre una viña y una montaña; son los mismos de Elqui, los mismos de Michoacán y los de la Campania: hortelanos, jardineros, peones de riego.

Los llaman en los libros la “sal de la tierra” y no son solo su abono o su cuidado, sino “El hombre que anda” de nuestro poeta Ried, el pino más bello y mejor de la tierra.

Entre los gremios que yo cargo, tal vez el suyo es el primero, aunque no se sepa, y en él me he de acabar sobre algún país verde en el que pare mi vagabundaje.

BAUTIZO DEL AVIÓN “MAGALLANES”  
EN RÍO DE JANEIRO<sup>118</sup>

La Compañía Nacional de Navegación Brasileira adquirió este avión color aurora, ni grande ni pequeño, suficiente como el cuerpo en la adolescencia. La compañía responde así a la campaña aeronáutica que lanzó el patriotismo, mágico por creador, de Assis de Chateaubriand. Salgado Filho, primer vigía del aire brasileiro, ha querido ceder al luso mayor esta cifra 48-B de sus cuadrillas voladoras. Y nosotros estamos aquí para ver bautizar el último hijo de Santos Dumont. El bautismo tiene siempre sentido: es entregar algo a su elemento esencial. Y yo pienso en la madre del buen Fernão, y en su trance de ver el agua bautismal empapando a su niño maravilloso. ¡Qué lindo es ver bautizar niño, tierra o máquina!

Nunca me parecieron más vanas las palabras para contar y alabar a alguien. El argonauta mayor se incorporó de tal manera al planeta, que su elogio sobra y da vergüenza ensayarlo. El hombre Magallanes es la intemperie pura y una lonja entera de la pelambre terrestre. Nuestro padre íbero dominó a lo menos tres de los “cuatro elementos” que decía el griego: aire, tierra y agua. ¡Cómo se van a necesitar panegíricos para un varón hincado en el planeta como integrante de ella misma!

Pero así y todo, podemos a la orilla del mar que fue suyo, con el olor y el tumbo marino en los sentidos, honrar a Magallanes, recrear al padrino invisible de avión *Magallanes*.

Así era aproximadamente el albatros de Portugal, en su estampa más popular que corre el mundo: un gorro medio vasco, que asegura contra la manotada del viento, pero que esconde algo de la frente espaciosa. Siguen unas cejas viriles por espe-

118 Publicado en la *Revista de América*, Colombia, de julio de 1945. (N. de los Eds.).

sas, las cuales vuelven más austeros los ojos, que son la mejor pieza del rostro. Prudentes y bondadosos, ellos miran con la melancolía que da el mar, emporio de saudades. La nariz es gruesa y común, más de campesino que de linajudo. Hay unas orejas menudas que, según los fisonomistas, corresponderían en el varón a un natural delicado. La boca no es voluntariosa, a fuerza de ser benévola. Una barba ancha y sombría repite la austeridad de las cejas. La estampa no da mucho tronco, pero alcanza al pecho de marino, bastante ancho para la bocanada salobre.

Donde se toque su cuerpo, él tiene sal en los cabellos y sal en las botas. En las arrugas precoces de la frente se le pueden contar los golpes de fortuna y los temporales; en el andar de cojo, él se parece al albatros estropeado, pero corre por su voz el hilillo de acero del comando, pues todo lo recuerdan como hombre de órdenes.

Las cualidades de marino serán tan bellas como las dichas; él puede asegurar que se conoce el *métier* como su alfabeto, sin saltarse una letra. Sabe del organismo de un barco tanto como su armador; de velas, entiende en las nuevas y en las remendadas; maneja el gobernalle como su propia alma; ha vivido el mar casi doce años; le ha probado sus caprichos de vieja Venus Astarté y ha sufrido el navegar entre dos traiciones conjuntas: la de la marejada y la de los Judas náuticos, sentados a su mesa de capitán general.

En cuanto al hombre íntimo, Magallanes resulta mejor aún de ver y de contar. El maestro de oficio poseyó sabiduría náutica; pero el maestro de vida alcanzó también la subida categoría moral de un hombre clásico o renacentista. Su alma no aparece mostrenca de ninguna virtud de las que Aristóteles quería para el varón pagano; pero además tiene en pleno las virtudes que mandó la cristiandad a los caballeros de Jesucristo. La ambición de Magallanes no se descarría hacia la codicia; él es corajudo y no insensato, y su dignidad no se trepaba hasta la soberbia. Documentos y decires lo dejan ver melancólico sin acidia,

el trato con dos cortes lo muestra como un ser lúcido respecto de sí mismo, que se atribuye méritos, pero conoce sus límites.

Relatar este hombre a los niños íberos es acercarle varios hombres bajo el rostro de un solo: Ulises está en él, pero sin la Circe y la fanfarronería; y está Marco Polo, con la brazada de hazañas, pero ayuno de logro; y está el viejo Galileo en su turno de audaz y de prudente. Y está en él lo mejor de Colón: colombina parece la batalla contra los sabihondos oficiales y la santa obsesión de explorar; pero él no se volverá negrero, ni calculará la cifra del oro negro para la reconquista de Jerusalén.

Todos sus biógrafos lo llamarán “desgraciado”, y tienen razón en el sentido de que fue herido en el eje mismo del hombre espiritual, que es la perfección. Es allí, en la santa entraña vocacional, donde Magallanes sería befo. Menos lo humilló la Corte dándole una pensión de pescador que era en él no creer en su capacidad para hallar la ruta de las Indias. La lla de la que vive muriéndose es la de su intuición y su técnica desperdiciadas. Todo el resto, miserias de alojamiento, y de yantar, cicatrices y cojera traídas del África, son el “menos” que solo contornea al “más”.

Lo va a tener quien le dé los barcos; va a ser fiel quien le entregue no una bolsa de dinero, sino los cinco veleros para ir lejos.

Parece un “embruado”; para cualquier médico sería un poseo. Era el hombre del derrotero increíble y el del secreto metido en las entrañas: él y el astrónomo Falero se habían dado y recibido juramento respecto de sus planes, sagrados para ellos como una Thora. En conspiraciones, a veces, otras en heterodoxos de una secta perseguida, en un clima dable de realismo y de sobrenaturalismo, los dos conversan y protestan, el sabio cortesano contra la Corte ignorantona y el soldado de la India contra los intrigantes que mandan calumnias desde los cantos del imperio.

La Corte portuguesa rompió al fin las amarras del barco vivo que se llamaba Magallanes y lo echó hacia el mar libre. La libertad es tan buena que acaba por salvar siempre y el portugués había sido fiel hasta donde es dable serlo sin asfixiar el propio destino.

Fernão el bueno se fue, camino de España, a golpear la puerta ajena, a contar a los extraños su diálogo con las esferas y las cartas geográficas, a ofrecer su ciencia —la más alta de su época— como si ella fuera un saco de especias, a doblar los alegatos y a contarse a sí mismo, con vergüenza, pues casi nadie lo conoce, pasadas las fronteras.

El rótulo de su nacionalidad ya no va sobre él, pero la raza, cosa más tónica, le acompañará como su cuerpo. Portugueses serán los sentidos con que hurgará el mundo hasta que se muera; lusitano será, casándose con mujer de sangre suya; y aunque lo haya repudiado su rey, él embarcará consigo a un montón de portugueses, para que la lengua lo acompañe por el mar, que da un olvido sobrado de todas las cosas.

Hay que gritar ¡aleluya! por Iberia y la latinidad. Era preciso que la “jefatura” de Magallanes tuviese fin, por eso que llaman razón y por lo que llaman fantasía también.

Razón y fantasía hay en Juan de Aranda y Cristóbal de Haro, y la gente de la Casa de Contratación, al aceptar, unos al técnico, otros al intuitivo.

Él va a ganar la partida, la suya, la de España, la de Roma, en lucha con el islam y de los mercaderes de especias.

Pero una olimpiada de tal rango nunca se pagó con moneda menor que la muerte. El amo del mar sacrificará a la victoria lo que todos sabemos: la patria, el amor recién cortado en la mujer joven y la alegría de ver crecer dos hijos. Y por último, pagará su triunfo con una muerte fea y grotesca. “Todo sea por la gloria de Dios y la honra de los hombres”, habrá dicho

tal vez al morir, picado como un pájaro tropical por las flechas indias de Mañtán.

Allí aparecería, sobre las carabelas salvas, cubriendo el escarnio de esa muerte, una figura simple y poderosa como la divinidad, la esfera completa íntegra al fin, más bella de ver que Eva, por su eternidad y porque apaciguaría el corazón insaciable de espacio que es el de los hombres. El petrel del mar no cayó hasta haber entregado la prueba absoluta, el documento consumado sobre nuestra patria terrestre.

Chile dio el nombre de Magallanes a la franja chilena de su hazaña, como quien devuelve sus derechos al voceador de aquellas postrimerías australes. En una extensión que es la de un pequeño país europeo, o sea, en la Patagonia nuestra, llevan sobre sí la gracia de su apelativo y le pertenecen, por lo tanto, desde el pastel dulce en que sus marineros se tendieron felices de ver y tocar hierba, hasta la población cosmopolita de Punta Arenas. Y suya es la oveja que en el mercado inglés se llama “patagónica”, y suyo es el lobo de dos pelos y la nutria sombría. Y hasta en los poemas que hacemos allá, en la pradera volteada de viento, llevan sobre su bulto de aire la marca del luso mayor.

No hemos pretendido honrar a Magallanes, sino solo paladear su nombre como un vino generoso, y darnos coraje para vivir estos días tremendos. Y nos acordamos de él más fuertemente ahora, porque los pueblos de su ruta y los dos mares de su gesta se hallan amagados por máquinas de muerte. Repetir su nombre quiere decir que la Guanabara de su desembarque vive alerta hoy como vivió siempre el ojo del luso, porque ha caído sobre el mundo otro mahometanismo salvaje a enfrentarse con una cristiandad depurada en dos mil años y porque otra vez la vieja tierra ha oído la promesa insensata “de un paraíso carnal a la sombra de las espadas”.

Pueda Magallanes recibir con gozo estas alas parientes de sus velas, este leño ardiente y este acero enjuto de su avión, ya que

sus carabelas no tenían mucho más grosura de materia, pues todo era en ellas espíritu, lo mismo que en el avión del Brasil.



Vine a celebrar con vosotros, mineros, mi fiesta nacional. Los chilenos también somos una mixtura de mina y agro, una buena alianza de Vulcano y Proserpina. Nuestros hombres viven en sus mismas 24 horas su sol y su viudez de sol, y el almuerzo en el socavón, y nuestras mujeres se casan según las vuestras, con marido que la mina les devora, al igual que la ballena bíblica para devolvérselos a veces al fin de semana. La mina es buena, por ser rigurosa y nunca dejará de ser óptima para fundidora de hombres. Y en el radio de la mina misteriosa nacerán aquí Tiradentes, el santo, y Alejandinho, el empecinado, y allá en Chile, el eterno Juan Godoy, que dio de comer a media chilena. Vuestra huésped es hija de mina también y os saluda como a gente que hubiese visto desde niña, y como criatura que no se asusta al bajar al hondón del metal.

Estoy viviendo con vosotros vuestro trance de honra y de dolor, “mano a mano” como dice el campesino español.

Dos años gocé las suavidades del convivio brasileiro, que bien podría llamarse la égloga virgiliana de la América íbera. Creo que la supe disfrutar bien en la naturaleza, en la costumbre y en la ternura de su poesía. Pero solo conocía el Brasil pacífico que se siente entre los dedos, igual que el humus de un jardín, un país liberado de la aflicción y exento como la carne del niño de la tragedia y sus anchas cicatrices.

De pronto el *maeström* de los mares europeos ha hecho un viraje hacia el honrado mar vuestro, hacia las nobles aguas territoriales de Brasil, garantidas no solo por el derecho, sino por el simple sentido común.

119 Texto, presumiblemente de 1943, transcrito de un manuscrito hallado en el Legado Gabriela Mistral. (N. de los Eds.).

Y de golpe yo he visto un pueblo nuevo como una isla que se levantara del mar raso. La nación confiada que trabajaba con los ojos puestos en la barra del metal o en la casa del cemento parece haber corrido el norte y el sur en dirección al noreste. Y haber llegado allí a quedarse en vela, formando un friso de brazos extendidos mirando a sus olas y palpando hasta el aire entre sus dedos. El pueblo cuya mirada alabé alguna vez en cuanto a la más humana de este mundo, cobró en días un brillo enjuto, parecido al de las gemas mineras y por una amantista sombría pasan unas luces claras, once chispas ardientes con sus once barcos de ahogados.

Brillan esos ojos ahora más que nunca brillaron como si las víctimas ardiesen dentro de ellos en una inmediata resurrección de los muertos. Nos miran desde nuestras pupilas los soldados costeros que tragarón la dura salmuera, las fuertes mujeres nordestinas con el flanco lleno de arenas y los niños sin culpa. Tal vez la propia tierra brasilera sepa ojeando desde sus planos altos, que la masa de sus frutos cortados están allí hacia el noreste en el fondo del mar; sus cafés de ambrosía, sus bananas mejores que el cereal para nutrir gentes; su caucho tan necesario como la ruta misma y uno por uno, los aceites que dan las plantas esenciales. De este modo la tierra brasilera fue ofendida junto a sus hombres según se cuenta los viejos mitos.

Desde que esto ocurrió en días que ninguno olvida, Brasil entero es una enorme criatura alerta, un gran ser geológico, interesado como la onza<sup>120</sup> por la lengüeteada del fuego. Y ese noreste, donde todos tienen su alma a estas horas, es el miembro extremo de la América del Sur, el hombro por donde el continente puede dar alivio al cansado y herido. Así es que vosotros, los vigilantes, estáis velando por los demás: por los médanos uruguayos, blancos de niños; por los molinos del

120 Gabriela Mistral lo pone como el jaguar brasilero, aunque es un felino americano, presente también en Venezuela y confundido en México por los primeros españoles con el ocelote. (N. de los Eds.).

Paraná, pan de muchas tierras; por los huertos de Chile; por la sierra peruana, dorada de gente quechua; por la masa de apátridas que Brasil recibió a lo cristiano y velando por cada extranjero; también por mí, hasta por mí.

Los pueblos de cólera impenitente, que comen, hablan y duermen mascando o resollando violencia, cuando desenrollan banderas y desfilan aullando motes de guerra, nos sacuden con menos asombro; esa es su costumbre rancia, su trabajo y su recreo, su mesa y su yunque, su ayer y su mañana.

Pero cuando el pueblo más pacífico que visto al sol tira el hacha, guarda la garlopa, para el trapiche y saca de su barca portuguesa en una sola manotada la bandera cereal y el fusil, y baja a sus costas al llamado de su primer jefe, entonces los extraños que os vimos pasar en horas de la paz absoluta a la guerra súbita, sabemos que Brasil tenía la sangre pronto como el agua de la presa y que ella se despeñó a la hora precisa según la presa fiel. Porque Brasil es plenitud y estar maduro de alma y de cuerpo será siempre estar pronto.

No puedo yo pensar a mi país solo y verlo como una rama delgada, porque no está suelta del tronco brasilero ninguna rama del Pacífico y ninguna de ellas quedaría gallardeando en alto si fuese herido el árbol Brasil, que a todos nos afirma y nos sombrea con su alzada, y a todos nos da provecho y gozo con su bulto solar y fermental.

Este país, tan grande como hecho por la imaginación, es para algunos un absurdo; para otros, un azar; para los más, una política feliz. Pero, ¿y si no fuese ni lo uno ni lo otro, si Brasil fuese un designio, si fuera un plan divino, una gracia, parte acordado, un mérito único, a una virtud de un par?

Las naciones del mundo generalmente viven con la finalidad de sí mismas y para la razón enteca de ser la dignificadora de una raza, la suya, y ninguna más. Pero Brasil no cría una, sino a lo menos tres con su leche de junio, es decir, con la Vía

Láctea de sus riquezas. Vuestra raza no nació angosta de alma ni regateadora del regazo. Ella ha usado la espiritualidad, en la misma medida en que Dios la hizo, y al admirar su territorio, comprendió de golpe que su advocación debía ser la de aceptadora de toda carne. El Brasil da y reparte sin miedo su ración de espacio, su escalera de meridianos y su anchura de paralelos; él ignora la avaricia senil de la pobre Europa, que en pobre va parándola muy rica.

Si la historia individual y la otra están hechas desde siempre como lo quería Calvino, la Providencia habrá hecho Brasil desde toda la eternidad para un menester de reivindicaciones de dos razas negadas o perseguidas. Para semejante encargo, el repartidor le dio tal vez el sobrehaz desbridado y el repertorio de climas y la fantasía de frutos. No por casualidad ni por fortuna ciega existió el imperio geográfico de Brasil, que pasma al ojeador de mapas y al trotador de mundos.

En tal caso qué superrazón y qué ultralegitimidad existen en que esta criatura de misión, esta inmensa persona terrestre no deba ser jamás dividida, ¿y nunca reciba daño ni en el mínimo de sus miembros! No hay por lo tanto servicio ni sacrificio excesivos para defender una patria como la vuestra. La intangibilidad de Brasil corresponde a un destino y a una faena que él cumple cada día como el buen alfarero, mezclando aquí el Jafet con el Sem puesto en tela de juicio, y a ambos con el hombre de África, color de dátil y marcado, es cierto, por la intemperancia de su sol original.

Casi todas las demás patrias se han rehusado a la industria agria de recibir pagañas y manipularlas por obtener cristiandades, y de coger a puñados los tipos opuestos y coger otro nuevo: el hombre brasilero, acarreado de los cuatros cantos del mundo.

Quienes sacaron el cuerpo a esta épica física y espiritual, es decir, los prerracistas europeos y sus hijos los racistas criollos, no hieran, no dañen al Brasil alfarero de sangres y al Bra-

sil demiurgo. La voluntad de Dios, y nada menos que ella, ha querido que exista un cuarto de planeta que sea cobijador del género humano.

Si hubiese que buscar a los tropicales genuinos de este Brasil tan poco tórrido en maneras de escritura y de vida, tal vez nombraríamos a Jorge Amado o a Jorge de Lima, el uno pagano por natural y gustos; el otro pagano *malgré soi*,<sup>122</sup> porque hay pocas almas como la suya, abocadas, decididas, empecinadas en volverse el cristiano puro y vertical. ¿Pero qué se hace, Dios mío, cuando se ama la tierra de tal modo que no es dable rehusarse a recibirle el exceso de soles, de especierías?

No se puede hablar de Jorge de Lima sin contar su alegría. La melancolía portuguesa se evaporó sobre una carne tan solar. No se lamenta, no se duele, no se acidula de nada, por más de que en su poesía haya tanta disidencia con los tiempos que vivimos, grandes en el horror y menuditos en excelencias y virtudes. La leticia ha de venirle derechamente de su salud sin quiebro, de su constante descubrir en arte y en vida, de su cristianismo que nada tiene de confinado ni canijo y menos de fragelatorio; de la mujer buena y del guion de hijos. De todo eso se forma el mediodía glorioso de la poesía suya. Y en este punto quien informa quiere quebrar un error: es fácil que el lector de *Anunciação e encontro de Mira-Celi*,<sup>123</sup> piense en un predicador enfurruñado, más Ezequiel que Isaías. Por algún secreto de su constitución espiritual De Lima ha logrado lo que Agustín quería: el aborrecimiento de la culpa sin que ello le reste un amor pasión del pecador. Por más de que a ratos parezca un hijo más de León Bloy, el escocedor, y a trechos su sangre de profetas lo empuje a la conminación

121 Jorge de Lima (1893-1953) fue uno de los grandes escritores brasileiros, autor de una docena de libros de poesía, además de novelas y ensayos. *Tempo e eternidade* (Porto Alegre: Livraria do Globo, 1935) fue escrito en colaboración con otro gran poeta brasileiro, con deijos religiosos y cristianos: Murilo Mendes.

122 A pesar de sí mismo.

123 El libro aludido fue escrito en 1943. (N. de los Eds.).

y se acuerde del látigo nazareno, la verdad es que su leño no da, no alcanza para ningún brasa de antracita, ni siquiera de algarrobo nuestro. Su imaginación, la gran gesticulante, ella si hierve...

1943<sup>124</sup>

124 Este texto fue tomado de *Recados para hoy y mañana*. T. I. Luis Vargas Saavedra (Comp.). Santiago: Editorial Sudamericana, 1999. Sin embargo, las notas son nuestras. (N. de los Eds.).

Mario de Andrade tiene una curiosa ciencia de trementinas, de ácidos y febrífugos, y no sé de cuánto más. Tiene de las primeras, porque en la crítica concentra un cedro en una gota, la deja allí exprimida en el papel en no más de una línea a veces y pasa a otra cosa, sin quedar endeudado con el libro porque lo agotó.

Y tiene un don de ácidos porque muchas veces graba creyendo escribir y su aguafuerte también es rápido, lo mismo cuando ama el asunto que cuando lo mal quiere.

Y sus febrífugos los aplica a los calenturientos para bajarles la temperatura y descongestionarlos.

Pero lo que más tiene es el raro don de enseñar hasta respirando, y sin ceño ni ínfulas, ni pegajoserías pedagógicas.

Tanto debe detestar ese oficio magisterial que se ha puesto ahora a pulverizarse a sí mismo, por descansar de sus discípulos que pasan el millar; también por higiene, también por tedio.

Magistral, agudo y honesto Mario de Andrade, a quien Dios guarde para los brasileiros y para los demás.

125 Mário de Andrade (Mário Raul de Moraes Andrade, 1893-1945), aparte de poeta, fue un destacado narrador, cuya novela *Macunaima* (1928) es una de las obras capitales de la literatura brasileira del siglo XX. El 17 de marzo de 1940, escribió un artículo sobre Gabriela Mistral en el diario *O Estado do Sao Paulo*. (N. de los Eds.).



Niños brasileiros dejo el Brasil después de cinco meses de vida entre vosotros: vuestra patria es como la montaña de imán del cuento árabe: dobla el itinerario y deshace el cálculo del viajero. El Brasil toma y retiene con su esplendor físico, con su suave temperamento racial y con su originalidad de parte americana con facciones espirituales propias.

En estos meses de vacaciones casi todos vosotros estáis en el campo o en las playas. Estas palabras de una turista que es una maestra, las leeréis en la arena de Copacabana o los plantíos de tierra adentro, sentados entre las herramientas agrícolas o acostados en la tierra roja del Brasil. Esas arcillas brasileiras tal vez sean vuestro símbolo mejor: la tierra posee entrañas, aquí hasta las plantas tienen no sé qué de Adán o de Eva.

Aunque viváis dos tercios del año en vuestras hermosas ciudades, vosotros, niños brasileiros, soy como yo campesinos y exhaláis la leche de la tierra en vuestra benevolencia y mana una leche de piedad vuestra historia pacífica. Otras razas grandes del mundo: el italiano, el francés, el alemán, el chileno, el mexicano, son válidas por lo mismo de conservar intacta esta leche agraria que a la vez os refresca y conforta.

Os agradezco la fiesta de la Escuela Chile, donde yo vi las primeras danzas indígenas del Brasil, que abrieron mi apetito para buscar las minas de vuestro folclor. Os agradezco el día de la Escuela Antonio Delfino en que me hicisteis esos dos regalos no recibidos en ninguna parte y que cayeron rectamente

126 Cerramos el sexto tomo con este texto del Legado de Gabriela Mistral, publicado en *El Mercurio*, de Santiago, el 8 de junio de 1938. Adelanto de la despedida que no pudo hacer siete años más tarde, cuando partió de Brasil, a recoger el premio Nobel, sin retornar jamás a este país. (N. de los Eds.).

a mi corazón: un álbum de las leyendas de vuestros árboles copiadas por vuestra mano y otro álbum con 20 manojitos de cabellos vuestros. Os agradezco las horas del Instituto de Sao Paulo en que nos cambiamos de la mano a la mano como un juguete la infancia vuestra y la mía, conversando familiarmente. Os agradezco los juegos gimnásticos de la isla de Paquetá, en los que yo os oír reír, silbar, gritar, mimetizando el rumor de vuestros ríos, de vuestra marea y de vuestros animales. Nada extranjero, nada prestado, nada hurtado a la invención ajena: todo brasilero, todo salido de rico ingenio.

En vuestra gracia, en vuestra inteligencia, la linda camaradería que me habéis dado me siento deudora de vuestras maestras, que así os forman: alertas y donairosos.

Niños brasileros, hijos del portugués que dobló la geografía, que inventó arquitectura y dio a Europa una épica noble y una lírica fina, esta palabra de crear es la voz de orden que se oye ahora en cada escuela, cada taller y cada programa vuestros. La he recibido con emoción de boca de los maestros, de los escritores y los músicos brasileros, porque hace muchos años que yo amo la escuela que hace crear, que entrena, que provoca y pone a crear.

Vosotros ya decoráis el muro, la taza y el cuaderno con la palma, la orquídea, la onza, la garza roja y el pájaro mosca, lo mismo que el griego decoró con el acanto, la hiedra, el caballo y el buey.

Vosotros, antes que los niños de mi América española, habéis tenido en *Martim Cereré*, el poema nacional y popular donde las palabras se coagulan para regalar a los niños la cretona de su hazaña nacional y la de su territorio.

Vosotros también antes que nosotros habéis tenido la intrepidez de lanzar al mundo una música criolla de la que saltan las brusquedades y las lentitudes, las lanzadas y las dulzuras de vuestra selva, vuestro sertao y vuestros parques.

Vosotros además creáis sin saberlo, niños del Brasil, una industria que ya no se ama en otras partes del mundo: creáis el convivio cristiano de las razas, en el mismo momento en que la cristiandad se cuarteada o se desfigura en otras partes; creáis el cristiano de América: blanco, amarillo o negro, que no se logró ni en la Palestina, puente de pueblos y que nace aquí, en tierra que no pisaron los pies enjutos o con sangre de nuestro señor Jesucristo.

Vosotros, niños, no os dais cuenta cabal de esta creación brasilera que sale en bocanada sobrenatural de vuestras escuelas y de vuestras iglesias, que vuela sobre vuestras ciudades y que corre por las rutas del Brasil.

Vosotros, niños, creáis y seguiréis creando con gozo. Sois el pueblo menos triste y apesadumbrado entre los iberoamericanos. Rezáis con alegría, criticáis sin acidez; trabajáis, ricos o pobres, con esperanza.

Las razas vitales, es decir, los eternos dueños del mundo, trabajaron así como vosotros en Grecia, o en la Campania o en el Minho.

Yo me llevo en lo más seguro y estable del recuerdo vuestra voz y vuestro idioma, un polen volador que a la vez enardece y ablanda al aire; los llevo en discos de coros que oiré en mi casa de Europa o de América, que oiré siempre, para no perderlos más.

Seguid creando en cada día que os da el tiempo y que os dora la eternidad. Aunque parezca que hacéis solo lo vuestro, con cada golpe de garlopa, de grúa o de timón, trabajáis también por Chile: aviváis nuestros pulsos y dobláis el volumen de nuestra sangre, de ser vosotros una raza que tiene y da la confianza.

Hay una operación escondida dentro del alma americana, según la cual nuestro bien o nuestro mal se redondea con palabras que parecen individuales, pero que sean raciales y que partiendo

del país A o Z de la América, se juntan en una sola frase. Esa frase fue una vez la de independencia política y ahora tal vez sea la de la emancipación moral y económica. En frase hablamos sin saberlo los americanos, y cuando caemos en la discordia el espíritu nos castiga volviéndonos estéril la palabra.

Tal vez Dios nos mira a pesar de la forma brutalmente sólida del continente, como un sistema de corrientes aéreas que juegan a oírse y que no hacen sino enrollarse una a la otra cada vez que es necesario, cada vez que pase un calorfrío de riesgo. Los nombres de nuestros guías, de nuestra *bandeirantes* continentales, se truecan con facilidad, aceptan un equivalencia moral, entran unos en los otros como las cajas sucesivas en que sepultaban al faraón. El cuerpo místico de la América tiene en el bueno de Lincoln, en el óptimo de Bolívar, en el pacífico de O'Higgins, en el sabio de Ruiz Barbosa, en el trágico Tiradentes, capas y capas, defensas y más defensas del santo bulto de la América.

En unos dos meses más yo ya no los miraré ni desde la altura gallarda del estado de Sao Paulo ni desde la llanura del Plata: ya estaré cordillera adentro en el valle de Chile, donde mirar a los ausentes no es divisarles, sino recrearles a puro recuerdo.

Entonces yo os veré y os contaré a mis niños de Chile en vuestra estampa natural: un gran friso de cuerpos blancos y mestizos, que trabaja y juega a la orilla del Atlántico, y que parece no tener más mira y más ansia que la de salir a su costa para hojear el mundo.

Pero la estampa invisible y verdadera es esta otra: la Amazonia mágica os lanza desde adentro la flecha del indio, el llamado a la tierra; la Amazonia os desvía los ojos del mar y los vuelve hacia su inmensidad; la Amazonia os lacea con ráfagas de olor, volviéndose hacia ella; la Amazonia, que es la esencia de América, os habla, os silva, os gime desde ese término verde, desde su sausade profunda, que es la saudade de la América original y eterna.

El friso de la infancia brasilera, el friso marítimo que estoy diciendo oye a la Amazonia y movido por su magia, va poco a poco caminando hacia dentro, más adentro, siempre más allá. Así caminamos todos, hasta encontrarnos, hacia nuestro corazón, que en Chile se llama la cordillera, en la Argentina la pampa, en el Perú la sierra. El mismo friso de infancia se mueve allá y acá hacia su entraña americana y cuando todos hayamos arribado a ella, mejor nos oiremos y nos amaremos en la americanidad cenital, ya conseguida.

Os he querido, os conocí y os seguiré siempre con lealtad, niños del Brasil grande y humano. Tomo prestado la expresión del poeta de Italia Gabriele D'Annunzio para deciros que yo conservo no lo que doy, pero sí lo que pierdo: siempre los tendré conmigo, aunque no os vuelva a ver más.





## CHILE



## I. El Signo ~~Rápido~~ Rápido de la acción.

Algo de rapidiz telúrica ha tenido el desarrollo moderno de Chile. La evolución parece hecha a marchas forzadas, en el sentido de apresuramiento ~~que~~ <sup>que tiene</sup> la buena fragua ~~para~~ <sup>debe</sup> rendir servicio inmediato. El remando mortecino de la Colonia, que desperdició nuestra energía como un agua metida en presas, no iba bien al temperamento de un pueblo dotado de gran ~~gran~~ <sup>primera</sup> costa y convidado por el mar a aventura y comercio.

75  
- 35 -  
RECADO SOBRE LA CHINCHILLA ANDINA

La Nación de Buenos Aires 4,  
de Febrero de 1945.

SU EDAD DE ORO

Antes de su persucución, ella trajinaba por <sup>ciertas</sup> ~~las~~ quebradas <sup>nuestros</sup> del Norte que llamamos valles Elqui, Copiapó, Huasco, y viejos y mozos que la habían visto y cazado hacían sobre ellas chanzas y "ponderaciones".

En el laberinto de los cerros elquinos - montañas mayores y medianitas, rodados y repechos -, la chinchilla corría como un embeleco de la Cordillera madre y la Coya (1) de piedra se dejaba hacer y deshacer de su duendecillo pueril con la impavidez <sup>una</sup> de las diosas asiáticas...  
*parecida a la de*

Mis elquinos no rastreaban a la huidiza con las técnicas de hoy: se la topaban de tarde ~~en~~ tarde y entonces caían sobre ella.

Y aquí acaba la Edad de Oro de la chinchilla coquimbana, cuando ella vivía en su paraíso vertical, ~~intocada~~ <sup>subiendo o bajando</sup> sobre nuestras cabezas, ~~se~~ bajaba sin miedo hasta el nivel de los higuerales y las viñas.

Por eso yo me tengo en la memoria de <sup>la</sup> ~~las~~ manos <sup>mis</sup> un copo ligero, un lomito y una cola que eran "seda" <sup>"pura"</sup> ~~"pura"~~, y como no se me ha ido todavía de <sup>la diestra</sup> ~~los~~ <sup>los</sup> dedos, ella ~~escriben~~ <sup>escribo</sup> sus albricias ...

*El tipo grande* Una llama como es de gracia

La cabezuda desconcierta con las orejas anchas, escandalosamente <sup>gracia</sup> ~~escandaloso~~ miradas sobre bicho tan menudo; la cola le responde con mayor ~~escandalo~~ <sup>que poco</sup> y ambas se llevan la mitad del cuerpecillo ~~de~~ veinte onzas!

La cola es fantasía, pero las orejas, ellas sí son necesidad. <sup>Ella</sup> Su género ~~roedor~~, ~~todo~~ <sup>ella</sup> ~~él~~ vive espiando, porque necesita oír. La chinchilla parece decirse: "A menos <sup>fuertes</sup> ~~fuertes~~, más ver y más sentir". Sin embargo, la <sup>misma</sup> ~~chispa~~ azulencia de la cordillera tiene en torno menos hervor de ruidos que su prima hermana la ardilla, la cual oye en torno el bosque <sup>arbo</sup> ~~tropical~~, claveteando noche y día

#### REGALO SOBRE DON JUAN ANTONIO RÍOS

El hombre de nuestro acuerdo nacional nació en una provincia a la vez famosa y obscura. Famosa lo es Arauco más que otra cualquiera y la miramos como el corazón mismo de la raza. Y es obscura, porque, acabados sus años de epopeya -que mejor llamaríamos de pasión- ella pasó a tercerona en la jerarquía económica del país, se apagó en cuanto a pobre y a desviada de la gran ruta central.

Allí nació don Juan Antonio Ríos y un poeta le envidiaría su infancia espejeante de relatos folklóricos. De esta infancia se cuentan unas austeridades domésticas que lindaron con la pobreza. Millán Iriarte, en su biografía corta y substancial, llama a la familia Ríos "hidalgos campesinos", y eso eran, un rezago de viejos granjeros españoles vueltos criollos pobres. La buena sal de la pobreza dio al niño Juan Antonio lo que ella siempre da: "cierta firmeza áspera por absoluta y la resistencia a la corrupción de los centros".

El padre faltó y la madre regaló al hijo la maternidad paternal frecuente en nuestro mujerío. Doña Lucinda Morales buscó el pan y "crió" a la prole en el sentido más bíblico de la palabra, sustentando la carne y haciendo el alma.

El niño no tuvo ni casa ancha ni escuela hermosa ni juguetería viciosa ni mimos sobrados. Aprendió lo que más necesita el republicano de un país pequeño: la angostura de los recursos, el "poco" y el "suficiente".

Su escuela de Cañete y su Liceo de Lebu no podían regalarle gran cosa; pero su colegio penquista (\*) supliría más tarde las fallas y las flaquezas. Concepción había de volverse el núcleo de su buena suerte y el de su destino hasta el punto de que tal vez debamos nuestro hombre tanto a la madre como a la noble ciudad. Porque Concepción ejerce una doble manipulación sobre propios y ajenos: ella da cultura y contagia una especie de señorío democrático al transmitir su sentido de las categorías; ella siempre "imprime carácter" en sus hijos o ahijados. A pesar de ser muy ciudad y por ello liberal y liberalizante, ella no se descasta con pretexto de internacionalismo y viene a ser una metrona castísima entre nuestras ciudades. Concepción y el señor Ríos se formaron y se mantienen jerárquicos y demo-

## SOBRE MARTA BRUNET.

Nosotros hemos tenido un enriquecimiento efectivo -¡y de qué silenciosa formación!- en los últimos cinco años. Además del que nos trajo Pablo Neruda; lado a lado con él, nosotros hemos recibido (y en el participio aquí yo pongo un gozoso-tierno) el don verdadero, el aporte que se toca, de real, como el buen limo del río que crece, de Marta Brunet, la novelista de Chillán.

Yo sigo haciendo el siguiente orden de nuestros valores de cultura: el folklore, que es una mina de América sólo por chilenos rastreada dignamente; la prosa novelesca que presenta un conjunto ricamente diferenciado que va desde Barrios, Maluenda, D'Halmar y Edwards Bello, pasando por Prado, por Contreras, por Latorre, y por los Labarca, hasta González Vera, Rojas y los demás.

Nuestra literatura sigue un proceso espiritual enteramente contrario al del resto del Continente, que hace poetas antes de hacer prosistas, aunque tenga ya los nombres firmes de los García Calderón, de Reyles, de Fombona, de Quiroga y otros.

Marta Brunet nos vino "impensadamente" como decimos allá, sin el tanteo -el pinino, diría Silva- tan desagradable, pero tan humano de los y las otras... Sin pasar por la revista, especie de nursery que anuncia allá tal o cual adolescencia bien dotada. Dice Manuel Vega en su artículo introductor, que acertó en todo menos en ésto, que Marta se formaba en su provincia con sus clásicos españoles. Yo dudo de tal paternidad. En la América los lectores de clásicos españoles sacan de ellos por sobre todo estilo (aunque también pudieran sacar ejemplo) para la construcción novelesca. Generalmente aprenden amaneramiento. En Marta Brunet el estilo no cuenta, como no cuenta en Dostoiewski y en la familia novelesca mayor.

JOAQUIN EDWARDS BELLO

Hace años que la presencia y la chilenidad de Edwards Bello nos confortan en París o en Madrid y que nos falta su conversación coloreada, tal vez la más criolla entre las que hemos disfrutado con la de Ventura García Calderón. Nace

Hace seis o siete años que no repasamos nuestra América con el americanísimo fojeando sucesos, personas y libros.

Hay hombres que pueden ir y venir por los continentes o que pueden vivir en solar nativo leyéndose las novedades literarias extranjeras de cada correo sin que la lengua que hablan se les estropee y sin que la costumbre en que nacieron se les corra de los muchos ácidos que se trae el cosmopolitismo. Parece que la raza los dio subrayados o que los hizo con un designio especial, poniendo en su fórmula el repertorio de sus esencias, sin que le falte <sup>algo</sup> un <sup>de</sup> la receta completa. Los demás cogemos un manojo de atributos o una que otra virtud solitaria y con eso y sobre eso trabajamos sacándole los recursos posibles; aquellas son a la vez una especie de hijos y ahijados de su país; han recibido de él la perfecta semejanza física más cierto sobre iniciático de su secreto racial, el silbo mágico de la serpiente en la creja de Apolo, por el cual la tierra (la serpiente) traspasaba su secreto. Los demás parecemos gentes informadas del negocio racial; ellos son la gestión racial misma.

"Como la esponja que la sal satura", que decía Rubén, ellos han vivido la casta en atmósfera, en orografía sensible y en abismo abisal. Saben mucho, y no del saber que viene de la averiguación documental, sino del saber verdadero, que es una como experiencia visceral de la raza; ellos forman su entraña y le han vivido las emociones superiores como las inferiores, y son los verdaderos hijos rezumados del tégido materno.

El libro de Edwards Bello que llega de Chile será siempre, por esto, un cuajarón de nuestra sangre, a veces trágica, en las revoluciones, a veces idílica, en la rumia de una infancia; valdrá por un regreso a la tierra en la recolección de imágenes borronadas y pondrá a hervir los sentidos en un tacto, una vista y un olfateo reafirmador de las realidades perdidas.

Creo algunos racistas que nos están brotando que basta llamarse Pérez o González para ser un americano y saberse bien y decir cabalmente los aires, y los limos y la oriatura criolla. Este americano les contestaría irónicamente con su "Edwards" y les presentaría un hecho sutil que entra en el misterio de las razas. Yo me tengo aprendido que el mongolismo o la indianidad nuestra, a menor dosis más fuerte. El cuasi-indígena con un ochenta por ciento de Asia en el cuerpo, vive echándose atrás como se aparta la guedeja sucia de la frente, el terrible porcentaje, desesperado de ser lo que es y decidido a recrearse español; el cuasi-blanco vive menos preocupado de la ecuación, se la acepta y hasta se la mima. El blanco total, oriado en tierra de América, y que participa de la americanidad solamente en paisaje y costumbre (y basta, y basta) ese suele hacer un bello alarde de solidaridad racial y libre del complejo y los complejos sabidos, declara a pecho abierto que es hombre de allá, oriatura americana. Existen, naturalmente, los blancos envalentonados de la venazón clara del brazo y de otras venazones problemáticas, e interiores, pero afirmo la sin superlativo deslealtad del metizo al aborigen.

CONTADORES DE PATRIAS: BENJAMIN SUBERCASEAU Y SU LIBRO  
"CHILE O UNA LOCA GEOGRAFIA"

Yo no sé que haya un empleo mejor de nuestras potencias que ~~esta~~ decir el terrón natal: cuanto escribimos en la América con pretensiones de universalidad suele parecerme un vagabundaje sin sentido, un desperdicio de la fuerza y un engaño infantil de nuestras vanidades criollas.

Entiendo la alegría grande que habrá dado escribir un libro como "Chile o UNA LOCA GEOGRAFIA" y llegar al remate de un antejo que fué tan sabidioso y que ~~se~~ ha consumado con la más bella gallardía.

Los contadores de patrias cumplen de veras un acto de amor: el amor antiguo y el medieval iban del encantamiento al furor en un ejercicio pendular, cosa que no pasa con el pobre amor moderno: ~~el~~ <sup>el</sup> texto está lleno de la rabiosa exigencia que es la del amor en grande.

En buena hora ha venido a prestigiarnos el ensayo geográfico y a prepagarlo entre los mozos. Va siendo tiempo de que algunos dejen el oficio de poetas ~~que siguen entregados~~ <sup>universal</sup> y se den con una modestia servicial a contar la tierra que les sostiene juntamente los pies trajinadores y la densa pasión. Recuerdo a otros antecesores de su hazaña: el argentino Martínez Estrada, en su magnífico "Radiografía de la Pampa", el colombiano López de Mesa en su ~~relato~~ <sup>relato</sup>, ~~Boica de Colombia~~ <sup>Boica de Colombia</sup>, el argentino Malloa en la descripción de la gigante patria ~~fué~~ <sup>fué</sup> ~~novela~~ <sup>novela</sup> esencial, "Pasión Argentina" y el chileno ~~Agustín~~ <sup>Agustín</sup> Edwards, ensayista de una geografía humanizada. (Aproveche esta ocasión para decir el bien que los cinco me habéis hecho y que me ata a vuestra querencia).

Fuó natural ~~en~~ <sup>en</sup> la explosión de nacionalismo terrícola - que cayó sobre el mundo cuando éste iba entrando en la arterioesclerosis de lo abstracto absoluto; y era hermosa de verla antes de que ~~se~~ <sup>se</sup> ~~pasara~~ <sup>pasara</sup> a la quemazón insensata de fronteras y a la repisiería suelta.

Me gusta la idolatría de la tierra que está en todos los folklores, y no sólo es que la entiendo, sino que la vivo a plena anchura. La tierra fué siempre el Gran Ídolo, como que ella es la bandeja en que se asientan ~~todas~~ <sup>todas</sup> las demás adoraciones humanas.

Hace años me leí un cuento que ~~se~~ <sup>patético</sup> ~~me~~ <sup>me</sup> ~~trás~~ <sup>trás</sup> a la memoria: Un hombre ha vivido veinte años al lado de su madre ba-

Americanas del Norte y del Sur. Amigas presentes;

La idea de dedicar a la mujer en nuestro continente un día entre los 365 del año no es cosa banal ni falta de sentido.

La mujer ha vivido bastante soterrada y relegada en la América del Sur. Pero, al igual de los estratos geológicos, ella ha puesto su hombro hacia dos tercios de los asuntos más entrañables de nuestra raza; carga ella no solo con los niños sino con los adultos; se ocupa lo mismo de la mesa que de ajetrear el pan de cada día. Únicamente en las Mitologías se halla, en algunas diosas o cuasi diosas como Ceres, Latona, Zita, un amasijo femenino tan complejo como resulta ser una matriarca rural de la América criolla.

Lo que no me parece una resolución realista sino romántica es que el día de la U. Panamericana me lo hayan dado a mí ~~su~~ personalmente pudiendo darlo, así, en abstracto, a la mujer de letras, en cuanto a persona gremial, a cifra de una profesión.

Yo soy una mujer que hace versos en un ámbito poblado de musas de carne y hueso, como diría Rubén. Fui maestra de lengua por ~~veinti~~ 20 años, pero yo soy como todos gafo de un premio, y el racimo, es decir el oficio siempre vale más que el gafo.

Tengo contado por allí que mis largos años de budismo me dieron cierta capacidad para despersonalizarme cuando llega el caso, y de oír como asuntos ajenos lo que dicen de mí, ausentándome voluntariamente si lo que estoy oyendo me excede en lenguas y me abulta, tanto como para que yo me desconosca. Perdonen Uds., pues, que yo devuelva al gremio esta dádiva individual. La conciencia gremial cuando está madura y se la ha vivido treinta años no conciente ciertas lujurias de vanidad y ciertas temperas altas de individualismo.

Yo me permitiría decir a Uds., amigas, que una Fiesta de la Mujer debería apuntar a muchas, a un flanco entero de las naciones.

Un 4 de Mayo puede ser dado a la mujer del campo, granjera, hostelera

## AMÉRICA



EL GRITO

¡América! ¡América! ¡Todo por ella; porque todo nos  
vendrá de ella, desdicha o bien!

→ *la*  
Somos aun México, Venezuela, Chile, el azteca-español,  
el quichua-español, el araucana-español; pero seremos mañana,  
cuando la desgracia nos haga crujir entre su dura quijada, un  
solo dolor y no más que un anhelo.

Maestro: enseña en tu clase el sueño de Bolívar, el  
vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con  
agudo garfio de convencimiento. Divulga la América, su Bello,  
su Sarmiento, su Lastarria, su Martí. No seas un ebrio de Europa,  
un embriagado de lo lejano, por lejano extraño, y además caduco,  
de hermosa caduquez fatal.

?  
Describe tu América. Haz amar la luminosa meseta mejicana,  
la verde estepa de Venezuela, la negra selva austral. Dilo todo  
de tu América; dí cómo se canta en la pampa argentina, cómo se  
arranca la perla en el Caribe, cómo se puebla de blancos la  
Patagonia.

Periodista: ten la justicia para tu América total. No despres-  
tigies a Nicaragua para exaltar a Cuba; ni a Cuba para exaltar a  
la Argentina. Piensa en que llegará la hora en que seamos uno,  
y entonces tu siembra de desprecio o de sarcasmo te morderá en  
carne propia.

→  
? *puéga*  
Artista: muestra en tu obra la capacidad de finura, la  
capacidad de sutileza, <sup>de</sup> ~~la~~ exquisitez y hondura a la para que  
tenemos. Exprime a tu Lugones, a tu Valencia, a tu Darío y a  
tu Nervo; cree en nuestra sensibilidad, que puede vibrar como

## SILUETA DE LA INDIA MEXICANA

La india mexicana tiene una silueta llena de gracia. Muchas veces es bella, pero de otra belleza que aquella que se ha hecho costumbre en nuestros ojos. Su carne, sin el sonrosado de las conchas, tiene la quemadura de la espiga bien lamida de sol. El ojo es de una dulzura ardiente; la mejilla de fino dibujo; la frente, mediana como ha de ser la frente femenina; los labios, ni inexpresivamente delgados ni espesos; el acento, dulce y con dejo de pesadumbre, como si tuviese siempre una gota ancha de llanto en la hondura de la garganta. Rara vez es gruesa la india; delgada y ágil, va con el cántaro a la cabeza o contra el costado, o con el niño, pequeño como el cántaro, a la espalda. Como en su compañero, hay en el cuerpo de ella lo acendrado del órgano en una loma.

La línea sencilla y bíblica se la da el rebozo. Angosto, no le abulta el talle con gruesos pliegues, y baja como un agua tranquila por la espalda y las rodillas. Una desflecadura de agua le hace también a los extremos el fleco, muy bello: por alarde de hermosura, es muy largo y está exquisitamente entretejido.

Casi siempre lo lleva de color azul y jaspeado de blanco: es como el más lindo huevecillo pintado que yo he visto. Otras veces está veteado con pequeñas rayas de color vivo.

La cefia bien; se parece esa cefadura a la que hace en torno del tallo grueso del plátano, la hoja nueva y grande, antes de desplegarse. Lo lleva puesto a veces desde la cabeza. No es la mantilla coqueta de muchos picos, que prende una mariposa obscura sobre los cabellos rubios de la mujer; ni es el mentón floreado, que se parece al tapiz espléndido de la tierra tropical. El rebozo se apega sobriamente a la cabeza.

## SARMIENTO EN ACONCAGUA .

UNA RELIQUIA OLVIDADA. - En el donoso valle de Aconcagua , a dos kilómetros de Santa Rosa de Los Andes , se encuentra Pocuro , aldea de unas cuantas centenas de habitantes . Las geografías se cuidan poco de anotarla ; los turistas que llegan a la ciudad de Los Andes por hacer excursiones a la montaña , rica de laberintos sobrenaturales , no van a Pocuro porque nadie les habla de él ; la misma gente ciudadana suele <sup>ignorar</sup> no conocer ese recoveco de su valle que al ~~h~~ cabo tiene muchos iguales , jugosos y bonitos . Casi nadie sabe que ese pueblucho lleva aureola histórica y que se merece la visita y también la peregrinación . Yo misma que viví siete años en el valle de la bella luz y la bella fruta , vine a saber después de tres años que Pocuro puede considerarse una especie de Santiago de ~~los~~ Compostela por los maestros primarios , primero y por cualquier gente americana después .

En su primera escapada hacia Chile , Sarmiento tuvo que pelear en la Cordillera como barr<sup>l</sup>etero , yo no sé si por atravesar la montaña sin dar sospechas o porque no llevaba blanca en el bolsillo , al igual de cualquier emigrado . Llegando a la primera ciudad , a Santa Rosa de Los Andes , <sup>heno</sup> ~~quiso~~ quedarse allí un tiempo , buscar medios de ir viviendo , ~~mas~~ observar la situación de Chile y pensar mas tarde en <sup>el</sup> viaje a Santiago .

¿Qué había de pedir él que no fuese una escuela ? Llevaba a la escuela mas que a Facundo ~~atravesada~~ <sup>al alma</sup> en el pensamiento y la imagen del pan suyo y la ~~del~~ del pupitre escolar se le hacían una sola pieza ; la escuela se le venía solita ~~de~~ <sup>de</sup> mente como el alcón al puño <sup>del</sup> cazador . La pidió , pues ; era un extranjero , con la medida de desterrado ; se sabía <sup>que era</sup> de él poco o nada en aquella aldea con clasificación de ciudad ~~de~~ Santa Sta. Rosa ; debía andar mal trajeado y con la cara desastrosa que el sol y el

## VOLANDO SOBRE LAS ANTILLAS .

Digan lo que digan de la obligada fealdad de la máquina, a ~~est~~ estas luces rosadas de las seis de la mañana en San Juan, yo miro ~~xxxx~~ hermoso y bien hermoso el aeroplano de mi primer vuelo. Aquí está, en la competente desnudez del aeródromo, al centro del campo, sin cosa que distraiga de verlo y de gozarlo, desnudo de la desnudez metálica, que es la mejor, iluminado y luminoso, en las ~~xxx~~ alas en alto y los pies de rueda posados, como no lo hace el pájaro, y, antes de usarlo, yo lo miro y lo toco al mirarlo porque me gusta <sup>querer</sup> lo que me va a servir, al revés del ingrato!

Los tres motores ya ronronean y el ruido cubre el ámbito; su resollar me coge a mí antes de cogerme la pisadera.

Tan bonita es su esbeltez que se le olvidan contextura de fierro y peso; tan apropiadamente blanco que se toma toda la luz difusa de la montaña a medio subir.

Yo he portergado, como los mas cerriles y las mas cerriles, el viaje aéreo y es la necesidad la que me ha vencido al fin este miedo romántico-rural de una María de Isaac ya vieja y de un Martín Fierro de Elqui, todo junto.

Somos no mas que cuatro y subimos al segundo pitazo. En los asientos resultan familiares de estar muy juntos y la cabina en esta vez no importa nada, porque la cabina verdadera es el buen cielo antillano que nos guarda. Alguna cosa de cómic tiene la vuelta de la máquina sobre el campo antes de largarse, la comicidad del animalote híbrido hecho para suelos y aire...

Ya subimos, y aunque tenía el ojo puesto sobre la rueda izquierda, no supe bien cuándo fué que salimos.

Me acuerdo de unas lecturas sobre el vuelo y en espe-





## C O L O F Ó N

*Obra reunida de Gabriela Mistral* incluye sus textos más importantes y significativos, aquellos que se podrían denominar como canónicos, editados en vida por la autora, y que han sido publicados en libros individuales y en diversas compilaciones anteriores, y también una cantidad significativa de textos póstumos, inéditos y dispersos que estimamos acabados y no en proceso de escritura. La concepción de esta *Obra reunida* es, principalmente, la de una edición de divulgación para un público lo más amplio posible. El texto fue compuesto con la familia tipográfica Biblioteca, desarrollada por Roberto Osses junto a Diego Aravena, César Araya y Patricio González. La forma de este colofón está inspirada en el trabajo que Mauricio Amster realizó en la obra *Impresos chilenos 1776-1818* (1963). Es un homenaje a su contribución al desarrollo del diseño y la producción editorial de nuestro país. Esta edición consta de mil ejemplares y fue impresa en Salesianos Impresores. Santiago de Chile, noviembre de dos mil veinte.







EDICIONES BIBLIOTECA NACIONAL

**Dirección** · Thomas Harris Espinosa  
**Diseño** · Felipe Leal Troncoso  
**Asistente** · Javiera Mariman Retamal  
**Periodista** · Juan Pablo Rojas Schweitzer  
**Distribución** · Nora Carreño Cepeda

CIP BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Ch861 Mistral, Gabriela, 1889-1957  
M678 Obra reunida : tomo VI: prosa / Gabriela Mistral; selección e investigación  
2020 Gustavo Barrera Calderón, Carlos Decap Fernández, Jaime Quezada Ruiz,  
Magda Sepúlveda Eriz.- [Primera edición noviembre, 2020].- Santiago de  
Chile : Ediciones Biblioteca Nacional, c2020.

725 páginas : facsímiles ; 22 cm.

ISBN: 9789562444699 (obra reunida)  
ISBN: 9789562444989 (tomo VI)

1.- Prosa chilena 1.- Barrera Calderón, Gustavo, 1975- compilador inves-  
tigador – II.- Decap Fernández, Carlos, 1958- compilador investigador –  
III.- Quezada, Jaime , 1942- compilador investigador IV.- Sepúlveda Eriz,  
Magda compiladora investigadora.

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Impreso en Chile por Salesianos Impresores S.A.







Ministerio de  
las Culturas,  
las Artes y el  
Patrimonio

Gobierno de Chile